

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOSOFIA



TESIS DOCTORAL

Discurso tecnocientífico y objetualización de la infancia

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTORA

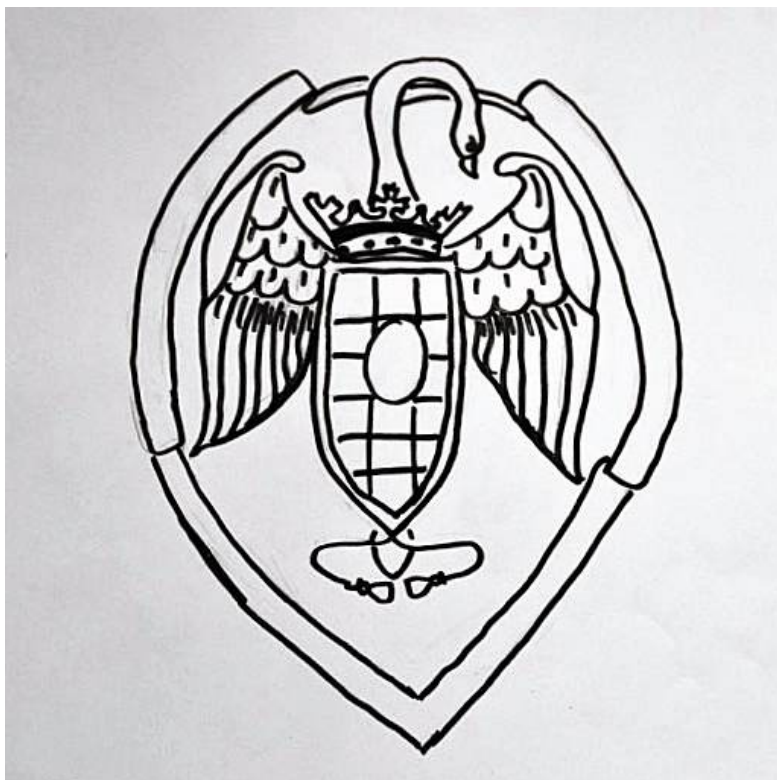
PRESENTADA POR

María Elízaga Viana

Director

José Miguel Marinas Herreras

Madrid, 2016



DISCURSO TECNOCIENTÍFICO Y OBJETUALIZACIÓN DE LA INFANCIA

TESIS DOCTORAL

MARÍA ELÍZAGA VIANA

Director: José Miguel Marinas Herreras
Universidad Complutense de Madrid
Facultad de Filosofía
Departamento de Teoría del Conocimiento,
Estética e Historia del Pensamiento
Programa «Procesos y desarrollos psicoanalíticos»

Ilustración de portada:
Escudo de la Universidad Complutense de Madrid,
Irene Borja Elízaga, 2015.

Para Irene.

AGRADECIMIENTOS

A Miguel, que me alentó siempre, entendió mi distancia y mi ritmo y me hizo saber que le interesaba mi pensamiento. A Eugenio, con quien también habría disfrutado. A Irene, amorosa y paciente, que me recordaba siempre todo lo que íbamos a hacer cuando terminara la tesis, quererte me hace feliz. A mis padres, a los que esto ilusiona casi tanto como a mí, por vuestro dulce y cariñoso sostén. Al Consejo, porque siempre habéis estado ahí, me sostuvisteis cuando desfallecía y me apoyasteis hasta el final. A María, por su entrega, su generosidad y su empanada de bonito. A Anabel, ay amiga, que al final sí que podemos. A Marga, que con su fuerza, paciencia, sabiduría y cariño neutralizó muchas de mis angustias en esta tarea. A Esperanza, que me hace reír y pensar al tiempo, por las exageradas expectativas que tienes sobre mi trabajo y por la honestidad de tu cariño. A Nata, por tu lealtad y tu generosidad conmigo durante todo este proceso. A Pablo, Lucía, David, Cristina, César y Ana por hacerme sentir cerca y ofrecerme vuestra ayuda para que esta tarea fuese compatible con el resto de mi vida. A mis niñas y niños Lola, Jorge, Catalina, Guillermo, Carmela, Gonzalo, Nacho, Telmo, Álvaro, Sara, Teo y Lucía, por todo lo que nos queremos. Al payaso burlón. A Fernando y a Sol, porque vuestra generosidad protegió lo más importante. A Jaime, con quien disfruté y aprendí de su elaboración psicoanalítica. A mi analista, ella sabe por qué. A las maestras y maestros apasionados e inteligentes que he tenido, como Fabián, Maricruz y Camino. A las mujeres con las que aprendí y trabajé en las escuelas, especialmente a Cristina y Carolina. A mis alumnas y alumnos de Psicología, porque su curiosidad me impulsa a cuestionarme y a seguir aprendiendo. A mucha gente querida de la Fundación Ortega y Gasset-Marañón, de cuya biblioteca han salido muchas de estas páginas, especialmente a Marga, Fernando, Pablo, Javier, Andrea, Enrique, Juani, Maricarmen y Begoña, y por los gintonics de viernes. A Isabel, Andreas y Clara, que me hicieron un hueco en Las Navas del Marqués. A Carmen y Manolo, que me ofrecieron Cuenca, cariños, risas y torreznos. Finalmente, a todas las personas que han pasado por mi consulta y las escuelas, permitiéndome escucharlas y seguir aprendiendo.

ÍNDICE

RESUMEN	13
ABSTRACT	19
INTRODUCCIÓN	25
Mi relación con el tema de la tesis	27
Cambios en los vínculos familiares	34
PROPÓSITO DE ESTA TESIS	45
METODOLOGÍA	89
ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO	97
Introducción teórica: semiótica de la publicidad	99
La influencia del psicoanálisis en la publicidad en los Estados Unidos durante la primera mitad del siglo xx	111
El corpus de la investigación publicitaria: análisis de trece anuncios publicitarios televisivos españoles	116
FAD «Da poder a tus hijos»	116
Play Station 3. Bebé	120
Play Station 3. «Riqueza mental»	127
Nutriben App Fun food	133
Pizza Casa Tarradellas (2011)	143
Dodot Tecnociencia (2009)	168
Pryca (1988)	173
Play Station 2. Fernando Alonso (2004)	179
Danone. «Aprende de tus hijos» (1990)	184
SEAT León. «Enjoyneering. Tecnología para disfrutar» (2013)	187
Nutribén. «Padrespotito» (2012)	193
Nescafé. «Desayuno en familia» (ca. 1960)	199
Cognac Soberano (ca. 1960)	205
Rasgos del discurso en los spots analizados	212

ESCENAS FAMILIARES

215

Niños «de goma»	217
Niños mellizos a los que sus padres viven como un solo ser	219
Padres que quieren mantener su vida igual que antes de tener hijos	222
Niños «mueble» que no molestan, no lloran, «son buenísimos»	224
El chupete como tapón: padres que no escuchan a sus hijos, que no hablan con ellos porque no los consideran interlocutores	225
Padres que se angustian con las angustias de sus hijos	228
Familias que siguen la «crianza natural»	231
«Niñoctrismo»: padres que organizan su vida alrededor de sus hijos	241
El niño como excusa, como falso sentido de una vida aburrida y vacía	243
Padres sin autoridad que niegan el sufrimiento de sus hijos	244
Adultos que niegan la sexualidad en la infancia	246
Pareja que no puede ir de vacaciones sin los abuelos o «la cuidadora» porque no se hace cargo de la vida cotidiana y el cuidado de sus hijos	247
Niños con dos nombres	247
Padres cuya palabra vacía no funciona como límite	248
Madre que ha ocultado al padre que tenía una hija	249
Mujeres universitarias que eligen a un varón inmigrante de baja extracción sociocultural y económica como pareja o padre de su hijo	250
Mujeres que programan el parto en el octavo mes para no ensanchar caderas	252
Padres que deciden no viajar porque el niño llora en el coche	254
«Niño pastel»	254
Padres que se van sin despedirse	255
Padres que mienten para no decir verdades que duelen	256
Padres que prefieren seguir siendo hijos	257
Padres que niegan lo que sus hijos sienten para imponerles su ideal	257
Valoración de la víctima por encima del agresor	258

Bebés <i>reborn</i> : Personas que se relacionan con muñecos hiperrealistas como si fueran de verdad	259
Padres desconfiados de «los de fuera»	266
Niños que llegan descuidados a la escuela	267
Padres que duermen cada día uno con el hijo	268
Padres obsesivos que provocan dificultades con lo anal	268
Familias clásicas «socialmente adecuadas»	269
«Mi bebé es mi mejor amante»	272
CASOS	281
Presentación de casos	283
Saúl	283
Laura	290
Carlos	293
Alba	297
Claudia y Paula	302
Juana y Miguel	306
Análisis de los casos. El <i>deseo de hijo</i> y los síntomas en los niños: la objetualización de la infancia	310
RASGOS DEL DISCURSO TECNOCIENTÍFICO	319
El saber se hace líquido	321
Se rompen los vínculos intrapsíquicos	323
Los individuos se aíslan y se rompen los vínculos intersubjetivos	327
Todo se evalúa y se acredita mientras se anula o desvaloriza lo subjetivo	331
La tecnociencia es el nuevo dios	336
Sobrevaloración del Yo	337
Todo es posible. El deseo se satisface consumiendo	340
Idealización de la juventud	341
Control del tiempo en la infancia	342
SUBJETIVIZAR A TRAVÉS DEL PSICOANÁLISIS: PROPUESTAS DE INTERVENCIÓN	343
Algunos conceptos teóricos necesarios para comprender la estructuración y el desarrollo psíquico infantil explicados para profanos	347
Inconsciente	347
Deseo inconsciente	347
Deseo de hijo	348
Sujetos del lenguaje	349

Ideal del Yo e ideal de hijo	349
Sujeto <i>versus</i> objeto	350
Deseo y desarrollo	351
El aparato psíquico de los niños está en constitución en estos tres primeros años	352
La ley que permite el deseo	352
Función paterna o lugar tercero	353
Lo que se gana y se pierde al crecer: «perder para ganar»	354
Niño como falo de mamá	355
«Caso por caso»	355
Edipo	356
Objeto transicional	356
La complejidad de la función materna	357
Regresiones temporales	357
Madre «suficientemente buena»	357
Artículos de divulgación psicoanalítica publicados en prensa	358
Cuando los padres se separan	358
Los dichosos límites	360
La función del padre	363
No mentirás	365
Obesidad infantil	368
Mellizos y gemelos	370
¿Y si matamos a la crisis, mamá?	372
Crisis de ansiedad y fobias	375
Conferencias	378
La alimentación en la primera infancia	378
Los beneficios del deporte en la infancia	383
¿Somos tan libres como creemos? Imágenes del deseo tejido por el discurso social	394
Descripción de aplicaciones concretas	402
Autonomía	403
Fobias alimenticias	404
Subjetivizarlo todo	404
Ayudar a que entiendan lo que sienten	404
Los cuerpos de los niños no son objetos	405
No al <i>buenrollismo</i> . No pretender que siempre estén contentos y sonriendo	405
No llames «amigos» a los compañeros	406
Fomentar la flexibilidad de roles	406
Agresividad	406
Intervención en conflictos	407
«No pasa nada»	407

No parentalizar a los niños	408
Espacio donde recrear y manipular sus representaciones imaginarias	408
Caca como regalo	408
Fomentar la expresión. Sin juicio ni expectativa (sin más normas que las estrictamente necesarias)	409
El tiempo a solas de los niños	409
Los problemas del equipo educativo los sufren los niños	409
No comparar a unos niños con otros	410
No tener certeza, no tener respuesta	410
Las parejas de amigos inseparables que perduran en el tiempo	410
No hagamos por ellos lo que pueden hacer por sí mismos	410
Fomentar la relación entre los niños	410
El mito de solo cooperar y nunca competir	411
La curiosidad sexual y las exploraciones anatómicas	411
Crear sin preformatos	412
Que aprendan a esperar	412
Bebés que se golpean cuando se enfadan, cuando se frustran o se enrabietan	412
CONCLUSIONES	415
BIBLIOGRAFÍA	427

RESUMEN

Esta tesis demuestra la relación entre el discurso social y el síntoma psíquico en la primera infancia.

Actualmente, el discurso imperante es el que Jacques Lacan denomina «tecnocientífico», que podemos describir según los siguientes rasgos fundamentales: la liquidez del saber; la ruptura de los vínculos intrapsíquicos e intersubjetivos; el aislamiento de los individuos; la desvalorización de lo subjetivo, junto a la pretensión de evaluar y acreditar todo; la supremacía absoluta de la ciencia y la técnica; la sobrevaloración del Yo; el consumismo como propuesta de satisfacción del deseo; la exaltación e idealización de la juventud, y varias derivaciones de este entramado de rasgos que atañen especialmente a la infancia, como que todo, hasta el tiempo libre, está pautado y la infancia es «adultizada».

La escucha psicoanalítica es un trabajo caso por caso que nos sitúa en lo más íntimo de cada persona escuchada: su inconsciente. Tras años de este tipo de trabajo, es posible detectar síntomas llamativos que se repiten con notable frecuencia. Al buscar en la literatura clínica clásica, nos damos cuenta de que esas formaciones sintomáticas no aparecen reflejadas sino residualmente. En cambio, la sintomatología clásica muestra formas de enfermar psíquicamente que ya hoy no son tan frecuentes. Las estructuras perduran, pero el modo de mostrarse es distinto, por lo que nos vemos obligados a modificar la manera de trabajar para adaptarnos a las personas que escuchamos.

Este es el punto de partida de la investigación: la observación y análisis de esas diferencias, es decir, de los modos de enfermar específicamente actuales. En este sentido, la patología más llamativa por el elevado aumento de su prevalencia y su gravedad son los trastornos del espectro autista. En mi trabajo en las escuelas infantiles, observo cientos de niños de hasta tres años de edad entre los que detecto numerosos casos con síntomas de esta patología. Comienzo a estudiar el autismo y encuentro que los estudios publicados más recientemente reflejan que, en los paí-

ses occidentales, su prevalencia ha aumentado espectacularmente, prácticamente en la misma proporción que yo me he encontrado en mi muestra.

La documentación la obtengo de la observación directa en siete escuelas infantiles integradas en el lugar de trabajo de sus padres. El número de niños observado fue de entre trescientos y cuatrocientos. A gran cantidad de ellos los pude observar desde sus cuatro o seis meses hasta que se fueron con tres años y, a los que no fue así, fueron al menos dos años de su vida temprana. Los cuadernos de campo suman 2.455 páginas de observaciones de las que extraemos la información para este trabajo.

A partir de este momento, trabajé en dos líneas de investigación paralelas: qué podemos deducir del modo actual de vincularse y cómo se estructuran psíquicamente los síntomas en la primera infancia.

Se presenta en este trabajo una elaboración propia de conceptos psicoanalíticos fundamentales para comprender la estructuración del aparato psíquico y los síntomas en la infancia. Algunos de ellos son: «deseo», «deseo de hijo», «Edipo», «metáfora paterna» o «nombre del padre», «fantasma», «sujeto barrado», «castración simbólica», los «tres registros» («real», «simbólico» e «imaginario»), «castración», «síntoma psíquico», «pulsión», «objeto *a*», «algoritmos» de los discursos lacanianos, «discurso del amo» y «discurso tecnocientífico».

Tras justificar ampliamente la relación entre la elevada prevalencia de los trastornos del espectro autista con uno de los rasgos del discurso social actual: la ruptura de los vínculos intrapsíquicos e intersubjetivos, se profundiza en el vínculo entre madres, padres e hijos. Se muestra cómo, a través del *deseo de hijo*, este vínculo va forjando la estructuración del psiquismo del recién nacido favoreciendo el desarrollo de unos u otros síntomas. Posteriormente, se demuestra cómo el vínculo entre padres, madres e hijos está atravesado por el discurso social, al igual que el resto de lazos sociales. Para ello, se profundiza en la concepción lacaniana de discurso y, en concreto, en el *discurso del amo* y el *discurso tecnocientífico* a través de sus formulaciones algorítmicas. A partir de este momento, nos alejamos del caso específico del autismo como indicador extremo y estudiamos la malla del tejido social para escuchar lo que afecta a la mayoría de la población, síntomas menos espectaculares pero más extendidos. Algunos de ellos ni siquiera identificados como tales, sino asumidos como malestares propios de la vida cotidiana.

Se plantean una treintena de escenas familiares, de las que se han modificado algunos rasgos para que no sean identificables. Muestran una amplia visión general de situaciones sintomáticas en el núcleo familiar. Proviene del registro de numerosos casos con los que he trabajado en distintos espacios: hospital de día psiquiátrico, escuelas infantiles y consulta privada, fundamentalmente. Han sido escogidas por mostrar más claramente el lugar que un niño ocupa en el deseo de uno o ambos padres a través de su discurso, de la relación que mantienen con él en un momento dado. Funcionan como alarmas de un vínculo al que prestar atención. Forman una visión general de situaciones puntuales entresacadas de la vida cotidiana que conforman un panorama llamativo. Cada una por separado no tendría valor, pero, al aunarlas, podemos comprobar cómo el discurso social se cuela en los modos íntimos de vincularse hoy día. Se presenta un análisis en profundidad de estas escenas y casos, en busca de los rastros del *deseo de hijo* que —a mi parecer— conforman el modo de enfermar de los niños y niñas de temprana edad a través del vínculo con sus madres y padres.

Posteriormente, se glosa una serie de casos que reflejan claramente la hipótesis que ya se ha forjado a partir de la observación: este modo de vincularse actualmente fomenta la objetualización de los niños, lo que configura determinados modos de enfermar en la primera infancia, a pesar de ser siete casos contruidos a base de rasgos de varios niños que comparten el perfil. Tras la presentación de los casos —de los que de nuevo nombres, sexo y determinadas circunstancias familiares están cambiadas sin modificar la esencia de los mismos—, se muestra el resultado del análisis de lo que sucede con el *deseo de hijo* en cada uno de ellos, para poder mostrar en ejemplos concretos lo que estamos sosteniendo en esta investigación.

En paralelo, estudiamos la dinámica social actual, para lo que empleamos la publicidad como representación paradigmática de los valores sociales actuales. La publicidad es un indicador muy claro del discurso social. Para fomentar el consumo, los creativos publicitarios contratados por los grupos empresariales detectan los valores, ideales y deseos inconscientes de su público objetivo con el fin de convencerles de que los alcanzarán consumiendo el producto que les sugieren. Por esto, la publicidad es la cara visible del discurso social en este momento sociohistórico, es una exhibición constante de ideología. Muy interesante para leer el discurso social del momento, muestra sin pudor los valores a los que apunta y es recibida con aquiescencia por parte de la población. Es, a mi juicio, la cara visible del discurso. Se justifica teóricamente este planteamiento a partir del trabajo de autores como Barthes, Eco y Peninou. Se

plantea una muestra de spots publicitarios televisivos emitidos en España desde que la emisión comienza (1957) hasta la actualidad. Los trece escogidos son analizados en profundidad desde la perspectiva psicoanalítica para poder mostrar cómo la publicidad vehiculiza el discurso social actual y en qué propuestas concretas se traducen los rasgos del este discurso.

Este amplio recorrido desde lo más íntimo del psiquismo, pasando por los vínculos familiares, hasta los lazos sociales demuestra cómo el discurso social tecnocientífico conforma un modo específico de enfermar psíquicamente en la primera infancia.

El último capítulo es una propuesta para contrarrestar este malestar generalizado: la divulgación del psicoanálisis y la formación básica de padres y madres, así como de profesionales sanitarios, educativos y sociales en el mismo. Consideramos que el psicoanálisis consigue identificar y tratar los casos ya presentados muy lúcidamente, pero es desconocido por la mayoría de la población a la que se sobreinforma —y así se consigue aturdir— con datos, recomendaciones y estudios desligados de la teoría que los fundamenta, de forma que no pueden ser rebatidos por una masa social que queda dependiente de quien así suministra la información que, a nuestro juicio, resulta más perniciosa que formativa.

En la última parte de esta investigación, se muestra parcialmente el trabajo de divulgación psicoanalítica que he llevado a cabo hasta el momento. Comienzo por tratar de traducir a un lenguaje sencillo conceptos psicoanalíticos básicos para comprender la dinámica psíquica, como son: «inconsciente», «deseo», «ideal del Yo», «constitución del aparato psíquico», «función paterna» («nombre del padre»), «falo», «Edipo», «objeto transicional», «función materna» y «madre suficientemente buena», entre otros. Esta elaboración proviene de mi trabajo con educadoras infantiles y mis clases de salud mental a auxiliares de clínica, profesionales sin formación universitaria que pueden constituirse en potentes agentes de cambio social por la repercusión de sus intervenciones.

Posteriormente, expongo una serie de ejemplos de divulgación en prensa escrita destinados a padres o interesados en la educación infantil: «Cuando los padres se separan», «Los dichosos límites», «La función del padre», «No mentirás», «Obesidad infantil», «Mellizos y gemelos», «¿Y si matamos a la crisis, mamá?» y «Crisis de ansiedad y fobias».

A continuación, presento algunas conferencias dirigidas al público general en las que profundizo en aspectos fundamentales desde la perspecti-

va psicoanalítica, como la alimentación en la primera infancia y el beneficio del deporte en la misma.

Para terminar, muestro algunas aplicaciones sencillas que se deducen de este planteamiento teórico y cuyo objetivo sigue siendo contrarrestar el efecto que este discurso causa en los vínculos con los niños.

ABSTRACT

This doctoral thesis proves the connection between social discourses and the psychic symptoms in early childhood.

Currently, the prevailing discourse is the one Jacques Lacan named as techno-science, described by the following key features: liquidity of knowledge; breaking the intrapsychic and intersubjective links; isolation of individuals; the devaluation of the subjective with the aim to assess and accredit everything; the absolute supremacy of science and technology; overvaluation of the self; consumism as a proposal of satisfaction of desire; exaltation and idealization of youth and several branches of this network of traits particularly relevant to children as everything, even the spare time is scheduled and children is «adultizada».

Psychoanalytic professional listener is a case-by-case work that puts us in the depths of each person listened: his unconscious. After years of this kind of work it is possible to detect striking symptoms that recur with remarkable frequency. But these symptomatic formations appear only residually in the classical clinical literature. Furthermore, the classic symptomatology shows not so frequent ways of mental disabling. The structures remain but the symptoms shows in different ways so we have to change the means of working in order to listen patients in the right way.

This is the point of departure for this research: observation and analysis of these differences, that is to say, the way to get the today forms of disease.

In this sense, the more striking pathology, because of the high increase in prevalence and severity pathology is autism spectrum disorders.

I usually observe hundreds of children under three years of age in the nursery schools during my work time. There I detected large number of cases with symptoms of this disease. At the beginning of my study about autism I found how the most recently published studies showed that in

ABSTRACT

western countries prevalence has increased dramatically, almost in the same proportion as I have found in my sample.

I got the documentation from the direct observation in seven nursery schools integrated into their parents workplace. Specifically they were: Congress, Ministry of Labour, Hospital of Fuenlabrada, Government of Andalusia, Seville, Hospital Alcorcón, a construction company and the Royal Guard.

The children's age at these schools were from four months to three years and a half, First Cycle of Primary Education in Spain is currently not mandatory nor the State provided it free. The smallest of these schools had three classes: infants (up to 1 year), 1 to 2 years, and 2 to 3. Usually there was one classroom for every age stratum. Currently, the law allows, in this type of school the following occupancy: 8 babies, 12 children up to two years and 18-20 from 2 to 3 years. Seats vary somewhat depending on the square meters, access to services, etc. I give this information for the record high number of children observed: between three and four hundred. I could see many of them from four to six months until they were 3 years old, and those who did not, were observed by me at least two years of his early life.

I was watching and scoring throughout the school day, so I obtained much information from each child. I was there in every moment of the day: when children arrived with their parents and when they say goodbye coming inside the classroom, during teaching and pedagogical activities, meetings, lunches, sleeping, diapering or bathroom visits, patio and free play, etc. This observation was performed silently, taking notes. Every afternoon we had "cloister" meeting with the educational team (director and tutors in each classroom) had several functions: training in psychoanalysis of professional supervision of their work, the transmission of what we watched and listened to every child who called our attention and preparation of mentors to work with each of these cases. There are an amount of 2,455 pages of observations from which I extract the information for this job.

That was the start point to a double researching project: what can we say about the current mode of linking the symptoms with social discourses and how symptoms are structured psychically in early childhood.

I elaborated in this paper a particular explanation of fundamental psychoanalytic concepts to understand the structure of the psychic apparatus and symptoms in childhood. Some of them are: Desire, son's desire,

Oedipus, paternal metaphor or name of the Father, ghost, barred subject, symbolic castration, the three registers (real, symbolic and imaginary), castration, psychological symptoms, drive, object, algorithms the Lacanian discourse, Master and techno-scientific discourse.

Once is well demonstrated the relationship between the high prevalence of autism spectrum disorders with one of the features of the current social discourses: the breakdown of the intrapsychic and intersubjective links, I go deep in the link between mothers, fathers and children. It is showed how, through the desire for a child, this link is forged psychic structuring newborn favoring the development of one or other symptoms.

Subsequently it is proved that the link between fathers, mothers and children is crossed by social discourses, like other social ties. To do this I went into the Lacanian conception of speech, and particularly in the discourse of the master and the techno-science, through its algorithmic formulations.

We leave the specific case of autism as an extreme indicator and I study the social fabric mesh to listen what affects most of the population, less dramatic but more widespread symptoms. Some of them do not even identified as such, if not assumed as discomforts of everyday life.

Thirty relatives scenes which have been modified so that some features are not recognizable arise. They show a broad overview of symptomatic situations in the family. They come from many cases with which I have worked in different areas: Psychiatric Day Hospital, nursery schools and private fundamentally consultation. They have been chosen to show more clearly the place a child occupies in the desire of one or both parents through their speech, their relationship with him at any given time. Alarms function as a link to pay attention. They form an overview of specific situations culled from everyday life that make a striking panorama. Each one separately would be worthless, but when we get them together, we are able to see how social discourses goes deep in intimate ways of relating today.

It is presented an analysis in depth of these scenes and cases in search of traces of the desire for a child who, in my opinion, shape the way the children get disabled from early childhood through the bond with their mothers and fathers.

Subsequently, it its exposed a number of cases that clearly reflect the hypothesis that has already been forged from the observation gloss. This

ABSTRACT

way of linking currently promotes the objectification of children, which set certain modes of illness in early childhood, although seven cases are constructed of features of several children who share the profile.

After the presentation of the cases-of which again names, sex and certain family circumstances are changed without changing the essence of the same-the result of analysis of what happens with the desire for a child is shown in each of them with concrete examples to show what I am holding in this research.

In parallel I study the current social dynamics, for which I use advertising as paradigmatic representation of current social values.

Advertising is a very clear indicator of social discourses. To boost consumption, creative advertising hired by business groups detected values, ideals and unconscious desires of your target audience to convince them that consuming the product reach that suggest them. Therefore, advertising is the visible face of social discourses in this socio-historical moment is a constant display of ideology. Very interesting to read the social discourse of the moment, shamelessly showing values that point and is met with acquiescence by the population. It is, in my view, the visible face of the speech. This approach is theoretically justified from the work of authors like Barthes, Eco and Peninou.

A sample of television advertising spots broadcast in Spain since the emission begins (1957) to the present arises. The chosen thirteen advertisements are analyzed in depth from a psychoanalytic perspective to show how advertising conveys the current social discourses and what specific proposals the features of this speech are translated.

Through this extensive tour from the depths of the psyche, through family ties to social ties it shows how the techno-scientific social discourse forms a specific way of mentally ill in early childhood.

The last chapter is a proposal to counter this widespread unease: the psychoanalytic outreach and basic training for parents as well as health, education and social professionals in it. We believe that psychoanalysis is able to identify and address issues and presented very lucidly but it is unknown by most of the population to which overload of information—and thus achieved stunned it— data, recommendations and disconnected studies based theory that so which they can not be refuted by a social mass that is so dependent on who provides the information that we believe is more pernicious than training.

In the last part of this research it is showed the work of psychoanalytic disclosure 've done so far shown. I start by trying to translate into a basic psychoanalytic simple language concepts to understand the psychological dynamics, such as: unconscious, desire, ego ideal, constitution of the psychic apparatus, paternal function (father's name), phallus, Oedipus, transitional object, function mother and mother «good enough» among others. This development comes from my work with my classes at the nursery school with the workers and mental health clinical assistants, professionals without university education that can become powerful agents of social change for the impact of their interventions.

Later I present a series of examples of disclosure in print for parents or interested in early childhood education: «When parents separate», «The blessed limits», «The role of the father», «Thou shalt not lie», «Childhood Obesity», «Twins», «What if we kill the crisis, Mom?» and «Crisis of anxiety and phobias».

What follows are some lectures aimed at the general public where I research in key issues from a psychoanalytic perspective, as food in early childhood and the benefit of sport in it.

Finally, I show some simple applications that are derived from this theoretical approach and whose goal remains being the counteract the effect of this speech caused in children's links.

1.

Introducción

MI RELACIÓN CON EL TEMA DE LA TESIS

Soy psicoanalista. Durante la carrera de psicología, recibí formación en las diversas corrientes: conductual, cognitivo conductual, humanismo en sus diferentes corrientes, psicoanálisis, psicología dinámica. Es lo que más aprecio de mi formación, que me facilitaron la libertad de elección. Esto es algo que no ocurre en la Universidad en España; por el contrario, se trata de formar psicólogos predeterminados como cognitivos. El paradigma del momento, la corriente más acorde con el discurso social. En la Universidad española, especialmente en la pública, hace muchas décadas que se tratan de eliminar de los programas formativos las perspectivas diferentes y se transmite a los alumnos la falsa idea de que lo cognitivo es «científico» y que solo ese paradigma es válido como saber universitario. Difunden la idea de que otras disciplinas de estudio de lo psíquico son invenciones, creencias o antiguallas, más comparables con el horóscopo o la parapsicología. Así, la inmensa mayoría de psicólogos procedentes de la Universidad pública ignora —entre otras muchas otras cosas— el saber psicoanalítico.

Yo tuve la suerte de estudiar en una universidad que primaba la libertad de elección. En la que los grandes profesores, los más reconocidos, tenían diferentes perspectivas teórico-clínicas y las asignaturas fundamentales se aprendían desde las diferentes corrientes del saber en este campo. Esto facilitó que al licenciarme aún no tuviera claro qué consideraba más adecuado para mí, qué corriente me iba a acercar mejor a los conocimientos que a mí me interesaban. Soy curiosa, así que quería saber de casi todo, pero había dos temas que me movilizaban especialmente. Por un lado, lo social. A los dieciséis años había comenzado a conocer lo concreto de la injusticia social en mi ciudad, Madrid, acudiendo los domingos al «Pozo del huevo», una barriada chabolista que se desmanteló en el año 2002, a convivir y trabajar con el grupo de adolescentes que se acercaba a la parroquia en lugar de al consumo de drogas y a la delincuencia. Quería saber y quería participar en algún tipo de cambio y esta fue la puerta por la que accedí a lo que ha permanecido como un interés

propio, al que me acerco en ciertos momentos desde la acción y permanentemente desde la teorización.

¿Qué es eso tan potente que trasciende al individuo para condicionar su modo de ser, su vida? ¿Por qué yo era tan diferente a las chicas y chicos de mi edad con las que me relacionaba los domingos? Era obvio que el medio económico y cultural nos facilitaba diferentes interacciones y recursos, y que yo consideraba eso una injusticia que debía contribuir a reparar, pero había algo más. Psíquicamente éramos abismalmente distintos, nuestros padres lo eran también, así como el modo de criarnos.

Nunca creí el ingenuo o más bien malintencionado «si quieres puedes», ni esas ideas de que uno puede cambiar para transformarse en lo que conscientemente desea ser. Nunca me sentí tan potente ni tan capaz, ni pensé que fuera posible modificar esencialmente al ser humano. Creía en un cambio posible y hacía lo que podía para llevar a cabo mi parte, comprometida con mi terapia y mi conciencia social, pero consciente de que había límites, estructuras que no podría cambiar. En la carrera consideraba superficiales e imprecisos a los «psicólogos del Yo» estadounidenses, con su trivialización de lo psíquico y su ignorancia de los condicionantes socioeconómicos y culturales.

Yo quería seguir aprendiendo acerca de la constitución y el cambio posible en lo psíquico sin aislar al individuo de su contexto, de la sociedad a la que pertenece. Fue así como me aproximé a la Psicología Comunitaria desde la perspectiva psicoanalítica, porque las otras aproximaciones me volvían a parecer triviales, aisladas, descontextualizadas, demasiado racionales. No pretendían cambios profundos en lo individual sino una especie de reprogramación racional, reeducación desde la imposición de ideales importados: no me convencían ni el objetivo ni el método.

Hablaba antes de que me movían fundamentalmente dos intereses: lo social y su imbricación en la constitución del psiquismo era uno, y esta constitución de lo psíquico en sí misma era el otro. Lo puramente clínico. Cómo somos y por qué. Qué podemos cambiar y cómo. Después de la carrera, al tiempo que estudiaba la especialidad en Psicología Comunitaria, hice lo propio con un máster en Intervención Clínica, tanto dinámica como humanista, y comencé mi formación en psicoanálisis. Me decidí pronto por el psicoanálisis porque las demás corrientes me resultaron escasas. Su teoría —así como sus modos de intervención clínica— eran demasiado sencillos para el objeto de estudio al que debían cuestionar. O quizá no, y ese era el problema. El humanismo trabajaba con el Yo y, cuando se asomaba un poco más allá, buscaba apoyo en la teoría psi-

coanalítica. Si había un más allá, yo tenía que husmear, así que comencé la formación psicoanalítica desde una posición muy crítica, pero a la vez depositando en ella mis esperanzas de obtener ese saber que deseaba.

La formación psicoanalítica se obtiene básicamente fuera de la universidad. El análisis propio es esencial, junto a los grupos de estudio o seminarios y la supervisión de casos. Es larga y costosa, pero cuando deseas algo tan claramente, la satisfacción que te produce acercarte a ello disipa estas consideraciones. Y sí, era eso lo que yo buscaba, de ese modo sí aprendía acerca de lo que me interesaba, sí me emocionaba, me excitaba cada descubrimiento. Ahora sí había un instrumento que estudiaba lo que me interesaba a mí. Lejos de la simpleza «yoica», el psicoanálisis afirmaba que lo inconsciente predominaba en la vida psíquica y determinaba nuestras elecciones o reacciones. Y a esto, al inconsciente, no se accedía con cuestionarios ni bioparámetros. No servía de nada convencer ni argumentar en contra. Explicaba mucho de lo ilógico, irracional o contrario al sentido común. La función de los síntomas, el porqué de la formación de uno y no de otro, la temática, el frágil equilibrio psíquico con sus complejas dinámicas.

Lejos del «buenismo», no temía hablar y estudiar lo más siniestro, la pulsión de muerte, lo sexual en la infancia. Cuestionaba y deconstruía ideales del Yo o las convenciones sociales. Consideraba la angustia como esencia de lo humano, la falta como constitutiva del ser, el deseo como instancia sin objeto, más allá de lo que imaginaria y temporalmente creemos, el lenguaje como estructurante de lo psíquico, siempre distante de lo que pretende aprehender, siempre dejando cabos sueltos, siempre imperfecto. La complementariedad como fantasía, como velo que pretendiera negar la existencia de esa falta. El Yo como ilusión moderna. Tanto, tan interesante y tan útil para la clínica que no disminuía mi deseo de saber.

Mi segundo paciente, un varón que no había podido tener hijos, a pesar de llevar su esposa once años en tratamientos de fecundación, cuyos espermatozoides eran «escasos, lentos y débiles» —lo que en el lenguaje médico se conoce como astenospermia—, tras un tiempo de análisis, entre otras cosas, cambió su posición con respecto a su madre y a su esposa y seguidamente tuvieron una niña. La gente se curaba. No solo entendían por qué eran como eran, sino que los cambios en su vida eran radicales. No era exclusivamente una teoría fascinante, era una herramienta potentísima para saber acerca de nuestro deseo inconsciente, liberarse de fantasías que habían regido nuestro comportamiento y vivir más cerca de lo que nos satisface a cada uno. Soy psicoanalista por eso.

Hace ya veinte años de esa elección. ¿Se puede llamar elección a no alejarse del deseo de saber lo que a una le inquieta? Es obvio que esta reconstrucción es posterior, que yo iba haciendo pequeñas elecciones de las que no estaba segura, siguiendo una pasión que no sabía formular como ahora. El tiempo para comprender es largo¹.

En aquellos tiempos iniciales de profesión pensaba que me interesaban dos cosas: lo social y lo clínico. Y deseaba tener tiempo para desarrollar ambos lugares profesionales. Concebía la consulta como una burbuja, un espacio puro. Comencé pidiendo prestado un despacho —dentro de una oficina en la que trabajaba como administrativo— que ocupaba un par de horas a la semana. Mi primera paciente vino por un anuncio en la prensa del barrio. Un año después habíamos constituido un grupo de cinco psicólogos que alquilamos un piso destinado exclusivamente a consultas. Seguía con otros trabajos que me permitían pagar ese alquiler, la formación y la supervisión.

Mientras estudiaba el máster en clínica y la especialización en psicología comunitaria, había conseguido trabajar seis meses en un hospital de día psiquiátrico² haciendo prácticas no remuneradas. Aprendí muchísimo de intervención con pacientes graves desde la perspectiva psicoanalítica: pacientes diagnosticados de esquizofrenia, psicosis bipolar, psicosis obsesiva, trastornos de alimentación, trastornos de personalidad y otras patologías suficientemente graves como para bloquear su desarrollo vital, impedirles trabajar, relacionarse, cuidar de sus hijos o establecer una pareja.

Unos años después me llamaron para ocupar una plaza como psicóloga institucional en la Unidad de Jóvenes. Pude dejar los trabajos en otros campos y vivir exclusivamente de mi profesión, manteniendo mi consulta por las tardes. Junto con otras tres compañeras formamos un grupo de trabajo en psicología comunitaria que impartía escuelas de padres, grupos operativos, charlas psicoeducativas o conferencias a colegios, institutos y ayuntamientos.³ Antes de un año constatamos que no podríamos sostenernos económicamente y tuvimos que cerrar. Aprendí mucho durante este proceso, y durante los años posteriores me dediqué exclusi-

¹ Lacan (1945) plantea una estructura del tiempo en tres momentos: el instante de la mirada, el tiempo para comprender y el momento de concluir.

² Hospital de día psiquiátrico, Instituto Montreal, dirigido por el Dr. Esteban Acosta.

³ Grupo Lares de Intervención Comunitaria.

vamente a la clínica, tanto grupal como individual, tanto en institución como en consulta privada.

Cuando comprendí que en el puesto que ocupaba en el hospital ya había aprendido todo lo que podía aprender y que no había posibilidad de cambiar de puesto para seguir aprendiendo, lo dejé. Necesito disfrutar mucho de lo que hago para hacerlo bien y la seguridad de un puesto fijo no me motivaba. Mantenía la consulta y comencé el doctorado en Procesos y Desarrollos Psicoanalíticos, en la Universidad Complutense de Madrid. En aquellos momentos aún estaba vinculado a la Facultad de Psicología. Actualmente ha sido trasladado a Filosofía, otra de las maniobras de las que hablaba al inicio para instituir un pensamiento único en la disciplina.

En la asignatura de Lógica y Teoría de la Ciencia⁴, en primero de carrera, analicé un anuncio televisivo, de un automóvil. Disfruté enormemente ese trabajo y me sorprendió todo lo que escondía el mensaje más visible. De nuevo en busca de mensajes mucho más primarios a través de la fotografía, el sonido, la estructura, subtextos que no podían procesarse conscientemente y que conseguían movilizar el deseo del consumidor para hacerle creer que con ese objeto satisfaría sus fantasías inconscientes.

Durante el doctorado decidí realizar otro trabajo sobre publicidad para el curso «Representación y mito en la obra de Freud»⁵. Esta vez analizaba un anuncio de Coca-Cola y volví a sentir que me divertía ese trabajo, me resultaba más fácil que otros y me fascinaban los resultados de la investigación. En esta tesis he decidido utilizar este mismo sistema —el análisis de spots televisivos— por su claridad a la hora de mostrar indicadores sociales y al mismo tiempo dirigirse a las más íntimas pasiones humanas. Más adelante se mostrará más exhaustivamente el fundamento teórico, pero adelantemos que considero que es un espacio ideal para observar el encuentro entre el discurso social y el psiquismo individual.

En la siguiente etapa profesional combiné la consulta con el trabajo como psicóloga de escuelas infantiles. En el caso de las escuelas, mi escucha psicoanalítica estaba orientada sobre lo común de la realidad, aquello que se considera «normalizado», «funcional» o «suficientemente

⁴ Impartida por la profesora Dra. Camino Cañón Loyes.

⁵ Impartida por el profesor Dr. Eduardo Chamorro.

sano». Mi función en las escuelas no era el tratamiento de los niños. Yo estaba contratada para observar a los niños a lo largo de su jornada. Este sistema de trabajo hizo que yo no trabajara directa e individualmente con los niños y niñas. Cuando los síntomas en la escuela eran llamativos y en las entrevistas con los padres se confirmaban otros tantos, se les recomendaba una evaluación y tratamiento con profesionales ajenos a la escuela.

De mi trabajo en las escuelas obtuve otro elemento fundamental de esta tesis: la observación e intervención sobre las relaciones familiares. La familia es el espacio preferente para que el discurso social se transmita, puesto que los padres —y en segundo término abuelos, tíos y otras figuras familiares— son los encargados de mostrar al niño cómo es el mundo y cómo debe ser él para adaptarse.

Me resultó interesantísimo el trabajo con niños tan pequeños e indirectamente con sus familias, entre otras cosas porque observé en profundidad la panorámica de ese momento social. Me mostraron una serie de dificultades que se repetían en las familias con mayor frecuencia, así como algunos patrones de comportamiento, ideas, valores, modos de vincularse. En ese momento me ofrecieron escribir artículos de divulgación en un periódico digital⁶ y —sin intención consciente— todos los que iba escribiendo trataban acerca de resolver dificultades en la crianza de los niños. Fue una época centrada en pensar en las familias y sus dinámicas de un modo diferente al que sucede en la consulta.

Llevaba ya quince años escuchando psicoanalíticamente en consulta. Observando a través de una lente de aumento cada una de las dinámicas familiares. Desarrollé una intuición que me capacitó para poder hacer un trabajo que volvía a estar en un nivel diferente del clínico. Seguía escuchando psicoanalíticamente, claro, pero debía identificar rápidamente los síntomas, preguntar lo necesario para establecer hipótesis y plantear intervenciones a través de las tutorías, en las que las educadoras habían de ser capaces de escuchar, proponer y preguntar a los padres que generalmente estaban angustiados.

Esa foto fija de las familias españolas es parte de este trabajo: la diferencia entre lo que esos padres hacían y lo que habían hecho los suyos, las repeticiones inconscientes, las relaciones de pareja y lo que en ellas se jugaba, los intentos de compensación de las faltas propias en la infancia

⁶ *El Imparcial*, <http://www.elimparcial.es/Maria-Elizaga-Viana/autor/272/>

a través de sus hijos, las funciones que cumplen los síntomas de los niños en las familias, los síntomas más repetidos y los más preocupantes, aquellos que no llaman la atención porque están integrados en el modo social del momento, los roles. Volví a encontrarme en ese espacio intermedio entre lo individual y lo social que tanto me interesaba o, más bien quizá por eso, mantenía abierta esa escucha.

Decidí dejar las escuelas y terminar el doctorado. Escribí mi investigación para el Diploma de Estudios Avanzados titulada *Deseo de hijo y síntoma en la infancia*, en la que defendía la relación entre el discurso social y los síntomas desarrollados en la infancia, así como la influencia del discurso en la configuración de ese deseo. Mostraba cómo en el actual discurso —denominado por Lacan «tecnocientífico»—, en el que los sujetos se tornaban en objetos, había aumentado notablemente la prevalencia de trastornos relacionados con el vínculo, como el autismo o el síndrome de Asperger.

Hablaba entonces del *deseo de hijo* como «ese sutil momento psíquico inconsciente del que puede surgir la concepción de un hijo». Aclaraba cómo los vínculos se ven influidos por el discurso social predominante y que escogía investigar sobre los más tempranos por lo que tenían de determinantes en la constitución del sujeto, incluida su sintomatología psíquica.

Siempre deseé ser docente, disfruto enseñando, tanto individualmente como a grupos. Había dado charlas en colegios y conferencias. Comencé a enseñar Salud Mental a auxiliares de clínica en Segovia⁷ y disfruté mucho. Decidí ser doctora para tener acceso a la Universidad. En ese tiempo comencé a dar clases en la Universidad para los Mayores de la UCM⁸, lo que no hizo sino reafirmarme en mi convicción. Entonces me contrataron en la Universidad Pontificia de Comillas para enseñar Psicología. En este momento continué combinando la consulta con las clases en ambas universidades, en la Junta de Castilla y León y la escritura de esta tesis.

⁷ Dentro del curso impartido por el Dr. Juan Cañas para el INEM.

⁸ Dirigida por el Dr. Marcos Roca, Universidad Complutense de Madrid.

CAMBIOS EN LOS VÍNCULOS FAMILIARES

A lo largo de la historia del tratamiento de los síntomas psíquicos ha sido muy frecuente que los clínicos redujeran el campo causal de los mismos a la «vida privada» del sujeto. Muchos de los aspectos que el discurso social promovía eran tomados por «normales». Eso ha hecho que «se queden antiguos» innumerables presupuestos, puesto que no formaban parte del puro y objetivo psiquismo, sino de convenciones o criterios temporales que han sido modificados más tarde. Pero ¿acaso existe ese puro y objetivo psiquismo impermeable? ¿En qué consistiría esa esencia? Si el sujeto es el deseo inconsciente, sería ahí donde debiéramos buscar y diferenciar aquello que permanece de lo que cambia con el momento sociohistórico.

Por momentos sociohistóricos vamos a entender aquellos que describe Lacan hasta este momento, en el que parece estar estallando el *discurso tecnocientífico* y en el que desconocemos qué se producirá después. Así, vamos a considerar tres momentos: *discurso del amo*, *discurso tecnocientífico* y la actual crisis del último paradigma. Los periodos históricos a los que nos referiremos son: en el *discurso del amo*, hasta la década de los años sesenta del pasado siglo; en el *discurso tecnocientífico*, de ese momento hasta el año 2000; y la actual crisis, desde el principio del segundo milenio. Las dataciones son aproximadas, y los discursos no se suceden en secuencia tan limpia, sino que se van transformando y solapando, pero esta aproximación nos ayuda a entender los grandes rasgos.

También es necesario explicar que el discurso —aunque lo pretenda— no es absolutamente implacable, no consigue impregnarlo todo, así que hay sujetos —minorías— que se mueven en un discurso no coincidente con el mayoritario. O momentos/aspectos de sus vidas.

A lo largo de la historia han ido evolucionando las relaciones familiares, adaptándose a los momentos socioeconómicos, al contexto local, a los conocimientos del momento. Si era necesario tener muchos hijos porque en pocos años devenían en trabajadores que sostenían la familia, así se hacía, sin mayores cuestionamientos: las mujeres morían pronto, y los varones tomaban otra esposa que continuara este fin. Si la ley disponía que el primogénito varón heredara las propiedades y se hiciera cargo de los demás hermanos, el vínculo establecido con ese primer hijo era específicamente diferente a los demás. Si eran tiempos de guerras o batallas constantes, el hecho de nacer varón o mujer determinaba las expec-

tativas que sobre ellos se volcaban. Si desde el casamiento se asumía que «El primero es para la Iglesia», la relación con ese niño o niña que en pocos años se marcharía y que serviría de dote al poder, tributo necesario para continuar en la comunidad, estaba marcada.

Es muy reciente la idea de que los matrimonios se establezcan basándose en el amor romántico. Los acuerdos entre las familias desde la más tierna infancia mostraban que no era una pareja lo que se establecía sino una alianza entre grupos sociales, un tejido social anudado en tantos acuerdos como ese. Las familias extensas vivían en el mismo espacio, no se concebía lo que ahora llamamos «intimidad», «individuación», «autonomía». Posteriormente, el poder del patriarca, del «padre originario» de ese clan, fue trasvasándose a los hombres más jóvenes, más vigorosos, y los núcleos familiares comenzaron a ser estructurados como padre, madre, hijos que acogen en su casa a los padres de uno de los dos y a las tías solteras. Es decir, los mayores ya no ostentaban la autoridad absoluta. El poder estaba entonces ya ligado a la fuerza de trabajo.

Como en tantos otros aspectos, a partir de la revolución industrial, las guerras mundiales y la civil española, los cambios que se desencadenan son veloces. En la familia pasará lo mismo, los movimientos en su estructura que antes llevaban decenas de generaciones se desarrollan ahora en pocas décadas. Y aquí es donde enfocamos con nuestra lente de aumento. ¿Qué ha ido ocurriendo en y con las familias desde los años sesenta hasta ahora en España?

Entonces el país llevaba veinte años gobernado por un dictador, Francisco Franco, que aún seguiría otros tantos. Los roles en la pareja estaban claros, lo que quiere decir que había únicamente un modelo válido y no se cuestionaba. Si no se cumplía había de ser justificado y, aun así, hacerlo conllevaba una merma en la aceptación e integración social, salvo que el individuo en cuestión fuera poderoso, rico y varón. Las parejas se constituían por elección, aunque esta podía estar condicionada por los padres de los enamorados. Si la familia del elegido —ya fuese el varón o la mujer— no era considerada respetable, se impedía el comienzo de ese noviazgo. Ser respetable consistía en vivir de acuerdo con las tradiciones culturales y religiosas, no transgredir las normas morales mayoritarias en su entorno social y, sobre todo, ocultar toda diferencia con el patrón establecido.

Como ejemplo de diferencia veamos el caso de que uno de los miembros de la familia fuera homosexual. En los años sesenta esta diferencia se negaba y se planteaba un matrimonio heterosexual con —al menos—

un hijo que demostrara que era capaz de fecundar o ser fecundada. O bien ingresaba en la Iglesia, donde podría disimular su tendencia y expiar su culpa por ella mientras se esperaba que fuera transformado en heterosexual. Si era una mujer la homosexual, mantenía en silencio su condición, quizá se permitía no casarse y ser «la solterona» que vivía con sus hermanas casadas o conseguía un trabajo de los que se permitían a las mujeres, es decir, uno cuya condición básica fuera el servicio, el cuidado o la exhibición de sí misma. Asistencia doméstica, enfermería, docencia, u otros relacionados con el espectáculo, cantantes, *vedettes* o taquilleras. Si se trataba de un varón y no seguía el camino adecuado del matrimonio, emigraba a una ciudad grande donde sus andanzas vitales no llegaran a oídos de la sociedad a la que su familia pertenecía.

Las familias pudientes pagaban tratamientos psiquiátricos cuyo fin era corregir esa desviación y, en caso de resistencia, provocaban su salida al extranjero, pretendiendo escapar al juicio de una sociedad endogámica aislada del mundo exterior. Una buena metáfora este exilio: se creía que lo diferente era malo, y lo malo había de ser ajeno, por lo que hasta físicamente tenía que quedar al otro lado de la barrera que preservaba los valores que garantizaban una existencia digna. La homosexualidad era una perversión, corrupción moral o, en el mejor de los casos, patología mental.

En la España de 2015 la homosexualidad no es considerada una enfermedad sino una condición. Un modo de ser. Curiosamente se la denomina «opción sexual», se pretende que sea una elección libre del sujeto a la que tiene derecho. Es curioso porque aún no he conocido a nadie que haya elegido ser heterosexual u homosexual. Elegimos nuestra conducta sexual, pero no nuestra constitución como seres sexuados.

Ahora no se debe discriminar a los homosexuales, el pensamiento políticamente correcto es el dominante y este determina que todos debemos tener los mismos derechos y deberes. Por supuesto, los cambios psíquicos son mucho más lentos que los sociales y sigue habiendo familias que rechazan «discretamente» la homosexualidad de sus hijos, pero no lo muestran porque recibirían una sanción de su entorno. Hay que ser tolerantes con todo, respetar cualquier postura. También hay un gran número de personas homosexuales a las que les ha costado aceptar su deseo o mostrarlo tan abiertamente como ellas quisieran.

Pero volvamos al aspecto más social de los vínculos familiares. Esta es otra condición del discurso postmoderno, la liquidez que define Bauman⁹. Todo vale lo mismo, por lo que nada tiene realmente valor. La equidistancia, la falta de compromiso. En caso de tomar una posición firme en un debate, será tachado de «radical», y ser radical es ahora negativo porque el sujeto ideal en este momento social es blando, suave, escurridizo, lábil, bienqueda, buenrollista, superficial, amable, *polite* en cada aspecto de la vida. Un hijo homosexual ha de ser aceptado en las comidas de Navidad con su pareja, pero a cambio ha de ser discreto y divertido. Si reivindica la lucha por sus derechos será perseguido y suavemente apartado (Shangay Lily, 2014). No se debe molestar a otros con opiniones demasiado firmes, opiniones críticas que excluyan, que obliguen a debatir conceptos básicos, a tomar posturas éticas o morales y sugieran que hay cosas que están esencialmente bien o mal, sea quien sea el que las diga.

¿Cuál era entonces el modelo de familia? Una pareja que contrajera matrimonio civil y religioso —como religión se aceptaba únicamente a la Iglesia católica— tras unos años de noviazgo casto, carente de relación sexual. Una aproximación excesiva en un baile merecía una llamada pública de atención del cura de la parroquia que acudía precisamente para garantizar la ausencia de erotismo en los contactos. Cuando el varón tenía un trabajo que garantizaba el mantenimiento de la futura esposa, procedían al casamiento. En las mujeres era importante que esto ocurriera entre su mayoría de edad y los veinte y pocos años. Los anticonceptivos no eran legales y la religión católica vinculada al régimen franquista requería que se tuviera el máximo número de hijos posible, por lo que las familias solían ser numerosas. No había un cuestionamiento sobre cada concepción, no se planteaban si deseaban tener otro hijo o no, si era buen momento. Generalmente no había elección, se hacía «lo que se tenía que hacer»¹⁰, no era un deseo de los futuros padres. Algunas parejas no podían concebir y esto era vivido de forma dramática —la mujer no lo era plenamente si no era madre—, por lo que no era extraño que criaran a alguno de los hijos de sus hermanos como si fueran propios.

⁹ El concepto de liquidez es transversal a toda la obra de Zygmunt Bauman.

¹⁰ Para más información sobre estos temas puede consultarse la excelente investigación *Mujer y memoria*, de Aránzazu Borrachero (City University of New York), accesible en <http://www.mujerymemoria.org/web/home>

Al ser tantos hijos, se daba por hecha la parentalización de los mismos. Los mayores cuidaban de los pequeños —sobre todo si eran niñas— hasta el punto de desescolarizarlas para que se ocuparan de sus hermanos y de la casa. Los problemas o dificultades que tuvieran los niños no se escuchaban en el mundo adulto, se sobreentendía que los resolverían como pudieran y que no tenían importancia o bien eran connaturales a su etapa vital. El mundo infantil y el adulto estaban aislados. A cambio, esos niños nunca estaban solos. Compartían espacios y juegos con hermanos, primos, vecinos, con lo que aprendían a vivir en sociedad enseguida, a buscarse un lugar, a transar o a seducir. O bien asumían roles complementarios que les posibilitaran ubicarse socialmente.

La relación de los abuelos con sus nietos era directa. Eran parte de la familia nuclear, probablemente vivían juntos. Se les reconocía una autoridad proveniente del saber. Las abuelas habían criado a muchos niños, luego nadie podía cuestionarles esa capacidad.

La sexualidad era vivida como un derecho de los varones sobre las mujeres. Se entendía que era una necesidad masculina que ellas debían satisfacer. A las mujeres no se les reconocía su deseo sexual y mucho menos el placer, así que la mayoría no sabían lo que era un orgasmo ni cómo se llegaba a él. La penetración era el objetivo de las relaciones y no se daba espacio al erotismo ni a la estimulación sexual.

Al no existir el divorcio, las parejas se planteaban para toda la vida. Este era otro aspecto en el que los cónyuges no eran libres. No se cuestionaba la relación de pareja, se aprendía a tolerar lo que en aquella primera y única elección se hubiera escogido. No había más opción que convivir con el otro aunque no fueran felices. La responsabilidad del bienestar familiar recaía en la mujer, que debía hacer sentir a gusto al varón en la casa y mantenerlo alejado de los conflictos con los hijos salvo que estos traspasaran un límite y se les requiriera para amonestar y castigar. Era la madre la que se ocupaba de la relación cotidiana con los hijos, de los cuidados, de la afectividad y de la asistencia. La relación entre padre e hijos era por tanto distante y basada en la autoridad. Este padre no entraba en el terreno de los sentimientos, mucho menos en la expresión de los suyos propios. Debía mostrarse como una férrea columna, sin fisuras, dudas o debilidades. Se permitía que fuera agresivo con sus inferiores (mujer e hijos), pero debía respetar a sus mayores (padres, suegros) y contenerse ante ellos reconociendo su jerarquía. La ley no castigaba la violencia de género, así que si él se emborrachaba y pegaba a su esposa o hijos se consideraba un asunto íntimo en el que los demás no debían inmiscuirse.

La situación en la España de 2015 es radicalmente diferente. El país vive en democracia desde la muerte del dictador, cuarenta años atrás. El Estado es oficialmente laico y las realidades familiares muy diversas. Los jóvenes se relacionan con muchas parejas antes de decidir formar una familia, que sigue siendo la opción mayoritaria, aunque se ha retrasado el momento de tener el primer hijo hasta los treinta y uno de la mujer. La media de hijos por familia no llega a dos y una de cada cuatro parejas se divorcian.

Tras el acceso de las mujeres a la educación y el trabajo se espera de ellas autonomía económica, por lo que los varones han dejado de ser los únicos responsables de la economía familiar y ellas ya no son las encargadas del bienestar de ambos. La responsabilidad se comparte. Los varones ganan casi un 30% más en los mismos puestos que las mujeres, por lo que la balanza económica sigue inclinada hacia ellos. Ellas siguen sin ocupar puestos de poder y dirección en la empresa privada y las instituciones, así que el recorrido profesional de ellos es mayor y más rápido. Sus trabajos son más seguros y mejor remunerados. De hecho, la crisis que comenzó en 2008 y persiste se ha cebado con las mujeres.

La relación de pareja ya no presupone un sometimiento de la mujer al varón. La comunicación entre los miembros es mayor, ya no se reparten los espacios para ser ocupados de forma exclusiva por uno de los miembros puesto que ambos trabajan y se relacionan con personas de fuera del entorno familiar. A pesar de ello, los cuidados familiares de los hijos menores de tres años recaen en un 82% de los casos sobre las madres y en un 7,5% sobre las abuelas. Los padres varones se ocupan en un 4,8%.¹¹

Las relaciones de pareja, como vemos, han cambiado mucho. Fundamentalmente porque las mujeres han modificado su rol y los varones han ido adaptándose al espacio que se les proponía. Son escasos los movimientos sociales de varones en busca de un cambio de rol y se limitan al ámbito de la legislación de la custodia de los hijos. Los varones están aún desconcertados, puesto que lo que se esperaba de ellos es ahora tildado de machista, pero no está claro qué es lo que se valora en un hombre actual.

Las parejas ya no se establecen a partir de la complementariedad, se buscan «compañeros». Esperan compartir ideología, maneras de enten-

¹¹ Centro de Investigaciones Sociológicas. Datos de abril de 2014.

der la vida, y llegar a acuerdos dictados por la paridad, más que por los deseos. El reparto de las funciones en el hogar, cuando se establece por consenso, se hace bajo criterios de porcentajes, es decir, no se reparten por interés de cada uno en las funciones o por cualquier otra razón conectada con ellos, sino por un supuesto equilibrio en el trabajo o con criterios externos, objetivos, no subjetivos. Aclaro este punto por mostrar indicadores de esa funcionalidad preponderante, de esa ausencia de pasión o devaluación del lugar de la misma en el seno de la pareja.

Las relaciones sexuales acusan falta de deseo por parte de uno o ambos miembros de la pareja. Hasta tal punto que en muchas ocasiones se sustituyen por la «reproducción asistida» para poder tener hijos, puesto que la frecuencia y calidad de los encuentros sexuales en la pareja no permiten un embarazo espontáneo y esa falta de deseo sexual —y quizá también de *deseo de hijo*— no es afrontado por ellos como indicador de algo que sería interesante pensar. Si la técnica o la química permiten actuar sin asumir como propia una dificultad y responsabilizarse de ella, se hace. Lo mismo harán con sus hijos inquietos y nerviosos, aceptando que tomen pseudoanfetaminas¹² —para que su rendimiento académico sea mejor— al ser diagnosticados como TDAH por los médicos.

Otra de las diferencias notables es el número de hijos, que ha bajado radicalmente: 1,2 por pareja. Estos hijos e hijas únicos no tienen trato habitual con sus pares fuera del colegio. Viven lejos de sus familiares, las calles no son un lugar seguro para estar solos y los padres no se vinculan socialmente como antaño se hacía. Ahora prima ser autónomo y se fomentan la competitividad y el consumo, por lo que en la mayoría de los casos los niños tras el colegio acuden a actividades extraescolares y después esperan solos en casa la llegada de sus padres del trabajo. Estos niños solos se relacionan fundamentalmente con sus padres y la gente más cercana. No bajan a la calle a jugar porque no están seguros, se entretienen con consolas, redes virtuales y juegos en internet, no con otros chicos y chicas. Esto hace que no vayan aprendiendo a socializar, a lidiar con los conflictos que las relaciones presenciales conllevan. Suelen satisfacer sus impulsos, tapar sus ansiedades y deseos con objetos y alimentos.

Por supuesto hay razones económicas y laborales para no poder tener más de un hijo, pero no solamente. De hecho, se escucha el argumento «No podría querer a otro y que sufra las consecuencias el mayor», o «Lo

¹² Nombres comerciales: Concerta, Rubifen y Ritalín.

tengo —el segundo— para darle un hermanito», o «Para que no esté solo en la vida». Es decir, tenemos al primer hijo o hija colocados fálicamente en el lugar del Uno, del único, y al siguiente como objeto del primero. Sobra explicar la cantidad de síntomas que estos segundos manifiestan en su desarrollo, tanto físico como psíquico y social.

En las familias con varios hijos, los celos entre ellos son una de las grandes preocupaciones de los padres. El nivel de agresividad que ahora viven es notablemente mayor que el de entonces. Estos padres tienen dificultades para ser firmes educando, para poner límites. No saben cómo frustrar a sus hijos sin considerarse malvados o generadores de un supuesto trauma futuro. Pretenden tratar a sus hijos por igual, es decir, darles a todos lo mismo, independientemente de las necesidades o situaciones en que cada uno se encuentre. Es un modo de no comprometerse, no arriesgarse, coherente con lo que se comentaba antes de no posicionarse. Constantemente temen perder el amor de sus hijos o ser enjuiciados por la sociedad que ha encumbrado a los niños como «reyes de la casa», confundiendo la atención con el sometimiento, el cuidado con la sobreprotección. No es casual que se afirme que los hijos que dominan a sus padres —incluso con violencia física— padecen el «síndrome del emperador»¹³.

Y aquí aparece la figura de los abuelos, que también muestra una diferencia notable con la época anterior, empezando por haber salido del núcleo familiar. Ellos —ellas, más bien, que son las que viven más y las que ayudan a sus hijos— viven en sus propios pisos y siguen ayudando en la crianza de los niños, pero la diferencia fundamental es que son tratadas como auxiliares domésticas. Se cuestiona su capacidad en la crianza porque los padres de ahora siguen manuales y recomendaciones de expertos, o al menos consideran que es ahí donde reside el saber, no en sus propias madres. Esta profesionalización de la crianza hace que adoctrinen a sus padres, y estos abuelos inseguros e «ignorantes» se transforman en figuras blandas, carentes de autoridad y muchas veces tiranizados por los niños. Estos abuelos desautorizados madrugan para llevar a los niños al colegio porque los horarios de los padres son rígidos y no consideran la conciliación familiar y laboral. Por las tardes los recogen y los llevan y traen de sus extraescolares, para luego volver a sus casas y ser ya hora de ducharse y cenar. Esta descripción muestra cómo en esta

¹³ Un ejemplo de lo que digo en <http://www.lavanguardia.com/salud/20150204/54425793758/aumenta-sindrome-emperador-ninos-adolescentes.html>

ayuda prima la productividad. Ya no tienen tiempo, nietos y abuelos, para perder, para estar juntos sin ningún objetivo, para que los mayores acompañen a los niños en la exploración del mundo. Estos abuelos a los que la tecnología les llegó en la edad madura no son valorados por los niños educados en ella. La experiencia ha dejado de ser un valor desde que el brillo de lo último opaca a lo inmediatamente anterior. Desde que el hecho de ser novedad es suficiente para considerarse superior.

Antes hablábamos del lugar del varón en la pareja, que resulta muy interesante por lo poco que se profundiza en ello y por las consecuencias que presenta cuando se transforma en padre. Así como el hombre se ha feminizado, el padre tiende a la maternalización. Él ya no lleva sobre sus hombros la economía familiar, eso lo comparte. Debe saber ser sensible y mostrar sus emociones, así como ser tierno con sus hijos y dulce con su mujer. Entra en zona de peligro si se muestra como potente, incluso en lo sexual, porque puede ser tildado de agresivo o machista. Las mujeres exigen que sienta como ellas y hable como ellas, que cumpla funciones maternas e incluso que viva el embarazo, la espera del bebé, como ellas. El cambio de rol que ellos están haciendo parte fundamentalmente de un ideal ajeno. Es decir, no sufren las consecuencias de una posición y buscan un cambio que modere ese sufrimiento, sino que escuchan cómo deben ser y pretenden adaptarse. De nuevo de fuera hacia dentro. De nuevo la sociedad pretende que el Yo sea todopoderoso y, por tanto, la voluntad sea suficiente. Estos nuevos hombres políticamente correctos no pueden mostrar que desean a mujeres hipersexualizadas, inmigrantes latinas, por ejemplo, que siguen sometidas a ese lugar de mujer objeto contra el que se lucha en Occidente. Deben desear mujeres fálicas cuya feminidad se coloca en otro lugar. Y el problema es que, sin un cambio interno proveniente del propio deseo, se construye un «como si», un falso yo que propicia o mantiene la disociación. Y no es un movimiento exclusivo de los varones. Muchas mujeres profesionales y con alto nivel de estudios están buscando como parejas a varones que proceden de otras culturas con los que arman relaciones más primarias, más apasionadas y con los conflictos derivados de esta conjugación de roles. La queja es que ellos son celosos, no se ocupan de la casa o el cuidado de los hijos en la medida en que ellas suponían, son infieles, no trabajan o ganan lo suficiente.

Ser hijo de padres actuales conlleva otro tipo de dificultades que no hemos comentado. La represión de la agresividad y de la sexualidad es una. Me refiero a que la ideología imperante, la de la tolerancia y equidistancia de la que hablábamos, no cuenta con que la esencia del ser humano conlleva violencia y pulsión sexual. De hecho, a estos niños se

les trata de ocultar que la vida no es bella. No solamente bella. Los cuentos tradicionales se transforman para edulcorarse, se ocultan las traiciones, las muertes, las agresiones «para no dañar a los hijos ni proponer un modelo inadecuado», dejándolos solos con sus fantasías en las que todo esto existe. Geronimo Stilton versiona *Mujercitas* (Geronimo Stilton©, 2011), la célebre novela de Louisa May Alcott, y en su versión Beth ya no muere de escarlatina. Incluso en nuevas ediciones de la novela (Alcott, 1991) han transformado el texto para evitar esa muerte. ¿Cómo van a lidiar con la realidad en la que la enfermedad y la muerte sí existen?

En cuanto a la sexualidad infantil, anteriormente era directamente negada. Se reprimía o reprendía si la represión no funcionaba. Es decir, los niños lidiaban solos con ella. Si un adulto descubría una conducta sexual en un niño, este era amenazado y castigado tanto real como imaginariamente: «Vas a quedarte ciego», «Los hombres no te van a respetar», etc. Actualmente los niños tienen acceso a la información sexual de forma temprana a través de la pornografía, cada vez que abren internet. Su educación sexual se está deformando a través de ella. ¿Cómo van a manejarse con su sexualidad en cuerpos que no se corresponden con esos personajes? ¿Cómo resultan sus intentos de réplica de esas escenas que no son sino fantasías mayoritariamente masculinas? ¿Cómo aprender de las vicisitudes que el deseo marca y su correspondencia en el cuerpo si no aprendieron a vincularse socialmente de forma segura?

Quizá el aspecto más visual del cambio sea el de las diferentes formas de familia. Antaño solo existía un modelo, padre, madre e hijos. Actualmente este convive con las familias monoparentales —madre o padre con hijos— fruto de divorcios o de una elección. Muchas mujeres se plantean y llevan a cabo la maternidad sin un padre, sobre todo a partir de los treinta y muchos, en que sienten ese deseo y, o bien no tienen pareja o esta no cumple sus requisitos. La técnica y la medicina lo permiten. Las y los homosexuales que antes se escondían ahora establecen familias, conciben, adoptan y crían a sus hijos en la legalidad. Y, por supuesto, las familias en que los hijos provienen de diferentes parejas son habituales.

2.

Propósito de esta tesis

Es habitual que se hable del psiquismo humano como una entidad aislada, sin tener en cuenta la influencia de lo social en su configuración y dinámica de funcionamiento. La intención de esta tesis es investigar este punto. Cómo el discurso actual, llamado «tecnocientífico» por Jacques Lacan, propone un tipo de vínculo social que objetualiza al otro. Este discurso penetra hasta las relaciones más estructurantes —como son las de un recién nacido con sus padres a través del *deseo de hijo*— de forma que los síntomas psíquicos de la infancia actual han de ser comprendidos desde esta perspectiva.

El hecho de que el autismo haya aumentado su prevalencia de forma exponencial es inquietante y supone para mí el punto de partida de esta investigación que posteriormente ampliará su objeto de estudio. Vayamos poco a poco desmenuzando los elementos que intervienen en esta cuestión. Al hablar del *deseo de hijo* intento atrapar ese sutil momento psíquico inconsciente del que puede surgir la concepción de un hijo. Para el psicoanálisis, el deseo es siempre inconsciente y no está dirigido a un objeto en lo real, pero el *deseo de hijo* es diferente, puesto que puede llevar a que el sujeto que desea se transforme en padre o madre, tenga un hijo, su deseo se materialice en lo real.

El *deseo de hijo* es complejo y tiene muchos matices interesantes. Para este trabajo quiero acercarme a su forma. Es decir, a qué tipo de *deseo de hijo* está surgiendo en este momento histórico, de principios del siglo XXI, en el que considero que el discurso social imperante es el denominado por Lacan —que, a mi juicio ha sido quién mejor ha analizado esta cuestión hasta el momento— «discurso tecnocientífico». Me interesa este punto de vista puesto que creo que el discurso de cada momento social configura los vínculos entre las personas, incluyendo, por supuesto, el vínculo madre-hijo-padre. Por ello, los sujetos que de estos vínculos surjan tendrán aspectos diferentes, peculiares, que se dieron en menor cuantía cuando era el *discurso del amo* el imperante. Esto no quiere decir que considere que el discurso social afecta por igual a todos los sujetos,

ni que lo que aquí estudie sea universalmente aplicable. Este trabajo no tiene aspiraciones cuantitativas. Pretendo, exclusivamente, saber algo más acerca de lo nuevo. Intentar explicar algunos fenómenos sociales que se dan en mayor medida actualmente.

Uno de estos fenómenos es el cambio en la concepción de los hijos. Por los avances científicos, una mujer ya no necesita a un varón real para ser madre. Le basta con un espermatozoide —que puede obtener en una clínica de fertilización— y unos técnicos adecuados. Tampoco las relaciones familiares son iguales a las de antaño. Ya no existe el patrón universal de la familia tradicional, con una pareja de hombre y mujer que tienen hijos. Por supuesto, sigue dándose, pero ya no es, como era antes, casi el único modo de tener y criar hijos. Actualmente, las parejas con hijos ya no son siempre de un hombre con una mujer. Muchas parejas homosexuales adoptan hijos. Y la duración de las parejas no es tampoco la de antaño. Son cada día más frecuentes los divorcios, con lo que se generan familias de madre con hijos y padre con hijos que viven por separado. Estos hombres y mujeres pueden formar nuevas parejas y concebir más hijos. También existe actualmente la posibilidad de adoptar hijos por parte de personas sin pareja, tanto hombres como mujeres.

Todos estos cambios sociales, en lo real, son la muestra visible de profundos cambios en lo simbólico e imaginario de los que aún desconocemos su alcance. Las funciones de padres y madres son distintas, tener hijos y cómo tenerlos no supone lo mismo que antes. Ser madre o no. Cómo serlo. Por qué. En qué momento vital. Con o sin pareja. Tener o no un segundo o tercer hijo. Todas estas preguntas se responden de distinta manera actualmente. Ese hijo tendrá un lugar distinto para su madre y padre.

¿Por qué me interesa esta cualidad del *deseo de hijo*? Porque sostengo que, según sea este, la sintomatología del sujeto que será ese hijo será diferente. Porque esa nueva persona se constituye en esos primeros vínculos, y estos, como dije al principio, están sumamente influidos por el discurso social imperante.

Actualmente, se describen muchos más casos de niños con patología grave del vínculo. Es decir, patologías de tipo autista: espectro autista, Asperger, etc. Esta sintomatología se muestra en los tres primeros años de vida, en bebés que no mantienen contacto ocular, niños que no llegan a desarrollar el lenguaje, otros a los que la angustia ante el contacto o los cambios del entorno les resulta intolerable y entran en crisis de grito y movimiento sin objeto; en fin, síntomas de una grave dificultad en su

constitución como sujetos y, en consecuencia, en las relaciones con los demás, padre y madre incluidos por supuesto.

Sin llegar a ser tan grave, también se muestran muchas más dificultades en niños y niñas y en adolescentes que conllevan aislamiento social. No acuden a sus centros de estudio por resultarles intolerable la relación con los demás chicos, no son capaces de mantener relaciones de amistad con una calidad suficiente como para cuidarse mínimamente. Su interpretación de lo que en estas relaciones ocurre es tan perjudicial para sí mismos que acaban por ir reduciendo estas relaciones y espacios en los que es necesario relacionarse en la realidad. Esta huida encuentra en ocasiones un lugar adecuado en el mundo virtual, en las relaciones a distancia. Niños y niñas y adolescentes que se comunican fundamentalmente a través de los medios que la técnica proporciona. Chatean por el teléfono móvil, Messenger, Tuenti, Facebook o cualquier otro sistema que les ayude a defenderse. No están totalmente expuestos. Se ocultan, se transforman, les resulta algo más fácil poder mostrar esa imagen que querrían tener. La realidad tiene demasiadas variables que controlar, las relaciones en grupo en las que simultáneamente hay que atender a miradas, tonos, gestos, y procesar, consciente e inconscientemente, mucho más que lo que breves textos requieren. Esto ocurre en niños y niñas o en adolescentes «normalizados», pero aquellos con mayores dificultades llegan a generar una especie de vida paralela. No se relacionan en la realidad, o lo hacen lo mínimo posible, con el mínimo número de personas posible y el mínimo trato necesario. En paralelo, en las relaciones virtuales crean identidades falsas que se creen parcial o totalmente, desde las que se relacionan con otras identidades virtuales, y que les producen una paulatina retirada de la realidad. Otros directamente huyen de cualquier relación y ocupan su tiempo en juegos de realidad virtual, de forma que llega un momento en que no saben nada acerca de lo que son y desean.

Estas no son solo situaciones que vemos en las consultas clínicas, son situaciones que denuncian los medios de comunicación, que se escuchan en los grupos de padres como algo nuevo que no se sabe manejar. Si les quitan ordenadores o consolas, se ponen agresivos. Los lugares que ahora ocupan sus padres y madres ya no sirven para sostener a esos chicos, no bastan para ayudarles a salir de esos problemas, podríamos decir que han sido parte de la constitución de esa sintomatología. Algunos de estas chicas y chicos llegan a las consultas de los psicoanalistas, que ocupan el lugar tercero para actuar en esos casos. Pretenden restaurar parcialmente esas funciones de padre y madre que permitan a ese chico volver a ser sujeto de su propia vida. Y ese camino requiere inves-

tigar acerca del deseo de esos padres. De su *deseo de hijo*. Se trabaja caso por caso pero, cuando se echa un paso atrás, cuando se habla en seminarios y grupos de estudio, se reconocen las nuevas sintomatologías en unas y otras consultas.

Por esto he decidido arriesgar en este trabajo investigando estas situaciones nuevas, para poder aportar nuevas preguntas, o elaborar mejor las que ya tenemos, acerca de la relación entre el *deseo de hijo* y el síntoma infantil en la sociedad actual.

En la consulta escucho a niños, padres y adolescentes. Llevo trabajando en ella ininterrumpidamente desde que terminé la carrera, aunque durante temporadas largas lo he combinado con otros trabajos. Trabajé en un hospital de día psiquiátrico durante tres años, y fue allí, en la Unidad de Jóvenes, donde comencé a pensar sobre el cambio en el modo de enfermar de estos. Como era la primera vez que trabajaba con psicóticos, *border line* o trastornos de personalidad tan graves, las diferencias las atribuí a la estructura psíquica. En aquella época, aún hacía esa distinción propia de los jóvenes entre patologías graves y leves. No quiero decir que no haya diferencias cuantitativas, por supuesto que las hay, pero esa línea subjetiva que uno traza pretendiendo que no sea traspasable, queriendo tener algún tipo de certeza cuando escuchas a una persona con problemas, esa frontera la creaba para intentar sostenerme yo. Por un lado, me quedaba claro que yo no llegaría al estado en que veía a los jóvenes de mi unidad, aunque en ocasiones pudiera «comprenderlos» demasiado, me identificara con algunos síntomas o incluso con parte de su discurso. Por otro, si me convencía de saber algo acerca de ellos, algo cierto, me sentía más segura a la hora de intervenir. Por ellos y por mis compañeros, los demás profesionales de la salud mental, que andamos siempre asomándonos al abismo y dando pasos atrás para no caer; queriendo tener alguna certeza, algún asidero firme, cuando lo cierto es que nuestro lugar es un asiento sobre un chorro de aire.

Cuento esto porque mis interpretaciones de entonces eran más reduccionistas, intentaba identificar cada aspecto inquietante y nuevo que escuchaba a un paciente con un síntoma, síndrome o estructura. Eso que los psiquiatras llevan pretendiendo tanto tiempo y que de tan poco sirve, ni para pacientes ni para profesionales a los que realmente interese el funcionamiento psíquico y la intervención en el mismo. Digo esto ahora, con la distancia, porque en aquella época yo me sentía muy alejada de la nosología psiquiátrica, ya estudiaba psicoanálisis, supervisaba, me analizaba, ejercía como tal. Pero es cierto que necesité vivir y analizarme mucho más para ver lo que entonces tapaba.

Al terminar mis estudios de psicología estudié dos especializaciones o másteres simultáneamente en los dos campos que siempre me han interesado: lo social y lo clínico. No deja de sorprenderme la potencia del deseo, ni su persistencia cuando uno le despeja el camino. Aquí estoy, veinte años después, queriendo saber sobre la relación entre el discurso social y los síntomas en la infancia.

Después de la temporada del psiquiátrico, estuve trabajando exclusivamente en la consulta unos años. Viví y analicé esas cosas de las que antes hablaba —entre otras mi maternidad— y que me abrieron a la realidad psíquica sin paños calientes. Cito lo de mi maternidad porque realmente creo que, si no hubiera sido madre, no podría acercarme a este tema tan libremente. Por supuesto, analizar los vínculos con los propios padres es esencial, así como el *deseo de hijo* propio, pero ha sido vivir determinadas situaciones lo que ha hecho que me mantuviera en el estudio y la escucha sin aquellas barreras que de joven necesitaba, expuesta, sin tanto miedo a asomarme a los abismos de mis pacientes, de los niños y niñas a los que vi después en las escuelas, de los bebés. Sigo teniendo barreras sin las que no creo que pudiera vivir a gusto, pero están mucho más adelantadas, y eso me provoca más y más preguntas y deseo de continuar en mi trabajo y mi investigación.

En la siguiente etapa profesional combiné la consulta con las escuelas infantiles. Comencé en la del Congreso de los Diputados, la del Ministerio de Trabajo y la del Hospital de Fuenlabrada. Después trabajé también en la de la Junta de Andalucía (en Torretriana, Sevilla), en el Hospital de Alcorcón, en una empresa constructora y en la de la Guardia Real. Estas escuelas estaban ubicadas en el centro de trabajo, forman parte de la filosofía actual de «conciliación» de vida familiar y laboral. Esto significa que los niños y niñas que allí se escolarizan son hijos de trabajadores de esas instituciones que he nombrado. Las nombro para que sea posible constatar cómo la muestra estudiada no forma parte de un estrato social determinado ni se le pueden presuponer patologías homogéneas. Es cierto que no se trató de niños con dificultades socioeconómicas, puesto que al menos uno de sus padres trabajaba y ellos estaban escolarizados. Esto ya genera una diferencia con la población psiquiátrica antes mencionada. Mi escucha psicoanalítica estaba orientada sobre lo común de la realidad, aquello que se considera «normalizado», «funcional», «suficientemente sano». Ya no podía permitirme esa defensa infantil de atribuir a los márgenes la sintomatología grave.

Los niños que acudían a estas escuelas tenían desde cuatro meses a tres años y medio, edades comprendidas en el primer ciclo de Educación

Infantil, que actualmente en España no es obligatoria ni gratuita. La más pequeña de estas escuelas tenía tres aulas: bebés (de cero a un año), niños de uno a dos años, y de dos a tres. Lo normal era que hubiera varias aulas por estrato de edad. En estos momentos la ley permite, en este tipo de escuela, ocho bebés por aula, doce niños hasta dos años, y dieciocho o veinte de dos a tres años. Varían algo las plazas según los metros cuadrados, acceso a servicios, etc. Doy estos datos para que conste el elevado número de niños observado: entre trescientos y cuatrocientos. A gran cantidad de ellos los pude observar desde sus cuatro o seis meses hasta que se fueron con tres años, y a los que no, al menos durante dos años de su vida temprana. La muestra es amplia, sí, pero no pasan de cuatrocientos niños y niñas, luego resulta sorprendente que viera varios casos con sintomatología de espectro autista. Cuatro o cinco de ellos eran tan evidentes que las mismas tutoras señalaban la diferencia con el resto, se asustaban ante la dificultad para vincularse que mostraban los niños, ante sus crisis de angustia.

Mi función en las escuelas no era el tratamiento de los niños. Yo estaba contratada para observar a los niños a lo largo de su jornada. Durante la misma ocurrían situaciones de las que obtenía mucha información, puesto que estaba presente en la llegada de los niños y niñas con sus padres y en la despedida de estos, la entrada en el aula, actividades pedagógicas, asamblea, alimentación, sueño, cambios de pañales o visitas al baño, patio y juego libre, etc. Esta observación la realizaba en silencio, tomando notas. Esa misma tarde teníamos «claustro», una reunión con el equipo educativo (directora y tutoras de cada aula) que tenía varias funciones: la formación en psicoanálisis de las profesionales, la supervisión de su trabajo, la transmisión de lo que observábamos y escuchábamos de cada niño que nos llamaba la atención y la preparación de las tutoras para trabajar con cada uno de estos casos. Se trataba de poder trabajar los síntomas de los niños en la escuela y a través de «tutorías», es decir, reuniones entre tutora y padres. Estas reuniones eran terapéuticas, las preparábamos en los claustros y trabajábamos sobre ellas posteriormente. El equipo aprendía a leer psicoanalíticamente las situaciones cotidianas en la escuela, los comentarios de los padres y madres, las respuestas de los niños a cada propuesta. Se trataba de evitar que esas niñas y niños llegaran a las consultas de los especialistas. Solo los casos más graves, con mayor sufrimiento y dificultad de los padres para intervenir, eran derivados.

Uno de los objetivos de las tutorías era averiguar acerca del lugar de ese niño o niña en el deseo de cada uno de los padres. No era fácil romper con los tópicos que protegen del horror. En esa profesión tampoco. Se

supone que los padres siempre quieren a sus hijos. Se supone que el amor de madre es generoso, que da sin esperar recibir, que no hay proporción entre lo que los padres entregan a un hijo y lo que reciben de él y que por ello la paternidad y maternidad es un «acto de generosidad», un «acto de amor». De este cuento de hadas se excluye, entre otras cosas, la agresividad de los padres y madres hacia los hijos. Se puede escuchar la agresividad extrema, la de la violencia física, los abusos sexuales, o la de la gente muy diferente —«marginados sociales» o extranjeros—. Así, el que escucha queda a salvo de cuestionarse acerca de su propia agresividad, de la de sus propios padres, no tiene por qué salir de ese mundo en el que los malos son siempre otros. No saber acerca de los propios fantasmas. Por eso, en muchas ocasiones conseguimos que los equipos escucharan acerca del deseo de los padres, pero que inmediatamente después se protegieran del horror calificándolo moralmente, o levantando las defensas que cada una pudiera generar. Tampoco es extraño. Ellas, las tutoras, no estaban en análisis, para la mayoría aquellos lunes eran el único contacto con el subtexto de la realidad, con el inconsciente, con el «lado oscuro». Y bien sabemos que para adentrarse en estos terrenos sin engancharse en el goce es necesario el análisis.

Pero volvamos a lo que iba averiguando acerca de los sufrimientos de esa primera infancia perteneciente a grupos socioeconómicos sin dificultades especiales. Sin duda, lo más sorprendente fue lo anteriormente mencionado: la enorme incidencia de la sintomatología de espectro autista o patología grave del vínculo. Si hiciéramos caso a las estadísticas, no era esperable ningún caso, puesto que se supone que son 3,5 de cada 10.000 personas las que la padecen. Al menos esas son las cifras tradicionales, el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* (DSM-IV) dice de 2 a 5 casos por cada 10.000, por lo que sería esperable uno de cada 2.000 niños máximo. Es cierto que este mismo manual aclara la dificultad de obtener información y realizar sus cuentas estadísticas, dificultad con la que yo misma me he topado en este trabajo, pero, en cualquier caso, la diferencia es tan llamativa como para ser objeto de estudio.

He de aclarar una cosa importante. En ningún caso realicé yo el diagnóstico de los niños. No trabajaba directa e individualmente con ellos. Cuando los síntomas en la escuela eran llamativos y en las entrevistas con los padres se confirmaban otros tantos, se recomendaba a los padres una evaluación externa. ¿Cómo puedo entonces estar hablando de esos casos como ciertos? Porque solo estoy incluyendo, en estos números, aquellos tan llamativos que no ofrecían duda. Niños y niñas que no miraban a los ojos a sus educadoras, cuyos padres tenían dificultades a la

hora de recogerlos porque no mostraban ningún interés en acudir con ellos, que no desarrollaban lenguaje alguno o llegaban a emitir escasas palabras que no eran «mamá», «papá», «agua», sino «coche» o el nombre de otro objeto con el que realizaban sus conductas reiteradas; niñas y niños que no podían jugar con los demás, puesto que no hacían relación con ellos; que entraban en crisis de angustia con gritos desesperados si algún compañero les rozaba al pasar, que no se interesaban por las actividades propuestas. Niños y niñas cuyos padres referían directamente su imposibilidad de relacionarse con los otros niños, en el parque de su casa, con sus amigos, y muchos otros síntomas que más adelante describiré. En algunos casos llegué a saber acerca de ese diagnóstico externo, en otros, no. Los padres que tienen que enfrentarse a una situación así reaccionan, con mucha frecuencia, negando en un primer momento. Y esos mismos padres tenían dificultades previas, en las que no llegué a profundizar por la misma razón, pero que también están relacionadas con el síntoma de sus hijos.

Hasta ahora solo he hablado de los casos de sufrimiento disruptivo del desarrollo, de los que la psiquiatría denomina «trastorno general del desarrollo» o TGD, y en los que incluyen: autismo, Asperger, síndrome de Rett, Trastorno Desintegrativo del Desarrollo y otro denominado Trastorno del Desarrollo no Especificado. Pero, a lo largo de estos años de trabajo clínico y grupos de trabajo con otros profesionales, he podido ver que a mis consultas están llegando muchos pacientes diferentes, que no se describían en los libros, con los que tengo que trabajar de otra forma porque, si no, abandonan el tratamiento. Se trata de personas que vienen sin un discurso. No vienen a contarme la historia de su vida y sus síntomas, no. Vienen nombrando su síntoma más perturbador, que generalmente tiene que ver con el cuerpo, y se callan. No tienen idea de en qué se relaciona ese síntoma con ellos mismos. No cuentan su historia. No hablan de sus relaciones, no culpan a otros, no parecen querer saber más. «No son como antes», decimos los psicoanalistas. Y no lo son. Están más en el acto que en la palabra. La transferencia que se establece es distinta, uno tiene la sensación de ser considerado un «técnico» más, intercambiable por cualquier otro. Estamos, pues, escuchando más en las consultas un tipo de discurso que encaja muy bien con la psicología conductual y cognitiva, en la que se protocolizan tratamientos universales para los síntomas. No se pregunta al paciente por qué ese síntoma y no otro, qué está necesitando ser dicho a través de él, qué hay de sí mismo en padecer de ese modo y no de otro. No importa. De hecho, se evita escucharlo.

Es en este punto en el que entiendo que se lee el indicador social, en la desubjetivización. No importa la subjetividad, no interesa la particularidad, el modo de cada uno, el estilo propio de vivir y gozar. Se trata de universalizar, trazar caminos en los que los caminantes no sean más que sus formas y, sobre todo, que no se salgan del camino. Podemos ver los signos del *discurso tecnocientífico* del que Lacan hablaba, en ese pensamiento único, en esta dictadura de lo correcto, en esos discursos desligados de las vivencias reales que despliegan los partidos políticos. No se permite que los políticos se salgan del guión de su partido, se castigan las particularidades puesto que ellos han de ser meros funcionarios del partido, sustituibles también en cualquier momento; no se les permite una impronta personal que se pierda con su marcha. El hecho de estar viviendo en una sociedad regida por este discurso hace que la gente padezca de un modo peculiar. Esa pérdida de la subjetividad se ve reflejada en todos los aspectos de la vida.

Ser madre o padre es complejo, complejísimo. Se espera de ellos que generen un vínculo tan íntimo como para constituir con su deseo al hijo como un sujeto. Desearlo y quererlo tanto como para que él se considere merecedor de tales amores y constituya su propia subjetividad, su armazón de deseos propios. Pero desde el primer momento de la vida de ese hijo, mientras se está creando ese vínculo máximo, han de estar ayudándole a separarse, a no quedarse pegado en lo cálido y siniestro de la relación familiar. A dejar el pecho materno, a comer sólido, a ser cada vez más autónomo. Es decir, criar a un hijo supone pasar de desear a ese hijo como objeto a fomentar su subjetivización progresiva, ayudarle a ser sujeto de su propio deseo.

¿No es entonces coherente que en este discurso social haya más fracasos en esta función? Todo empuja a no atender a lo particular, a borrarlo incluso. Los niños no son llevados a clase particular de ajedrez porque muestren interés en ese juego, sino porque los hará más inteligentes, más capaces de competir con los demás por su puesto de trabajo futuro. No se escucha hablar de cada niño o niña como peculiar, por un rasgo que así se atiende por parte del mundo adulto. Se espera que le guste determinada serie de televisión o juego de ordenador en función de parámetros como su edad o su sexo. El tiempo de las tardes está saturado de actividades elegidas por los padres que hacen que los niños no pasen tiempo consigo mismos. Imaginando, recreando, desarrollando ese mundo interior, movilizándolo sus fantasías, jugando con roles diversos, solos o con otros niños. Se teme su libertad. Hasta en las fiestas infantiles contratan a adultos que monitorizan sus movimientos y sus juegos. Y si es cada vez más complejo constituirse como sujeto, ¿cómo no va a serlo

relacionarse con otros sujetos?, ¿cómo no ver cada vez más padecimientos que se muestran en las relaciones?

Tras haber presentado la cuestión, vuelvo a centrarla para analizar con más detalle los conceptos utilizados. Considero que según sea el *deseo de hijo* se favorecen determinados síntomas en la infancia de éste. Pretendo mostrar cómo, en el momento actual en el que esos deseos están imbricados en el *discurso tecnocientífico*, la incidencia de síntomas relacionados con la dificultad en los vínculos es claramente mayor.

En las personas con TEA (trastorno del espectro autista) es muy difícil o imposible la constitución de un sujeto (sujeto del deseo inconsciente), por lo que la relación con otros es nula o muy pobre. Por este motivo he escogido este diagnóstico para poder mostrar el incremento de estas dificultades. Comenzaré por definir, desde el psicoanálisis, el *deseo*, para pasar después a hablar del *deseo de hijo*.

El deseo es una noción compleja y básica para la teoría psicoanalítica, por lo que iré apuntando matices para construir un concepto lo más completo posible, considerando la flexibilidad y apertura siempre necesarias. Comenzaré por aclarar que «deseo», «desear», no equivale a «querer», puesto que el deseo del que hablo es inconsciente, y no tiene objeto. Es decir, no se desea «algo», ni es «la persona» la que lo hace. Más bien al contrario, es el deseo inconsciente el que constituye al sujeto. Freud comienza por definir el deseo del siguiente modo:

[...] la imagen mnémica de una determinada percepción permanece asociada a la huella mnémica de la excitación resultante de la necesidad. Al presentarse de nuevo esta necesidad, se producirá, en virtud de la ligazón establecida, una moción psíquica dirigida a recargar la imagen mnémica de dicha percepción e incluso a evocar ésta, es decir, a restablecer la situación de la primera satisfacción: tal moción es la que nosotros llamamos deseo; la reaparición de la percepción es el «cumplimiento de deseo» (Freud, 1889).

Se trata de una primera aproximación, que complementa diferenciando entre necesidad y deseo¹⁴:

[...] la necesidad, nacida de un estado de tensión interna, encuentra su satisfacción [*Befriedigung*] por la acción específica que pro-

¹⁴ Maud Mannoni (1987/2000) profundiza en el deseo como opuesto a necesidad y revelador de lo que hay de engañoso en las ganas.

cura el objeto adecuado (por ejemplo, alimento); el deseo se halla indisolublemente ligado a «huellas mnémicas» y encuentra su realización [*Erfüllung*] en la reproducción alucinatoria de las percepciones que se han convertido en signos de esta satisfacción. Con todo, esta diferencia no siempre se halla tan claramente afirmada en la terminología de Freud: en algunos trabajos se encuentra la palabra compuesta *Wunschbefriedigung* (Laplanche y Pontali, 1967/1994, pág. 97).

Freud está inscribiendo el deseo en el terreno de la fantasía, desligándolo al fin de las concepciones fisiológicas relacionadas con la necesidad —aunque en ocasiones los confunda—, pero sigue utilizando su esquema de homeostasis psíquica. Es decir, sigue concibiendo el deseo como motor de búsqueda de equilibrio, sigue imaginando un objeto que aplaque la tensión de la falta. Sigue concibiendo un estado ideal de «calma psíquica» que implicaría la ausencia o satisfacción realizada de deseos y necesidades. En *La interpretación de los sueños* (1889), que es donde comienza Freud a nombrar el deseo, el concepto no es el deseo en sí, sino la realización o cumplimiento del deseo, la *Wunscherfüllung*, que en el sueño se realiza de forma alucinatoria: «El sueño es un acto psíquico completo, su fuerza pulsionante es en todos los casos un deseo a realizar» (Freud, 1889). Para Freud, pulsión y deseo están íntimamente ligadas, incluso en sus búsquedas de satisfacción o sublimación: «Las fuerzas pulsionales de la imaginación poética son deseos insatisfechos» (Mannoni, 1987/2000).

Es en este punto donde las aportaciones de J. Lacan revolucionan y reformulan el concepto. Antes de adentrarme en la conceptualización lacaniana, reconoceré las aportaciones de la escuela inglesa. Las aportaciones más importantes en este terreno las hicieron Melanie Klein y Donald Winnicot. Las más valiosas fueron los estudios sobre la relación de objeto de Klein, con el «objeto bueno» y el «objeto malo» (pecho bueno y pecho malo), y las relaciones con estos que configura la fantasía inconsciente (Klein, 2006), las posiciones esquizo-paranoide (primeros seis meses de vida) y depresiva (alrededor de los seis meses).¹⁵ Y del trabajo de Winnicot destaco el concepto de «objeto transicional» como representación del objeto materno. Considero que Lacan asimila y reformula

¹⁵ Lacan critica que esas construcciones teóricas de dualidad entre objeto bueno y malo introyectados se entendieron más como producto de experiencias vividas en la realidad que como aspectos de lo *imaginario*. Lo conductista influyó permanentemente para esta distorsión. Es más beneficioso tomado desde el campo de la palabra. Para profundizar en la lectura de lo kleiniano por Lacan, véase Maud Mannoni (1987/2000), págs. 16-17.

también estas conceptualizaciones, construyendo así sobre estos autores, por lo que dedicaré el grueso de este punto a su teoría.

Comenzaré por aclarar que Lacan interpreta como imaginaria, mítica, aquella primera satisfacción de la que Freud habla, que configuraba esas huellas mnémicas que generaban la búsqueda de la repetición nunca igualada y por ello eterna. Lacan ya no liga pulsión a deseo, su formulación del deseo pasa por la escena del recién nacido que siente un displacer fruto de una necesidad biológica insatisfecha que es incapaz de colmar por sí mismo. Esto le hace convocar, gritar, llamar a *otro*. Esta es la *demanda* y se formula a *otro*, es decir, que es en este momento cuando el sujeto nace, se humaniza, se constituye. Esa demanda al A es siempre demanda de amor, de ser reconocido absolutamente por el A: «[...] pero precisamente el deseo, hablando con propiedad, no es ni la necesidad, cuyo orden propio está relevado por la demanda, ni el amor que aliena la necesidad, sino que se forma en su entrecruzamiento» (Lacan, 1972-1973/1998, clase del 19 de marzo de 1974).

De este momento surge la constitución como sujeto, sujeto del deseo inconsciente. Sujeto en falta siempre. Escrito por Lacan como *sujeto barrado*. El siguiente gráfico aclara la diferencia entre deseo y demanda:

$$\begin{matrix} \S \\ D \rightarrow A \end{matrix}$$

«El gran otro, o la estructura del lenguaje recibe al niño al nacer» (ibíd.), dice Lacan. Es decir, que hay un A predeterminado que recibe al niño al nacer, que está antes de nacer este. Un conjunto de significantes que lo recibe para algo, con una intención, una dirección. Es por la voz de la madre, ese objeto *a*, por lo que se sostiene el A. Es decir, es necesaria una encarnación en lo *real* para producir el *nombre del padre*. No basta con lo *imaginario*, con normas pedagógicas, por ejemplo, que lean los padres en libros sobre crianza. Para llegar a la *castración simbólica*, es necesaria la voz de la madre. Este es el objeto que Lacan denomina «éx-timo», fusionando «exterior» e «íntimo», porque la voz de la madre es exterior pero resuena en el niño.

¿Y qué es eso tan importante que tiene que decir la voz de la madre? Recordaré que estamos hablando del deseo, de la constitución del sujeto. Es necesario que la madre niegue. El «no» es un operador en la estructura. Es lo que permite la entrada, la existencia de la *ley*, del *nombre*

del padre. Es lo que hace salir al niño del lugar del *falo* de la madre, es decir, dejar de identificarse con lo que creía que era la falta en ella para completarla. Este momento se corresponde con la segunda fase del *Edipo* lacaniano. El *Edipo* lacaniano consta de tres fases que podríamos sintetizar así. Primer tiempo: constitución del niño en el *falo* de la madre; segundo tiempo: *castración*, el «no» del padre que traduce la madre; tercer tiempo: cambio de lugar, del ser o no (el *falo*) al tener o no, según vaya del lado femenino o masculino. Este «no» del que hablamos es dicho por la madre con amor. Y es lo que salva al niño de quedar atrapado en ese lugar de «falo de mamá», que es la identificación con lo que supone que es la falta de ella. Comúnmente se podría entender como «querer ser lo que a ella le satisfaga, lo que su deseo me dicte como objeto». Es decir, quedarse paralizado en un lugar de objeto, en lugar de constituirse él mismo como sujeto deseante.

Otro aspecto importante de esta *metáfora paterna* es que no es algo que la madre pueda «aprender». Está o no está. Esa madre hace un lugar a la palabra del padre de entrada. Luego el padre real podrá ocupar o no ese lugar. Es en este juego de ambos en el que se posibilitan todas las salidas para el niño.

Al escuchar a ese bebé del que hablábamos, su madre pondrá palabras a ese grito y formulará su demanda a través del lenguaje: «tienes hambre, tranquilo, ya vas a comer», por ejemplo. Recordemos primero que el bebé no necesita exclusivamente un cuidado biológico de sus necesidades, como demostró René Spitz en su libro *El primer año de vida del niño* (Spitz, 1958/1988), en el que estudiaba la mortandad en esa primera infancia de los niños en orfanatos. Cuando demostró que los cuidados habían de ser acompañados por el afecto de algún tipo de relación objetal y se implantaron estos «cuidados afectivos», la depresión anaclítica que desembocaba en marasmo y muerte disminuyó muy notablemente, puesto que:

La depresión anaclítica y el hospitalismo nos demuestran que la ausencia de relaciones objetales causada por la carencia afectiva detiene el desarrollo en todos los sectores de la personalidad [...] la catamnesia de estas dos afecciones demuestra que cuando la carencia de relaciones objetales hace imposible la descarga de impulsos agresivos, el lactante volverá la agresión sobre sí mismo. Se hace incapaz de asimilar la comida, cae víctima del insomnio; más adelante estos niños se atacan activamente a sí mismos, dándose cabezazos contra los barrotes, pegándose con el puño y arrancándose mechones de pelo. El deterioro progresa inexorablemente, llevándoles al marasmo y a la muerte (ibíd., pág. 113).

El lenguaje no refleja nunca de forma total las vivencias, sensaciones, percepciones humanas. Incluso siendo lo más precisos posible dejamos un resto que no se puede captar con las palabras. De aquí que hable Lacan de la «falta en ser» del «ser parlante». De ese «resto» que genera deseo, encadenada y eternamente, de la relación con los significantes y el deseo, del deseo como deseo del Otro. Del inconsciente «estructurado como un lenguaje».

Nombraré otro concepto que me será útil más adelante. El *fantasma*, que se origina al representar imaginariamente ese objeto supuesto como perdido. Gracias al corte simbólico que nombramos anteriormente como «no», se constituyen el deseo y el *fantasma*. Este último será la fantasía que sustituya al objeto supuesto como perdido, y que marque la dirección en la que se moverá el sujeto ahí constituido.¹⁶

Lacan (1960, págs. 773-807) escribe el algoritmo del *fantasma* del siguiente modo:

$$\S \diamond a$$

Los objetos del *fantasma* representados con esa *a* minúscula —que serán orales, anales, escópicos, invocantes, fálicos— son, por tanto, los configuradores del *fantasma*, en la medida en que son supuestos objetos perdidos y, por faltarle al sujeto, serán causantes de deseo. La castración simbólica, el «no», es la función que permitirá reprimir las pulsiones que originaron esta construcción y libidinizará los objetos *a*, objetos causa de deseo bajo la forma del *falo*.

Esta dimensión asintótica del deseo va, sin embargo, a contribuir a asegurar al niño, cautivo de un organismo adscrito al orden de la necesidad, la promoción del estadio de objeto al de sujeto, en la medida en que «el deseo parece no deber inscribirse sino en el registro de una relación simbólica al Otro y a través del deseo del Otro». Pero cuando Lacan escribe: «Eso que me falta, eso que nunca tendré, me importa porque es donde fundo mi deseo», puede deducirse que el deseo nace de esta inversión del valor de la falta en «potencia de pura pérdida» (Mijolla y Mijolla-Mellor, 2003).

¹⁶ Puede ampliarse este concepto en Chemama (1998), págs. 88-96.

Hasta ahora estoy hablando del deseo, de su constitución, del sujeto que lo es de deseo inconsciente siempre, pensando en el niño, en ese momento clave necesario para pasar de objeto a sujeto. Ahora voy a ver el otro lado del deseo. El de la madre y, posteriormente, el del padre o de quien ocupe su función. Y más en concreto, la vertiente que nos atañe en este trabajo: el *deseo de hijo*. Ya he argumentado que el deseo —como la pulsión¹⁷— lo es sin objeto, pero lo cierto es que este nuevo concepto, el *deseo de hijo*, es fronterizo puesto que aparentemente sí llegará a tener un objeto real. Y es mucho más complejo aún, puesto que ese objeto deseado ha de abandonar su posición de objeto para irse constituyendo como sujeto desde el primer momento. Y esto solo lo hace en relación con esa madre que le espera en un lugar de su *fantasma*, con un conjunto de significantes previos a su nacimiento. El *deseo de hijo* se actualiza en una demanda al *otro*, que encarna el compañero y, en caso de infertilidad, la ciencia médica. Recae sobre un objeto que tiene existencia y consistencia reales. Como a todos los deseos, un objeto perdido lo causa. Pero, a diferencia de los otros deseos, su objeto tiene una consistencia muy particular, sin duda porque es un pedazo de cuerpo, «por venir» y «por perder», pero todavía no perdido (Chemama, 1998, pág. 96).

Quiero diferenciarlo claramente de la decisión racional, consciente, voluntaria, en la que una persona elige tomar las medidas adecuadas para tener un hijo. Es importante esta diferenciación porque, en el lenguaje común, un «hijo deseado» es un hijo que ha sido programado, que conscientemente se quiere concebir, adoptar o criar, mientras que «hijo no deseado» se llama al que procede de un embarazo sorpresa, no buscado conscientemente, pero que para el psicoanálisis no podría darse si no hubiera un deseo inconsciente de hijo presente.

El *deseo de hijo* tiene connotaciones importantes que no podemos dejar de lado: ese modo de «revivir» aquellas experiencias que se obtuvieron en la relación temprana con la propia madre, que también son mitificadas, pero que incluyen el aspecto de ocupar un lugar como madre o padre ya inscrito en el propio inconsciente. Pero adentrémonos más en lo que para este trabajo necesitamos *imaginarizar*. En ese *deseo de hijo* que permita subjetivizarse al niño. Esa castración simbólica en la madre, ser *suficientemente buena* (Winnicott, 1970/1999, págs. 325-340) madre

¹⁷ La pulsión es anobjetal. Pero en su recorrido a través del vacío produce un objeto *a*, con el que llena el vacío. No hay pulsión que no sepa hacer el recorrido. La pulsión sabe y, como sabe, produce. Según Lacan, «La pulsión sabe cómo rodear al vacío y encontrar algo en él».

consiste también en poder generar un buen vínculo con el hijo que pueda ser disuelto gradualmente desde el momento en que nace. Desear algo así es complejo. «Deseo entregarme para perderte». Porque Las Madres deben estar ahí para ser abandonadas (Furman, 2006, págs. 249-259).

Estamos hablando de que la madre tiene como función transformar al que llega al lugar de objeto de su deseo, en sujeto deseante a su vez. Es un proceso complicado y doloroso, plagado de separaciones progresivas, desde el parto, el destete, la deambulación del niño, los distintos grados de autonomía que adquiere en alimentación, higiene, relación con los otros, etc. Este lugar requiere de una elaboración inconsciente profunda, puesto que permanentemente está moviéndose entre aportar calor, refugio, seguridad y «dar empujoncitos» para que ese sujeto se sienta bien en el pequeño espacio del mundo que se le va invitando a conocer, con el fin de que sea él mismo el que desee salir, curiosar, que disfrute de lo que hay fuera de mamá. Fuera del deseo de su madre, al fin y al cabo.

Podemos escuchar el sufrimiento de algunas madres al entender las progresivas separaciones de sus hijos como desprecios hacia sí mismas, minusvaloraciones, mostrando así cómo muchas de ellas no contemplan —inconscientemente— ese lugar de sujeto para sus hijos, y siguen entendiéndolos como objetos propios, que han de satisfacerlas a ellas eligiendo lo que a ellas les parece correcto, identificándose plenamente con ellas, imitándolas, no separándose nunca, pagando eternamente la deuda que han contraído con ellas por gestarlos o criarlos, darles la vida o la posibilidad de vivirla así, gracias a «las renuncias que ellas han hecho por él». Estar atenta a las señales de deseo de autonomía del hijo, fomentar su aparición y alentarlas es lo que indica que esa madre tiene un lugar tercero en su cabeza, que está deseando la constitución del sujeto que es su hijo, que no lo buscará como obturador de su falta, como *falo*. Que no lo constituirá como respuesta a sus preguntas, responsable de sus sueños no conseguidos, de la merma en su desarrollo profesional o cultural, de sus dificultades en la relación de pareja, o de cualquier otro supuesto objeto de deseo no conseguido por ésta. Esas señales se aprecian desde un principio, cuando duerme y la madre no lo deja en su cuna —sistemáticamente— sino que permanece con él junto al pecho para ser ella la que recibe ese calor, compañía, sensación de potencia. Permanece pegada junto al nuevo sentido de su vida, que es ese bebé que permite acallar sus preguntas, fundamentalmente la del sentido de su proyecto vital.

Un aspecto crucial para romper con esa idealización mítica de la relación con la madre (que tantos psicoanalistas comparten¹⁸) es la atención a la agresividad del bebé como señal de individuación. La agresividad en él es necesaria para transformar ese vínculo madre-hijo. Morder el pecho, girar la cara, desinteresarse, dormirse, como señales de que ya es otra cosa lo que requiere y no el pecho materno. Según sea lo que inconscientemente esperan ellas, según sea su *deseo de hijo*, puede ser vivido como un rechazo violento, difícil de manejar sin ponerse nerviosas o sin responder agrediendo al bebé de alguna forma. En otras palabras, propongo invertir la noción comúnmente recibida del «destete». Se piensa habitualmente que la madre desteta a su hijo, privándole con ello de la satisfacción instintiva a la que está acostumbrado y del disfrute que supone para el niño la intimidad que tiene con ella; el niño reaccionará expresando con mayor o menor intensidad sentimientos de pérdida, de ira o de tristeza. Lanzo la idea de que es el niño quien desteta a la madre: el niño le hace saber a su madre que prefiere nuevas satisfacciones instintivas y una mayor distancia entre ellos, ante lo cual la madre reacciona expresando con mayor o menor intensidad su sentimiento de pérdida. Ella es, en cierta manera, la que se siente privada de la satisfacción instintiva a la que estaba acostumbrada y al disfrute de la intimidad de la que hablaba antes. La madre considera el paso que ha dado el niño como un rechazo penoso, un abandono agresivo, una amenaza por ser tan poco necesaria, una indicación de que puede ser sustituida y, en cierta manera, le comunica estos sentimientos al niño, bien directamente o bien en forma de defensa. El bebé reacciona a su humor y a su comportamiento, y eso afecta a la vez a su relación con la madre y a su acercamiento a la nueva experiencia de desarrollo (Furman, 2006, pág. 257).

En el dispositivo analítico se escucha ese lugar inconsciente, pero incluso en los discursos de las madres y los padres podemos escuchar aspectos imaginarios, más o menos conscientes, de lo que esperan, desean que ocurra con ese hijo. Hijos que acabarán con la soledad, que les cuidarán

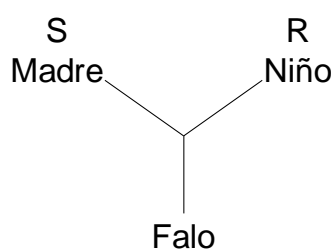
¹⁸ Muchos psicoanalistas vehiculizan en sus teorías la ideología patriarcal, machista, colocando a las madres en ese lugar de omnipotencia (mientras los hijos son pequeños) e identificando feminidad con maternidad. Veamos qué dice Chemama (1998) en su diccionario en la entrada «deseo de hijo»: «Común a los dos sexos, el deseo de hijo parece sin embargo más presente en la mujer. Introduce a la mujer, a través de lo real de su cuerpo, en la maternidad real, simbólica o imaginaria. Esta es la prueba de su sexuación en tanto mujer. La clínica psicoanalítica nos enseña, en efecto, por una parte, que en el nivel del inconsciente la mujer realiza y vive su femineidad especialmente a través de este deseo de una maternidad si no real, al menos simbólica o imaginaria; y, por otra parte, que un rechazo de este deseo es siempre un rechazo de la femineidad».

de mayores, a los que ayudarán a progresar socialmente, que conseguirán tal cosa o tal otra que ellos no han podido alcanzar. Hijos que hay que tener porque los demás los tienen, que les darán acceso a mundos a los que aspiran, les permitirán relacionarse con determinadas personas. Hijos que formarán equipo con la madre para agredir al padre. Que disimularán el vacío de la relación de pareja. Que justificarán determinadas elecciones que no se quieren mostrar abiertamente. También se observa con frecuencia cómo se desean hijos para sus propios padres (los abuelos), para que estén satisfechos de ellos, para ser queridos o valorados por darles un nieto o nieta que les satisfaga, para que no les demanden tanto a ellos, puesto que, poniendo el hijo de por medio, consiguen distraer su invasión, su masiva demanda. Hay madres —es más frecuente en mujeres— que tuvieron a su hijo o hija, y después la vida de esta es casi su única fuente de satisfacción. «Yo te lo di todo y me sacrifiqué para criarte, ni siquiera tengo amigos, puesto que tus cuidados lo requerían.» Por tanto, ahora le corresponde alimentar ese monstruo insaciable y voraz que es la demanda materna, llamarla con frecuencia, contarle qué hace, qué elige, qué comió, cómo le ha ido el día, la entrevista de trabajo o la relación con su novio o sus amigas, el día en el colegio o la universidad, su estado de ánimo, la ropa que se ha comprado, sus proyectos profesionales, en fin, aquellos aspectos que sean importantes para los padres, que les hagan gozar.¹⁹

Necesitamos salir de nuevo de lo imaginario para volver al terreno de los conceptos. Apunté anteriormente la importancia de la *metáfora paterna* como operación necesaria para la génesis de ese deseo inconsciente. Profundizaré algo más en este concepto que considero clave en la vertiente clínica de este trabajo. La *metáfora paterna* fue una producción de los primeros momentos de la enseñanza lacaniana, que buscaba solventar algunas dificultades en la llamada «salida del Edipo», el complejo de castración. Para entenderlo es necesario recordar que trabajamos (en este concepto especialmente) en tres registros paralelamente: *real*, *imaginario* y *simbólico*, que están permanentemente ligados y que no tienen nada que ver con el padre de la realidad. Es en el registro simbólico en el que se opera la castración, luego la ley que encarna es también simbólica, es decir, ley del significante, y a ese padre simbólico solo podemos encontrarlo en el discurso. Es el significante fálico al que está ligado, el

¹⁹ Este relato, con diferentes textos, se escucha frecuentemente en consulta, pero también se refleja en las creaciones culturales. En 2010, en la película *Black swan* (*Cisne negro*), de Darren Aronofsky, o en *La pianista*, la novela de Elfriede Jelinek de 2004, por citar dos ejemplos contemporáneos.

que permite una salida del Edipo, y en el que Lacan insiste para romper con esa tradición postfreudiana de la «relación de objeto» entendida como relación real de madre e hijo. No se trata de una díada, es necesario un lugar tercero para la estructuración del sujeto (Kaufmann, 1996, pág. 316):

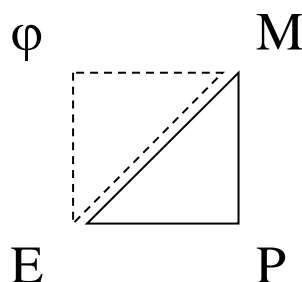


La madre ha sido simbolizada previamente, con sus ausencias y presencias, como ilustra Lacan en el juego del carrete de hilo (*Fort-da*). En cambio, cuando la madre no da lo que el niño desea, la frustración es en el plano imaginario. Por lo que los tres conceptos que están jugando en los tres registros son la «privación», que es una falta en lo real; la «frustración», en lo imaginario, y la «castración», en lo simbólico. Es importante señalar esto porque lo que Lacan aclara para esa salida del Edipo es que no solamente hablamos de una frustración por parte del padre, sino de una privación (real), como la de la madre, que no tiene el *falo*. Y es aquí donde interviene supliendo la castración simbólica, por ese agujero en lo real. Pero, ¿cómo va a haber simbolizado ya lo real un niño? Recordemos que nació en un *otro*, un conjunto de significantes, un mundo simbólico al que llega, que fue previo a su nacimiento.

Para aclarar cómo llega el *falo* a operar plenamente, cómo puede el niño ver que su madre desea algo más allá de sí mismo que ella no tiene, que busca a través del padre, que así encarnará esa función fálica, volveré a la relectura del Edipo que hace Lacan (1957-1958/2003). Los tiempos del Edipo quedarían del siguiente modo:

- Primero: el niño quiere ser aquello que cree que su madre desea, y por la metáfora paterna ve que es algo más allá de él, lo que llamaremos el *falo*, que aún no puede construir pero cuyo lugar simbólico sí capta.

- Segundo: en el plano imaginario aparece el padre como «privador» de ese falo en la madre. Él posee lo que el niño quiere ser para ella. La madre, por tanto, se ve sometida a la ley del padre, y aquí se juega mucho: el hecho de que ella «traduzca» o no para el niño el «no» del padre será crucial para su estructuración psíquica. Vemos, pues, como no es el comportamiento del padre, sino lo que la madre haga con la palabra de él, lo que vehiculiza esa metáfora.
- Tercero: Aparece el padre para mostrar que sí tiene el *falo* y puede dárselo a la madre, no solo privarla como antes fue percibido por el niño. Por eso habla Lacan del padre como metáfora²⁰, puesto que está actuando en el plano de la privación, y es así como entendemos la función normativa del padre en el complejo de Edipo. Así se anuda el deseo a la ley (Levy, 2008, pág. 79).



En esta figura, podemos ver representada, por un lado, la transformación de díada a tríada (madre-padre-hijo), en el que el padre «refleja» el *falo*, aquello con lo que el niño se identificará, porque «"el Nombre-del-Padre", como significante, viene a duplicar el lugar del Otro inconsciente. Dramatiza en su justo lugar la relación con el significante fálico originalmente reprimido e instituye la palabra bajo los efectos de la represión y de la castración simbólica, condición sin la cual un sujeto no podría asumir válidamente su deseo en el orden de su sexo» (Chemama, 1998, pág. 293-294).

²⁰ Según Robert Levy (2008), Lacan enuncia por primera vez que «el padre es una metáfora» el 15 de enero de 1958, en el *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente* (1957-1958/2003).

Una vez expuesto lo que entiendo por *deseo de hijo y nombre del padre*, paso a exponer mi planteamiento básico sobre la relación de estos con los síntomas en la infancia, que condensa Levy en el siguiente párrafo: «El síntoma es una respuesta del niño, construido a partir de la angustia de uno o de los dos padres, resultante de la posición ideal infantil parental. Entendemos por ello la posición que remite a cada uno de los padres a su propia castración, según la idea de una interrelación entre el síntoma del niño y el de los padres que le llevan a consultar (Levy, 2008, pág. 70). Aclararé un poco esta definición. Los síntomas en la infancia son, desde el inicio del psicoanálisis, producto de las dificultades inconscientes de sus padres. Los hijos pretenden reparar el fracaso de los padres, en el camino hacia su deseo. Realizar fantasías que aquellos no consiguieron, ocupar lugares que «compensen» al padre, madre o a la pareja como sistema. No es extraño ver parejas que se sostienen por el síntoma de su hijo. Ese síntoma les resulta funcional puesto que, atribuyéndole la responsabilidad de sus malestares, dejan de reconocer que su propio deseo es el que está siendo desatendido, frustrado.

Síntoma es, para cualquier ciencia que estudie la salud, un malestar que aqueja al sujeto. Para el psicoanálisis, es necesario que este sea dicho por el paciente en el contexto analítico, dentro del discurso que desarrolla ante el psicoanalista. Pero al ser síntoma en la infancia, quienes lo nombran como tal son los adultos. Padres, profesores, familiares o amigos que llaman la atención sobre algo del niño que resulta a sus ojos disonante. Son los padres quienes han de atender al síntoma. Quienes le dan o no entidad como tal. Quienes dicen: «cosas de niños», «se le pasará» o «yo de pequeño era igual», o bien se inquietan, observan, preguntan a otros, consultan a aquellos que esperan que sepan, actúan del modo en que creen que podrán modificarlo o lo señalan sin hacer nada por modificarlo. Los síntomas en los niños pueden aparecer desde sus primeros momentos de vida. En el inicio de la misma, son disfunciones fisiológicas las que nos alertan: trastornos de alimentación y sueño, básicamente, pero en seguida empiezan a cobrar importancia otros aspectos, como el contacto con los otros. Bebés que no sostienen contacto ocular, que no muestran interés por el otro, que no desarrollan estrategias de seducción para ser atendidos, más allá de lo biológicamente necesario, o bien no responden a estos intentos por parte del adulto.

Esa madre que recibe al hijo en un lugar en su *fantasma*, lo hace con una castración simbólica instaurada o no, previa al nacimiento del hijo, gracias a la que el padre —o quien cumpla su función— ocupará ese lugar tercero que salve al niño de ser eternamente objetualizado. Los padres son parte implicada de esta operación, y el modo en que para cada uno

de ellos mismos esta cuestión de la *ley* representada por el *nombre del padre* haya sido integrada o no, tendrá por efecto cierto número de consecuencias en el niño. Niño que lo volvemos a encontrar en consulta llevado, si podemos decir, por las fallas de esta cuestión del *nombre del padre* (ibíd., pág. 74).

Considero que se ha estudiado poco el *deseo de hijo* en el varón, en el futuro «padre de la realidad», y que sería muy interesante hacerlo. El de la madre, en cambio, ha sido objeto de interés de múltiples autores de todas las corrientes, muchas de las cuales niegan o ignoran el del padre. En la escuela inglesa, desde Anna Freud, se habla de la diada madre-hijo, olvidándose del tercero hasta el supuesto momento evolutivo del Edipo. Considero que situar a la madre en ese lugar de omnipotencia es un error del que han derivado perversiones como la de las «madres patógenas», únicas responsables de la génesis de la psicosis, y otras patologías. Por esto, es fundamental el rescate lacaniano de ese *nombre del padre* o *metáfora paterna*, que podrá darse si la castración de madre y padre están instauradas y el padre ocupa activamente este lugar. Para que él pueda ocupar ese lugar tercero, la madre habrá de haber asumido la prohibición freudiana del incesto: «no reintegrarás tu producto». Habrá, por tanto, articulado un No, que opere en ella, y para ello necesitará remitirse a su propia castración simbólica. Recordemos que los síntomas de un niño están ligados a los síntomas infantiles de sus padres, y un varón ligado edípicamente a su madre no podrá hacer de corte entre su propio hijo y la madre de éste. Puede que su discurso consciente sea de queja por la intimidad de ellos o por sentirse excluido, pero sus actos lo desmentirán. ¿Es un padre «impotente» para encarnar la ley suficiente como para provocar la forclusión de la *metáfora paterna*? En absoluto, puesto que este del que hablamos ahora es el padre de la realidad, pero si la madre tiene bien instaurada la castración, podrá tirar de otras instancias²¹: «[...] padre, así como tampoco la aparición en lo real de un nuevo ser o su desaparición: se trata siempre de una metáfora, y algo en el discurso concreto en el cual se constituye el sujeto “supone algo que responde a esta función o no” (si no responde, hay ausencia de metáfora paterna, es decir forclusión del Nombre-del-Padre, generadora de psicosis)» (Kaufmann, 1996, pág. 317).

²¹ Vuelvo a subrayar que no hablo de los padres de la realidad, que no son necesarios hombre y mujer, como cierta ideología ha podido colar en teorías psicoanalíticas, sino que estoy hablando de funciones, de operaciones inconscientes.

Dentro del amplio campo de síntomas que puede generar un niño, he escogido los relativos al autismo por ser el extremo del sufrimiento psíquico, a mi juicio: ¿hay algo peor que esa angustia de desintegración? Considero que en los casos más graves esa persona con autismo no pudo generar una subjetividad, se quedó en el lugar de objeto en el que, quizá, fue inconscientemente esperado, y en otros muchos casos no tan graves encuentro necesario investigar esta misma correlación.

El autismo fue nombrado por primera vez por el psiquiatra Eugen Bleuler en 1911. Él lo consideró un síntoma de la esquizofrenia: el aislamiento social, la retirada a uno mismo. Posteriormente, aproximadamente en los años cuarenta, en Austria, Hans Asperger y, en Estados Unidos, Leo Kanner comenzaron a describir la misma sintomatología en los niños y a diferenciarla de la psicosis. El europeo fue ignorado en América, Kanner fue leído en ambos continentes. Aún hoy sigue debatiendo la comunidad científica sobre si el síndrome de Asperger es una parte del autismo o un diagnóstico más tolerable para los padres (Publicaciones en la red: Munro, 1999).

El autismo se muestra en muy distintos grados. En su grado extremo, un niño autista no se muestra interesado por nada fuera de sí mismo, no tiene interés en las relaciones, le perturba cualquier interferencia del exterior, y muestra una angustia extrema cuando suceden cosas que perturban su frágil equilibrio. Sus juegos, si los tiene, son rituales obsesivos, en los que ordena una y otra vez los coches en un garaje, por ejemplo, simulacros de control. Cada novedad es rechazada, tanto los cambios de lugar como de personas con las que ha de estar en contacto. Tardará mucho en «acostumbrarse» a una nueva cuidadora o profesora. Le costará terminar una actividad. Hará crisis de angustia y grito ante estas dificultades. No son las «pataletas» de un niño no autista, no son «funcionales», es decir, no las hace esperando conseguir algo, son pura desesperación. Angustia de desintegración. Un niño autista está dominado por sus sensaciones internas, hiper-estimulado endógenamente, puesto que no ha construido la estructura psíquica necesaria para procesar la angustia. Esta falta de constitución como sujeto es tal que no puede, o le cuesta enormemente, calmarse a través del otro. El hecho de que reduzca al mínimo posible su relación con el exterior, lo perturbadora que resulta la novedad para él, hace que en muchas ocasiones no pueda desarrollar las funciones necesarias para su autonomía como sujeto. Pueden ser inteligentes, pero al no ser flexibles para adaptarse y focalizar su interés en algunos aspectos concretos, no pueden valerse por sí mismos, necesitan una mediación con el mundo. Y no es una mediación que sepan buscar para evitar el sufrimiento, no están preparados para prevenirlo siquiera.

No establecen relaciones de afecto, no se muestran interesados por los otros. En ocasiones lo parece, en grados más leves, cuando están siempre con el mismo niño, pero no es más que lo mismo: si se ven obligados a estar en compañía por estar escolarizados, por ejemplo, prefieren la rutina, pero no serán capaces de entender qué provocan en el otro, de comprender los afectos, ni propios ni ajenos. Este desinterés por los demás puede llegar al punto de deteriorar totalmente su lenguaje, incluso a su ausencia total. Si hablan, suele ser con estereotipias, palabras extrañas, lenguaje propio, dificultad para conversar, etc. Se interesan por pequeñas cosas y de forma obsesiva, reiterativa, no muestran el juego exploratorio espontáneo y variado esperable en cada momento vital, aspecto que también les aleja de los demás.

Toda esta sintomatología es tan notable que puede diagnosticarse a edades muy tempranas. Incluso los grados leves, si el entorno quiere verlo. Generalmente, un extraño se da cuenta, antes de los tres años de edad, de que el niño tiene un problema importante, aunque no se sepa ponerle nombre. La negación que suele operar en los padres hace que, comúnmente, sea el exterior el que les haga reconocer que algo ocurre: familia, amigos, escuela...

Tras haber profundizado en lo puramente psíquico, pasemos a analizar el discurso social tecnocientífico imperante. Cuando hablo de discurso me refiero al modo de vincularse de las personas en cada momento social. Lo entiendo como una sobredeterminación que promueve un determinado vínculo, y que, por tanto, predispone hacia diferentes modos de sufrimiento psíquico.

El discurso como una estructura necesaria que excede con mucho a la palabra, siempre más o menos ocasional. [...] Subsiste en ciertas relaciones fundamentales. Estas, literalmente, no pueden mantenerse sin el lenguaje. Mediante el instrumento del lenguaje se instaura cierto número de relaciones estables, en las que puede, ciertamente, inscribirse algo mucho más amplio, algo que va mucho más lejos que las enunciaciones efectivas (Lacan, 1969-1970/1999, págs. 10-11).

Lo que me resulta más interesante para mi trabajo es que el psicoanálisis se interesa por las entidades clínicas, pero, al contrario que la psiquiatría y otras disciplinas, las escucha dinámicamente, como historias subjetivas imbricadas en un cuadro social determinante. Es muy distinto el análisis de una histérica en la época de Freud y ahora. Todo discurso tiene pretensión universal, no personaliza. Pero, como sabemos, esto es imposible, hasta para un potente discurso social. Siempre hay cuestiones parti-

culares, subjetivas, como el deseo, el goce; en definitiva, el *sujeto barrado*. Ningún discurso consigue un funcionamiento total, siempre muestra estas singularidades, y en cada uno son diferentes. Los síntomas que aparecen en cada discurso son diferentes, se sufre de un modo distinto en la Edad Media, en el siglo XIX de la histérica freudiana y ahora. Es la dinámica del discurso la que forja el síntoma.

Freud puso de relevancia que en la cultura, o lo que es lo mismo, en el discurso contemporáneo, el psicoanálisis tiene algo que decir. Luego existe una conexión de pertenencia entre el psicoanálisis y el discurso social actuante. Desde una muy discutible neutralidad, el psicoanalista podría excluirse y denostar cualquier interés por una lucha entre amos —«que se arreglen entre ellos»—. Si entienden que lo político no les concierne, hacen gala de una cierta posición estoica, argumentando que los designios del *otro* son inescrutables, un enigma nunca se puede llegar a saber. Reflexión esta que les permite retirarse hacia tareas que consideran más elevadas.

En mi caso, opto por un camino diferente.

Lacan, siempre escéptico frente a las llamadas políticas de uno u otro color, se compromete en la investigación de los lazos sociales y la regulación del goce. De eso tratan los cuatro discursos, de política. (Publicaciones en la red: Appel, *Psiconálisis en el Sur*, núm. 5.)

Los discursos que describe Lacan son cuatro: del Amo²², de la Histérica, del Analista y Tecnocientífico. Hay un quinto, una torsión del Amo al que llamó Capitalista. Para explicarlos, utilizó este algoritmo con cuatro lugares o posiciones, con el fin de *desimaginarizar* la teoría:

$$\begin{array}{ccc} \text{Agente} & \rightarrow & \text{Otro (o Goce)} \\ \hline \text{Verdad} & \rightarrow & \text{Producto} \end{array}$$

Los términos que se combinan son los siguientes:

- S1, que es el Amo, luego siempre es repetición.
- S2, que es el Saber, luego es goce.

²² Hemos de leer el genitivo «del» como «relativo al».

- a , que es el objeto pulsional u objeto plus de goce.
- $\$$, que es el sujeto, que siempre está barrado, faltar en ser.

Los algoritmos con los que se escriben los cuatro discursos son los siguientes:

- Discurso Tecnocientífico (DTC)

$$\frac{S_2}{S_1} \rightarrow \frac{a}{\$}$$

- Discurso del Amo (DA):

$$\frac{S_1}{\$} \rightarrow \frac{S_2}{a}$$

- Discurso de la Histórica (DH):

$$\frac{\$}{a} \rightarrow \frac{S_1}{S_2}$$

- Discurso del Analista (Da):

$$\frac{a}{S_2} \rightarrow \frac{\$}{S_1}$$

Los cuatro términos van girando en cuartos de vuelta, ocupando en cada discurso un lugar que modula su función. El lugar del Agente es el que comanda el discurso, el que sobredetermina todo. Si el Amo está en Agente, tiñe todo lo demás y hemos de pensarlo a partir de la posición de Amo. Por ejemplo, en el DA, el sujeto barrado, el sujeto incompleto está oculto, bajo la barra, en el lugar de la verdad, porque para el Amo la falta, el vacío, no ha de estar a la vista; el Amo, en su condición de Amo, oculta la Verdad. El lugar de la Verdad está siempre oculto. Todo lo que

está bajo las barras está oculto. Por lo tanto, la «verdad» que se dice es parcial.

El Producto es lo que se obtiene de cada discurso. En el DA, es el Plus de Goce, el objeto *a* como objeto plus de goce. El lugar del Otro es aquello a lo que se refiere el Agente. Lo que enfoca, hacia donde comanda. La barrera, además de ser resistencial, es la temporalidad y lo que está bajo ella se oculta.

«En su punto de partida fundamental, el discurso del amo excluye al fantasma. Esto es precisamente lo que lo hace, en su fundamento, completamente ciego», dice Lacan (1969-1970/1999, pág. 114), porque lo que está bajo las barras en la fórmula del DA es la fórmula del fantasma:

§ ◇ *a*

No es cierto que exista un número limitado de significantes, teóricamente la cadena es infinita y las psicosis en su desencadenamiento así lo manifiestan. Ocurre que si el sujeto solo se relaciona con un número finito de significantes es porque los mismos se encuentran determinados por el discurso en el que se encadenan. Y es porque existe una estructura discursiva que el sujeto recibe una posición y desde ese lugar concibe el mundo y realiza su acción, de la cual es responsable (Publicaciones en la red: Appel, *Psicoanálisis en el Sur*, núm. 7).

Tanto nuestros actos como nuestras palabras se inscriben en el marco del discurso imperante, así que todo hay que leerlo desde ahí. Veamos, por ejemplo, el Superyó en los distintos discursos. Freud lo presentó como una «exigencia feroz»²³. El Superyó del que habla Freud es el del *discurso del amo*, es decir, adopta la forma de *plus de goce*, es una infinita exigencia de objetos. En cambio, en el *discurso tecnocientífico* lo que el Superyó pretende es un saber total. Total, es decir «todo saber», tan insensato como el «todo objeto». En el *discurso del analista* también sentencia el Superyó «hacer consciente lo inconsciente», por ejemplo, o cualquier otra globalización o imperativo que se repite y pretende ser universal y permanentemente aplicado. Entonces, si el Superyó funciona distinto en cada discurso, podemos deducir que no es una instancia psíquica sino una forma de funcionar. Lo que cambia de un discurso a otro

²³ Notas personales tomadas del seminario impartido por Fabián Appel en 2010.

es con qué se llena esa forma de totalizar. Eso y los productos: «El objeto que valga por todos los objetos (DA), el Saber que valga por todos los saberes y clausure la época de investigación (DTC)». Lacan irá desarrollando este concepto, más adelante dirá que es una forma de funcionamiento del *fantasma*.²⁴

El *discurso del amo* fue imperante durante siglos, con distintas versiones aparentes, como la del *capitalista*, pero hay una progresiva transición hacia el que actualmente impera, el *tecnocientífico*. En este cambio, la «caída del *nombre del padre*» tiene un lugar, pero aclararé algo. El *nombre del padre* es simbólico, luego desde su origen está caído, es una referencia, pero frágil en sí misma. Consigue investir los objetos que señala, genera una creencia fuerte, y esto es más potente cuanto más lo es el amo que lo marca. Las figuras altamente simbolizadas, como el padre, antiguamente el rey, o para cada uno alguna de las grandes «personalidades» (Marx, Gandhi, y tantos otros) impregnaban los objetos a los que se dirigían, de los que hablaban. Pero todo lo simbólico es decadente, ningún amo permanece siempre. «El padre de la horda es asesinado según aparece» (Freud, 1912-1913).

Es cierto que en el *discurso del amo* se generaban estas figuras con facilidad, que el *nombre del padre* ha perdido lugar, su decadencia es máxima. Y que esto es lo que ha permitido la entrada al *discurso tecnocientífico*. Pero, ¿por qué añorar a ese amo, ese *nombre del padre*? En seguida profundizaré en ello, cuando me adentre en las claves del discurso actual, pero no olvidemos que el amo ordenaba cómo había que ser, pero lanzaba el discurso, la cadena signifiante, provocaba un saber sin pretender poseer al otro como un objeto. No se metía en cómo gozaba, daba un margen que permitía la subjetividad, siempre y cuando se cumplieran sus órdenes. El *nombre del padre*, que es una orden simbólica, fija una «identidad» como deber, con la que el sujeto puede hacer neurosis, cuestionar el ideal del Yo y sostenerse también. Por eso el analista

²⁴ Muchas de estas ideas son elaboraciones a partir del seminario de Fabián Appel, al que asistí durante muchos años. Es tanta mi deuda con él en cuanto a la comprensión de los conceptos y articulaciones lacanianas, en especial en lo desarrollado en este apartado sobre el discurso social imperante, que habría de citarlo constantemente, lo que estoy haciendo simbólicamente con esta nota. Sus publicaciones sobre este tema se pueden encontrar en la revista digital *Psicoanálisis en el Sur* (los números concretos e hipervínculos a ellos pueden consultarse en el apartado «Publicaciones en la red» de la Bibliografía final) y en el capítulo «Algo viejo, algo nuevo, algo prestado» del libro *El psicoanálisis ante las nuevas formas de enfermar* (cuya referencia completa se incluye también en la Bibliografía).

ocupa este lugar en muchas ocasiones en que es necesaria su suplencia. Y esto es lo que se perdió. Lo que está en decadencia.

Veamos cómo ocurre en la realidad con el saber y el amo, y cómo evoluciona hasta hoy. Observemos la creación de la Universidad, que es en su origen —Oxford en el siglo XIII— una convocatoria del Estado a la Iglesia, a las órdenes religiosas que tenían el saber. Así, la religión produce un saber suficiente para asesorar al amo que lo ha protegido. Con eso, el amo consigue tener una entidad de verdad y encarnar la ley, no actuar solamente por capricho. Y la Universidad, una autonomía, un territorio propio con su sistema de gobierno, dar cuentas al rey pero a cambio tener un lugar, su propio goce, su espacio.

Con el DTC ese saber deja de servir al poder para instituirse él mismo como poder que se va totalizando. Ahora el saber es omnímodo, porque está en el lugar del Agente y convoca objetos; como vemos en su fórmula, en el lugar del otro está el objeto. Luego el otro es algo útil, porque él tiene todo el saber. Por eso digo que el sujeto está siendo objetivado, tratado como un objeto. Y no olvidemos que el destino de un objeto es su caída.

Siempre que cumpliera con su tarea de esclavo, dotar al amo con los objetos plus de goce que, en su insensatez, reclama, se le permitía al esclavo gozar a su manera. En el *discurso del amo*, el esclavo es dueño de su saber gozar; en el algoritmo lacaniano queda claro.

Foucault habló del «biopoder» y Giorgio Agamben lo recreó como «biopolítica»; en suma, ambos expresan cómo la modernidad le dice a la gente cómo debe vivir, enmascarando este mandato en una supuesta regulación de los goces. En esto se diferencia el *discurso tecnocientífico* del *discurso del amo*. En esto y en que el saber académico dominante inventa un goce universal y «para todos».

Un «para todos» que genera un destino segregado para quien no lo acepte o no cumpla con los requisitos exigidos: no se entra en el Paraíso así como así. (Publicaciones en la red: Appel, *Psicoanálisis en el Sur*, núm. 7.)

La ciencia no es subjetiva. Como vemos en su fórmula,

$$\frac{S_2}{S_1} = \frac{a}{\$}$$

el sujeto está oculto, y el saber oculta su condición de amo, pero, por serlo, tiene un programa universal, aplicable a todos los sujetos, con los que se relaciona como objetos, ignorando su subjetividad. Por ser objetos, son intercambiables.

Una de las características del DTC es que todo lo califica²⁵, y el sujeto que no está «calificado para» queda totalmente excluido, quemado. Es más férreo que el discurso del amo, no deja lugar al deseo, a la elección del goce. Hay que estudiar lo que el mercado determina que se requiere en cada momento, no lo que el sujeto desea. Identificarse con un objeto que caerá genera muchos síntomas que aún estamos tratando de entender los analistas. Para estos nuevos síntomas no nos sirven los viejos métodos clínicos, porque en análisis hay que producir la caída de este objeto. Otro aspecto clave del DTC es que el saber, lo que manda sobre todo, es líquido. Siempre aparecen nuevos descubrimientos que descalbalgan a los anteriores, pero, sobre todo, aquello que decíamos de que lo subjetivo no puede tener cabida, de que el sujeto es un error a eliminar, impide universalizar, molesta. Cualquier disciplina con pretensión científica presenta verdades universales y, por lo tanto, forcluye al sujeto.

Uno de los modos de «engaño» para sostener socialmente este discurso es la sobrevaloración del Yo, al que Lacan llamaba «estúpido». Estúpido por creer que el ideal es posible y escuchar los «tú deberías ser» como mandatos, por dejarse esclavizar como objeto en busca de ser propietario, licenciado en tal para trabajar en esto, consumidor de tales objetos u operaciones estéticas. Ya en la antipsiquiatría, en 1970, se niegan las estructuras, la psicosis, y se pretende reducir a síntomas, trastornos medicables, aislados de la historia del sujeto. No saben qué le pasa al sujeto. Por qué desarrolla esos síntomas, qué decirle, no le devuelven saber sobre sí para que pueda hacerse cargo. Sigue prevaleciendo este estilo «psiquiátrico» de tratar el sufrimiento psíquico. El *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* (DSM-IV) es el ejemplo perfecto. Así, el tratamiento puede correr a cargo de los médicos de familia, como está ocurriendo actualmente, que prescriben los antidepresivos, ansiolíticos, según la persona se muestre más o menos triste, inquieta, cuestionada. Acallar las preguntas con medicación. Fragmentar lo intrasubjetivo y lo intersubjetivo.

Nunca como ahora se habían editado tantos libros de autoayuda, se habían «inventado» tantos métodos de reprogramación del yo desadapta-

²⁵ Notas personales tomadas del seminario impartido por Fabián Appel en 2010.

do, como el *coaching*, por ejemplo, o muchos de los autodenominados humanistas o «psicologías del yo», que, curiosamente, luchan por sustituir el término «sujeto» por el de «persona», en esta corriente de lo políticamente correcto que pretende que lo que no se nombra no existe, que si cambiamos el término, cambiaremos «la percepción interior» de las cosas.

Pero el perfecto servidor de este sistema es la terapia cognitivo conductual. Detectan, a través de sus protocolos universales, un Yo que no se adapta bien al sistema, y lo identifican como un fallo que ha de ser corregido. Etiquetan a una persona con un síndrome y la reprograman. Si no lo consiguen, es porque esa persona no siguió los protocolos indicados para adaptarse a lo que la sociedad espera de ella.

El semblante, un verdadero regulador del goce, permite extender la consigna del «todos pueden», sugerencia con carácter universal que, ni bien es lanzada al mundo, emerge la verdad que oculta transformándose en un «todos deben», revelando así su naturaleza imperativa. (Publicaciones en la red: Appel, *Psicoanálisis en el Sur*, núm. 5.)

Todo esto se puede hacer porque el yo es una creación, una ilusión (Lacan, 1969-1970/1999, pág. 66) que, en esta sociedad regida por el DTC que Lacan llamó «Yo-cracia», es inflamado.

El Amo desaparece. El Otro es anónimo. El Sujeto no aparece. El Ser está dado por si eres aceptado o rechazado dentro del programa. En el lugar del Sujeto está el Yo por su condición ilusoria [...] Si así son las cosas, ese Sujeto no está produciendo un saber sobre sí mismo (Sujeto Supuesto Saber). Nadie está produciendo un saber sobre el Sujeto. Llega el autismo social.²⁶

En este discurso, a diferencia del DA, en el que amo e histérica se vinculan, no se establece lazo social. Cada uno lucha solo por cumplir con el programa de la felicidad. No se asocian por clases sociales, gremios, ideologías. Hablamos de autismo social porque el Yo, al caer el sujeto, no es más que un ser cerrado en sí mismo. Un objeto segregado, aislado e intercambiable para el sistema. Son personas, sí, pero su subjetividad no está en juego. Son objetos y, como tales, desechables.

²⁶ Notas personales tomadas del seminario impartido por Fabián Appel en 2010.

Fijémonos en las asociaciones que se realizan dentro de este discurso: los vínculos son superficiales y radicales. Se obliga a cumplir determinadas cosas, y quien haga o piense algo diferente queda excluido. Hay una amenaza permanente de exclusión, de marginación social, desde los colegios hasta los partidos políticos.

El clima que provee el discurso de la modernidad, de la tecnociencia, como lo llamó Lacan, los vínculos débiles o directamente inexistentes no pueden más que producir un sujeto poseedor con un alto grado de autismo. Autismo que cristaliza en un consumo compulsivo y con la pura finalidad de escapar a la amenaza de hierro que siempre lo acompaña, ¿fuera o dentro?, ¿de la comunidad o irreparablemente segregado de ella?, ¿sujeto de prestigio o puro residuo?

La «yo-cracia», enceguedada por una tal amenaza, genera a su vez una violencia igualmente ciega. Violencia que es puro goce sin objetivos, ni dirección. (Publicaciones en la red: Appel, *Psicoanálisis en el Sur*, núm. 7.)

Creo que ha quedado clara la perversión del DTC, la destitución total del *nombre del padre* y la sustitución del mismo por la «Evaluación», «Programa», «Protocolo», «Contrato», cosas que si no tienes, no eres, no vales, quedas fuera, segregado, marginado del discurso. No es que seas «diferente» o «contestatario», sino que no se te contempla, no perteneces, no estás porque no se te ve.

Una vez explicado teóricamente el discurso, paso a analizar el *deseo de hijo* en la actualidad a través de la escucha clínica. Todos los aspectos cuyo fundamento conceptual he desarrollado se escuchan en la clínica cada día. Presentaré fragmentos de algunos casos que lo ilustren, cambiando, por supuesto, datos concretos para que no sean reconocibles.

Una pareja consulta por su hijo mayor, Alberto. Tiene otros dos hermanos, los tres son adoptados debido a algún tipo de dificultad de ella para quedarse embarazada. En las primeras entrevistas explican razonadamente el plan de acción que les llevó a adoptar. Todo está calculado hasta el milímetro, y en sus discursos (padre y madre) no aparece nada que tenga que ver con la falta, como podría ser el dolor por no poder concebir, la angustia colocada en el tiempo de espera, en la dificultad del proceso, en las dudas posibles al decidir de qué país solicitaban la adopción, o si serían aceptados por los procesos de ese país. Dicen haber sido elegidos por ser «padres ideales», con dinero, estudios superiores, buenos trabajos.

¿Por qué desear un hijo? ¿Por qué varios? ¿En qué lugar llega ese niño en relación con sus hermanos, qué red de significantes les espera en esa pareja? Cuando llega a consulta, Alberto está haciendo todo tipo de síntomas que muestran su fracaso como educadores: roba, miente, se muestra mal estudiante teniendo suficiente capacidad intelectual, es el objeto de las agresiones de sus padres, «desesperados por haberlo intentado todo». Acudieron a Supernanny, que es una psicóloga conductual que reeduca a las familias y emite un programa por televisión. Fracasaron las técnicas de adiestramiento. La técnica.

Ellos están a punto de «tirar la toalla». No es el hijo que esperaban; lejos de ser una prolongación narcisista, se empeña en hacerse un hueco resquebrajando la omnipotencia de ellos. Ha mostrado a la madre lo cruel que puede ser el hombre con el que se casó. Lo frío que es con él. Lo competitivo. El padre impone castigos físicos, abusando de su poder. La madre lo ve, en muchas ocasiones lo tolera, «si a mi modo no lo he conseguido tendrá que probar el suyo», pero sabe que no está bien, «se lo he dicho mil veces, pero no me hace caso». Le alivia escuchar argumentos para no utilizar los castigos físicos, se quiere apoyar en mí para eso.

En una sesión con el niño y sus padres, el padre dice directamente que es «perfecto». «Es que él está echando un pulso con todos desde que llegó.» Atribuye al niño una intencionalidad agresiva hacia él. Quiere ganarle, superarle y quitarle a su mujer, ¡con tanto tiempo que ha de estar pendiente del niño! En cambio, a sus hermanos los tolera mejor, al pequeño por serlo, por no poder esperar de él aún nada más; y al mediano, por ser obediente e inteligente. Este padre reitera una y otra vez, durante los primeros meses, que solo busca protocolos de reacción y respuesta ante las mentiras, hurtos, actos de desobediencia. No se cuestiona en absoluto lo que siente hacia él. Lo que le provoca. Mucho menos que, sin sentirse amado o mínimamente reconocido, este niño no va a integrarse en su sistema familiar ni, por consiguiente, en la sociedad. Cuanta más agresión recibe, más va a provocar y a emitir también. En una sesión, la madre recrimina al padre «que no tenga un lenguaje no verbal afectivo y abierto hacia el niño». Quiere que le bese, lo acaricie, sin tener en cuenta que un gesto vacío de deseo no será sino de nuevo una «técnica» desarticulada de entrada.

La madre está orgullosa de haber sido diagnosticada como superdotada intelectual. Profesionalmente también es brillante, y lidia en su trabajo diariamente con la muerte y la enfermedad. Está orgullosa de su brillantez, de su capacidad para llevar adelante sola multitud de tareas y proyectos, de su estatus socioeconómico. Es una gran consumista y llena de

objetos la vida de su hijo, esperando que eso evite lo que ella interpreta como deseo insatisfecho de este. Cuando A roba una plastilina, se indigna por la imagen que de sí se proyecta, en su casa tiene de todos los colores y además puede comprar las que quiera. «Si tú me lo pides a mí, yo sabes que te lo compro todo.» También preocupada por el estigma que supondrá para A ser «el que roba», imagen que ya se está construyendo, y que la madre atribuye parcialmente al mal hacer de la profesora. «Yo, madre omnipotente, madre perfecta, te lo podría dar todo, dime qué quieres y te lo daré, siempre que te comportes como nos parece adecuado a nosotros.» Podrán reconocer aquí el reflejo de todo ese discurso social del que he hablado. A no está siendo considerado como una persona que, previamente a su adopción, con cuatro años, se ha constituido como sujeto, en respuesta a lo vivido. Ni siquiera su nombre original ha sido respetado «para que se adapte mejor». Para estos padres que viven los vínculos como transacciones, el hijo, en lugar de ser objeto de su *fantasma*, es vivido como objeto real.

En otro caso, escucho a una mujer de ideología progresista que decide tener un hijo a determinada edad. Para ello, como no tiene pareja ni convence a amigos para que tengan relaciones sexuales con ella con ese fin, busca un hombre. Establece una relación con un hombre «inferior» a ella, según su discurso, por su procedencia socioeconómica, su nivel intelectual y su dependencia económica de ella. No le gusta, le servirá para su proyecto. Cuando ella consigue el trabajo que esperaba, bien remunerado y reconocido, se queda embarazada de este hombre. Tras el nacimiento comienza a hablar abiertamente con desprecio de su pareja, y a planear cómo deshacerse de él. Si ella busca un traslado a otro país y le plantea una separación, él no podrá seguirla. Así, ella seguirá su vida con su hijo y nadie interferirá en la relación entre ambos. Tampoco los padres de ella, a los que no quiso avisar del nacimiento para recordarles el lugar que tienen, y de los que se separó físicamente hace mucho tiempo. Ni a sus mejores amigas, que quedan relegadas en su vida, porque «siempre estoy con el bebé, siempre necesita algo». Lo de la ideología progresista lo apunté porque ella desarrolla ideológicamente justificaciones para su comportamiento. Se ampara en esos movimientos, como la Liga de la Leche y otros tantos que están proliferando ahora, que sostienen que el bebé necesita estar pegado a su madre todo el tiempo posible, alimentarse del pecho materno a demanda y hasta que él decida, que relegan el lugar del padre al cambio de pañales y otras tareas que ellas ordenan que hagan. ¿Qué tipo de castración simbólica muestra esta mujer? ¿Qué posibilidades tiene ese bebé de constituirse como un sujeto más allá de lo que inconscientemente espere su madre de él?

Un niño es traído a consulta porque su profesor sospecha de sus síntomas. Quieren evaluar un posible autismo o Asperger. Tiene nueve años, y eso me sorprende, así que pregunto cómo era de pequeño. Después de lidiar con muchos «normal, como todos los niños» y otras baterías de defensas de la madre, el padre cuenta que ha sido maniático, que tenía pataletas. Ella sigue pretendiendo que todo sea normal, pero él, con una actitud fría e irónica, relata comportamientos altamente ritualizados, obsesiones que permanecen, nulo establecimiento de relaciones, «si viene su amigo, pues está con él, pero ni lo busca ni le importa que no esté, solo está muy bien y su amigo se queja de que no le hace caso, que tiene la cabeza en otro sitio». «La comida no le importa, si fuera por él, no se alimentaría» y algunos otros síntomas en un niño que ha conseguido un lenguaje bastante desarrollado y seguir una escolarización.

El padre desde el principio dijo a su pareja que no quería tener hijos, que si los quería, ella se ocuparía. Y ella quiso, lo tuvo, pero no quiso rebajar un ápice su categoría profesional, que le exige estar totalmente disponible para su empresa, fines de semana incluidos, y que le provoca un elevado nivel de estrés. «Yo no puedo con el niño, siempre acabo gritándole y aun así no me obedece; con su padre se lleva muy bien.» En ningún momento consigo que relaten algo particular, subjetivo, deseante de su hijo. Las obsesiones (tomadas como focos de interés) les bastan, pero no han visto nunca que algo lo emocione o le disguste, y no les ha extrañado. «Yo soy igual —dice su padre—, no veo por qué hacer nada, vengo a esta consulta por empeño de su madre.» La madre viene porque «quiero un diagnóstico ya, tenga lo que tenga, quiero actuar ya, habrá protocolos, métodos, sistemas que aplicar». Y porque ella va a cumplir con todo lo que como madre se espera de ella, que considera que es llevarlo a un colegio caro, vivir en un chalet con jardín, apuntarle a las extraescolares, que le beneficiarán en el futuro, y obedecer al psicólogo del colegio que le ha pedido que lo traiga a consulta.

En otro caso, se mostró muy rápidamente cómo un niño hacía determinado síntoma como forma desesperada de desvelar la falta en su madre y abrir un hueco al lugar de un tercero que encarnase la *ley*, la *metáfora paterna*. Mujer muy religiosa que lleva a su hijo a un colegio del Opus Dei y lo trae a consulta porque se masturba en público. El padre no está, se desentendió del hijo cuando supo de su embarazo. «Mejor, porque un hombre como ese, a saber cómo hubiera influido en su hijo.» Habían tenido una relación previa de años, y su intención era casarse y tener hijos. Esta mujer entró en una relación agresiva con su hijo, al que castiga, insulta y grita por lo que hace, pero luego se somete a los mandatos del niño («soy su esclava»), que ya está empezando a devolverle insultos y

golpes. El niño mejora rápidamente, aliviado por la intervención de alguien que hace la suplencia del *nombre del padre*, y a quien la madre, que sí había hecho su castración simbólica, escucha. La respuesta inmediata de la madre es: «él sí, está muy crecidity, pero a mí me está pasando por encima. Creo que voy a ser yo la que necesite esto porque él ya no, a todo dice: como me hagas eso se lo digo a María, como me pegues me chivo a María y, mira, lo que me faltaba ya». Y, en efecto, el niño termina pronto su análisis, y un tiempo después comienza a venir la madre y a hacer síntomas ella, a partir de los cuales trabaja sus propias dificultades. El niño comienza a ocuparse de sus cosas, deja de ser el *falo* de mamá y comienza a preguntar por su padre y a decir a su madre que «por qué no tiene otro marido», que «en la casa estaríamos muy bien».

Este caso contrasta con el del niño que ve besarse a una pareja y, como es propio de su momento evolutivo, dice: «qué asco, mamá, yo te prometo que nunca haré eso». A lo que su madre responde: «hijo, tú puedes hacer todo lo que tú quieras, con la condición de que me lo cuentes». Este comentario perverso es hecho por una madre que no solo no vehiculiza la *ley* sino que se erige ella misma en *ley*. Su criterio, y solo su criterio, dictará la vida sexual de su hijo. Goce materno, infinito, sin límite, sin *ley*, por el que ese niño necesitará mucho trabajo para salvarse.

También se escucha el miedo de los padres de «no estarlo haciendo bien» con un tono de exceso, incluso verbalizando si «me lo quitarán los servicios sociales». Es una expresión más de ese miedo a la exclusión del que hablábamos en el apartado del *discurso tecnocientífico*, cumplir con un mandato o quedar fuera. Ser padres al modo en que hoy se dicta o temer perder a los hijos. Se venden múltiples guías para los padres, y en su mayoría las indicaciones son —de nuevo— universales. «Debes hacer tal», «un niño de ocho años espera esto y debes responder así». De nuevo protocolos aplicables a cualquier persona-objeto, que no ayudan a los padres a preguntarse por qué le pasa eso a su hijo, de qué forma ellos buscarían una salida, o cualquier indicación que particularice su caso, que les muestre que su hijo es un sujeto, por tanto particular, como ellos, y que tendrán que buscar su propia manera (dentro del marco de la ley) de resolver las cosas. Que el lugar del tercero no es el del que dice cómo hacer las cosas, sino el que ayuda a pensar y provoca movimientos para despejar el camino del deseo y la subjetividad.

Pero no solo en la consulta se escuchan estas cosas; en las escuelas infantiles, de las que hablé anteriormente, pude escuchar el discurso de *deseo de hijo* actual en una población de tipo medio que no acude a consulta. Por supuesto, eso no quiere decir que no tengan síntomas, sino

que los interpretan como malestares «normales», propios de lo cotidiano.

Pude ver a una familia que espera la tercera hija y cuyas dos primeras están en la escuela. Es alarmante su llanto lento y constante, y su sueño permanente durante la jornada. Estos síntomas, además de ser preocupantes en sí, impiden a las niñas relacionarse con los demás, jugar, explorar el medio y realizar las actividades que les proponen sus tutoras. No se les ve reír y disfrutar como a sus compañeros. Los padres, a los que se convoca en reiteradas ocasiones para tener entrevistas en busca de una solución, no se preocupan en absoluto. Se muestran entre molestos y divertidos por la preocupación de las profesoras. «Nosotros somos así y no vamos a cambiar», llegan a decir cuando se les plantea el sufrimiento de sus hijas. Duermen los cuatro en la misma cama de forma habitual, y, como es lógico, duermen mal. Si una de las niñas se despierta a las cinco de la mañana y pide televisión, pues se van todos a ver los dibujos y a dormitar en el sofá. Y como esta situación, todas las demás. Una familia donde ni el padre ni la madre han podido encarnar *ley* alguna, fruto de lo cual están criando hijos de este modo. «Conmigo hicieron lo mismo y pienso repetir», dice el padre. ¿Recuerdan lo que hablábamos de revivir imaginariamente lugares ancestrales? Pues en este caso, no es imaginario sino real e inamovible. Ni siquiera se ha establecido en uno de los dos la mínima castración necesaria para escuchar a un «tercero» que encarna la *ley* —pediatra, autoridad educativa, psicóloga— y advierte del daño que se está provocando a los menores.

En otra familia, la madre se ausenta un largo periodo a los dos meses de nacer su bebé. Cuando son llamados a tutoría, reconoce que el bebé ya no era igual cuando volvió. El padre, con el que se queda, es un hombre frío, centrado en su carrera, que estudia una oposición tras otra para acceder a mejores puestos, y que habla a este bebé en inglés desde siempre, siendo él español, «para que vaya adquiriendo ese conocimiento». No ha percibido ningún síntoma en el niño, que llama la atención en la escuela por «parecer sordo», por no establecer contacto visual más que en contadas ocasiones y por no hacer vínculo con la maestra. En una escuela en la que estuvo anteriormente (hasta casi los dos años) era «el malo de la clase», «todo el tiempo le gritaban porque no obedecía, los demás niños repetían su nombre». Pero estos padres entienden que «le tenían manía», no ven las dificultades de su hijo, no consultan. En el momento en que les es comunicada la necesidad de tratamiento y la posible gravedad del caso, deciden tener otro hijo. ¿Qué pasará con el niño? ¿Directamente se busca uno que borre al primero? ¿Ni siquiera se hace entonces el espacio para poder entender, cambiar y tratar a ese hijo? ¿Se

imaginan lo dura que es la crianza de un niño autista? Hasta el momento en que tuve noticia del niño, la familia se iba a mudar de población a un lugar en el que no hay medios para estos tratamientos.

En niños que presentaban una sintomatología más leve, no resultaba extraña la negativa de los padres a «cambiar» nada de lo que hacían con él. Si el padre llegaba a las once de la noche, el bebé se mantenía despierto hasta esa hora «para poder verle y tener relación con él», aunque a las ocho y media tuviera que estar en la escuela con una larga jornada por delante. El interés del padre está por delante. «Jugar con su hijo», el objeto perfecto. Ignorar los síntomas que se les contaba desde la escuela. «Exageraciones». En una ocasión llegaron a decir unos padres que hasta los tres años los niños no eran personas, que se podía hacer con ellos lo que fuera.

Padres que no cambian nada de su vida por la llegada de un hijo. Que lo dejan en la escuela de primera a última hora, si hay horario ampliado. Padres de fin de semana. O que delegan en sus respectivas madres la crianza de sus hijos. Padres que deciden que tendrán un hijo a determinada edad y, si en ese momento no llega, hacen un tratamiento de fecundación asistida. No se preguntan por qué no se queda embarazada si ambos están sanos. No se preguntan qué ocurre con su vida sexual. No se preguntan. En lugar de eso, la tecnociencia les da soluciones. A precio de oro, puesto que cada ciclo con estimulación ovárica va aumentando el riesgo de cáncer de la mujer, pero si estás encaprichado con algo, lo tienes que conseguir ya. Con esto no quiero decir que siempre que se acude a técnicas FIV se haga de este modo. La mayoría de las veces no es así. Pero lo que sí es común es que los padres deciden acudir a la técnica antes que preguntarse qué hay de sí mismos y de su pareja en ello. Les es más tolerable ese proceso que el de preguntarse si desean un hijo, por qué, si lo desea su pareja, cómo ha sido su relación con sus propios padres... En fin, ese proceso que lleva a despejar el deseo y a saber sobre sí mismos en lugar de hacer síntomas en su cuerpo.

Y reitero que, además de la causa que yo planteo, muchas otras pueden favorecer o generar un autismo. Neurológicas, quizá genéticas, bioquímicas o víricas. Es un espacio que se está investigando mucho. Pero casi todas las investigaciones se hacen sobre la materia del cuerpo, y no se tiene en cuenta lo psíquico. Por eso creo necesario ampliar esta investigación, aunque sea políticamente incorrecta.

Tampoco hemos de descartar una posible salida al mercado de medicamentos específicamente indicados para el autismo. Están aumentando

mucho las noticias sobre este trastorno en los medios de comunicación, y aumentando las investigaciones, que, no olvidemos, en Estados Unidos (y no solo allí) se financian con dinero privado, y no sería la primera vez que la industria farmacéutica funciona de ese modo.

Quizás haya quien piense que una psicoanalista, una clínica, no debería hablar de política en una investigación, que cuanto más reduces el foco de la especialización, más profundo es tu conocimiento. Pero mi opinión no es esta. Y es lo que pretendo dejar claro en este trabajo: cómo la sobredeterminación del discurso social favorece la producción de determinados síntomas y, concretamente, en este discurso que aísla y objetualiza a las personas, los rasgos autistas y el autismo en sí tienen mayor posibilidad de aparecer.

Después de haberme acercado cualitativamente al tema, tuve curiosidad por saber cómo se estaba mostrando el aumento de prevalencia de autismo desde la tecnociencia, cómo era la aproximación estadística y qué se decía en la comunidad científica. Traslado aquí algunos estudios epidemiológicos que corroboran el enorme crecimiento del trastorno del espectro autista (TEA). Asimismo encontrarán artículos que aseguran que la posibilidad de tener un hijo con autismo, cuando se ha concebido mediante técnicas de fecundación asistida, se cuadruplica. Pero, como sabemos, las estadísticas no son más que un método de medición, así que en ninguno de los estudios se puede concluir una explicación firme para estos datos.

En muchas investigaciones psiquiátricas, desde los años sesenta o setenta, se quieren descartar las causas «psicógenas», entendiendo por tales «malos cuidados o trato de los padres» o erróneas «pautas de crianza». Volvamos a remarcar que en este estudio estoy hablando de deseo inconsciente de hijo, no de conductas, y entiendo todo este movimiento radicalmente organicista como parte de la misma desubjetivización de la que hablo.

Asimismo, hay mucha discusión pendiente. Cuando pretenden atribuirlo a causas genéticas, por ejemplo, como que tener uno al menos de los dos padres autistas hace más probable serlo. Habrá que tener en cuenta que un padre autista tiene enormes dificultades para constituir ese lugar inconsciente en el que esperar al hijo para vincularse con él después, si es que puede hacerlo. Cuando se refieren a mutaciones, sin ser experta, creo poder decir firmemente que las mutaciones genéticas se notarían en más tiempo, más generaciones, no explican el aumento desde los

años sesenta hasta aquí: de uno cada 2.000, a uno cada 110 niños y niñas.

Comencemos por lo más cercano, con datos de la Memoria del Programa de atención médica integral a pacientes TEA del Hospital madrileño Gregorio Marañón. Los datos epidemiológicos actuales muestran que los TEA son más frecuentes de lo que se pensaba hace pocos años. Si las primeras estimaciones de prevalencia de autismo clásico eran de aproximadamente 2 a 4 casos por 10.000 habitantes, y de 21 a 35 por 10.000 de TEA, en la última década estas estimaciones han subido de manera importante. Los últimos datos del Centro de Control del Enfermedades de EEUU muestran un incremento de la prevalencia en menores de 4 de cada 1.000 (1/250) (CDC, 2002) a 7 de cada 1.000 (1/150) (CDC, 2007) y 11 de cada 1.000 habitantes (1/91) (CDC, 2009). Estos datos se corresponden con una revisión reciente de la literatura llevada a cabo por Fombonne (Fombonne, 2006), que sitúa la prevalencia de los TEA entre 6 y 7 por 1.000 habitantes. Los escasos estudios de incidencia muestran un aumento de la misma en las últimas décadas en sitios tan dispares como Japón, donde se ha multiplicado por 11 en las dos últimas décadas (Kawamura, Takahashi e Ishii, 2008), y Australia, con un aumento en la incidencia anual de los TEA de 22% en los niños de ≤ 5 años de edad (Nassar y otros, 2009). La mejora en la detección, los cambios en los criterios diagnósticos y la ampliación del concepto a casos limítrofes pueden justificar este incremento. Los distintos estudios coinciden en que los TEA afectan de tres a cuatro veces más a hombres que a mujeres.

En la Comunidad de Madrid no existen datos epidemiológicos de esta patología. Probablemente, los datos más ajustados sean los que provienen de un estudio que con una metodología epidemiológica de estimación indirecta se realizó en el año 2001 (Belinchón, 2001), con datos de otras poblaciones y un estudio pormenorizado de las razones de las diferencias entre unos estudios y otros, para finalmente calcular la prevalencia de TEA en Madrid. En España se tiene referencia de cuatro estudios epidemiológicos realizados en Cataluña, Navarra y Murcia, todos ellos con menores de edad, resultando en 2,5 a 5 por 10.000 menores de 18 años. Teniendo en cuenta una población de la Comunidad de Madrid, según el Censo de 1996, de 4.752.945 habitantes, el grupo de Belinchón calculó un número estimado de 1.274 menores de 18 años con autismo clásico, y 1.795 menores de 29 años, lo que supondría una prevalencia estimada de 1/1.000-1.500 nacidos. Sin embargo, utilizando los últimos datos de prevalencia americanos reportados anteriormente, y considerando la población de la CAM de menores entre 4 y 19 años en 2008 (896.749 menores), la estimación de la prevalencia sería de entre 5.498

(considerando prevalencia de 1/150) a 9.854 (considerando prevalencia de 1/91) menores con TEA en la Comunidad de Madrid (Hospital General Universitario Gregorio Marañón, 2010, págs. 5-6).

Hagamos ahora un breve recorrido por los estudios efectuados hasta el día de hoy, para poder situarnos en el contexto mundial. Recojamos para ello datos del Ministerio de Educación y Ciencia (Díez Cuervo y Martos, 1989).

El primer estudio epidemiológico detallado del síndrome autista fue dirigido por Lotter, quien investigó a los 78.000 niños de ocho, nueve y diez años que estaban domiciliados en el antiguo condado de Middlesex el 1 de enero de 1964 (Lotter: 1966, 1967 a, b; Wing y otros: 1967). Los primeros sondeos detectaron 135 posibles casos de autismo de primera infancia. Estos niños fueron intensamente estudiados, y 54 de ellos mostraron ciertas anomalías en una escala de 24 puntos que cubrían los siguientes aspectos de conducta: anomalías de lenguaje, aislamiento social, movimientos estereotipados, reacciones anormales a los sonidos, conducta repetitiva y ritualista, incluyendo la resistencia al cambio. Los niños fueron agrupados en tres grupos. Grupo A: de autismo nuclear. Formado por 15 niños que mostraban de forma altamente acusada los elementos de Kanner esenciales para el diagnóstico. Grupo B: grupo no nuclear. Compuesto por 17 niños que no ofrecían esa acusada combinación, pero que tenían muchos rasgos característicos del autismo. Grupo C: No eran autistas. 22 niños con algún tipo de conducta parecida a la de los niños autistas. [...]

El segundo estudio epidemiológico fue llevado a cabo por Brask (1970), en el condado de Aarhus en Dinamarca. Las conclusiones de Brask son muy similares a las de Lotter. [...]

En un tercer estudio realizado por Treffert (1970), en 30 centros de Wisconsin, se examinaron los historiales de niños menores de 12 años que habían sido evaluados en el periodo comprendido entre 1962 y 1967 y se encontraron 280 niños, dando una incidencia de $3,1 \times 10.000$. [...]

Resumiendo y teniendo en cuenta las diferencias de definición y de metodología, parece bastante cierto que, en los grupos de edad que sí manejan los anteriores estudios, la proporción específica del síndrome autista, parcial o completo, es de 4 a 5 por 10.000 niños. [...]

Los estudios epidemiológicos más recientes, que unifican los criterios diagnósticos tomando como referencia los expuestos en el DSM-IV, ofrecen datos de incidencia más altos. Ishii y Takahashi (1983) encuentran una ratio de 16 por cada 10.000 habitantes en

Toyota (Japón). Bohman y cols. (1983) obtienen una incidencia de 12,6 en Suecia. Un estudio en Ibaraki (Japón), de Tanoue y cols. (1988), informa de una incidencia de 13,9 por cada 10.000 habitantes.

En el CDC (Center for Disease Control and Prevention) de los Estados Unidos se concluyó lo siguiente en 2006 (Rice, 2006):

In 2006, on average, approximately 1% or one child in every 110 in the 11 ADDM sites was classified as having an ASD (approximate range: 1:80--1:240 children [males: 1:70; females: 1:315]). The average prevalence of ASDs identified among children aged 8 years increased 57% in 10 sites from the 2002 to the 2006 ADDM surveillance year.

También en Estados Unidos, la profesora Mary Croughan, de la Universidad de California, causó un gran impacto en 2006 con la publicación de una investigación en la que muestra que el riesgo de autismo se multiplica por cuatro en mujeres que han concebido por medio de fecundación asistida. Es un estudio de 4.000 mujeres, 2.000 de las cuales habían concebido mediante FIV y las otras 2.000 de forma natural. Entre los hijos de las primeras, había cuatro veces más autistas.

Otros estudios que corroboran este aumento son: Fombonne (2009, págs. 591-598), en Canadá, en el que constata una prevalencia de 1 de cada 166 niños; en Japón se han multiplicado por 11 los casos en las dos últimas décadas (Kawamura, Takahashi e Ishii, 2008, págs. 152-159), y en Australia se ha contabilizado un incremento de un 22% (Nassar y otros, 2009, págs. 1245-1254).

Hay un aspecto importante que no he mencionado ni he aportado ningún dato para esclarecer: la incidencia de varones afectados por el autismo es cuatro veces superior a la presentada por las mujeres, dato que confirman todos los estudios, tanto en España como en Europa y los Estados Unidos, Canadá, Australia y Japón, que son las únicas poblaciones de las que he obtenido información.

Desde este punto de partida, me propuse seguir investigando acerca de la sintomatología psíquica infantil actual desde una perspectiva más amplia. A continuación explicaré cuál fue el modo de aproximarme a las fuentes de información y cómo fue evolucionando la investigación.

3.

Metodología

La escucha psicoanalítica es un trabajo caso por caso que nos sitúa en lo más íntimo de cada persona escuchada: su inconsciente. Tras años de este tipo de trabajo, es posible detectar síntomas llamativos que se repiten con notable frecuencia. Al buscar en la literatura clínica clásica, nos damos cuenta de que esas formaciones sintomáticas no aparecen reflejadas sino residualmente. En cambio, la sintomatología clásica muestra formas de enfermar psíquicamente que ya no son tan frecuentes. Las estructuras perduran pero el modo de mostrarse es distinto, por lo que me veo obligada a modificar mi manera de trabajar para adaptarme a las personas que escucho.

En reuniones psicoanalíticas, no somos pocos los que comentamos este cambio en la clínica y nos sorprendemos de que no se esté dando proporcionada cuenta en las publicaciones actuales. A partir de aquí, comienzo a trabajar en la observación y análisis de esas diferencias, es decir, me pregunto acerca de los modos de enfermar específicamente actuales. Mi primera investigación académica en esta línea versa sobre los trastornos del espectro autista. En mi trabajo en las escuelas infantiles observo cientos de niños, de hasta tres años de edad, entre los que detecto numerosos casos con síntomas de esta patología. Comienzo a estudiar el autismo y encuentro que los estudios publicados más recientemente reflejan que en los países occidentales su prevalencia ha aumentado espectacularmente, prácticamente en la misma proporción que yo me he encontrado en mi muestra. La documentación la obtengo de la observación directa en siete escuelas infantiles integradas en el lugar de trabajo de sus padres. En concreto fueron: Congreso de los Diputados, Ministerio de Trabajo, Hospital de Fuenlabrada, Junta de Andalucía, Hospital de Alcorcón, una empresa constructora y la Guardia Real.

Los niños que acudían a estas escuelas tenían desde cuatro meses a tres años y medio, edades que comprende el primer ciclo de Educación Infantil, que en España actualmente no es obligatoria ni el Estado la proporciona gratuitamente. La más pequeña de estas escuelas tenía tres

aulas: bebés (de cero a un año), de uno a dos años, y de dos a tres. Lo normal era que hubiera varias aulas por estrato de edad. En estos momentos, la ley permite, en este tipo de escuela, ocho bebés por aula, doce niños de hasta dos años y dieciocho o veinte de dos a tres años. Varían algo las plazas según los metros cuadrados, acceso a servicios, etc. Doy estos datos para que conste el elevado número de niños observado: entre trescientos y cuatrocientos. A gran cantidad de ellos los pude observar desde sus cuatro o seis meses hasta que se fueron con tres años; y a los que no fue así, al menos dos años de su vida temprana.

Observaba y anotaba durante toda la jornada escolar, por lo que obtenía mucha información de cada uno de los niños y niñas. Estaba presente en la llegada a la escuela con sus padres y en la despedida de estos, la entrada en el aula, actividades pedagógicas, asamblea, alimentación, sueño, cambios de pañales o visitas al baño, patio y juego libre, etc. Esta observación la realizaba en silencio, tomando notas. Esa misma tarde teníamos «claustro». Esta reunión con el equipo educativo (directora y tutoras de cada aula) tenía varias funciones: la formación en psicoanálisis de las profesionales, la supervisión de su trabajo, la transmisión de lo que observábamos y escuchábamos de cada niño que nos llamaba la atención y la preparación de las tutoras para trabajar con cada uno de estos casos. En total son 2.455 páginas de observaciones.

A partir de este momento, trabajo en paralelo en dos líneas de investigación: qué está ocurriendo con los lazos sociales en este momento, es decir, qué podemos deducir del modo actual de vincularse y, por otro lado, cómo se estructuran psíquicamente los síntomas en la primera infancia.

Relaciono la elevada prevalencia de los trastornos del espectro autista con uno de los rasgos del discurso social actual: la ruptura de los vínculos intrapsíquicos e intersubjetivos, y por ahí empiezo a intentar definir los principales rasgos, a través del análisis de los cambios en los vínculos familiares desde la mitad del siglo pasado hasta la actualidad.

Durante estos años, estudio los discursos lacanianos en el seminario de Fabián Appel y comienzo a construir la matriz teórica sobre la que trabajaré más adelante.

Escribo mi investigación para la obtención del grado de Suficiencia Investigadora sobre el *deseo de hijo* y los síntomas en la primera infancia, centrándome en el caso del autismo; para ello planteo mi elaboración de conceptos psicoanalíticos fundamentales aquí presentados: «deseo»,

«deseo de hijo», «Edipo», «metáfora paterna» o «nombre del padre», «fantasma», «sujeto barrado», «castración simbólica», los «tres registros» («real», «simbólico» e «imaginario»), «castración», «síntoma psíquico», «pulsión», «objeto *a*», «algoritmos» de los discursos lacanianos, «discurso del amo» y «discurso tecnocientífico».

Una vez concluida esta investigación, amplió el objeto de estudio, abandono el autismo como indicador extremo y estudio la malla del tejido social para escuchar lo que afecta a la mayoría de la población, síntomas menos espectaculares pero más extendidos. Algunos de ellos ni siquiera identificados como tales sino asumidos como malestares propios de la vida cotidiana. Para esto me resulta especialmente útil mi formación en Intervención Comunitaria²⁷ previa. Necesito aguzar la escucha y observación para captar la sintomatología más sutil y normalizada y poder interpretarla.

Voy registrando escenas familiares a las que posteriormente cambiaré algunos rasgos para que no sean identificables, lo mismo que haré con los casos.

Con ellas conformo una serie de construcciones propias, a partir de casos con los que he trabajado en distintos espacios: hospital de día psiquiátrico, escuelas infantiles y consulta privada, fundamentalmente. Han sido escogidas por mostrar más claramente el lugar que un niño ocupa en el deseo de uno o ambos de los padres a través de su discurso, de la relación que mantienen con él en un momento dado. Funcionan como alarmas de un vínculo al que prestar atención. Forman una visión general de situaciones puntuales entresacadas de la vida cotidiana que conforman un panorama llamativo. Cada una por separado no tendría valor, pero, al aunarlas, podemos comprobar cómo el discurso social se cuela en los modos íntimos de vincularse hoy día.

Analizo estas escenas y casos en busca de los rastros del *deseo de hijo* que a mi parecer conforman el modo de enfermar de los niños y niñas de temprana edad a través del vínculo con sus madres y padres.

Durante este tiempo, se me presentan casos que reflejan claramente la hipótesis que ya se ha forjado a partir de la observación: este modo de vincularse actualmente fomenta la objetualización de los niños, lo que configura determinados modos de enfermar en la primera infancia.

²⁷ Centro Marie Langer.

De nuevo me resulta imposible reflejar literalmente ningún caso para no violar la intimidad de los sujetos y sus familias, así que nombres, sexo y determinadas circunstancias familiares están cambiados. No se modifica la esencia de los mismos, a pesar de ser siete casos contruidos a base de rasgos de varios niños que comparten el perfil.

Tras la presentación de los casos, analizo qué ocurre con el *deseo de hijo* en cada uno de ellos para poder mostrar en ejemplos concretos lo que estamos hablando en esta investigación.

En paralelo voy observando, reflexionando y estudiando la dinámica social actual.²⁸ Necesito algo más que mi propia reflexión y encuentro en la publicidad una representación paradigmática de los valores sociales actuales. Escojo la publicidad porque es un indicador muy claro del discurso social. Para fomentar el consumo, los creativos publicitarios contratados por los grupos empresariales detectan los valores, ideales y deseos inconscientes de su público objetivo a fin de convencerles de que los alcanzarán consumiendo el producto que les sugieren. Por esto, la publicidad es la cara visible del discurso social en este momento sociohistórico. La publicidad es una exhibición constante de ideología. Muy interesante para leer el discurso social del momento, muestra sin pudor los valores a los que apunta y es recibida con aquiescencia por parte de la población. Es, a mi juicio, la cara visible del discurso.

Para abordar este tema, necesito estudiar semiótica publicitaria, cosa que hago centrándome especialmente en autores como Barthes, Eco y Peninou.

Voy recopilando spots televisivos emitidos en España, desde 1957 hasta hoy, para seleccionar posteriormente aquellos que están relacionados con la temática investigada. Los trece escogidos son analizados en profundidad desde la perspectiva psicoanalítica para poder mostrar cómo la publicidad vehiculiza el discurso social actual y en qué propuestas concretas se traducen los rasgos del este discurso.

Considero que este recorrido, desde lo más íntimo del psiquismo, pasando por los vínculos familiares hasta los lazos sociales, demuestra suficientemente cómo el discurso social tecnocientífico conforma un modo específico de enfermar psíquicamente en la primera infancia.

²⁸ Me resultó especialmente motivador el Seminario Psicoanalítico con Fabián Appel durante esos años.

Pero yo soy clínica, además de investigadora, por lo que no puedo resistirme a proponer lo que se me ocurre para contrarrestar este malestar generalizado. Considero que el psicoanálisis consigue identificar y tratar los casos ya presentados muy lúcidamente, pero es desconocido por la mayoría de la población a la que se sobreinforma —y se consigue aturdir— con datos, recomendaciones y estudios desligados de la teoría que los fundamenta, de forma que no pueden ser rebatidos por una masa social que queda dependiente de quien así suministra la supuesta información.

En la última parte de esta investigación, muestro parcialmente el trabajo de divulgación psicoanalítica que he llevado a cabo hasta el momento. Comienzo por tratar de traducir a un lenguaje sencillo conceptos psicoanalíticos básicos para comprender la dinámica psíquica, como son: «inconsciente», «deseo», «ideal del Yo», «constitución del aparato psíquico», «función paterna» («nombre del padre»), «falo», «Edipo», «objeto transicional», «función materna» y madre «suficientemente buena» entre otros. Esta elaboración proviene de mi trabajo con educadoras infantiles y mis clases de salud mental a auxiliares de clínica, profesionales sin formación universitaria que pueden constituirse en potentes agentes de cambio social por la repercusión de sus intervenciones.

Posteriormente, expongo una serie de ejemplos de divulgación en prensa escrita destinados a padres o interesados en la educación infantil: «Cuando los padres se separan», «Los dichosos límites», «La función del padre», «No mentirás», «Obesidad infantil», «Mellizos y gemelos», «¿Y si matamos a la crisis, mamá?» y «Crisis de ansiedad y fobias».

A continuación, presento algunas conferencias dirigidas al público general en las que profundizo en aspectos fundamentales desde la perspectiva psicoanalítica, como la alimentación en la primera infancia y el beneficio del deporte en la misma.

Para terminar, muestro algunas aplicaciones sencillas que se deducen de este planteamiento teórico y cuyo objetivo sigue siendo contrarrestar el efecto que este discurso causa en los vínculos con los niños.

A continuación, podrán leer el proceso y resultado de este trabajo.

4.

**Estudio sobre la publicidad
como indicador social
privilegiado**

INTRODUCCIÓN TEÓRICA: SEMIÓTICA DE LA PUBLICIDAD

He escogido la publicidad porque es un indicador muy claro del discurso social. Para fomentar el consumo, los creativos publicitarios contratados por los grupos empresariales detectan los valores, ideales y deseos inconscientes de su público objetivo con el fin de convencerles de que los alcanzarán consumiendo el producto que les sugieren. Por esto la publicidad es la cara visible del discurso social en cada momento histórico.

La publicidad es una exhibición constante de ideología. Muy interesante para leer el discurso social del momento, muestra sin pudor los valores a los que apunta y es recibida con aquiescencia por parte de la población. Es la cara visible del discurso. Veamos cómo se establece esa relación entre publicidad e ideología desde la semiótica publicitaria, en la que me detendré un poco, para luego exponer el proceso psíquico de esta en las estrategias del consumo desde la perspectiva psicoanalítica. A partir de ese punto mostraré algunos aspectos de la publicidad y su modo de reflejar los rasgos del discurso social para presentar la manera en que han sido escogidos y analizados los trece spots.

Entiendo que el modo en que se usa el lenguaje publicitario, desde la perspectiva semiótica, muestra su ideología, su concepción de la sociedad y las relaciones que han de establecerse entre los individuos. Así, analizando la publicidad de cada momento social, podemos deducir los rasgos de los discursos que imperan en ese tiempo.

Una determinada manera de usar un lenguaje se identifica con determinada manera de pensar la sociedad. La ideología, bajo el prisma semiótico, se manifiesta como la connotación final de la cadena de connotaciones, o como la connotación de todas las connotaciones de un término (Eco, 1986, pág. 160).

Para comprender los procesos de transmisión de ideología en publicidad, es interesante el concepto de mito de Roland Barthes, quien lo de-

fine como «un acto del habla, un sistema de comunicación, un mensaje sujeto a unas condiciones lingüísticas que lo caracterizan. Puede ser cualquier objeto, concepto o idea si se dan las condiciones y está creado por el ser humano para transmitir un mensaje» (Barthes, 1999). En concreto, vamos a destacar la cualidad de lectura inmediata del mito porque ilustra cómo el impacto de este es un golpe contra el que no cabe racionalización alguna posterior: el efecto ya está hecho. Esto, junto con que el lector del mito lo procesa como un sistema causal, asociando forma y fondo, significado y significante, como si fueran una misma cosa, permite la entrada de planteamientos engañosos sin crítica alguna, como afirman Barthes y Eco:

Veamos un nuevo ejemplo que permitirá comprender claramente cómo el lector de mito termina por racionalizar el significado por el significante. Estamos en julio: leo un gran titular en *France-Soir*: PRECIOS: PRIMERA CAÍDA. VERDURAS: EMPEZÓ LA BAJA. Establezcamos rápidamente el esquema semiológico: el ejemplo es una frase, el primer sistema es puramente lingüístico. El significante del segundo sistema está constituido por cierto número de accidentes lexicales (las palabras: primera, empezó, la [baja]), o tipográficos: enormes letras de titulares, en el lugar donde el lector recibe ordinariamente las noticias más importantes del mundo. El significado o concepto es algo que debemos denominar con un neologismo bárbaro pero inevitable: la gubernamentalidad, el gobierno concebido por la gran prensa como esencia de eficacia. La significación del mito surge claramente: las frutas y las legumbres bajan porque el gobierno lo ha decidido. Pero ocurre —caso de todas maneras bastante raro— que el diario mismo, sea por seguridad, sea por honestidad, dos líneas más abajo desmonta el mito que acababa de elaborar. Agrega (es cierto, en caracteres modestos): «La baja ha sido facilitada por la abundancia de estación». Este ejemplo resulta instructivo por dos razones. En primer lugar se ve allí de lleno el carácter impresivo del mito: lo que se espera de él es un efecto inmediato. Poco importa si el mito es después desmontado; se presume que su acción es más fuerte que las explicaciones racionales que pueden desmentirlo poco más tarde. Esto quiere decir que la lectura del mito se agota de un solo golpe (ibíd., pág. 133).

En realidad, lo que permite al lector consumir inocentemente el mito es que no ve en él un sistema semiológico, sino un sistema inductivo. Allí donde solo existe una equivalencia, el lector ve una especie de proceso causal: el significante y el significado tienen, a sus ojos, relaciones de naturaleza. Se puede expresar esta confusión de otro modo: todo sistema semiológico es un sistema de valores; ahora bien, el consumidor del mito toma la significación por

un sistema de hechos; el mito es leído como un sistema factual cuando solo es un sistema semiológico (í.d.).

Las premisas son aceptadas sin discusión en la mayoría de los casos, aunque sean falsas y además (a diferencia de lo que sucede en la comunicación retórica nutritiva) no son definidas ni sometidas a examen (Eco, 1986, págs. 240-250).

Podemos ver así el poder que tiene la publicidad: una retórica impactante puede producir un gran impacto ideológico. Es decir, una estética determinada trabaja directamente sobre la ideología. No la cambia, simplemente la confirma. Esa ideología estaba previamente en el receptor del mensaje, según afirma Eco cuando analiza la imagen de la campaña en prensa contra la guerra de Vietnam, consistente en un soldado en un cesto y una ampliación del formulario con el que la administración estadounidense comunicaba las defunciones a los familiares

Este análisis podría continuar, pero ya es evidente que tenemos un mensaje que, por medio de artificios retóricos originales, y por lo tanto con una alta tensión informativa a nivel retórico, provoca una sacudida en el campo ideológico; probablemente no se trata de un ejemplo típico del caso d), por cuanto no lo hemos sacado del sector de la publicidad comercial, sino de la propaganda política, en el que la información ideológica constituye el fin primario del acto persuasivo (se quiere persuadir para cambiar los cuadros ideológicos); en tanto que en la publicidad comercial el fin primario es la persuasión para la inserción en el cuadro pragmático (el consumo) que exige un fondo ideológico preconstituido, conocido por el destinatario y que se debe confirmar más que cambiar (como se ha visto en el caso del anuncio de la Volkswagen, la modificación ideológica era marginal y la invitación a una economía de consumo y a una ética del dinero, del ahorro y del «buen negocio» permanecía inmutable, aunque fuera propuesta desde una perspectiva distinta) (ibíd., pág. 245).

Esta experiencia nos enseña que la comunicación publicitaria en muchos casos habla un lenguaje ya dicho antes, y que esta es la razón que la hace comprensible. En definitiva, el anuncio dice de una manera esperada lo que los lectores ya esperaban (como lo esperaban de otros productos) por ello su función es táctica [...] (ibíd., pág. 249).

En ocasiones, determinadas campañas publicitarias producen la sensación de conseguir un cambio social mayor. Se comentan, consiguen dar valor al concepto que sostiene su producto, más allá del producto. No solo transmiten, sino que producen ideología. Pero este cambio es posi-

ble porque ya estaba flotando entre lo no dicho de la sociedad, era algo previo a la campaña que un intuitivo publicista visibiliza y legitima, por lo que el receptor, aliviado, escucha que estaba bien tener esa inquietud, ese planteamiento, y además no está solo. El hecho de que provoque revuelo social, que se comente en espacios públicos y privados genera un movimiento social. Por tanto, aunque sea como movilizadora, la publicidad puede conseguir movimientos ideológicos. Periféricos pero notables.

Pero es indudable que el mensaje, aunque en el aspecto retórico utiliza artificios nada sorprendentes (la imagen no es ambigua y la redundancia del texto se basa en reiteraciones del epitopo), moviliza al destinatario en el terreno ideológico: cambia su manera de ver el automóvil como fetiche y *status symbol*. Cambia los códigos de interpretación del significante automovilístico. Provoca un reajuste de varias actitudes ideológicas, que no podrán no asumir nuevas formas retóricas (de ahora en adelante, el *gadget* ya no significará «gusto» o «comodidad» o «prestigio», sino «despilfarro» y «baratija inútil»). He aquí, pues, un mensaje que forzando la redundancia en el aspecto retórico, informa en el aspecto ideológico. Es cierto que las expresiones «redundancia» e «información» tienen aquí un valor relativo: unas formas retóricas tan insólitas, en el contexto de una revista en la que aparece una publicidad con argucias tan mirabolantes, llega a producir tal impacto en el lector que resultan bastante informativas. Con todo, está bien claro que la lectura de este anuncio enriquece nuestro patrimonio de ideas, más que nuestra experiencia graneada y literaria. Y a la inversa, no conviene conferir a la «ideología» un significado totalitario; nadie debe pretender que la publicidad de un coche, destinada a promover el consumo, llegue a cambiar la manera de ver el sistema de vida; basta con que lo ataque desde un punto de vista periférico (ibíd., pág. 243).

Otro rasgo de este lenguaje que amplía su campo de influencia es que su público receptor no necesita que sea realista, es una escenificación abierta, se permite el juego entre fantasía y realidad, la idealización, la perspectiva humorística sobre lo cotidiano. Gracias a esto, se pueden abordar aspectos que si se hicieran de otro modo serían intolerables para el espectador, además de encubrir artísticamente los mensajes, porque —como vimos antes— la forma es parte del mensaje.

[...] no importa que la pasión sea auténtica o no. Lo que el público reclama es la imagen de la pasión, no la pasión misma. Nadie le pide al *catch* más verdad que al teatro. En uno y en otro lo que se espera es la mostración inteligible de situaciones morales que

normalmente se mantienen secretas. Este vaciamiento de la interioridad en provecho de sus signos exteriores, este agotamiento del contenido por la forma, es el principio mismo del arte clásico triunfante (Barthes, 1999, pág. 10).

Estamos hablando del receptor del mensaje, pero, si ponemos el foco en él, en el público objetivo, veremos que los distintos receptores interpretarán de forma diferente el mensaje. No esencialmente, sino quizá en cuanto a la profundidad o a matices según sea su historia previa.

Por último —y esta será la tercera observación—, puede considerarse que a todo sistema de significantes (léxicos) corresponde, en el plano de los significados, un cuerpo de prácticas y de técnicas. Estos cuerpos de significados implican, en lo que concierne a los consumidores de sistemas (es decir, a los «lectores»), diversos tipos de saber (en base a las diferencias «culturales»), y esto explica el que la misma lexía (o gran unidad de lectura) pueda descifrarse diversamente según los individuos, sin dejar por ello de pertenecer a una determinada «lengua»; varios léxicos —y, por lo tanto, diversos cuerpos de significado— pueden coexistir en un mismo individuo, determinando en cada uno de ellos lecturas más o menos «profundas» (Barthes, 1971, pág. 48).

Pero esto no modifica lo enunciado anteriormente con respecto la condición acrítica de la lectura del mito. Es tan sorprendente la actitud previa favorable del espectador, que se pueden utilizar lógicas tramposas abiertamente y no producir rechazo ni sensación de engaño en este. Pueden ser eficaces apuntando al valor narcisista de «exclusividad» de un producto, mientras están vendiendo ese mismo objeto a numerosísimos consumidores.

En nuestra vida cotidiana, tanto la propaganda política como la exhortación religiosa, la publicidad o el discurso conmemorativo, quieren convencernos de lugares tan opuestos como: «todo el mundo hace esto, por lo tanto, tú también debes hacerlo» y —a la inversa— «todos lo hacen así, si tú lo haces de otra manera podrás distinguirse de los demás» (un proyecto de anuncio publicitario se fundaba en la capacidad que todos tenemos para aceptar con desenvoltura razonamientos opuestos: «muy pocas personas van a leer este libro: ¡entrad todos a formar parte de este núcleo selecto de elegidos!») (Eco, 1986, pág. 152).

Pero hay estrategias más perversas utilizadas en estos procesos de transmisión de ideología que podremos ver en los análisis de los anuncios: invertir el sentido de las palabras, transformar «libertad de elección»

en capacidad para escoger entre el consumo de varios productos, y otros que veremos después.

La realidad es que la consejera constituye una vacuna de uso bien preciso; su papel reside en ayudar a infundir una moral conformista de la sujeción. En la consejera se aglutina todo el potencial de emancipación de la especie femenina: en ella, las mujeres son libres por procuración. La libertad aparente de los consejos dispensa de la libertad real de las conductas: simula aflojar un poco sobre la moral para afirmar con más fuerza los dogmas constitutivos de la sociedad (Barthes, 1999, pág. 77).

Pero, ¿cómo es posible que sujetos racionales, educados e inteligentes sean tan vulnerables a la manipulación, al adoctrinamiento ideológico? Veamos cómo entendemos que funciona el procesamiento psíquico de estos mensajes. Ya hemos hablado sobre el deseo, hemos explicado cómo este —que es inconsciente— no tiene objeto, es decir, no existe nada que pueda calmarlo, no es una demanda. Lo que hace la publicidad es hacer creer al destinatario que sí es posible satisfacer su deseo, cuando lo que realmente hace es proponerle un objeto de consumo, un objeto de demanda. De esta forma, el deseo inconsciente sigue «inquietaando» al sujeto que, al no sentirse satisfecho con aquello, sigue consumiendo guiado por la multiplicidad de mensajes publicitarios que lo acribillan a diario. Por eso la publicidad no necesita provocar un proceso completo de creación de demanda y propuesta de satisfacción de la misma, por eso simplemente nos persuade de algo que ya «deseábamos» antes.

Podría objetarse que unas comunicaciones publicitarias funcionan mejor que otras, pero es lícito preguntarse qué papel juega la argumentación persuasiva y qué papel juegan otros factores extra-comunicativos que escapan al análisis de quien quiera examinar solamente la eficacia del mensaje. En otras palabras, ¿se desean unas cosas porque la comunicación nos ha persuadido o bien esta nos ha persuadido porque ya lo deseábamos antes? El hecho de que nos convenzan con argumentos conocidos nos hace inclinarnos por la segunda hipótesis (Eco, 1986, pág. 250).

Entendemos, al igual que Péninou, que el mensaje publicitario, está compuesto por muchos mensajes:

[...] que no haya en el mensaje en cuestión más que un mensaje y que, además, sea de naturaleza publicitaria. Ahora bien, aun siendo exacto que todo mensaje publicitario es uno, solo lo es en cuanto totalidad física singular, pese a lo cual no es ni mucho me-

nos único; en un mensaje de la publicidad existe siempre una coexistencia de varios mensajes, algunos de los cuales son necesarios (es decir, necesariamente presentes) y otros facultativos (y por tanto, pueden no ser emitidos) (Péninou, 1976, pág. 50).

Así, en el análisis de un mensaje podemos encontrar aspectos que apuntan a lo consciente asociados con otros que se dirigen a lo inconsciente, a ese deseo no conocido por el sujeto, que permanece siempre activo, del que hablábamos antes. Entre los primeros se encuentran los valores, como «elegancia», «belleza», con los que el público quiere identificarse y puede reconocerlo sin dificultad. En este trabajo me centro en los segundos, en ese proceso por el cual se permite al espectador creer satisfechos sus deseos inconscientes sin hacerlos conscientes, sin tener que reconocerlos ni pensar sobre ellos, porque cuestionarlos le llevaría a hacerlos propios y plantearse que es eso también. Nos permiten aparentar acallarlos sin desvelarlos. Sin delatarnos. Pero claro, eso no los satisface, siguen igual de voraces que antes de obtener ese objeto y se puede seguir apelando a ellos eternamente para seguir proponiendo objetos que aparentemente los calmen.

En el capítulo «El *catch*», Barthes (1971) analiza dos aspectos interesantes en este sentido. El primero es el efecto calmante de la previsibilidad, el hecho de que el espectador sepa *absolutamente* lo que va a ocurrir y que lo vaya constatando en el proceso de la lucha; y el segundo es esa ilusión de completud que genera. Al público le satisface que no haya restos, provoca la ilusión de la perfección, de la completud. Si esta existe en algún lado, existe como posibilidad. Luego ese deseo incómodo e incesante puede ser acallado, existe un objeto para la falta del espectador que pretende así poder completarse, negar la falta, los restos, la insatisfacción vital.

Una finalidad tan precisa exige que el *catch* sea ni más ni menos lo que el público espera de él. Los luchadores, hombres de gran experiencia, saben dirigir perfectamente los episodios espontáneos del combate hacia la imagen que el público se forma de los grandes temas maravillosos de su mitología. Un luchador puede irritar o disgustar, pero jamás decepciona, pues siempre realiza hasta el final, por una consolidación progresiva de los signos, lo que el público espera de él. En el *catch*, nada existe si no es totalmente, no hay ningún símbolo, ninguna alusión, todo se ofrece exhaustivamente; sin dejar nada en la sombra, el gesto elimina todos los sentidos parásitos y presenta ceremonialmente al público una significación pura y plena, redonda, a la manera de una naturaleza. Este énfasis es, justamente, la imagen popular y ancestral de la in-

teligibilidad perfecta de lo real. El *catch*, pues, simula un conocimiento ideal de las cosas, la euforia de los hombres, elevados por un tiempo fuera de la ambigüedad de las situaciones cotidianas e instalados en la visión panorámica de una naturaleza unívoca, donde los signos, al fin, corresponderían a las causas, sin obstáculo, sin fuga y sin contradicción (Barthes, 1971, pág. 14).

Eco añade, por su parte, que el creativo publicitario busca precisamente eso: ser original, creativo, y que el reconocimiento de esa cualidad en un anuncio provoca también la asociación en el consumidor de este valor al producto. Por si no hubiera sido suficientemente clara, considero al publicista como un vehículo del contenido ideológico, que aporta su saber sobre la técnica y la estética pero no busca intencionadamente la transmisión de la ideología.

Pero es igualmente cierto que un publicitario responsable (y con ambiciones estéticas) siempre intentará realizar su propio reclamo por medio de soluciones originales que se impongan precisamente por su originalidad, de tal manera que la reacción del usuario no consista solamente en una reacción de tipo inconsciente a la estimulación erótica, gustativa o táctil que el anuncio pone de manifiesto, sino también en un reconocimiento de genialidad, reconocimiento que recae en el producto, impulsando a una aceptación no solamente del tipo «este producto me gusta», sino también del tipo «este producto es un producto inteligente y de prestigio» (Eco, 1986, pág. 229).

Por la perspectiva de esta investigación y por mi propia formación en escucha psicoanalítica, me centro en desvelar este aspecto al realizar mi lectura de los anuncios, nombrando las figuras retóricas solo cuando es útil para descubrir algún aspecto fundamental de la ideología transmitida.

De hecho, si entre los medios de comunicación de masas se incluyen el cine, la prensa, la televisión, la radio, las revistas, los cómics, la publicidad, las distintas técnicas de propaganda, la música ligera, la literatura popular, etc., nos preguntamos si cada uno de estos sectores de la comunicación de masas ya es objeto de investigaciones específicas y si, en general, las investigaciones sobre ella no consisten en aplicar el método de una disciplina cualquiera (psicología, sociología, pedagogía, estilística, etc.) a uno de estos medios, a sus técnicas, o bien a sus efectos (ibíd., pág. 19).

No pretendo hacer un análisis semiológico completo de cada uno, sino mostrar claramente el discurso interno del spot, la base ideológica sobre

la que se sostiene que —al ser coherente con lo deseado por el receptor— desvela la ideología social que lo legitima. No descompongo en elementos formales o de sentido, como música, iluminación, tono, trama, personajes, valores, etc., sino que hago una lectura contraria, desde el producto final, el mensaje global —que sabemos que es diferente a la suma de sus elementos—; propongo una lectura que profundiza en aquellos aspectos que son de interés para el objeto que nos atañe.

Se ha dicho o, por lo menos, se ha dado a entender, que es una abstracción más bien arbitraria, pero inevitable, el tratar del signo «en sí», como simple unión del significante y el significado. Para terminar, deberemos ahora considerar el signo no ya a través de su «composición», sino a través de sus «entornos»; es el problema del valor (Barthes, 1971, págs. 54-55).

Objetos, imágenes, comportamientos pueden, en efecto, significar y significar ampliamente, pero nunca de un modo autónomo: todo sistema semiológico tiene que ver con el lenguaje. La sustancia visiva, por ejemplo, confirma las dos significaciones exigiendo la compañía de un mensaje lingüístico (como ocurre en el caso del cine, la publicidad, los cómics, la fotografía periodística, etc.) de forma que al menos una parte del lenguaje icónico se encuentra en relación estructural de redundancia o de recambio en el sistema de la lengua (ibíd., págs. 13-14).

Para ello he necesitado construir un corpus²⁹ de investigación limitado y abarcable que resulta heterogéneo, al serlo también el objeto investigado. Hay cierta inevitable arbitrariedad en la selección, puesto que, aunque lo podía intuir, no era posible anticipar el resultado de la investigación.

[...] en términos generales, un buen corpus alimenticio debiera entrañar un único e idéntico tipo de documentos (los menús de los restaurantes, por ejemplo). Sin embargo, la realidad presenta por lo general sustancias mixtas; vestido y lenguaje escrito en la moda; imagen, música y palabra en el cine, etc. Se podrá, por lo tanto, aceptar también un corpus heterogéneo, pero procurando,

²⁹ En palabras de Barthes (1971, pág. 100): «[...] desde el momento en que el sistema objeto de investigación no es conocido previamente en sus límites (puesto que se trata precisamente de reconstruirlo), la inmanencia puede afectar, en un primer momento, solamente a un sistema heteróclito de hechos que será necesario «tratar» para conocer su estructura; este conjunto es definido por el investigador previamente a la investigación: es el corpus. El corpus es una colección finita de materiales predeterminada por el analista en base a una cierta arbitrariedad (inevitable) y sobre la cual trabajará».

entonces, estudiar escrupulosamente la articulación sistemática de las sustancias implicadas (en particular será necesario separar perfectamente el dato real, del lenguaje que se ocupa de él): lo que equivale a conferir a su misma heterogeneidad una interpretación estructural.

[...] Estas selecciones iniciales son puramente operativas y, necesariamente, son en cierto modo arbitrarias: no se puede prede-terminar el ritmo de transformación de los sistemas, ya que la finalidad quizá esencial de la investigación semiológica (es decir, lo que habrá de encontrarse en última instancia) es precisamente el descubrimiento del tiempo propio de los sistemas, la historia de las formas (ibíd., págs. 101-102).

Algunos anuncios escogidos son especialmente potentes por el acierto de los publicistas en la elección de cada detalle en su contenido y su retórica estética. Son ambiciosos hasta el punto de bordear el límite que, si hubieran traspasado, les habría conducido a la catástrofe, que no es sino el rechazo frontal del público. Dos de los de Play Station escogidos son intencionadamente ambiguos en su presentación estética y formal. Esa cualidad, que podría haber sido desastrosa por desorientar al consumidor y distraerle del objetivo que persigue (a saber, provocar el consumo del producto y aumentar el valor de la marca), en estos dos casos genera en el público al que va dirigido un efecto de enigma a resolver. Desean volverlo a ver para captar ese mensaje, por lo que, cuando llegue, será bien recibido, integrado como un éxito del espectador al irlo resolviendo. Una recompensa narcisista. Pero siempre será una resolución parcial: ellos saben que para ejercer fascinación necesitan proponer un imposible. No serviría un acertijo lógico de los que también disfruta el público diana de este spot, puesto que se transforma en desecho al ser resuelto, pierde todo su valor, que vuelve sobre aquel que lo resolvió.

Este público aficionado a videojuegos, consumidores de fantasía y desarrollos informáticos recibe un mensaje propuesto en un lenguaje muy próximo al del producto, pero apuntando a un nivel alto de comprensión (como si tuvieran que pasar las últimas pantallas, las más complejas de un juego para comprenderlo). Es un ejemplo perfecto de lo que comentábamos al principio: que el mito tiene una lectura inmediata y fuera del campo de lo racional. Los espectadores, fascinados desde el inicio del anuncio, no se cuestionan las premisas que les plantean ni razonan las cualidades del producto. El deseo de obtener el producto es inmediato e incuestionable.

Un mensaje con función estética está estructurado de manera ambigua, teniendo en cuenta el sistema de relaciones que el código representa. Un mensaje totalmente ambiguo resulta extremadamente informativo, porque prepara para numerosas selecciones alternativas, pero puede estar al borde del rumor: es decir, puede quedar reducido a un puro desorden. La ambigüedad productiva es la que despierta la atención y exige un esfuerzo de interpretación, permitiendo descubrir unas líneas o direcciones de descodificación, y en un desorden aparente y no casual, establecer un orden más calibrado que el de los mensajes redundantes (Eco, 1986, pág. 123).

Por lo general, un destinatario recurre a su patrimonio de conocimientos, a su propia visión parcial del mundo, para elegir los sub-códigos que han de converger en el mensaje (ibíd., pág. 140).

En el recorrido histórico de los anuncios escogidos, podemos ver cómo el lenguaje publicitario pasa de enunciar las bondades del producto,³⁰ en las primeras décadas de publicidad televisiva en España,³¹ a un enriquecimiento progresivo de los recursos estéticos que permitan una entrada indirecta hacia los deseos de los que hablábamos anteriormente. El público actual ya no admite verdades incuestionables, así que el creativo publicitario, junto a la propuesta de las bondades de su producto, necesita seducir al espectador, de modo que este sienta que ha sido él quien ha aceptado la argumentación propuesta. Aun así, se siguen proponiendo mensajes falaces y argumentaciones engañosas, que si fueran advertidas por el consumidor producirían la reacción opuesta a la deseada: aversión, rechazo, desconfianza de la marca.

En los tiempos modernos, el área de los razonamientos apodícticos, fundados en la autoridad indiscutible de la lógica, se ha ido reduciendo y hoy solamente reconocemos la cualidad apodíctica en algunos sistemas lógicos que se deducen de axiomas indiscutibles. Los restantes tipos de razonamientos, que habían pertenecido a la lógica, a la filosofía, a la teología, etcétera, se consideran razonamientos persuasivos que tienden a establecer argumentos no indiscutibles y a dirigir al interlocutor hacia una especie de

³⁰ En el siguiente apartado, «La influencia del psicoanálisis en la publicidad en los Estados Unidos durante la primera mitad del siglo xx», veremos cómo —a través del psicoanálisis— publicistas y propagandistas descubren que no es la razón la que gobierna las elecciones del sujeto, y cambian sus estrategias en este sentido consiguiendo multiplicar asombrosamente sus logros.

³¹ La primera emisión televisiva fue en 1957.

consentimiento obtenido con el apoyo, no tanto de la autoridad de una Razón Absoluta, cuanto en la concurrencia de elementos emocionales, de valoraciones históricas, de motivaciones prácticas (ibíd., pág. 151).

Pero hay diversos grados de razonamiento persuasivo. Entre ellos se cuentan una serie de gradaciones que van desde la persuasión honesta y cauta a la persuasión como engaño. O lo que es lo mismo, desde el razonamiento filosófico a las técnicas de propaganda y de la persuasión de masas (id.).

El discurso ideológico que iremos viendo desvelar encuentra por tanto en la publicidad su mejor aliado. Le ayuda a cosificar lo real, materializarlo, objetualizarlo, hacerlo consumible y desechable, por lo que lo desprovee de valor.

La ideología burguesa transforma continuamente los productos de la historia en tipos esenciales; así como la sepia arroja su tinta para protegerse, la ideología burguesa no se da tregua en la tarea de ocultar la construcción perpetua del mundo, no cesa en su afán de fijarlo como objeto de posesión infinita, de inventariar su haber, de embalsamarlo, de inyectar en lo real alguna esencia purificante que detenga su transformación, su huida hacia otras formas de existencia (Barthes, 1999, pág. 149).

Asimismo, necesita de una instancia aparentemente ajena a él mismo que pueda otorgar y quitar valor a los objetos. Amparados en el reinado de la tecnociencia y el saber, solo los especialistas de cada área parecen tener palabra de verdad.

Hoy el periodismo está volcado a la tecnocracia y nuestra prensa semanal es la sede de una verdadera magistratura de la conciencia y del consejo, como en los más bellos tiempos de los jesuitas. Se trata de una moral moderna, es decir, no emancipada sino avallada por la ciencia y para la que se requiere menos el parecer del sabio universal que el del especialista. Cada órgano del cuerpo humano (pues debemos partir de lo concreto) tiene su técnico, papa y sabio supremo a la vez: el dentista de Colgate para la boca, el médico de «Doctor, respóndame» para las hemorragias nasales, los ingenieros del jabón Lux para la piel, un padre dominico para el alma y la cronista de las revistas femeninas para el corazón (ibíd., pág. 76).

LA INFLUENCIA DEL PSICOANÁLISIS EN LA PUBLICIDAD EN LOS ESTADOS UNIDOS DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

Para comprender esta imbricación entre la publicidad y el discurso social, recorreremos el proceso de aquella a lo largo del siglo XX en los Estados Unidos, pioneros en la materia, y su relación con el psicoanálisis.

Fue Edward Bernays quien importó la teoría de su tío Sigmund Freud para vender productos de forma masiva, entendiendo productos como objetos pero también imágenes de marca, ideas políticas, etc. a partir de los años veinte del pasado siglo y perfeccionándolo a lo largo del mismo.³² El proceso fue el siguiente. Bernays fue contratado para promocionar los intereses estadounidenses en prensa durante la Segunda Guerra Mundial. Él había propuesto a su tío Sigmund Freud editar su obra para poder enviarle dinero. A la hora de la promoción, utilizó lo «escandaloso» de la teoría para conseguir un número mayor de lectores. Pretendía, para darla a conocer, resaltar en primer lugar lo más controvertido, posteriormente «crear» en Estados Unidos la figura de Freud, hacerlo aceptable y dejar clara su vinculación con él para atribuirse importancia y abrirse caminos hacia el poder social y profesional. Lo consiguió con creces.

Fue un hombre ambicioso, con dificultades en el trato cercano³³, pero con una visión clarividente de cómo utilizar los descubrimientos de su tío en su propio beneficio. Si bien Freud se asustaba cada vez más al ver la «naturaleza esencialmente agresiva» (Freud, 1930) del ser humano mostrada abiertamente en las guerras mundiales, él se dio cuenta de que podía utilizar esos deseos inconscientes para hacer que el público, de forma masiva, consumiera lo que con ello se asociara. Así, trató a la población estadounidense como potenciales consumidores desde el deseo, en lugar de hacerlo desde la necesidad, puesto que ya había aprendido que en las decisiones humanas lo racional no era el motor fundamental, ya sabía de las motivaciones inconscientes.

³² En una serie documental de la BBC, titulada *The century of the self*, Adam Curtis (2002) explica cómo se desarrolla el proceso publicitario y propagandístico en EEUU a partir de que Bernays importase la teoría psicoanalítica y la aplicase y utilizase para la comunicación empresarial y política.

³³ En palabras de su hija: «Hacía sentir estúpidos a los que tenía cerca. Niños, masas, gente que no hacía lo que él hubiera hecho», véase Adam Curtis: http://asambleademajaras.com/videos/detalle_video.php?idvideo=77

Para ello se apoyó en psicoanalistas como D. A. Brill³⁴, que le sugirió, por ejemplo, que para ampliar el público consumidor de cigarrillos a la población femenina, conectara los cigarrillos con el poder masculino, provocando que ellas fumaran «para tener sus propios penes»³⁵. Y así lo hizo, fomentó el apoyo de las mujeres jóvenes que fumaban en público haciendo ver que serían más libres y poderosas si lo hacían. Automóviles que representaban la sexualidad masculina, moda que buscaba «expresar tu yo interior», en lugar de ser necesaria como prenda, y tantos otros productos para cuyas empresas trabajó. Así fue haciendo con cada producto del que fue consejero de «relaciones públicas»³⁶: dejar de provocar su consumo transmitiendo argumentos racionales, sino sustituyéndolos por sugerencias que apuntaban a deseos irracionales, inconscientes. Funcionó, y se hizo inmensamente rico en las primeras décadas del siglo XX.

En aquella época convulsa en la que se vivieron guerras mundiales y empobrecimientos masivos, como el provocado por la caída de la bolsa de 1929, los poderes económicos y políticos temían que la masa social se levantara en protesta y se transformara en indomable y peligrosa.³⁷ La idea subyacente de estos poderes fue que el «Yo consumidor» fuera el centro de la democracia, puesto que si mantenían a los consumidores satisfechos, obtendrían el control social, la tranquilidad de las masas, que dejarían de paso de pretender la participación en la toma de decisiones políticas y se ocuparían de su pequeño bienestar individual.³⁸ «Los que estaban en el poder creían que el único modo de que la democracia funcionara y de crear una sociedad estable era reprimir el barbarismo salvaje que estaba bajo la superficie de la vida americana corriente.»³⁹

³⁴ «El mejor psicoanalista de EEUU en ese momento», en Curtis, cap. 1.

³⁵ Íd.

³⁶ Para evitar la palabra «propaganda», que quedó asociada a los nazis después de que establecieran el Ministerio de Propaganda, que ocupó Joseph Goebbels.

³⁷ Elena Herman: «El caos que habita en la personalidad humana puede llegar a “infectar” a la sociedad entera, como creen que sucedió en Alemania. ¿Y si los EEUU pudiesen infectarse igual y hacer lo mismo?», en Curtis, cap. 2.

³⁸ En 1928, el presidente Hoover afirmaba que el consumo debía ser el movimiento de USA. El Yo consumista (consumidor) sería el centro de la democracia. Consumidor feliz implica masa tranquila, en Curtis, cap. 2.

³⁹ Íd.

Otro dato que alertó a los poderes políticos fue que el 49% de los soldados estadounidenses tuvo que ser evacuado por problemas mentales. Al escucharles, descubrieron que la vivencia de situaciones extremadamente estresantes hacía aflorar sus conflictos inconscientes. Psiquiatras estadounidenses y psicoanalistas centroeuropeos, en colaboración, encontraron aquí una prueba irrefutable del poder de lo inconsciente demostrado por las teorías freudianas en la personalidad humana. A partir de este punto, las escuelas psicoanalíticas europea y estadounidense toman caminos diferentes. Los europeos siguen la línea de Freud, que pretendía que los sujetos que se analizaban conocieran y comprendieran sus deseos inconscientes, mientras que los estadounidenses, más en la línea de su hija Anna Freud, esperaban que, fortaleciendo y sobredimensionando el Yo, estos pudieran controlar sus oscuros impulsos.

Las derivadas de esta disensión son fundamentales puesto que la vía americana transformó moral social en saber sobre salud. Es decir, los psicoanalistas decidían qué era lo bueno, lo saludable, y pensaban que todo lo que se diferenciara de esos modelos debía ser controlado y reprimido. Como la homosexualidad, por citar un ejemplo claro, con la que se trabajaba como una «inadecuación» que se pretendía eliminar con medios que hoy en día se consideran aberrantes e incluso delictivos en las sociedades occidentales desarrolladas.⁴⁰ Este aspecto es importante, puesto que está en la base de la «inflamación del Yo» (Elízaga Viana, 2011) que forma parte del discurso social actual y al que apuntan los diferentes mensajes publicitarios que fueron tan exitosos a partir de entonces. Se hace creer al consumidor que desea algo de forma consciente, cuando lo que se está provocando es despertar los deseos inconscientes y vincular su satisfacción con el producto que se le propone (í.d.).

En 1946, el presidente Truman firma «The National Mental Health Act» (el Acta de Salud Mental Nacional), liderada por Robert H. Felix, para incrementar el conocimiento sobre la salud mental. Dos de los principales «arquitectos» del Acta son los hermanos Menninger (Carl y Will), que entrenaron a cientos de psiquiatras con el fin de que emplearan las ideas de Anna Freud para controlar los impulsos inconscientes y así cambiar la sociedad. «Se inauguraron Centros de orientación psicológica en muchas ciudades, se acudía a las viviendas para orientar a las familias hacia los modelos socialmente aceptados convencidos de que así se reforzaría

⁴⁰ Dr. Neil Smelser, teórico político y psicoanalista, en Curtis, cap. 2.

el ego, por lo que se sentirían mejor.»⁴¹ Así pretendían que las personas que pasaran por estos procesos fueran más entusiastas, comprensivas y controladas,⁴² puesto que se consideraba que la felicidad era la apariencia de vida que les rodeaba, esos ideales sociales que requerían controlar desde lo consciente sus pasiones y emociones para librarse de sus conflictos e impulsos neuróticos.

En paralelo a este movimiento en lo clínico y lo social, las grandes empresas acudieron a los psicoanalistas para que profundizaran en la mente de los estadounidenses y los transformaran en consumidores modelo. Así lo hicieron, inventaron técnicas sociales tanto para averiguar cómo eran y qué deseaban, como para transformar estos deseos en demandas de productos. Ernest Dichter, que ejercía con Anna Freud en Viena, los dirigía desde el Instituto de Investigación Motivacional (Institut for Motivational Research) para estudiar qué compran y por qué, «no preguntando directamente sino comprendiendo la personalidad total, la imagen que tiene de sí el cliente, a través de técnicas psicoanalíticas, para vender».⁴³ Con estos métodos averiguaron que las motivaciones inconscientes del consumidor eran fundamentalmente sexuales, de reconocimiento y sociales, y que estas eran desconocidas por los sujetos estudiados. Empleaban sesiones de grupo psicoanalítico, es decir, no guiaban las entrevistas con preguntas directas, sino que les dejaban hablar libremente⁴⁴ acerca de los productos o anuncios que se les proyectaban. Fue así como se constituyó el Grupo de Opinión que sigue utilizándose hoy en día en los estudios de mercado. Gracias a estos grupos averiguaron, por ejemplo, cómo vender mejor la comida preparada. Las amas de casa sentían una culpa inconsciente por ofrecer a sus familias este tipo de productos alimenticios procesados, en cuya elaboración ellas no participaban. Decidieron que debían sumar algún paso más en su preparación, en el que las cocineras añadieran algún ingrediente, y las ventas aumentaron notablemente.⁴⁵

⁴¹ En palabras del Dr. Robert Wallerstein, psicoanalista, Clínica Menninger, 1949-1966: «Usar el psicoanálisis para mejorar la sociedad, ampliando el conocimiento de la gente», «y el cambio fue casi ilimitado», en Curtis, cap. 2.

⁴² Harold Bloom, psicoanalista, *íd.*

⁴³ *Íd.*

⁴⁴ Versionando así la «asociación libre», herramienta fundamental en psicoanálisis.

⁴⁵ Los bizcochos de Betty Crocker, por ejemplo, a los que debían añadir un huevo batido, en Curtis.

Los medios económicos empleados en este tipo de investigación no se escatimaron desde entonces, se ha avanzado notablemente en esta disciplina que permite que los compradores no perciban las razones verdaderas de su elección a la hora de consumir un producto. Una investigación psicoanalítica inversa permite averiguar cuáles están siendo los deseos, valores e ideales inconscientes a los que se dirigen los publicistas en cada campaña.

Esto es lo que se presenta a partir de ahora, con el análisis de trece spots publicitarios televisivos que dejan al descubierto los indicadores sociales del discurso actual que se pretenden mostrar.

EL CORPUS DE LA INVESTIGACIÓN PUBLICITARIA: ANÁLISIS DE TRECE ANUNCIOS PUBLICITARIOS TELEVISIVOS ESPAÑOLES

El corpus de la investigación son trece spots que desvelan distintos aspectos del discurso social a través de sus mensajes, tanto por sus textos como por la propuesta retórica. A continuación, paso a mostrar cada spot con el que he trabajado seguido de su análisis.

FAD «DA PODER A TUS HIJOS»⁴⁶



Madre: ¡No pises el sofá!



Padre: ¡Ponte las gafas!



Madre: ¡Baja la música!



⁴⁶ <https://www.youtube.com/watch?v=4K4ytEWIP4o>

ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



Madre: ¡La pelota!



Madre: ¡Siéntate bien!



Padre: ¡No te escondas!!!



Madre: ¿Así se come?



(Música)



(Música)



Padre: ¡¡¡¡Esa música!!!!!!





¿Qué se dice? Gracias.



Narrador: ¿No debería haber aprendido algo más para enfrentarse a las drogas?

Este anuncio señala aparentemente que en la crianza actual, los padres y madres (las voces en *off* son de ambos) imponen normas a sus hijos, pero no les enseñan «lo importante», que sería aquello que los fortaleciera para decir «no» a las drogas. Vemos a un niño que va creciendo, desde los ocho años hasta los catorce, aproximadamente, y vamos escuchando los límites que se le van poniendo a lo largo de este periodo de su educación: «Baja la música», «¿Así se come?», «Ponte las gafas», «Siéntate bien», «No pises el sofá», «¡La pelota!», «No te escondas», «¿Qué se dice?». Todas esas normas o indicaciones apuntan a mostrar al niño que no se puede todo. Que no puede hacer todo lo que desee. Que el volumen de su música no debe ser tan alto como para molestar a otros, luego hay que llegar a acuerdos para convivir que son incompatibles con «haz lo que te dé la gana a ti»; que tiene que aprender a comer con educación para no resultar desagradable a las personas con las que comparta mesa; que debe ponerse las gafas porque es importante cuidarse, no esperar que haya siempre un padre o madre que se ocupe de eso por él, ni negar sus dificultades reales, sino ocuparse personalmente de subsanarlas hasta el punto en que sea posible; que tiene que aprender a sentarse y no pisar el sofá, puesto que sus zapatos lo estropean y debe apreciar el valor de las cosas; que no todo se puede en cualquier sitio: si quiere ju-

gar con una pelota tendrá que hacerlo en un lugar preparado para ello, en el que no rompa nada; que no puede esconderse si es responsable de algo, que debe dar la cara y hacerse cargo de las consecuencias de sus actos; y, finalmente, que es importante ser agradecido.

Como podemos ver, esos padres a los que se acusa de no haber educado bien a su hijo han transmitido algo esencial para su desarrollo: «hay una Ley por encima de ti y de mí», tus apetencias, al igual que las de los demás, no están por encima del resto, ni siquiera de tu propio cuidado («ponte las gafas»). Están hablando de *castración*, es decir, del fruto de la operación de la *ley* sobre el psiquismo. La función paterna impide a la madre que haga lo que desee con su hijo, que lo transforme en un objeto para ella, del tipo que sea, y así permite que ese hijo se constituya como sujeto. Es el gran límite, la Ley, de la que se derivan pequeñas normas que la vehiculizan, como las que escuchamos en el spot.

La autoridad paterna, la Ley, es uno de los aspectos más devaluados en este momento sociohistórico. Las normas que se escuchan a los padres son el modo de transmitir al hijo que sus deseos no son órdenes para el otro. Que vivir en sociedad es renunciar a la satisfacción de parte del propio deseo a cambio de estar vinculado con otros a los que hay que reconocer como sujetos igualmente deseantes, no como objetos que satisfagan el propio deseo. Es decir, el niño habrá de actuar del mismo modo que la madre hizo cuando introyectó esa *ley*: habrá aprendido mucho acerca de los vínculos intersubjetivos.

Lo primeramente perverso de este anuncio es esta devaluación de la *ley*, de los límites. La devalúa a lo largo de todo el spot y lo muestra escandalosamente en el «¿Qué se dice? Gracias» final. Pero no queda todo aquí. Para terminar, muestra una segunda vuelta de su perversión lanzando la pregunta: «¿No debería haber aprendido algo más para enfrentarse a las drogas?», junto a un lema: «Da poder a tus hijos frente a las drogas». La respuesta de cualquier padre que escucha esa pregunta es inevitablemente: «Sí, pero ¿qué? ¿Cómo se les da poder? ¿Qué poder?». Bien, pues ahí acaba el anuncio, con la angustia de los padres en su clímax y la falta de respuesta a su pregunta, lo que les obliga a volver atrás en el texto para concluir que quizá la sugerencia de que las normas no son buenas sea la respuesta misma.

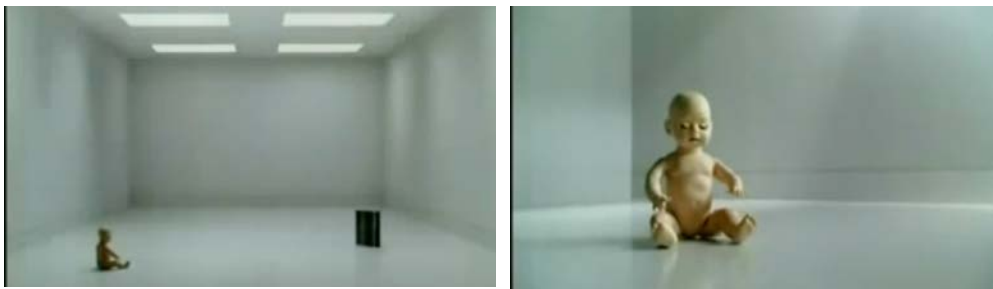
No es inocente, puesto que conoce, por un lado, la inevitable culpa de los padres por la función que cumplen, siempre imposible, y por otro la fantasía social sobre la que debe operar: «frustrar a tu hijo es hacerle infeliz y débil en el futuro», que apareció con la caída del autoritarismo y el

desconcierto social con respecto a este tema: la función de la autoridad,
el beneficio haber introyectado la *ley*.

PLAY STATION 3. BEBÉ⁴⁷



(Música instrumental de tensión *increscendo*).



⁴⁷ <https://www.youtube.com/watch?v=gqkNPcUMffU>

ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



(Bebé duerme)



(Bebé despierta)



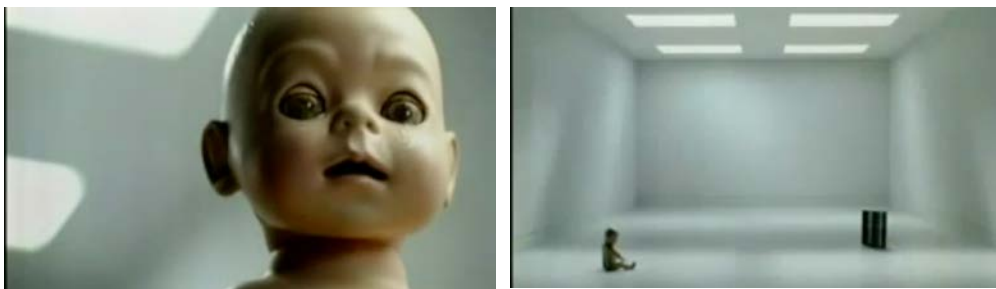
(Bebé ríe)



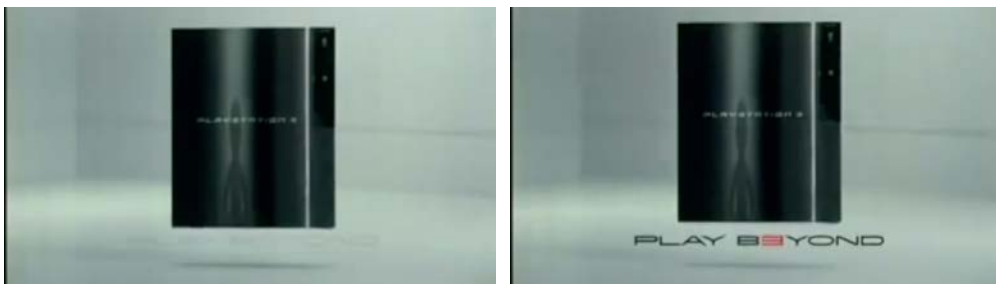
(Bebé llora)



ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



(Los ojos del bebé se ponen rojos)



Este spot resulta especialmente inquietante.⁴⁸ No se emiten palabras, así que iremos describiendo las escenas según vamos analizándolo.

Espacio blanco. Cuadrado. Racional. Cuatro luces cenitales perfectamente simétricas. El fondo de la habitación parece una pantalla blanca. Un muñeco bebé sentado. Desnudo. Frente a él, pero lejos (a diez cuerpos del bebé de distancia), un aparato negro brillante que contrasta con el blanco del entorno. De su mismo tamaño. El bebé-muñeco no tiene genitales, no tiene sexo. Esto es interesante puesto que el sexo es la primera marca biológica de castración. Si tienes genitales masculinos, no los tienes femeninos y viceversa, luego ya hay algo que no serás ni tendrás nunca. La primera imposibilidad, la primera frustración. Este bebé no tiene esa falta y, como es la falta la que genera deseo, podemos deducir que no desea. No tiene pelo, ni ningún otro rasgo marcado. Es blanco, caucásico. Sus ojos están cerrados y, al abrirse, se escucha el sonido del obturador de una máquina de fotos. Se sugiere así que el bebé puede no ser completamente humano sino una fusión con las máquinas: puede ser biónico⁴⁹. Si su aspecto de muñeco le restaba humanidad, este detalle es la puntilla que lo confirma. Al abrir los ojos, ve el objeto en el que ya apreciamos las letras *Playstation 3*, y en la superficie brillante ve su propio reflejo. Aquí los anunciantes comienzan a mostrar la relación con la videoconsola: está representado en ella, luego puede formar parte de ella, estar radicalmente unido, fusionado. Ya sabíamos que era biónico, ahora nos muestran cuál es su parte no humana.

Es una justificación perfecta para el uso del producto que venden. La videoconsola, como dispositivo tecnológico, es esencia de la humanidad actual representada por el bebé: las generaciones futuras. No es un juego, no es una elección, es algo que se utiliza porque sin ello no se desarrollan aspectos fundamentales del ser humano, en correspondencia con las noticias que promocionan los dispositivos digitales como instrumentos para el desarrollo cognitivo de los niños y la implantación de las tabletas en las aulas desde niveles muy tempranos. De esta forma, quedan legitimados tanto la inversión económica que este producto supone, como el tiempo de uso. La función de las videoconsolas deja de ser la de la evasión de los problemas de la vida cotidiana —como fueron conside-

⁴⁸ Es uno de los más comentados en los foros de internet por las pasiones que levanta.

⁴⁹ Según la RAE, la biónica es la aplicación del estudio de los fenómenos biológicos a la técnica de los sistemas electrónicos.

radas al comienzo— y pasa a ser una necesidad, una obligación, si se considera al ser humano como una integración biotecnológica.

Al ver el objeto, el bebé emite un sonido gutural suave y sonríe. ¿Está viendo algo familiar, agradable a sus ojos? Alza su mano derecha hacia el objeto, puede querer alcanzarlo. Quizá sea un movimiento como el que hacen los bebés humanos cuando quieren ser alzados y sostenidos por un adulto. Nos están mostrando la relación con el objeto, aunque no sabemos si lo desea o desea ser deseado por él (alzado, abrazado, acogido). La rigidez propia de un muñeco real va desapareciendo, el rostro se sonrosa. Continúa su humanización. Las pupilas están muy dilatadas, como ocurre en espacios oscuros, que no es el caso, o cuando se consume cocaína o estimulantes del sistema nervioso central. Estas drogas no pretenden crear una realidad paralela, en principio no producen delirios o alucinaciones, sino que fomentan la acción, la activación, potencian la lucidez y la concentración. De esta forma se contrarresta la crítica al uso continuado de estos aparatos como «ocio pasivo». Ya no es cierto que sea preferible salir a la calle a jugar —en el caso de ser niños— o a relacionarse con otros, hacer deporte, participar activamente en eventos culturales o del tipo que sean. Este detalle de las pupilas sugiere una actividad cerebral elevada que se equipara con el movimiento y la acción. Se quiere demostrar que la acción la está desarrollando el sujeto que manipula los mandos digitales, y no el programa que fue desarrollado para dirigir la acción del usuario.

El iris es claro, azul grisáceo, piedra quizá. Los orificios de la nariz están tapados. No respira. Otro rasgo que marca su esencia no humana o su «no necesidad». Está vivo y no lo está. Siente emociones pero no respira ni desea, lo que sugiere que mientras estén utilizando el dispositivo no necesitarán nada más. No vivirán la angustia de la falta, no sufrirán. Sus necesidades están cubiertas, vivirán un tiempo sin recordar sus dificultades en la vida real, sin enterarse de sus problemas de pareja, de sus insatisfacciones laborales, de sus deseos por ubicar. Es adulto y bebé al mismo tiempo. Es dependiente y espectador gozoso de violencia extrema. Extremadamente pasivo y «consumidor de cocaína», capaz de recibir lo extremadamente activo y veloz. Así visto, como un juego permitido para adultos, todo lo que en él ocurra puede estar legitimado. El placer de destruir a los otros de forma virulenta, gozar matando o transgrediendo todas las normas que en su vida en sociedad no pasan de ser fantasías reprimidas. Un sujeto sin límites, sin ley, de nuevo sin pasar por la castración.

Escuchamos una risita ligera propia de un bebé acompañada de la apertura e iluminación de los ojos, que parece mostrar una ilusión o alegría que, inmediatamente, da paso a un brusco cambio de expresión: bajada de párpados, de comisuras labiales, cambio de foco de la mirada hacia abajo y sonido de carcajada adulta extraña, malévola, vacía, acompañando al movimiento de su boca, como si fuera emitida por él, aunque no le sea propia. ¿Acaso está poseído por otro u otros seres, por emociones ajenas, por vidas que no le corresponden? Es posible que esta propuesta vaya en dos niveles: el primero sería el que dice que podrán vivir las vidas a las que realmente no tienen acceso, con personajes virtuales que son fuertes y rápidos, no como el usuario que pasa las horas sentado en su butaca y nunca destacó por esas virtudes físicas ni fue a la guerra, se defendió de un villano o saltó de un edificio a otro arriesgando su vida; el segundo sería la promesa de la realización de sus fantasías más oscuras, haciendo que parezca real aquello que no pasa de ser un deseo inconsciente, como ametrallar a su jefe cuando siente rabia hacia él, es decir, revertir una situación que en su vida real le deja en un lugar de impotencia para transformarse en el poderoso capaz de la mayor venganza. Los juegos más vendidos están diseñados de esta forma. Los que implican construcción o creatividad sin dañar a otros son minoritarios y se utilizan para contrarrestar las críticas sociales a la violencia y machismo de aquellos.

La tercera emoción constatable es un gemido con aspiración larga, propia del miedo o la angustia. La cabeza se echa para atrás y los párpados se abren. Sonido de fondo: algo sostenido con reverberación, nota constante que crea ambiente de tensión, expectativa poco definida, sensación de que algo va a pasar.

La cuarta emoción comienza con un plano cortísimo de los ojos del bebé, en cuyas pupilas se refleja la acción propia de una guerra —fuego, disparos— mientras caen un par de lágrimas por sus mejillas y se escucha un llanto, también adulto. Las emociones que van a vivir los consumidores van a ser intensas, la angustia y el miedo del muñeco son físicamente reales, por lo que siguen diluyendo la frontera entre virtualidad y realidad. Las lágrimas son reabsorbidas, este efecto es especialmente importante. En mi opinión, es el momento en que tranquilizan al futuro comprador que ha quedado impactado por la secuencia anterior. La máquina no va a dominarle, la potencia sigue de su lado, siempre va a tener el control sobre las emociones vividas, podrá reabsorber sus lágrimas. Es la realización de la fantasía obsesiva de la razón controlando la emoción y al sujeto, el Yo racional, dominando su entorno. Otro de los rasgos del discurso social que más tarde analizaremos: la sobrevalora-

ción del Yo, que resulta muy útil para convencer al consumidor de que es libre de hacer lo que desee y que lo que desea es consumir su producto. La boca entreabierta, la expresión congelada, todo el movimiento se concentra en el reflejo de sus pupilas, que parece seguir siendo la guerra anterior. Confirmado: puede seguir jugando ya que los límites están claros, no va a «volverse loco», no va a perder el control. Puede seguir creyendo que es el rey de la creación, el dominador del mundo.

En ese reflejo aparece una gran explosión de fuego junto a un sonido, que puede ser un fuerte latido de corazón humano, en el momento en que el plano vuelve a incluir a los dos en el espacio blanco y se escucha *mammam*, como si fuera de nuevo el bebé nombrando a su madre, y el objeto se eleva lentamente sobre el suelo, levita, mostrando ahora un reflejo más alargado de la figura del bebé que podría hacer recordar a las imágenes de extraterrestres antropomorfos propias del cine. Quizás sugiera la idea de que el bebé ha crecido. Este es el otro momento clave del anuncio. La aparición de la madre. La angustia suscitada antes no puede ser calmada únicamente con argumentos racionales, así que brillantemente aparece la madre como la única instancia capaz de calmar las angustias más intensas y temibles: las infantiles. Asimismo, la madre satisface los primeros deseos: calor, alimentación, afecto, comunicación, contacto piel con piel. Evocar la figura materna permite sugerencias amplísimas, como que el producto promocionado pueda satisfacer todas esas necesidades primarias que —por mucho que fantasee fusionarse con la tecnología— todo ser humano sabe que permanecen siempre. Aminora o disminuye, por tanto, la necesidad de otras relaciones y objetos para calmarlas. El producto ocupa así el lugar de complementariedad total. Es el objeto que satisface el Deseo. El absoluto. El falo. El que cubrirá totalmente sus faltas y lo satisfará siempre. Lo es todo para él.

La música incluye ahora otro sonido ¿espacial? Y debajo de la máquina aparecen en mayúsculas las palabras *Play beyond* («Juega más allá») con la E difusa, invertida y en color rojo, a diferencia de las demás que son negras y de contornos bien definidos.

Termina con unas líneas blancas sobre fondo negro que apuntan al futuro, parecen japonesas, simples y abiertas.

PLAY STATION 3. «RIQUEZA MENTAL»⁵⁰



Voz en off de chica:



Déjame que te diga lo que

me revienta del progreso humano.

⁵⁰ https://www.youtube.com/watch?v=_hhJy6sLqtM

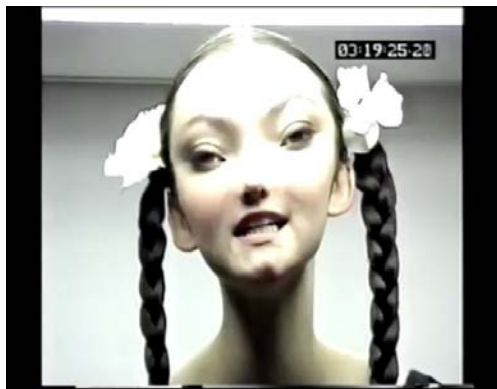
ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



Que yo nunca he formado parte de él.



¿Acaso tú sí?



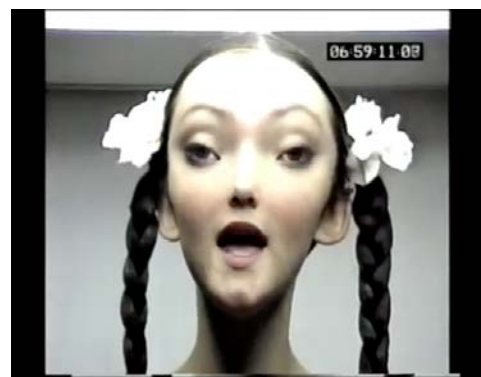
La humanidad ha llegado a la luna.



¿Y qué? Si yo ni siquiera he salido



de mi barrio.



Espabila.

ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



Ha llegado el momento de hacer,



experimentar las cosas



por uno mismo.



Y eso tiene un nombre:



Riqueza mental.

Entorno: oficina vulgar con luz fluorescente cenital. Temporizador digital en la esquina superior derecha sugiriendo grabación casera en vídeo que comienza en la hora 3. Colores: gris, negro y blanco.

Personaje: chica de unos dieciocho o veinte años, con los rasgos faciales deformados hasta parecer humanoide: ojos agrandados, alargados y separados; nariz extremadamente pequeña. Delgada. Vestido liso negro de tirantes y falda a medio muslo. Extremadamente sencillo. Piel blanca. Peinado infantil: dos trenzas con grandes flores blancas en su origen. Estas flores son el único adorno. Cabello controlado, estirado, recogido. Nada queda suelto. Permanece sentada en una banqueta con las piernas cruzadas. Mueve los brazos para cruzarlos cuando dice «¿Y qué? Si yo ni siquiera he salido de mi barrio» y los descruza cuando se señala la sien al tiempo que dice «...hacer, experimentar las cosas por uno mismo». Sería hasta que dice «riqueza mental», tras lo cual esboza una sonrisa terminada en un gesto que puede ser el comienzo de un «puchero».

«Déjame que te diga lo que me revienta del progreso humano: ¡que yo nunca he tomado parte en él! ¿Acaso tú sí? La humanidad ha llegado a la luna. ¿Y qué? Si yo ni siquiera he salido de mi barrio. Espabila. Ha llegado el momento de hacer. Experimentar las cosas por uno mismo. Y eso tiene un nombre: riqueza mental.»

Este anuncio propone a los individuos humanos que se desvinculen del grupo social, que dejen de buscar experiencias vitales y consuman su producto para sustituir esa vida que abandonan.

Sé que hay personas que consumen estos productos con moderación, como cualquier otra droga de «evasión», así que debo explicar bien claro que no creo que sea un producto satánico, sino que me dirijo al contenido al que apunta el mensaje publicitario por el que se pretende vender. Para ilustrar esto debo hablar de los *Hikikomoris* (Gallego Andrada, 2007)⁵¹, un fenómeno poco conocido en España. Adolescentes japoneses que —tras una infancia compleja— se encierran en una habitación de su casa y dejan de comunicarse con los demás, familia incluida. Se dedican a jugar virtualmente y generan un hábitat «seguro» del que no salen. Son casos de «fobia social» extrema, pero aquí me interesan porque lo que hacen dentro de sus «refugios» es jugar virtualmente. Llevan al extremo lo que este anuncio propone. No son exclusivos de Japón, aunque

⁵¹ También, *Hikikomori, jóvenes invisibles* (YouTube):
<http://www.youtube.com/watch?v=Xx5K7PBg-jI>

allí la prevalencia es mayor y el sistema sociofamiliar, los vínculos, lo promueven más claramente. Padres que educan a sus hijos como productos, objetos que han de conseguir determinadas calificaciones en la escuela, y para eso los matriculan en academias intensivas que excluyen de su vida todo lo que no sea el rendimiento en el examen. Sin tiempo libre, sin horas suficientes de sueño, sin relación social, sin relación familiar, etc.

«Déjame que te diga lo que me revienta del progreso humano: ¡que yo nunca he tomado parte en él! ¿Acaso tú sí?»

¿Eres protagonista de algo en esta sociedad? ¿Te han dado algún lugar? Progreso humano. La realidad es que ninguno hemos participado activamente en lo que el progreso nos provee.

«La humanidad ha llegado a la luna. ¿Y qué? Si yo ni siquiera he salido de mi barrio.»

La pertenencia a la humanidad, disfrutar como propios sus avances, su progreso, es algo ajeno a ti, consumidor. ¿Qué importa que la humanidad llegue a la luna? Nunca he salido de mi barrio. Extremo que muestra el aislamiento del conjunto. La lejanía de la idea de llegar a la luna, hacer cosas grandes para todos. Olvida la idea de grupo. No tiene sentido. No participas en ese grupo. Quizá en ningún grupo. No necesitas de los demás. No tienes que aportar a los demás.

«Espabila.»

Porque estas adormecido. Adormecido, atontado, enganchado, es lo que dirán a los que se enganchen con los videojuegos que se están vendiendo. Perversión del sentido de la palabra: «espabilar» significa diferente para ti que para tu madre, tu pareja o tu entorno social. Estará legitimado dentro de este submundo virtual.

«Ha llegado el momento de hacer.»

Te critican cuando juegas virtualmente llamándote pasivo. Por dedicarle horas a tus juegos, dejas de hacer lo que la vida «real» te propone: estudiar, hacer deporte, salir con amigos, descansar por las noches para estar activo durante el día. Si volvemos a pervertir el sentido de la palabra, podrás creer que lo tuyo es un «hacer» distinto. Que estás haciendo cosas cuando atraviesas un campo enemigo esquivando los disparos, que es tu cuerpo el que salta dando tres vueltas en el aire en lugar del de tu avatar. Tú, que no te mueves del sofá y no entrenas.

«Experimentar las cosas por uno mismo.»

Lo dice mientras señala su sien. Pensar, imaginar o visualizar algo es «experimentarlo». Imaginar una sensación es sentirla. No necesitamos a los órganos de los sentidos percibiendo lo que interpreta el cerebro. Con que este lo recree, basta. Jugar a volar es volar.

Esta propuesta es el retorno a la infancia, antes de los siete u ocho años, en que se instaura el pensamiento lógico-formal. Cuando la realidad y la fantasía no se diferenciaban. Cuando podías creer que llegaban camellos a tu ventana para traer regalos y tus padres eran capaces de protegerte y resolver cualquier problema. Cuando tú no hacías la comida, ni recogías la casa, ni tenías que trabajar para conseguir dinero. Sigue jugando, las cosas se harán solas (como en el otro anuncio de Play Station 3, de Fernando Alonso). Permanece enganchado a la consola, olvídate de ese otro mundo real. Sigue consumiendo sin pensar ni hacer.

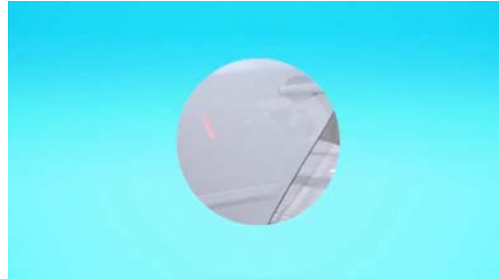
«Y eso tiene un nombre: riqueza mental.»

Es el colofón de la propuesta de la perversión del lenguaje de este spot. El juego solitario virtual te proporciona la tan valorada riqueza mental. Lo que «los otros» pretenden que sea el resultado de establecer relaciones con diferentes personas y grupos, conocer nuevas culturas, participar en propuestas culturales, deportivas, artísticas y sociales, aprender aquello que te provoca curiosidad, ampliar tu sabiduría, arriesgar en compromisos personales. Todo eso que requiere de un esfuerzo importante, que te provoca desasosiego, miedo y dolor en ocasiones, puede ser sustituido por encender este aparato y seguir las instrucciones de quien lo ha programado que, por supuesto, no eres tú. Tu deseo no está en juego, tus emociones tampoco. Ni tu sensibilidad, ni tus relaciones sociales. Tú no estás. Tú eres un objeto para nosotros. Tu subjetividad no es importante. Eres uno más que gastará su dinero y su tiempo en nuestro producto. Que quizá, incluso, se enganche de tal forma que fidelicemos su consumo. Y, más globalmente, alguien que deja de vincularse con los otros. Que establece una relación con la máquina creyéndose nuestra propuesta de ser protagonista cuando, en realidad, queda aislado socialmente y transformado en un objeto del que no importan las consecuencias de haberse creído que esto es hacer y experimentar: riqueza mental.

NUTRIBEN APP FUN FOOD⁵²



(Música de banjo)



(Música de banjo)



(Música de banjo)



Voz en off masculina: La paternidad. Qué momento...



...tan feliz. El primer día,



los primeros gateos,

⁵² <https://www.youtube.com/watch?v=HQJL18OMxO4>

ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



esas miradas cómplices



y el momento de la comida.



¡Ay! El momento de la comida...



...ese espacio de tiempo en el que los



niños sacan al travieso que tienen dentro.



Tradicionalmente los padres os lo habéis
currado para conseguir que sea



lo más llevadero posible.

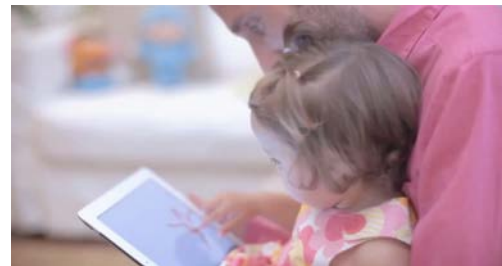


Pero a menudo el fracaso se presenta

ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



en forma de papilla en la cara.



Con las nuevas tecnologías la cosa ha cambiado ligeramente. Parece que los niños ahora, en vez de un pan, traen un iPad bajo el brazo.



Eso facilita las cosas, aunque ver trescientas veces el vídeo de unos adultos cantando en mallas cansa a cualquiera

Y Nutribén, marca que siempre ha la nutrición de los más pequeños, cuidado



tenía que iniciar su pequeña revolución.

Por eso hemos creado Fun Food,

ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



una aplicación llena de divertidos personajes



y mundos imaginarios



que responden a los movimientos de



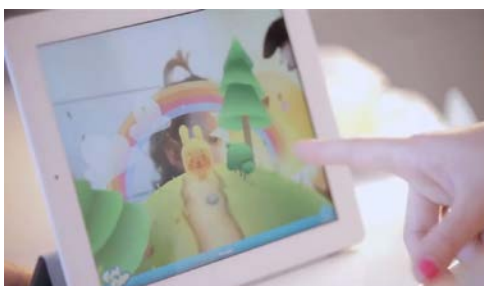
tu hijo, desarrollando su imaginación.



Cada historia es diferente con animaciones, interacciones y...



secretos por descubrir.



Historias con un final sorprendente



para premiar al niño que come bien.

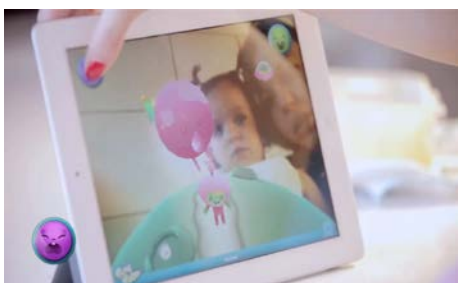
ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



Una manera de fomentar de forma directa
el aprendizaje



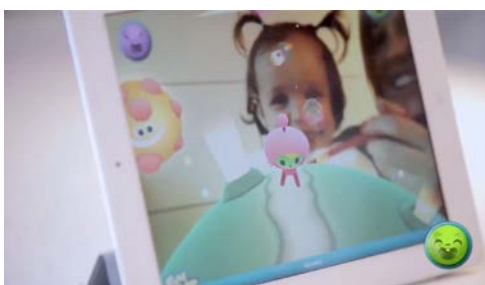
Si el niño se pone, por decir algo, rebel-
de...



el personaje se queda triste y aburrido.



En cambio, si come normalmente, el dra-
goncito, el conejo ...



o nuestra astronauta corren, bailan...



y hasta hacen una

ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



foto



para celebrarlo.



Una forma de tener



a los niños...



...y a sus padres entretenidos.



Padres del mundo, de nada.



(Música de jazz animado)



(Música de jazz animado)

La paternidad, ¡qué momento tan feliz! El primer día, los primeros gateos, esas miradas cómplices y el momento de la comida (tono irónico). ¡Ay, el momento de la comida! Ese espacio de tiempo en el que los niños sacan al «travieso» que llevan dentro.

Tradicionalmente, los padres se lo han currado para conseguir que sea lo más llevadero posible. Pero a menudo el fracaso se presenta en forma de papilla en la cara. Con las nuevas tecnologías la cosa ha cambiado ligeramente. Parece que los niños, en vez de un pan, traen un iPad bajo el brazo. Eso facilita las cosas, aunque ver trescientas veces el vídeo de unos adultos cantando en mallas, cansa a cualquiera.

Nutribén, que siempre ha cuidado la nutrición de los más pequeños, era la única marca capaz de encontrar la solución perfecta. Y mezclar, en un producto digital innovador, la diversión y el momento de la comida: *Fun food*, una aplicación llena de divertidos personajes y mundos imaginarios que responden al movimiento del niño, desarrollando su imaginación. Cada historia es diferente: con animaciones, interacciones y secretos por descubrir. Historias con un final sorprendente para premiar al niño que come bien. Una manera de fomentar, de forma directa, el aprendizaje. Si el niño se pone —por decir algo— rebelde, el personaje se queda triste y aburrido. En cambio, si come bien, el dragoncito, el conejo o nuestra astronauta, bailan, corren y hasta hacen una foto para celebrarlo. Una forma de tener a los niños —y a sus padres— entretenidos. Además, la aplicación lleva integrado un sistema de *pin code* para desbloquear nuevos mundos, personajes, y fomentar la compra de potitos, haciéndola ilimitada. Un producto digital que se extiende de manera líquida, a todos los medios. Padres del mundo, de nada.

La música de este anuncio es festiva, propia de las ferias de los años treinta. Las primeras imágenes del anuncio son la llegada al hospital de una pareja en la que ella está «muy embarazada», y dos momentos «entrañables» de un bebé niña que sonríe y se esfuerza por levantarse. Hasta que habla de «el momento de la comida», en que otra niña sale haciendo pucheros mientras su madre sonriente intenta que coma y un padre disfrazado de pollo se mueve como tal, dando a entender que lo hace para distraerla mientras come. A otro padre bienintencionado le cae papilla en la cara. Entonces la bebé vuelve a aparecer sonriendo mientras manipula un iPad, cosa que hace posteriormente sentada en el regazo de su padre. Dan a entender lo positivo que es este aparato («las nuevas tecnologías») para hacer felices a los niños pequeñitos (aproximadamente un año). Después muestran una imagen de un grupo tipo *Cantajuegos*

mientras ironizan sobre lo ridículo y pesado que es para los padres. A continuación, imágenes de spots de Nutribén antiguos, envejecidas, nos recuerdan la estabilidad de la marca. Escena de madre feliz y sonriente mientras su hija come mirando su iPad. No a ella ni a la comida. Come como «sin darse cuenta». Esta secuencia es larga, un momento de la comida en que la comida no es importante. Madre e hija no se miran, miran a la pantalla, tocan los iconos de los personajes que aparecen. Al terminar aparece el padre que se lleva a la niña mientras la madre recoge el iPad. El tono de voz del locutor es irónico cuando habla de la felicidad que conlleva la paternidad.

Este anuncio propone sin ocultamientos la ruptura de la relación madre-hija o padre-hija. Ante cualquier momento en que ellos han de educar y surgen las resistencias o dificultades con los niños, la solución es dejar de educar y utilizar la tecnología que distrae a los niños «y a los padres». Padres e hijos dejan de mirarse, ambos miran al frente, a la pantalla. Dejan de sentirse, de transmitirse cosas, de resolver problemas. Los padres hacen dejación de funciones, dejan de educar, para no aburrirse ni desesperarse.

«La paternidad, qué momento tan feliz. El primer día, los primeros galletos, esas miradas cómplices y el momento de la comida (tono irónico). ¡Ay, el momento de la comida! Ese espacio de tiempo en el que los niños sacan al “travieso” que llevan dentro. Tradicionalmente, los padres se lo han currado para conseguir que sea lo más llevadero posible. Pero a menudo el fracaso se presenta en forma de papilla en la cara.»

Que los padres «se lo curren» no significa para esta empresa que les enseñen a comer: a probar nuevas texturas, a perder el miedo a los cambios, a ampliar su campo de experiencias, a transformar la necesidad en placer, a transmitirles que existe una ley que rige para todos, a acompañarles en las dificultades diarias, a que en las relaciones hay intercambio: se da y se recibe, a que los padres siguen queriéndoles aunque se enfaden si no hacen lo que ellos desean. No. Olvida que lo tradicional era «comer en familia», que eran los momentos en que se reforzaban los vínculos, la comunicación entre unos y otros. La comunicación se pospone, al menos hasta que deje los potitos. Ni con el juego ni con los ratos en que le cuidas alimentándolo, bañándolo, ayudándole a dormir. Ellos insinúan, quizá por evitar la culpa de su «público diana», que los padres hacían comer a sus hijos distrayéndolos. Haciendo el ridículo si es necesario. Que no entraban en conflicto ni sabían manejar las dificultades con sus hijos.

«Con las nuevas tecnologías la cosa ha cambiado ligeramente. Parece que los niños en vez de un pan, traen un iPad bajo el brazo.»

Vosotros, padres actuales, tenéis más suerte. Podéis hacer lo mismo con menos esfuerzo. Solo tenéis que consumir nuestros dos productos *infinitamente*, como dirán al final de la locución.

«Eso facilita las cosas, aunque ver trescientas veces el vídeo de unos adultos cantando en mallas, cansa a cualquiera.»

No solo podéis olvidaros de educar, también debéis buscar vuestro propio entretenimiento hasta en esos momentos. No penséis en lo que necesita el hijo que habéis traído al mundo. No es una persona en constitución. Es como un *tamagochi* al que alimentas con *cliks*. Los bebés son pesados con eso de su placer en la repetición, quítatelo de encima con esta aplicación. No pienses. No permitas que él piense o sienta. Entretenlo, distráelo.

«Nutribén, que siempre ha cuidado la nutrición de los más pequeños, era la única marca capaz de encontrar la solución perfecta.»

Nutribén es como tu abuela, tradición, seguridad, saber hacer. Lleva muchos años en esto y por eso puedes estar seguro de que lo hará bien. No te preocupes porque le estés alimentando con procesados industriales en lugar de hacer purés con frutas y verduras que aporten los nutrientes necesarios y no excesos de sales y azúcares. No es una opción para una situación especial, puedes usarlo de forma cotidiana. La solución perfecta. «No hay relación sexual» (Lacan). Existen las soluciones perfectas en la crianza de los niños. Existe la perfección a la hora de relacionarse con otro o educar a un hijo ¿Solución a qué conflicto? A que tu bebé se enfurruñe o te manche con papilla.

«Y mezclar, en un producto digital innovador, la diversión y el momento de la comida: *Fun food*, una aplicación llena de divertidos personajes y mundos imaginarios que responden al movimiento del niño, desarrollando su imaginación.»

Es digital e innovador, valores en alza, y además —lejos de atontar a tu hijo e impedirle madurar— desarrollará su imaginación. En el fondo, le estás haciendo hasta bien.

«Cada historia es diferente: con animaciones, interacciones y secretos por descubrir. Historias con un final sorprendente para premiar al niño que come bien. Una manera de fomentar, de forma directa, el aprendiza-

je. Si el niño se pone —por decir algo— rebelde, el personaje se queda triste y aburrido. En cambio, si come bien, el dragoncito, el conejo o nuestra astronauta bailan, corren y hasta hacen una foto para celebrarlo.»

Es un programa de entrenamiento perfecto. Lo mismo que haces cuando educas a tu perro. Tu hijo es un animal del que conseguirás obediencia a través de premios y castigos. Porque es obediencia lo que buscas, transformar al bebé en algo funcional esquivando su propio mundo de deseos y emociones.

«Una forma de tener a los niños —y a sus padres— entretenidos.»

No lo olvides, consumidor, este producto te va a beneficiar y a entretener. Cuidamos de tus necesidades. No de las del niño que se alimentará con estos potitos.

«Además, la aplicación lleva integrado un sistema de *pin code* para desbloquear nuevos mundos, personajes, y fomentar la compra de potitos, haciéndola ilimitada.»

No tenemos pudor. Te contamos que el fin último de este mensaje es fomentar la compra de nuestro producto «haciéndola ilimitada». No me importa que lo sepas. Es más, si compras nuestro mensaje es que has decidido no pensar ni entender la crianza como una función importante. El desarrollo del niño en su primera infancia no nos importa ni a ti ni a mí. Esto es un *win win*, todos ganan.

«Un producto digital que se extiende de manera líquida, a todos los medios. Padres del mundo, de nada.»

Este guiño a lo líquido, de forma tan explícita, parece un órdago a Zygmunt Bauman. Aquello que él critica es aquí enarbolado con orgullo: la inconsistencia, lo volátil, lo pasajero. Nada importa tanto, «no te comas la cabeza». Se vive bien no teniendo compromiso. Ni siquiera con tus hijos.

PIZZA CASA TARRADELLAS (2011)⁵³



(En off sonido de buzón de voz.) Voz de una mujer: Hola mamá,



soy Laura, espero que estés bien. Tengo que pedirte un favor.



¿Puedo dejarte a los niños...



... esta semana?



Aquí están...



...todo el día aburridos, enganchados a la tele y...

⁵³ <https://www.youtube.com/watch?v=iQoz2wEBbJ8>

ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



Mujer a su hijo: ¿No me das un beso?



Mujer en off: ¿Y Pepe? Pepe está rarísimo.



No sé...Lo único que le importa son



los videojuegos y chatear en el ordenador.



ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



Bueno, espero que se porten



bien. Te debo otra.



(Suenan canción alegre y vitalista.)



ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



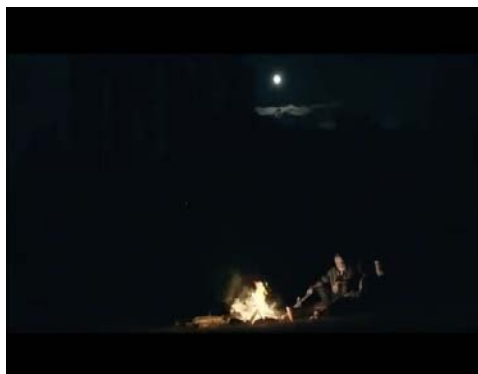
ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



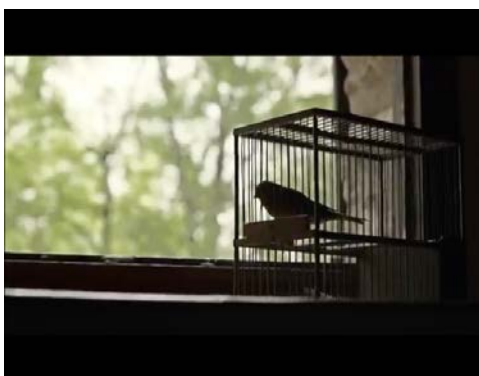
ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



Mujer: Mamá, no sé cómo lo haces con los niños.



Abuela: hazme caso, tú sabes hacerlo.



ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO





Narrador en voz en off:
Como en casa, en ningún sitio.

Este anuncio transmite un mensaje directo que se entrelaza con otros más sutiles destinados a un procesamiento menos consciente. El mensaje directo es que el producto a consumir, que es una pizza refrigerada procesada industrialmente, es absolutamente natural, casero y saludable. Los mensajes subyacentes, que son los que más nos interesan, apuntan al vínculo madre-hijo. El público diana son las madres, de las que se espera que diseñen el menú familiar, vayan a la compra y cocinen.

«Hola mamá, soy Laura, espero que estés bien. Tengo que pedirte un favor. Mmm... ¿Puedo dejarte a los niños esta semana? Aquí están todo el día aburridos, enganchados a la tele y... Y Pepe (se escucha: «¿Y tú qué? ¿No me das un beso?», mientras se ve al adolescente con cascos que mira sin moverse) Pff, Pepe está rarísimo, no sé. Lo único que le importa son los videojuegos y chatear en el ordenador. Bueno, espero que se porten bien. Te debo otra.»

«— Mamá, no sé cómo lo haces con los niños.

— Hazme caso, tú sabes hacerlo.

Pizza fresca de Casa Tarradellas. Como en casa, en ningún sitio.»

El recurso publicitario fundamental es transformar un producto procesado industrial en algo «casero», hecho por ti. El padre tiene un lugar secundario. Solo cuando va a recogerlos con la madre. El abuelo participa de lo lúdico: al mostrar la moto al adolescente y en otros momentos más. Los hombres no pintan nada aquí. Ni la *ley*, que en este caso sería alimentar de forma saludable a los niños durante su crecimiento. Las que saben son las madres, que buscan el amor de sus hijos por delante de la educación. Tus hijos te van a querer si les das pizza. Como el adolescente que arregla la moto para regalártela, cuando antes ni te daba un beso, y al que le regalarás de vuelta la moto «bajo cuerda» —impidiendo el lugar al padre para opinar, participar de la educación o introducir un «no», «aún no» o «tienes que ganártelo», que regule la relación madre-hijo—, dándole las llaves por debajo de la mesa.

Volverán a relacionarse amorosamente entre ellos.

Idealización de la «verdadera buena madre», que es la tuya. Para decir al final que tú también sabes ser buena madre si les das la pizza industrial. Con apariencia de casera porque extiendes queso rallado por encima y la sirves acompañada de ensalada. La ensalada, por supuesto, nadie la toca en el spot, permanece intacta en los platos mientras ellos saborean la pizza. Aparentar que es natural es suficiente. No es necesario que lo sea ni que comas lo natural.

El protagonista es el chico adolescente. Él es el que más «cambia» en esa semana en el campo con los abuelos. De estar huraño y aislado, «solo pendiente de los videojuegos y chatear por el ordenador» y hostil con su madre, a disfrutar, vincularse con hermanos y abuelos, demostrar a su madre su amor con un regalo. Encontrar una vieja motocicleta en el granero y el gesto del abuelo que autoriza al chico a mirar e investigar. El encuentro con los hermanos pequeños desde lo lúdico cuando le estalla al lado un globo de agua, que rompe con la distancia afectiva del adolescente con auriculares que se sugiere al principio. Compartir juegos con los pequeños, cuidándoles (empujando el columpio de su hermana) y disfrutando (el niño agarrado de su pierna y ella cogiéndole del brazo mientras él ríe al «ganarles»). La ternura de la relación con la madre en la ternerita que mama de la ubre. El tipo de vínculo que insinúan. Y los polluelos siendo alimentados también por la madre. A través de la alimentación se da el cariño. El huevo que van a buscar al gallinero: es natural y fresco. La hoguera alrededor de la cual se juntan por la noche y escuchan riendo las historias del abuelo. La ternura con la que sonrío cuando las

gafas del abuelo se caen con sus cabezadas mientras él estudia. Trabajar con el abuelo arreglando la moto: compartir con su abuelo, aprender con él en lugar de despreciarle como alguien que ha perdido su valor en la sociedad tecnológica, en la que el adolescente es más «sabio» que sus mayores. Trabajar con sus manos, en algo tangible y mecánico en lugar de virtual y electrónico. De nuevo la idea de «natural». Que el chico sea capaz de resolver un problema que llevaba años aparcado. Correr por los campos de trigo: la masa de esta pizza sale de estas espigas. Natural, no procesada industrialmente. El cuidado de la abuela el día de lluvia, esperando con las toallas a los chicos que vienen en bici para secarles la cabeza.

Esta abuela no juega ni disfruta con ellos. Cocina y cuida. Rol súper tradicional de madre abnegada. Tan natural ella que ni se tiñe las canas. Se supone que es parte de la «cura» del chico, el vínculo con un subrogado materno que no trabaja ni sale de casa, con dedicación absoluta a los cuidados de los demás. El abuelo disfruta, lleva el tractor, participa en el arreglo de la moto, cuenta historias en la hoguera, pasea a caballo y echa siestas. Rol tradicional del hombre que no trabaja en la casa ni se ocupa de los cuidados de los otros, ni siquiera estando jubilado. Trabajando no le vemos, aunque el tractor sí insinúa que lo hace en algún momento.

Nido de golondrinas en el granero con los polluelos siendo alimentados por la madre: nueva imagen de lo natural en la alimentación, junto con la ternera que mama. Una vez más, es la alimentación madre-hijo el vehículo para el amor. Abuela removiendo en un puchero antiguo puesto al fuego. Los pequeños le ayudan a hacer queso. Se supone que el que luego probaremos en la pizza. Después recogen tomates de las matas. Los que veremos en esa pizza. Niña que encuentra un caracol al que toca. ¿Quién no ha jugado a tocarles los cuernos para ver cómo los esconden? Lo mismo que la rana cogida del río. Inocencia y exploración infantil que nos retrotrae inmediatamente a nuestra infancia, en la que la confianza en los padres es total, en la que la comida de mamá es la mejor del mundo. Siesta de los tres niños en la hamaca. Refuerza la idea de que el adolescente pudo vincularse sin agresividad con los pequeños. Levantarse por la noche para ir solo a terminar de arreglar la moto. Tener sueño por la mañana pero sonreír al mirar al pájaro que lo despierta piando. Este es el adolescente al que antes solo le interesaban juegos y chats en el ordenador, absolutamente transformado tras pasar unos días en un entorno «natural». Ponen en valor el concepto al que luego asociarán su producto.

El regocijo de los chicos al llegar sus padres a recogerlos. La alegría frente a la hostilidad e indiferencia primeras. El cambio que se produce con el contacto con lo «natural». No parece tan complicado conseguir que tus hijos te quieran y salgan corriendo a recibirte con tanto amor. Como cuando dices en casa «Hoy cenamos pizza» en lugar de brócoli. El adolescente que lleva a su madre a ver la sorpresa: la moto, de cuando ella tenía su misma edad, reparada. El abrazo con beso (del chico a la madre). El regalo, la prueba de que ama a su madre, de que lo que ha visto en la naturaleza de las relaciones padres-hijos también se da en su vínculo con su madre. Qué cambio en el vínculo gracias al consumo de un producto.

La abuela va a la nevera y solo hay productos naturales y pizzas plastificadas, que es lo que escoge para darles de comer. Este es el momento álgido, en el que se muestra la tesis de este anuncio. Este producto es lo mismo que hacerlo todo natural, recién recogido del campo. La madre esparce queso rallado sobre la pizza refrigerada: esto la hace casera y transforma a la madre en el tipo de madre que es la abuela. «No calienta algo precocinado, está cocinando»⁵⁴. Y además, sobre una mesa antigua de cocina llena de productos naturales. Los ingredientes que lleva una pizza casera: harina, aceite, aceitunas, huevos, tomates, calabacines, pimientos. Incluso vemos una imagen de un horno de piedra del que se extrae una pizza. Se fusionan, para identificarse, las pizzas totalmente caseras con las industriales de esta marca que además se llama «Casa Tarradellas» (la casa de la familia Tarradellas, y su logo es una masía dibujada).

De nuevo los varones quedan fuera del cuidado y la nutrición de los hijos. Son la madre y la abuela las que preparan la comida, luego entendemos que los publicistas saben que son las mujeres las que planifican

⁵⁴ En el documental ya citado *The century of the self*, de Adam Curtis (véase nota 6), se explica que los publicitarios de los bizcochos Betty Crocker, en los años cincuenta, hicieron lo mismo en los Estados Unidos. Como ya he apuntado en el epígrafe «La influencia del psicoanálisis en la publicidad en los Estados Unidos durante la primera mitad del siglo XX», la investigación de Ernest Dichter en el Institut for Motivational Research (Instituto de Investigación Motivacional) reveló que no se vendía bien la comida precocinada por el sentimiento de culpa inconsciente de las amas de casa. Resolvieron el problema haciendo que, a los polvos que contenía la caja del bizcocho, hubiera que añadir un huevo y batirlo, con lo que las ventas aumentaron notablemente. En este documental se muestra cómo Edward Bernays, sobrino de Freud, utilizó el psicoanálisis para estudiar las motivaciones inconscientes de la población estadounidense y —mediante el uso de la publicidad en los medios de comunicación de masas— propuso sus productos como satisfactores de los deseos de los sujetos transformados en consumidores.

los menús y van a la compra. A ellas se dirige este anuncio. Cuando la madre ve a sus hijos poniendo la mesa se sorprende y regocija. «Mamá, no sé cómo lo haces con los niños.» Entendemos que ella no es capaz de que se hagan cargo ni de una mínima tarea como esa. Ni de que estén felices, sonrientes. Las mujeres obvian a los varones, al menos en lo que tiene que ver con el bienestar y la manera de relacionarse de los hijos. Acaba de negarse la importancia del abuelo con el que han disfrutado y experimentado. Es la abuela trabajadora, abnegada y nutridora, la que ha conseguido todo.

Escena de la comida con las ensaladas en los platos. Muestra las tres generaciones de una familia que está feliz, tanto individualmente como por el hecho de estar junta. Se quieren y disfrutan de la compañía mutua. Y de la pizza que toman, porque la ensalada que aparece en sus platos queda intacta, no hay imágenes de que sea consumida ni disfrutada. Escena de la madre dándole al chaval las llaves como regalo. «Tenemos un secreto», «eres mayor», «yo fui como tú», «esto —este amor traducido en regalo— es entre tú y yo, papá no tiene por qué saber que yo te hago un regalo así». «Ninguna ley rige nuestro absoluto amor, luego yo puedo hacer lo que quiera contigo sin que nadie ni nada más opine.»

DODOT TECNOCENCIA (2009)⁵⁵



En la central



de inteligencia

⁵⁵ <https://www.youtube.com/watch?v=mK-obp9g6OI&list=PLDDBA4D00A1225F3B&index=10>

ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



Dodot.



Nuestros agentes



secretos



están a punto



de descubrir algo



que revolucionará

ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



el mundo de los pañales.



Un sistema de protección



de la piel



nunca visto,

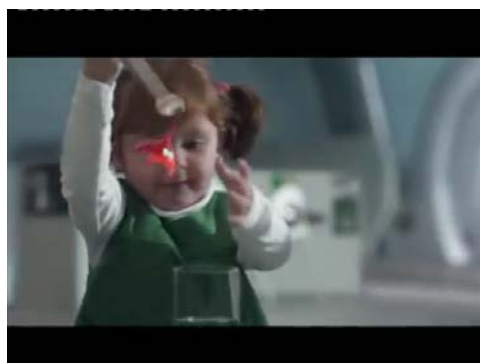


que combate

ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



la humedad.



Y previene irritaciones.



Ahora hasta doce horas

ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



de protección



en todos los pañales



Dodot, producto avalado por la



Asociación



de Pediatría. Nuevos Dodot:



Licencia para proteger.

Este anuncio nos interesa por la transmisión de los valores del nuevo discurso social: la tecnociencia es lo verdaderamente inteligente y valioso. Los adultos no están presentes. Ya no es necesario el «cuidado amoroso» de una madre para la «protección» del bebé. La programación y la robótica son suficientes para ayudar a niños de unos dos años a crear el pro-

ducto perfecto para sí mismos. Recurso: humor tierno, «qué ricos y qué graciosos», que suaviza el mensaje y distrae la atención consciente.

Escenario: «Central de Inteligencia Dodot», el lugar en que se investiga, experimenta y diseña el pañal. En estos pañales se ha empleado tecnología y robótica, ciencia y técnica, por lo que son los más «avanzados», los mejores del mercado. Tan importante es esta innovación que la localización del Centro de Inteligencia es «alto secreto» y a los dos niños protagonistas se los llama «agentes secretos». Ninguna otra marca puede acudir allí para obtener esa información tan valiosa. Son únicos en innovación tecnocientífica. Lo último, lo más.

La técnica está sobradamente mostrada en las imágenes del spot, pero, en el discurso actual, es el combinado ciencia-técnica el que ostenta el poder. En el spot se muestra a muchos pequeños «científicos investigadores» y se refuerza el mensaje con una frase: «Producto avalado por la Asociación Española de Pediatría»⁵⁶.

Perpetuación de los roles patriarcales: todos los protagonistas son varones menos dos niñas. La primera es bella y mira con admiración, sin ejecutar ni participar en ninguna acción. La segunda se ocupa de eliminar a la bacteria, es decir, las funciones tradicionales de cuidados: salud y limpieza. Ellos son agentes secretos, científicos, investigadores.

PRYCA (1988)⁵⁷

⁵⁶ Se muestra una perversa relación entre la ciencia y la empresa: los acuerdos de financiación directa a profesionales, o de congresos e investigaciones, por parte de marcas, que son retribuidos con estudios tendenciosos que favorecen al pagador y añaden el marchamo de fiabilidad que da su sello al producto.

⁵⁷ <https://www.youtube.com/watch?v=pPlasDlu-r0>

ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



(Canción de estilo Pop.) *La letra dice:*



tú sabes



cómo vivir

ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



tu vida.



Tú sabes



Elegir



ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



Tú tienes fuerza,



tú tienes Pryca.



ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



Tú tienes Pryca,



sí.



(Narrador en voz en off):



Porque tú tienes Pryca.



Tú sabes cómo vivir tu vida. Tú sabes elegir. Tú tienes fuerza, tú tienes Pryca. Tú tienes Pryca, sí. Porque tú tienes Pryca. Mmmmm, ¡Pryca!

Este anuncio es sencillo —quizá la fecha en que se produce influye en esto—, no necesita encubrir su mensaje: «Tú eres libre y feliz, todo lo que necesitas lo encuentras en este hipermercado». El público diana al que se dirige es amplio, y por eso lo protagonizan personas de todas las edades y ambos sexos: abuelos, parejas con niños, jóvenes, niñas. Todos ellos aparecen extremadamente sonrientes, son la imagen de la absoluta felicidad. ¿Quieres ser feliz? Ser feliz es ser libre y ser libre es consumir los objetos que te apetecen. Todo lo tienes en nuestra tienda. Si no eres feliz, ven y consume. Ser libre para elegir no es tomar decisiones coherentes con tu deseo, no se trata de escoger una persona adecuada para ser tu pareja, una profesión que te satisfaga o este tipo de cosas que podrías relacionar con tu felicidad.

La idea engañosa inicial, base del capitalismo, es que ser feliz es satisfacer tus deseos. Y que tus deseos se satisfacen con objetos, consumibles. Así, agrupar los objetos deseados en un espacio y convencerte de que son lo que deseas es la eficacia de esta publicidad. Ven y compra tu felicidad, porque puede existir una vida de sonrisa permanente, sin contradicciones, sin faltas, sin castración. La solución es el consumo.

PLAY STATION 2. FERNANDO ALONSO (2004)⁵⁸



(Fernando Alonso en off): Casi siempre estoy compitiendo.



Estudiando los trazados,



probando el coche,



o entrenando



en los mejores circuitos:



Bahrein,

⁵⁸ <https://www.youtube.com/watch?v=60zteSe-ILw>

ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



Montecarlo,



Shanghai...



(Alonso habla a cámara): Es lo que tiene la Fórmula 1.

ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



No te deja tiempo para nada.

ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



(Narrador en off): Fórmula 1, 2004.



El juego oficial

de entrenamiento



de Fernando Alonso.



«Casi siempre estoy compitiendo: probando el coche, entrenando en los mejores circuitos, etc. Es lo que tiene la Fórmula 1, que no te deja tiempo para nada.»

El anuncio muestra la casa de alguien que sobrevive, pero ha abandonado toda tarea real para dedicarse al juego virtual. El protagonista elegido es alguien que sí realiza realmente lo que el juego simula. En el anuncio muestran un tatuaje en su mano que es el logo del objeto que quieren vender. Y lo llaman «juego oficial de entrenamiento de Fernando Alonso» para dar lugar a la idea falsa de que si juegas a este juego estás haciendo lo que el piloto hace para entrenar. No las horas de gimnasio, circuito, análisis de las carreras. Eso no. El juego.

El mensaje es que está justificado olvidarte de lo real porque lo virtual es absorbente y requiere dedicación absoluta. Es normal que seas adicto a este producto. Es bueno. Lo dice la persona que tú querrías ser, el campeón del deporte real que tú simulas pasivamente sentado y jugando virtualmente.

Estás solo.

Todos los vínculos de este sujeto están rotos. No hay nadie conviviendo en esa casa, nadie entra ni sale porque los periódicos se acumulan en la puerta. No le interesa qué ocurre fuera de su guarida, no los lee. Él no sale, no visita a ninguna persona ni es visitado: no mantiene relaciones. No trabaja. La materialización de lo que en otras ocasiones hemos comentado. El sujeto aislado y además desubjetivizado, puesto que no hay nada de sí mismo en esa actividad que realiza. No es elección, es adicción, y cumple con la programación de otros, de la gran empresa que diseñó el juego para que los participantes permanezcan en él el mayor tiempo posible.

DANONE. «APRENDE DE TUS HIJOS» (1990)⁵⁹



Niño: Lo tienes que probar.



Niña: Te gustará mucho.



Niño: Está bueno.



Brrrrrr. Ammmm.



Niña: una para ti



...y otra para ti.

⁵⁹ <https://www.youtube.com/watch?v=12xx44yiQW8>

ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



Niña: Danone es muy sano.



Niño: Verás qué fuerte te pones.



Voz en off: Yogur Danone.



Aprende de tus hijos.



Este anuncio ha sido escogido para ilustrar el cambio de lugar de los niños en el discurso social: de «proyectos de persona», cuya voz no era escuchada, que debían aprender todo de sus padres en silencio y sin rechistar, a protagonistas que podían decidir cosas e incluso descubrir a sus padres «cosas buenas». Su «adultización». Estas «cosas buenas» son productos consumibles, claro, porque ya lo material había cobrado un lugar primordial. Es la época de los *yuppies*, de la exaltación del dinero, en la que las personas que conseguían rápidamente una buena posición económica eran líderes sociales. Ese momento en que no se dudaba de que lo que todo sujeto deseaba eran objetos adquiribles con dinero y de exhibición narcisista: una gran casa, un coche lujoso, unas vacaciones caras, en fin, señales de que poseían dinero y podían gastarlo.

«— Lo tienes que probar.

— Te gustará mucho.

— Está bueno.

— Brrrr, aaaamm.

— Una para ti y otra para ti.

— Danone es muy sano.

— Mmmmmm.

— Verás qué fuerte te pones.

Yogur Danone, aprende de tus hijos.»

Cambio de lugar de los niños. De aquellos anuncios, en que eran sujetos pasivos bajo normas inflexibles vehiculizadas por el padre de familia, a este en que ellos son los que alimentan y enseñan a los padres. Adultización de la infancia. Alude, sin explicitar, la idea de «los niños Danone», la generación que no pasó el hambre de posguerra y creció en democracia. «Verás qué fuerte te pones.» Esa generación que fue diez centímetros más alta y notablemente más sana físicamente. Se condensó en el yogur la idea de que pudieron tener acceso a una buena y variada alimentación. Y esta marca consiguió ser el referente, transmitir la idea de que eran los mejores yogures.

Los padres y madres que aparecen son treintañeros, atractivos y económicamente solventes a tenor de su estética. Una generación que vivió el cambio sociopolítico y celebró el fin de la dictadura y la llegada de la democracia con el deseo de ser totalmente diferentes de sus padres. El autoritarismo y la distancia afectiva del varón; la restricción de espacios

de los niños; la idea de que estos no eran importantes ni debían decidir nada sino obedecer a sus progenitores y repetir el camino que sus padres habían seguido; el apego a lo local, al pueblo, al barrio; la búsqueda de un trabajo fijo para toda la vida; la estética tradicional y unitaria; tantas leyes con las que rompieron ellos queriendo probar «la libertad» («lo tienes que probar») hicieron que —en muchos casos— abandonaran las funciones paternas. Por evitar el autoritarismo, huían de su posición de autoridad. Por temor a ser violentos al poner límites a sus hijos, como lo fueron con ellos, dejaron de ponerlos provocando en sus hijos un desconcierto y desamparo que no se constató hasta más tarde.

Esos padres, que en los años noventa eran treintañeros, ven con agrado que sus hijos se ocupen, que sepan por sí mismos lo que es beneficioso, que los cuiden a ellos. Subyace la idea de que padres e hijos no son posiciones jerarquizadas. Ellos quieren ser «los mejores amigos de sus hijos».

**SEAT LEÓN. «ENJOYNEERING.
TECNOLOGÍA PARA DISFRUTAR» (2013)⁶⁰**



(Música)



⁶⁰ <https://www.youtube.com/watch?v=EdhqxkxZNxA>

ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO





Voz en off: Seat.

Este anuncio pretende algo muy sencillo. Identificar el placer, la felicidad, con la tecnología en sí. Lo llamativo es que no apunta hacia lo que la tecnología podría provocar o favorecer, sino a ella misma. Deja de ser un medio para ser un fin. Y el fin es el placer. El juego infantil entendido como la creación de un espacio propio placentero en el que se es feliz.

El protagonista es un adulto, padre treintañero, junto a su hijo de unos siete años. En realidad, el niño parece una imagen desdoblada del adulto, el aspecto más infantil de sí mismo. Vemos al niño en la cocina. Sentado a la mesa. Pero no está comiendo. No hace lo que se supone que «debe» estar haciendo. No está cumpliendo una obligación. Ha creado un espacio de juego con los instrumentos propios de esa tarea y está disfrutando de imaginar que conduce una nave espacial. A la derecha de la mesa, tiene una, tipo *Star Wars*, con los pilotos rojos encendidos para dar a entender que los motores emiten fuego. En la siguiente secuencia, el niño juega en su dormitorio. Una buhardilla con ventana al cielo. El cuarto está decorado con naves espaciales, un poster de la llegada a la luna y diversos elementos que muestran su obsesión con el espacio. Además, él está haciendo volar con su mano derecha la nave, que vimos en la mesa de la cocina, sobre una estructura de planetas.

Suena una bocina, se asoma a la ventana y, tras un gesto de inmenso asombro, sale corriendo hacia el exterior sin soltar su nave espacial que cobra gran protagonismo en las imágenes. Quizá dudan los publicistas de que vayamos a captar la propuesta Seat León = nave espacial. Quizá va dirigido a un público menos receptivo en algún sentido o, al menos, ellos creen que pueda no tener la capacidad de captar sutilezas, y necesitan subrayar de este modo la idea.

Salida al jardín de su casa, tipo suburbio europeo de clase media bien instalada o media alta, mejor situada económicamente que el público al que va dirigido el anuncio, lo que hace sentir que la gente rica —modelo aspiracional— aprecia este tipo de vehículo, no solo aquel que no alcanza para un BMW, que sería el que encajaría con esta estética y este mensaje. El padre muestra con inmensa sonrisa su nuevo coche, blanco como su nave. En el jardín nos muestran parte de una bicicleta —indicando que puede ser respetuoso con el medio ambiente, aspecto bien visto por el público actual, pero sin profundizar, mostrando una asociación sin argumentación—, una manguera y un porche cubierto de brezo —natural también— para compensar la tecnología. El hijo se coloca en el asiento del conductor, y hace que maneja el volante, como hacía antes con su nave espacial ficticia en la cocina, mientras se mueven los limpiaparabrisas y él salta en el asiento riendo. Lo está viviendo. Lo está creyendo. Después toca la pantalla digital del coche, pero al tuntún, sin buscar las funciones que cumple, simplemente disfruta porque tiene una pantalla táctil digital. Y ríe. Le hace feliz la tecnología.

En la siguiente secuencia ya el padre conduce y el niño va sentado atrás, en su asiento de seguridad. Al arrancar, en el interior de la puerta del copiloto se enciende una luz lateral roja y el niño la mira fascinado antes de volverse a mirar las luces intermitentes de su querida nave. Parece que piensa, y lo siguiente que hace es lanzarla por la ventana. Acaba de sustituirla por la nave de papá. El juguete que más deseaba ha perdido su valor frente al juguete de papá. O bien papá sustituye el que fue su juguete deseado de la infancia por su nuevo coche. Para finalizar, el coche rueda en un túnel blanco y moderno que podría ser parte de una vía del futuro.

El logo se muestra subtítulo por una palabra *ENJOYNEERING*, mezcla de *enjoy* y *engineering*, es decir, disfrutar e «ingenierando» o algo así: aplicando los conocimientos de la ingeniería para el disfrute. La tecnología como fuente de placer.

NUTRIBÉN. «PADRESPOTITO» (2012)⁶¹



You've been a very bad girl.
(Música)

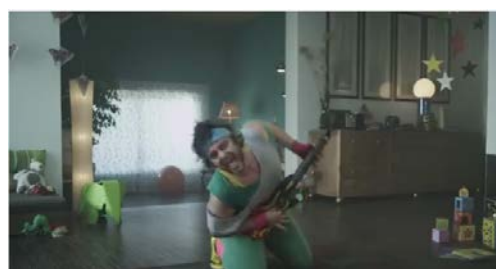


A very bad, bad girl. Cu-Cu.



⁶¹ <https://www.youtube.com/watch?v=DHf-Z9FbuY4>

ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



Voz en off: Dalo todo por tu bebé en ...



... Padres Potitos punto com.



Nutribén.

Este simpático anuncio provoca una sonrisa en el espectador que quedará congelada al analizar la ideología que transmite. Padre joven, de unos

treinta años, en una amplia y moderna casa con juguetes infantiles en cada rincón, una casa invadida por el juego infantil que da idea del lugar que el infante tiene en ese espacio: protagónico, sin límites. El hombre aparece vestido de mujer, con vivos colores, ropa deportiva femenina que resulta especialmente ridícula por unas bragas color fucsia sobrepuestas a unas mallas verde esmeralda que van a juego con calentadores y muñequeras fucsia. Unas zapatillas fluorescentes amarillas de baile, del mismo tono que la camiseta interior, que queda a la vista en los movimientos marcados de la danza en cuestión, y una superposición de camisetas, la última de las cuales tiene escote en uve y se desliza hombro abajo, algo que en una mujer que hace baile moderno resulta seductor, y en este hombre rellenito y barbudo, esperpéntico.

Esta estética, junto al baile súper femenino ejecutado con pasión por este hombre gordito, son los elementos más potentes del spot.

«You've been a very bad girl. A very bad bad girl. Cu-cú.»⁶²

Esta frase, pronunciada con un espantoso acento y una absoluta entrega del actor, sirve de inicio para el fogoso baile. Entendemos que la niña que aparece después, de alrededor de un año, ha sido una niña mala porque no ha querido comer, y esta escenificación del padre pretende que lo haga. Que se ría —cosa que consigue—, y así no piense en que no le apetece comer. Que asocie diversión a nutrición, pero una diversión ajena al hecho de alimentarse. Así conseguirá que la niña siga exigiendo una «actuación» del adulto que la divierta cada vez que coma. Un adulto sometido a los deseos del bebé. Que necesita chantajearlo, manipularlo o engañarlo en lugar de conseguir —a través de autoridad y límites impuestos de modo suave pero firme— que cumpla con los supuestos básicos —en lo biológico— de una crianza saludable: alimentación, sueño, higiene y seguridad.

Otro aspecto del discurso social que muestra el anuncio es la feminización del varón. Este padre no despliega habilidades asociadas a lo masculino, como podría ser poner en marcha un trenecito eléctrico o un *scalextric*, manipular objetos mecánicos; ni tampoco neutros como un «cucú, tastás»⁶³, o «el avioncito» que hace volar la cucharita hasta que aterriza en

⁶² «Has sido una chica muy mala. Una muy mala mala chica. Cu-cú.»

⁶³ Tradicional juego que hace reír a los niños de esta edad, haciendo desaparecer y reaparecer la cara del otro. Les causa gozo porque aún están instaurando la «permanencia

la boca del bebé. No. Directamente visten al varón de mujer y lo hacen gestualizar como una de ellas. La ideología predominante sostiene que no tiene por qué haber diferencias entre femenino y masculino, y todos podemos ser ambas cosas. Todo se puede. Todo vale igual. No hay castración ni falta. Todos podemos todo.

La cara amable con la que esto se vende es la libertad. No hay que mantener los rígidos roles de antaño, no hay que condenar a los que siendo mujeres se masculinizan o siendo varones se feminizan. No hay que excluir a lesbianas, gays, transexuales, homosexuales o bisexuales. Pero detrás de este semblante de tolerancia, se oculta ese otro mensaje perverso: todo se puede, todo vale, luego nada vale. Tú eliges. Tú decides. Tú eres libre.

No se puede todo, los humanos somos seres en falta desde el origen por el hecho de ser hablantes, y es precisamente esa limitación la que nos mueve, la que nos empuja hacia la vida, hacia la creencia de que algo satisfará nuestro deseo, nos completará. Tú no eliges tu orientación sexual, tú no eliges voluntaria y conscientemente casi nada. Tú no decides qué existencia en ser tienes. Como no elegiste a tus padres, ni el lugar en su deseo que tú ibas a tener. Ni tus circunstancias vitales que marcaron intensamente tu modo de ser. No puedes elegir disfrutar sexualmente con unas personas u otras. Simplemente te pasa. Puedes conocer —o aproximarte a hacerlo— qué te lleva a desear con esa configuración, pero no puedes modificarlo racionalmente. No puedes decidir que te exciten los hombres que te convienen, las mujeres adecuadas. Puedes elegir hacer pareja con esa persona, pero no apasionarte con ella.

El grado de libertad al que puedes acceder tiene que ver con el nivel de conocimiento íntimo de lo que de hecho eres, de aquello que te movió a tomar determinadas posiciones, de lo que actualmente provoca tu deseo. En ningún caso eres libre por tomar posiciones ideológicas basadas en un supuesto bien exterior, ajeno a tu ética como sujeto. Si te alejas de tu deseo, si lo traicionas, generarás síntomas, malestares. Puedes hacerlo conscientemente y asumir esas consecuencias, todos tenemos que adaptarnos para vivir en sociedad, pero no te engañes, no te hagas creer que es lo que deseas íntimamente, lo que eres en esencia. Ni que no tienes una esencia concreta, y por eso puedes configurar voluntariamente la que te conviene, la que se adapta a tu ideal.

del objeto», es decir, aún no tienen claro que lo que no ven siga existiendo y, cuando reaparece, se alegran y ríen.

Esa es la idea de sujeto todopoderoso, de un Yo sobrevalorado que pretende regir sobre sí mismo, y es ideología transmitida a través de la publicidad. A esto nos referimos con «la perversión» del mensaje.

Vuelve a aparecer la incapacidad para realizar las labores paterno-maternas con autoridad y tranquilidad, la necesidad de hacer tonterías para distraer a los niños mientras comen en lugar de enseñarles a disfrutar de la alimentación, variedad de sabores, nuevas texturas, placeres y —¿por qué no?— a hacer cosas que no «apetecen» pero son necesarias, porque el principio de realidad se impone al del placer. Los niños tienen que comer a determinadas horas, suficiente cantidad, con una variedad en la dieta proveniente de alimentos a cuyo sabor han de acostumbrarse. No es la realidad la que se adaptará a cada uno de sus caprichos, sino ellos a lidiar con ella, a vivirla sin trauma por el hecho de que no sea lo que les «fluye» en ese momento.

Estos son los niños que de adolescentes no pueden venir a sesión porque «mi horario no es de madrugar», que no fueron acostumbrados por sus padres a dormir cuando había que dormir y despertarse descansados para hacer lo que había que hacer. Que son incapaces de cumplir con un tratamiento médico que necesitan porque «no me gusta el sabor de esa medicina y, como me da arcadas, no la tomo. Prefiero así». Y con el tratamiento psicológico pasa lo mismo. «Es que a veces salgo mal de aquí, y eso no lo quiero. Por eso no quiero venir.» Padres que no supieron transmitir a sus hijos que no es el placer inmediato lo que rige las decisiones en la vida. Que se necesitan esfuerzos, momentos no placenteros, disgustos, sinsabores para conseguir disfrutar de algo más profundo que un placer inmediato. Para forjarse un futuro. Para sostener una relación, del tipo que sea, para sostener un trabajo, para crear, para criar a un hijo.

«Dalo todo por tu bebé en *padrespotitos.com*. Nutribén.»

Este es el mensaje textual con el que se cierra el anuncio. En este caso, la perversión toma forma de sustitución. Darlo todo por tu bebé no es aprender a cocinar purés cuyos ingredientes has ido a comprar al mercado, hacer raciones y congelarlas y surtirse de termos y demás materiales incómodos que portarás para alimentarlo allí donde vayas. No. Esta bebé está comiendo en casa un potito. Es decir, el bote de procesado alimenticio industrial que es obviamente menos sano por sus conservantes, colorantes, saborizantes, excesos de sal y otros productos que buscan un sabor más «fácil» para el paladar infantil, deja de ser una excepción y pasa a ser consumido en el hogar de forma cotidiana. Y para que a

ti, padre, se te calme la culpa de saber que no estás haciendo lo más adecuado, te contamos que pagar esa cantidad de dinero —proporcionalmente muy alta— es «darlo todo». Es ser buen padre.

Todo se puede sustituir si se paga. Y no solo no importa ni es excepcional, sino que forma parte de una buena paternidad: ponlo en común en una página web de padres implicados en la crianza, *padrespotito.com*, en la que verás que muchos otros emplean estos sustitutos alimenticios de forma cotidiana, y reducirás o anularás tu sentimiento de culpa. Recuerda: si consumes nuestro producto, eres un buen padre.

NESCAFÉ. «DESAYUNO EN FAMILIA» (CA. 1960)⁶⁴



⁶⁴www.rtve.es/alacarta/videos/los-anuncios.de-tu-vida/anuncios-tu-vida-hogar-dulce-hogar/1048379/

ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO





Este spot de los primeros años sesenta nos muestra el ideal de familia de aquella época, en la que el discurso social era otro. Lo traigo para ilustrar el cambio, para subrayar el contraste con los anuncios actuales, y así tomar mayor conciencia de los valores del momento actual.

En aquellos momentos comenzaba la publicidad televisiva en España,⁶⁵ por lo que no había avanzado mucho como disciplina. Aún no se encubría el mensaje, no se elaboraban recursos complejos que disimularan la intención para hacerla más penetrante. Así que nos encontramos un anuncio sencillo y claro, que nos muestra la ideología social y los valores asociados al producto de forma pura.

⁶⁵ La primera emisión de TVE data de 1957.

Comienza con la preparación de una jarra de café Nescafé. Blanca, con agua a la que se añaden unas cucharaditas del producto. Recordemos que en España en aquellos momentos las economías familiares estaban muy ajustadas. Y que el original, el café natural al que este preparado pretende sustituir, era barato. Así que habrá que asociarlo a algo muy potente, con mucho peso, muy deseable para las consumidoras para que cale. Hablo en femenino porque entonces ningún varón hacía la compra de alimentación doméstica ni decidía los menús.

La preparación de la jarra no tiene agente, nada le roba el protagonismo al producto. Posteriormente aparece un varón, sentado en la cabecera de la mesa, que frunce el ceño leyendo un periódico que casi le tapa la cara. No está interesado en nada de lo que ocurre dentro del hogar, su ámbito es el exterior, su mundo es otro, no el doméstico. Es el rol tradicional del hombre «cabeza de familia» de entonces.

Una niña mayor se acerca a darle un beso de buenos días, y lo hace fugazmente, para no distraerle de lo realmente importante, su dedicación a la prensa. Él ni la mira ni —por supuesto— responde al gesto. Por el contrario, mira al reloj de pared con forma de plato de loza blanco para ver la hora. Las 8.05. No es una hora exacta. Nos dan a entender que ya se ha pasado ligeramente el momento. ¿El momento de qué? Entonces nos muestran de nuevo la cuchara colmada de Nescafé disolviéndose en la jarra de agua. El momento Nescafé, lo llamarán anuncios emitidos en décadas posteriores.

Una niña de unos doce años, vestida de forma sobria, con una inmensa sonrisa, se ocupa del tazón de desayuno de otra de unos dos años. Las mujeres eran educadas desde su más tierna infancia para el rol que habían de cumplir. Están en la cocina antes que los varones y se ocupan de las tareas propias del ama de casa: cuidar y alimentar a los niños menores que ellas con una sonrisa en la cara. Felices en el lugar que ocupan, ningún asomo de que puedan desear otro, están perfectamente adaptadas a lo que de ellas se espera porque está bien diseñado el esquema familiar.

Dos de los hijos varones llegan corriendo, ellos sí pueden llegar algo tarde y ocuparse de sí mismos sin distracciones. Directos a su asiento, reciben, con una amable sonrisa de una madre que les da así su beneplácito a la conducta reseñada, el honor de ser servidos antes que ellas. Jarra de café y jarra de leche.

Madre con la cara lavada, cero atisbo de sexualidad en su atuendo, el pelo recogido en un moño, liso y controlado, la camisa blanca sencilla y pura y la chaqueta holgada y larga, limpia y correcta, que impide identificar las formas de su cuerpo. Queda claro: es una madre, no una mujer. Es una trabajadora del ámbito doméstico. Amable, solícita, eficaz. No hay placer sexual en ella, aunque —por lo que veremos después— ha tenido relaciones sexuales al menos en tantas ocasiones como hijos tiene: ocho. Está claro que cumple en la cama con su esposo, con la sociedad, con España, que espera de ella que aporte hijos que ayuden a la recuperación económica. Ella, la destinataria del anuncio, aspira a este ideal. La mujer perfecta, el ama de casa perfecta. Porque eso es lo que se pone en valor en las mujeres: su capacidad para gestar y parir infantes, criarlos, organizar una casa y ser eficaz en la gestión de los recursos que para ello le son asignados.

Varios segundos de imágenes en las que el café se mezcla con la leche y gira en la taza. Este es el mensaje: así se consigue o se completa este lugar en la vida, mujer.

Ella se acerca, con una sonrisa amable pero cerrada (controlada), al esposo, que baja un poco el periódico para mirarla y así entender que ya ella lo ha preparado todo y todo está en orden. Entonces el padre, correspondiendo a la sonrisa con otra también contenida, baja el periódico y —mientras la esposa y madre permanece en pie puesto que no tiene lugar en la mesa, apoyando la mano en la silla del varón, como quien sugiere que «detrás de todo gran hombre hay una gran mujer»—, dice: «Podéis comenzar» a la multitud de niños ordenados y pulcros que esperaban su orden.

Él es la última autoridad para todo. No hace el trabajo, toma las decisiones y da las órdenes. No se entera de cómo funciona su hogar, solo comprueba que su «empleada» consiga sus objetivos de forma correcta. Los niños son asunto de las mujeres. La organización, gestión, alimentación y demás tareas hogareñas no le conciernen.

El *discurso del amo*⁶⁶ en estado puro. Los roles son rígidos y estables. No hay cuestionamiento ni duda. No se muestran diferencias ni disensiones. La familia es una institución jerárquica y ordenada —como lo es el ejército— y así funciona. La esposa puede engrasar con cierta amabilidad los engranajes, pero lo que importa es que funcionen.

⁶⁶ Terminología lacaniana explicada en el capítulo «Propósito de esta tesis».

COGNAC SOBERANO (CA. 1960)⁶⁷



Mujer: necesito su ayuda. Tengo que consultarle un terrible problema.

Se trata de mi marido. Cada vez tiene peor carácter. Y nuestra casa está



empezando a ser un verdadero infierno.

⁶⁷ <https://www.youtube.com/watch?v=tbVhqCx2rp4>

ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



(Sonido de señal horaria.)



Está siempre gritando y se pasa días enteros sin dirigirme la palabra.

Tiene accesos de terrible cólera.



(Pitido.)

ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



Cuando me dice algo...



...es siempre a gritos y con malos modales.

Nunca me besa cuando sale de casa



ESTUDIO SOBRE LA PUBLICIDAD
COMO INDICADOR SOCIAL PRIVILEGIADO



Vidente: Bueno, bueno. No me digas más.

¿Has pensado que tu marido trabaja muchas horas diarias y tiene derecho a encontrar un agradable recibimiento? Mira esto y...



procura que nunca...



le falte su copita...



...de cognac Soberano.



Verás cómo no falla.

Un anuncio de los comienzos de la década de los sesenta del pasado siglo, que muestra sin pudor lo esperable de un varón y una mujer en aquella época. La ideología transmitida a través de la publicidad, sin esconder siquiera la violencia física. Los roles están claros: él trabaja fuera de casa y ella no. Él se ocupa de traer el dinero a casa y ella de que tanto el hogar como ella estén perfectos y la alimentación sea del gusto del hombre. Él tiene poder absoluto sobre ella. Es su jefe, su amo. Si no cumple en algún punto su misión de adivinar sus deseos para satisfacerlos rápida y diligentemente, será castigada violentamente: silencios, portazos, bofetadas, lo que considere el amo.

Ella no considera que él esté excediéndose, que la situación sea extraña o que pueda denunciar algún tipo de abuso socialmente. Porque, de hecho, no hubiera sido escuchada como no lo fueron tantas mujeres en su caso. Dentro del hogar, el dueño puede hacer lo que desee. La policía no intervendría, ni los jueces lo condenarían. Su familia le diría «mala

suerte», al igual que sus amigas o el cura de la parroquia, y todos ellos la censurarían por contarle, por «lavar los trapos sucios fuera de casa». Resignarse es la única salida.

Ella no sale a trabajar fuera de casa, luego no tiene un sueldo que le permita ser independiente. Alejarse. No tiene hijos, así que no son ellos los que la atan a él. Simplemente está donde debe estar. Así, esta mujer es una víctima perfecta. Pero su malestar llega a un tope y decide pedir ayuda. La ley, la familia, la religión católica y sus amigos están descartados porque ya sabe la respuesta que recibirá. Una adivina es su salida. Su Elena Francis⁶⁸ particular. Es importante que sea una «vidente». La ciencia no tiene el lugar primordial que tendrá posteriormente. No hay expertos con formación académica que atiendan estos problemas. Debe acudir a lo paranormal, a la magia. Es lo que tiene la desesperación.

Esposa: «Necesito su ayuda. Tengo que consultarle un terrible problema. Se trata de mi marido. Cada vez tiene peor carácter. Y nuestra casa está empezando a ser un verdadero infierno. Está siempre gritando y se pasa días enteros sin dirigirme la palabra. Tiene accesos de terrible cólera. Cuando me dice algo es siempre a gritos y con malos modales. Nunca me besa cuando sale de casa».

Vidente: «Bueno, bueno. No me digas más ¿Has pensado que tu marido trabaja muchas horas diarias y tiene derecho a encontrar un agradable recibimiento? Mira esto y procura que nunca le falte su copita de cognac Soberano. Verás cómo no falla».

La exposición del problema es clara y directa: el marido no está satisfecho, no es feliz. Por eso tiene mal carácter y emplea «malos modales». Por eso es violento con ella en lugar de amarla. La respuesta de la vidente es tan directa como el planteamiento de la joven esposa: «Eres tú la que está fallando. Es tu responsabilidad, tu culpa. No eres lo suficientemente solícita y agradable». Y aquí viene el clímax: «Ante una situación que parece irresoluble, no desesperes, hay solución. Consume este pro-

⁶⁸ El *Consultorio de Elena Francis* fue un programa de radio de gran popularidad que se emitió entre 1947 y 1984, primero en Radio Barcelona y posteriormente en Radio Peninsular y Radio Intercontinental. En él, un hombre —la locución estaba a cargo de una mujer— respondía a las cartas de las mujeres —y algunos varones— que consultaban sobre temas domésticos, aunque lo que primaba era la consulta sobre conflictos sentimentales. Era un perfecto transmisor de la ideología políticosocial del momento. A modo de ejemplo, si una mujer contaba que su marido acudía a lugares de «encuentro» con otros varones, se cuestionaba lo que ella estaría haciendo para no seducirle lo suficiente.

ducto y cambiarás el ambiente de tu hogar. Conseguirás que tu marido te ame y te trate como deseas». El fin de tu vida: ser amada.

El hecho de que sea necesario alcoholizar al varón para que soporte la vida que lleva tampoco puede ser pasado por alto. Él seguramente será un oficinista, alguien encajado en una estructura inmovilista en la que funciona como un peón: recibe a su vez órdenes y reprimendas. No tiene lugar en su vida el desarrollo de algo que le motive. Es un engranaje del sistema. Anestesiarlo es el modo de que no sufra en exceso su malestar vital. Alcohol. Ciertamente es que los anestésicos tienen un efecto limitado en el tiempo y una resaca dura. Que, como bien sabemos, la propuesta de alcoholizar a un maltratador solo conseguirá que sea aún más violento con su esposa, pero eso mejor no comentarlo en el anuncio. Mejor terminar con un falso *happy end*.

RASGOS DEL DISCURSO EN LOS SPOTS ANALIZADOS

A través del análisis de esta selección de spots, hemos podido leer los aspectos más notables del discurso social del momento en los que profundizaremos un poco más adelante.

Aparecen seres sobre los que no opera la castración, como el bebé de Play Station, que ni siquiera está sexuado, y los usuarios de videoconsolas o tecnologías varias que podrán vivir a través de ellas todo aquello que no consiguen en la vida real. Se puede fantasear con una vida sin faltas ni dificultades puesto que el desarrollo de la tecnología consigue cubrirlas. La ciencia y la técnica son las nuevas diosas, podrán solucionar hasta las dificultades con las que los padres se encuentran para alimentar a sus hijos y determinar qué pañales son «objetivamente» mejores que otros. El «saber científico», asociándose con la producción económica, señalará determinados productos para aumentar sus ventas a cambio de retribución económica. Se presentan sujetos biónicos para mostrar la íntima imbricación de lo tecnológico en lo humano, y así poder ser considerado su consumo como necesidad básica, sin justificar la inversión de vida —en forma de tiempo y dinero— en el juego virtual.

El sujeto al que se dirige la publicidad es, por tanto, un ignorante de sí mismo, que desconoce sus deseos y necesidades y las sustituye por las que le son propuestas, que no son otras que los objetos de consumo junto con los ideales sociales relacionados con ellos, como esa madre que compra el cariño de su hijo alimentándolo con pizzas precocinadas, o esos jugadores que ni siquiera salen de su casa —o de su barrio— porque creen satisfacerse plenamente en un programa informático diseñado por otros.

Los vínculos interpersonales se rompen desde la más tierna infancia: los padres alimentan a sus hijos sin mirarles a la cara, sustituyendo su presencia por el vacío de otro programa informático que les refuerza como a los perros en los entrenamientos. Los jóvenes adultos dejan acumularse los periódicos en la puerta de su casa puesto que han perdido el interés por relacionarse con otros seres humanos o saber qué está ocurriendo fuera de su videoconsola. Son adictos que han vendido su subjetividad para ser objetos de la industria tecnológica.

La tecnología sale de su lugar de medio para ser fin en sí misma, incluso una fuente de placer, como lo es para el adulto-niño del coche con pan-

talla y luces en las puertas, que ocupa el lugar de la fantasía infantil de descubrimiento del espacio.

Para que todo esto se acepte, se necesita un engaño de las mismas proporciones: la sobrevaloración del Yo, al que se le atribuyen características de potencia y control sobre el sujeto. Todo se puede si se adquieren los objetos de consumo adecuados, hasta la libertad y la felicidad mismas están a la venta en una gran superficie. Tú eres libre, tú sabes elegir, tú tienes capacidad de consumo. Ese Yo estúpido que decía Lacan necesita creer que no hay ley que rija sobre él. Se olvida de que los límites son los que permiten desear y desarrollarse, y devalúa la autoridad paterno-materna hasta límites insospechados: ese tipo de educación con límites lleva a los adolescentes al consumo de drogas, puesto que solo aprendieron a decir que sí a sus padres. Por el contrario, en los años sesenta del pasado siglo, cuando España estaba bajo el influjo del discurso social anterior, la autoridad masculina paterna era tan desproporcionada que disociaba a esos varones de la vida de pareja y familiar. Eran instancias superiores que supervisaban y sancionaban sin límites a sus subordinados (esposa e hijos) pagando el precio de la falta de intimidad en sus vínculos y su propio sometimiento a la jerarquía del espacio laboral al que pertenecieran.

Esta perspectiva publicitaria facilita una visión global de los valores sociales que están siendo vehiculizados a través de estos canales. A continuación, presentaré una visión más cercana a los núcleos familiares a través de la descripción y el análisis de una treintena de escenas familiares actuales, que nos mostrarán la traducción de este discurso en los vínculos entre padres e hijos, para terminar cerrando el foco sobre una serie de casos de bebés que presentan los síntomas psíquicos que de ellos se derivan.

5.

Escenas familiares

A continuación presento una serie de construcciones propias a partir de casos con los que he trabajado en distintos espacios. Han sido escogidas por mostrar más claramente el lugar que un niño ocupa en el deseo de uno o ambos de los padres a través de su discurso, de la relación que mantienen con él en un momento dado. Esto no significa que, por el hecho de que en una familia se dé una de estas escenas, el niño esté fijado en el lugar de objeto: funcionan como alarmas de un vínculo al que prestar atención. Forman una visión general de situaciones puntuales entresacadas de la vida cotidiana que conforman un panorama llamativo. Cada una por separado no tendría valor, pero, al aunarlas, podemos comprobar cómo el discurso social se cuela en los modos íntimos de vincularse hoy día.

NIÑOS «DE GOMA»

Los pediatras los describen como hipotónicos, muscularmente laxos. Las personas sin formación específica los llaman «blanditos». Se identifican por su retraso en el desarrollo motor: tardan en sentarse, en caminar y generalmente se mueven menos que los demás niños de su edad. Popularmente se los considera «tranquilos», «con poco nervio», y generalmente los padres no están alarmados por ello, no lo consideran un problema que deba resolverse. Los tienen casi siempre sujetos: en brazos, carrito, mochila o hamaquita. No les dejan explorar libremente el mundo por si se golpean, se caen o se meten en la boca cualquier cosa.

Para estos padres y madres no resulta negativo este síntoma, porque genera una relación de dependencia más profunda y prolongada. Si no gatea en busca de lo que le interesa, llamará a un adulto con grito o llanto para que se lo acerquen. Todo grado de autonomía conseguido por un bebé va acompañado del desarrollo motor; si este se ralentiza, el adulto suple el retraso —o quizá lo disimula— moviéndose por él o favo-

reciendo actividades que no requieran estos movimientos, como jugar con la tableta, ver televisión, quizá hojear libros junto al adulto que le cuenta las historias. Cuando ya deambulan, los siguen trasladando en carrito, incluso con dos, tres y hasta cuatro años. Todos sabemos que es lento ir a cualquier lugar con un niño de dos años interesado en cada pequeña cosa que se encuentra por el camino; no siempre se tiene tiempo para permitirles la exploración del mundo de camino al parque o a la escuela, pero unos padres que no deseen inconscientemente esta dependencia buscan sus propias soluciones. Por ejemplo, no permiten su deambulación por las mañanas, cuando tienen menos tiempo, pero a la vuelta de la escuela sí los llevan caminando. O les consiguen un triciclo (algunos llevan asidero para los adultos) o una pequeña bici o vehículo de ruedas anchas. Esos instrumentos hacen sentir al pequeño que decide dónde va, les permiten ir a mayor velocidad y, sobre todo, les hacen sentir que son ellos quienes conducen, que dejan de ser llevados y traídos a voluntad del adulto. Los pequeños pasos que les hacen gozar de mayor autonomía.

Claro que estas opciones conllevan un mayor esfuerzo para el adulto, que tendrá que enseñarles que se tienen que parar antes de cruzar la calle, que no pueden ir demasiado deprisa si hay otras personas cerca, si el entorno no está protegido. Y ese proceso es lento, pero fundamentalmente requiere de un deseo del adulto por ver a esa criatura moviéndose libremente, tomando decisiones y asumiendo pequeños riesgos. Y esto es algo que sus progenitores no quieren o no pueden asumir. El niño se caerá y llorará desesperado por el dolor del golpe, sangrará por las rodillas y se peleará con otros que quieran ocupar su lugar en el triciclo. Y esto no es vivido como algo normal, como parte del aprendizaje, sino como un fallo, un error, algo terrible para su hijo y para ellos mismos, que dramatizan estas situaciones frente a él. ¿Para qué comprarle unos patines, con lo peligrosos que son? No ven la necesidad de los niños de hacerse cargo de su cuerpo y su propio movimiento, ven una actividad de riesgo innecesaria que otros padres fomentan porque son unos despreocupados, inconscientes de lo que están haciendo, que ya verán los resultados cuando su hijo se abra la cabeza contra el bordillo. Demasiado conflicto, demasiada angustia para unos padres que pretenden proteger a sus hijos por la vía de la evitación del riesgo, no por la del aprendizaje del manejo del mismo.

Es frecuente que estas familias que temen al mundo exterior, que se asustan porque los demás niños les peguen o muerdan, solo les lleven a la escuela si no pueden evitarlo. La dependencia que están generando en sus hijos es parte de su propio carácter, así que no será raro escuchar-

les que el niño está mucho mejor con su abuela —que deja así de ser una mujer autónoma que visita al niño cuando ella lo decide para pasar a ser una «cuidadora» con horarios y funciones de trabajadora—, y no los llevan a la escuela hasta que la ley les obliga, con tres años. Si no son los abuelos, serán cuidadoras contratadas a las que han seleccionado con mucha dificultad, puesto que ellas también son potenciales peligros, por acción u omisión.

Estos padres se asustan en cada paso del desarrollo, les da miedo la autonomía de sus pequeños hijos, les van transmitiendo que no pueden ni deben hacer por sí mismos esos avances, que necesitan de la vigilancia y control de un adulto. Temen el momento de pasar del alimento líquido al sólido porque existe riesgo de ahogamiento, así que lo retrasan durante meses y compran redcillas que envuelven el alimento para que sus hijos las chupen y extraigan sus jugos sin necesidad de masticar y tragar para deglutir.

NIÑOS MELLIZOS A LOS QUE SUS PADRES VIVEN COMO UN SOLO SER

Cada vez hay más casos de mellizos y gemelos, tanto porque las mujeres deciden tener hijos a edades más tardías como porque se acude a tratamientos de fertilidad que fecundan dos óvulos por miedo a que ninguno se implante, por evitar prolongar el proceso y que la madre reciba más ciclos de hormonas, etc.

La crianza de dos bebés al mismo tiempo es una tarea muy compleja y agotadora. Los padres de mellizos se ven sometidos a mucha más presión que los de hijos de diferentes edades, puesto que la demanda mayor en la crianza se realiza en los primeros años y ellos, además de tener dos pequeños demandantes, han de lidiar con la relación entre los niños. Los mellizos y gemelos compiten por el amor de sus padres, y lo van resolviendo como pueden, generalmente de forma suficientemente satisfactoria.

Aquí vamos a fijarnos en ese grupo de padres de mellizos y gemelos que tratan a sus hijos como a un solo ser, en mayor o menor medida. Durante su primera infancia, las tutoras de la escuela les escuchan decir: «No voy a traer a X a la escuela, porque pobrecito Y, que está solo porque está malito. Mejor los dejo a los dos en casa». Es llamativo que les preocupe la soledad de un bebé que está enfermo, que requiere cuidados y descanso de la persona que lo cuida. Y, más aún, que a uno que no lo está

no se le permita disfrutar de todo lo que conlleva un día de escuela y relación con otros compañeros porque otra persona haya enfermado. Que se le pida que haga las funciones de acompañante y cuidador de su hermano, que son funciones que deben cumplir los padres o las personas adultas que ellos decidan.

Si esto se les transmite desde tan pequeños, podemos imaginar lo que sus padres esperan de ellos según vayan creciendo: deben parentalizarse desde temprano, aprender a ocupar funciones paterno-maternas con su hermano para que los padres estén satisfechos con ellos. Complementarse uno con otro para que la falta de uno de ellos no repercuta en los padres.

En algunos casos, el reparto de roles es el mismo en todas las situaciones: uno existe para complementar a su hermano. El sujeto y el objeto. Si usan un carrito doble en línea, siempre los sientan en el mismo lugar «porque si no, Paco llora o grita todo el camino». Uno de los dos es más demandante, o lo hace de forma más escandalosa, y estos padres —que no han asumido que su función es compensar y no dejarles siempre que se acomoden solos— responden rápido a su demanda para evitar el conflicto. «A ella le da igual la cucharita que use, pero para él es importante: siempre tiene que elegir primero.» Es obvio que no le da igual, sino que se retira de la batalla, presumiblemente segura de que saldrá perjudicada, pero, si así fuera, la función paterna es fomentar su capacidad para elegir y luchar por aquello que elige, así como ayudar a su hermano a entender que no es el centro de su mundo, y que eso no implica que no sea profundamente amado por sus padres.

Este tipo de relación en mellizos se va acentuando con los años si no es abordada a tiempo, si no se considera una dificultad para ambos. Así, según vayan creciendo, aquel chico se irá haciendo cargo del deseo de ambos, mientras que ella estará más pendiente de agradar a los demás —hermano incluido— y dejará de buscar su propio deseo. «De verdad, no me importa, elige tú», será una frase que pronunciará convencida, puesto que dejó de preguntarse qué quería a una edad muy temprana. De esta relación de dependencia con su hermano pasará a otras en las que repita este patrón, profundizando en la ignorancia sobre sí misma y delegando en los demás hasta su propia felicidad.

Hay un tipo de relación aún más difícil para los niños mellizos. Es esa en la que los padres los conciben como si el sujeto fuera la suma de ambos

hermanos. No será extraño que no sean llamados por sus nombres. Son «mis mellis», «los niños».⁶⁹ Los tratan como si fueran dos partes de una sola persona. No les ayudan a ser independientes, a descubrir sus propios intereses, a sostener las diferencias con su hermana o hermano. Son niños a los que visten igual, a los que si deciden regalarle algo a uno, «tienen» que comprar lo mismo para el otro. No se permiten excepciones que realcen las diferencias, salvo que sean inevitables. Si es la hora de dormir, lo es para ambos. El proceso de entrar en sueño es igual para los dos, y se hace al mismo tiempo: baño, cena, cuento, cancioncita. No se contempla que uno necesite algo distinto. Que uno se acueste antes que otro porque ese día ocurrió algo que le hace necesitar un contacto mayor con su padre. Si uno es invitado a una fiesta de cumpleaños, llevarán a los dos sin preguntar, sin dudarlo. Si van a pasar la tarde o a dormir fuera de casa, jamás se plantearán que vayan a dos distintas, puesto que eso les haría únicos y, para esos padres, la separación de los niños es perjudicial, desgarrar a un mismo ser. Cuando crezcan y quieran elegir una actividad fuera de la escuela, tengan por seguro que será la misma y acudirán el mismo día. Vuelvo a repetir que sé lo difícil que es organizarse para llevar y traer a los niños de sus actividades, pero lo que me llama la atención es que si estos hermanos tuviesen edades diferentes, los padres asumirían sus diferencias con naturalidad, y no entenderían como gasto extra de tiempo o dinero ocuparse de las cosas de cada uno.

Fomentar la dependencia entre los hermanos es conveniente para los padres que dicen querer «que se entretengan solos». Es curioso porque «solos» significa para ellos «sin nosotros», pervirtiendo el mensaje original, y muy beneficioso para los niños, que es fomentar que sean capaces de explorar, jugar sin compañía y sin angustia durante periodos de tiempo, que aumentan gradualmente según crecen, para fomentar su autonomía, la seguridad en sí mismos, la construcción de su subjetividad.

No vamos a abordar aquí las consecuencias de esta crianza, pero apuntaremos que la relación entre los hermanos —y la que proyectarán sobre otras futuras— será de una violencia, competitividad y dependencia elevadísimas.

⁶⁹ Como las demás escenas, estas situaciones son reales. Han sido escuchadas durante el trabajo como clínica en los distintos escenarios ya descritos.

PADRES QUE QUIEREN MANTENER SU VIDA IGUAL QUE ANTES DE TENER HIJOS

El niño es vivido como un complemento en sus vidas. Igual que se diseñan un plan profesional, deciden en un momento dado que tendrán un hijo o varios. Como todos los de su alrededor. Son padres de fin de semana, que a veces trabajan hasta tarde todos los días. Dejan habitualmente al niño en la escuela hasta que cierra, y posteriormente tienen a una persona que se ocupa de los niños hasta la noche.

No consideran que los hijos necesitan tiempo con sus padres, compartir actividades, rutinas y ser incorporados a la vida del adulto en la medida de lo posible. No se replantean sus horarios de trabajo aunque esto sea posible en sus empleos. Y, por supuesto, no contemplan la posibilidad de limitar su desarrollo profesional por tener hijos. Los hijos son una añadidura en sus vidas. Están bien, consideran que es lo que hay que hacer, pero cuando estos muestran síntomas que requerirían de mayor atención por su parte, como puede ser suspender todas las asignaturas sin tener dificultades intelectuales, ellos no se sienten concernidos. No hablan con sus hijos para saber qué les está angustiando tanto como para mostrar semejante desconexión de sus ocupaciones, les regañan o castigan y buscan un profesor particular que se ocupe de ellos y de su rendimiento académico. Siempre encontrarán un profesional que se haga cargo, una cuidadora que se vincule con ellos, una razón orgánica para sus males. La relación entre hijos y padres no es nunca causa de los malestares de los niños.

Los consideran tan separados de ellos que ni siquiera piensan que el «carácter» de sus hijos, su forma de ser y estar en el mundo, tenga que ver con ellos mismos. «Este niño es así. Desde que nació. Quizá le hayamos consentido mucho.» Cuando traen a sus hijos a consulta —por recomendación del colegio, generalmente— acaban siendo el tope para la curación del chico o chica. No se alían con nosotros confiando en que sus hijos puedan cambiar o favoreciendo ese cambio; sus hijos se curan a su pesar.

En escuelas infantiles que tienen prolongación de horario o turno de tarde —cosa que no es frecuente, puesto que los profesionales del sector consideran perjudicial que niños de menos de tres años tengan jornadas escolares tan prolongadas—, este tipo de padres los matricularán en la extensión de horario. Piensan de forma práctica, y siempre desde su beneficio, no del bebé. Seguramente buscarán una buena escuela, pero de ahí a contemplar las necesidades del niño como un factor importante a

tener en cuenta a la hora de planificar la vida, va un mundo. Y no es necesario que sea por trabajar hasta tarde. Es tiempo que emplean en sí mismos. En hacer deporte o cualquier otra actividad. Disminuir el tiempo de entrenamiento o pasarlo al medio día no es una opción. Ellos necesitan tiempo para sí mismos, como han hecho siempre.

Es frecuente que, en parejas separadas, al padre se le asigne una tarde en semana para estar con sus hijos, y no sea él quien los recoja del colegio y comparta su tiempo con ellos. Su madre (la abuela), la «cuidadora» u otra mujer le sustituyen. No plantea firmemente en el trabajo que su horario se adapta a esta nueva situación familiar y que los martes por la tarde no trabajará desde las 16.30, salvo algunas excepciones, porque tampoco le parece tan importante el tiempo de su hijo con él. Y, no olvidemos, sus necesidades van por delante, y perder algo de estatus laboral o que cambie su consideración profesional sí que serían perjuicios que quiere evitar.

Últimamente se está dando un hecho llamativo. Estos padres están pidiendo la custodia compartida de sus hijos.⁷⁰ No es que hayan tomado conciencia de que los niños necesitan relacionarse cotidianamente con ambos padres. De hecho, al conseguirla, nada cambia: no los recogen del colegio, no les llevan a las extraescolares, no se ocupan de su ropa y de preparar menús adaptados a lo que comieron en el colegio, no se enteran de que tiene un eccema en el muslo que no se cura solo, no les hacen los tratamientos para eliminar los piojos. Pidieron la custodia para evitar pagar la pensión a sus hijos, no porque quisieran ejercer su paternidad de forma directa y estar cerca de ellos por las tardes.

En bastantes ocasiones, al buscar la causa de que el niño esté abstraído y somnoliento en la escuela —niños de cuatro meses a tres años—, he escuchado a madres que dejan al niño despierto hasta que llega el padre, aunque sean las once de la noche, porque «tienen derecho a pasar tiempo juntos». Si la jornada del padre finaliza a esa hora, ¿por qué no adaptar el horario del bebé?

Que el niño no se relacione en la escuela, que no disfrute de las actividades porque se duerme, que su sueño no tenga la calidad y duración necesarias para un desarrollo adecuado, simplemente no se plantea. Ni

⁷⁰ Véase, a propósito de la custodia compartida, el artículo de Carmen Sánchez Vidanes, de la Asociación Libre de abogados en <http://ala.org.es/custodia-compartida-situacion-actual-y-anteproyecto-de-ley/>

siquiera que, en lugar de escuela, ese bebé tenga otro tipo de cuidados. Estos casos muestran su desprecio por los asuntos de sus hijos de múltiples formas. No colaborarán con la escuela, no traerán los pañales que necesita su hijo, ni las fotos o elementos con los que estén trabajando los niños. No entienden el concepto «escuela infantil», puesto que lo que buscan es una «guardería», un depósito de niños. Es obvio que, por mucho que las educadoras intenten hablar con ellos, no serán escuchadas. Ni siquiera son consideradas como profesionales que tienen algo que decir con respecto a su hijo.

NIÑOS «MUEBLE» QUE NO MOLESTAN, NO LLORAN, «SON BUENÍSMOS»

El sistema nervioso de cada niño es diferente. Los hay más y menos inquietos. Hasta aquí, todo normal. Pero hay padres que se enorgullecen de lo «buenos» que son sus bebés y fomentan que sigan siéndolo. Y con el término «buenos» no se refieren a que sean buenas personas; obviamente, son muy pequeños para demostrar semejante cualidad. Ser un buen bebé es no molestar a sus padres: dormir mucho, moverse poco, no quejarse, comer lo que los padres quieran sin mostrar rechazo. Es algo más que ser tranquilos; es ser pasivos.

Son bebés y niños a los que no se les ve disfrutar ni emocionarse al descubrir nuevas cosas, puesto que se les ha transmitido que se espera de ellos que permanezcan a la espera de lo que los adultos consideren para ellos, que inhiban su curiosidad y su movimiento. Que no traspasen ninguna norma, que no griten, que no pisen charcos, que no metan la mano en el cuenco de comida, que no chupen sus muñecos, que no se manchen, que no molesten.

Son niños tristes, serios, infelices. Y sus padres están contentos con ellos porque no les dan mucho trabajo. No tienen que estar tan alerta como los demás padres para protegerlos si se llevan una piedra a la boca porque no estarán nunca sentados en un entorno con piedras. Atados a la hamaquita o sentados lejos de cualquier cosa que pueda entrañar riesgo. Es obvio que hay que proteger a los bebés de muchas pequeñas cosas con las que podrían atragantarse, pero estos padres llevan esta protección al extremo. No entienden que a través de la boca los bebés conocen el mundo, y no permiten que chupen sus juguetes porque seguramente no estén suficientemente limpios, y pueden enfermar con esas bacterias entrando a su organismo. En el parque, la arena está sucia y los columpios aún más, así que deciden retrasar meses y meses el con-

tacto de sus hijos con el mundo exterior. En casa está todo más controlado. No importa que eso suponga para el niño una limitación enorme en cuanto a experiencias y aprendizaje. Desde lo sensorial a lo relacional, estos niños están guardados en una burbuja que empobrece su desarrollo.

Mientras son bebés, los efectos se disimulan mejor, pero cuando llegan a la escuela, quizá con dos años ya, son niños incapaces de entregarse al placer de lo nuevo. Escrupulosos, incapaces de manipular la gelatina, el barro, las ceras o el chocolate en el aula. No soportan mancharse. Generalmente están alejados del movimiento principal del aula, se retiran y se ocupan de algo pequeño, controlado, como un objeto con el que jueguen ellos solos. Si en el patio se permiten algún movimiento «excesivo», como participar en carreras de una valla a otra, lo hacen asustados y repitiendo siempre el modo y el trayecto, tratando de encontrar la seguridad antes que el disfrute y no pudiendo conectarse socialmente como los demás, puesto que requieren toda su energía para protegerse.

En estadios posteriores se podrá ir ampliando su campo de experiencias, pero quedarán marcados por este modo de estar en el mundo, empobrecido, autolimitado, en el que serán personas poco conflictivas que busquen siempre la protección de otros. Les será más fácil moverse en entornos muy regulados, en los que esté claro qué se espera de ellos, espacios en los que los adultos intervienen hasta el detalle. La relación con sus pares será más complicada. Es probable que sean solitarios o establezcan una relación de dependencia que perdure más allá de los conflictos. Un niño o niña más seguro de sí mismo será quien le marque el camino a seguir, el juego al que jugar, si esto les gusta o no.

EL CHUPETE COMO TAPÓN: PADRES QUE NO ESCUCHAN A SUS HIJOS, QUE NO HABLAN CON ELLOS PORQUE NO LOS CONSIDERAN INTERLOCUTORES

El chupete es un instrumento que permite a los bebés calmarse mediante la succión, sin necesidad de un adulto que lo haga por ellos. En este sentido, si se utiliza moderadamente y se limita su uso, puede ayudar al desarrollo del infante. Es importante que sean los adultos y no el niño quienes decidan en qué momentos es beneficioso utilizarlo y en qué otros no. Que no esté siempre al alcance del niño, sino que los padres se lo dejen a mano en los momentos en los que pueda necesitarlo. A la hora de dormir, por ejemplo, para que vaya aprendiendo a calmarse solo, a separarse de los papás sin angustia. Para que vaya comprendiendo que

lo bueno para él o ella es irse a descansar, mientras los demás siguen despiertos porque sus necesidades son diferentes. Estar un ratito despierto en la cuna o cama, mirando a su alrededor, en contacto con su peluche habitual⁷¹, observando su móvil giratorio, las luces y sombras que se proyectan en su habitación, volviendo a reconocer el olor de sus sábanas y escuchando los sonidos habituales de su hogar. En ese momento, el chupete les reconforta. Algunos niños sin chupete utilizan su propio dedo, del que sí dispondrán en el momento en que deseen, pero esto es menos adecuado porque con el tiempo deforma el paladar y además les resulta más difícil dejar de hacerlo cuando deja de ser necesario.

Como este ejemplo de uso, hay otros que los padres pueden discernir según sus circunstancias vitales y las necesidades de sus hijos. En este trabajo me centro en el uso erróneo del chupete, como reflejo de dudosas concepciones del niño y su relación con él.

No es infrecuente ver a niños de dos o tres años con el chupete puesto durante el día, mientras juegan, se trasladan o incluso durante las comidas. Algunos incluso lo ladean ligeramente para pronunciar algunas palabras, generalmente para formular una demanda que pretenden sea satisfecha por el adulto a cargo. Esta situación muestra las dificultades anteriores de sus padres en el uso del mismo. Para algunos padres, la queja, el llanto, el enfado de sus hijos es intolerable. Y, para evitarlo, utilizan el chupete. Si el niño llora o protesta porque algo le está disgustando, le ofrecen el chupete sin mediar palabra para que se calle. No le preguntan qué le pasa —o lo interpretan ellos y se lo cuentan— para luego decidir si su demanda es adecuada o no, si van a satisfacerla o, por el contrario, le enseñarán a lidiar con su frustración. Directamente taponan la salida de la palabra.

No olvidemos que el «no» es una muestra de independencia. Los bebés asumen —desde su dependencia absoluta de los cuidados de los otros— que se come cuando la tetina o el pecho llegan a su boca, que se les cambia el pañal cuando el adulto lo hace, que se van a bañar o a pasear o a dormir cuando este decide. Pero, poquito a poco, van pudiendo mostrar que son un ser independiente y que sus deseos no coinciden con la satisfacción de los de los mayores, que no son solo el *falo* de ma-

⁷¹ El objeto transicional de Winnicott del que hablaremos en el último capítulo de este trabajo.

má⁷², sino que pueden decidir qué les agrada y qué no, qué quieren en cada momento. En pequeña escala, por supuesto. Decidir que ya no quieren comer más y retirar su boca del pezón de su madre, o expulsar el puré que ha entrado con esa cuchara. O llorar si no quieren desnudarse para cambiarse el pañal en ese momento, si prefieren seguir manipulando un objeto a ser trasladados a otro lugar y dejar su interesante actividad. Es bueno que proteste, que llore o se enfade. Y que —con su incipiente lenguaje— lo exprese. Que el adulto pueda responderle que sí, que entiende que estaba muy a gusto jugando, pero que es necesario marcharse para cambiar de actividad. Que se comuniquen sin necesidad de «estar de acuerdo», que esos padres no se asusten ante esa muestra de enfado, que no lo interpreten como que «deja de quererme, parece que me odia», que no dependan del niño, como si no pudieran soportar no ser permanentemente amados por él o por ella. Hay padres que no toleran esto, otros que ni siquiera consideran que la palabra o el llanto del niño tengan que ser escuchados. Por eso ni siquiera dan posibilidad a este de expresarlos.

El paso del biberón a la cuchara es realmente chocante para un bebé. No solo porque el alimento cambia, los sabores son nuevos, la temperatura es variable y se requiere de un cambio en sus movimientos para saborearla y deglutirla, sino porque, entre cucharada y cucharada, hay un espacio. Durante la lactancia, tanto con pecho como con biberón, el flujo del deseado alimento es constante. Es el bebé el que puede parar o descansar. Pero esa cuchara aún no la maneja, es otro quien lo hace, y la sensación de que quiere más y no lo tiene en la boca les desconcierta y, hasta que saben que seguirá llegando a su boca y serán saciados, hay un periodo de aprendizaje de espera y frustración. Bien, pues este tipo de padres tienen un chupete en una mano y una cuchara en la otra. Después de meter el puré en su boca, meten el chupete. Y así entre cucharada y cucharada. A veces lo argumentan «nutricionalmente» diciendo que es para que «no eche lo que ha comido, porque al final la mitad del puré está en el babero y no es suficiente». Prefieren no enfrentarse a la angustia que les produce a ellos, o al tedio de limpiar tanto tras cada comida, y, de paso, no escuchar las protestas del bebé.

Si así manejan la frustración de sus hijos, es fácil deducir que ese niño, que no aprendió a esperar y a lidiar con su inquietud, probablemente desarrollará sintomatologías relacionadas con la ansiedad, rabietas al no

⁷² Para una mayor explicación de este concepto, véase el capítulo «Propósito de esta tesis» y, de forma más sencilla, el capítulo final de este trabajo.

ser cubiertas sus demandas, inseguridad, dificultades para desarrollar tareas en las que la satisfacción no sea inmediata, déficit en el desarrollo de la imaginación y la creatividad, y consumo compulsivo de sustancias que produzcan satisfacciones orales.

En lo referido a no permitir su expresión, los síntomas no son solo la ralentización en el desarrollo lingüístico. Otra consecuencia es la dificultad para identificar sus malestares y buscar una solución adecuada —más aún si requiere de contacto con los otros para poder hacerlo—, puesto que tampoco están aprendiendo a hablar para identificar y transmitir lo que les pasa y lo que creen que les hace falta para calmarse. Si sus padres no les consideraron legitimados para quejarse o expresar lo que deseaban, no será fácil para ellos hacerlo por su cuenta. Y menos si la queja o demanda no puede ser satisfecha, por lo que desviarán su angustia y buscarán caminos rápidos para mitigarla.

PADRES QUE SE ANGUSTIAN CON LAS ANGUSTIAS DE SUS HIJOS

Una de las funciones principales de ser padres es ir mostrando el mundo a sus hijos e irles enseñando a moverse en él. En todos los sentidos, desde lo más práctico, como mirar tres veces antes de cruzar por el paso de peatones, hasta lo más complejo, como relacionarse con los demás y buscar sus propios caminos.

Esta compleja tarea cada uno la realiza como puede. Y como quiere. Y en muchas ocasiones, los padres que no han querido hacerse cargo plenamente de sus miedos, inquietudes y dificultades, las transmiten directamente a sus hijos, como si, en lugar de ser fruto de su interpretación y experiencia, fueran reales. Estos padres, que no han elaborado mínimamente su angustia para reconocerla como dificultad propia y buscar modos de aliviarla, no son capaces de transmitir algo fundamental a sus hijos. Esa frase tranquilizadora que ellos necesitan: «todo va a ir bien». Esas palabras escuchadas por un niño asustado ante lo desconocido, si vienen de sus padres o alguien en quien confía, logran un estado de suficiente tranquilidad como para que se anime a seguir adelante, a dar los pasos propios de cada etapa del desarrollo.

Esto no significa que los padres sean ingenuos y de verdad creen que todo va a ir bien siempre. De hecho, ellos también se angustian al dejar a los hijos el primer día en la escuela, o en el autobús de su primer campamento. Pero saben que no deben transmitírselo, que ese miedo de

que al niño le ocurra algo es suyo, y son ellos quienes deben contenerlo y hacerse cargo, en lugar de depositarlo sobre sus hijos. Saben que deben aprender a facilitarle vivir sus propias experiencias fuera del entorno familiar, sin su protección; que su hija o hijo tiene que ir aprendiendo a resolver sus problemas por sí mismo. Ellos dicen «todo va a ir bien» y lo acompañan explícita o silenciosamente de un «y si algo va mal, estaré aquí para escucharte y ayudarte en lo que pueda a resolverlo». Es decir, entienden que su hijo no es suyo (no está en lugar de objeto), sino que es una persona a la que ayudar a formar para que viva su propia vida. Una vida en la que no cumpla sus deseos ni comparta su ética, sino que descubra y construya la suya propia.

Bajo esta concepción de la paternidad y la maternidad está la idea de que el amor no está condicionado. De que van a quererles pase lo que pase, decida lo que decida, porque son sus padres. Por supuesto, seguirán hasta la adolescencia transmitiéndoles lo que consideran que está bien o mal y enfadándose si eligieron la segunda opción. Educándoles en su propia ética. Es su función. Hasta que llega el delicado momento adolescente en que las personas con un desarrollo suficientemente bueno comienzan a cuestionar a sus padres de una forma más o menos violenta, más o menos escenificada, pero clara. Es el momento de mirar a sus pares para identificarse con ellos, para buscar fuera de casa lo que es correcto o incorrecto, lo que buscar, cómo ser. A partir de entonces, la ética heredada se irá resquebrajando para dejar espacio a la construcción de la propia, que mantendrá algunos aspectos de la anterior y sustituirá otros.

Para que la chica o chico atraviesen esta etapa con un mínimo éxito y no más sufrimiento del inevitable, esos vínculos han tenido que ser firmes pero flexibles. Esos padres han mostrado su confianza en su hijo, le han acompañado en sus dificultades, le han dado pistas para resolver sus problemas. Le han escuchado y respetado. Se han enfadado o le han castigado y han disfrutado de irle viendo mostrar su modo de ser. Con dificultades, por supuesto: no existen los padres perfectos ni los hijos los necesitarían para desarrollarse suficientemente bien.

Veamos ahora qué pasa cuando no está instaurado en el psiquismo de los padres esta concepción de hijo. Cuando la separación entre su angustia y la de ellos no aparece. Cuando pretenden que su hijo sea una parte de sí mismos, una respuesta a sus deseos, un objeto.

Las escenas que los descubren suelen aparecer más claramente al escolarizarlos puesto que, dentro de su pequeño núcleo familiar, no hay cues-

tionamiento o diferencia que los movilice. Si su «bebé» —suelen llamarlo así durante un largo periodo de tiempo, reflejo de sus dificultades ante el crecimiento de un sujeto ajeno a sí mismos— llora al llegar a la escuela, en lugar de preguntar a sus tutoras si es normal, o si creen que pueden hacer algo para que se sienta mejor, si dura mucho el llanto en el aula o cualquier otra cosa que mostrara que en ellos sí está instaurada la *ley*, el *lugar tercero*⁷³ —por lo que reconocen la palabra de otros que saben más que ellos de algunos aspectos relacionados con sus hijos y están dispuestos a aprender y a respetar su lugar—, se identifican con el bebé y piensan «en la escuela deben estar tratándolo mal los demás niños», que «no saben atender a mi hijo», y lo desescolarizan.

Los pediatras avisan de que, cuando los pequeños comienzan la escuela, se exponen a nuevos virus o bacterias y enferman más a menudo. En estos casos, desoyendo las palabras de su pediatra, que les explicó que el sistema inmune se fortalece exponiéndose de forma moderada a los agentes patógenos, temen por su salud y los sacan de la escuela. Entienden los resfriados como anomalías, los virus como agentes malignos que vienen a desestabilizar el estado propio de su hijo: la salud total. Dicen que «es demasiado pequeño para tener tos y fiebre». No consideran que la salud conlleva lidiar con enfermedades, que la vida está plagada de sufrimientos, mayores y menores. Que el conflicto es esencia de lo humano en lo biológico, lo psíquico y lo social.

Son padres que, en lugar de transmitir recursos para que los niños se sientan seguros, responden a las dificultades volviendo a «reintegrarlos»⁷⁴, pegándolos a ellos. El mundo exterior es vivido como amenazante. Solo junto a ellos estarán seguros, reclusos en casa donde no hay niños que muerdan ni quiten juguetes. «Solo conmigo o con la abuela. No con cuidadoras de esas, que a saber qué harán con ellos.»

Al ir creciendo, no les permiten ir a dormir a casa de otros niños, «por si acaso, que nunca se sabe cómo es la gente» o porque «no conocen a mi hija, sus gustos, su manera de dormir, sus costumbres». O bien, llegado el momento de hacerlo —porque todos los de su clase lo hacen con naturalidad—, sus hijos lo piden y lo intentan, pero ya se han constituido como síntoma de sus padres y no pueden soportarlo: acaban llamando

⁷³ Para una explicación más detallada de este concepto, véanse los capítulos «Propósito de esta tesis» y «Subjetivizar a través del psicoanálisis: propuestas de intervención».

⁷⁴ Según Lacan, el deseo materno es voraz y tiende a reintegrar su producto, por lo que el *nombre del padre* funciona para evitar esto (Lacan, 1957-1958/2003).

para que los vengan a buscar. A estos niños les gustaría ir a la granja-escuela o al campamento con sus compañeros, que cuentan aventuras divertidísimas, pero no pueden aguantar dormir lejos de sus padres, así que renuncian a ello.

Estos son los primeros frutos del modo en que esos padres abordaron la angustia de separación, los que decidieron negarla, hacer como si no existiera, evitar las dificultades que conlleva facilitar la autonomía. Cuando son pequeños, les dan la mano hasta que se quedan dormidos. Si dicen tener miedo por la noche, en lugar de levantarse, abrazarlos y decirles que no deben preocuparse, que ellos están en la habitación de al lado y no van a permitir que ningún monstruo se cuele en la casa, les alientan a que vayan a la cama de otros (sus hermanos, ellos mismos) y perpetúan esta actitud en el tiempo. Otra madre lo relata de esta forma: «Tuve que dormir con mi hija hasta los tres años o así, porque si se despertaba y no me veía, lloraba mucho».

Hay muchas señales de que los padres infantilizan a sus hijos: cualquier prolongación de comportamientos adecuados —para ayudarles a separarse y que se sientan bien solos— para etapas anteriores que se resisten a abandonar, como darles un último biberón cuando ya cenaron y —sobre todo— cuando ya no necesitan tetina. Algunos prolongan este ritual durante años, y queda posteriormente como resto transformado en vaso de leche nocturno, con o sin galletas.

FAMILIAS QUE SIGUEN LA «CRIANZA NATURAL»

Ahora que muchas parejas se plantean el tipo de crianza que darán a sus pequeños, ha surgido con fuerza un movimiento llamado «crianza natural» que se ha instaurado con fuerza en España en la última década. Aparece como firme respuesta a la crianza que llaman «conductista», que es aquella que utiliza el refuerzo y el castigo como método educativo, además de otros temas relacionados con la corriente psicológica del mismo nombre.

Lo que provoca la mayor reacción es la respuesta al método Estivill para dormir a los niños. Eduard Estivill y Silvia de Béjar, en su libro *Duérmete niño* (Estivill y De Béjar, 1996), plantean un entrenamiento conductual para enseñar al niño a dormir solo. Dejarlo llorar progresivamente (un minuto, después tres, cinco, siete...) acercándose a la habitación y —sin levantarlo de la cuna, manteniéndose a un metro de distancia— decirle que no se han ido, que están ahí, que le quieren. Este libro fue durante

muchos años vendido como la única manera «científica» de hacer bien este proceso, y estaba constantemente presente en los medios de comunicación. Entre los profesionales, al igual que en la sociedad, provocó reacciones de adherencia y rechazo. Una de las autoras más valoradas en esta teoría es Laura Gutman (2003, 2013 y 2015), y la teoría psicológica sobre la que dicen basarse es la teoría del apego del psiquiatra británico John Bowlby (1993). En 2003 surgió, como respuesta a Estivill y De Béjar, *Bésame mucho*, un libro escrito por el pediatra Carlos Gonzalez (2003, págs. 113-114) cuyo editor presenta de este modo:

[...] es una obra escrita en defensa de los niños. Pero también en defensa de los padres, de aquellos que desean educar a sus hijos como se hacía antes, con amor, tomándolos en los brazos, acariciándolos, durmiendo con ellos cuando están desconsolados [...] Infinidad de padres y madres ya están cuidando a sus hijos con mucho amor y besándolos mucho.⁷⁵

Este pediatra propone fijarse en el comportamiento de los mamíferos y en las culturas antiguas para deducir lo que es bueno o malo en la crianza. Propone preguntar a madres y abuelas y dejar de hacerlo a los especialistas. Su modelo de maternaje incluye tres rasgos fundamentales: el porteo, el colecho y la lactancia a demanda hasta que el niño decida dejarla. Todo esto lo deduce de la creencia de que a los niños hay que atenderles siempre que lo demandan, y que esto hecho con cariño por parte de los padres provocará que el niño mismo vaya abandonando hábitos que ya no desea cuando llegue el momento evolutivo apropiado para ello.

El porteo implica no separar al niño de la madre, que lo ha de llevar pegado al cuerpo —cogido en brazos o con mochilas o bandas de tela—, en lugar de transportarlo en carrito, dejarlo en una hamaca o en la mantita del suelo mientras ella hace cosas en casa y fuera de ella.

Claro, ya lo entiendo, ¿cómo vamos a ser tan tontos de tomar en brazos a un niño que no quiere andar? Es más lógico hacer andar al que quiere brazos y llevar en brazos al que sí quiere andar; así fastidiaremos tanto a uno como a otro, y daremos excelentes espectáculos en la vía pública. ¿Por qué no va a esperar a su hijo adolescente a la salida del instituto y le coge en brazos delante de sus amigos? Verá qué contento se pone. (Se recomienda ir primero al gimnasio durante una temporada, si no quiere oír un ¡crac!

⁷⁵ <http://www.amazon.es/Bésame-mucho-criar-hijos-Vivir/dp/8499980228>

en la espalda.) El error de estos autores (y de muchos médicos, psicólogos y padres) proviene de creer que «caminar» es una única actividad: el niño «ya sabe caminar», y por tanto puede y tiene que caminar en cualquier circunstancia. Pero no es así. Caminar es una amplia gama de actividades; y del mismo modo que es muy distinto correr los cien metros o el maratón, y no hay ningún atleta que se atreva a participar en las dos pruebas, tampoco tiene nada que ver caminar alrededor de mamá, que está quieta en un sitio, con acompañar a mamá mientras ella se desplaza. Para esto último no basta con saber mover las piernas alternativamente sin perder el equilibrio, sino que además hay que decidir dónde estoy yo y dónde está mamá, y cuál es el mejor camino para ir de un punto a otro, ¡mientras los dos puntos se mueven sin parar! (Carlos González, 2006, págs. 113-114).

[...] si recibe cariño y atención, y no se le impide caminar con ataduras y vendajes, el niño empezará a andar cuando le llegue la edad adecuada, poco después del año (a veces un poco antes). No hace falta enseñarle. Pues bien, el ir de la manita sin llorar, o el caminar solo, también dependen de la madurez. Su hijo lo hará cuando esté listo, hacia los tres años de la manita, hacia los siete años solo.

Pretender que un niño camine por la calle porque se le ha visto caminar un rato en el parque es como dejarle conducir por la autopista porque lo hace muy bien en los autos de choque (ibíd., pág. 114).

El segundo rasgo es la lactancia a demanda hasta que el niño decida, no tanto por razones nutricionales como por entender que si el niño busca el pecho de su madre no se le debe negar. Si es su modo de calmarse, bienvenido sea; si quiere atención de la madre, adelante; si le gusta buscar el pecho de la madre durante la noche, por qué no va a hacerlo si esto le hace dormir mejor. Es una costumbre adecuada puesto que somos mamíferos y las crías humanas necesitan más tiempo que los demás animales para el aprendizaje básico que les permite ser independientes. Durante este tiempo, las mujeres son madres y han de disfrutar del «amor absoluto» que sus crías demuestran al requerirlas a ellas más que a nadie.

La duración normal de la lactancia media humana, según diversos datos y de biología comparada, parece estar entre los dos años y medio y los siete. En una muestra, para madres norteamericanas que asistían a grupos de apoyo a la lactancia y habían dado el pecho más de seis meses, la edad media del destete estaba entre los dos años y medio y los tres, y algunos niños habían mamado siete

años. Aquellos niños, por tanto, destetados a los cuatro o a los siete meses y que empiezan a dormir más horas seguidas, han mamado menos de lo normal y están durmiendo más de lo normal. Lo normal es lo que hacen los niños de pecho: despertarse más a menudo después de los cuatro meses. Eso ayudó a la supervivencia de nuestros antepasados, al permitir que los niños mantuvieran el contacto continuo con su madre. No sabemos por qué los niños que toman lactancia artificial muestran un patrón anómalo de sueño. Los fabricantes de leche artificial siguen intentando que su producto sea «el más parecido a la leche materna»; puede que algún día solucionen también este pequeño problema del exceso de sueño en los niños (ibíd., pág. 91).

El tercer pilar es el colecho familiar, que significa dormir junto con los hijos. La duración también han de determinarla estos. Y si son varios niños, habrá que buscar el modo de unir camas o colchones para poder dormir todos juntos.

¿A qué edad dormirá solo?

Esta es una pregunta difícil. La actitud de nuestra sociedad ante el colecho es tan negativa que no hay estudios serios sobre su duración normal.

Si no se hiciera el más mínimo esfuerzo por sacar a los niños de la cama de sus padres, ellos mismos se irían tarde o temprano. No sé a qué edad, porque no conozco a nadie que haya hecho la prueba; sin duda la edad será distinta en cada familia, y dependerá del temperamento y de los deseos del niño y de sus padres. Pero estoy razonablemente seguro de que ninguno de mis lectores siente, en estos momentos, el menor deseo de volver a dormir cada noche entre su padre y su madre. Los japoneses suelen dormir con sus padres hasta los cinco años. Los chimpancés también hasta los cinco, pero tienen la pubertad a los siete, por lo que sus cinco años vienen a ser como diez de los nuestros.

Cuando no existían casas ni ropa, se hace difícil imaginar a un niño de menos de diez años durmiendo solo. Pero ahora dormir solo ya no es tan peligroso, y muchas madres y padres preferirían que los niños se fueran de su cama antes de los diez años. A otros padres, el colecho les es indiferente o les parece muy agradable. Puesto que no perjudican a nadie, están en su perfecto derecho a seguir durmiendo juntos todo el tiempo que quieran (ibíd., pág. 96).

Si un adulto está cerca, se reduce cualquier peligro nocturno. Los bebés y los niños han perecido en incendios, han sido abusados sexualmente por parientes que están de visita, han sido robados de su cama, han sido atacados por mascotas, se han asfixiado

después de vomitar y han muerto o resultado heridos en formas que se pudieron prevenir si un padre hubiera estado cerca para ayudar⁷⁶.

A continuación, expondremos las escenas de madres y padres que se vinculan en familia de este modo y explicaremos las razones por las que consideramos que perjudican a los niños objetualizándolos,⁷⁷ mientras vamos desgranando la ideología subyacente, la concepción del niño, los lugares de padre y madre en la familia y las potenciales consecuencias.

Estas madres que llevan a los hijos pegados a su cuerpo permanentemente durante su prolongada primera infancia (tres años al menos) creen que eso beneficia al niño. En concreto, piensan que un niño que recibe siempre respuesta a sus demandas será una persona más segura y que el contacto con la madre es una fuente de amor, por lo que si aquel es permanente, el niño vivirá este como tal. A esta práctica le llaman «porteo» y, para ella, utilizan la sujeción en brazos, los pareos de tela que se atan al torso de la madre y las mochilas. El niño ha de ir situado de cara a la madre, pecho con pecho. No es válido cualquier material ni cualquier mochila, en sus páginas web recomiendan la marca adecuada⁷⁸. Han sido detectados rápidamente como nicho de mercado y se comercializan productos específicos para ellos, en los que se aclara que se utilizan materiales «naturales» y biodegradables (no especifican en cuánto tiempo), que los envases son reciclables y otros aspectos sensibles para la ecología. Son productos de precios muy elevados, pero la mitificación de este tipo de crianza hace de estas madres sujetos permanentemente amenazados por la culpa de estar siendo malas madres, egoístas o descuidadas, así que todo lo que haya que pagar o sacrificar será asumido como un básico necesario.

Es curioso cómo aparece esta actitud en un momento en el que el sentimiento religioso católico ha dejado de tener presencia en la sociedad. Estas mujeres se entregan a la causa como antes lo hicieron las devotas cristianas. Y sus parejas se resignan o adaptan, como ellos hicieron antes. Fundamentalmente a través de la culpa. Porque, ¡pobre de aquel que

⁷⁶ Jan Hunt: http://www.naturalchild.org/jan_hunt/familybed_spanish.html

⁷⁷ Véase el artículo de los psicoanalistas argentinos Franco y Oleaga, proponiendo la misma tesis que yo defiendo, en <http://www.elpsicoanalitico.com.ar/um/um-franco-oleaga-colecho-incesto.php>

⁷⁸ «¿Por qué preferimos la mochila Manduca?» Artículo publicitario publicado en <http://www.crianzanatural.com/art/art201.html>

pregunte si la cama no podría ser para ellos o si no va a haber una relación sexual más frecuente o apasionada! Es tildado de bruto, para empezar, además de merecer la expulsión por profanar el sagrado vínculo entre madre e hijo.

Es un comentario insultante para la madre (se le acusa de no querer a su marido soolo porque sí que quiere a su hijo) y para el padre. Para «evitar la intimidad sexual», si su marido es normal, basta con el típico «me duele la cabeza». Si un marido es tan bruto como para no respetar esa negativa, ¿se detendría acaso por la presencia de un simple bebé? Y si la presencia del bebé es lo único que impide que una esposa sea violada por su propio marido, ¿qué derecho tenemos a privarla de esa última y desesperada defensa? (Oleaga y Franco, pág. 191).

En ningún caso, se habla del deseo de la mujer, puesto que esta **ha** desaparecido aplastada por La Madre. Toda su sexualidad la desarrolla en torno a su hijo, así que algún encuentro sexual rápido y funcional —ausente de deseo— de tanto en tanto, para satisfacer a su pareja, será suficiente para ella. La omnipotencia materna, el goce que la madre obtiene a través de ella y de la dependencia del niño es negada. Ni siquiera se habla. Todo se justifica en un supuesto beneficio del niño, al que se proclama como emperador. Y un «encomiable sacrificio» de una madre amantísima. Ella es la diosa que solo cede ante el verdadero dios: su hijo. Son madres que, si son alumnas en alguna disciplina, entran a clase con el bebé y luchan militantemente para que los demás reconozcan y aprendan que ese es el modo adecuado de vivir, y que aquellas que los dejaron en casa a cargo de otra persona o —peor aún— los llevan a la escuela, habrán de preguntarse para qué han tenido hijos, si no los aman verdaderamente, y cargar con las consecuencias futuras de sufrimiento de ese ser humano. Pero no solo como asistentes, cuando son profesoras también lo hacen, interrumpiendo la clase para amamantar a sus hijos que corretean por el aula.

En muchas ocasiones profesionalizan su maternidad transformándose en «doulas», que se definen como «asistentes sin titulación oficial que proporcionan información, apoyo emocional y físico a las mujeres durante el embarazo, parto y postparto» (Gosálvez y Pérez-Lanzac, 2015). Se convierten en «monitoras» de este patrón de crianza identificándose así con cada mujer madre con la que se relacionan, puesto que no es fácil salir de aquel lugar omnipotente que ocuparon durante tantos años a través de sus hijos.

Estas parejas de padres entienden que la libertad del niño está por encima de las normas de convivencia. Si son invitados a casa de amigos, acuden —obviamente siempre con su prole, de la que no se plantean separarse— y dejan que su hijo coma las mandarinas en el sofá blanco de los anfitriones. Si lo mancha, qué se le va a hacer, es inevitable, es un niño y su bienestar está por encima de cualquier otro asunto, más aún si estamos hablando de algo material.

Estos padres y madres que imponen la asistencia de sus hijos a cada cita, cada actividad social a la que acuden, no contemplan como legítima una vida individuada, no reconocen deseos adultos más allá de la crianza. Si el niño demanda constantemente e interrumpe conversaciones, le atienden, no le dicen «espera a que termine de hablar» o «juega un rato solo que después iré a ver lo que me dices», y consideran que todos los demás deben hacer lo mismo. Obviamente, separar espacios de niños y adultos sería una profanación inimaginable. Si se les plantea que podrían hablar de asuntos de adultos, temas en los que los niños no deben participar o no sería adecuado que escucharan, manifiestan que o bien no tienen esa necesidad (la niegan), o son capaces de postergarla hasta que sus hijos no les necesiten de ese modo («su sacrificio» es máximo), o bien —la opción más perversa— hablan de cualquier tema delante de los menores porque «no tienen nada que esconder ni que ocultar a sus hijos».

Esto hace que acaben relacionándose solamente con otros padres que entiendan la crianza como ellos. Asumen la pérdida o distancia de amistades como indefectiblemente ligada a su función principal en la vida: ser Padres con mayúscula. Desprecian, más o menos sutilmente, a los demás padres, esos que ponen límites a la libertad de sus hijos y que no se dan cuenta de que están cercenando un desarrollo que sería perfecto sin su intervención, sin convenciones sociales.

Es frecuente que consideren a sus hijos como genios en potencia a los que solo hay que despejar el camino para que muestren su brillantez. Por ello, cada vez más los educan ellos mismos en casa, porque consideran que los colegios deforman y dificultan el desarrollo de sus hijos que obviamente será superior al de los demás gracias a haber sido criados de este modo. No contemplan la socialización en la escuela como un aprendizaje necesario. Es más, frecuentemente atribuyen a los demás compañeros una hostilidad envidiosa hacia su hijo que solo puede resolverse así: alejándoles del acoso del mundo exterior. No solo son los compañeros, las maestras no entienden a sus hijos.

En esta concepción paranoide del entorno escolar, cada llamada de atención por parte de sus educadoras u orientadoras de los centros, lejos de ser escuchada como la opinión de personas formadas y experimentadas en constante relación con sus hijos —que puede o no ser acertada, pero merece una reflexión—, es vivida como un cuestionamiento global a su ideología y un ataque a su hijo. Estas profesionales no entienden que cada ser es diferente y que no hay por qué alarmarse porque su hijo no se relacione con los demás, o no atienda en la escuela, o cualquier otro tema por el que las tutoras habitualmente convocan a los padres.

Su papel como protopadres es incuestionable. Si sus hijos no consiguen finalmente demostrar al mundo su superioridad en el aspecto que sea, será porque durante su infancia elementos perturbadores truncaron su camino. O bien son «adelantados a su tiempo», por lo que el entorno es incapaz de percibir su genialidad. El enemigo está ahí fuera.

Estos niños que no aprendieron a lidiar con la frustración, a los que no se les enseñó a manejar la agresividad natural en cualquier relación, que dependen de sus padres para mediar con el mundo hasta muy avanzada edad, tienen dificultades que suelen empezar mostrándose en las relaciones interpersonales, pero van mucho más allá. Cuando pegan a otros niños de forma habitual, los padres suelen responder que son etapas naturales por las que hay que pasar, así que no debe dársele importancia. Es suficiente con decirles a los niños «hay que utilizar las palabras en lugar de pegar», sin tocarles ni impedir que lo sigan haciendo. Algunos son «tiranos» que solo aceptan relaciones en las que el otro siga ocupando el lugar de satisfacer sus deseos de forma inmediata, otros se repliegan sobre sí mismos, desconectando excesivamente del mundo exterior que tan perturbador ha sido, otros se posicionan en el lugar del que satisface al primero, puesto que no fueron los primogénitos y así se adaptaron al entorno en que crecieron.

Los niños y niñas en estas familias están muy erotizados. Chupan el pecho de sus madres para obtener placer (ya no para alimentarse), están en contacto permanente con los cuerpos de sus padres para calmar cualquier ansiedad. Duermen entre sus padres, que no podemos olvidar que son una pareja y tienen relaciones sexuales, erecciones nocturnas, etc. Es probable que sean diagnosticados de hiperactividad y trastornos de ansiedad. ¿Son problemas del sistema nervioso o es que están excitados, hiperestimulados sexualmente?

Estos niños criados sin límites, sin ley, frecuentemente desarrollan rasgos perversos. Necesitan saltarse el límite que el otro les pone para ver qué

pasa. Constantemente. Con cualquier adulto. Después, cuando consiguen provocar en el otro el enfado, cuando sacan al adulto de sus casillas, pueden mostrarse como víctimas de sus agresiones, injustamente tratados, o justificar su violencia con la del adulto que no se pudo contener. Quizá solo necesiten ver el sentimiento en la expresión del otro. O ir tocando los límites reales porque —al no haber sido educados en ellos— no los han introyectado y no pueden anticiparlos, están fuera, puestos por otros, móviles, inesperados. Eso es el mejor de los casos porque, en el peor, les resulta placentero el hecho de traspasar los límites en sí mismo, de ver al otro fuera de sí, fuera de sus límites, de dejarlo en evidencia, sintiéndose mal. Puede ser para demostrar que esos límites que no sabe o no quiere respetar no tienen valor o para destruir la subjetividad del otro.

No se está pensando en qué va a ocurrir con esos niños en el futuro, cómo podrán vincularse con otros. Si esos otros son como ellos, la guerra está abierta. Como ocurre con sus hermanos. Son niños educados como únicos —no como hijos únicos, sino como seres únicos en el universo—, sin ley, por lo que al final se impone la ley del más fuerte. Ellos no están protegidos de su propia agresividad, así que la violencia es constante en sus interacciones. Tanto la agresión abierta como la manipulación o el sometimiento. Cada uno desarrollará sus armas para conseguir su parcela de poder, de existencia. En el poder se lo juegan todo. ¿Qué pasa con el amor? El amor consistirá quizá en ocupar esos lugares para otros. ¿Cómo pueden seres sin limitaciones a su libertad, que creen que ser amados es recibir todo lo que desean del otro, hacer una relación con intercambio? ¿En qué intimidad podrán conectar con alguien? ¿Cómo no desecharlo en cuanto deje de servir a su causa? ¿Cómo no tener vínculos exclusivamente con personas sometidas y dirigidas por ellos, personas-objeto, o colocarse ellos en ese lugar para el otro?

El rol del padre en esta familia es el del un auxiliar materno subordinado, ayuda doméstica para la madre. Discapacitado de por sí por el hecho de no gestar ni amamantar, su palabra devaluada ha de ser aquiescente con su Ama. Su función será materna también, puesto que la paterna no tiene ningún valor. Es decir, la *ley* es entendida como agresión al desarrollo natural del niño, como hemos visto, y cualquier separación entre madre e hijo es vivida como amenaza a la felicidad de El Niño. Él nunca sentirá lo que ella, ni podrá aproximarse al amor entre madre e hijo, por lo que su palabra no tiene valor. Ni como padre, ni como hombre, que ya hemos visto antes cómo es considerado bruto y potencial violador por desear sexualmente a su pareja cuando esta ya ha parido hijos. La omnipotencia materna, por tanto, no tiene freno, no hay ley que proteja a esos niños de

la voracidad del deseo materno, no hay un lugar tercero en el que escuchar a nadie porque solo ella sabe lo que siente y en función de ello irá decidiendo lo mejor para sus hijos.

A continuación, muestro una entrada (post) en el foro de la web *Forocoches* (espacio de encuentro virtual masculino, en el que se comentan diversos temas que interesan a los participantes), de alguien apodado «Eutanasio», por el interés que tiene la visión de este tema por un varón no feminizado ni sometido:

¿Qué opináis de la crianza natural o crianza de apego? Se supone que es una forma respetuosa de educar a los hijos, sin castigarles, sin cachetes, sin decirles no, dejándoles que coman solo cuando quieran y lo que quieran, incluso dejándoles que se levanten de la mesa, se pongan a jugar y luego vuelvan a comer, incluso sin reñirles cuando por ejemplo molestan a los clientes de un restaurante. Las madres que han optado por este tipo de crianza suelen estar también en pro del colecho (dormir todos en la misma cama) y de la lactancia materna, rechazan la leche artificial (biberón), algunas también de la leche a demanda (darle al crío de mamar siempre que quiera y hasta la edad que le dé la gana), no dejar llorar a un bebe nunca, portarlo encima en lugar de en un carrito y pasar el máximo tiempo posible con el/la hijo/a son otros de los aspectos que consideran positivos. En teoría a muchas madres les parece muy bonito este método de crianza, pero he estado mirando por internet y siempre acabo en el mismo foro, uno llamado crianza-natural, da bastante miedo, para estas madres si un profesional sea médico, pediatra o psicólogo no está de acuerdo con la CN es un ignorante. Supernanny es un ser malvado, la llaman supernazi, y esto no es todo, la cantidad de problemas con la pareja y con la familia, tanto la propia como la política, da la sensación de que todas están divorciadas y son incapaces de hacer que un niño deje de pintar una pared porque claro, decirle que está mal es mermar su capacidad creativa, decirle «no» es negativo para el crío y si te quejas de que un niño está gritando y pegándole patadas a las sillas de un restaurante es que no entiendes que es un niño y se expresa así, por eso no debes decirle nada. Los problemas con la pareja vienen porque este tipo de madres, aparte de que se convierten en lapas de los hijos, están autoconvencidas de que solo ellas están informadas sobre la mejor manera de educar a un crío, si el padre no está de acuerdo es un ignorante, un hombre llega a su casa y se encuentra a un niño que hace lo que le da la gana sin que nadie le diga ni *mu*, como al padre se le ocurra regañar al crío por tirar la comida al suelo se encontrará con una madre histérica que le llamará garrulo e ignorante por no respetar al niño. Estas madres suelen ser amas de casa o trabajar a media jornada como

muchas madres, pero el estar casi todo el día intentando educar a un hijo sin regañarle, sin castigarle, sin decir la palabra «no», sin amenazas del tipo «si no comes no te dejo ver los dibujos», los pezones hechos polvo por la lactancia a demanda, etc., están tan saturadas que se pueden volver insoportables para todo su entorno, sobre todo para su marido. El pediatra Carlos González es su gurú y E. Estivill, autor de *Duérmete niño*, el demonio en persona para ellas. Desde que pasé por ese foro (poblado por mujeres por cierto) tengo muy claro que si mi novia me habla de crianza natural un hijo mío no lo va a tener, a ver estos críos cuando crezcan cómo salen. No puedo poner links pero se encuentra enseguida poniendo en google crianza natural, no tiene desperdicio el subforo desahogo. Eutanasio, 8 de mayo de 2013.⁷⁹

«NIÑOCENTRISMO»: PADRES QUE ORGANIZAN SU VIDA ALREDEDOR DE SUS HIJOS

Familias que no se relacionan más que a través de sus hijos. Que los fines de semana van un día al hipermercado o a llevarles al partido y otro a ver a los padres de uno u otro, de forma fija. No pueden fallar porque «los niños tienen que ver a sus abuelos». No salen casi con amigos porque dicen que los niños no duermen bien la siesta en el carrito. En sus grupos de Whatsapp alardean, quejosos, del tiempo que llevan sin ir al cine y sin dormir bien.

Se diferencian de los de «crianza natural» —además de en la forma en que educan— en que estos no sostienen ideológicamente su modo de relacionarse en familia. Ni siquiera se plantean que hay varias posibilidades. Se adecuan a la única opción que creen posible. Ellos leen en su entorno las expectativas, escucharon a sus padres, de los que no se han alejado, no se han individuado. Las cosas son como son. Hay que hacer lo que hay que hacer. La vida es así. Ser padres es esto. Este tipo de frases en ellos funcionan como sentencias y son coherentes con lo que siempre han imaginado que serían. No hay disenso en su discurso. No quisieran ser de otro modo, pero temen la sanción social. Ellos comparten las tesis de esas sanciones. De hecho, las formularán habitualmente para marcar la diferencia con los que incumplen. «Qué egoístas son los Jiménez, que se van de viaje sin los niños» o «Con el dinero que se ha

⁷⁹ <http://m.forocoches.com/foro/showthread.php?t=3248048>

gastado en ese bolso podría haberle comprado a los niños un abrigo de más calidad, que hay que ver».

Visten a sus hijos como se espera en su entorno. Sin estridencias. «No hay que dar que hablar, ni por más, ni por menos». No se plantean permitir a los niños elegir su propia ropa, porque entienden que su papel es seguir transmitiendo «cómo se hacen las cosas», como se ha hecho siempre. Lo otro son «cosas de niños» que hay que ir limando y amputando hasta que quepan en el mismo molde en el que encajaron sus padres y ellos. Hay que ser adecuado.

Puede entenderse que esto no tiene mayor trascendencia en la vida de estos niños, puesto que ellos están ahí viviendo la suya. Pero si traspasamos la ilusión de que esa vida es suya, podemos ver cómo no eligen nada, así como tampoco dejan elegir a sus hijos. Sí, podrán decidir en qué casa vivir, pero con férreos condicionantes. No pueden alejarse mucho de sus padres que les ayudarán con la crianza y, cuando se hagan mayores, necesitarán de su ayuda. No hay cesión sin contraprestación. Sus sueldos son bastante estables porque su actitud frente al trabajo es la misma. No asumir riesgos, permanecer en la media y quejarse como todo el mundo de sus jefes o condiciones laborales. Una queja eterna que sirve para seguir siendo como los demás, que no refleja un deseo de cambio, que no será un motor de cambio. Así que esa casa y ese coche serán parecidos a la que han escogido sus hermanos, sus vecinos, los hijos de los amigos de sus padres. Ni siquiera son libres para escoger sus propios objetos de consumo.

Y esos niños, a los que no se presupone subjetividad, pueden vivir esto con más o menos violencia interna, según sea el precio que tengan que pagar. Porque en estos hogares hay niñas homosexuales, que pretenden llevar camisetas con estampados de coches y bermudas al cumpleaños de sus primos, en lugar de adornar su pelo con lazos y lucir vestidos. Ya pueden luchar por ello, que lo único que conseguirán es salir despeinadas del cumpleaños, con el vestido manchado y habiendo «perdido» las horquillas y los lazos por jugar a lo que no deben. El tema de la negación de la homosexualidad es grave y claro, pero en cada pequeño gesto, cada elección que quisieron hacer, han recibido la misma respuesta, así que les costará un esfuerzo mucho mayor que a otros niños identificar sus deseos y sostener la búsqueda de sus caminos. A los que lleguen a intentarlo. Estas familias no van a tolerar que se hable de ellos porque tienen una niña lesbiana. Este tema lo negarán siempre, aunque lo intuyeron muy temprano. Pero deciden no pensarlo y favorecer que su hija sea normal. Que no llame la atención. En parte lo hacen por ella, pero

fundamentalmente es porque saben que «dar que hablar» implica una marginación invisible o manifiesta. Que ellos «se contaminarán» de la misma, que serán tachados socialmente, aunque no les digan nada. Saben lo que se dice a sus espaldas. Lo mismo que dicen sus padres. Y esta expulsión es equiparable a la muerte. Es inconcebible, insoportable. Es preferible negar la diferencia.

EL NIÑO COMO EXCUSA, COMO FALSO SENTIDO DE UNA VIDA ABURRIDA Y VACÍA

Hablamos de esas personas que constituyen al hijo en el argumento para permanecer en una pareja en la que se perdió el deseo hace tiempo. Un hijo es útil puesto que obliga a cierto calendario, rellena las horas del día. Las necesidades del niño se pueden transformar en infinitas, en prioritarias, en el argumento para no tener tiempo para uno mismo. Abandonaron aquel trabajo que les apasionaba porque no era tan estable, olvidaron sus aficiones y se alejaron de aquellos amigos tan divertidos pero que «fíjate, han acabado separándose unos cuantos», prueba irrefutable de que algo no estaba bien en su modo de relacionarse, «quizá no haya que salir tanto de noche entre cervezas, que luego ya se sabe. Aquello tuvo su momento». Ahora son padres y se levantan temprano los sábados al igual que los demás días. Los niños los necesitan desde primera hora, trescientos sesenta y cinco días al año. Son la excusa perfecta.

Es frecuente que la que más se ocupe de estos niños sea la madre. Es decir, ella sabe lo que los niños necesitan y se lo transmite al varón. Este se ocupa de cosas, por supuesto, puede que de muchas, pero se ha transformado —probablemente siempre lo fue— en un hombre-alga, que se mueve con las corrientes. Me refiero al tipo de padre que acepta que su mujer le organice la vida, le diga lo que tiene que hacer. Una esposa así evita tener que pensar en sus deseos y en si, de hecho, los está buscando, si está siendo fiel a sí misma.⁸⁰ Obturan las dudas sobre si eligieron a la mujer de sus sueños o aceptaron el camino previsible y conocido que no les iba a cuestionar más. Si estudiaron y buscaron trabajar en aquello que deseaban o hicieron la carrera que tenía más salidas y se fueron acomodando en trabajos con suficiente sueldo y seguridad. Igual que no se atrevieron a contrariar las expectativas de sus propios padres que guionizaron parte importante de su vida, esperan que siga habiendo

⁸⁰ «Solo se siente culpable quien cedió en su deseo» (Lacan, 1959-1960/1997).

un jefe, una mujer que les cubra los huecos que las preguntas abrirían. Luego pueden quejarse y sufrir porque su vida no es lo que las películas le prometían. Ya tienen culpables. O pueden optar por pensar que otra cosa hubiera sido un fracaso, sueños de adolescentes que no son más que eso. Que la vida real es así, que hay que resignarse, que triunfadores hay uno entre un millón y obviamente no le tocó a él.

Tenemos otra versión. La del que se repite como un mantra lo que ella le dice y se convence de que es feliz. Se dice que no podría estar con una mujer mejor que ella: más sabia, más sacrificada, más capaz, más fiel, mejor madre. Piensa —o se fuerza a pensar— que tiene una familia modelo, con niños buenos a los que ha de entregar estos años de su vida para asegurar su felicidad futura. Niños que le querrán y le acompañarán cuando sea él quien los necesite. No entienden entonces por qué no desean a sus esposas y sí a la mujer que acaba de sentarse cerca. Por qué no tienen ganas de hacer las cosas que se supone que deben hacer. Por qué se deprimen y tienen tanta ansiedad. Consultan por problemas sexuales en la pareja, si lo hacen, o por crisis de angustia. Les deriva su médico de cabecera tras comprobar que no hay nada físico que provoque sus síntomas en el cuerpo.

PADRES SIN AUTORIDAD QUE NIEGAN EL SUFRIMIENTO DE SUS HIJOS

Hablamos aquí de tantos padres y madres actuales que, por temor a que los niños se enfaden con ellos, acallan sus protestas dándoles lo que piden o haciendo lo que sea que calme sus gritos. No soportan la distancia que se establece cuando dos personas se enfadan. Creen que los niños pueden dejar de quererles, y evitar esa situación bien merece hasta que los pequeños les peguen patadas o golpes. No es que no protesten, lo hacen; pero no impiden al niño volverlo a hacer. No le muestran firmemente lo intolerable que es agredir como respuesta a la frustración. El amor no puede estar en juego, así que ellos lo compran con cesiones y objetos.

Cuando son adolescentes caprichosos y violentos, estos padres pueden mostrarse como víctimas de sus agresiones, negando el papel que jugaron enseñándoles que el amor era así.⁸¹ Son padres que ante la protesta

⁸¹ La sociedad los ve ahora por televisión en el programa de telerrealidad *Hermano mayor*, que emite Cuatro TV, en el que los adolescentes agresivos con sus padres aparente-

de sus hijos bebés frente a la comida, en lugar de traducir su queja diciéndoles que saben que están cansados, o que hace calor, o cualquier otro motivo, pero que tienen que comer un poco, empiezan a cantar una canción infantil en tono elevado para tapar el llanto y distraer al chico. Que al hacer esto de forma habitual, acaban por generar el hábito de las cancioncitas o bailecitos durante las comidas. O les ponen la televisión o vídeos en YouTube.⁸² Todo menos relacionarse directamente y sin estrategias falseadoras con su hijo mientras le ayudan a alimentarse. Ni que decir tiene que, si no aceptan un alimento un par de veces, se lo retirarán de la dieta permanentemente. Se aliarán con sus fobias en lugar de ayudarles a superarlas. Y como este síntoma, todos los que vengan. La patología que va desarrollando el niño campa a sus anchas, sin una instancia que opere para resolver sus malestares de otro modo.

No son padres aislados, estadísticamente despreciables, puesto que la industria ha generado multitud de productos en esta misma línea negadora de la frustración y el sufrimiento en los niños. Vemos por ejemplo cómo actualmente se edita la novela de Louisa May Alcott, *Mujercitas*, deformada, haciendo que la pequeña Beth sobreviva en lugar de morir, y que el padre también esquive la muerte y vuelva de la guerra (Alcott, 1991). Hace décadas ya que las películas producidas por Disney evitan escenas en que los niños vean situaciones que no se resuelvan de forma satisfactoria en el mismo filme. Las canciones infantiles, superficiales y tontas, describen objetos e historias sin ninguna pasión ni enjundia.

No será fácil para los niños criados de esta forma aprender a lidiar con la vida real. Parece que los adultos prefieren no pensarlo. Los cuentos populares antiguos relataban la vida, las canciones infantiles reflejaban las situaciones reales que el niño vivía. De esa forma, podían ir elaborando las angustias inmensas que vive un niño, tan dependiente, tan frágil, tan inseguro de que vaya a permanecer junto a él aquello que le da estabilidad. Actualmente, se niega que los niños son y sienten así, que la vida resulta difícil desde el comienzo. Parecen cuentos hechos para estos padres infantiles —los que dicen afrontar sus problemas «pensando en positivo» y repitiendo frases de libros de autoayuda—, para que sean ellos los que se calmen. Así podrán seguir en la farsa de una vida sin angustia,

mente son reeducados por un exdeportista que se rehabilitó tras el consumo excesivo de drogas.

⁸² Véase el análisis del anuncio «Nutribén. Papás potito» y «Nutribén. *Fun food*», en el capítulo anterior.

falta, dolor y miedo. Seguirán sin afrontar que no existen las princesas, ni los príncipes azules, ni su madre les ama incondicionalmente, ni los finales son siempre beneficiosos para el protagonista, ni la belleza física garantiza el amor. Que no existe ninguna garantía de nada y que no es cierto que uno recibe lo que «merece», porque no hay instancias que repartan justicia universal ni nadie merece nada.

ADULTOS QUE NIEGAN LA SEXUALIDAD EN LA INFANCIA

Resulta llamativo que, un siglo después de Freud, la sociedad siga sin asumir la sexualidad como algo natural, inherente a la vida, presente en el psiquismo humano desde su origen, al igual que la agresividad.

Cuando los padres acuden a consulta porque sus hijas se masturban, lo hacen con vergüenza, empujados por los tutores de la escuela o el miedo al rechazo social que esto provoca. Es un tema que no hablan con nadie, ni siquiera con la niña, a la que ven restregarse en los brazos de los sofás o contra las esquinas de los muebles. Cuando las tutoras de la escuela infantil les comentan que sus hijas de dos años se masturban,⁸³ antes de la siesta, frotando boca abajo su pañal contra la colchoneta o metiendo en él su manita, o que, en ocasiones, mientras los demás niños juegan o realizan actividades, ellas se retiran y frotan sus genitales con un juguete o una silla, que sudan, se acaloran, se excitan y se relajan después, cuando escuchan esto, la reacción más frecuente es «defenderse» y asegurar que eso no lo han visto nunca en casa. Las niñas que, en lugar de jugar con sus compañeros o pintar con las manos y los pies, necesitan masturbarse para tranquilizarse están mostrando un nivel de angustia que merece atención, pero en sus padres, en la mayoría de las ocasiones, el hecho de que el síntoma sea sexual supone una dificultad inmensa para abordarlo. Demasiados fantasmas sobre ellos: la mujer con deseo sexual es una «puta», va a ser rechazada socialmente y por los hombres que «merezcan la pena». Se sienten violentos y culpables. ¿Estará siendo abusada por alguien? es una pregunta que está bien hacerse siempre, hay que proteger a los niños, pero, en su caso, parece señalar

⁸³ No es infrecuente, pero, al ser silenciado socialmente, da esa impresión. Yo he visto numerosos casos en consulta y en las escuelas infantiles, con los que hasta las tutoras tienen dificultades.

un modo de desculpabilizarse y situar a la niña en un lugar de víctima que la redima de ser sujeto de su excitación y conducta sexual.⁸⁴

En esta negación de la sexualidad infantil también son acompañados por la ideología imperante. A tal punto que los muñecos bebé desnudos que actualmente se fabrican ya no tienen genitales externos. Y nadie ha visibilizado este hecho como sí lo harían en caso de que fuesen todos fabricados sin una oreja. De nuevo, poniéndoles difícil a los niños integrar su cuerpo, su imagen corporal, su excitación sexual, presente desde el origen de la vida. Qué difícil será elaborar algo que —si no aparece en ningún lado— será silenciado por ellos y vivido como violento y extraño porque a nadie más le ocurre. Sabemos que es muy difícil lidiar con la sexualidad pero, precisamente por ello, los niños no necesitan que se les pongan más trabas.

PAREJA QUE NO PUEDE IR DE VACACIONES SIN LOS ABUELOS O «LA CUIDADORA» PORQUE NO SE HACE CARGO DE LA VIDA COTIDIANA Y EL CUIDADO DE SUS HIJOS

Es tan poco el tiempo que pasan con sus hijos o hijas que no consiguen hacerse cargo de sus rutinas. Sus momentos con ellos han sido de ocio, de fin de semana. Los baños, comidas, transiciones al sueño y llantos nocturnos son atendidos por otras personas casi todos los días, así que cuando les toca hacerlo lo consiguen puntualmente, pero les resulta imposible hacerlo en periodos más prolongados. Veranean con los abuelos y salen de fin de semana a casa de familiares o en compañía de amigos. La relación directa con sus hijos, la responsabilidad completa les inquieta e incomoda, así que siempre pondrán en medio a otras personas. Dependen de ellas para relacionarse con sus hijos.

NIÑOS CON DOS NOMBRES

Los padres querían uno, aunque en la familia se ha hablado de varios y el familiar que va a registrarlo lo hace con otro. Parece una situación extraña pero no lo es, aunque lo que aquí nos interesa no es este hecho, sino cómo reaccionan algunos de estos padres.

⁸⁴ No estoy minimizando las situaciones de abusos sexuales tan frecuentes en la infancia, estoy analizando la masturbación infantil no procedente de abusos.

Lo más probable es que se relacionen con el niño por el nombre que ellos decidieron, no por el oficial del registro, pero hay muchas ocasiones en que permiten que esa dualidad se prolongue en el tiempo. Si ni siquiera avisan en la escuela infantil de que el niño es llamado en casa de una forma diferente a la que ellos tienen registrada, posiblemente pasen meses en que ese niño es llamado de distinta forma en distintos lugares. De algún modo, así satisfacen a sus padres, los que impusieron el registro con el nombre que sigue la tradición familiar, por ejemplo, mientras ellos hacen lo que quieren, lo llaman como realmente deseaban.

Estos padres que no dan importancia al nombre de su hijo, que priorizan sus propias necesidades frente a las del ser humano que construirá sobre él su identidad, muestran con esto una pequeña señal de lo que será su relación con su hijo a lo largo de toda su infancia.

PADRES CUYA PALABRA VACÍA NO FUNCIONA COMO LÍMITE

Situémonos en un parque público. Los niños pequeños llevan algunos juguetes pero se interesan por los que traen los demás, que son nuevos y parecen atractivos a juzgar por la actitud de sus dueños. Uno de ellos decide levantarse y coger el juguete de otro, lo que provoca el llanto o enfado de su dueño. Ante esta situación cotidiana, las respuestas de ambos padres (madres, generalmente, que son las que acuden mayoritariamente a los parques) pueden ser varias.

Si pertenecen al grupo defensor de la «crianza natural» del que antes hablábamos, harán que el pequeño ladrón devuelva su juguete, puesto que compartir no es natural y ya los niños lo harán cuando lo decidan, cuando estén preparados para ello. O bien les mentirán diciendo «los juguetes son de todos», creando una confusión en el niño, que no sabrá cómo actuar. Otros padres querrán que sus hijos aprendan a relacionarse correctamente desde temprana edad y tratarán de encontrar un modo de que se desprendan de los juguetes, expresen lo que quieren sin violencia, pidan permiso, jueguen en compañía y otras actitudes que serán valoradas en el futuro.

Cada padre educa como puede y como quiere, pero unos y otros necesitarán de la palabra para conseguir sus fines, y es en la consistencia de esta palabra en lo que ahora ponemos el foco de atención.

La escena que mostramos aquí es aquella en que, ante el conflicto abierto de los niños, que emplean su fuerza y su llanto para conseguir lo que desean, escuchamos la voz del adulto que dice: «No se pega, Miguel, se pide con palabras. Pídeselo y verás cómo te lo presta». Su tono es calmado, controla su propia agresividad y, mientras tanto, un niño sigue agrediendo al otro o ya ha conseguido su objeto de deseo con la violencia que necesitó para ello. Este hecho no provoca ninguna reacción en ese padre o madre. Los deja seguir, viendo que ya se han calmado, o utiliza el mismo tono para decir: «Dale las gracias a Martita por prestarte su juguete».

¿Qué valor tiene la palabra de esta persona? Si en sus dos intervenciones hay un par de mentiras y otro par de normas que no hace cumplir, ¿cómo es que dice que sea el niño el que emplee la palabra como medio de conseguir lo que desea? Probablemente se dice a sí mismo que está educando a su hijo con diálogo, que la comunicación es fundamental en las relaciones padres-hijos y, cuando estos crezcan, no entenderá por qué es tan desobediente, por qué no le contó que estaba en problemas y se enteró cuando ya era tarde. Por qué su palabra no tiene valor para su hijo.

MADRE QUE HA OCULTADO AL PADRE QUE TENÍA UNA HIJA

Una mujer mantiene una relación no muy larga con un varón en la que él manifiesta no querer tener hijos. La relación termina por otros motivos. Ella está embarazada y no lo dice. Cuando escolariza a su hija, con unos meses, puesto que se marchó a trabajar a otra ciudad, se observa que comparten apellidos y la madre cuenta que es fruto de una fecundación asistida.

Actualmente, cada vez más mujeres optan por la maternidad sin pareja y acuden a clínicas que asisten a la fecundación. O lo hacen por otras vías. En este caso, no estamos analizando cómo hacer que esa situación sea buena para el bebé que tendrá porque, al igual que las madres emparejadas, lo importante será que ella tenga instaurada la *ley* en su propio funcionamiento psíquico. Que la función paterna no se niegue ni se le reste importancia, sino que se permita ser ejercida por personas o instancias que limiten ese deseo materno. Que ella reconozca autoridad fuera de sí misma.

Pero volvamos a nuestro caso. Al cabo de tres años, aquel varón se presenta en la escuela y explica su versión de la historia, acompañada de la denuncia y demanda de paternidad presentadas por él. Explica que si de hecho es padre, quiere tener relación con su hija.

Las relaciones de pareja no son fáciles y en muchas ocasiones se rompen, pero son relaciones entre pares, dos adultos igualmente capaces y responsables. Dos sujetos. Cuando uno de esos adultos considera que tiene derecho a hacer creer a su hijo que carece de padre, cuando le hurta esa figura tan importante que de hecho existe, está mostrando cómo esa criatura es suya y puede hacer lo que quiera con ella. Cómo no considera que haya ninguna ley por encima de su propio deseo. Cómo el deseo y bienestar de su hija no son tomados en cuenta en sus decisiones. Sus decisiones, exclusivamente suyas. Igual que su hija.

MUJERES UNIVERSITARIAS QUE ELIGEN A UN VARÓN INMIGRANTE DE BAJA EXTRACCIÓN SOCIOCULTURAL Y ECONÓMICA COMO PAREJA O PADRE DE SU HIJO

Son mujeres en la treintena, esa época en que se plantean la maternidad. Mujeres que se han preocupado por su formación, con acceso e interés por la cultura y una ideología de izquierdas más o menos marcada. Se han preocupado por tener conciencia social, lo que les ha llevado al feminismo y a la preocupación por el abuso de occidente sobre el resto del mundo. Han aprendido a valorar la diferencia y son políticamente correctas, es decir, quieren ser buenas y cumplir con las normas que evitan discriminaciones a cualquier grupo social no favorecido.

A lo largo de su vida, han tenido parejas y compañeros sexuales y afectivos como el resto de las mujeres de su generación, aunque quizá con mayor libertad y disfrute sexual que la media. En un momento dado, comenzada o mediada su treintena, escogen como pareja a un varón procedente de un país menos desarrollado económicamente: latinoamericano, rumano o africano. Es un hombre de escasa cultura y con un trabajo sencillo, uno para el que no se requiera formación específica: camareero, albañil, mensajero. No tiene expectativas de obtener uno con mejores condiciones en este país por su falta de preparación. Quizá tampoco lo anhela.

Es una pareja llamativa porque ella, que defendió públicamente siempre su libertad y autonomía, que renegó del machismo de sus anteriores compañeros, elige a un hombre que nunca entenderá siquiera de qué le

está hablando. Celoso, noctámbulo, acostumbrado a que las mujeres trabajen para él, genera situaciones que para ella son inconcebibles y desembocan en escandalosas discusiones. Ella comprende que parte de un punto muy primario y tiene paciencia porque también se beneficia del apasionamiento de su pareja. A diferencia de los españoles, este parece amar sin freno y desearla constantemente. Le plantea una entrega «absoluta» y la exige de ella. La necesita mucho, la llama, la busca, se preocupa por conocer a sus amigos y quiere salir siempre que ella sale. Muestra su amor en público sin inhibirse por vergüenza o costumbres sociales.

A partir de un momento en la relación, unas continúan esperando el cambio en él, del que dicen percibir un grado, y otras —conscientes ya de que ese cambio no se dará— deciden conscientemente quedarse embarazadas. Ambas seguirán el mismo camino: parirán a su hijo y al poco tiempo se separarán del padre. Las primeras se sienten decepcionadas al ver que las diferencias culturales se acentúan con la crianza y ellos, lejos de ocuparse al cincuenta por ciento, como ellas esperan, de casa e hijo, continúan con ese ritmo de cambio que por tan gradual les parece ahora imperceptible.

Las segundas se plantean la separación desde antes de la concepción. Quieren ser madres, tienen la edad adecuada y unos ingresos suficientes como para hacerse cargo solas económicamente de su hijo. No es importante quién sea el padre, ni la relación de este con su hijo. Ellas se ocuparán de todo. Y así ocurre. Muchos de ellos desaparecen por propia voluntad, como pasa a menudo en su entorno de origen, y otros reciben la demanda de divorcio. En la situación actual de fuerte crisis económica, no es extraño que ellos no puedan mantenerse en España sin un entorno familiar con quien compartir las cargas económicas, así que puede ser que, después de un tiempo de intentarlo, renuncien a estar cerca de su hijo.

En los casos de mujeres que concibieron con la intención de separarse después y alejar al padre de sus vidas, se ve más claramente cómo ese bebé es un objeto. Es «para ella» y es ella la que decide todo sobre su vida. Hasta que no tendrá relación con el padre. Ese padre que nunca mereció su respeto. Que ocupó un lugar diminuto. Solo le interesaba biológicamente: en el psiquismo de ella no hubo sitio para una ley que

podiera vehiculizar un tercero.⁸⁵ Para un padre que impidiera que hiciera de su hijo un objeto de goce. Nadie más que ella decidirá nada en la vida de ese niño.

MUJERES QUE PROGRAMAN EL PARTO EN EL OCTAVO MES PARA NO ENSANCHAR CADERAS

No es fácil congraciarse tantas expectativas sociales que recaen sobre ella. Debe estar físicamente atractiva hasta muy mayor y tener hijos. Junto a las horas de deporte y la importante parte del sueldo empleada en cremas, tratamientos estéticos y cirugías (nariz, pecho, liposucción en muslos y abdomen, etc.) aparece ahora el asunto de los hijos.

Toda precaución será poca a la hora de hacer que ese embarazo, parto y postparto dejen las mínimas huellas en su cuerpo. Las carísimas cremas antiestrías durante el embarazo acompañarán a las horas de gimnasio y la estricta dieta. Pero no todo es tan fácil. Si deja que el embarazo llegue a término y tiene un parto natural, las caderas se ensancharán, la piel de la tripa se romperá definitivamente y la vulva perderá su apariencia de juventud. Habla con otras mujeres en su misma situación y le dan los consejos adecuados. Sus médicos (el cirujano plástico fundamentalmente, pero también ese ginecólogo bien escogido) le ayudarán poniendo la ciencia de su lado para facilitar su misión. Si su cuerpo es su medio de vida, será más fácil justificarlo, pero no es necesario tanto.

Ella decide —junto con su médico— programar el parto en el octavo mes para evitar ese ensanchamiento de caderas. Saben que el desarrollo pulmonar del feto no estará completado, por lo que antes recibirá medicación que lo acelere en lo posible. El parto, por tanto, se hará por cesárea, con la mínima cicatriz posible que después se retocará. Anestesia total que impedirá que ella sea consciente de lo que supone el nacimiento de su hijo. Un trauma menos. Pero se puede aprovechar ese quirófano para mejorar las cosas. Sabe que si quiere recuperar su cintura, además del ejercicio abdominal, puede optar por extirparse las costillas flotantes, las últimas, que no encuentra tan necesarias y sí dificultan ese estrechamiento del abdomen tan importante. Algunas de ellas programan para ese mismo momento otros arreglos estéticos. Es buena ocasión para li-

⁸⁵ Véanse los capítulos «Propósito de estas tesis» y «Subjetivizar a través del psicoanálisis: propuestas de intervención», donde se incluyen algunas explicaciones sencillas sobre la función paterna, el *lugar tercero* y algunos otros conceptos relacionados con el tema.

marse barbilla y nariz o elevarse los pómulos. El tiempo que tardará en volver a presentarse en sociedad servirá para bajar las inflamaciones.

Es obvio que optará por la lactancia artificial para no estropear más su pecho, que bastante ha sufrido con ese crecimiento en el embarazo. Se lo podría reconstruir después, pero ya se sabe que las estrías son difíciles de combatir. Además está la complicación de tener que adaptar su vida a esas interrupciones constantes. En realidad, a ella le cuesta pensar en un bebé alimentándose de su pecho. Bastante le cuesta cuidarlo para que siga siendo el objeto erótico que ha sido hasta ahora como para poder pensarlo de otro modo. Las leches artificiales son buenísimas ahora. Ya lo dicen los anuncios, lo más parecido a la lactancia materna. Aunque quizá pueda hacer lo que le han recomendado: sacarse leche con el aparatito eléctrico durante un mes. Eso hace que recuperes la figura mucho antes. Se la podría dar cualquiera en biberón, no necesitan su presencia. Después, la inyección y listo.

No es difícil entender las dudas que nos genera el lugar que ese hijo tiene para su madre. Arriesga voluntariamente la salud de esa persona en el futuro, ella y su cómplice necesario: su médico. Y, ¿qué pasa con el nacimiento y primeros meses de vida de su bebé? Obviamente, no puede atenderlo, no se ocupará de su alimentación, su higiene, su temperatura. Ni de su necesidad de ser abrazado y sostenido por su madre. De sentir su olor cuando le alce si llora, su ritmo cardíaco ya conocido, el tono de su voz. Ella no considera que el vínculo con su hijo esté hecho de estas cosas. No se plantea las necesidades de un ser humano al llegar al mundo. Tampoco su papel en relación con todas estas cosas. A las madres se las quiere siempre. Y a los hijos también.

Deliberadamente, no citamos al padre. Está tan de acuerdo con todo esto que le ha transmitido sutilmente en muchas ocasiones lo importante que es para él que ella sea tan atractiva, lo que brilla en las fiestas. Él entiende que las mujeres tienen que hacer estas cosas para ser bellas. Siempre se dijo que para presumir había que sufrir.

Es cierto que solo mujeres de elevada situación económica se pueden permitir esto, pero las nombramos porque también existen, y con su feroz intento de cumplir los patrones ideales y ser socialmente adecuadas en su entorno, han hecho de sus hijos ese otro objeto necesario para ser aceptadas.

PADRES QUE DECIDEN NO VIAJAR PORQUE EL NIÑO LLORA EN EL COCHE

Los bebés no entienden por qué deben ir sujetos con cinchas en el coche, tan incómodos, y hasta que se acostumbran protestan como saben hacer: gritando y llorando. Ante esta situación, como en cualquier otra que provoque esas reacciones en los niños, cada padre se comporta de diferente modo. Los hay que, asumiendo que su hijo tendrá que trasladarse en coche con cierta frecuencia hasta que acepte esta realidad, comienzan desde el principio a mostrarles que no tienen alternativa. Intentan entretenerlos, parar cada cierto tiempo y asumir un cierto grado de protesta.

Otros, aquellos cuya ideología incluye no dejar llorar a un bebé sin abrazarlo y calmarlo, evitan este tipo de transporte, ya que es ilegal que los niños vayan en brazos en los coches y su correcta seguridad se está controlando con frecuencia.

En el tercer grupo, que es el que nos interesa en esta ocasión, se reparten las funciones: el padre conduce y la madre se sienta junto al niño para entretenerlo. Es una clara imagen de la estructura con la que se configurarán estas familias: la madre vinculada con su hijo y el padre fuera, realizando tareas funcionales. Que esto ocurra las primeras veces no es extraño, que se instaure como norma es lo que llama la atención.

Aún más llamativo es que hay un cuarto grupo que no sujeta con cinturón a sus hijos en el coche argumentando abiertamente que «no le gusta nada, no lo soporta».⁸⁶ Son padres que hacen dejación de su función fundamental: proteger la vida de su hijo. Que no soportan el lugar de autoridad, que no quieren esforzarse demasiado en su paternidad, que no soportan las protestas como hemos ido viendo en diferentes escenas antes.

«NIÑO PASTEL»

Este extraño título proviene de una frase literal de unos padres de un niño de nueve meses en una tutoría: «Nunca nos han gustado los niños. Ahora, no es un niño, es un pastel».

⁸⁶ En 2013, según datos de la DGT, veintitrés niños murieron en accidentes de tráfico, de los cuales ocho no llevaban cinturón de seguridad.

El niño llora mucho en la escuela, le está costando mucho la adaptación y, por eso, son llamados y responden de esa manera. Es un niño poco atendido —ya advierten los padres que nunca les gustaron los niños—, poco estimulado, al que dejan llorar habitualmente, por lo que su llanto se ha transformado en un gemido continuo que parece no esperar respuesta ni consigue ser calmado por sus educadoras. Lo mantienen quieto y sujeto muchas horas al día, aun cuando el niño está físicamente preparado para sentarse, gatear, explorar su entorno. Los padres están frenando conscientemente su desarrollo hacia la autonomía porque no tienen suficiente interés en el desarrollo de su hijo como para invertir más energía en ello. De cualquier forma, «no es un niño, es un pastel», así que ni siente ni padece, parecen querer decir. No es importante lo que se haga con ellos a estas edades, no son humanos, no son sujetos. Son objetos. No se puede decir más claro.

PADRES QUE SE VAN SIN DESPEDIRSE

Desaparecen sin decir nada a sus hijos porque «si le veo llorar me muero de pena y no puedo irme». Aprovechan que está en el baño u ocupado en algo, para salir de puntillas y desaparecer. Prefieren engañarlos o traicionarlos a asumir que las despedidas cuestan.

Un poco después, cuando estos niños desean algo de sus padres, el adulto a cargo les dice que se han ido. Como es algo que hacen desde el inicio de la vida del niño, este aprende que sus padres no son una presencia estable ni fiable, que en cualquier momento desaparecen, por lo que, en el mejor de los casos, desarrollan una angustia de separación patológica y necesitan estar pegados a ellos cuando están presentes. Es posible que se hagan pis en la cama hasta bastante mayores, que tengan miedos excesivos que los condicionen, que hipertrofien sus rasgos obsesivos, como si la apariencia de control pudiera evitar la angustia. En el peor de los casos, dejan de esperar de sus padres y se les ve como niños desapegados, precozmente independientes. De los que cuando su padre se va del parque y les dice: «Bueno, Juan, pues yo me voy, tú verás si te quedas o te vienes» (esa frase tan escuchada como último intento de llevarse a los niños a casa, ante la que los niños se asustan y corren detrás de sus progenitores), permanecen imperturbables o se levantan para ir en dirección contraria.

Si los padres se comportan como delincuentes, es que sienten que están delinquiendo. Que no deberían irse a trabajar por las mañanas o salir a cenar los viernes fuera de casa porque el niño llora. Y porque ellos no

toleran el llanto de su hijo, no toleran que exprese su disenso con ellos, que muestre que siente pena, rabia o miedo porque se alejen de él. En fin, que exprese sus sentimientos como el ser humano que es. Ellos prefieren tapar esos sentimientos o taparse ojos y oídos para no enterarse de ellos. No muestran que su palabra tiene valor, que si le dicen «papá tiene que salir, vendrá a la hora del baño a estar contigo» unas cuantas veces, el niño entenderá que, cuando entre en la bañera, va a ver a su padre. Sabrá que su palabra es fiable, sabrá a qué atenerse y buscará recursos para apañarse hasta esa hora.

Después, cuando a una edad más avanzada haya otros conflictos mayores, esos niños podrán sujetarse a las palabras, podrán calmarse con palabras, utilizarán palabras para explicarse la difícil situación y sostenerse frente a la angustia, porque la palabra supone para ellos mucho más que un conjunto de fonemas, representa un sentido que en ese momento necesita. Y no solo están empezando a aprender así a enfrentarse a los conflictos, también están percibiendo que las situaciones menos placenteras tienen límites y asirse a ellos ayuda a sobrellevarlas. Si el dolor y la pena son parte de la vida, mejor aprender a manejarse con ellos.

PADRES QUE MIENTEN PARA NO DECIR VERDADES QUE DUELEN

Argumentan que prefieren evitarles el sufrimiento cuando les dicen que el abuelo está de viaje en lugar de explicarles que ha fallecido después de esa enfermedad. Como si el niño no hubiera notado que el abuelo no estaba bien los últimos días, que incluso había dejado de verlo como hacía antes, como si no percibiera —más que ningún otro habitante de la casa— la tristeza en la mirada de sus padres.

Si los padres deciden separarse, prolongarán excesivamente (el último caso que he escuchado un año y medio) la conversación en la que contarle que lo van a hacer y cómo va a ser su vida a partir de ahora. «Papá tiene que trabajar en otra ciudad, cuando venga aquí estarás con él; mientras vives conmigo.» La tensión entre ellos ha sido notable durante tiempo, pero prefieren pensar que «es aún pequeño para darse cuenta», así que deciden contárselo «más adelante». Se demoran meses en decir la verdad. Para entonces, el niño ya ha vivido en soledad su angustia, y su fantasía ha construido varias historias terribles. Y lo peor es que sabe, percibe, que lo que le dicen no es cierto, con lo que pierde una parte de esa necesaria confianza en los padres cuando aún se depende de ellos. Su sentido de alerta se agudiza, y ante cualquier situación se le dispara la

imaginación rellenando de fantasía aquello que ignora. Ya sabe que no puede esperar recibir una respuesta que le conforte si decide preguntar a papá o a mamá. En muchas ocasiones, se entera de la verdad por otras vías. Escucha a sus padres hablar con otros, otros niños se lo cuentan. Esto ya puede hacerle sentir traicionado por sus padres. Los únicos en los que busca protección completa, seguridad. Certeza.

De nuevo son ellos los que quisieron protegerse y utilizaron a los niños para ello. Si no se puede hablar de esa separación delante del hijo, no hay que afrontarla del todo. Si no hablamos de la muerte del abuelo, podemos negarla durante un tiempo más. Hacer como que los sufrimientos no son reales del todo. Caiga quien caiga. Aunque sea un niño el que lo haga.

PADRES QUE PREFIEREN SEGUIR SIENDO HIJOS

Parejas que proyectan tener hijos contando con que la madre de ellos los críe. No se despiden del lugar de ser hijos de sus padres, no se hacen cargo, no se ocupan, tienen varios hijos, y son los abuelos los que los recogen del cole y pasan las tardes con ellos o los llevan a las extraescolares. Posiblemente solo con los abuelos consiguen comer bien o dormirse sin peleas. Ellos no tienen autoridad. Son los abuelos los que los recogen del colegio y se hacen cargo hasta que ellos —que salen de los trabajos u ocupaciones a última hora de la tarde— llegan a casa. Algunos de esos padres «agotados» delegan en la abuela hasta el punto de que ella acaba tomando las decisiones sobre los pasos del desarrollo del chico y acaba tan dentro de esa relación que no se puede hablar de una familia estructurada como madre-padre-hijo. La abuela está en las cabezas de los padres, que la culpan de los errores mientras le consultan cada decisión o paso a dar. Dependencia no resuelta que les evita ser los únicos responsables de la crianza de sus hijos. Así siempre pueden encontrar responsabilidades fuera de sí mismos para desculpabilizarse ante las dificultades de sus hijos: «No podemos hacer más», «En estos tiempos son necesarios dos sueldos y el trabajo es así».

PADRES QUE NIEGAN LO QUE SUS HIJOS SIENTEN PARA IMPONERLES SU IDEAL

Los niños se pelean abiertamente. Muestran su agresividad sin la represión o el barniz que los adultos aprendieron a emplear. Así que los padres se ven obligados a tomar alguna postura frente a ella cuando apa-

rece. Pueden decirle que está mal pegar porque haces sufrir al otro y que eso no se lo van a permitir, que les entristece o enfada que lo hagan y que pida perdón a aquel al que ha dañado. Pueden poner palabras a su rabia diciendo que saben que lo ha hecho por esta o aquella razón, pero que es algo que debe cambiar (mostrando así que saben que se trata de un proceso de aprendizaje).

Pero es habitual escuchar a los padres tras un conflicto entre niños decirles: «No se pega a los amigos, anda, dale un besito». En la actitud de ese niño está claro que, lejos de querer besarle, lo que siente son ganas de volverle a pegar o arrancarle el juguete de las manos, pero sus padres hacen como si no lo vieran y les imponen este discurso incoherente con sus sentimientos. Están pidiendo a sus hijos que, independientemente de lo que sean o sientan, deben aparentar ser lo que ellos esperan, deben aparentar encarnar su propio ideal de hijo. En este caso, se trataría de hacer ver que es un niño educado y agradable, que no siente rabia, que no desea dañar o comerse a su compañero con ese mordisco, ni golpearlo porque le quitó su camión. Prefieren negar la realidad de sus hijos, ignorar u ocultar el modo en que va configurando su manera de ser, transmitiéndoles un ideal férreo. Posiblemente, sus hijos son vividos como prolongación narcisista. Intentan forzarles a que sean líderes, listos, colaboradores, que aprendan antes que nadie a leer; sanos, guapos, delgados, sociables, fuertes si son chicos, delicadas si son niñas. Transmiten los ideales sociales para que recaiga sobre ellos el reconocimiento.

VALORACIÓN DE LA VÍCTIMA POR ENCIMA DEL AGRESOR

Ser víctima está socialmente valorado. Los padres de un niño agredido recibirán más apoyos que los del agresor cuando se conozcan los hechos. Si hay un conflicto de este tipo y perdura en el tiempo, es obvio que hay problemas en ambos niños, luego habrá que tomar posiciones para evitar su repetición.

En estos casos, la mayoría de los padres evita cuestionarse por qué los demás niños le escogen para hacerle rabiar, qué hace él y qué podría hacer para evitarlo. Esto sería lo que ayudaría al niño a entender la situación y aprender a manejarse en su entorno social. Lo que le ayudaría a ser más hábil y más fuerte. A estar mejor preparado para la vida.

En lugar de eso, simplifican el análisis. Su hijo es una víctima y los otros son malos. Así colocan a su hijo en lugar de objeto del otro, sin ninguna

participación ni responsabilidad, de lo que se deduce que el problema está fuera de su casa, que no tiene que ver con su hijo. Así no tienen que revisar qué está pasando con ese niño para que no pueda defenderse de las agresiones de otros. Tampoco lo asociarán con que la relación entre sus padres tiene esas connotaciones: uno de los dos machaca al otro reiteradamente; o con que uno de sus padres toma esa posición de víctima frente al mundo, y el niño se está identificando con él o ella. O con la relación que ellos han establecido con él y cómo le han enseñado así a relacionarse con los otros.

Con esta forma de entender la situación, consiguen de nuevo colocar al niño en posición de objeto, pasiva, frente al otro, que es el sujeto que decide y hace. Y se justifican diciendo que es la prueba de que necesita que le resuelvan los problemas, que «lo protejan», volviendo a mostrar como peligroso el mundo exterior, «la gente de fuera», los otros. De nuevo, vuelve al útero materno de donde nunca debe salir del todo. Donde estará protegido. Donde solo sufrirá «por su bien».⁸⁷

BEBÉS *REBORN*: PERSONAS QUE SE RELACIONAN CON MUÑECOS HIPERREALISTAS COMO SI FUERAN DE VERDAD

Son muñecos-bebé hiperrealistas, hechos con materiales blandos (vinilo, silicona), que no están destinados a que jueguen los niños, sino los adul-

⁸⁷ Un ejemplo notorio lo tenemos en la película *Enredados* (2010), producida por Disney y dirigida por Nathan Greno y Byron Howard. En uno de los diálogos, se dice lo siguiente: «¿Quieres salir de la torre? ¡Ay! Rapunzel. Mírate tan frágil como un brote, un retoño nuevo de una frágil flor. ¿Sabes por qué estás en esta torre? Así es, es por tu bien querida, porque aquí estás a salvo. Este día tan triste yo esperaba, dejarás el nido, así será. Pero aún no, créeme amor. Sabia es mamá. (Caderazo contra el cierre de las cortinas). Madre sabe más, óyeme atenta, el mundo exterior es cruel (muy siniestro el mundo es). Sabia es mamá (Madre sabe más), de alguna manera algo saldrá mal, lo sé. Sucios rufianes (monstruos feos), hiedra venenosa, caníbales también, la peste sí, nubes negras (mientras sacude a su presunta hija con la fregona), hombres también, de largos colmillos (el hombre del saco), no, no más, que me atormentas (¡qué disgusto me estás dando!). Madre está aquí. Madre te protege. Un consejo te daré. Evita el drama a quien te ama. Madre sabe más. Haz caso a tu mami, sola no subsistirás. Pobre y sin casar, inmadura y torpe, entre varios te comerán. Eres una infeliz, niña descarriada, ¿no te ves? y además... ¡te sale papada! ¡Lo digo porque te quiero! Madre entiende bien. Madre te protege, tan solo te pediré Rapunzel. (Ahí está el feroz rinoceronte, ahí un asalto y agresión. Solo tu madre sabría. Yo que tan sola te he cuidado siempre. Vete ya que yo me lo merezco, y que pruebes hoy la suerte cruel, tarde será y luego vendrás.) Si la vida te castiga, sabia es mamá».

tos. Su precio oscila entre los mil y los tres mil euros. Es un fenómeno internacional, que en España ya cuenta con doscientos fabricantes. Las personas que los compran se relacionan con ellos casi como si fueran personas reales. Se «adoptan» después de haber sido encargados y pueden ser hechos a medida, enviando fotografías de bebés reales que pueden ser «replicados».

Lo interesante del fenómeno es que sus compradoras (generalmente son mujeres) los tratan como si fueran bebés reales, pero los prefieren a ellos por su cualidad de objetos: no lloran, no tienen accidentes, no se mueren, se portan bien o mal, según su dueña decida. Proyectan sobre ellos sus fantasías como haría una madre real sobre su bebé, pero todo está controlado, los miedos que les producen las relaciones con los hijos no pueden aparecer.

No nos interesa el objeto en sí, sino las personas que lo consumen y la forma en que se relacionan con ellos. Para ello, vamos a transcribir y comentar sus palabras, al ser entrevistados en un programa de televisión sobre «Bebés *reborn*» por la periodista Samanta Villar, en Cuatro TV, el 30 de enero de 2015. Son cuatro casos diferentes, una persona casada y con dos hijos; otra sin pareja que tuvo dos abortos en gestación avanzada; una pareja que «no se atreve» a tenerlos, y, por último, una mujer mayor cuyo marido «no comparte esta afición». Los comentarios aquí no están discriminados por caso, puesto que no se marcan grandes diferencias entre ellos con respecto a los asuntos estudiados.

— He perdido dos hijos, ese bebé ni se va a enfermar ni se va a morir.

Está ocupando el lugar de hijo, lo deja claro, pero un hijo sin vida, sin falta ninguna, perfecto a sus ojos.

— Es el sitio donde desconecto si me apetece —refiriéndose a la habitación de bebés *reborn*.

Una desconexión de la realidad, con sus complejos requerimientos, la insatisfacción de la vida cotidiana.

— No me extraña que algunas se crean que es un *hijico* de verdad —en palabras de una abuela.

El entorno de las personas que practican este tipo de relación deliroide tiene que tomar posiciones. En este caso, una mujer mayor, abuela ya, reconoce que el uso que se les da es ambiguo, y encuentra normal que algunas mujeres piensen que pueden tener un hijo objeto.

— ¿Qué es un bebé *reborn*? Lleva sus venitas, su tono de piel, pesa como un bebé de verdad.

La respuesta es llamativa, se refiere exclusivamente a las características materiales del muñeco. De forma concreta, específica. No dice que es un muñeco precioso, ni nombra las emociones que le produce, ni habla de cómo se puede jugar con él, porque no es un juego. Es un sustituto real de un hijo para ella.

— A este le vi y era igual que mi sobrino. Se llama igual que mi sobrino. Es como tener a mi sobrino toda la vida pequeño [...] Sensación de tener a mi sobrino otra vez. Este sí que está dormidito.

Es una réplica de un bebé con el que se ha relacionado. Que no crece ni se desarrolla ni interacciona con ella. Pero ella sí lo hace con él. Y está dormido. El placer de relacionarse con lo inerte. Con la falta de vida.

— Se le puede pellizcar, se le puede abrir la boquita, lleva lengua, encía. *Contra más perfectos sean a*⁸⁸ un bebé de verdad, pues mejor.

— ¿Echaste el babero que te hizo mi madre? Lo que le hace ilusión a ella me hace ilusión a mí —dice el marido de una propietaria.

De hecho, en su aniversario le regala ropa para los muñecos y en el marco del salón hay tres fotos: el día de la boda, los anillos y la foto de los siete bebés *reborn* en medio. Así muestran su «vida perfecta», su «familia perfecta». Se trata de un delirio compartido. De hecho, el marido viene con un bebé —al que coge como si lo fuera realmente— y dice:

— Le traigo a su niño. (Dirigiéndose a la periodista.)

— Déjame un poquito que ya sabes que... da tanto gustito tenerlo abrazadito que se va a quedar conmigo aquí a la siesta. (Y el marido le trae el biberón.)

Un hombre adulto que dice a su pareja que le trae «a su niño». Ese hijo que hubiera sido real si él se lo hubiera «dado», situación que evitan ambos. Es un hombre aparentemente asexuado, en posición femenina. A

⁸⁸ El lenguaje con el que se expresan denota su falta de cultura, pero no podemos atribuir relación causal a este hecho, puesto que es probable que personas en situación más favorable socioeconómicamente no se presten a ser expuestos de este modo en televisión.

cambio de la ausencia de hijo, le compra muñecos y entra en su delirio. Funciona como una compañera de juegos de la niña que da biberones a los muñecos. No demanda que ella salga de ese lugar para relacionarse como dos adultos, no se coloca en hombre demandándola como mujer. Está al servicio del deseo de ella, para la que ocupa un lugar auxiliar, como podemos ver en la conversación siguiente en la que deja claro que en el tema fundamental para ellos —el nombre de los hijos-muñecos— ella será quien tenga la última palabra.

— Nos gustan mucho los niños a los dos —dice el marido—, lo que pasa es que creo que nos gustan tanto los hijos, que los vemos tanta responsabilidad, que a la larga nos da miedo.

— No me quedé —apunta ella—. Se nos hicieron las pruebas. No llegué a ir nunca al tratamiento porque tuve miedo de que luego los perdiera, no me quedara y me frustrara, embarazos múltiples... No echamos de menos tener un hijo, disfrutamos de los sobrinos, de hijos de amigos.

— El nombre es tema de polémica, como en todos los matrimonios —dice el marido.

— Ya que me soporta y me aguanta, se llamará Ariadna, como él quiere. Pero luego habrá otro que se llame Leire, como yo quiero —afirma la mujer.

— No jugamos con muñecas, es un *hobbie* —dice la madre de ella, que le regala un capazo real.

— Se le puede introducir el chupete sin tener que ir imantado.

— Mi ilusión era tener unas gemelas de silicona. (Por eso tiene ropa doble de la misma talla.)

— Son de silicona de los pechos, quirúrgica. Están trabajando en un prototipo que mueve los labios, el ceño, «le hemos puesto respiración», el pecho se mueve, sube y baja.

— Existe un extra: *Drink and wet*, que toma biberón y moja los pañales.

Las características técnicas del muñeco son importantes para los propietarios, muy centrados en lo concreto del objeto.

— Cada bebé es como el primero. Los mismos nervios, la misma preocupación porque todo quede como ella quería. Dormirá poco, como las

tres últimas noches. (Pareja que va a Bilbao a «adoptar» —término que ellos utilizan— un nuevo muñeco.)

El hecho de que sea «perfecto» (que todo quede como ella quería) es un detalle reseñable porque denota la diferencia con un bebé vivo. Si fuera una adopción de un bebé, no podría plantearse perfección alguna, puesto que no existe en la realidad. Solo un objeto puede ser «perfecto».

— No se queja ni llora ni nada. Está siempre contenta con su sonrisa puesta.

Uno de los aspectos más repetidos en estas situaciones es pretender tener el control de lo que suceda: aspecto físico, ausencia de enfermedades o problemas, «estar dormidito» o siempre contento, en lugar de demandar algo que no sepan identificar o a lo que no sepan responder, como ocurre habitualmente en la maternidad.

— Es un sueño cumplido.

O lo que nosotros llamaríamos una demanda satisfecha. Los sueños están del lado de los deseos, son incumplibles, o al menos no satisfacen plenamente, por lo que provocan la continuación del deseo, del impulso vital. Esta confusión entre demanda y deseo, entre hijos y muñecos, entre sujetos y objetos es lo que los sitúa en ese espacio extremo que nos interesa en esta investigación: se aproxima enormemente a la objetualización del hijo. Si bien este grupo poblacional no es representativo de la mayoría, es un indicador más del cambio en los vínculos en el momento actual.

— Dos hijos muertos. Tomo *Naxopreno*⁸⁹, pastillas para la ansiedad. Tengo fibromialgia, estenosis, fatiga crónica. Y es como si tuviera mi cuerpo cien años.

— Soy una persona maltratada y me moriré siendo una mujer maltratada. La gente quizá no se da cuenta de lo que es un abrazo, un te quiero. Sentirte querida, sentirte respetada. Eso es muy importante.

— Me dan ternura, paz, compañía. En esta foto están las personas que quiero. (En ella aparecen los muñecos.)

⁸⁹ Seguramente se refiere a un analgésico llamado Naproxeno.

Esta persona muestra más claramente la proyección que hace sobre los objetos y la relación que establece con ese imaginario proyectado. Ella se presenta en una posición inamovible de víctima —«moriré siendo una mujer maltratada»—, de objeto del otro. Son los otros los que no se dan cuenta de sus necesidades. Es decir, son los que debieran hacerse cargo de ellas. Es la gente la que no se da cuenta, ella no es responsable de nada. Ni de su propia vida ni de sus deseos. En lugar de buscar ese cariño o respeto que dice necesitar, compra muñecos a los que llama personas, a los que dice amar y recibir de ellos ternura y compañía.

— No se puede decir que porque tengas un bebé estés mal de la cabeza.

— Yo de momento, gracias a Dios, no tengo ninguna carencia.

— Tengo un bebé porque yo no quiero tener hijos. Es una decisión que tomé por circunstancias de mi vida [...] No me aporta ni molestia ni sufrimiento y me aporta mucha felicidad, que en el fondo la felicidad es gratis.

Vuelve a aparecer el muñeco en sustitución del hijo real. Qué ocurre con ese *deseo de hijo* que, en lugar de decidir si se satisface o no, se transforma en esta relación patológica con un objeto. Ella misma se presenta como «sin carencias», sin faltas, sin necesidades insatisfechas, puesto que las que cree tener son tapadas con esta relación deliroide con objetos inermes que dice que le aportan felicidad «gratis». El objeto se obtiene a través del pago de unos mil a tres mil euros. En este caso la negación, uno de los mecanismos de defensa frente a la angustia más primitivos, ocupa un lugar principal en el discurso.

— Ella está tan feliz, yo tengo el brazo dislocado, pero ella más feliz.

Dice de la muñeca a la que sostiene mucho en brazos. Repite así su lugar de víctima, el otro es feliz gracias a su sufrimiento.

— Es un bebé *reborn* pero es un muñeco.

— Bueno, hay mujeres que no les gustan los muñecos.

— Perdí a mi hija embarazada de cinco meses. Luego de seis semanas. Por las circunstancias psicológicas. No era un bebé buscado.

— Nada es reemplazable pero te da una alegría. Me aportó una estabilidad emocional. Te sientes vacía y eso te llena.

No está tan claro lo que es para ella. Sabe que debe decir que es un muñeco, pero lo trata como a un bebé real. Y confunde también la realidad al decir que hay «mujeres» a las que no les gustan los muñecos. Es a las niñas y niños que juegan a ser madres y padres a los que les gustan los muñecos. En la infancia, es necesario elaborar los conflictos de las relaciones con los adultos, especialmente con los padres, a través del juego. Ella lo hace en la edad adulta. No se trata de que le gusten los muñecos, está haciendo lo que puede para elaborar los importantes conflictos que tuvo y tiene con la realidad. Consigue incluso que sus «circunstancias psicológicas» sean ajenas a sí misma. Habla de ellas como algo ajeno que provoca sus abortos y no lo relaciona con que no fuera un embarazo «buscado», es decir, no lo relaciona con su propia falta de *deseo de hijo*. Por el contrario, consigue convertirlo de nuevo en un discurso en el que algo ajeno a sí misma le daña. Y ante el vacío de su existencia, el mismo que cada sujeto vive, pero que en ella debe ser vivido más intensamente por esta desconexión consigo misma,⁹⁰ fantasea «llenarlo» con cosas.

— Mira a cámara porque es muy coqueta, le gusta mucho la fotografía.

— Quiero que parezcan niños de verdad.

— Este está castigado. Este es Alfonsito y es muy malo. Mira, mira, es tremendo.

— Rubén ahora está feliz con su mamá.

— No lo zarandeas... te parece que estás manipulando un niño... te parece que le puedes hacer daño.

— A veces te mandan una fotografía, de un hijo que ya tiene cuarenta años.

— *Reborn* es eso, un proceso de creación de vida. Y de ilusión. Se lleva cariños, ilusiones... piensas si lo querrán, lo cuidarán cuando llegue a su casa.

⁹⁰ Esto es un nuevo reflejo de la ruptura de vínculos intrapsíquicos, que es uno de los rasgos del discurso con el que se vincula esta escena. Además se evidencia la ruptura de los vínculos interpersonales, sustituyéndolos por objetos en estos casos.

— Meredith⁹¹, muñeca prematura. Treinta semanas de gestación. Han pedido un bebé enfermo.

Son palabras de una usuaria y fabricante de muñecos. El hecho de que se confundan con bebés reales es necesario para fomentar la proyección de la fantasía. Que no parezcan objetos sino sujetos. Que se puedan colocar en el lugar de un hijo propio. En ocasiones esto es literal, se solicitan muñecos que repliquen a sus propios hijos cuando eran bebés o después de muertos⁹². Esta fabricante lo relata como «proceso de creación de vida». En todos los casos aparece esta ilusión de vida sobre el objeto. Es tal la negación que, ante la solicitud de una muñeca que replique un feto de treinta semanas de gestación, ella lo nombra como «bebé enfermo».

PADRES DESCONFIADOS DE «LOS DE FUERA»

Que al llegar a la escuela no advierten a su tutora si su bebé ha dormido bien o le ocurre algo, pero no olvidan preguntar al recogerlos cómo han pasado el día. Cuando escuchan que no ha estado como siempre, se permiten comentar lo que había ocurrido. Al llevarlo a la pediatra no comentan todos sus síntomas. Se guardan una parte para comprobar si ella explora o no todo lo que debiera. Es posible que lo hayan buscado en internet y sepan qué debe saber para descartar uno u otro diagnóstico.

Son padres desconfiados, que están constantemente poniendo a prueba la valía o adecuación de los demás. La sospecha no se acalla nunca, no

⁹¹ Nombre curiosamente cercano a «meretriz».

⁹² Entrevista realizada por Eva Dallo a una «artista» fabricante (Dallo, 2014): «Yo recibo muchísimos encargos de madres que han perdido a sus bebés. Casi el 20% de los que hago, probablemente. El resto son principalmente coleccionistas», explica Lourdes E. G., una de las mejores artistas *reborn* españolas. «También hay gente que se abre contigo, mujeres que no pueden tener hijos, con depresión o con síndrome del nido vacío. Otras los quieren para terapias de Alzheimer o autismo. Pero prefiero no personalizar, no explicar sus historias. Traicionaría su confianza», añade esta madrileña de 36 años, madre de un niño —biológico— de doce años. Aun así, menciona sucintamente, sin dar nombres, un caso concreto. «Una mexicana me escribió pidiéndome una réplica de su hijo de dos meses que había muerto hacía dos semanas en un incendio muy sonado que hubo en una guardería de México (Sonora, 2009). Yo le dije que se diera un tiempo, que lo pensara mejor y que acudiera a un médico...»

es un momento inicial de la relación tras el que confían en su autoridad: permanece siempre, es la base de todas las relaciones que establecen.

Conciben así a sus hijos como potenciales víctimas, siempre en riesgo de ser mal atendidos, siempre necesitados de su supervisión y control. Cuando entran en Primaria, se enteran de las opiniones de otros padres sobre los profesores, viven en permanente alerta las vidas de sus hijos, que no tardarán en justificarles con un «me tiene manía» o cualquier otro recurso. Los niños no quieren traicionar a sus padres. Necesitan mostrarles que están de su lado, adaptarse al medio en el que les ha tocado vivir. Tardarán mucho, si lo consiguen, en concebirse de otro modo, en tomar otra posición ante el mundo.

NIÑOS QUE LLEGAN DESCUIDADOS A LA ESCUELA

Otra voz de alarma para las maestras es el hecho de que niños que no están en situación de dificultad social acudan a la escuela de forma habitual con la ropa sucia, manchada de papilla seca, o vieja, pero de una talla que no les corresponde aún, con legañas o mal olor. No hay mucho que interpretar en estos casos: el abandono físico que muestran se corresponde con otros signos del mismo abandono. Son padres que no consideran que estos seres tan dependientes merezcan una atención que a ellos les cuesta un esfuerzo vivido como excesivo.

Es fácil deducir la actitud que tomarán cuando la necesidad de su hijo sea un tratamiento dental a tiempo, un refuerzo en su desarrollo motor que implique llevarlo y traerlo a deporte un par de veces, acudir a un logopeda durante una temporada o una terapia psicológica.

Las consecuencias en esos niños serán las obvias, su dentadura les generará problemas en el futuro y de las demás dificultades también saldrán como puedan. Pero hay algo peor. Al no haberles mostrado que si se tiene un problema hay que tratárselo, lo más probable no es que ellos de adultos busquen tratamientos adecuados a sus problemas, sino que ni siquiera los identifiquen como tales o piensen que «no compensa» hacerlos, porque cuidarse no es algo importante que hayan incorporado de forma natural.

PADRES QUE DUERMEN CADA DÍA UNO CON EL HIJO

O bien se reparten a los hijos por las noches: el padre duerme en el cuarto con el mayor, en la cama de su otro hijo, mientras la madre y el pequeño duermen en la cama de matrimonio. Por supuesto, no es motivo de consulta, aunque sí lo sea en ocasiones de discusiones familiares que no cambian un ápice la situación. Es algo que comentan sin darle importancia cuando se les pregunta por la cotidianeidad para entender los síntomas de sus hijos.

Aquellos que se turnan durmiendo con el hijo, en lugar de dormir juntos y enseñar al niño a estar tranquilo en su dormitorio, argumentan que lo hacen «para ocuparse de él y poder dormir suficiente a lo largo de la semana». Son familias en las que los lugares de adultos y niños no están claros. Si no, no asumirían con naturalidad que su hijo «necesite» dormir acompañado para estar tranquilo. Probablemente entiendan lo que le sucede, porque a ellos les ocurrió o les sigue ocurriendo igual. Seguramente, más adelante, cuando uno de los dos tenga que viajar, el otro dormirá con su hijo porque «a mí no me importa y total, mi cama es grande, cabemos perfectamente».

De esta forma continúa la cadena de síntomas hasta que alguno en la línea generacional decida hacerse cargo de sus dificultades y revise el sentido de sus síntomas.

PADRES OBSESIVOS QUE PROVOCAN DIFICULTADES CON LO ANAL

Hay niños en edad de llevar pañal que nunca hacen caca en la escuela. Que, cuando van a ser limpiados en el cambio de pañal, dan señal de sus problemas cerrando y apretando las piernas. Que se angustian cuando van a ser limpiados.

Los adultos que no han resuelto sus problemas se los transmiten a sus hijos, como hemos podido ver hasta ahora. En ese caso, padres obsesivos se preocupan excesiva, inútil y permanentemente de las defecaciones de sus hijos y, ante un posible estreñimiento o como prevención del mismo, aplican a sus bebés jeringuillas de agua a modo de enema, les introducen por el ano ramitas de perejil, supositorios, palillos de algodón o sus propios dedos con aceite. Su necesidad de control de su entorno se extiende a sus hijos, y como la caca puede ser retenida o retrasada

por estos, hacen de ella su campo de batalla. Nunca mejor dicho, aunque la agresión que ejercen contra ellos de forma reiterada sea recubierta de cuidados. Ellos dicen que lo hacen por su bien, claro está, no podrían reconocer otra cosa si ni siquiera se hacen cargo de su propia agresividad.

Cuando sean mayores podrán defenderse, pero, de bebés, los niños dependen de ellos y no pueden evitar ser objeto de su control de esta salvaje manera.

FAMILIAS CLÁSICAS «SOCIALMENTE ADECUADAS»

Responden a lo que de ellos espera la sociedad, encarnada en sus padres, su entorno. Buscar un trabajo suficiente, una pareja adecuada, tener hijos en la treintena, comprar casa. Todo vivido como inversiones, seguridades. El deseo está ausente porque lo subjetivo, lo particular de cada uno, no tiene cabida. Marionetas de una escena que les supera.

Aún no he hablado del modelo de familia más común, a mi juicio. Bueno, más que modelo de familia, modelo de *deseo de hijo*. Me refiero a la gente que tiene hijos porque «es lo que se hace, tener pareja e hijos» a determinada edad. Pienso en esos hombres y mujeres que simplemente se dejan llevar por lo que se espera de ellos. Terminan sus estudios, buscan un trabajo más o menos estable, y establecen una relación de pareja con alguien «adecuado». Escogen una pareja que sea coherente con su mundo social, que no sea demasiado diferente a su familia o amigos, que no llame la atención salvo por su belleza o capacidad económica. Una vez escogida, una vez pasado el primer periodo de enamoramiento —si es que este se da—, dejan de cuestionarse su relación y asumen que será para siempre. Esto implica una mutua adaptación con sus consecuentes renunciaciones. Se adaptan a las familias políticas. Pero de un modo peculiar. Como si se dijera «no hay cesión sin contraprestación». «Si tenemos que ir los domingos a comer a casa de tu madre porque es una tradición, y a ellos lo que les hace felices es ver a sus nietos, entonces veraneamos en el pueblo de mis padres al menos la mitad de las vacaciones, como compensación a mi sacrificio.» Véase que no hay espacio para el deseo, para improvisar libremente un domingo configurado de otro modo o para buscar un pueblo en el que no tengan deberes familiares para disfrutar su verano. Siempre hay deudas que pagar, y estas condicionan las decisiones, si es que pueden llamarse así. Es un estilo obse-

sivo de relación: protocolizado, de intercambio, frío, desubjetivizado, vacío de ilusión o deseo.

La primera deuda es la hipoteca. Es importante para estas parejas que el otro «se comprometa», y esto implica tener dinero en común, posesiones a medias, incluso los hijos se viven así a veces. Estos «objetos» requieren que ambos se impliquen y empleen tiempo y esfuerzo en ellos. Se viven, inconscientemente, como una inversión. Se esperan como una garantía de que el otro no va a marcharse, no van a ser abandonados tan fácilmente, porque no es tan fácil deshacerse de una propiedad común, ni bajar el nivel de vida, ni pagar las pensiones de los hijos, ni organizarse una vida independiente con tanto gasto y tanto lío. Un modo de «garantizarse» que no estarán solos en su vejez, que les retribuirán con los mismos domingos que ellos pagan a sus padres. Que en su vida no habrá vacíos inesperados que tengan que aprender a ocupar del modo en que decidan hacerlo.

Estas parejas entienden que la vida no es del todo propia. Que uno no elige —ni estaría bien que lo hiciera— cada uno de sus movimientos. Sería tildado de egoísmo o inmadurez. Aún sigue vigente socialmente la idea de que una mujer consigue hacer «sentar la cabeza» a un hombre. Y este sentar la cabeza —extraña expresión que rebaja la cabeza del varón al lugar del trasero— consiste en encarrilarle hacia ese esquema preconfigurado en el que él cumple con sus deberes. Ellas, por su parte, se viven como mujeres a las que les falta algo si no tienen pareja, si no están pensando en tener hijos en algún momento, tema que se vuelve candente alrededor de sus treinta y cinco años. Estas parejas podrían ser llamadas clásicas, aunque se diferencien de las de antaño en algunos aspectos.

Ahora se permite que tengan ciertas aficiones y actividades independientes. Ellos pueden hacer deporte con sus colegas: jugar al fútbol, al *paddle*. Y, por supuesto, se ponen a correr, entrenan, van mejorando sus marcas, se apuntan a medias maratones o carreras benéficas. Puede que también salgan el primer jueves de cada mes con sus amigos de juventud, o con los que han hecho en algún trabajo o curso de formación. Son actividades muy acotadas, en las que se supone que ellos disfrutan de su espacio propio sin arriesgar la continuidad de la pareja.

Ellas no lo tienen tan fácil, pero también lo intentan. Su gimnasio suele incluirse en la hora de la comida, para no quitar tiempo a estar con los niños, y sí, quedan con sus amigas «de antes», aunque suele ser en las casas de cada una, porque siempre hay alguna que «no puede» salir, o

algún niño enfermo, un marido encubiertamente celoso, una excusa de ahorro, en fin... Se dicen a sí mismas que no tienen necesidad de estar en la calle para hablar de sus cosas, que el tiempo de salir de copas ya lo vivieron en su momento, que están bien así.

Hablan de sus matrimonios o parejas como algo «inevitable». Como si tuvieran que asumir las dificultades con resignación. No esperan una vida sexual placentera, por supuesto; mucho menos apasionada. Dan por hecho que el matrimonio acaba con la vida sexual, se resignan a tener algunos encuentros esporádicos rutinarios. Lo suficiente para que el otro no se queje o para no parecer raras. Y a fantasear, consciente o inconscientemente, con otros objetos de deseo. O encubrir esta insatisfacción con un empeño en otra actividad. El cuidado de los hijos, el trabajo, la atención estética al cuerpo mediante el ejercicio, la alimentación, las operaciones, el cuidado de sus familias u otras actividades. Llegan a convencerse de que eso «no es tan importante».

Pero, en algún momento, aparece alguien, un contacto del trabajo, el marido de alguna amiga, que despierta al dragón que suponían domado. Tan emocionadas como turbadas, reaccionan de forma diversa. La fantasía, con mayor o menor grado de culpa, el juego de seducción sin materializar acto sexual alguno, o las relaciones paralelas, ya sean ocasionales o duraderas. En versión romántica o sexual. Pero lo importante de esto es que generalmente no se plantean que algo pasa con su deseo y su pareja, sino que dan por hecho que su pareja va a continuar, contra viento y marea. Asumen que es parte estructural de su vida —la que les hace felices— y que vivir de otra manera seguro que sería peor. Que conservar lo que tanto tiempo y tantas inversiones les ha costado es esencial en el guión de su vida. Porque otro tipo de cuestionamiento abriría la opción de vivir «sola». Individualmente. Sin pareja. O al menos concebir la vida como un proyecto propio, elegido y configurado, en la medida de lo posible, por una misma. Y eso les produce un vértigo inasumible, tanto personal como socialmente. Sería ser «extraños», «diferentes» o directamente infelices. Estar justificando continuamente a su entorno las razones de sus decisiones desviadas de las esperables. Y en caso de que no fueran radicalmente más felices con ello, se mostrarían y sentirían como «fracasadas».

Estoy hablando de las mujeres pero, en su mayoría, estos planteamientos son aplicables a los varones. Ellos, quizá, tengan más miedo a la soledad. Será por eso por lo que son las mujeres las que se suelen separar o divorciar, y que cuando ellos lo hacen es —mayoritariamente— porque tienen asegurada otra pareja que había comenzado antes.

Esta visión de la vida en constante dependencia, esta asunción de que hay que vivir en pareja, es coherente con esa crianza de niños no educados para ser libres, sino siempre dependientes de sus padres.

«MI BEBÉ ES MI MEJOR AMANTE»

Hablemos, por último, de mujeres que no solo sitúan a su bebé en el lugar de objeto de su deseo, sino que lo hacen en el de objeto sexual. Hablemos de abusos sexuales de mujeres a bebés, que es algo infrecuente pero también silenciado. Asusta tanto que la madre sea perversa que se intenta evitar.

Algunas mujeres, amparadas en el entorno de la «crianza natural» y el feminismo, llevan al extremo la fusión con su hijo en los primeros años de vida, y lo consideran «su mejor amante». Con quien han vivido sus experiencias sexuales más placenteras. Considero importante reproducir el texto completo de un artículo publicado el 10 de marzo de 2015 en una revista financiada con medios públicos del Gobierno vasco: *Pikara. Online magazine*. Se trata de la transcripción del texto de una videoconferencia entre dos mujeres, María Llopis, artista que presenta un proyecto sobre «maternidades subversivas y partos orgásmicos», y Helen Torres, también presentada como artista y feminista.

En la entrevista se habla abiertamente de la búsqueda del máximo placer sexual en relación con la maternidad: partos con orgasmos, lactancias con orgasmos..., pero no se queda aquí. Se legitima que un bebé explore su sexualidad «acompañado por su madre», lo que se describe como contacto físico del niño con las zonas erógenas y los genitales de su madre («que explore su cuerpo, le toque el coño, en fin...»).

Hablamos de abusos sexuales sostenidos ideológicamente. Hijos como objetos sexuales.

«Mi mejor amante», María Llopis, 10 de marzo de 2015

Publicamos el diálogo sobre maternidad y sexualidad que mantuvieron Helen Torres y María Llopis para el libro *Relatos marranos*. Entre otros temas, charlan sobre el placer y el erotismo durante el embarazo, el parto, la lactancia y la relación corporal con el bebé.

Traducción de un Skype entre María Llopis y Helen Torres. María es una artista multimedia que desarrolla una visión alternativa de la identidad sexual y de género a partir de la deconstrucción del sujeto del feminismo, para acercarse al feminismo *pro sex* o al

transfeminismo. Sus vídeos, *performances*, charlas, talleres y libros se mueven alrededor del orgasmo y la violencia, la sexualidad de las personas mayores, el sexo virtual y la performatividad de género. Actualmente lleva un proyecto alrededor de las maternidades subversivas y los partos orgásmicos.

Helen Torres (H): Cuéntame sobre tu proyecto de maternidades subversivas.

María Llopis (M): Estoy a tope con el tema de maternidad y sexualidad. Acabo de hacer un taller sobre maternidades subversivas en Olba, un pueblo de Castellón, y me vinieron todas las madres *punkis* y *hippies* neo-rurales con sus criaturas y sus partos orgásmicos, sus lactancias orgásmicas, sus embarazos orgásmicos... ¡todo orgásmico! A mí me apetecía hacer así como en coña una especie de guía para el parto orgásmico (digo de coña porque es mucho más complejo que seguir unos pasos determinados para conseguir un objetivo), y, aunque lo hicimos, fue muy diferente a lo que me había imaginado. Por otro lado, estoy haciendo entrevistas sobre parto y orgasmo y me están saliendo muchas lactancias orgásmicas. Yo ahora mismo estoy en periodo de lactancia y lo estoy disfrutando muchísimo.

Prefiero hablar de parto extático que orgásmico. El parto no tiene que llegar al orgasmo para ser una experiencia sexualmente satisfactoria.

H: A mí lo que me chirría de lo orgásmico es que no todas tenemos esa experiencia, por mil motivos que no dependen solo de nosotras. Mi parto, por ejemplo, estaba superpreparado, estaba pariendo en casa y por eso sé que es verdad lo del orgasmo, porque lo viví, pero acabé en un hospital y de orgásmico no tenía nada. Mientras estuve en casa, las primeras contracciones me sorprendieron porque nunca había tenido dolor de regla y no entendía qué pasaba, de dónde venía, qué hacer con eso. Entonces empecé a respirar como había aprendido haciendo kundalini y desaparecí, volé, de repente estaba en otro lugar donde no había dolor ni ruido. Sabía que había gente y sonidos, pero yo no estaba allí. Supongo que esa sensación abre la posibilidad del orgasmo, de que el dolor devenga placer. Por eso, lo que me resulta frustrante al escuchar hablar del parto orgásmico es que se viva casi como una obligación.

M: Sí, entiendo, parece que fuera una obligación, como si no fueses suficientemente *cool* si cuando pares no te corres. Si lo ves de esta manera, es como que tienes que ser la *Superwoman*, y cada vez que follas te tienes que correr, y si te corres tienes que eyacular. Esto lo hablamos en el taller, y una de las cosas que hicimos fue cambiarle el nombre: «parto extático» en lugar de «parto or-

gásmico». De hecho, hay muchos partos en los que las mujeres no llegan a experimentar un orgasmo, pero que durante todo el proceso están en un estado de éxtasis, de placer, que las mantiene en el umbral del dolor. Sería como echar un polvo de puta madre sin correrte. ¿Ha sido un mal polvo? ¡En absoluto! Por eso, estoy considerando cambiar el nombre al libro. El parto no tiene que llegar al orgasmo para ser una experiencia sexualmente satisfactoria. Quizás está bien quitarnos la presión del orgasmo, pero no solo en los partos, también en las relaciones.

H: Lo importante es subrayar que en el parto, al igual que en una relación sexual, hay placer, y la percepción del dolor, si se dan las condiciones para que sea un parto extático, no tiene nada que ver con la percepción del dolor en otro estado. En ese momento tienes otra sensibilidad, hueles diferente, ves diferente, con otra intensidad... Por eso para mí lo necesario es definir el parto como un acto sexual, más allá (y más acá) del orgasmo.

M: Exacto. Entender que es parte de tu sexualidad. En mi parto, toda la parte de la dilatación fue maravillosa, conecté con esa sensualidad, esa sexualidad. Estaba a cuatro patas como una osa, con el Dani abajo, en la cama, y yo encima mordiéndole, chupándole, disfrutando, dilatando... Pero luego me contaron que él iba saliendo para coger aire y refrescarse la cara, porque yo tenía la calefacción a tope y a él inmovilizado en la cama. Había leído que es bueno dilatar la mandíbula porque así se abre la vagina, el útero y el cuello del útero, entonces yo allí venga morderle. En fin, toda esta parte la gocé muchísimo, aunque no me acuerdo de nada.

Pero hubo un momento, que llaman «Caja de Pandora», que es cuando estás completamente dilatada y entras en la fase del expulsivo. Por lo visto, ese es el momento en que salen los leones, las fieras, las mariposas o lo que sea que guardas y no sabías que guardabas. En ese momento, tuve la visión de un hombre, a lo lejos, que era el Hombre malo. Entonces empecé a decir: «Ha venido el Hombre malo». Y Dani me contó que las comadronas, que estaban muy seguras de sí mismas, se quedaron en plan «¡Uy! ¿Ahora qué hacemos? Esto no estaba en los manuales...» Suerte que había también una doula súper *hippy* y fantástica, que vino y me dijo: «Bueno, ahora vamos a sacar al Hombre malo». Y con el Hombre malo vino el dolor, un dolor extremo, alucinante... El dolor ese de «ya toca la cabecita del niño», y tú «¡¿pero qué me estás contando?! ¿qué niño ni que ocho cuartos? ¡Socorro!». Pero fue el expulsivo final, no fue muy largo, una o dos horas como mucho, y ya nació Roc.

M: A partir del (no)parto cambié completamente mi manera de vivir la sexualidad: me refiero a cómo sentía mi cuerpo y qué era un

orgasmo. Unos tres años después empecé a eyacular como una fuente. Ahora estoy entrevistando a muchas mujeres que han tenido partos extáticos con mucho placer, como me hubiera pasado a mí si no hubiera venido el Hombre malo, que yo interpreto como el Sr. Patriarcado. Hay mujeres que han llegado a correrse de placer, pero no correrse así nomás, ¡es la corrida del siglo! Y eso les ha cambiado la sexualidad y la vida, fue un antes y un después.

H: Ahora que dices esto, pienso que yo, a pesar de que no parí, fue a partir del (no)parto que cambié completamente mi manera de vivir la sexualidad. Y no digo con quién follaba o con quién no, no hablo de una cuestión identitaria (eso vino después), sino de cómo sentía mi cuerpo y qué era un orgasmo. Fue unos tres años después de haber (no)parido que empecé a eyacular como una fuente. Al principio no sabía ni lo que era, con el tiempo me di cuenta de que me pasaba en la adolescencia pero, por vergüenza, lo había anulado. Entonces salió lo que podríamos llamar mi lesbianismo oculto, porque me enrollaba con tías pero políticamente no me sentía lesbiana, no lo sentía como una cuestión mía, estaba fuera de mi jurisdicción. En realidad lo que estaba haciendo era aplacar mi sexualidad, porque no la vivía como realmente quería. Pero entonces no lo sabía.

M: Qué interesante lo que me estás diciendo porque esta es una de las cuestiones que surgieron en el taller y que me parece clave: el hecho de que ser madre, haber pasado por esa experiencia (ya sea pariendo o no), hace que folles distinto.

H: Es que la relación que tienes con tu cuerpo, o mejor, la manera en que lo sientes, cambia completamente. Yo ya sabía hasta en qué polvo me había quedado preñada. A la semana, todo mi cuerpo había empezado a cambiar. No solo las tetas, todo... los fluidos, cómo se movía la sangre... Parto orgásmico no tuve, pero mi embarazo fue un orgasmo permanente... follaba todos los días... Igual con la lactancia. El primer año del bebé, yo no quería follar. No podía. Al principio me frustré, no entendía, nunca me había pasado. Hablaba con otras madres y me decían: «Bienvenida al club». Entonces me di cuenta de que no quería follar porque ya estaba follando... con el bebé. ¡Y era una relación monógama! Las tetas no me las podía tocar ni dios. Estaba completamente enamorada. Me quedaba horas extasiada mirándolo. Cuando ahora veo las fotos de cuando era bebé, no lo reconozco. Yo veía a un ser que abarcaba todo con su belleza y su fragilidad... Es como si estuvieras con alguien con quien has follado, porque es otro cuerpo pero es tu cuerpo, es una sensación que tampoco puedes entender muy bien.

Una amiga, a los pocos meses de parir, cuando nos vimos por primera vez después de su parto, nos abrazamos largo y fuerte hasta que ella me separó, me buscó los ojos detrás de sus lágrimas y me dijo: «Es devastador». Durante el primer año, esa compenetración, esas miradas, ese entenderse, crea momentos en los que si hay padre es un ser aparte, fuera de esa relación... muchos padres se sienten desplazados, porque es como que tú pasas de él y el bebé tampoco le necesita a él como a ti, como a tu cuerpo... pero bueno, yo estaba en mi globo. Y así estuve durante tres años...

M: Claro, el periodo de lactancia.

H: Cuando se me pasó empecé a follarme hasta a las piedras... Y entonces supe que esto es lo que nos ocultan: que cuando pares tienes una relación sexual con la criatura.

M: Una costumbre que se ha perdido y es importante, es la de compartir la lactancia. En mi grupo de madres del pueblo lo hacemos. Pero, al igual que hay la monogamia en las relaciones sexuales, hay la monogamia de la teta.

M: Una relación sexual placentera. Una relación sexual con amor infinito...

H: ¡Infinito, sí!

M: Tú estás enamoradísima, el placer es máximo, la otra persona está flipando contigo más, ¡es la relación perfecta! A mí me hizo reflexionar mucho sobre las relaciones románticas que había tenido en mi vida. Y pienso, ¡cuánto tiempo he perdido con el amor romántico, con esas relaciones! ¡Cuando era esto! ¡Esta sensación de plenitud!

H: ¡Ese es el amor!

//¡pum!, un golpe en el teclado//

M: ¡Que se nos va la olla, Helen, que se nos va la olla! ¡Nos van a llamar biomadres! ¡Nos van a colgar todas las etiquetas!

//¡pum!, ¡pum!, ¡pum!, ahora es un libro sobre el escritorio//

H y M: ¡¡¡¡Jajajajaja!!!!

M: Siguiendo con el tema de la lactancia, hay una costumbre que se ha perdido y que es muy importante, y es el compartirla. Nosotras lo hacemos con el grupo de madres que nos hemos juntado en el pueblo. A mí me hicieron una operación cuando Roc tenía cuatro meses y no tenía acceso al nano, entonces pensé, ¡que le dé la teta otra! Pero, al igual que hay la monogamia en las relaciones sexuales, hay la monogamia de la teta.

H: Antes había las nodrizas...

M: Pero era diferente. Las señoras ricas que no querían dar la teta contrataban a las nodrizas, sí. Esto era trabajo sexual, eran mercenarias del amor y de la leche. La señora que no quería tener esa relación con su bebé porque era muy virginal y muy victoriana, contrataba a una puta que le daría cariño, sexo, placer y leche. Es un tipo de trabajo sexual que ha caído en desuso. Ahora en vez de contratar a la nodriza, le das un biberón lleno de leche Nestlé.

H: //Lo que sigue no lo pongo porque más que marrano es políticamente incorrecto. En resumen, conversamos acaloradamente sobre la negación de la lactancia materna como un acto sexual placentero, como un derecho y no un deber, como una posibilidad y una elección que no todas pueden o quieren escoger//

H: Yo creo que esa relación amorosa tan intensa de la que hablamos es la base para lo que vendrá luego, pero poder empezar a separarte. Porque no vas a estar toda la vida así, eso sería un daño para todos. Pero esa conexión inicial, si fue muy fuerte, no se diluye sino que se transforma. Aprendes a soltar. Y de ahí deberíamos aprender que ese amor es verdadero porque ya no necesitas estar con la otra persona: ya estás con ella. Y la posibilidad de soltarte y soltarle está en esa conexión. Y ahí está también esa comprensión que solo tienes con quienes has tenido una relación muy intensa, y te entiendes más allá y más acá de las palabras. Si hubo esa conexión tan fuerte, luego no es solo que tú, como madre, le entiendes, la otra persona también te entiende, ella también te conoce.

M: Eso no lo había pensado yo...

H: Es que yo lo estoy viviendo ahora...

//snif a dos bandas//

M: Cuidado también con esto que dices porque entonces pareciera que una mujer que no quiera o no pueda ser madre no llegaría a saber qué es el amor... Quizás la reflexión aquí sería que cada quien en su vida encuentra las cosas de una forma u otra, y que la maternidad puede llevar a esto, como puede que no. Se trata de no negar ninguna realidad. Es importante respetar las decisiones de las personas, pero por respetarlas no vamos a negar otras realidades.

H: Exacto. Igual que con el parto orgásmico, no estamos planteando modelos ni guías de acción, sino posibilidades, experiencias... No todas las madres tienen que amar a sus hijos o hijas. Pueden criarlos con cariño y no estar perdidamente enamoradas. Puede que te pase o puede que no, no hay que negar de ninguna de estas posibilidades. Los modelos siempre son frustrantes.

Siempre dejan algo fuera. ¿Qué pasa si le rechazas, si no soportas esa criatura berreante, si odias tu tripa gigante, los pasos pesados y los culos por limpiar? Te machacan como machacan a la que le da el pecho hasta los tres años...

M: Pero es que los modelos estándar de crianza, al menos en la España del Mediterráneo, parten de la negación de la posibilidad de ese enamoramiento. Estos modelos de crianza plantean que como tarde al año empiecen la guardería. Y la escolarización, cuanto más pronto mejor. Como si se tratara de que, cuanto antes te quites la criatura de encima, mejor. Es un tema muy delicado. Yo creo que todos los problemas de crianza y maternidad vienen de la relación de pareja estable y monógama que no funciona en la maternidad. Hay sociedades que tienen otras formas de relaciones que funcionan mejor con la maternidad.

H: Y es ese modelo relacional de pareja estable monógama el que necesita negar la sexualidad durante la maternidad, pero no solo en ese momento, sino que luego está la negación de la sexualidad durante la infancia. Fíjate que, cuando te preguntan cuándo has tenido tu primera experiencia sexual, te están preguntando por el coito, por un polvo con alguien, ya que antes de eso se supone que la sexualidad no existe. Pero, ¿si hasta los bebés se hacen pajas! Y luego está ese explorar de los cuerpos entre la madre y la criatura... tocarse, mimarse, descubrirse...

De Prada: Todo el mundo me toca, y me gusta, pero todas estas interacciones las siento totalmente desexualizadas. No soy un cuerpo deseable, lo bueno es qué espantados están los babosos de turno, pero también se hace difícil vincular maternidad y sexualidad.

M: Eso causa mucho terror... Tengo una colega que es terapeuta, hace medicina china, y tiene un crío, y me contaba sobre estas interacciones sexuales con su hijo en que deja que él le explore su cuerpo, le toque el coño, en fin... Ella decía que la gente no hace diferencia entre que yo satisfaga mis deseos sexuales sobre una criatura pese a ella, sin tenerla en cuenta, y el permitir que esa criatura explore la sexualidad ayudada por mí. Entre esas dos posiciones hay un mundo. La diferencia sería la misma que la que hay entre una relación sexual consentida en la que todas las partes se tienen en cuenta entre ellas y una satisfacción del propio deseo sexual pasando por encima de todas las voluntades que no son la mía. Eso se llama violación.

H: También es importante no perder nunca de vista el contexto. Es decir, cuando la situación se complica porque tanto la madre como la criatura viven en una sociedad en la que ese acompañamiento en el descubrir de la sexualidad es considerado una abe-

rración. Entonces tienes que parar, o tener cuidado, porque esa persona a la que acompañas es muy pequeña como para ir por el mundo diciendo que se quiere follar a su madre y que el mundo no piense que eso es una perversión imperdonable.

M: Hay una autora muy interesante sobre crianza que se llama Aletha Solter, que a mí me gusta mucho, que trata este tema. Ella dice que si estás con tu hijo o hija, y sientes deseos de abusar sexualmente de él o ella (y digo abusar, que no es de lo que estábamos hablando), no tienes que tener miedo sino pedir ayuda. Porque es muy probable que hayas sido abusada de niña. De lo que se trata es de eliminar el tabú, porque entonces hay el ocultamiento, la mentira, el silencio que se perpetúa.

Esta autora también dice que, si en medio de una rabieta, lo que te sale es levantar la mano, no te flageles. Punto 1: no le pegues; punto 2: pide ayuda. Es probable que a ti te hayan pegado de pequeña. Imagínate qué diferente sería el mundo si pudieras ir al bar y decir: «Hoy he tenido el impulso de pegar a mi nene... tengo que currarme esto».

Yo creo que el abuso sexual, la violencia sexual en general están muy extendidos en la infancia, y que sería muy diferente si, en lugar de ocultarlo, lo sacáramos a la luz.

H: Por eso es tan importante tu libro, porque se trata de visibilizar experiencias...

M: ¡Ay!, qué linda esta especie de entrevista o como se llame... tenía un día de esos de dentista, comida, calor... nada glamouroso... ahora ya se me ha cambiado el día...

H: Podríamos ponerle este nombre: «Cómo cambiar un día no glamouroso hablando de tus mejores amantes».

M: ¡Jajaja! ¡Sí! ¡Mi mejor amante! ¡Ese es el título!

H: ¿Tú crees?

M: No tengo ninguna duda. Venga, me voy a dar la tetita.

H: Adiós, preciosa.

M: Chau.⁹³

⁹³<https://web.archive.org/web/20150428232736/http://www.pikaramagazine.com/2015/03/mi-mejor-amante/#sthash.N90NBRdB.dpuf>

6.

Casos

PRESENTACIÓN DE CASOS

A continuación presentaré siete casos contruidos a base de rasgos de varios niños que comparten el perfil. No puedo reflejar literalmente ningún caso para no violar la intimidad de los sujetos y sus familias, así que nombres, sexo y determinadas circunstancias familiares están cambiadas.

Tras la presentación de los casos, analizaremos qué ocurre con el deseo de hijo en ellos, y podremos ver en ejemplos concretos la objetualización de los niños de la que estamos hablando en esta investigación.

SAÚL

Le llamaremos Saúl. Su edad está entre año y medio y dos años. En la escuela llama la atención por ser «diferente» a los demás niños. Este comentario en sí ya es importante, porque no se nombran sus síntomas para mostrar su diferencia, al igual que se hace con otros. No se dice que es muy solitario, o tímido, o escrupuloso. Se dice que es distinto de los demás, con lo que se señala que es cualitativamente distinto, resulta difícil explicar en qué se lo nota distinto, es más que un rasgo, es algo serio.

A las profesionales que tratan con él, desde las encargadas de la comida y la limpieza hasta educadoras o directora, les cuesta contactar con él. Dicen que «no se encariñan» con él. No les cae mal, pero tampoco les cae bien. Esto es extraño en un equipo al completo. Generalmente, sienten afinidad por determinados niños cada una. A veces, por los más guapos, otras por los más cariñosos, los que parece que mendigan cariño, por los que tienen alguna enfermedad, los que tienen padres ausentes, en fin... Así hasta el infinito. Y, por otro lado, sienten rechazo por otros, cada una según su historia personal y aspectos inconscientes que desconocen. Por eso resulta llamativo que no puedan vincularse con él desde ningún lado. Algo pasa con este niño que no consigue provocar afectos en los demás. ¿Los sentirá él por alguien?

Cuando vienen a buscarlo a la escuela, el niño se va corriendo por el patio o bien ignora a sus padres y sigue con la actividad que le ocupa. No muestra ningún afecto, de nuevo, ni por uno ni por otro, y no es excepcional, siempre hace lo mismo. Cuando corre por el jardín, sus carreras no son un juego, como el que podrían provocar otros niños para que sus padres vinieran detrás y se rieran ambos al cogerle. Ni es fruto de un enfado, un acto para mostrar algo a sus padres, intencionadamente elaborado. A ojos de un observador, resulta una carrera mecánica y agitada, extraña.

La actitud de los padres⁹⁴, más específicamente de la madre, en esos momentos de la recogida de la escuela, es funcional. Lejos de llamarlo por su nombre y mostrar ilusión por verlo, le pone un biberón en la boca que él sostiene solo. O un chupete. O busca su abrigo y su mochila y se marchan sin más. Resulta llamativo, en comparación con los demás padres, que no establezcan comunicación con el chico.

Hay padres agresivos, que los recogen diciendo «¿A ver, qué has hecho mal hoy?» o «¿Cómo la habéis tratado? Mira que cómo me diga que mal..., tú díselo a mamá, hija, que te defiende». Otros son más melancólicos, joviales, pero padres «ariscos» y «fríos» —como los definen las educadoras— con niños menores de dos años no son frecuentes. Cuando es el padre el que lo recoge, se muestra algo más cariñoso, se acerca a hablar con él, a preguntarle algo, pero el niño hace como si no existiera. No le mira. No le sigue cuando caminan por el pasillo. Pregunta de vez en cuando a las tutoras qué ha aprendido y si se han dado cuenta de que dice determinada palabra en inglés⁹⁵.

Si estas circunstancias fueran puntuales, no serían tomadas en cuenta. Los adultos tienen problemas y no siempre pueden proteger a sus hijos de ellos. Si están muy tristes, enfadados o preocupados, es frecuente que lo transmitan a sus hijos en el trato que tienen con ellos. Pero no es

⁹⁴ Hubo una pareja de padres que actuaba diferente. Parecían preocupados pero no acababan de reconocerlo ni de mostrarlo. No les gustaba que hiciera eso porque parecía delatar algo disfuncional en su hijo, y se quejaban, pero no pidieron hablar con nadie. Cuando se consiguió una tutoría, uno de ellos negaba y el otro se echó a llorar diciendo que sabía que algo ocurría. No fue fácil ni rápido el proceso, pero un tiempo después el niño fue atendido por los profesionales correspondientes en el sistema de salud.

⁹⁵ A partir de determinado momento, todas las escuelas contrataron una tutora que hablara a los niños en inglés. Fue una demanda inmediata del mercado y todas las escuelas en las que he trabajado, que son privadas, necesitan ganar un concurso para ser contratadas por las empresas en las que trabajan los padres de los niños.

el caso. Es la forma habitual, una tarde tras otra, durante meses, de recibirlo cuando lo recogen del cole. Denota estabilidad en la conducta. Es un tipo de vinculación, no un mal momento.

Si observas al niño en la escuela, puedes darte cuenta de muchas cosas. Aisladamente, no tendrían importancia, al igual que hablábamos de los padres, pero ocurre durante meses, así que las educadoras se alarman.

Saúl tiene la mirada perdida. No parece que esté mirando algo, no está interesado en lo que abarca su campo visual. Tiene los ojos abiertos pero no da la impresión de querer ver. Con el tiempo y el trabajo, este síntoma se atenúa un poco, pero no desaparece. Al igual que parece no mirar, tampoco atiende a lo que ocurre. En un aula con doce niños ocurren muchas cosas al tiempo. Generalmente, a todos les interesa alguna. Si la maestra propone una actividad —como pintar con los pies descalzos, mojándolos en pintura, hacer teatro de sombras, bailar al son de la música—, la mayoría de los chavales quiere saber qué es. Unos participan más y otros miran desde fuera, a algunos les hace falta tiempo para entrar a la actividad. Saúl no atiende. No vuelve la cabeza hacia las voces, no parecen llamarle la atención los movimientos de sus compañeros ni de la tutora. No presta atención. Cuando las educadoras le llaman, no se gira hacia ellas. Habitualmente no las mira a la cara. No mantiene contacto visual, por lo que a ellas se les hace difícil conectar con él.

Su expresión corporal es extraña también. Hay niños más ágiles y otros menos, algunos son más rígidos o inhibidos y otros más expansivos y despreocupados. Unos se caen más que otros. Se tardan años en hacerse con el propio cuerpo, pero desde muy temprano son visibles los intentos de reconocerlo. El cuerpo de Saúl parece no ser un conjunto, un sistema. Su deambular, sus gestos, a veces parecen robóticos, desorganizados, descoordinados. Tiende a repetir gestos de forma mecánica.

Su incipiente lenguaje se compone de sonidos incomprensibles. No se trata de intentos de emisión de palabras. No se parecen a las palabras que intentan decir los demás. No es un retraso del lenguaje, como el de otros niños que miran a los ojos a su educadora y gestualizan mientras pronuncian sílabas que estas aún no llegan a comprender, cosa que les enfada sobremanera. Saúl no da la impresión de querer expresar algo. Emite sonidos mientras se mueve o está haciendo sus cosas.

Durante largos periodos de tiempo, deambula. Cuando los demás están sentados en círculo en su asamblea⁹⁶, él se mueve por el aula sin un objetivo aparente. No permanece con los demás ni un minuto. La relación con los niños y niñas es muy escasa. No juega con ellos, ni busca los juguetes con los que se entretienen los demás. No le gusta que se acerquen demasiado, así que cuando algo ocurre cerca de él, se aleja, se separa de los compañeros.

No soporta el contacto con los demás, no toca ni quiere ser tocado. Sus compañeros lo saben, porque alguna vez lo intentaron y recibieron un rechazo abierto en forma de grito o huida. Así que le ignoran. A veces le miran desde lejos, pero no se acercan ni le buscan. En todos los grupos de niños hay unos más cuidadores que otros. Más sensibles al sufrimiento de los demás. Así, cuando uno de los compañeros tiene un día malo, se le nota enfermo o más cansado o asustado, no es extraño que alguno se acerque y le pregunte si está bien, le traiga su peluche favorito o le haga una caricia para después volver a su juego. Con Saúl no ocurre, sus compañeros parecen evitarlo, se asustan de su reacción. No le tratan con más delicadeza, como hacen con los bebés o los niños que van más despacio en su desarrollo. Respetan la distancia que él establece.

Pero son niños pequeños y juegan. Corren, saltan, bailan y se persiguen por el aula o el patio. Así que es inevitable que alguna vez le rocen sin intención, o incluso que se choquen con él. Esa situación angustia a Saúl de tal manera que grita de una forma llamativa. Su grito no suena como el de un niño enfadado, ni parece un grito de dolor. Es profundo y desgarrado, con sonidos extraños, sin descanso, sin silabeos del tipo «ma-ma-ma» o «a-a-a-a». No parece el llanto de un bebé pequeño tampoco, resulta inquietante, no parece humano, es angustia pura. Pero lo peor es que no cesa. Su tutora se acerca, le intenta calmar como hace con los otros niños, hablándole, acariciándole o abrazándole, pero él o bien rechaza el abrazo o continúa sufriendo, ajeno a los intentos de ella durante largo tiempo. Solo su tutora se acerca porque la proximidad de cualquier otro adulto o niño incrementa su angustia. Tras meses de relacionarse, permite a una única persona en el entorno que se aproxime un poco más a él. Termina calmándose, mientras sus compañeros observan, paralizados por el impacto.

⁹⁶ Momento de la mañana en que la educadora pide que se sienten un ratito en círculo y saluden a su «mascota», vean las fotos de los compañeros y digan si han venido o están en su casa y, según su edad, hablen un poco sobre si hace sol o llueve, lo que hicieron el fin de semana o lo que consideran oportuno para el grupo.

Otro aspecto que señala una diferencia es que cuando Saúl quiere algo, como salir del aula o entrar en las cocinas, es constante y testarudo. No responde a las indicaciones de las profesoras, «no se deja convencer», dicen. Tienen que impedirle físicamente el acceso. Tampoco responde si le llaman por su nombre. Ni a la primera ni a la décima vez. No se vuelve hacia quien habla, no le mira.

No se sabe lo que le interesa. Parece hacer las cosas sin elegir las. Como si hiciera lo que se le ocurre sobre la marcha. Por ejemplo, descolgar todas las sudaderas de sus compañeros una a una y tirarlas al suelo. Cuando la educadora le dice que no lo haga, vuelve a hacerlo. No parece una actitud retadora, una búsqueda de límite, no da la impresión de tener intención alguna hacia la otra persona.

No responde bien a los límites, como si no integrara las normas. Se sube a las mesas por ejemplo, un día tras otro, aunque se les prohíbe a todos. Cuando sus compañeros incumplen una norma, son conscientes de ello. Miran a la persona que ejerce la autoridad, se ríen o ponen expresiones traviesas dirigidas a los cómplices de sus fechorías. De algún modo, demuestran que es un acto con un otro, cada uno con su intención, es un acto en relación. Esto no ocurre en el caso de Saúl que aparenta estar poco interesado por los demás. Como si su mundo interno le fuera suficiente, o el exterior le quedara muy lejos, resonando vagamente, atenuado, salvo en ocasiones en que algo traspasa esa barrera y le invade de una forma igual de desproporcionada, masiva, violenta. No parece tener protección para ello, no tiene respuesta.

Es infrecuente escucharle sonidos de malestar, jamás una queja, y muy raramente llora. Fuera de esos momentos de inmensa angustia, no suele expresar lo que las cosas le provocan. Mantiene el interés sobre los objetos o actividades muy poco tiempo. Con lo que más se entretiene es con la arena en el patio, con los libros y con los coches. El tipo de juego que establece con estos objetos no es simbólico. Se asemeja a los rituales obsesivos, moviendo los coches para colocarlos siempre en el mismo lugar del garaje, una y otra vez. O bien abre los cajones de juguetes para sacarlos todos.

El momento de la siesta es difícil para él. Le cuesta relajarse y dormir. Mientras los demás lo hacen, él golpea lo que tenga cerca, se levanta varias veces. Y se retuerce de una forma peculiar. No resultan armónicos sus movimientos, sino abruptos de algún modo. Violentos por su discontinuidad. Como si no se generara un movimiento global sino que enca-

denara secuencias de pequeños movimientos que no se enlazan con suavidad.

En las horas en que hay menos alumnos en el aula, todas estas actitudes se atenúan ligeramente. A veces mira a la maestra, o incluso atiende.

Los padres son convocados a una tutoría en la que se les pregunta por la gestación, el parto y la vida del niño hasta el momento. Cuentan que son originarios de una ciudad lejana y no tienen familiares ni amigos cerca. Llevan seis años viviendo aquí. Nada reseñable del embarazo ni del parto, y aparentemente tampoco de los primeros meses. La madre estaba sin trabajo cuando se quedó embarazada y cuando Saúl tiene diez meses encuentra un empleo intensivo en otra ciudad. Trabaja allí cinco meses y decide volver. Dice que cuando vuelve el niño ha cambiado. No muestra alegría por verla, «pasa de mí durante semanas, cuando antes quería estar todo el tiempo conmigo y era cariñoso. Se enfadaba cuando se separaba de mí». En ese tiempo lo ha cuidado el padre, con la ayuda de su hermana que se trasladaba a la casa por temporadas. Saúl va a la «guardería» cercana, con la que los padres no están satisfechos porque «regañaban mucho al niño, todos los días».

Ambos padres se han matriculado en la universidad a distancia para estudiar una carrera técnica. Dicen que quieren ascender, mejorar laboralmente, quizá salir a trabajar fuera del país para tener mejores condiciones de vida. Por eso estudian idiomas, actualmente alemán. Saúl cumple el horario completo de la escuela: nueve horas.

El padre comenta que al niño le ha hablado en inglés hasta ahora y que, cuando obtuvo su título y comenzó con el alemán, empezó a hacerlo en este idioma. Está orgulloso de que señale objetos y los nombre en alemán. Dice que emplea el tiempo en el coche de camino o vuelta de la escuela en repetir palabras con él y le pone clases de audio en los trayectos. Espera que el niño aprenda varios idiomas en su infancia para que no le pase como a él, que tiene que hacerlo de mayor.

La impresión de las tutoras en la entrevista es que la relación entre los padres es distante. Él pregunta, habla mucho, y ella permanece algo ausente, callada. Cuando interviene, él habla encima de ella o le dice que está equivocada, que las cosas no son así, y cuenta su versión. Él alaba al equipo docente de la escuela, reconoce su profesionalidad y desarrolla teorías sobre la organización y estructuras de las instituciones educativas. Se relaciona con las tutoras y reprocha a su mujer por prácticamente ca-

da intervención que hace. Cuando ellas se dirigen a la madre, la dinámica se repite.

Cuando les preguntan por la manera de ser y relacionarse de su hijo, responden con naturalidad, sin desconfianza. Comentan que le llevan poco al parque de la urbanización en la que viven porque el niño es solitario y tímido, y que, como es el más pequeño, no se lo pasa bien. «Yo también fui así, y aquí me tenéis.» Con respecto a su desarrollo motor, dicen que empezó muy avanzado y hubo un momento en el que «tuvo un parón». Que el pediatra se está ocupando, pero que tampoco le dio tanta importancia y les dijo que volvieran medio año después.

La impresión de las tutoras es que no parecen conscientes de las dificultades de Saúl, ni les preocupa excesivamente lo que ellas les comentan, aunque sienten que la madre escucha un poco más que el padre. Incluso comenta que no le vino bien que ella se marchara porque estaban muy unidos y «él lo pagó». Les resulta extraño porque sí parecen interesados en el niño, quieren saber lo que va aprendiendo, y qué actividades realizan en el aula, pero no parecen afectados por lo que escuchan de sus reacciones y dificultades. La descripción que hacen de Saúl es coherente con lo que escuchan. Relatan que le gusta especialmente un camión de bomberos que golpea contra el suelo. «Bueno, es que como le de por algo lo repite mil veces.»

No se relaciona con otros niños, «ni pega ni le pegan», y no le gusta compartir sus cosas. Hay un vecino mayor con el que se lleva mejor, pero generalmente prefiere estar solo. No hace caso de lo que dicen y «siempre se está yendo, aunque estemos haciendo algo», «sabe perfectamente pero se hace el sueco». No da besos ni abrazos a nadie porque «nosotros tampoco somos así, no somos pegajosos ni de tocar mucho».

A lo largo del tiempo en que está en la escuela, Saúl evoluciona. Sigue siendo diferente a los demás niños pero a veces se acerca mientras juegan, es él quién los busca. Cuando la respuesta del grupo es agresiva —lo cual es muy frecuente—, recibe rechazos y golpes tras los que acude llorando al adulto más cercano. No dice nada ni le mira a la cara, pero permanece junto a él. Parece buscar exclusivamente protección. Cuando no es rechazado, repite las acciones de los otros niños, copia sus juegos. Y comienza a buscar las miradas de los otros. Sigue sin ser expresivo, pero en ocasiones, cuando realiza actividades, sonríe para sí mismo, se nota que disfruta.

Su relación con el alimento sigue siendo pasiva. Espera a que le den de comer, no lo hace solo como los demás, y no muestra preferencias por los alimentos.

La actitud de la madre a lo largo de este tiempo ha cambiado. Él sigue comportándose igual con el niño, pero ella parece estarse dando cuenta de la gravedad de la situación. En una ocasión rompió a llorar con una educadora mientras le decía que tenía miedo de lo que fuera a pasar. No se comunica mucho, las tutorías no han sido muy diferentes, pero ella cuenta que ha buscado un lugar en el que hacen gimnasia para niños pequeños y que quiere encontrar un pediatra mejor. Pregunta por los avances en la escuela, con detalle, y parece más triste según va pasando el tiempo. Aún no lo acepta, pero ya no rechaza abiertamente que el niño sea evaluado en el CAI (Centro de Atención a la Infancia) como se le recomienda desde la escuela.

LAURA

Laura tiene un año y once meses. Entró a la escuela con año y medio y el periodo de adaptación fue complicado. Lloraba mucho, con un llanto suave, continuo, en tono bajo, como si no esperara consuelo, diciendo «mami, mami, mami». Parecía que nombrarla la reconfortara. O que, al menos, con eso consiguiera tenerla presente. Permitía que las educadoras la acariciaran o abrazaran un poco, pero eso no parecía paliar su tristeza. Se apegaba a sus objetos: un trapito, un chupete y un peluche que traía de casa cada mañana. No los soltaba ni jugaba con ellos. En cada mano llevaba uno. Los llevaba al baño, al comedor, al patio. Siempre en contacto.

No comía prácticamente nada en la escuela. Se quedaba sentada frente al plato y gemía suavemente, como una continuación de su llanto. Si intentaban darle de comer, lloraba más fuerte. Solo tomaba un yogur. Las profesoras dicen que, cuando hay tortilla, parece que la mira con interés, pero que solo toma miguitas que coge con la mano.

La relación con los demás niños era escasa, pero —al igual que con todo lo demás— no mostraba rechazo sino desinterés. Cuando algún compañero venía a consolarla, ocurría como con los adultos, que ella no mostraba que le gustara ni le disgustara el contacto con ellos. Se dejaba acariciar el pelo y abrazar, pero no se movía. Si miraba a quien la mimaba, que solía ser la misma niña, lo hacía sin expresar nada más que su tristeza, como si la estuviera viendo de lejos, como si le resultara imposible

recibir afecto. O como si el gesto fuera tan pequeño para la profundidad de su sentimiento que no pudiera producir más movimiento que el que haría una gota en el mar. No es la única reacción que producía en sus compañeros. Una de ellas se irritaba y en dos o tres ocasiones se acercó a ella y le pegó un golpe con la mano o la empujó.

Laura asistía a todas las actividades, dejaba de llorar sin cambiar su expresión cuando estaba en la asamblea. Respondía en ocasiones a las demandas de las profesoras y de la compañera que la acariciaba, con monosílabos o palabras que cerraban la comunicación, vacías de otra emoción que no fuera la que le inundaba. Su desarrollo lingüístico estaba por delante del de sus compañeros. Su madre lo había dicho al ingresar en la escuela y se pudo comprobar meses más tarde, cuando empezó a mejorar.

Este periodo en Laura duró bastantes semanas, después fue calmándose y dejando de llorar, aunque siguió siendo silenciosa y poco sociable. El síntoma que más llamó la atención de sus educadoras era que se masturbaba antes de dormir la siesta. Lo hacía metiendo su mano en el pañal, y frotándose hasta que se sofocaba y se calmaba. Antes había estado llamando a su madre. Después podía dormir. En una ocasión lo hizo en clase, al llegar a la escuela, tumbándose en la colchoneta y con los ojos abiertos. En un principio parecía estar asociada a la cama, aunque, a partir de entonces, la masturbación aumentó y se extendió a otros momentos del día.

La sexualidad en la infancia sigue siendo un tema tabú en nuestra sociedad, produce un rechazo generalizado en los adultos ver comportamientos autoeróticos en niños. En este caso, las tutoras eran buenas profesionales y sabían que no debían reprimirla ni regañarla, pero su propia angustia les dificultaba abordar la situación. La relación con ella les resultaba complicada por este tema y por la impotencia que les producía no conseguir calmarla. La madre no había dicho nada al inicio, así que se abordó el tema en una tutoría.

Laura vivía con su madre, que contó que el padre «se había desentendido» de ella. Era marino mercante y la relación con la madre de Laura había sido escasa y poco satisfactoria para ella. Decía que pasaban poco tiempo juntos y que, cuando venía, no parecía alegrarse, que hacía lo que tenía que hacer, cumplía con algunas tareas, dormía allí varios días y luego se iba a ver a su familia que vivía a cientos de kilómetros. Se quedaba semanas porque decía que sus padres eran mayores y necesitaban su ayuda con las cosas del campo. Él tenía otro hermano, pero había

emigrado a Alemania hacía unos años y volvía una semana en Navidad a la casa familiar.

Cuando supo del embarazo de su pareja, simplemente comenzó a distanciarse y a dejar de verla. Ella lo dejó marchar. La madre de Laura hablaba sin tapujos con las tutoras de su hija. Contó que su madre —la abuela que recogía a la niña— vivía en el mismo edificio que ella y le ayudaba a cuidarla. Había estado con ella desde que volvió a trabajar. Se opuso a que Laura entrara en la escuela hasta que la madre decidió que sería mejor para ella que «estuviera con más niños», pero el argumento que la convenció fue que así podría inmunizarse.

A su tutora le llama la atención porque varias veces ha dicho al recogerla: «¡Cómo me la tratáis de mal! ¿Qué hacéis para que lo coja todo?». Con tono de reproche y broma, refiriéndose precisamente a eso. Ha enfermado muchas veces, nada grave, pero ha faltado bastante a la escuela por este motivo. Hasta que se escolarizó no se había relacionado con otros niños.

El embarazo fue duro para ella «porque fue cuando me quedé sola del todo». No refirió otros problemas durante la gestación y el parto. «Se crió a mi pecho», durante los cuatro meses de la baja por maternidad, y después pasó a biberones. «Nunca ha comido mucho, pero come de todo y la pediatra dice que está sana y que no la agobiamos. La abuela es muy pesada, y hace que se pase horas frente al plato para acabárselo, pero yo le digo que no le ponga tanto y la deje en paz, que va a conseguir que aborrezca la comida.»

Su madre dice orgullosa que «es muy madura para su edad». Destaca sobre todo que habla perfectamente antes de cumplir los dos años y que hace tiempo que no lleva pañal, cuando lo habitual es quitárselo de los dos a los tres años. «Controla perfectamente.» Parece que valora mucho el control y la perfección en su hija.

Su pediatra le diagnosticó displasia de caderas y fue operada a los diez meses. Llevó un arnés, después estuvo escayolada, volvió al arnés y ahora lo sigue utilizando por las noches. Según su madre, el proceso sigue su curso y está mejorando mucho.

CARLOS

Carlos tiene un año y nueve meses. Es un niño menudo para su edad. Llega siempre tarde a la escuela, mínimo una hora, habitualmente más. Esto implica que muchas veces no participa en la programación educativa que cada tutora diseña para su clase según su edad y las necesidades del grupo en concreto. Tras ser supervisada por la directora y coordinada con las demás tutoras en un claustro, en el que se ponen en común las características y evolución de esos niños el año anterior, se implementa en el aula. Como las escuelas no son grandes y hay reuniones periódicas con todo el equipo, generalmente ya conocen lo que ha ocurrido el año anterior con los niños y niñas que no son nuevos, lo que les permite programar de forma adecuada para el grupo y ajustarlo después en función de estos claustros y las primeras entrevistas de curso con los padres de cada uno.

Las actividades que se proponen por las mañanas son las principales del día, puesto que, después de la comida y la siesta, la mayoría de los niños son recogidos por sus padres. Son variadas y generalmente disfrutadas por los niños, salvo que estos tengan alguna dificultad. Nunca se fuerza a los niños a hacer algo que no desean, se les permite aproximarse o no, hacerlo a su ritmo, y se respetan las diferencias tanto entre ellos como de cada niño en cada día. Algunas de estas actividades son: asamblea, lectura de cuentos, juego del patio, paso por el baño para el cambio de pañal (aprendiendo poco a poco hábitos de higiene y autonomía personal, como el control de esfínteres), los bailes y juegos adecuados al momento del grupo, las manipulaciones de alimentos o sustancias moldeables, pintura con manos y pies, psicomotricidad, piscina de bolas, etc.

Se ofrece un turno de tarde para aquellos padres que lo necesiten, que comienza a las cuatro. Son pocos los niños que lo hacen (de uno a cuatro, generalmente), por lo que solo hay una tutora y los niños son de edades variadas, desde los cuatro meses a los tres años. En ocasiones este turno de tarde lo imparte una tutora en inglés⁹⁷. Las características

⁹⁷ La implementación de la «inmersión en inglés» se hizo durante el tiempo en que yo trabajaba, como respuesta a la demanda del mercado. Los padres piden que sus bebés escuchen inglés desde muy pequeños y aprendan palabras y expresiones, y esto está tan extendido que es extraña la escuela que no ha respondido contratando a una o varias educadoras que les hablen en este idioma. Es más, cada vez es más habitual escuchar a los padres (españoles) hablar con sus hijos pequeños en inglés de forma habitual. Mi opinión profesional es que esto es perjudicial, tanto afectiva como intelectualmente, para los niños que (salvo que uno de sus progenitores tenga otra lengua como materna) empobrecen su estructura lingüística, restando riqueza a su castellano, y escuchan y hablan

de estos grupos de tarde son tan peculiares que no es fácil plantear actividades interesantes y adecuadas para todos, personalizar su atención y educación, como sí se hace por las mañanas.

Por estas razones, que Carlos acuda a la escuela con un horario tan irregular de entrada (algunas veces sobre las diez, la mayoría hacia las once y media) y salga tarde (los días que se va más pronto suelen ser las seis de la tarde, pero uno o dos a la semana es a las nueve o nueve y media de la noche) es algo que debe tenerse en cuenta.

Su padre es propietario de un medio de comunicación de pequeña escala que le aporta ingresos elevados. Él es el que trae a la escuela a Carlos, antes de acudir a su trabajo. Muchos días lo trae en brazos. En la escuela se pide a los padres que poco antes de llegar los saquen de las sillitas o los bajen de sus brazos para que lleguen con ellos caminando. Es una de las muchas pequeñas cosas que ayudan a los niños a crecer, a ir separándose progresivamente de sus padres y ganar sus pequeñas parcelas de autonomía. En este caso, facilitaría mucho la llegada a la escuela y la integración con los demás niños. Cuando no sucede así y llegan en brazos, son recogidos en brazos también por la educadora que corresponda, y esta se ocupa de facilitarles el tránsito a la actividad y el acercamiento a los demás, que suelen estar ya jugando con juguetes o con otros niños.

Le recogen indistintamente padre o madre, generalmente tres horas más tarde de la hora en que han comentado que vendrían (a las seis de la tarde si dijeron a las tres), o bien poco antes de que cierre la escuela. A partir de las seis o seis y media, Carlos está solo en el aula, salvo alguna excepción de otro niño de dos años y tres meses cuyos padres viajan una semana cada mes y medio y que han pedido extensión de horario en esos días. La madre de Carlos es directiva media en una empresa grande y su jornada finaliza sobre las cuatro.

un inglés básico y mal pronunciado. La variedad de expresiones para identificar las situaciones que viven e interpretar sus emociones, el vocabulario, las flexiones verbales, es decir, la riqueza de su lengua materna, los estructura como sujetos. Una emoción que no saben cómo expresar no es aprehensible y, por lo tanto, no puede ser manejada. El vínculo que establecen con ese padre que les habla un idioma que no le es propio se empobrece, y muestra al niño que el logro (aprendizaje de las lenguas que dominan el mercado) está por encima de todos los demás deseos que los padres tienen sobre él, como que sea capaz de identificar y gestionar sus emociones como vía para descubrir sus propios deseos y establecer sus relaciones.

Cuando Carlos llega a la escuela, los niños del turno de mañana ya han terminado sus actividades y están recogiendo y lavándose las manos antes de acudir al comedor. Él permanece parado, de pie, sin aproximarse a ellos ni a los elementos del aula. Depende del adulto para todo. Necesita ser llevado de la mano por la tutora al baño (al que se accede directamente desde el aula) y que ella le lave las manos. No hace intención de abrir el grifo, pulsar el botón del jabón o mover sus manos para intentar secarse con la toalla, como sí hacen sus compañeros.

Al llegar al comedor —también de la mano, porque de otro modo permanece solo y de pie en el aula—, hay que ayudarlo a sentarse en la sillita (adecuada a su tamaño, por lo que podría hacerlo solo) y darle de comer. No come casi nada, rechaza todo alimento que no sea blando y suave. Durante la siesta, Carlos se queda tranquilo en la camita, pero con los ojos abiertos. Generalmente no concilia el sueño, aunque a veces se queda dormido el último cuarto de hora. Es frecuente que muestre tics de autoconsuelo, como acariciarse las cejas o el antebrazo. No lo hace en un momento particular, suele ser varias veces al día y cuando está apartado de los demás.

Por las tardes, atiende a lo que dice su educadora, responde a sus demandas si no son demasiado complejas. Prefiere actividades pasivas, como la lectura y comentario de cuentos por parte de ella, a otras en las que tenga que hacer algo por su cuenta. Suele cenar en la escuela, la educadora tiene que improvisar la cena porque los días en que comentan que lo recogerán pronto, suelen incumplir, con márgenes de hasta tres horas, y sin avisar.

Es frecuente que, cuando lo recogen, la tutora les comente que «ha pasado mala tarde», a lo que responden «Elena, Carlos te quiere mucho, ¿a que sí?». También hablan despreocupadamente de lo que han hecho por la tarde, como acudir al gimnasio (en bastantes ocasiones acuden en chándal), hacer unas compras, tomar algo con sus amigos, etc. El niño se muestra cariñoso con ambos cuando vienen a recogerle.

A los padres de los niños se les piden pequeñas colaboraciones según sean las unidades educativas, como puede ser traer una hoja de árbol caído cuando comienza el otoño o un cojín, algún material que permita el trabajo de las texturas, fotos de los miembros de la familia, etc. Y traer pañales. Los padres de Carlos no lo toman en consideración. Él «se hace el despistado» cuando se lo recuerdan, «como si no le interesara». La madre, en cambio, se enfada con su marido, al que echa las culpas, y se muestra molesta con él.

Los padres son convocados a una tutoría y la van aplazando por «no conseguir fechas». Después de una reunión a la que se convoca a los padres de los niños de su edad y —entre otras cosas— se les muestra un vídeo con cortes de cada momento del día, acuerdan al fin una cita con las educadoras porque la madre dice que vio mucha diferencia con sus compañeros. A la tutoría acude ella sola, comenta que al padre «le ha resultado imposible». Ambos tienen treinta y tantos años, y una situación económica acomodada. No refiere ningún problema en el embarazo ni en el parto. Tampoco nada reseñable hasta ahora. «El pediatra siempre dice que está bien y que no hay que preocuparse porque no coma mucho, que es mejor que los niños estén delgados y que si tuviera hambre comería.» Comenta que el niño ha dormido siempre con los padres. Que cuando se va a la cama con ellos no hace «lo de frotarse».

Al ser preguntada por los horarios, comenta que el niño viene cuando el padre lo puede traer y que es pequeño, que está bien que se adapte a ellos. Y que ellos tienen muchos intereses, mucho trabajo los dos y muchas cosas que hacer por las tardes. Que en el fin de semana pasan tiempo juntos. Entienden que es normal, que hay padres «de un tipo y de otro». Pregunta por la diferencia de su hijo con los demás, pero no lo relaciona con nada que pueda pasar en casa, que tenga que ver con ellos. Dice que los fines de semana hacen planes con amigos y familia y allí hay más niños, aunque Carlos «es un poco pesado» y le gusta estar pegado a ellos. Eso no le agrada, pero piensa que ya se le pasará. En esos planes hay un par de niños, más o menos de su edad, a los que Carlos no rechaza pero tampoco busca. «Con quien le gusta estar es con las niñas mayores (nueve y once años), que le cuidan y juegan con él como si fuera su bebé.»

Lo que más le gusta hacer a Carlos los fines de semana es ir con ellos a tomar el aperitivo, comenta, y se niega a dormir la siesta. Le cuesta mucho irse a dormir: «hay que cansarle mucho» para que se duerma pronto. También le gusta estar en el jardín de casa de sus padres, donde van a comer un par de veces al mes y que tienen un perro grande y mayor. «A Carlos le gusta acariciarle y a veces se tumba con él. Como si estuvieran durmiendo los dos. El perro no hace nada, es muy bueno con él.»

Cuenta que en casa «tiene de todo: ¡ya sabes como son los niños hoy, que entre unos y otros les regalan de todo». No cree que tenga preferencias por un tipo de juego sobre otro, «no hace tanto caso a los juguetes». Lo que sí que le gusta es que le lean cuentos «y lo hacemos todas las noches que podemos». «El iPad también le gusta, le ponemos vídeos y capítulos de series para niños y se queda embobado un buen rato.» Se

da cuenta de que «no es un niño movido», «mira que nos gustaría, porque nosotros somos muy deportistas. Queremos apuntarle a tenis en el club, pero no nos dejan hasta que tenga cinco años, así que cuando vamos nosotros a jugar se queda con dos amigas que no juegan porque tienen bebés».

Resulta llamativo que a ellos les sorprenda la actitud de Carlos en la escuela, porque no parece diferente de la que ven fuera, salvo en los momentos en que ellos le están prestando plena atención. A la tutora le da la impresión de que no se preocupan por saber qué le vendría bien, que no hacen como algunos otros padres que buscan en internet consejos y planes para hacer con sus hijos, van con ellos a los parques, se apuntan a «matronatación» en la piscina cercana, buscan obras de teatro para niños de su edad o cosas así. Más bien parece que el niño es siempre el que se adapta a las actividades y el ritmo de los adultos.

Con respecto al extensísimo horario del niño en la escuela, la madre comenta que «hacen lo que pueden, en la vida hay tantas cosas». Parece decir que Carlos es una cosa más, a la que dedicar un tiempo limitado. No aparece ningún apasionamiento hacia el niño, ni de tipo hostil —no más de lo frecuente en padres de niños de esta edad—, ni amoroso. Son agradables y cariñosos con el niño, pero no desean estar más tiempo con él, compartir otras actividades, averiguar sus necesidades, ayudarle a que vaya dando los pasos que le corresponde en el desarrollo.

No resultaría raro que durante Primaria lo envíen un mes de su verano al Reino Unido y, al terminarla, escojan un buen internado para él.

ALBA

Alba tiene un año y tres meses. Es una niña seria que acude a la escuela desde que tenía diez meses. Lleva su chupete puesto constantemente. Cuando se lo quita, no lo deja por ahí, lo sujeta con tres dedos mientras se ocupa de otra cosa. La política de la escuela es que, a esta edad, los que lo utilizan lo dejen en su casillero al llegar y lo recojan para ir a dormir, aunque al ritmo que cada niño necesite para conseguirlo. Lo habitual es que resulte rápido y sencillo, puesto que su interés por todo lo que ocurre les hace perderlo por el chupete. Alba necesita su chupete.

Durante su proceso de adaptación a la escuela, al llegar lloraba tanto que terminaba vomitando. Su madre, al traerla, se mostraba muy angustiada y nerviosa. Cuando iba a hablar con la educadora que recibía a la

niña, se le trababan las palabras, a veces decía que se le había olvidado lo que quería contar, le temblaba la voz. Cuando era el padre el que la traía, también se mostraba nervioso. Él no decía ni una palabra y se marchaba rápido, antes incluso de que la niña entrara en el aula. Se habló con ellos para ayudarles a estar más tranquilos cuando la traían y se les recomendó que hablaran de la escuela por el camino, antes de venir. La situación mejoró notablemente. Los padres necesitaban calmarse ellos para poder calmar a su hija, que les transmitieran que Alba estaría segura y bien cuidada por un equipo profesional, y que aplacaran su culpa por separarse de ella dejándola sola en un entorno desconocido.

Alba muestra una acentuada oralidad. Además de su relación con el chupete, se acerca a los juguetes que utilizan los demás niños y los chupa. Especialmente unos aros de diferentes tamaños que se encajan en una barrita. Trae de casa una botella de agua con «pitorrito» —la que utiliza en su casa para beber—, que tiene siempre cerca de donde esté. No bebe de los vasos como los demás niños, se lleva también su botella al comedor. Está muy apegada a sus cosas, tanto a los juguetes que trae de casa como a aquellos que considera suyos. No permite que otros niños los cojan, no quiere compartirlos. Si ve a un niño jugar con alguno de estos objetos, deja aquello que esté haciendo y acude a quitarle el juguete al otro con la energía que sea necesaria.

Después de la primera media hora en que llora y permanece junto a la educadora, su relación con los demás niños es normal. Puede jugar cerca de otros, no tiene problemas con el contacto físico, establece contacto visual y parece cómoda compartiendo espacio con ellos. No tiene relaciones especialmente cercanas, no busca a unos niños más que a otros para jugar. Al menos una vez al día, se retira del juego y busca un libro para leer.

Está bastante apegada a su tutora, siempre pendiente de ella, la obedece siempre. Si esta pide que se recojan los juguetes, ella es la primera que empieza a hacerlo. En cambio, cuando le toca cambiar de aula y educadora por alguna razón, saca todos los juguetes de su sitio y, cuando hay que recogerlos, hace como que no lo oye. Cuando alguna de las tutoras le dice «no», en tono normal, se impresiona mucho y mira al suelo. Ellas dicen que la ven triste.

Participa en casi todas las actividades, pero se muestra ansiosa con aquellas en que es necesario manipular líquidos o pastas, como pintar con chocolate, tocar gelatinas, mojarse pies o manos en pintura para hacer un mural, etc. Tampoco pinta con ceras de las que manchan las manos,

busca las pinturas plásticas y se aleja de los compañeros que están manchados.

Cada vez que viene un extraño a la escuela, como un albañil que vino a arreglar algo en la cocina, llora, se agarra a la pierna de la educadora y pide que la coja. Se queda asustada y angustiada mucho tiempo. De hecho, al día siguiente de la aparición del operario aún se resistía a entrar a la cocina. No son los únicos que le disgustan, el portero de la finca provoca sus llantos cada mañana y mi presencia le resulta incómoda también. Me mira desde lejos, desconfiada y se acerca a las piernas de su maestra.

Su alimentación es normal, aunque no usa tenedor como sus compañeros, sino cuchara.

Duerme y descansa normalmente, salvo los días en que se ha angustiado, que no consigue conciliar el sueño y se mueve inquieta en la cama, succiona el chupete con ahínco y permanece en silencio.

Alba lleva pañal, pero en la escuela no hace caca, y se pone muy ansiosa cuando le toca entrar al baño para cambiárselo. En muchas ocasiones llora y se angustia al llegar este momento. Cierra las piernas y aprieta el trasero de forma que resulta difícil limpiarla. Suele tener irritación alrededor del ano, para lo que los padres le han traído una crema especial.

En el patio juega igual que los demás, aunque se muestra inquieta si ha llovido y la tierra está mojada o hay charcos. Esos días, se queda junto a las educadoras en la zona de revestimiento acolchado, y juega con cubos, muñecos o elementos pequeños que no le obligan a salir de allí, como ocurriría con una pelota que hubiera que perseguir.

A la tutoría acuden ambos padres. Trabajan ambos en la misma empresa, en puestos de grado medio. Ella es expresiva y habladora, él más reservado. La tutora refiere que ella es muy participativa, trae constantemente cosas a la escuela que piensa que pueden venirles bien, y es la primera en colaborar con las propuestas que se hacen. Es muy complaciente, siempre quiere agradar y que todo sea perfecto con respecto a su hija: «quiere que siempre sea estupenda, que viva todas las experiencias como la que más, que se la vea feliz», aclara su tutora. El día en que se grabó el vídeo trimestral, Alba entró llorando y su madre dijo: «Hoy no por favor, Alba, que nos están grabando».

La madre refiere un embarazo «perfectamente normal» y un parto largo pero sin complicaciones. Ninguna enfermedad ni situación reseñable en su primer año de vida, «¿verdad, Jose?». Él asiente y sigue de acuerdo con ella durante toda la entrevista, más distante y serio pero atento a todo. Comentan que les costó mucho traerla a la escuela, pero saben que a los niños hay que educarles desde pequeños y no querían «que fuera retrasada en el colegio después». Algunos compañeros les habían hablado bien de la escuela —que está subvencionada por su empresa—, así que lo tuvieron claro, pero eso no hizo más fácil «verla llorar todos los días por tener que venir». «Es que durante la baja maternal estuve todo el tiempo con ella, hacíamos vida en casa, la llevaba conmigo a la compra, siempre juntas.» «Jose ayuda mucho, quiere mucho a su hija y se preocupa enseguida cuando tose o tiene cualquier cosa. Es el que se encarga de los médicos.»

Las tardes las pasa con los abuelos, que vienen a la esquina de la calle a recogerla y la cuidan hasta que los padres salen de trabajar, normalmente a la misma hora, sobre las siete. Dicen que «son mayores pero la quieren mucho», así que «no la sacan mucho, pero estamos seguros de que la cuidan bien». Los fines de semana son parecidos: «Uno de los días del fin de semana comemos y pasamos la tarde en su casa, con la familia de mi hermana también, y el otro tenemos trabajo de casa y compras para la semana». Una vez cada dos meses, acuden a algún espectáculo infantil que programa el Centro Cultural de su barrio. «Son teatrillos o cuentacuentos, cosas cortitas que los bebés aguantan bien.» «Y en vacaciones vamos unos días a casa de los padres de Jose, a Fregenal. Sus padres tienen animales y no pueden moverse para venir.»

Cuando la tutora les comenta que es significativo que no haga caca en su pañal mientras está en la escuela y se ponga tan nerviosa cuando toca el cambio, hablan durante un buen rato de sus dificultades —las de la niña, dicen— con este tema. «Es estreñida de siempre. No sé por qué, si dicen que dándoles pecho no pasan estas cosas.» Al preguntarles por qué dicen que es estreñida, responden que hace cada dos días, «y eso que estamos súper pendientes». Cada noche, después de cenar, si no ha hecho caca, «que suele ser lo normal», le hacen un «tratamiento» que consiste en meterle por el ano el dedo meñique de uno de los dos untado en aceite y hacerle un pequeño «masaje». «Llora mucho, se resiste, lo mismo que debéis ver vosotras cuando queréis cambiarla.»

Cuentan que cuando va a hacer caca se pone muy seria, abre los ojos y va corriendo a un rincón del baño. Siempre el mismo. Se queda de pie y «hace esfuerzos por apretar. Muchas veces llora y no quiere que estemos

mirándola». De vez en cuando utilizan un enema diseñado para bebés «para limpiar bien, que es malísimo que queden restos, y como le cuesta tanto...».

La tutora les pregunta quién les ha recomendado ese sistema y dicen que una vez se lo dijo el pediatra «de la familia», que es un hombre mayor que fue pediatra del padre y los hermanos y primos del padre. «Aquella vez funcionó, aunque estuvimos una hora porque no veas cómo se ponía, y nos daba pena verla llorar. Casi sufrimos más nosotros que ella.» Lo de hacerlo a diario es iniciativa suya, argumentan que si no lo hicieran la niña «estaría malísima, porque tendría un montón y le dolería más hacerla, así que tiene que ser así». Con respecto a la dieta, dicen que come normal, pero que no le gusta la fruta, así que «después de haberlo intentado mucho dejamos de dársela. Era una tortura».

Con respecto a la relación con otros niños, comentan que sus amigos no tienen hijos de su edad, así que desde que nació Alba «hemos dejado un poco de vernos, pero estamos en contacto y nos llamamos una vez cada dos semanas. Jose, incluso, tiene una alarma en la agenda del teléfono para recordarlo». Creen que es un tiempo necesario y que pasará. No les preocupa que no vea a más niños porque «bastante tiene con todos los de aquí, ¿no te parece?», así que no pueden comentar cómo se relaciona. Con los hijos de su hermana «no hay manera. Es que son chicos y, claro, son muy brutos, y ella se asusta enseguida de las cosas que hacen. Y no te creas que yo me quedo tranquila si no los vigilo. Con la cantidad de accidentes que hay».

Ocho meses más tarde, al terminar el curso, Alba ya no se asusta de los extraños. Cuando yo acudo a la escuela y me siento en silencio en una esquina registrando la observación de su aula, muestra hostilidad hacia mí acercándose con cara de enfado y cogiendo mi bolígrafo para tirarlo al suelo o rayando la hoja del cuaderno en que estoy escribiendo. En ocasiones, me mira de reojo y sonríe. Ya puede establecer una relación conmigo. Meses atrás era una niña muy seria, ahora sonríe bastante más y ríe en alguna ocasión. Se muestra más confiada en la escuela, más contenta. Sigue sin tocar las ceras ni los productos que manchen, pero no se pone nerviosa. Sigue utilizando los *plastidecores* y sigue sin mancharse. En las actividades que antes le angustiaban, sigue sin participar. Ella se separa y coge un libro para leer. A veces levanta la cabeza y observa a sus compañeros, desde la protección que le da la distancia. Parece haber entendido que no se le forzará a hacer nada que ella no quiera.

Con respecto a la relación con los adultos, también parece más segura. No habla con extraños, pero incluso sonríe a los comentarios del portero de la finca y ha establecido un vínculo con cada una de las educadoras. Tiene preferencias pero no se asusta si le dicen que no. Ahora más bien parece fastidiarle. Se separa un poco de aquella persona que le llama la atención, cuando hace algo que no debe, y busca a otra profesora. Así como antes pasaba desapercibida, ahora hace cosas para llamar la atención de los adultos, se relaciona y busca atención. Incluso se permite obedecer menos a sus maestras.

Con respecto al lenguaje, sigue con dificultades. Tiene menos facilidad que los demás para expresarse y habla poco.

CLAUDIA Y PAULA

Hablamos en este caso de dos hermanas que acuden a la misma escuela, porque ambas niñas presentan síntomas que merecen tenerse en cuenta y es importante mostrar a la familia completa.

Claudia tiene dos años y tres meses. Lleva ya seis meses en la escuela y las educadoras se sorprenden porque no hace caso de las cosas que le dicen. No tiene problemas auditivos, vuelve la cabeza cuando la nombran y mira a los ojos al adulto con expresión neutra, para continuar con lo que estuviera haciendo. Han probado distintas estrategias y no logran cambios significativos.

Llegan todos juntos por la mañana y se alternan para recogerlas. Tardan tiempo en dejar a las niñas porque van al ritmo que marca Claudia, que no va directa al aula. Se les escucha especialmente porque son expansivos, hablan alto y parecen querer ser escuchados por todos. La voz del padre es la que más se escucha. Cuando dejan a Claudia en su aula, van juntos a dejar a Paula en la suya. No se entretienen en el aula de bebés, «te dejamos aquí a Paula, todo bien».

El día de Claudia en la escuela es como sigue. Cuando se despide de sus padres, lo hace tranquilamente, no ha llorado ni en el proceso de adaptación. Generalmente, en su aula, a esa hora, hay movimiento de niños. Es una clase de niños bastante activos. Ella se acerca al grupo que lidera las acciones, pero a una distancia suficiente como para no ser integrada por ellos. Se mueve hacia donde ellos van y les sigue durante un rato. Mientras mantiene ese interés, les mira fijamente y su expresión facial parece un reflejo de la de aquellos niños. Menos intensa, pero alineada:

si ellos ríen mientras trotan, ella camina rápido y esboza una pequeña sonrisa. No llega a formar parte del grupo que juega junto, que imita las acciones del líder del momento. Al cabo de un rato, pierde el interés y se ocupa sola de algo: un libro, un juego.

A lo largo de la mañana, se van proponiendo actividades, algunas rutinarias —repetidas a diario— como las asambleas, momentos de higiene, de ponerse los babis, el camino al patio o al comedor, y otras diferentes cada día, como las actividades pedagógicas programadas. Claudia actúa como si fuera nueva cada semana. No asimila las rutinas, no va a buscar su pañal al casillero, como hacen los demás cuando les llaman, no se pone en la fila de salir hacia el comedor, no se quita los zapatos antes de tumbarse en la cama, si no hay un adulto pidiéndoselo expresamente e incluso haciéndolo con ella. Esta actitud desespera a sus educadoras, que no perciben dificultades cognitivas ni retrasos en el desarrollo de la niña. Interpretan que no lo hace «porque no le da la gana. Nos vacila tranquilamente».

Cuando estas cosas ocurren, Claudia generalmente ignora las indicaciones que les dan a todos. Suele mirar al adulto, y o bien sigue con lo que estuviera haciendo o se va hacia un lugar diferente al indicado. En algunas ocasiones lo acompaña de una expresión retadora en la mirada, pero generalmente es neutra. «Como si no le importara nada.»

Si las actividades no están dirigidas por adultos, como los juegos en el patio, sino por otros niños, no consigue seguir las normas que ellos establecen. Son normas sencillas, que a veces explicitan y otras simplemente se deducen por la repetición de las conductas. Correr hasta la esquina, pasar por detrás del árbol y llegar hasta el tobogán una y otra vez, por ejemplo. Estos juegos los «proponen» normalmente dos de los chicos más líderes, empiezan a hacerlo ellos y al escuchar sus muestras de alegría se van sumando los demás.

Si Claudia decide integrarse en este juego, hace algo parecido pero no igual. Corre en la misma dirección pero se salta la vuelta al árbol, no se para en el tobogán al final y cosas así. Los demás niños no celebran la consecución de su carrera como hacen con los otros. Lo habitual es que la ignoren, aunque algunos se molestan, la regañan «¡Así no es!», «¡No!», o le dan la espalda. Pocas veces la llaman por su nombre.

No ha establecido una relación especial con ningún compañero o compañera, como hacen muchos otros. No parece tener especial interés en relacionarse con ellos, aunque tampoco se margina ni parece sufrir con

la situación. En las actividades es difícil que se implique. Cuando se acerca al papel de estraza, que han pegado en el suelo para que todos dibujen lo que quieran, ella camina por encima, con la cera en la mano, mirando, y luego se marcha. Si la maestra le dice «Claudia, ¿qué vas a dibujar tú?, ¿qué color has escogido?», se para donde esté y pinta alguna raya sin mucho interés, antes de salir totalmente de la actividad. No suele responder salvo que le insistan mucho.

No parece triste ni tampoco se la ve disfrutar mucho al hacer cosas nuevas o excitarse, como hacen sus compañeros. Tampoco parece sufrir. No suele llorar ni parecen preocuparle las regañinas de los adultos cuando hace algo mal. Parece cansada en muchas ocasiones. En ocasiones se queda dormida en la actividad.

Con la alimentación y el sueño, no muestra diferencias con cualquier otro niño de su edad. Come normalmente, con algunas fobias como el tomate o la zanahoria, pero esto no es extraño en esta escuela⁹⁸. Tampoco con el control de esfínteres, el desarrollo psicomotor ni ningún otro aspecto del desarrollo.

Con su hermana no tiene relación dentro de la escuela. Algunos chicos que tienen hermanos bebés quieren acercarse a verlos de vez en cuando, sobre todo en el patio, que es cuando están todos compartiendo espacio. Ella no se acerca. Se comporta como con los demás bebés, la ignora.

Paula tiene seis meses, entró con cuatro en la escuela, cuando su madre regresó al trabajo tras la baja laboral. Es un bebé totalmente pasivo. Su mirada no se enfoca con interés en las formas y colores con los que está decorada su aula, no le interesan los cascabeles o sonidos que su educadora produce para ellos. Permanece tumbada, con piernas y brazos flojos, en la misma postura durante mucho tiempo. Cuando se siente molesta, emite sonidos de queja hasta que la educadora la coge en brazos. Llama la atención su falta de tono muscular. Tiene seis meses y no se sienta. Lo más que hace es voltearse tumbada, pero con mucha dificultad, porque no tiene fuerza en las piernas, está flácida.

⁹⁸ Por la ubicación de esta escuela, los niños proceden de un entorno sociocultural medio bajo, por lo que la cultura gastronómica de sus familias es escasa y proliferan las fobias que los padres comparten en muchas ocasiones.

No establece vínculo con la mirada, no provoca en la persona que la cuida un deseo de interactuar con ella porque no responde a sus palabras, canciones o caricias. A la hora de comer, no rechaza el alimento pero tampoco se enfada si tarda en llegar ni succiona con interés. Las educadoras mueven la tetina en su boca para que vuelva a succionar porque, tras unos tragos, deja la boca abierta y la leche cae por la comisura de sus labios. Lo intentaron con cuchara y tampoco funcionó. La niña no hace el esfuerzo de tragar, no muestra interés ni hambre. Con diversas técnicas consiguen que tome todo el biberón y no protesta.

Le cuesta mucho coger el sueño a las horas de las siestas. Come cuando le dan de comer, pero extraña su falta de vitalidad, de curiosidad por los estímulos externos, de interés por los otros, ni siquiera por la adulta que la cuida cada día.

A la tutoría acuden ambos padres, que hablan en un tono exageradamente optimista y defensivo desde el inicio. No ven clara la razón de la reunión y, cuando se les pregunta por el día a día de las niñas fuera de la escuela, cuentan que ellos siempre hacen todo juntos, que van juntos a todas partes. Ambos tienen un horario de trabajo corto. Las tardes libres, justo desde que recogen a las niñas hasta que las traen. Trabajan en la misma empresa pública, tienen una categoría laboral equivalente y pidieron ambos el traslado porque suponía un progreso profesional. Cuando se lo dieron como «agrupación familiar», se mudaron los cuatro. En esta ciudad no tienen amigos ni familiares. No han establecido vínculos más que este con ellas, las educadoras de la escuela. Anteriormente vivían en otra ciudad (durante cuatro años), en la que tampoco tenían vínculos ni los hicieron durante ese tiempo. Dicen no tener interés en conocer a otras personas y relacionarse porque están «volcados en la familia».

Duermen los cuatro juntos en la misma cama. Comentan que anoche vomitó Claudia y los cuatro se fueron al sofá del salón. Y que cuando ella se despierta —sea la hora que sea— y pide ver dibujos en la televisión, se levantan todos y van a verlos. «Aunque a veces nos quedamos dormidos allí, pero la niña no se siente sola. Estamos siempre juntos. Somos muy familiares.» Cuentan su día a día con orgullo. Consideran que son una familia excepcional en el mejor de los sentidos. El padre también cuenta que siempre durmió en la cama con sus padres y le fue fenomenal. Y que tomó biberón hasta la comunión, por lo que no entiende que haya que quitarle a su hija el biberón de la noche en ningún momento. Cuando añaden que quieren tener otro hijo más ya, se les pregunta por Paula. En todo momento han hablado de Claudia, a su hija menor no la han mencionado. Comentan que tienen más vínculo con Claudia, pero

que «la vamos a querer igual porque es igual que su hermana». «Conste que ella también fue muy deseada, ¿eh?, lo que pasa es que Claudia fue especial, claro. Será por ser la primera.»

Ante cualquier pregunta que conlleve cierta preocupación de las maestras, responden de forma defensiva. No dejan terminar el planteamiento a la educadora (sobre todo es el padre quien comienza la «respuesta») y niegan que haya ninguna razón para la preocupación. Si Paula no tiene tono muscular ni muestra curiosidad ni alegría es «porque es muy bebé aún». «Ya llegará, con su hermana fue igual.» Y así con cada cosa que se les muestra como algo que ha llamado la atención de sus maestras. Parecen creer que todo va a llegar simplemente por el paso del tiempo, y que ellos no tienen nada que ver en la forma de ser de sus hijas. Llegan a decir «nos gusta ser así y no vamos a cambiar. Somos muy familiares y nos va bien como estamos». Por como lo dicen, se nota que es un discurso repetido. Que no desean escuchar ninguna opinión ajena a ellos, y que no es la primera vez que muestran esta actitud. No se enfadan, ni mucho menos. Sonríen incluso cuando no parece haber razón para ello. Su sonrisa es parte del parapeto, de la imagen de «familia especialmente feliz» que están queriendo proyectar. No escatiman detalles en su relato, aclaran que «la madre es para regañar y el padre para jugar». Están orgullosos de este reparto de papeles, tanto como de cada aspecto de su modo de vivir que van mostrando.

Se les intenta mostrar las dificultades de Paula y Claudia, sus diferencias con sus compañeros, y hasta en las pequeñas cosas —como que Claudia se queda dormida durante la actividad y que quizá por las noches podrían intentar que duerma las horas que necesite en lugar de ver la televisión—, y la respuesta es siempre la misma: «vamos a seguir haciéndolo digáis lo que digáis».

JUANA Y MIGUEL

Son mellizos, tienen un año y tres meses. En la escuela llama la atención, en primer lugar, su hipotonía muscular. Son niños delgados que aún no se sientan, cuando lo habitual es que esto ocurra hacia los seis meses y que a su edad ya caminen. Miguel reptaba para moverse, Juana se quedaba en el lugar en que sea depositada, tumbada. Su educadora dice que teme sentarles en una trona para comer porque «parecen de goma» y teme que puedan caerse.

Son niños sonrientes, responden a los juegos y palabras de los adultos con agrado, y llaman la atención de estos para ser atendidos. Pero la diferencia con los niños de su edad es tan grande que no es posible integrarlos normalmente en las actividades programadas para el aula de su edad. Tienen poca relación con otros niños en la escuela porque acuden al turno de tarde en el que es frecuente que estén solos. Faltan mucho a la escuela porque enferman con frecuencia: conjuntivitis, gastroenteritis, fiebre, bronquitis. Juana enferma más que Miguel, pero cuando uno de los dos no puede acudir a la escuela por este motivo, el otro también se queda en casa.

Con la alimentación, Juana tuvo problemas más importantes en la escuela durante las dos primeras semanas de adaptación, puesto que vomitaba con frecuencia. No parece hacer esfuerzo alguno al vomitar, mientras está comiendo devuelve lo que ya ha tragado sin mudar el gesto. En otras ocasiones, expulsa con la lengua el alimento. Resulta extraño, porque no parece que no tenga intención de comer ni lo acompaña con gestos de desagrado o girando la cara. Da la impresión de ser una rutina. Su hermano lo hace alguna vez, devuelve todo el puré que ha comido. Se les alimenta con purés y necesitan ser ayudados para comer (cosa extraña a su edad), por indicación de los padres al comienzo de la escuela. Comentan que en casa aún no han pasado al sólido y, como es lógico, en la escuela deciden esperar hasta que estén integrados y cómodos para plantear los cambios que estos niños necesitan. Quince días después prácticamente desaparecen los vómitos y expulsión de la comida.

Su educadora se extraña porque dice que no parecen comprender las órdenes sencillas que los demás entienden hace tiempo. «Coge tú la cuchara», «dame las manitas, que te ayudo a levantarte». Refiere que la respuesta es una mirada indiferente, y que, si inmediatamente les dice cosas bonitas o les canta una canción, comienzan a sonreír.

Cuando llegan a recogerlos sus padres (generalmente juntos), Juana se tumba en el suelo y arquea la espalda mientras profiere gritos. No tolera que sea su padre quien la levante o la lleve en brazos hasta el carrito. Grita más y echa los brazos hacia su madre, así que dejan de intentarlo días después y se reparten la recogida: Juana con su madre y Miguel con su padre. Para dormir, no muestran ninguna dificultad, se abrazan a sus muñecos y pañitos y se quedan tranquilos hasta que cogen el sueño.

La tutoría es convocada enseguida para poder entender lo que ocurre con estos niños. El padre habla muy poco pero está atento a lo que se dice, a tenor de sus respuestas. Es llamativo que nunca mira a los ojos a

las tutoras, se muestra algo distante, mirando por la ventana la mayor parte del tiempo. La madre, por el contrario, las mira a los ojos y dice estar agradecida por la reunión, porque se atiende a sus hijos. Expresa directamente que necesita ayuda, y se muestra muy abierta, hablando extensamente cada aspecto que se le comenta y preguntando si lo está haciendo bien.

Cuenta que nacieron prematuramente, con siete meses y medio de gestación. Y que eran muy pequeños, por lo que permanecieron casi un mes en la incubadora. Salieron de ella al mismo tiempo para ir a casa, y dice que «desde el principio fue difícilísimo con ellos». Se centra en el tema de la alimentación, comentando que Juana vomita varias veces al día: cuando la sacan de casa, le cambian de ropa, cuando les bajan del coche, en cualquier movimiento que hagan con ellos, puede vomitar su hija. La lactancia fue artificial desde el principio. Su pediatra no dio importancia a los vómitos iniciales, que consideró un reflejo gastrointestinal normal, pero prescribió a la madre (que era fundamentalmente quien los alimentaba) que permaneciera con Juana junto a su pecho durante veinte minutos después de cada toma. Ella comenta que eso le resultaba imposible porque «tenía que hacer cosas», así que la colocaba en una mochila para que Juana estuviera cerca mientras ella se ocupaba de lo que necesitaba. Al no cesar los vómitos, la madre se preocupó y pidió pruebas a su pediatra que descartaron cualquier causa física. «Es desesperante. Solo quiere que yo le dé de comer, con su padre chilla histérica.» Dicen que Juana no quiere estar con su padre. Siempre pide que la coja la madre, siempre quiere tenerla cerca o a la vista. Nunca se han planteado que coman nada diferente a los purés. Siguen utilizando las mismas recetas que les recomendaron a los seis meses: pollo o ternera hervidos con verduras, frutas con una galleta y leche con cereales. Utilizan un mismo cuenco y una misma cuchara para ambos, que van alternando. «Es un momento de nervios porque el que no está comiendo, se pone como loco. Juana tiene que ser la primera y el momento de darles las gotas (vitaminas prescritas por su pediatra) es un horror. ¡Montan unos números!» La madre pide ayuda, quiere saber cómo podría hacerlo mejor, mientras que el padre comenta que lo hacen lo mejor que pueden y «si tiene que ser así, qué le vamos a hacer». Él cree que todo viene de aquella recomendación de la pediatra de tener a Juana junto al pecho tras las tomas. Dice que obedecieron porque era lo que había que hacer, pero eso generó la «mamitis» que ahora tiene ella.

Se les comenta que en la escuela terminan ya sin dificultad sus cuencos de comida, sin vomitar ni incomodarse, prácticamente solos ya, y el padre dice irónicamente «debe de ser un montaje», refiriéndose al vídeo en

que se les muestra. Parece ser que con los abuelos tampoco tienen problemas para comer, que solo vomita Juana un par de veces al mes, pero, cuando lo cuentan, dicen que no están del todo seguros de que sea cierto lo que ellos les cuentan. Los abuelos guardan los cuencos con los restos de puré como prueba de que han comido el resto, pero esto no convence a los padres.

«Con nosotros no comen y, si lo hacen, los vómitos de después están asegurados.» Comentan que les dan juguetes durante la comida, que han probado todo tipo de entretenimientos para distraerles y que no han conseguido nada. Por ello la madre pregunta cómo lo hacen en la escuela para conseguir que coman bien, a lo que el padre apostilla que ellos lo hacen lo mejor posible y que seguramente influirá la falta de tiempo, que es la misma razón que adujo cuando se les preguntó por qué no les daban pequeños trocitos de comida sólida.

Estos padres se contradicen constantemente durante la entrevista. Quieren asegurar que sus hijos no tienen problemas y no son diferentes a los demás de un modo notable, pero cuando ven en el vídeo niños gorditos que comen bien dicen: «¡Qué gusto! ¿Por qué no habremos tenido un niño así?»⁹⁹. Preguntan por cómo hacer que coman mejor, pero justifican que deben seguir haciendo lo mismo. Cuando se intenta abordar la dependencia de Juana con su madre, el padre explica el supuesto origen (la indicación de que estuviera junto a su madre tras las tomas) y su resignación, mientras ella se queja y cuenta que Miguel es muy simple: «comer, cagar, dormir», pero ella es «mucho más complicada para todo».

Se les muestra el vídeo del aula (no acudieron a la reunión con los padres de niños de su edad de turno de mañana) y ven cómo sus hijos se calman a los pocos minutos de irse ellos, y disfrutan sobre todo cuando les ayudan a caminar sujetándolos o con un andador. «Ay, mis mellis», es lo que responden a las recomendaciones de estimulación por su parte. En el vídeo se les ve solos, y el padre dice «no tenemos la culpa de que sean los únicos del turno de tarde». No es su única *excusatio non petita*: cuando escuchan que la pediatra considera importante el retraso en el desarrollo de sus hijos, la respuesta es inmediata: «ni que yo fuera mala madre».

⁹⁹ Nótese que hablan en singular.

ANÁLISIS DE LOS CASOS.

EL DESEO DE HIJO Y LOS SÍNTOMAS EN LOS NIÑOS: LA OBJETUALIZACIÓN DE LA INFANCIA

Los niños son los síntomas de los padres. Aquellas cosas que ellos no tienen elaboradas, los síntomas que han dejado permanecer a lo largo del tiempo, los actúan en la crianza, adaptando a su hijo a ellos o haciéndolo formar parte de ellos.

Un bebé, un niño pequeño, es un sujeto en constitución, que depende de tal forma de sus padres para sobrevivir y comprender el mundo que se adapta fácilmente a lo que inconscientemente se le propone. Cuando hablábamos del *deseo de hijo* y del tránsito que tiene que hacer un niño en los vínculos para constituir su subjetividad, decíamos que era esencial que en el psiquismo de la madre estuviera instaurada la *ley* para permitir a un tercero que ejerza la función paterna, que vehiculice esa ley o que ocupe ese lugar tercero con autoridad. Es decir, que impida que ella haga con su hijo lo que se le antoje, que lo transforme en un objeto para sí, que lo utilice hasta el punto de anular o despreciar el deseo del niño.

Esto lo vemos en diferente grado en los casos arriba descritos. El más grave es Saúl, de cuyos padres no podemos suponer una estructura psíquica suficiente como para concebir a su hijo como un sujeto. No está clara la constitución como tal de su propio padre, y ella tampoco ha podido compensar estas carencias cuando decidió priorizar su trabajo (sin necesidad económica acuciante) y abandonar al bebé con este padre en su primer año de vida. No son afectuosos, no muestran amor por el niño ni ilusión en los reencuentros. Esa frialdad que muestran con él dice mucho de su dificultad para vincularse. Es demasiado complicado para Saúl constituirse, integrarse siquiera con una mínima protección del exterior, cuando no recibe esa mirada amorosa, deseante por parte de sus padres, que pregunte «¿cómo estás?» al verse tras nueve horas separados, en lugar de señalar un avión y nombrarlo en idiomas ajenos. No se comunica con él, no le transmite deseo de saber de él, no le hace cuestionarse para irse reconociendo en ese que enunciaría «bien», «tengo sueño», «un niño me pegó», «quiero ver a mi mamá» o cualquier otra cosa que implique saber sobre sí mismo. Están en juego los vínculos intrapsíquicos que permitirían a Saúl esa construcción integrada de su subjetividad, y por el momento no parecen estarse estructurando. Tampoco el vínculo padre-hijo tiene consistencia suficiente para lo que se requiere en estos tres primeros años de vida. El padre podría tener también Asperger o autismo de alto rendimiento.

No hay intencionalidad de daño en estos padres, no son perversos, más bien parecen incapaces por su propia inconsistencia psíquica, pero no hemos podido escucharles más, por lo que este análisis queda incompleto.

Niegan inconscientemente los síntomas de su hijo porque necesitarían mirarse a sí mismos para aceptarlos. Si el deseo de la madre hubiera sido suficiente, la *ley* hubiera impedido una separación temprana tan intensa. Concebir al hijo como sujeto implica directamente ponerse en su lugar y cuestionarse qué podrá implicar la desaparición de su madre, qué necesita él de ellos, cómo poder aportárselo.

Hablábamos de lo complicada que es la función materna por la sutileza que requiere la construcción de un vínculo sólido mientras se va ayudando al bebé a ser por sí mismo, a separarse. Que ocupe el lugar de *falo* de la madre, es decir, que mientras ella sabe que la *ley* impide que su deseo lo fagocite, pueda celebrar los grados de autonomía que va adquiriendo. Nada que ver con lo que ha sucedido en la corta vida de Saúl, que hasta el momento se comporta como un niño con autismo.

En el caso de Laura, el *deseo de hijo* sí está constituido consistentemente en su madre. En el padre no, está claro, no hay nada más desechable que un objeto, y eso fue lo que él hizo, abandonarla antes de nacer y mostrar su carencia de deseo por ella de esa forma. Hay varios aspectos que señalan la dificultad de la madre para habilitar ese *lugar tercero*. El primero quizá sería que ese padre que abandonó no esté cumpliendo la *ley* que le obliga a pasar una pensión a la madre por la alimentación de su hija. Probablemente, en su depresión, decidió no luchar por eso, sabiendo también que la cantidad no sería relevante en su economía, pero lo simbólico de este acto fue totalmente negado. El hecho de que los padres que no ejercen su función como tales aparezcan en un acto hasta que los hijos son independientes es esencial para estos, para poder separarse de esa madre que ocupó ese lugar de omnipotencia al ejercitar sola la función de ambos. Esto lo decimos pensando directamente en Laura, pero en el psiquismo de su madre esa dilución sin lucha de la figura del padre muestra la fragilidad de esta estructura, del *nombre del padre*.

Laura fue gestada durante una depresión que había comenzado antes —cuando la madre escogió permanecer en una relación en la que no se sentía suficientemente deseada o querida—, y que se acentúa con el abandono definitivo por parte del padre como consecuencia del anuncio de la concepción de su hija. Es una marca importante para el comienzo

de una vida. La madre no parece haber salido aún de esa posición de mujer abandonada, no muestra ningún proyecto o ilusión, no da señal de tener en juego el deseo. De momento, parece trancado en la relación con su hija, en este caso sí constituida como *falo* de mamá, puesto que muestra con su dependencia de su madre que ella sí la necesita, sí quiere permanecer con ella, no la va a abandonar.

No sabemos bien qué lugar ocupa la abuela para la madre, pero no da ninguna muestra de funcionar como tercero. Por el contrario, trata de favorecer la relación fusional impidiendo que acuda a la escuela para ampliar su mundo y no considera autoridad a la pediatra cuya palabra ignora en la cuestión de la alimentación.

Hasta tal punto es fiel Laura a su madre que —por el momento— no puede ser consolada por nadie que no sea ella. Repite su nombre para calmarse y se masturba en los peores momentos para aplacar su angustia de separación. El mundo ajeno a ellas está borroso, lejano, no le interesa. Laura está colocada en ese lugar de objeto para mamá que le impide desarrollarse y crecer. Compatibilizar el amor y la necesidad de mamá con la curiosidad por el mundo, al que necesitaría acceder por sí misma, con el que tendrá que relacionarse sola.

Es posible que también esté cubriendo la soledad de la abuela (la misma posición de objeto). Resulta llamativo que no haya estado en contacto con otros niños hasta ahora, que no se reconozca su necesidad de relacionarse fuera de ese núcleo fusionado.

Ese lenguaje que tiene «perfectamente» desarrollado tiene que poder transformarse en mediador frente a la angustia. Laura necesita poder sustituir sus actos por palabras, aunque —como siempre— quien puede trabajar para sacar a Laura de su sufrimiento, quien puede habilitar ese *lugar tercero* que permita a la niña dejar de mirarla para salir al mundo sin angustia, es su madre.

En el caso de Carlos parece que sus padres decidieron tener un hijo como algo más en la vida, parte del proceso obligatorio no cuestionado. Todos sus amigos, sus padres, han seguido el camino: trabajo, casarse, tener hijos. Parece que su deseo de hijo está conformado de este modo, y no va mucho más allá. El niño en sí no les interesa especialmente, no se cuestionan nada acerca de él, no sienten curiosidad por quién es o qué desea o necesita. Hacen cosas en las que está él, no hacen cosas para ni por él. Cumplen con lo formal y viven a su hijo como «una cosa más» de su vida. Un objeto más, necesario y suficiente. Muestran esa falta de de-

seo por él constantemente. Priorizando el gimnasio a pasar un tiempo con él, faltando a su palabra de recogerle a determinada hora, ignorando las palabras de la tutora que trata de llamar la atención sobre su malestar, haciendo que sea siempre él quien se adapte a los huecos que quedan en su vida, en lugar de modificarla para poder disfrutar de su hijo.

Carlos percibe que el lugar que tiene en el deseo de sus padres es reducido, y en consecuencia le resulta complicado constituir su propio deseo, que también muestra como escaso. Está triste y resignado, no hace síntomas escandalosos para obligar a que sus padres se ocupen más de él, aunque sea enfadándose. No lucha, se adapta a la escasez, y por ello su desarrollo está ralentizado. Así vemos, de nuevo, cómo el niño es el síntoma de sus padres.

En la escuela, hace aquello que los adultos le acompañan a hacer, va donde le lleven de la mano. No muestra curiosidad ni iniciativa, no seduce a la educadora porque no espera más de los adultos de lo que ya recibe. Sabe que cuando demanda más es rechazado sutilmente siendo tildado de «pesado». Cuando está junto a sus padres, necesita el contacto, la presencia constante. Por eso quiere dormir junto a ellos y no se separa mucho cuando están en grupo. Busca niñas mayores que lo mimen, perros tranquilos junto a los que echarse. No tiene cubierto lo básico, la seguridad de ser amado y deseado, así que no puede dejar de mirarlos para mirar fuera, curiosar, descubrir el mundo, reproducir sus fantasías en juegos simbólicos y disfrutar de otras experiencias. Cuando está solo, sin ellos, a veces necesita acariciarse mecánicamente, con sus tics, para canalizar parte de su angustia.

Los padres de Alba quieren a su hija. Es una niña deseada. Veamos en qué consiste su deseo que, recordemos, es siempre inconsciente. El padre es obsesivo, muy controlador, y la madre es cómplice de su patología. No le frena ni le contradice. La niña es tratada como un objeto de goce, y no hay ley que impida eso. Los obsesivos necesitan tener el control y extinguir el deseo¹⁰⁰, cosa que esta pareja hace limitando sus riesgos al máximo. Su vida es repetitiva y rutinaria, y ya no se relacionan con otros que no sean sus familiares. La familia es el único lugar en el que no tienen que hacer nada por ganarse el lugar ni pueden ser expulsados del

¹⁰⁰ Llamar a sus amigos con una frecuencia calculada, programada en su calendario, en lugar de sentir el deseo de saber de ellos y seguirlo, es un ejemplo claro de cómo sistematiza y mata la pasión.

mismo. Al menos en lo aparente, que es tan importante para ellos. Alba está creciendo en estos únicos entornos, no va al parque de su barrio ni a casas de otros niños a jugar. Siempre ve lo mismo y aprende de sus padres que el exterior, lo diferente, es potencialmente peligroso, por lo que necesita estar pegada a su tutora y obedecerla sin cuestionamientos.

Estos padres transmiten su patología sin ningún freno. No hay *ley* que les esté impidiendo las agresiones diarias a su hija. Las penetraciones anales dolorosas. La niña es suya y hacen con ella lo que quieren. Objeto en lugar de sujeto. Es obvio que no hay razón para ello: defecar cada dos días no es médicamente problemático, pero para dejar más claro que no hay lugar para la *ley*, no han acudido al pediatra que le corresponde a la niña para plantear que tiene síntomas ni validar su sistema. Si no se relacionan con otros, evitan las voces que les cuestionen, inconscientemente impiden que se sepa lo que está ocurriendo. No son perversos ni malintencionados, están actuando su propia patología psíquica con su hija. Asumieron su patología como normalidad y su vínculo con Alba es a través de ella. El vínculo en el que Alba crece es el que la estructura, así que si sus padres temen lo que pueda ocurrirle fuera de su control, en la escuela por ejemplo, ella responde con la inmensa angustia que muestra en ella: los llantos durante la primera media hora, los vómitos, la necesidad de objetos a los que apegarse, la dependencia del chupete, y tantos otros.

Los síntomas de Alba son producto de la patología de sus padres, tanto sus fijaciones orales como las anales y las fobias que desarrolla. Todos estos síntomas son coherentes con lo que le está ocurriendo. Los extraños le asustan, no está acostumbrada a relacionarse fuera de su entorno familiar ni a estar lejos de la vigilancia controladora de sus padres. Para sus padres, el mundo exterior es potencialmente agresivo y hay que aislarse de él, lo mismo que para ella que, además, es ritualmente agredida por los que más la aman, aquellos de los que depende, luego tiene razones para temer.

La fobia a las pastas y líquidos que se manipulan en clase, así como al barro después de la lluvia, forma parte de lo mismo. Es fácil trasvasar la angustia de la masa fecal al barro, y para ella todo lo relacionado con las heces es tremendamente angustiante.

Dar y retener, la generosidad y la racanería, son derivados de fijaciones anales también. La caca es el primer producto de Alba. Lo primero que puede dar a los demás (sus padres) o, por el contrario, retener. Para ellos es importantísimo, luego ella hace sus síntomas anales. Lo tiene com-

probado. Por que haga caca son capaces de cualquier cosa, pero si ella se niega a comer fruta dejan de intentarlo, porque les resulta «una tortura» esa actitud. Además de los síntomas más directos, como retener las heces en la escuela, aparecen otros menores como no tolerar que otros toquen o utilicen «sus» juguetes, y acumularlos y retenerlos como hace con las heces.

El sometimiento al adulto del que depende también está relacionado. Alba es extremadamente obediente con su tutora, pero, si la separan de ella y le cambian de clase, muestra su agresividad sacando todos los juguetes de las cajas e ignorando la palabra de la «nueva autoridad» que no reconoce. Es su modo de decir que quiere volver a lo conocido, a su lugar seguro, allí donde conoce y controla cómo relacionarse. Allí donde se muestra obediente y cumplidora, como lo hace su madre con la escuela. Esa madre que quiere aparentar ser perfecta y que su hija también lo sea. La perfección es otra ambición obsesiva. Imposible y aparente. Todo bajo control. Sin la vitalidad que provocaría que un día Alba recoja la primera y otro se quede jugando hasta el final, sin variaciones.

Calmar su angustia succionando su chupete o manteniéndolo en la boca tiene el precio de dificultar su comunicación, el desarrollo de su lenguaje. Si se quita el chupete, puede gritar, pero Alba ha comprendido que sus gritos no impiden las agresiones, así que no tiene mucho interés en hablar.

La mejoría (leve) de Alba tiene que ver con que se intervino lo poco que se pudo con los padres para frenar esas prácticas, así como con que la escuela, tras tantos meses, es un entorno más controlable tanto para ellos como para la niña. Ella seguirá teniendo dificultades ante los cambios, fobias y síntomas obsesivos, puesto que sus padres no hicieron cambios profundos y la huella de lo ocurrido es imborrable.

Claudia y Paula presentan síntomas notables que sus padres niegan activamente. Ellos no quieren saber sobre sí mismos y actúan su patología sobre sus hijas. Han decidido repetir, sin pensar, lo que supuestamente los padres de él hicieron. Sin cuestionarlo ni cuestionarse. Aun cuando su elección está provocando problemas a sus hijas, ellos siguen actuando. Y van a tener un hijo más. Cualquier cosa menos mirar a las que ya tienen para ver y atender sus necesidades.

Son explícitos al negar el espacio para la ley. Hacen lo que quieren, y nadie les va a decir qué otra cosa hacer con sus hijas. Es obvio que consideran que son suyas, sus objetos. De esta forma, va a ser difícil para

ellas identificar su propio deseo, constituirlo, puesto que hasta el momento no existe diferenciación entre los miembros del grupo familiar, están fusionados. Esto implica que no hay límites claros entre los sujetos. No se respeta la diferencia ni el espacio entre ellos, porque se entienden las necesidades como grupales, compartidas. Si uno necesita algo, todos se mueven por ello o contra ello, pero les afecta a todos de forma confusa. Es difícil así distinguir qué es lo que necesita realmente y por qué. En esta familia no se piensa, se actúa. Si la niña se despierta y pide tele, no se preguntan qué la despertó, ni quieren calmarla. Se le da tele y se ignora lo que le ocurre. Por eso no quieren cuestionamientos externos que les obliguen a pensar qué le pasa a cada uno, qué son y qué quieren, empezando por los padres, por supuesto.

Los niños que tienen dificultades para adaptarse a su entorno social son beneficiosos para los padres que los quieren junto a ellos. Como el exterior los trata mal, se garantizan tenerlos pegados «allí donde sí son comprendidos». Es otra manera de objetualizarlos.

Los síntomas de Paula y Claudia son visibles e importantes. Claudia tiene dificultades en los vínculos, tanto con niños como con adultos. No asume que, para formar parte de un grupo, hay que respetar determinadas normas, explícitas e implícitas, porque eso es socializarse y los padres no están cumpliendo esa función. No poder interesarse en las actividades, en ninguna, es un síntoma en sí. Algo pasa con Claudia que no podemos saber, porque los padres no lo desean. Construyen un discurso blindado y falso que escenifican como una aparente comunicación. Pero eso no oculta los problemas psicoafectivos de Claudia ni la alarmante pasividad de Paula. Ella está sobreviviendo, no tiene la vitalidad que se espera en un bebé de su edad. Se deja hacer. No pide, «ella» no existe, expresa malestares al igual que un recién nacido, pero se ha abandonado. No parece reconocer como suyas las piernas que no tienen tono muscular, no tiene interés en moverse para buscar o hacer. No se alarma ante el sonido, como haría otro bebé que necesita ir aprendiendo acerca de tantos nuevos estímulos como tiene el mundo al que ha llegado. Y no muestra gozo ni siquiera por ser alimentada. No podemos decir que esté deprimida, porque para ello tendría que haberse constituido un sujeto en ella que estaría sufriendo por la pérdida o falta.

En la entrevista, escuchamos que iba a ser querida por parecerse a su hermana, y afirmaron, sin ser preguntados, que «por supuesto era deseada». Las demandas de su hermana mayor gobiernan sus noches, y sus padres le dedican el tiempo y la atención que ella no recibe hasta en

el tiempo que están en la escuela. Un lugar complicado para esta niña. Para las dos.

De la limitada información que tenemos, podemos escuchar la dificultad que tienen los padres de Juana y Miguel para vincularse con sus hijos y los síntomas que de ello se derivan. El padre muestra sus propios problemas para relacionarse a través de su elevada desconfianza hacia los demás (abuelos, educadora, pediatra), así como de la imposibilidad de contactar visualmente con las maestras durante la entrevista. Ella, en cambio, se muestra ansiosa y preocupada, pregunta cómo hacerlo mejor y muestra cierta conciencia de sus dificultades en el maternaje. No pudo llevar a término la gestación y no se planteó la lactancia materna, que es tan beneficiosa para bebés prematuros, ni siquiera con extracción de leche. Cuando tan adecuadamente la pediatra recomienda esos veinte minutos con la niña en su pecho tras las tomas, ella no puede soportarlo. Seguro que tenía cosas que hacer, pero nada más importante que conseguir que su hija se alimente. Aquí comenzamos a ver esas dificultades de la madre, son muestras de la fragilidad de su lugar como tal, y de la otra cara de la moneda: su *deseo de hijo*. «Desde el principio fue difícilísimo.»

Esta mujer no ha podido evitar un grado de rechazo hacia los niños. Desconocemos las razones, puesto que en la entrevista no se profundizó, pero tanto lo ya comentado con la alimentación de Juana como decir de Miguel que es «simple: cagar, comer, dormir» son muestras de agresividad hacia ellos, de dificultad para constituir el lugar de cada uno y de hacerlo como sujetos. Juana no tiene problemas para comer con nadie más. Está haciendo lo que puede para que su madre la atienda, eso es lo que dicen sus síntomas. En ese sentido, está consiguiendo más que su hermano, pero ninguno de los dos recibe lo que necesita.

El padre está cómodo en la situación, no le preocupa el rechazo de la hija y delega en su madre. Busca un culpable o una explicación que le resulte suficiente y ahí se queda. No desea que cambien las cosas. Ambos muestran falta de interés en el bienestar y desarrollo de sus hijos cuando no han consultado por las dificultades —siquiera por las psicomotoras—. No les ayudan a crecer, no les estimulan, no les alimentan de forma adecuada a su edad. La falta de tiempo que aduce el padre no hace sino mostrar que ellos no son prioritarios en el reparto de su tiempo.

Es obvio que se habrán dado cuenta antes de las diferencias de sus hijos con otros niños, que es llamativo su problema motor, sus dificultades

para comprender a los adultos, no solo el síntoma de Juana con la alimentación. Y con un año y tres meses no están consultando a ningún especialista. No acudieron a la reunión de padres de niños de su edad. Desconocemos si tuvieron posibilidad de pedir un cambio de turno laboral para poder escolarizar a sus hijos con los demás niños, pero es probable que aun así no lo hubieran hecho, visto el poco interés que ponen en ayudarles a crecer y a ser más felices.

El hecho de que sean mellizos obliga a una crianza distinta. En su caso, por el contrario, ni siquiera les ponen la comida a cada uno en su plato y con su cuchara. No permiten que uno vaya a la escuela si el otro está enfermo. Están fomentando que se den el uno al otro parte de lo que ellos no les dan. Lejos de ayudarles a diferenciarse y constituirse como sujetos independientes, los llaman «los mellis». Cuando, ante la alerta de la pediatra de la escuela por la hipotonía muscular de los niños, la madre responde «ni que yo fuera mala madre», está hablando de su conciencia parcial de serlo. Es decir, de su íntimo rechazo hacia ellos. Los quiere y le importan, pero no es capaz de construir un lugar sólido en el que ellos puedan desarrollarse. Y en el padre no puede apoyarse para eso, él se retira elegantemente.

7.

Rasgos del discurso Tecnocientífico

La influencia del discurso social en la configuración psíquica y social de las personas que viven bajo su influjo ha sido ampliamente documentada. A continuación, analizaremos los rasgos fundamentales del actual discurso imperante, el Tecnocientífico, que se caracteriza por la liquidez del saber; la ruptura de los vínculos intrapsíquicos e intersubjetivos; el aislamiento de los individuos; la desvalorización de lo subjetivo junto a la pretensión de evaluar y acreditar todo; la supremacía absoluta de la ciencia y la técnica; la sobrevaloración del Yo; el consumismo como propuesta de satisfacción del deseo; la exaltación e idealización de la juventud, y varias derivaciones de este entramado de rasgos que atañen especialmente a la infancia, como que todo, hasta el tiempo libre, esté pautado y la adultización de los niños y niñas.

EL SABER SE HACE LÍQUIDO

Como tantas otras dimensiones de la actual sociedad posmoderna, el saber también se hace líquido. Como afirma Bauman:

En la actualidad, las pautas y configuraciones ya no están «determinadas», y no resultan «autoevidentes» de ningún modo; hay demasiadas, chocan entre sí y sus mandatos se contradicen, de manera que cada una de esas pautas y configuraciones ha sido despojada de su poder coercitivo o estimulante. Y, además, su naturaleza ha cambiado, por lo cual han sido reclasificadas en consecuencia: como ítem del inventario de tareas individuales (Bauman, 2009, pág. 6).

La disolución del gran discurso, de las verdades absolutas, las grandes religiones, las figuras de los sabios, que se ha producido con el tránsito del *discurso del amo* al *tecnocientífico* —en términos lacanianos—, ha transformado el Saber en fragmentos de conocimiento trivial y pasajero que se van amalgamando y superponiendo, descalificando y sustituyendo unos a otros para mostrar un mosaico disarmónico, sin sentido, que

impide la seguridad del conocimiento, la aproximación al saber. Actualmente, los cuestionamientos son puntuales y volátiles, y en la búsqueda de respuestas no se espera profundizar en las preguntas que se encadenan para producir una disciplina de saber, sino que se satisfacen con datos, en lugar de reflexiones e interpretaciones de los mismos. Todo vale porque nada vale. Como dicen Roche (2012) y Lipovetsky (2010), cada uno desde su perspectiva:

Esa evolución del ser al devenir, de la inmovilidad al movimiento y de lo absoluto a lo relativo está profundamente interrelacionada, en la medida en que la incertidumbre es el resultado de una época en la que dominan la ausencia de certezas y el cambio en todos los aspectos de la existencia individual y social (Roche, 2012, pág. 137).

La sociedad posmoderna es aquella en que reina la indiferencia de masas, donde domina el sentimiento de reiteración y estancamiento, en que la autonomía privada no se discute, donde lo nuevo se acoge como lo antiguo, donde se banaliza la innovación, en la que el futuro no se asimila ya a un progreso ineluctable (Lipovetsky, 2010, pág. 9).

En el terreno que nos atañe, se ejemplifica con las preguntas de los padres acerca de la crianza de los niños. Buscan normas, justificaciones, lemas que los sostengan un tiempo breve. No quieren saber cómo son sus hijos y por qué son así. Qué ha configurado sus síntomas, qué los estructura, cómo participaron y participan ellos en eso. En qué lugar colocarse en esa relación estructurante para facilitarles la continuidad de su desarrollo, en lugar de fomentar la fijación en síntomas, la repetición del sufrimiento. En las consultas nos preguntan múltiples aspectos de la crianza de forma fragmentada, aislada de su historia. Quieren que les digamos, por ejemplo, cómo comunicarles que sus padres se separan, esperando una receta en lugar de pensar en el proceso que para ellos se avecina con esa situación, y poder acompañarles de la mejor forma. Piden consejos y aplicaciones desligadas de la comprensión profunda de las situaciones. Algo rápido y fácil que puedan aplicar porque «la experta» me ha dicho que lo haga así. No algo que ellos decidan tras haberse preguntado y construido un relato del que formen parte activamente ellos y sus hijos. De esta forma, se desresponsabilizan, se desvinculan de la particularidad de su situación. En lugar de pensarla como un momento más en la historia de la vida de cada uno de sus hijos y suya, relacionada con todo lo vivido anteriormente, imbricada en ese complejo sistema de vínculos que constituyen su familia como única, buscan un protocolo general aplicable a cualquier separación de pareja. Prefieren pensar que

existe un modo universal «positivo» que otro pensó y ellos solo deben repetir. Que esa separación no es su separación sino una más, que sus hijos serán parte de un amplio y estadísticamente estudiado grupo de «hijos de padres separados», en lugar de comprometerse a saber sobre cada uno de ellos y sobre sí mismos para decidir cómo les parece mejor manejar esa situación.

No es fácil reconstruir esta demanda en un deseo de saber y ser sujeto de su propia historia, pero es parte de la complejidad de la clínica psicoanalítica actual. Somos convocados en el lugar de técnicos, capaces de aplicar protocolos universales, y tenemos que conseguir pasar al de analistas en esa frágil transferencia.

El pacto entre los «intelectuales» y el «pueblo» al que aquellos se habían comprometido a levantar y guiar hacia la historia, la libertad y el coraje para autoafirmarse, se ha roto, o mejor dicho, ha sido revocado de forma tan unilateral como había sido anunciado originalmente en el umbral de la era moderna (Bauman, 2007, pág. 226).

SE ROMPEN LOS VÍNCULOS INTRAPSÍQUICOS

Ese mismo hecho que comentábamos de la dificultad actual para ligar los síntomas a la propia historia es una de las muestras de la dificultad del sujeto actual para concebirse de una forma integrada. Se produce una ruptura de los vínculos intrapsíquicos. La idea del Yo consciente y voluntario, dueño y señor de sí mismo que se ha ido fraguando desde la segunda mitad del siglo pasado, en coherencia con el sistema capitalista que se implanta masiva y radicalmente, es la base de una serie de creencias ingenuas —o estúpidas— masivamente extendidas. Como apunta Mateo Girón:

Una modernidad en la cual el individuo nace con el abrumador peso de construir su identidad frente a una teórica pléyade de posibilidades y en condiciones de libre albedrío jurídico (sin ser consciente de las limitaciones fácticas de sus elecciones, hecho que es a la vez causa esencial de las mismas). [...]

Una modernidad en la que incluso los vínculos más íntimos se vuelven líquidos e inestables; en la que el contacto humano, también el sexual y afectivo, se vuelve inconsecuente, transaccional, efímero mientras obsesivamente se rinde culto al cuerpo y a la es-

tricta protección del mismo frente a agentes patógenos externos como elemento primordial de retroalimentación de la escala de valores individualista basada en la seducción interpersonal y la apariencia de bienestar (Mateo Girón, 2008, págs. 4 y 5).

El individuo que habita este discurso quiere pensar que él es lo que se ve y lo que conoce. Reniega del inconsciente, que deja en evidencia lo absurdo de creer que se gobierna a sí mismo, que elige entre múltiples aparentes opciones de forma racional. Acepta, junto a la racionalidad, las emociones como un acotado campo de sí mismo susceptible de ser conocido y «manejado». Una parte de sí mismo que, con un pequeño esfuerzo de atención, podrá identificar y utilizar en su propio beneficio. Es el campo de cultivo perfecto para la ideología de «autoayuda» que tiene como peculiaridad salir siempre indemne: si no funciona es porque el individuo no ha puesto el empeño suficiente siguiendo las consignas sugeridas.

Hernández Sanjorge¹⁰¹ pone el acento en el cambio en la construcción del sujeto en la posmodernidad por lo que tiene de postcartesiana:

El individuo de esa situación dudosa e inclasificable que recibe mayoritariamente el nombre de postmodernidad es un sujeto que se construye en un espacio que no es el espacio cartesiano, que era un espacio dotado de un orden que respeta la lógica tradicional y por tanto los criterios clásicos de identidad y contradicción. El nuevo espacio supone un sistema de estados alterados, en comparación con su antecesor. Ha cambiado el paisaje. El sistema de representación se ha modificado de manera radical¹⁰². No se trata meramente de una complejidad en el sistema de coordenadas, de la instauración de una multidimensionalidad en términos cartográficos. Lo que ha cambiado no es solamente un sistema de lectura, sino que lo que ha cambiado es el territorio de la construcción del sujeto. Lo que ha cambiado es el sujeto mismo. Transformación geográfica del contexto, pero también del texto¹⁰³.

¹⁰¹ Véase «Publicaciones en la red».

¹⁰² Nota del original: «Transformación que abarca la representación del sujeto como sí mismo, tanto como la representación de sí mismo por el otro. Si lo primero ha ocasionado una serie de disociaciones en el ámbito de la personalidad, lo segundo ha traído no pocos terremotos sociales, por ejemplo en el orden de las filiaciones y de las identificaciones políticas» (Hernández Sanjorge, pág. 1).

¹⁰³ Nota del original: «La noción de hipertexto no es solo una transformación del texto mediante aditamentos en virtud de una posibilidad tecnológica, sino que es una nueva forma de estructurar el texto, de concebir los abordajes de un texto desde otros textos.

Trasformación del sujeto, de la construcción del sí mismo, de la narración del yo¹⁰⁴. [...].

Ya no tenemos sujetos, en el sentido tradicional del término. El sujeto ha perdido sujeción, anclaje. Ya no tenemos sujetos sino actores, agentes¹⁰⁵ [...] Tenemos emergentes que no son ya puntas de icebergs sino solo superficies manifestadas. Manchas de aceite en el mar. Superficie, superficialidad.

En esta trampa se encuentra el sujeto superficial y disgregado. Decide centrarse en el presente, no quiere mirar al pasado para no sufrir por lo que ya ocurrió, y así rompe los vínculos con su propia historia. Pretende ser una eterna secuencia de presentes aislados¹⁰⁶ unos de otros, ciegos, sordos e ignorantes sobre el sentido de su ser, por lo que desconoce su deseo y necesita adoptar ideales sociales ajenos a sí con los que lucha eternamente para adaptarse. Sufre constantemente y no sabe por qué. No quiere saberlo. Busca causas ajenas para explicarse su dolor, pelea contra molinos de viento agotándose en esa lucha inútil. Por no querer saber sobre sus padecimientos psíquicos los traduce en el cuerpo: tiene crisis de ansiedad, problemas cardiovasculares, úlceras de estómago, herpes, y les busca soluciones medicalizadas. Mira permanentemente su cuerpo para señalar sus diferencias con el imposible ideal social y se obsesiona con el ejercicio físico o la alimentación. Interviene quirúrgica-

Esto supone no solo un cambio en la lectura sino en la construcción del texto, de significado. Alteración que no es simplemente en el orden del registro, sino en el orden de la producción de sentido» (id.).

¹⁰⁴ Nota del original: «Las nuevas formas de la novela (Proust o Joyce, por ejemplo) así como otras formas narrativas (cine, videoclip, etc.), registran y muestran estos cambios profundos operados sobre estructuras de composición del significado» (id.).

¹⁰⁵ Nota del original: «Esta noción de agencia en la caracterización del sujeto contemporáneo, en la caracterización de su construcción, tiene un componente ambiguo en la literatura filosófica. Por un lado puede ser visto como un punto de partida para una verdadera revolución en la noción de sujeto. Por otro lado puede verse como una oda —a veces inconsciente— al capitalismo en su estado actual y su *performance* esquizoide» (ibíd., pág. 2).

¹⁰⁶ «Pero el nuevo sujeto ya no puede apelar a ese pacto simbólico. Ya no puede ser redimido, ya no puede trascenderse más allá de lo que es. Solo puede trascender su momento, su accidente hacia otro momento, hacia otro accidente. Trascendencia fugaz que no lleva sino a más de lo mismo. El sujeto ya no tiene un fuera de sí. El síndrome del autista ilustrado. El sujeto ya no es un repertorio sino una sumatoria de fragmentos» (id.).

mente su cuerpo queriendo creer que alcanzará su meta¹⁰⁷ mientras se repite que debería «quererse a sí mismo» aun siendo imperfecto (Taylor, 2006, pág. 243). Vive con la inmensa culpa de ser responsable de no «cuidarse» lo suficiente mientras es incapaz de reconocerse en sus síntomas, de ligarlos con su propia historia y afrontarlos haciéndose cargo de su deseo. Inconsciente, por supuesto.

Como plantea Apodaka¹⁰⁸:

¿Qué ocurriría si el sujeto moderno, acostumbrado a contemplarse en un único espejo y a recibir una única y singular imagen de sí mismo, se introdujera en una sala de espejos? Nos imaginamos al sujeto perdido, intentando dar con su imagen verdadera, con su yo auténtico. Pasando rápidamente de una imagen a otra, de una referencia a otra, sin poder o sin querer vincularse a una. Quizás la siguiente sea mejor, más verdadera, más real... No podemos dejar de mirar a los otros. Es en donde somos y vivimos, es el mundo de las prácticas y de la vida.

Muchos otros autores hablan de la paradoja de la desvinculación del sujeto moderno:

Estamos hablando aquí del sujeto desvinculado propio de la modernidad. Este sujeto que, luego de un largo proceso de interiorización progresiva, se desvincula de la naturaleza, de los demás, de sus tradiciones, de sí mismo, de su cuerpo, a fin de adquirir el máximo de autonomía y control racional-instrumental sobre un mundo totalmente objetivado [...] Este sujeto desvinculado que ejerce un control instrumental sobre sí mismo y la naturaleza se transforma en uno de los paradigmas de la modernidad (Martínez Rabanal¹⁰⁹).

Appel¹¹⁰ escribe sobre los efectos de esta imposibilidad de escucharse a sí mismo y vincularse así con otros:

¹⁰⁷ «La posibilidad se abre como una caja de Pandora. Todo está en juego, todo se dispersa, todo se puede cumplir. Todo es posible. Es la realización de todas las utopías» (ibíd., pág. 3).

¹⁰⁸ Véase «Publicaciones en la red».

¹⁰⁹ Véase «Publicaciones en la red».

¹¹⁰ Véase «Publicaciones en la red»: *Psicoanálisis en el Sur*, núm. 5.

El descubrimiento freudiano, el inconsciente, no es social aunque sus efectos generan vínculos, lazos, con una calidad particular. Aquello que se ama, los padres en primer término y sus sustitutos a lo largo de una vida, incluyendo el poder político que siempre es paternalista, instituyen una imagen del sujeto. ¿Es posible librarse de ella?

Entre el aburrimiento y la cobardía la distancia es ínfima. Un sujeto extraviado y afectado por su síntoma, sacrifica su deseo a la pregnancy de la imagen a la que se encuentra alienado. Oscilaciones, movimientos dispares y equívocos le impiden ubicarse en alguna posición desde la que pueda hacer valer un saber sobre sí mismo. Solo el miedo al fracaso funciona como motor de su confuso accionar. Confusión esta que le impide escucharse y también darse a conocer ante quien lo escucha.

LOS INDIVIDUOS SE AÍSLAN Y SE ROMPEN LOS VÍNCULOS INTERSUBJETIVOS

Un sujeto como el descrito, tan frágil, inestable y ajeno al saber sobre sí mismo no es capaz de establecer vínculos profundos y estructurantes. Los individuos se aíslan y se rompen los vínculos intersubjetivos. «Y es por la desaparición y fragilidad de los vínculos humanos, por el miedo exacerbado al otro, por la angustia vital ante la falta de perspectivas y de fines...» (Mateo Girón, 2008, pág. 18).

En los capítulos anteriores hemos analizado a través de casos, escenas familiares y publicidad las particularidades del *deseo de hijo* actual y la debilidad de los primeros vínculos con los padres. Esta debilidad e inconsistencia se traslada a las relaciones posteriores. Los individuos, desconectados de sí mismos, de su propio deseo, construyen identidades superficiales y efímeras sujetándose a emblemas e identificaciones externas que les permitan creer que son ese reflejo, que les describan desde fuera integrándolos así en algún espacio reconocible. Necesitan paliar la angustia del no-ser que les produce no poder reconocerse en el que fueron ayer ni saber quién serán mañana. Ignorantes de su propia esencia, construyen artificialmente una identidad dentro de las opciones que la sociedad en ese momento propone como aceptables para no quedar en el limbo de la exclusión organizándose en definitiva alrededor de aquello que consumen.

Las instituciones sociales siguen insistiendo en la unicidad del yo (en su identificabilidad), imponen una individualización que orde-

ne el caos identitario, porque es peligroso no saber quién es quién. El *marketing* se personaliza, te interpela con nombres y apellidos, te busca y te quiere identificar. Las ideologías y las religiones comunitaristas te albergan, te protegen, te desean por ti mismo, te prometen una identidad segura. Pero el yo siempre es indexical, se mantiene variable y mudable, solo el contexto nos dice quién es el que habla y actúa. Y eso no lo reduce, en condiciones de posmodernización, a un rol (*moi*), porque, se dice, las instituciones han cedido al empuje de numerosos «yo» activos (*je*) muy diferentes al Yo moderno, puesto que no son sujetos soberanos, sino posibilidades reales, subjetividades situadas en redes que los habilitan e inhabilitan, en las que emergen y se autoconstituyen mutuamente (si se puede decir así) (Apodaka, *op. cit.*).

Néstor Braunstein¹¹¹ explica esta respuesta a la angustia de la disolución de los vínculos intrasubjetivos con la búsqueda de identidades externas:

El sujeto, atomizado y aislado por los dispositivos que lo excluyen del lazo social, con la estructura familiar debilitada, con la tierra que desaparece de debajo de sus pies, con un lugar precario en la vida de la ciudad, se aferra a identificaciones que satisfagan su necesidad de cumplir con algo o con alguien.

En las relaciones intersubjetivas ocurre lo mismo: cómo escoger bien una pareja o unos amigos si no se sabe lo que se es, lo que se desea. Los jóvenes y adolescentes actuales reflejan paradigmáticamente esta situación. Tienen relaciones en las que creen verse reconocidos inmediatamente, por lo que comparten su intimidad —la que conocen— prematuramente, sin saber realmente del otro con quien están. Más que ver al otro se relacionan con la fantasía proyectada sobre él. Así, cualquier situación provoca que aquel no responda como esperaban y se sientan traicionados, por lo que dinamitan la relación sin cuestionarse ni llegar a saber realmente lo que ocurrió, e inmediatamente buscan otra relación de apego con la que repiten el patrón. Vuelven a buscar a alguien a quien querrán ver lo más parecido a sí mismos porque la diferencia amenaza la frágil integridad propia, les cuestiona y les angustia al obligarles a tomar una posición para la que carecen de base, pues construyeron artificialmente su identidad para parapetarse frente a su vacío interno. «El otro, el semejante, transita el estrecho margen que separa lo

¹¹¹ Véase «Publicaciones en la red».

enigmático de su existencia, convirtiéndose en un enemigo potencial» (Appel, 2010)¹¹².

Durante esas relaciones, la dependencia mutua es muy elevada, puesto que ninguno se sostiene por sí mismo. Así estamos viendo cómo las primeras relaciones de pareja de los jóvenes actuales muestran rasgos de control alarmantemente elevados. Chicos y chicas que entienden que los celos son fruto del amor y se entregan mutuamente las claves de redes sociales y teléfonos móviles para revisarlos y así creer que saben del otro. La palabra deja de tener valor frente al acto y el impulso es entendido como un momento de sinceridad, de «autenticidad» y de entrega, es decir, lo que entienden como amor.

Las relaciones virtuales se contabilizan por cientos y se hacen entre semblantes contruidos para tal fin.¹¹³ Los espacios en las redes promueven la inmediatez y brevedad de las respuestas y sustituyen los debates por alabanzas o aquiescencias que constituyen la falsedad de estos vínculos de los que depende el sujeto actual para paliar sus angustias vitales. Angustias que publican en foros web y son respondidas por otros semblantes con tópicos y secuencias de consejos o experiencias obviamente inútiles que agradece quien escribió primero como si lo único que buscara fuera el eco de su planteamiento.¹¹⁴

Las angustias vitales se expresan por conductos electrónicos (*chat-shows*) y brindan consejos a los individuos que comparten una misma existencia pero que gestionan el dolor de forma atomizada y solitaria; y dichos actos adquieren un carácter de exorcismo, de liturgia y purificación en un sentido antropológico, porque permi-

¹¹² Véase «Publicaciones en la red»: *Psicoanálisis en el Sur*, núm. 7.

¹¹³ «Por otro lado se impone la inmediatez, lo instantáneo, en oposición a la característica del deseo de ser aplazable, de necesitar su tiempo: son las adicciones de toda índole. Sean drogas, alcohol, máquinas, apuestas o maneras de vivir, esa inmediatez no procura vínculo alguno, sino que todo se cosifica en este juego y es tomado como de "usar, consumir y tirar", desde las ideas hasta las personas. Y justamente a la modernidad que hace gala, no ya de las autopistas de la información sino de la eliminación de barreras y la promoción de todo tipo de contactos, asociaciones y foros, la cantidad se le vuelve en contra y se construye la paradoja de que a un elevado número de "amigos" en redes sociales le corresponda un nivel cada vez más exiguo de vínculos establecidos y un mayor grado de soledad» (Blanca Aragón, véase «Publicaciones en la red»).

¹¹⁴ «No somos nosotros más que a los ojos de otros y a partir de la mirada de los otros nos asumimos como nosotros. Cada mirada nos hace experimentar concretamente [...] que existimos para todos los hombres vivientes» (Sartre, 1943/2005).

ten la desinfección y la canalización del descontento vital (Mateo Girón, 2008, pág. 7).

Ledesma apunta cómo las propuestas sociales de identificación colectiva son débiles y superficiales en su pretensión de evitar la total desintegración del sujeto:

La sociedad contemporánea presenta una gran paradoja (entre otras muchas), por un lado empuja al sujeto al aislamiento, al encierro sobre sí mismo (cada uno en su propio coche) y no a la soledad del retiro necesario para la reflexión, el trabajo, el estudio. Por otro, lo invita a la experiencia «colectiva» de la «gran fiesta» (fiestas populares, noches de «cultura») donde se refugie y tenga la sensación de vivir en comunidad y de ese modo no se desintegre del todo. Los verdaderos vínculos comunitarios, insisto, no las experiencias colectivas pseudofestivas acogidas por una bandera, una nación, un plato típico o la fe religiosa, se han reducido a relaciones de competencia y rivalidad impersonales, regidas por las leyes del bazar (Ledesma Lara¹¹⁵).

Pero son cada vez más frecuentes los casos de jóvenes que deciden llevar a lo real su aislamiento y se encierran en una habitación para no salir más. Los llamados en Japón *Hikikomoris*¹¹⁶ se multiplican en Europa, América Latina y Estados Unidos. Son jóvenes que deciden aislarse en una habitación de su casa —de la que no salen por ningún motivo— y dejar de comunicarse con su familia y entorno social. En Japón se estima que rondan el millón y medio¹¹⁷ y su número es creciente en el resto del mundo donde se denomina a este fenómeno como «síndrome de la puerta cerrada», *social withdrawal* o *syndrome du retrait social aigu*. Representan el extremo de la ruptura de los vínculos de la que estamos

¹¹⁵ Véase «Publicaciones en la red».

¹¹⁶ «La mayoría de autores sitúan el punto de partida de este fenómeno en Japón. Sin embargo, poco a poco se va extendiendo a la mayoría de los países "(extra) civilizados" y es posible constatar numerosos casos, aunque no en la misma proporción que en Japón, en Estados Unidos, Argentina, Australia, numerosos países europeos como Reino Unido, Francia, Alemania, España, etc., y otros países asiáticos como Taiwán, China y Corea del Sur. De tal forma que se han acuñado los términos "síndrome de la puerta cerrada", "*social withdrawal*" y "*syndrome du retrait social aigu*", en español, inglés y francés, respectivamente» («Publicaciones en la red»: Gallego Andrada, 2007).

¹¹⁷ «Esta cifra se refiere a los que no salen nunca de la habitación; si incluimos a los que acuden esporádicamente a su centro de estudios o salen alguna vez de ella, pero renunciando a toda relación social, el número asciende a tres millones» (ibíd.).

hablando puesto que, tras un detonante, como una ruptura de pareja, bajo rendimiento académico o sentimiento de exceso de presión de una sociedad demasiado competitiva, deciden autoexcluirse de la sociedad y dejan de confiar en ella para resolver sus dificultades. Suelen dedicarse dormir durante el día y jugar con la videoconsola, beber alcohol o no hacer nada durante las noches.¹¹⁸ Sólo un 10% utiliza internet, así que ni desde esa vía quieren vincularse.

TODO SE EVALÚA Y SE ACREDITA MIENTRAS SE ANULA O DESVALORIZA LO SUBJETIVO

Otro de los rasgos fundamentales del discurso social actual es la pretensión de que todo puede ser aprehendido, medido y controlado. Para ello todo se evalúa y se acredita mientras se anula o desvaloriza lo subjetivo. Es más, lo que no se somete a esa exhaustiva evaluación queda devaluado y deja de ser visible y necesario. Los profesionales de distintos campos elevan quejas similares: lo administrativo requiere demasiado tiempo que necesitarían para pensar y desarrollar sus labores. Médicos, maestros, trabajadores sociales, profesores se ven obligados a redactar inacabables informes de evaluación y registro de sus tareas que paradójicamente reducen estas al mínimo. Procesos obsesivos que consiguen acabar con la pasión por el trabajo, puesto que lo transforman en una mera cadena de producción en la que el profesional no es más que un técnico intercambiable por cualquier otro cuya «vocación» o deseo ha de ser erradicada.

En el campo de la sanidad y la educación, evaluar la tarea de los profesionales como si su objetivo fuera el de vender bienes de consumo tiene como trasunto la ideología de lo útil por encima de todo. Una ideología que ignora la existencia de lo inútil en la experiencia humana, del hecho de que los seres hablantes se aferran a sus síntomas, inhibiciones y angustias porque en ellos se cifra algo fundamental que no se puede hacer desaparecer sin causar daños irreparables.

En la educación, esta ideología pretende ignorar que «la excelencia» no puede ser el único criterio en la escuela. Así, desde los años noventa se habla de una crisis en el sistema educativo en términos de eficacia y productividad, se dice en los más altos foros

¹¹⁸ *Ibíd.*

que es una crisis de calidad debida a la falta de regulación por los principios de competencia y meritocracia (García¹¹⁹).

La palabra ha perdido valor pues no es sino la voz de la subjetividad. Todo ha de estar acreditado por alguna institución con apariencia de poder de calificación. Las empresas inventan asociaciones de calidad con las que se otorgan a sí mismas premios que lucen en los envases de sus productos o publican en medios de comunicación. Para un puesto de trabajo hay que presentar acreditaciones de las capacidades requeridas. No basta con hablar inglés adecuadamente en la entrevista, han de mostrar un documento en el que se diga que han obtenido la acreditación.

Otra de las características del discurso universitario es su sistema de calificación universal. Todo el que no está «calificado para» queda totalmente excluido, quemado, destituido. Para acceder a cada lugar o posición hay una serie de requerimientos imposibles de soslayar. Es un discurso más intransigente que el del amo, porque no deja lugar al deseo, a la elección del goce (Elízaga Viana, 2011, pág. 8).

De los ciclos educativos, el periodo universitario es en el que esto se refleja más claramente. Se pretende unificar o «desubjetivizar» la evaluación del aprendizaje de los alumnos por parte del profesorado, por ejemplo, bajo la creencia de que eso lo hará más acertado, más justo, más científico. Listas y listas de pequeños conceptos agrupados en epígrafes como «objetivos de aprendizaje», «aptitudes», «capacidades», que a su vez se subdividen una y otra vez para terminar recibiendo una puntuación numérica específica, como si en ese ejercicio de descripción exhaustiva se pudiera aprehender algo del sujeto al que califican. Como si eso neutralizara la particularidad del evaluador, *el peligro* de la subjetividad¹²⁰. Exámenes de test que igualan el sistema calificador a costa de no poder leer lo que el estudiante sabe y piensa. Se prefiere sacrificar el

¹¹⁹ Véase «Publicaciones en la red».

¹²⁰ Para mostrar el miedo a la subjetividad del actual discurso capitalista podemos leer este extracto publicado por el Círculo Capital Humano (véase «Publicaciones en la red»): «Evaluar el desempeño de los empleados es fundamental para establecer cuánto contribuye cada persona al logro de los objetivos de la empresa, y es necesario para la toma de decisiones gerenciales tales como promoción, formación, contratación, despidos, aumentos de salario, entre otras. Evaluar el desempeño es una de las tareas más delicadas e importantes que enfrenta un gerente. Hacerlo en forma justa, basado en estudios formales y no en apreciaciones subjetivas, es clave para la carrera de los empleados y del propio gerente».

objetivo con tal de neutralizar al sujeto, invertir toda la energía en medir y cuantificar en lugar de hacerlo en pensar y analizar causas, relaciones y porqués que permitan mejorar la relación de aprendizaje, como hace la OCDE con su informe Pisa:

El próximo mes de mayo, los chicos y chicas de sesenta países de todo el mundo volverán a hacer el examen del Informe Pisa, pero con esa novedad de la prueba de lectura electrónica, que se sumará a los exámenes que se han hecho hasta ahora (matemáticas, ciencias y lectura) y que han provocado diversos debates en ediciones anteriores por los mediocres resultados obtenidos por España (las notas de esta cuarta edición llegarán en 2010). No todos los países participantes en Pisa 2009 evaluarán a sus alumnos de esta nueva competencia, debido a que es bastante caro por los recursos técnicos y humanos que requiere, explica un portavoz de la OCDE. Lo harán diecisiete países, entre ellos, España, Francia, Corea y Japón.

Se trata de medir los recursos necesarios para «acceder, manejar, integrar y evaluar información; construir nuevos conocimientos a partir de textos electrónicos», algo «bastante distinto a hacerlo con textos impresos», explica el director del Informe Pisa, Andreas Schleicher. Así, el objetivo de esta prueba trasciende la mera capacidad lectora, tal y como comúnmente se entiende, aunque «no es tanto sobre tecnologías, sino más bien sobre las competencias cognitivas que hacen falta para el uso efectivo de la tecnología», añade Schleicher (Aunión, 2009).

En lo referido al sufrimiento psíquico sucede un proceso similar. La progresiva influencia del *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* que publica la Asociación americana de psiquiatría, el DSM-V, pretende reducir la escucha del conflicto psíquico a un árbol de decisiones, un pequeño programa informático. Justificado en datos estadísticos que le aportan apariencia científica, propone etiquetar a las personas con epígrafes referidos a múltiples patologías si cumplen los requisitos: tres o más de estos síntomas presentes en determinado periodo implican un diagnóstico del síndrome tal, al que corresponde el siguiente número. Por supuesto los números se asociarán después con tratamientos medicalizados que pretenden acallar la voz del sujeto que sufre, el sentido de sus síntomas. Como argumenta Beatriz García:

Dado que la ciencia no ha podido probar prácticamente nada referente a las causas de la enfermedad mental utilizando el método estadístico, la idea de que se puede usar un sistema de evaluación

y tratamiento basado en este no es más que una especulación falta de ética y altamente desaconsejable.

Considerar la salud mental como un artículo de consumo, donde se puede exigir que los productos vengan avalados por estrictas regulaciones, que garanticen su idoneidad y eficacia, es una idea fácil de vender a la opinión pública. Denunciar esta falacia, se hace tanto más necesario en tanto que destruye los fundamentos de la relación clínico-paciente, la única en la que algo de lo que le ocurre al sujeto en su singularidad podrá ser acogido.

Finalmente, volvemos al cuestionamiento de la creencia de que lo que se mide es verdadero: no es lo mismo cientificismo que racionalismo. La estadística no viene en primer lugar de las matemáticas. La palabra «estadista» viene de Estado, de hombre de Estado: el que se interesa, no por la razón sino por cómo gobernar. En el centro de la estadística está el ideal del hombre medio, aquel que sería absolutamente predecible, una vez eliminados la contingencia y el riesgo propios de la experiencia humana.

La evaluación en esta dimensión donde se evalúa, no desde una ley simbólica, sino desde una ley superyoica, es la consecuencia lógica de la muerte de la política. Son los agentes evaluadores (generalmente en manos privadas) quienes dictaminan qué políticas hay que implementar. Es la alianza del discurso capitalista y la tecnociencia, donde solo lo que se mide, vale y lo incommensurable de la subjetividad es desechado. La forma personal de estar en el mundo no se puede medir. El síntoma no entra en ese discurso (García, *op. cit.*).

El equivalente en la psicología de esta orientación psiquiátrica es la corriente cognitivo-conductual. Esta desarrolla protocolos generales «de intervención» para todos aquellos que identifica con una patología medible a través de cuestionarios. Nada quiere escuchar de la persona que está sufriendo ni de la función de esos síntomas para ella en ese momento. Nada importa su historia ni su palabra porque la necesitan callada, en una posición pasiva y obediente, cumpliendo los requerimientos que el técnico le imponga en nombre de la ciencia. De lo único que es responsable el sujeto es del fracaso del tratamiento si llega, puesto que solo el incumplimiento del protocolo puede derivar en fallo. La tecnociencia, como único dios, es inmaculada, por lo que se requiere que los sujetos no sean agentes activos en su propia historia, no tomen decisiones particulares ni piensen de forma crítica argumentando diferencias. Es necesario igualarlos y adoctrinarlos para que se sometan a tratamientos médicos que anulen su ansiedad. La razón por la que sufren esa angustia es preferible que la desconozcan.

En la época actual, donde la ciencia ocupa el lugar del gran Otro garante, frecuentemente se evalúa desde la perspectiva de que todo tiene solución, lo cual, tratándose de la subjetividad humana, es demasiado suponer. La pretensión de la mejora permanente, con toda probabilidad, es ir hacia lo peor como el psicoanálisis puede constatar. El goce no es erradicable ni educable, y por tanto la idea de que si algo no funciona se cambia, se puede aplicar a algunos procesos humanos, pero no a todos.

El segundo punto fundamental es el cuestionamiento de la cientificidad de la evaluación por el hecho de que se haga en cifras y haya cálculo. Hay una parte del sujeto que no es cifrable, y todo intento de hacer mediciones en esa dirección cae en la falacia (García, *op. cit.*).

Subyace la idea de que todo es posible o perfectible si se utilizan las herramientas científicotécnicas necesarias. Para negar la falta en ser del humano se proyecta la creencia de que existe un dios, la ciencia-técnica, junto al que sí podremos ser salvados de todo mal, toda enfermedad, todo error. Imposible asumir que por el hecho de ser humanos, el error y la falta son constitutivos y no requieren erradicación sino asunción, integración, canalización o la respuesta que cada sujeto decida dar a cada situación en cada momento de su vida con la libertad que le aporta conocer y comprender su síntoma y su historia. Como apunta Blanca Aragón:

La época invita a una ignorancia activa acerca de la causalidad psíquica, brindando en su lugar explicaciones de carácter neurocientífico que desligan completamente las particularidades constitutivas de cada quién con sus malestares o padecimientos. El adjetivo «cerebral» le ha ganado la partida a «psíquico o mental», que han quedado como adjetivos de la morralla *New Age*. No se admite la causalidad subjetiva y a veces ni siquiera explicaciones fundadas en la actividad de las estructuras cerebrales, sino que la penúltima moda son las interpretaciones evolucionistas y teleológicas, verdaderamente útiles en el *coaching*. En un programa de televisión, el especialista invitado cuenta cómo la gente no tiene que sentirse mal por un bloqueo, un ataque de nervios en situaciones como hablar en público, ya que se trata de un resto evolutivo, de una conducta perfectamente adaptada de cuando, en épocas prehistóricas, un homínido se encontraba rodeado por una horda desconocida, preparándose para un ataque.

Se mata cualquier singularidad. Solo se existe en tanto individuo idéntico a los demás de su especie. Pero entre clones no hay vínculo social, no hay lazos (Aragón, *op. cit.*).

LA TECNOCIENCIA ES EL NUEVO DIOS

Como estamos viendo, en el lugar de las antiguas divinidades que encarnaban los valores sociales y señalaban lo permitido y lo prohibido ha devenido La Ciencia, que tiene a su servicio La Técnica. Todo lo que sea dicho en su nombre es válido, por lo que aquellos que proponen algo que quieren que sea escuchado, tenido en cuenta o consumido lo barnizan con apariencia científica. En este momento social es la tecnociencia la que determina lo que es valioso o descalificable, pero con el mismo sometimiento y ausencia de crítica que antes se aplicaba a los dioses.

La esencia de lo científico es la universalización. Se pretende una verdad absoluta, aplicable a todos y contrastable. Conseguir el mismo resultado si se replica una y otra vez el experimento. Pero, si el objeto de conocimiento es el ser humano, resulta molesta su particularidad, su subjetividad, sus diferencias, que pasan a ser negadas, tapadas o consideradas excrecencias, patologías eliminables a través de una adecuada reprogramación. Los individuos son considerados como objetos y como tales son tratados. Desde la teoría lacaniana se explica de este modo la relación del *discurso tecnocientífico* con el sujeto:

Podemos ver cómo el amo está en el lugar del agente, comandando el discurso hacia el saber. La fórmula del discurso universitario es la siguiente:

$$\frac{S_2}{S_1} \rightarrow \frac{a}{\$}$$

Ahora el Saber es omnímodo, porque está en el lugar del agente y convoca objetos, como se representa en su fórmula; en el lugar del otro está el objeto. El otro es algo que utilizar, porque él tiene todo el Saber. Por eso decimos que el sujeto está siendo objetivado, tratado como un objeto. Y no olvidemos que el destino de un objeto es su caída.

La ciencia no puede ser subjetiva. Si atendemos a su fórmula, veremos que el sujeto está oculto, y el saber oculta su condición de amo, pero por serlo tiene un programa universal, con pretensión de ser aplicable a todos los sujetos, con los que se relaciona como objetos, ignorando su subjetividad. Por ser objetos son intercambiables. El sujeto es un error eliminable, impide universalizar, molesta. Cualquier disciplina con pretensión científica presenta verdades universales y, por lo tanto, forcluye al sujeto (Elízaga Viana, *op. cit.*, pág. 8).

Pero no podemos soslayar la relación entre ciencia y consumo.¹²¹ La primera al servicio del segundo. La industria y la empresa financian las universidades en Estados Unidos, directa o indirectamente, desde su origen, y eso que tanto denunciaba Europa ha llegado a ella por la puerta grande. En España, cátedras y másteres de las universidades públicas están siendo financiadas por grandes corporaciones¹²². Este hecho, unido al de la liquidez del saber, produce entre otras cosas la creación de verdades científicas a medida:

Otro aspecto clave del discurso universitario es que el saber, lo que manda sobre todo, es líquido. Siempre aparecen nuevos descubrimientos que descabalgan a los anteriores. Ninguna verdad lo es durante mucho tiempo. En los medios de comunicación se publicitan resultados de experimentos o estudios científicos que, poco tiempo después, son descalificados. En muchas ocasiones, esas noticias promueven directa o indirectamente el consumo de determinado producto, por sus supuestos beneficios para la salud del individuo, y no es difícil averiguar que la inversión necesaria para la investigación la facilitó la industria beneficiada por los resultados. La ciencia en lugar del agente (ibíd., pág. 9).

SOBREVALORACIÓN DEL YO

Para que todo esto funcione, es necesaria la complicidad de los individuos que sustituyen la consistencia de su subjetividad por una apariencia de ser. En paralelo con la implantación de este discurso social, se ha ido expandiendo la idea del poder del individuo. Como veíamos en el capítulo de la publicidad, a partir de la segunda mitad del siglo XX se genera una sobrevaloración del Yo, apoyada por las corrientes psicológicas imperantes que transmiten la idea de que el ser humano es capaz de conseguir ser aquello que elige. Recordemos el ejemplo de la habitual ex-

¹²¹ Braunstein (*op. cit.*) explica la perversión de esta relación desde la teoría lacaniana: «[...] el saber es ahora el patrimonio del amo: este "todo-saber" (que no es "saber todo") del amo "es el núcleo de la nueva tiranía del saber. Con ello se hace más opaco el lugar de la verdad. El signo de la verdad está ahora en otra parte. Debe ser producido por eso que sustituye al esclavo antiguo, es decir, por los que son ellos mismos productos, tan consumibles como los otros. Como suele decirse: sociedad de consumo". El saber tendrá que ser la producción de los productos del saber».

¹²² Cátedra Seat Universidad Politécnica de Cataluña, Cátedra Iberdrola Universidad de Salamanca, Cátedra Endesa Universidad de Sevilla, etc.

presión «opción sexual», que da a entender que el individuo decide lo que es incluso en los aspectos más estructurales, como la sexualidad.

Se confunde intencionadamente la conducta con el ser, y se proponen la voluntad y el control como herramientas básicas para estos procesos. Es decir, la racionalidad individual —acompañada de las «emociones» aisladas que también pretenden «manejar»— comandando al sujeto, exactamente lo contrario a lo sostenido por el psicoanálisis, que reconoce al inconsciente como motor del deseo.

Uno de los modos de «engaño» para sostener socialmente este discurso es la sobrevaloración del Yo, al que Lacan llamaba «estúpido». Estúpido por creer que el ideal es posible y pretenderlo. Por escuchar los «tú deberías ser» como mandatos que le esclavizan como un objeto. Órdenes de ser propietario o consumir determinados objetos, de ocupar los puestos de trabajo que tienen «prestigio», de intervenir quirúrgicamente el cuerpo para parecerse a un modelo físico igual para todos, viva imagen de la negación de la diferencia (id.).

El resultado de esta creencia no puede ser otro que la frustración y el desconcierto. Si el Yo es tan poderoso y tiene a su disposición el saber y la técnica, ¿cómo es posible que sea tan infeliz? Mientras se siguen buscando las causas en ese Yo aparentemente potente, no se cuestionan los ideales con los que se construye. No se cuestiona cada sujeto si es cierto que su deseo está en relación con cumplir con un modelo físico —invirtiendo en ello una gran cantidad de tiempo y dinero, es decir, de su propia vida—, u otro social, que dictamina cómo y con quién relacionarse, qué recorridos profesionales son adecuados o qué bienes ha de adquirir en cada momento vital, es decir, si realmente desea vender su libertad a cambio de la ilusión de poder, pertenencia y adecuación.

Los tiempos actuales han desarrollado como en ningún momento de la historia un sometimiento de una magnitud sobrecogedora. Pero para poder realizarlo ha sido necesario la presencia de un desarrollo del capitalismo, que convirtiera en tentáculos de su dominio todos los conceptos antes señalados: lo religioso, lo político, lo económico, lo científico. Todo (incluido el pensamiento psicoanalítico mayoritario, como más adelante veremos) está en el juego de este sistema, en la medida en que se muestra protector, conciliador, generador de seguridad y bienestar, pero haciendo creer que ese es el único mundo existente. Este complejo entramado ha tenido un primer momento de un «hurto sistemático de palabras» que era patrimonio de todos. Se apropiaron de estas palabras, cancelando lo subjetivo de ellas y del saber que impli-

caban, saber intersubjetivo, saber de los sujetos, como nos dice J. Lacan, constituyendo un único saber objetivo, saber avalado por la ciencia, por la política, por las aspiraciones sociales, por la religión, y haciendo del pensamiento único la única manera de concepción para el humano. S. Žizek, en su artículo «Del Symptom de Joyce al Symptom del Poder», pone de manifiesto que hay una exigencia social de la modernidad que pasa por renunciar a la libertad, a la crítica: la exigencia, básicamente, es que solo los necios, simples y obedientes son los que alcanzarán el éxito social. Muy probablemente sea cierto (Mellado Santamaría¹²³).

Es aquí donde, como vimos en el capítulo de la publicidad, se cuele la ideología consumista o capitalista. Como dijimos, el deseo es inconsciente siempre y no tiene objeto. Es decir, no hay nada que lo satisfaga. Esa insatisfacción incómoda que produce es transformada por cada uno de los sujetos en una creencia que lo sujete temporalmente: desear ser médico, elegir determinada pareja, tener un hijo, acumular dinero, operarse la nariz, viajar. Una vez conseguido, se da cuenta de que esa inquietud permanece y vuelve a repetir el proceso colocando otra cosa en ese lugar de lo deseado. Cada una de estas construcciones, con sus posteriores movimientos —sean estos encaminados a satisfacer ese deseo o a alejarse de él—, va configurando la vida de una persona, haciéndola distinta de las demás. Es en este punto en el que se cuelean los mensajes publicitarios que anteriormente analizamos.

Que se represente el objeto pulsional no quiere decir que se afirme que la pulsión se corresponde con un objeto. La pulsión es anobjetal, pero en su recorrido a través del vacío produce un objeto *a*, con el que pretende llenar ese vacío. No hay pulsión que no sepa hacer el recorrido; la pulsión sabe, y como sabe, produce. «La pulsión sabe cómo rodear el vacío y encontrar algo en él», dice Lacan. Aclaremos este punto porque en este discurso se promueve la creencia de que el deseo puede ser satisfecho, es decir, que tiene objeto. Y en ese lugar se van colocando los distintos objetos de consumo o las aspiraciones «adecuadas» que tanta inversión y esfuerzo requieren (Elízaga Viana, *op. cit.*).

Esa traducción del deseo es inconsciente, por lo que no es cierto que un Yo preponderante gobierne y tome decisiones conscientes para el sujeto. De la misma forma que uno no elige a las personas que le provocan deseo sexual, tampoco puede decidir entusiasmarse con la profesión que le conviene. Puede, si acaso, llegar a decidir seguir su deseo, contra-

¹²³ Véase «Publicaciones en la red».

riarlo o postergarlo, pero eso no varía la esencia ni la presencia del mismo.

TODO ES POSIBLE. EL DESEO SE SATISFACE CONSUMIENDO

Podemos afirmar por tanto que otro de los rasgos fundamentales de este discurso es la propuesta de que el deseo puede ser satisfecho a través del consumo de un determinado producto bajo la promesa de que todo es posible, y es esta la premisa básica de los mensajes publicitarios.

El discurso del amo, produce transformaciones que posibilitan un lazo social. El discurso capitalista sin embargo es tan fuerte que últimamente se propone y se consolida como discurso único, con un potencial de destitución tan grande que lleva al sujeto a confundir el objeto con el objeto de consumo y lo consume e instala en el garante de un «supuesto y eterno bienestar». Es la invitación a un supuesto completo bienestar. El sujeto queda ofrecido como objeto de consumo. Y finalmente, lo que produce este discurso no es más que objetos consumidos

[...] La subjetividad imaginaria propuesta por el capitalismo postula una totalidad sin faltas, sin diferencias, clausurada bajo un sistema múltiple, pero universal de equivalencias abstractas. Equivalencias infinitas de objetos y sujetos en el mercado del consumo. Lo que aparece en él es del orden de la apariencia y la mercancía y enmascara la abolición del sujeto y del objeto. En su lugar hay consumidores, objetos de consumo, necesidades singulares, consumidos.

Esa abolición del sujeto, del objeto, la saturación del deseo, se expresan claramente en el discurso actual como un malestar bajo la forma de des-subjetivación. Malestares que son capturados por la maquinaria social y luego regurgitados con un diagnóstico de «pseudo-subjetivaciones». Ese es el real malestar moderno, ese es el malestar de la crisis actual (Cruz Torres¹²⁴).

Vemos por tanto que, para que los mensajes publicitarios funcionen, es necesaria la ilusión de la perfección, es decir, que un sujeto puede ser sin falta. Solo así la cadena de consumo será infinita, solo así se instaura la creencia de que los ideales no son aspiraciones imaginarias sino el últi-

¹²⁴ Véase «Publicaciones en la red».

mo paso de una cadena de actos comandados por ese supuesto sujeto ilimitado, como afirma Marinas (2004, pág. 143):

[...] la manifestación del yo en la cultura del consumo tiene que ver con la posibilidad de sus límites o con la negación de estos. El consumo se presenta en la vida cotidiana como un conjunto de espacios y tiempos que confieren a la mentalidad actual la idea básica de una reserva ilimitada. Es decir los bienes de consumo no se acaban nunca, nunca se acabarán. Prometen que el yo —entendido como los recursos y posibilidades del sujeto— nunca tendrá límites.

Esta negación de la falta en ser del sujeto, que produce siempre restos en la satisfacción de sus deseos, que no tiene posibilidad de encajar plenamente en nada puesto que no existe la complementariedad, es sustento de insatisfacción permanente en este momento social y, mientras se crea que la razón, la conciencia del Yo, puede alcanzar la verdad del propio deseo, no habrá modo de salir del bucle.

Nuestra sociedad actual, hedonista, rindiendo culto a la omnipotencia de la técnica y los objetos que produce, promete la posibilidad de controlar la naturaleza humana, esto es operar sobre la vida, la vejez, la enfermedad y la muerte: todo padecimiento se nos afirma que es factible de ser resuelto a través del consumo de objetos y fármacos. El racionalismo imperante en nuestra «cultura», que a través de sus medios publicitarios y políticos de divulgación juega con la credulidad de los ciudadanos, insiste en que es posible alcanzar un estado de bienestar a través de la pretendida existencia de un objeto adecuado para cada necesidad, objeto que puede obtenerse rápidamente, imponiendo de esta forma un modo de pensar en la cultura basado en la «confianza» de que hay relación entre razón y pensamiento, esto es, que en el pensar de la razón se muestra lo verdadero y la verdad (Ledesma Lara¹²⁵).

IDEALIZACIÓN DE LA JUVENTUD

Una de las manifestaciones de esta propuesta de perfección, de negación de la falta, es la idealización de la juventud, que representa ese momento en que todo está por hacer, potencialmente todo se puede. Cada individuo debe identificarse con este valor, la juventud, en el má-

¹²⁵ Véase «Publicaciones en la red».

ximo grado posible, para no ser excluido o descalificado como alguien que «no sabe» o «no se entera» de la imagen que está obligado a transmitir.

Y no se trata solo de mitos del mercado que sobrerrepresentan las edades —como el mandato de la juvenilización de la sociedad, cuya fórmula ya hemos referido—: se arrebatan a un colectivo de sujetos sus atributos y amalgamados en un imaginario (lo joven) se distribuyen como bien consumible en el mercado, incluso los que en realidad son jóvenes deben «comprar» (o ponerse, o representar o acercarse a) tales signos para poder ser reconocidos (Marinas, 2010, pág. 83).

CONTROL DEL TIEMPO EN LA INFANCIA

De este conjunto de rasgos que pretende describir el discurso social actual se desprenden algunas derivadas que resultan complicadas para la infancia actual. Una de ellas es que todo está pautado para los niños y niñas, hasta su tiempo libre. Antes estaban mucho a solas, o en compañía de otros niños, decidiendo en qué invertir su tiempo o cómo salir de su aburrimiento. Esos escenarios eran espacios propicios para el desarrollo psíquico puesto que les dejaban a cargo de su propio deseo. En la actualidad, los niños suelen tener pautado y controlado por los adultos cada momento de su tiempo. Tardes con deberes y actividades extraescolares en las que se les premia con el ocio pasivo de ver la televisión o jugar virtualmente durante un tiempo, actividades ambas en las que está en posición de ser consumidor y no agente de búsqueda y construcción de su propio ser.

Con este recorrido por cada uno de los rasgos principales del discurso social actual, damos por concluido el desarrollo teórico de la investigación. Para terminar, pasamos a mostrar una serie de propuestas de intervención que tratan de revertir los efectos de este discurso en la salud psíquica de los niños.

8.

**Subjetivizar a través del
psicoanálisis: propuestas
de intervención**

Después de haber analizado y descrito la situación actual, en este capítulo pretendo recoger parte del trabajo que he desarrollado en estos años fuera de la consulta. Considero que los psicoanalistas debemos promover la divulgación del psicoanálisis y favorecer la formación en él de profesionales de ámbitos sociales, educativos y de salud para mostrar una alternativa accesible y útil para disminuir el sufrimiento psíquico de la población. Para ello, describo a continuación algunas propuestas que van desde la divulgación en medios de comunicación a las intervenciones educativas o comunitarias.

Comenzaremos por acercar los conceptos psicoanalíticos básicos necesarios para trabajar con la infancia. Desarrollaré, en lenguaje comprensible para profanos (médicos, psicólogos, personal docente, madres y padres, profesionales de la salud), cómo se entiende el desarrollo psíquico de un ser humano desde el psicoanálisis.

Es sabido que en los tres primeros años de vida se estructura el psiquismo, por lo que me centraré en esa primera etapa, aunque —al plantear las bases teóricas que fundamentan las intervenciones y aplicaciones más prácticas— será sencilla para el lector interesado la traslación a otras etapas de la infancia.

Para conseguir un verdadero cambio psíquico, es necesario pasar por un análisis, hacerlo de forma personal, uno por uno. Pero no por esto debemos menospreciar la potencia de acceder a este saber por otras vías. Los grupos operativos psicoanalíticos implementados desde la perspectiva de Intervención Comunitaria son una muestra de ello, y una posibilidad de que un gran número de personas que no acudirían a una consulta —entre otras razones porque no tienen conciencia de que su sufrimiento pueda ser evitado, al considerar que es inherente a su situación vital— experimenten una considerable mejoría en sus vidas.

En ocasiones, la palabra de alguien a quien se le presupone un saber permite que este se dirija hacia una posición beneficiosa, que entienda las cosas de otro modo, que se permita pensar que hay otras maneras de situarse ante una dificultad que pueden ayudarle a desbloquear su situación. Los profesionales de la educación, de la salud, de lo social ocupan este lugar en muchas ocasiones. Si unos padres temerosos de la separación que constituye el crecimiento de su hijo escuchan a su pediatra que es necesario que favorezcan determinados cambios, es muy posible que lo hagan, incluso «a su pesar», que asuman que el bienestar de su hijo pasa por que le ayuden a comer sólido, a dormir solo, a relacionarse en el parque, a dejar el chupete. Las maestras son habitualmente consultadas por muchos padres que asumen su conocimiento sobre el desarrollo y sobre su propio hijo. Esta es la razón por la que la formación en psicoanálisis de profesionales que no trabajan directamente con lo psíquico favorece enormemente el bienestar de la población.

Los psicoanalistas, en muchas ocasiones, no hacemos el esfuerzo de traducir nuestro conocimiento a un lenguaje sencillo, accesible a personas que no van a dedicar tanto tiempo a este campo del saber. Es comprensible el deseo de que algo que nos ha cambiado profundamente la vida lo haga también con los demás, pero debemos recordarnos que cada uno elige qué hacer con su vida y rescatar la capacidad operativa de cada profesional sobre tantas otras personas. Por esto, y para que el psicoanálisis no solo beneficie a los estratos sociales que pueden permitirse comprometer tiempo y dinero en un análisis, dedico parte de mi esfuerzo en esta tesis a facilitar el acceso al saber psicoanalítico a cualquier persona interesada. Me dirijo especialmente a madres, padres y maestras, pero es extrapolable a cualquier adulto con influencia en la crianza durante la primera infancia. Soy consciente de que la simplificación de estas explicaciones implica una pérdida de rigor, pero creo que, al menos, cumple la función de provocar un mayor deseo de conocimiento.

ALGUNOS CONCEPTOS TEÓRICOS NECESARIOS PARA COMPRENDER LA ESTRUCTURACIÓN Y EL DESARROLLO PSÍQUICO INFANTIL EXPLICADOS PARA PROFANOS

INCONSCIENTE

Lo que hablamos, fantaseamos o decimos es una pequeña manifestación de nuestro psiquismo. Lo consciente es aquello a lo que tenemos acceso directo, pero lo que no conocemos tiene un peso fundamental en las elecciones que hacemos en cada momento de nuestra vida.

Puede parecer extraño pero es fácil de detectar. Si cuando elegimos nuestra profesión realmente la deseábamos tanto, ¿cómo es posible que nos quedáramos a unas décimas de acceder a esos estudios? ¿Cómo conseguimos que nos abandonara aquella pareja que creemos que fue «el hombre o la mujer de nuestra vida»? ¿Por qué no podemos evitar determinados comportamientos que sabemos que nos perjudican? ¿Cómo es posible que nos descubramos repitiendo comportamientos de nuestros padres que siempre habíamos detestado?

Estas y otras preguntas nos asoman a lo no consciente, a lo no voluntario, a esa dimensión de nosotros mismos que llamamos el inconsciente y que influye tan poderosamente en cada momento de nuestra vida. Algunos aspectos de lo inconsciente y su funcionamiento los explicamos a continuación.

DESEO INCONSCIENTE

Así llamamos a aquello que nos impulsa a actuar en determinada dirección. También lo llamamos «sujeto», o «sujeto del deseo», que siempre es inconsciente.

No debemos confundirlo con «querer algo», que en el lenguaje no psicoanalítico se podría llamar «desear algo». El deseo inconsciente no tiene objeto. Es decir, no habría nada que lo satisficiera. A eso —al querer algo o desear algo— lo llamamos «demanda», y se calma cuando consigue lo que se quiere. El deseo es esa inquietud que nos hace pensar que necesitamos algo que hacer o conseguir. Nos movemos para conseguir eso que creímos desear y, al hacerlo, vemos que seguimos deseando,

que nos sigue faltando algo. De nuevo comenzamos a buscar y repetimos el proceso. Así vamos configurando nuestra vida a base de elecciones que nos constituyen como sujetos.

DESEO DE HIJO

Antes comentamos que el deseo no tiene objeto. Bien, lo más parecido a que sí lo tuviera es lo que llamamos *deseo de hijo*. En la concepción y gestación humanas no solo influyen los aspectos físicos, sino también los psíquicos imbricados en ellos. Hay muchos carices que dificultan la concepción y que, una vez abordados en un análisis, despejan el camino de la misma. Por eso es tan útil para las personas implicadas en procesos de fecundación asistida analizarse.

En el segundo capítulo de esta tesis se aborda este concepto de forma más compleja, y en la presentación de casos mostramos de qué forma se materializa; aquí solo añadiremos que nos interesa, más que si hay o no *deseo de hijo*, en qué consiste este en cada concepción. Es decir, antes de que nazca un bebé —salvo que la gestante tenga una patología psíquica grave—, ya se ha constituido un lugar en el que se le espera, que es diferente en cada caso, incluso en hijos de una misma pareja. En algunas ocasiones ese hijo será aquello que «refuerce la pareja», en otras «lo que dé sentido a la vida» o lo que «la complique», y así hasta tantas posibilidades como personas y situaciones vitales hay.

Esto no es algo consciente y aceptado voluntariamente por las madres; como mucho los aspectos más superficiales, como si será inquieto o tranquilo, estudiará aquello que ellos no pudieron, se parecerá a la familia de uno o de otro. Si preguntamos a los padres y madres de bebés de pocos meses, podemos escuchar la superficie de ese *deseo de hijo* que favorecerá que el niño o niña se constituyan de uno u otro modo. Todo esto, junto al modo de ser de madre y padre, a sus entramados inconscientes, provocarán que estos se vinculen de diferente forma con cada hijo, y así que este vaya adaptándose a ese lugar en el que es esperado para poder sobrevivir y no ser rechazado.

En este trabajo, estudiamos este tipo de vínculos porque entendemos que, además de las características individuales, el discurso social mayoritario influye fundamentalmente en cómo se vinculan las personas, y que el vínculo más claro para analizar es este, puesto que uno de los dos sujetos está por constituir y lo consideramos el lazo más profundo que puede darse.

SUJETOS DEL LENGUAJE

Quizá hayan escuchado que «el inconsciente se estructura como un lenguaje», o que somos «seres en falta» por el hecho de ser parlantes. Lo primero a lo que se refieren estas expresiones es a que solo a través del lenguaje podemos aprehender la realidad y operar en ella, por lo que la estructura de nuestra «realidad psíquica» es la de la lengua. Es decir, aquellos primeros malestares que sufre el recién nacido a los que su madre pone nombre —«ya sé que tienes hambre, enseguida vas a comer»— suponen la entrada en el lenguaje de ese sujeto. A través de las palabras irá sabiendo de sí mismo y del «afuera». Pero, como sabemos, las palabras no son una exacta representación, siempre queda algo fuera: matices, sensaciones, particularidades. Siempre hay un espacio no aprehensible, una falta. Esto mismo ocurre con el deseo inconsciente, como hemos comentado anteriormente, siempre hay un resto y un vacío que nos empujan a continuar.

Resulta un tanto complejo simplificar estos conceptos, pero lo interesante de ellos —para la misión que aquí nos proponemos— es que lo fundamental es la escucha del discurso de la persona de la que necesitamos saber (el niño o la niña y sus padres) para poder comprender su relación consigo mismo y con el mundo, así como los síntomas o los bloqueos que le están impidiendo despegarse de sus sufrimientos.

Por otro lado, la falta, de la que tanto hemos hablado, es la expresión de que en nuestro psiquismo no hay complementariedad ni correspondencia. No es cierto que cada problema tenga una solución, que cada deseo pueda ser satisfecho plenamente o que exista la salud mental, por ejemplo. Son ideas, construcciones, que debemos desterrar para poder acercarnos a saber sobre el psiquismo.

IDEAL DEL YO E IDEAL DE HIJO

Se trata de cuál es el conjunto de rasgos que se proyecta sobre un niño inconscientemente, rasgos que constituyen el ideal que los padres esperarían de él. Es decir, que la niña sea alta, guapa, cariñosa, piloto o farmacéutica. Lo que sea que cada madre o padre, por separado, consideren que es lo perfecto para su hijo. Este ideal inconsciente está relacionado con el propio, el ideal del yo, por eso, cuanto más analizada esté una persona más conocerá de su propio inconsciente, lo que facilitará esta tarea.

Es importante que hagamos conscientes estos ideales o, por lo menos, que intentemos rescatar todo lo que podamos de lo inconsciente para que no opere como culpabilizador. Es decir, si al niño se le espera siendo brillante y se desarrolla con una inteligencia normal, esa distancia que hay entre lo normal y la brillantez está funcionando como una instancia que castiga al niño por no llegar a ser lo que sus padres esperan de él. Porque todos los niños intentan cumplir las expectativas de los padres, ya que entienden que así serán amados.

SUJETO *VERSUS* OBJETO

En varios momentos de esta tesis hablamos del objeto y del sujeto, y a lo que nos referimos es a que una persona sea agente de su propia vida, que elija por sí misma. Cuando los padres están criando a un niño pueden hacerlo concibiéndolo como un sujeto, dejándole un espacio para que él pueda desarrollar su propia subjetividad, permitiéndole tomar algunas decisiones, las que sean adaptativas a cada momento vital, e incrementando este espacio según vaya creciendo. O bien pueden tratarlo como un objeto: lo que ellos consideran que debe ser se lo aplican automáticamente, el niño no tiene nada que decir ante ello.

Pongamos un ejemplo muy sencillo. Un bebé está sentado jugando en el suelo y el padre va a darle la comida en su trona. Puede alzarlo y sentarlo en su trona o acercarse a él y decirle: «Carmela, te voy a levantar para llevarte a la sillita de comer». Así, Carmela, que es así tratada una y otra vez, va entendiendo cómo su cuerpo no es un objeto de sus padres, que lo mueven sin que él tenga ninguna participación en ello, sino que es respetado y que, únicamente porque ella no puede moverse sin ayuda —solo durante un tiempo—, es alzada por él.

Esta concepción del niño como un sujeto o como un objeto está preinstalada en el psiquismo de los padres. Si entienden que va a tener su propia configuración de personalidad, sus propios deseos y sus propias opciones vitales, o si el niño es concebido como una mera prolongación suya. Vemos muchos padres que hacen que sus hijos aprendan las letras a temprana edad. Quieren que sepan leer antes de los seis años, que será cuando en la escuela les enseñen porque es el criterio de la pedagogía actual. Quieren que su hijo sea listo y no están favoreciendo que conozca el mundo desde sus propios intereses.

En momentos más tempranos, este tipo de elecciones pueden ser con qué cuchara quieres comer o qué calcetines te quieres poner, pequeñas

decisiones vitales que para los niños suponen mucho. Más adelante, podrán elegir su actividad extraescolar, su recorrido por la formación académica, etc.

Es indudable que nos tenemos que mover lejos de los absolutos. Respetar absolutamente los deseos del niño sería absurdo porque no le estaríamos enseñando a entrar en sociedad y a que el principio de realidad prime sobre el del placer, y al niño hay que enseñarle que hay que renunciar a determinados deseos para poder obtener más tarde una satisfacción mayor, ya sea para él mismo o para el conjunto de personas entre las que está socializado.

Hablando de la subjetivización, educar a los niños en esta concepción ayuda a que ellos se configuren desde temprana edad —en mayor grado y de forma natural— como sujetos. Si esto es así, para ellos será mucho más fácil todo en la vida: relacionarse con otros sin tener que comprar su amor satisfaciendo sus deseos, ocupar un lugar en su grupo de pares sin ser el seguidor del líder de la clase o relacionarse con la autoridad naturalmente sin ser el alumno sometido que necesita satisfacer las expectativas del profesor y recibir su reconocimiento.

La subjetivización ayuda a que el niño sea capaz de entenderse como un ser en sí mismo, con sus propios deseos, a los que a veces tendrá que renunciar y otras no, y a que, el momento de la individuación respecto de los padres (que no es un momento sino un proceso que empieza desde la más tierna infancia), le resulte más fácil porque se ha ido separando de la ética y los criterios, ideales o deseos de sus padres sobre él. Puede hacerlo porque tiene sus incipientes deseos propios para sostenerse. Por el contrario, los niños que han sido criados mayoritariamente como objetos —a los que no se les ha dado lugar para desarrollar su propio deseo—, cuando tienen que separarse de sus padres, no saben quiénes son ni qué quieren, por lo que es posible que generen relaciones de dependencia. Será más fácil que se adapten, sin cuestionarse, a las expectativas sociales del momento, puesto que no tienen un criterio propio con una entidad suficiente. No están acostumbrados a respetarse.

DESEO Y DESARROLLO

Los niños fundamentalmente desean ser deseados, amados, y perciben —de inconsciente a inconsciente— la cualidad del deseo de los padres. El niño que escucha «qué pena que ya va a dejar de ser bebé», o siente el temor de sus padres a la hora de darle trozos de comida sólida o un te-

nedor para comer, tenderá a ser más torpe y a ralentizar los pasos de su desarrollo más que aquel que percibe la alegría de sus padres cuando consigue cada grado de autonomía.

EL APARATO PSÍQUICO DE LOS NIÑOS ESTÁ EN CONSTITUCIÓN EN ESTOS TRES PRIMEROS AÑOS

El recién nacido viene con una constitución y predisposiciones físicas determinadas. Puede ser más o menos nervioso, por ejemplo, o tener una lesión en alguno de sus sistemas, pero el aparato psíquico se va constituyendo durante los tres primeros años, fundamentalmente, en el vínculo con sus padres. Esta es la etapa esencial para la construcción de la estructura que se irá desarrollando a lo largo de la infancia.

Según haya sido la vinculación de un sujeto a los adultos de referencia, desarrollará un modo de relacionarse y de estar en el mundo. Un modo de ser. La respuesta que den sus padres a sus necesidades en la primera infancia determinará su propia respuesta adulta.

LA LEY QUE PERMITE EL DESEO

Hablábamos antes de que el niño se constituye como sujeto favoreciendo la constitución de su propio deseo. El bebé que llega al mundo en principio es el objeto del deseo de mamá, y esa madre lo que tiene que ir consiguiendo es que pase de ser el objeto de su deseo, el que a ella satisface, el que ama, el que le hace sentirse importante, amada, omnipotente —distintas variaciones según cada madre—, a ser un sujeto que va teniendo sus propios intereses y deseos.

Solo la madre que tiene suficientemente instaurada en su psiquismo la ley puede entender que su bebé no la rechaza al retirar la cara de su pecho, sino que necesita dejar de comer o prefiere atender a otros estímulos en ese momento. Un poco más tarde, cuando vaya a la pediatra y le prescriba alimentación sólida, aunque le impresione en un primer momento, respetará que eso es beneficioso para el niño, que está por encima de sus necesidades o angustias. Si no es así, seguirá alimentando al niño a base de purés, aún con tres años, o envolviendo la comida sólida en una redecilla y mediante cualquier otro sistema que no permite desarrollar la dentición del niño y el completo desarrollo de su mandíbula, de su paladar y, por supuesto, del lenguaje.

Esa madre que tiene un lugar para un tercero, para la *ley*, la figura paterna, será la que más tarde pueda poner límites claros a su hijo y la que respete los límites que le pongan aquellas instancias o personas situadas en el lugar de tercero.

FUNCIÓN PATERNA O LUGAR TERCERO

Este concepto ha sido ya introducido al hablar de la ley que permite el deseo. Lo llamamos *tercero* entendiendo que el primero sería la madre y el segundo el hijo. El lugar tercero sería el del padre, el de la ley o el de cualquier instancia o persona que ocupe esa función de impedir que madre e hijo se fusionen.

Lo que empieza siendo natural, que es que el niño ocupe el lugar de *falo* de mamá —aquello que la completa, lo que mamá más desea—, es necesario para el primer momento de la vida, pero se tiene que ir perdiendo a medida que el niño se va desarrollando, para pasar de ser algo para otro a ser alguien por sí mismo. Freud decía que hay que impedir a la madre reintegrar su producto, y esto es lo que cumple esta función. Es una ayuda para separarse del hijo, que puede ser encarnada por su trabajo, los abuelos del niño, sus amigas, su pareja y, por supuesto, por los profesionales que se van a ir ocupando de su salud y educación.

Si el hijo puede percibir que su madre disfruta de su trabajo, desea a un hombre o se apasiona con algo, se abre una grieta en esa primera fusión. Ella ya no está volcada en él, está mirando con deseo hacia algo fuera de ese vínculo. Esto hará que el niño o la niña sientan curiosidad por aquello y comiencen a interesarse así por el mundo «fuera de mamá». Si su madre escucha a su médica o a su maestra con el respeto que implica el reconocimiento de su autoridad, esa niña aprenderá que hay una ley más allá de su madre. Una ley que opera para todos, incluso para su madre, que no puede decidir sobre ella a su antojo, sino escuchando otras voces.

Una madre así, cuando sabe por la maestra que la niña está preparada para dejar el pañal —que es un momento complicado porque simbólicamente deja de ser un bebé y adquiere un grado notable de autonomía—, esquivará sus resistencias y favorecerá las necesidades de esa hija.

El papel fundamental —aunque no el único— de los profesionales de la educación y la salud en la primera infancia es este: vehiculizar la *ley*, ocupar ese *lugar tercero* desde el cual facilitan a los padres el acompa-

ñamiento en el desarrollo natural del niño. Para ello, han de establecer una relación especialmente delicada, porque la angustia de los padres de un niño pequeño es elevada, tanto por sí mismos como porque se encaminan hacia algo desconocido y temen perjudicar a esos niños tan frágiles a sus ojos.

LO QUE SE GANA Y SE PIERDE AL CRECER: «PERDER PARA GANAR»

Hay una idea generalizada de que el desarrollo es lineal y acumulativo, es decir, que el niño, según va creciendo, va ganando y acumulando los conocimientos unos sobre otros. Es un error.

Para poder acceder a cada etapa nueva del desarrollo, en cada paso que dan, los niños deben despedirse de algo anterior. Para aprender a hablar bien, a desarrollar su lenguaje, el niño o la niña tiene que abandonar el chupete y el tipo de comunicación que tenía previamente con los padres. Para poder acceder a todos los nutrientes y alimentos que va recibiendo a partir del sexto mes, tiene que renunciar a que le llegue la leche a través del pecho o la tetina, con un flujo y una temperatura constantes. Tiene que esperar, tiene que frustrarse entre cuchara y cuchara hasta que le llega el alimento, que en ocasiones está frío y otras excesivamente caliente.

La deambulación, aprender a caminar solos, es un momento muy excitante para los niños. Algo les interesa y pueden moverse hacia ello, en lugar de esperar que un adulto primero lo entienda y después decida o no satisfacer su curiosidad. Es una de las ventajas de caminar, pero también supone que tiene que volver del parque caminando cuando está cansado y que ir de la mano no es lo mismo que acurrucarse junto al pecho de sus padres.

Para facilitar estos avances, es necesario que los adultos le ayuden a hacer el duelo de la etapa anterior y celebren su autonomía, para lo que necesitan tener bien instaurada la castración simbólica y que su deseo de hijo no sea el de «alguien que me necesite» si no más bien «alguien a quien voy acompañando a crecer separándome gradualmente de él».

NIÑO COMO FALO DE MAMÁ

Para que el niño tenga un lugar en el psiquismo de su madre, se constituye como aquello que la completa, que llena sus faltas. La madre es la que lo espera en ese lugar. Pero después de nacido el niño, que viene a ser esperado en ese lugar de *falo* para su madre, necesita ir separándose de ella para poder irse constituyendo como sujeto: irse separando de mamá para ser un sujeto propio, no el objeto de ella. Permanecen vestigios de esta estructura —el niño en el papel de *falo* de su madre— que podemos ver a lo largo de toda la infancia. Cuando una niña ve a su madre enfadada, cree que ella hizo algo mal para provocarlo, reminiscencia de ese momento en que estaba segura de que lo era todo para ella, capaz de hacerla feliz o infeliz.

Esto no es algo patológico. Lo sería si esa madre —que tiene que generar ese íntimo lazo para ir dejando que se disuelva progresivamente— se resistiera a los movimientos en esa relación. Continuar colocando a su hija en los vacíos de su existencia. Por ejemplo, cuando el padre viaja, ella hace que su hija vaya a dormir a su cama. O no tiene relaciones adultas satisfactorias y se dice a sí misma que es porque no tiene tiempo desde que es madre. O dice que no se separa de una pareja, con la que es infeliz, por su hija. En estos y otros ejemplos lo que vemos es que está utilizando a esa niña para cubrir sus propias carencias en lugar de resolverlas.

«CASO POR CASO»

Es un presupuesto básico en psicoanálisis. Debido a lo que hemos hablado anteriormente de que nuestro psiquismo se configura en nuestros primeros vínculos, es necesario escuchar a cada persona las particularidades de su historia y su situación. A diferencia de la psiquiatría y la psicología predominante, la escucha psicoanalítica no busca un diagnóstico para el que aplicar un protocolo de tratamiento. No hay «consejos» aplicables a todos los que etiquetemos de un mismo modo. Hay que escuchar a cada persona para poder ver cuál es la razón por la que se ha originado su síntoma y con qué está relacionado, saber acerca de sus relaciones, cómo interpreta lo que vive y ha vivido (entre otras cosas) para poder guiarla hacia su cura.

EDIPO

Edipo es el protagonista de una tragedia de Sófocles que utiliza Freud para mostrar lo que ocurre en la relación madre-padre-hijo. Su sentido en el uso popular es diferente al psicoanalítico. Se trata del proceso por el que el niño pasa de desear ser el *falo* de mamá a reconocer fuera de ella lo que ella desea, para identificar al fin que algo o alguien puede o no «darle» eso que desea a su madre.

Esta operación psíquica es compleja y opera a varios niveles, pero lo que nos interesa aquí señalar es que es la que estructura en el psiquismo infantil la relación entre el *deseo* y la *ley*. Además, al final del Edipo ese niño acabará identificándose con una posición femenina (ser o no el *falo*) o masculina (tenerlo o no).

OBJETO TRANSICIONAL

Es un concepto que acuñó Winnicott —un psicoanalista inglés— para referirse a aquellos pequeños objetos que los niños impregnan libidinalmente para poder sentir la presencia de sus padres o como sustitutos que les dan una cierta seguridad aun cuando estos no están. Esos pañitos o peluches que le proporcionan ese placer y seguridad necesarios para hacer el tránsito entre el apego a sus padres y la progresiva individuación. Cuando dejan de necesitarlos, se van olvidando de ellos, salvo que se pongan enfermos o pasen un momento difícil y vuelvan a necesitar paliar su angustia como antaño.

Cumple una función importante, por ejemplo, cuando el niño o la niña ingresa en la escuela infantil acompañándole en ese primer proceso de adaptación. Pasados unos días, dejará de necesitarlo y, por tanto, de llevarlo. Asimismo, si el niño va a ser ingresado en un hospital o a pasar un tiempo fuera de su casa, el objeto transicional debe acompañarlo.

Tanto los objetos como las personas tienen un papel fundamental para las transiciones en las etapas de los niños. Cumplen la función de transmitirles la seguridad de que puede estar seguro en ese nuevo espacio, por lo que les facilitan no quedarse fijados en la etapa anterior.

LA COMPLEJIDAD DE LA FUNCIÓN MATERNA

Tras la gestación, una madre ha de establecer un vínculo íntimo y sólido que permita sentir al bebé la certeza de ser amado, deseado y protegido de sus malestares.

Lo complejo de esta función es, como dice Erna Furman, que «las madres deben estar ahí para ser abandonadas», puesto que, al mismo tiempo, desde el primer momento de su vida, han de irles enseñando a separarse de ellas y a vivir su propia vida.

REGRESIONES TEMPORALES

Cuando los niños sienten angustia o hay alguna situación que les inquieta especialmente es habitual que tengan regresiones temporales. Apparentemente, están dando un paso atrás en su desarrollo puesto que ante esas angustias responden como cuando eran más pequeños.

Si nace un hermano pequeño, no es extraño que vuelvan a hacerse pis, hablen como bebés, o pidan arrumacos de los que recibían cuando eran bebés. Si están enfermos, esperan el tipo de mimos que recibían años atrás, cuidados mucho más infantilizados de los que les corresponde para su edad. Es un proceso normal, por el que no hay que preocuparse una vez se identifique la causa, es un recurso temporal que se abandona cuando deja de ser necesario.

MADRE «SUFICIENTEMENTE BUENA»

Popularmente se entiende que el «amor de madre» es absoluto e incondicional. Se idealiza a las madres identificándolas con seres puros y sacrificados que siempre anteponen las necesidades de sus hijos a las suyas propias sin requerir contrapartida. Es una fantasía compartida que por más que se refute caso por caso no desaparece. La derivada del «instinto maternal» es otra construcción social igualmente falsa.

Lo importante para este trabajo es saber que no solo es imposible sino que no es necesario que una madre (o un padre) sean perfectos o ideales para el desarrollo saludable de sus hijos. Ser *suficientemente buena* madre supone saber responder suficientemente bien a lo que el bebé necesita, según Winnicott. No es necesario más porque esa cierta insatisfacción que genera el hecho de no ser totalmente cubierto en sus nece-

sidades se transformará en un motor de búsqueda de sus propios recursos.

ARTÍCULOS DE DIVULGACIÓN PSICOANALÍTICA PUBLICADOS EN PRENSA¹²⁶

CUANDO LOS PADRES SE SEPARAN¹²⁷

Una separación es una situación difícil para todos. Los miembros de una pareja que decide dejar de serlo se desestabilizan. Aunque lo hayan decidido pensando que será mejor, siempre hay dolor, dificultades, necesidad de reinventar su propia vida. Si tienen hijos en común la cosa se complica, puesto que nunca se separarán del todo, su función como padres prosigue intacta y eso les obligará a comunicarse, a recordar sus encuentros y desencuentros. Han de crear una nueva relación entre ellos y con sus hijos, pero es una relación cargada de historia. Quizá otro día escriba sobre los adultos, hoy vamos a pensar en los niños, y, en concreto, en el primer momento: el de comunicarles la noticia.

Cada caso es diferente, por supuesto, y por eso no hay una única manera de hacerlo, pero sí deben tenerse siempre en cuenta algunos aspectos. Uno de ellos es que el modo de entender las cosas en la infancia es muy diferente al de los adultos. Los niños tienen un pensamiento mágico, tardan bastantes años en diferenciar lo real de lo imaginado. Creen, por ejemplo, que sus deseos pueden influir en los hechos de su vida. Lo podemos ver cuando repiten una frase («Qué me pase esto, qué me pase esto, qué me pase esto»), creyendo de veras que si lo desean mucho pueden conseguir que ocurra. Es una suerte de omnipotencia, que hoy debemos tener en cuenta porque lo primero que hay que dejar claro a los niños cuando sus padres se separan es que la decisión no tiene nada que ver con ellos. Que no son culpables de la ruptura, como suelen creer, ni está en sus manos que vuelvan a estar juntos. Es frecuente escucharles decir que, como no se portaban del todo bien, hacían enfadar a sus padres, discutían por su culpa, y por eso al final se han separado. O transmitir que no han sido capaces de conseguir que siguieran juntos,

¹²⁶ Publicados en el periódico digital *elimparcial.es*.

¹²⁷ <http://www.elimparcial.es/noticia/61871/opinion/Cuando-los-padres-se-separan.html>

que fueran felices. Por eso es importante hablarles, explicarles que lo que ocurre entre sus padres no está relacionado con ellos.

En ese momento los niños tienen que elaborar su propia pérdida, necesitan que les ayudemos a ocuparse de sí mismos. Ante todo, por difícil que sea, por frágiles que se sientan o incierta que sea su situación, no les detallen a sus hijos las razones de su separación, no se desahoguen con ellos, no hablen mal de su otro progenitor en su presencia. Busquen sus lugares, sus relaciones adultas en las que apoyarse, preserven a los niños de un sufrimiento extra, que les hace estar pendientes de lo que están viviendo sus padres y no poder ocuparse de sí mismos. Díganles que «son cosas de mayores» y céntrense en lo que ellos necesitan en ese momento.

¿Y qué necesitan? Escuchemos a cada niño para saberlo, pero tengamos en cuenta que en una situación así, el niño va a vivir cambios muy importantes. Tendrá miedo de que, igual que puede romperse la relación de pareja, pueda hacerlo su relación con sus padres. «¿Y si mamá se separa de mí?», puede pensar. Imaginen la inseguridad que esta duda genera en un niño. Necesitará que sus padres le transmitan, con palabras y actos, que le quieren y van a quererle siempre, que nunca van a perderlos como padre o madre, que los problemas de los mayores no van a hacer que lo que más desea, ser querido por sus padres, vaya a desaparecer. No teman escuchar sus fantasías, sus preguntas. Es muy duro ver el sufrimiento de un niño, escucharle sin tener una respuesta mágica que haga desaparecer su dolor. Pero recuerden que no es eso lo que necesita, sino aprender a elaborarlo. Porque la vida está llena de momentos difíciles, y no se trata de intentar ocultárselos sino de ayudarles a vivirlos de la mejor manera posible.

Sabemos que en una separación los padres no viven su mejor momento, pero no olvidemos que nada es perfecto, ni falta que hace. Aunque intenten disimularlo, los niños percibirán su tristeza, su rabia, su inquietud. No se lo nieguen diciendo «no pasa nada, hay muchos padres que se separan» o «qué bien que ahora vas a tener dos casas» o cualquiera de esas otras frases bienintencionadas de los adultos, que parecen creer que si no se habla del sufrimiento conseguirán que no exista. Pueden decirles «mamá está triste, pero no es por ti, y más adelante estará mejor», «papá está enfadado, pero no es contigo, son cosas de mayores, necesito estar solo un rato, pero luego voy a leerte un cuento», «ahora no sabemos cómo vamos a resolver las cosas, pero los mayores nos vamos a ocupar de que tú estés bien».

Otro día hablaremos de lo que ocurre posteriormente, de cómo seguir con las funciones de madre y de padre después de la separación. Del manejo de las diferencias entre los padres, de cómo en ocasiones compiten por el amor de sus hijos, relajan los límites creyendo que si les conceden sus deseos inmediatos van a ser más queridos. De la culpa y de cómo esta puede interferir en la crianza, y de tantas otras cosas que hoy quedaron fuera de estas líneas.

LOS DICHOSOS LÍMITES¹²⁸

Esto de los límites es uno de esos conceptos que por haberse puesto de moda ha quedado vaciado de contenido. No se sabe bien en qué consisten, para qué sirven, qué normas hay que poner a los niños para ayudarles a crecer. En ocasiones los padres se plantean: «¿cuándo y cómo dejar el chupete?», «¿cuánto tiempo de ordenador debo permitirle y cómo conseguir que lo cumpla?», «¿a qué hora le dejo volver a casa el viernes?». Y quieren saber cómo hacer estas cosas sin acabar gritando o ser demasiado permisivos.

Para abordar esta cuestión recordemos, como siempre, que nada es perfecto, que no existe un manejo ideal de la autoridad, como no existen los padres o educadores ideales. Partiendo de este planteamiento, busquemos el mejor modo de hacerlo. Si decidimos ser autoritarios: «haces esto porque lo digo yo que para eso soy tu padre», favoreceremos el desarrollo de la dependencia en nuestro hijo. Aprenderá que el que sabe es otro, y buscará en el futuro una autoridad a la que obedecer —o desobedecer— por sistema, pero no sabrá cómo pensar por sí mismo lo que está bien o mal. Si, por el contrario, tomamos la posición del «dejar hacer» o «darles total libertad» tampoco favorecemos la autonomía, la seguridad en ellos mismos, porque cuando todo vale, nada vale y, si no conoce las reglas del juego, se equivocará mucho, lo que le hará dudar de sí mismo, y llegaremos, por otro camino, a que no tenga criterios propios, a que sea dependiente, inseguro y poco consciente de las consecuencias de sus acciones.

Tarde en la playa, buen momento para que los niños jueguen, desarrollen habilidades, investiguen y se relacionen con amigos. Unos padres demasiado temerosos y controladores pedirán a sus hijos que estén

¹²⁸ <http://www.elimparcial.es/noticia/72988/opinion/Los-dichosos-limites.html>

siempre cerca de ellos, permanentemente vigilados, mostrarán que a su alrededor todo es potencialmente peligroso, y que solo junto a ellos están seguros. ¿De verdad creen que van a poder protegerles siempre? ¿No será mejor capacitarlos para defenderse solos? En el otro extremo están los padres que no orientan a los niños y les dejan hacer lo que quieran, hasta el inevitable momento en el que hacen algo inadecuado, como perderse o hacerse daño por ir a una zona peligrosa. Estos niños se angustiarán y además recibirán la reprimenda de los padres asustados y enfadados. No parece que sea un buen modo de hacerles sentir seguros. Hay alternativas. Decir clara y firmemente lo que se puede y no se puede según cada edad. «Podéis jugar desde las rocas al pino alto, pero no salgáis de ahí ni entréis en el agua sin avisarnos.» Estos padres están favoreciendo la autonomía de sus hijos, les han dejado claro lo que no es seguro, dónde está el peligro, ofreciéndoles un espacio libre en el que jugar despreocupados, relacionarse con otros niños y ocuparse de las cosas propias de su edad. Si se hacen una herida, será por accidente, ellos no serán culpables, podrán entender que esas cosas pasan y seguir jugando.

Este no es más que un ejemplo, un momento entresacado de la larga infancia, durante la cual hay que estar constantemente mostrando a los niños las normas, delimitando lo que se puede y lo que no. Y no es la seguridad la única consecuencia de este cuidado. La capacidad de implicarse con algo, de luchar para conseguir un objetivo, de disfrutar, el respeto a los demás, están también relacionados con este modo de entender las normas.

Cualquier casa a las ocho de la tarde: un niño, Pablo. Le encanta una serie de televisión que emiten en un horario que sus padres juzgan inadecuado. Además, estos opinan que ver al día tanta televisión no le beneficia. Prefieren que acuda a sus actividades extraescolares, juegue, haga sus deberes, se bañe, cene a su hora, y duerma lo que necesita para recuperarse del día. Pero Pablo es persuasivo, sabe argumentar: «soy el único de clase que no lo ve, todos saben lo que ha pasado y si yo no lo veo me quedo solo en el patio y además parezco un pequeño». Sabe que sus padres están cansados después de la jornada de trabajo y que lo último que desean son peleas, gritos, escenas en casa que generarán un mal ambiente para todos. Así que Pablo intentará, con todos los recursos que considere eficaces, obtener lo que quiere, lo que cree que es bueno, que, como es un niño y no puede entender el largo plazo, es hacer lo que en ese momento le apetece.

Poner límites es algo que se hace desde que los bebés nacen, un proceso en el que cada acto de los padres va calando en los niños, construyendo una ética que se revisa al madurar. Si los padres de Pablo en su momento le enseñaron firme y claramente que tenía que dormir en su cama y no entre sus padres, que tenía que dejar el chupete y aprender otras formas de calmarse, que no podía pegar a los pequeños por ser pequeños, que iba a aprender a compartir sus juguetes con otros niños, que a la hora convenida se apagaba la luz para que los niños durmieran y los padres se ocuparan de sus cosas, que había que desayunar bien antes de ir al cole, etc., le fueron transmitiendo que hay muchas cosas que tenemos que hacer aunque no apetezcan en el momento. Que es necesario frustrarse en muchas ocasiones para conseguir un beneficio más adelante. Si Berta hace el esfuerzo de ir al entrenamiento, aunque hoy llueva y le dé pereza, jugará mejor en los partidos, pero además aprenderá a trabajar en equipo, a relacionarse mejor con los demás, a cuidar su lugar en el grupo, a comprometerse con una tarea, y a buscar de mayor placeres más enriquecedores que la satisfacción inmediata.

Antes de terminar veamos algunos aspectos que deben tenerse en cuenta para que esta función normativa sea más fácil para todos. Es importante que los adultos se pongan de acuerdo, que muestren criterios comunes. Así los niños van captando que las normas no están hechas para beneficiar a alguno de los padres, sino para cuidarles a ellos. Es preferible que los límites sean pocos, firmes y claros. Fáciles de entender. Eviten ser demasiado ambiciosos, porque luego no podrán mantenerlos. Si los cambian, si ceden ante la presión de los niños o les levantan habitualmente los castigos, solo conseguirán confundirlos. No sabrán qué es lo verdaderamente importante y aprenderán a pelear constantemente, con lo que los padres acabarán agotados, se enfadarán y les tratarán peor. Porque en esos momentos de desesperación es posible que digan cosas de las que luego se arrepientan, que culpen a los niños. Es obvio que, en una tarea tan compleja como la crianza, estas situaciones se darán algunas veces, pero se trata de intentar que sean las menos posibles; con eso será suficiente para que los niños vayan aprendiendo con el mínimo desgaste para todos.

LA FUNCIÓN DEL PADRE¹²⁹

Muchos padres se quejan de que, desde que llegó el niño, la mujer no tiene ojos para él. O bien de que no le deja intervenir en la crianza, porque el niño prefiere comer con ella o que lo bañe ella y, si no, no come o tiene berrinches. Es cierto que hay algunas mujeres así, que necesitan sentirse omnipotentes: «si no es en mis brazos el niño no se calma», dicen, por ejemplo, y así consiguen expulsar al padre, si no es suficientemente firme, de esa relación. Pero no vamos a fijarnos en los extremos; veamos los casos más frecuentes, más habituales.

Toda queja tiene dos caras. El padre está reclamando un lugar que «no se le da», pero mientras se queja y no actúa, se está acomodando en ese mismo lugar que le evita ciertos problemas y trabajo, haciendo responsable a la madre de la situación.

Es cierto que el bebé, al nacer, requiere de una presencia mayor de su madre, con la que ha estado totalmente unido durante el embarazo, a la que ha sentido y conocido, la que ha permitido que fuera creciendo hasta poder nacer vivo. Que en un primer momento, en su fantasía, la madre puede sentir que ese bebé lo es todo para ella, que está dispuesta a renunciar a todo para que esté bien. Puede llegar a decir que no entiende cómo le importaba tanto antes el trabajo, o estar con los amigos, la lectura, cuidarse, sus aficiones. Esto es normal en un principio. ¿Cómo, si no, podría atender a las agotadoras demandas de un bebé, tan dependiente de ella, especialmente si lo alimenta con su propia leche?

Pero no es menos cierto que criar a un hijo es irle facilitando constituirse como un ser suficientemente fuerte y libre para separarse de sus padres y de lo que ellos esperan de él o ella. Qué complicado. Al mismo tiempo que tienen que crear un vínculo fuerte que le dé seguridad, sus padres han de alentar su separación. En este proceso intervienen varios aspectos. Que la madre no se coloque en un lugar de omnipotencia es fundamental. Que el padre —o quien cumpla esta función— ocupe activamente su espacio, también.

Intentemos ver cómo se plasman estos conceptos en la realidad de la crianza. Una madre no omnipotente es aquella que sabe que no lo es todo para su hijo. Que —desde el primer momento— es necesario para todos una separación progresiva y cuidadosa. Seguro que todos cono-

¹²⁹ <http://www.elimparcial.es/noticia/94629/opinion/La-funcion-del-padre.html>

cen alguna mujer que siempre sabe más que cualquiera —pareja, pediatra, maestros, familiares, entrenadores— acerca de las necesidades de sus hijos y boicotea a cualquiera que tenga un lugar importante para ellos. Si ella no permite esa entrada al padre, será casi imposible para él cumplir su cometido.

La función paterna es esencial para separar a la niña o niño de su madre. Se trata de ayudar a la madre a volver a su lugar como mujer, que compartirá con el de madre; y acompañar al niño a descubrir el mundo más allá de mamá. Se comparten las tareas del cuidado, sí, turnándose para calmarlo cuando llora por la noche, dándole de comer, bañándole, acostándolo y calmándolo cuando está intranquilo. Pero no se trata solo de esto. Es necesaria la presencia del padre en las grandes decisiones: que el bebé duerma en su cuna, que deje de lactar en su momento, que pueda dormirse sin los brazos de su madre, que coma lo que le corresponda según su edad y no lo que le apetece, que no se le dé lo que pide solo para evitar una rabieta, sino enseñarle a manejar la frustración, etc.

Estas son decisiones propias de la primera infancia, pero el criterio es aplicable durante toda la crianza. Que los padres conozcan a sus hijos, poder pensar en lo que van necesitando en cada momento. Pero no centrar su vida en ellos, mantener los propios deseos y aficiones, el espacio para la pareja, para los amigos, el trabajo y las cosas que sean importantes para cada uno de los padres. Que el niño no crea ser el sentido de la vida de sus padres, sino que, al mirarlos, los vea mirando al mundo, y así lo introduzcan en él.

Es fundamental que la madre y el padre no actúen como si solo ellos supieran lo que es bueno para su hijo y crean que lo mejor para él o ella sea su presencia constante, que se den cuenta de que no solo es necesaria esa separación de su hijo, sino que es buena para él. Si ellos lo reconocen así, esta función de tercero, esa función paterna, puede ser encarnada según los momentos por la pediatra, la profesora, los abuelos, su propio trabajo o las personas importantes que traten con el niño.

Poco a poco conseguirán que el niño sepa que lo bueno no es solo lo que mamá o papá dice, quiere o desea, sino que hay una ley fuera, un deseo más allá de la satisfacción inmediata, que estructura la mente, puesto que permite generar la propia subjetividad, la propia vida.

Tengan en cuenta que los niños harán lo que sea por ser queridos por sus padres. Que si lo que se les transmite es que ellos están muy asustados porque se vaya de campamento, él se asustará porque pensará que

hay un peligro real. Si a los padres les cuesta separarse de su hijo para seguir desarrollando su propia vida, él o ella harán (inconscientemente) lo posible para ser más dependientes y transmitirles que es realmente necesaria esa presencia suya. Y no se trata de que la niña o el niño hagan con su vida lo que esperan sus padres que hagan, sino de ayudarles a ser suficientemente seguros para ir desarrollando su propio deseo, aunque este conlleve en ocasiones contrariar a las personas importantes de su vida.

De no ser así, estarán criando personas dependientes, que por agradar al otro —pareja, amigos, profesores, jefes— releguen sus propios deseos, se depriman, se diluyan y acaben por perderse entre la maraña de expectativas depositadas sobre él o ella, permanentemente insatisfechos y con todos esos otros sufrimientos que conlleva la dependencia.

Los padres siempre serán esenciales y dejarán huellas estructurales en la vida futura. Los hijos e hijas se identificarán con rasgos de estos, y mantendrán mucho de lo que les fue transmitido. Pero ayudándoles a desarrollarse así, facilitamos el desarrollo de su creatividad y seguridad en sí mismos, de su capacidad de gestionar su propia vida sin depender de otro que les diga lo que está bien, de construir su propia ética.

NO MENTIRÁS¹³⁰

Una de las consultas más frecuentes acerca de la crianza de los niños y niñas tiene que ver con *lo que se les puede decir y lo que no*, o cómo comunicarles las cosas. ¿Cómo hablamos con Berta, por ejemplo, de cinco años, cuyo padre va a morir por una enfermedad que no tiene cura? ¿O con Pedro, de once, al que hay que contar que sus padres se separan? ¿Hay que hablarles de forma distinta que a los adultos? ¿Es mejor «dulcificar» la realidad para que no sufran? ¿Cuándo hay que hablarles de drogas? Dicen los anuncios que la comunicación es el mejor modo de prevención, pero, ¿cómo se hace eso?

Los niños están preparados para escuchar las verdades. Por duras que sean. A veces los adultos creen que cuidar a un niño es retrasar al máximo su entrada en el mundo real, especialmente en aquello que le frustre o le haga sufrir. Es tan comprensible como erróneo. Porque subyace la

¹³⁰ <http://www.elimparcial.es/noticia/106057/opinion/No-mentiras.html>

concepción de los niños como seres ingenuos *que no se enteran* si no es porque nosotros se lo decimos. Hemos olvidado nuestra infancia.

El mundo que los niños y niñas necesitan ir comprendiendo está lleno de oscuros y desconocidos lugares que nunca han transitado. Hacerse un lugar en la escuela, por ejemplo, tanto con la profesora como con los compañeros de clase. Encontrarse en un espacio en que las reglas son diferentes a las de casa y tener que ir las averiguando para adaptarse lo suficiente como para no ser reprendido en exceso y tener con quién jugar.

Si aún dudan de que esto es duro para los niños, imagínense ustedes forzados a emigrar a un país no elegido y adaptarse a otras costumbres, con otro estilo de jefes en su nuevo trabajo. Y ahora acentúen esa inquietud, porque ellos no tienen el recorrido de la experiencia en cambios y adaptaciones que hacen a un adulto saber que, pasado un tiempo, uno lo consigue.

El papel del adulto es mediar entre el mundo y el niño, ayudarle a aprender a manejarse en cada situación que le toque vivir. No negar que las dificultades existen y forman parte de la vida, no engañar, sino preparar y apoyar.

Una mañana de martes la madre de Miguel actúa como cualquier día, pero su expresión es triste, su mirada está perdida, tiene más ojeras, parece estar pensando en otra cosa mientras pone el desayuno. Él le pregunta algo y ella le regaña: «Si no terminas pronto no vamos a llegar a tiempo, deja de hablar ya y come». El niño —inquieto porque le importa mucho lo que le pase a mamá— se construye una explicación. Interpreta lo que no se le ha dicho pero sí ha percibido.

Los niños, recordemos, vienen de creer que lo son todo para sus madres y padres, para bien y para mal. Si mamá no es feliz seguramente es por algo que Miguel ha hecho mal. Será porque no se porta bien, porque ayer hizo enfadar a mamá, porque no es buen hijo. Porque no es bueno.

Entonces, para evitar esto, ¿debe saber Miguel qué mantuvo en vela a mamá esa noche? No, en absoluto. No se trata de desahogarse con ellos ni de tratarlos como a iguales. Pero su madre podría decir algo como: «Miguel, hoy estoy preocupada y nerviosa, así que date prisa en desayunar y preparar tus cosas que tengo poca paciencia. Son cosas más, cosas de mayores que no tienen que ver contigo». O cualquier otra respuesta que el niño escuche como: «Es cierto lo que percibes, mamá tiene mala

cara hoy y no se siente bien», «Tú no eres el causante del malestar, no te sientas culpable», «Son cosas de mayores, mamá lo va a resolver o manejar, tú no tienes que preocuparte por esto, que mamá se apoyará en otros mayores cuando necesite ayuda, no quiero que “cuides de mamá”», «Mamá no va a dejar de cuidarte y quererte por esto ni por nada, pero a veces tendrá menos atención para ti», «Este mal momento empieza y termina. Hoy estoy preocupada y nerviosa; “mañana” estaré de nuevo como siempre».

Si tenemos en cuenta estos matices, las niñas y niños se sabrán tratados con respeto y sentirán que tienen permiso para ocuparse de sus cosas. También reciben un mensaje de seguridad, porque esta proviene de saber salir de los problemas, no de hacer como si no existieran, y su madre le dice que ya ella (y otros mayores) lo resolverá.

Una pregunta muy frecuente en consulta es la de cómo hablarles de la separación de los padres. Es mejor que se lo digan cuando tengan la decisión tomada. En un artículo anterior en este mismo periódico abordé específicamente este tema: <http://www.elimparcial.es/noticia/61871/opinion/Cuando-los-padres-se-separan.html>

Veamos un caso más difícil. A Berta hay que comunicarle que su padre está enfermo, y también que es grave, y que va a morir pronto, si es que es así. Berta necesita elaborar un impacto tan fuerte, despedirse de su padre, enfadarse con él porque la abandona, hacer como si no fuera verdad, llorar con él, decirle muchas cosas y provocar en él otras tantas. ¿En qué la beneficiamos si lo mantenemos en secreto? ¿En que retrasamos —supuestamente— su dolor? Cuando ella quiera despedirse, pedirle perdón por alguna cosa, abrazarle muy fuerte, regalarle su peluche o hacerse fotos con él, ¿no creen que se enfadará mucho por no tener esa posibilidad? Siéntense con ella. Cuéntenle la verdad. No teman las emociones que puedan surgir en el proceso, ni las suyas propias ni las de la niña.

Si tratamos a las niñas y niños con este respeto —¿acaso merecen menos por ser más pequeños? — y ven que los adultos no niegan las dificultades, que no se escapan de la realidad cuando tienen problemas, les estamos mostrando un modo de actuar frente a ellos.

Las adicciones a drogas, juegos de ordenador o consola, redes sociales y otras compulsiones, son vías de escape que pretenden sustituir a la realidad que les está angustiando. El problema es que la realidad es la que es y vuelve tercamente, duplicando la ansiedad y la impotencia de

los adolescentes frente a ella. No es lo mismo estar un rato con la consola para descansar o divertirse que no poder separarse del juego sin montar una bronca. Es en ese momento en el que los adultos tienen que ocuparse de ayudarles. De entender que no es un capricho sino la señal de un problema.

A esto se refieren las campañas de prevención con «habla con tus hijos», a que intenten establecer esta relación con ellos, a que les faciliten poner palabras a los problemas en lugar de necesitar «hacer llamadas de atención», encerrarse en su cuarto, enfermar, o cualquier otro síntoma de que tienen problemas que no saben abordar solos.

Si desde pequeños han creado una relación en la que los padres no se erigen como amos de la razón —que nunca se equivocan—, sino que pueden reconocer errores y pedir perdón cuando se pasaron con ellos; si pueden mostrarles que tienen dificultades que les afectan pero no dejan de luchar ni pierden la ilusión, estarán trazando un surco frente al camino de sus hijos. Estos no necesitarán aparentar que son hijos perfectos puesto que no recibirán una regañina o una mirada de decepción si hablan de sus dificultades, sus vaivenes y sus dudas, sino comprensión, apoyo y ayuda —si es necesaria— en la búsqueda de solución.

OBESIDAD INFANTIL ¹³¹

Nada es perfecto. Ni falta que hace. No existen los padres ideales, salvo en la imaginación de los niños. Fíjense si no en los suyos, en sus amigos, en ustedes mismos.

Reconocer esto nos puede llevar por dos caminos: pensar que no importa lo que hagamos, pues todos los niños salen adelante, o querer hacerlo un poco mejor. Yo les propongo que, para esta segunda vía, pensemos hoy acerca de la alimentación de los niños.

¿Recuerdan el caso de Moisés, el niño de Ourense con obesidad infantil? Un juzgado lo apartó de su familia para que las instituciones sociales se hicieran cargo de su crianza. ¿Qué puede llevar a un niño o niña a comer tanto? ¿Qué pueden hacer unos padres para ayudar a un niño a no enfermar así? ¿Actuó bien la justicia? ¿Era esta la salida más beneficiosa para el pequeño?

¹³¹ <http://www.elimparcial.es/noticia/57439/opinion/Obesidad-Infantil.html>

Es frecuente ver cómo ante un niño inquieto, nervioso o disgustado, la respuesta del adulto es ofrecerle algún alimento. Desde bebés, cuando se relaciona con el hambre todo malestar y se les ofrece de nuevo el pecho, un biberón, o un chupete, hasta el trozo de pan, el huevo de chocolate o las chucherías que se dan a los más mayorcitos cuando protestan o lo piden directamente.

Es cierto que la comida calma la ansiedad en un primer momento. No hay más que observar los anuncios de la televisión para saber que los adultos también recurrimos a eso. Pero tiene un problema, y es que no resuelve nada, con lo que aquello que nos inquietó volverá a aparecer, probablemente con la misma intensidad, si no más.

Si un niño nos muestra su malestar provocando conflictos, llorando sin motivo aparente, durmiendo mal o con cualquier otro síntoma, podemos reaccionar de muchas formas. Intentando que desaparezca lo más rápido posible la manifestación de su angustia: que deje de pegar, de llorar, de gritar o que duerma, ofreciéndole una salida inmediata, como puede ser el alimento o el chupete, o bien ayudándole a entender su displacer y a resolverlo. ¿Cómo se hace esto? Fundamentalmente con palabras. «Ya sé que estás nervioso, que hubieras preferido no marcharte del cumpleaños, o no irte a la cama para estar más tiempo con papá o mamá, que sientes celos de tu hermanita a la que hacen tanto caso, etc.» «Y es normal que sientas eso, está bien, pero las fiestas terminan, lo mejor para ti es que duermas las horas que necesitas, y tu hermanita al ser pequeña necesita esas atenciones, pero no por ello la queremos más que a ti.»

Estas palabras calman y además ayudan al pequeño a entenderse a sí mismo, le ofrecen una salida mejor que aplacar su angustia con un alimento placentero, porque legitiman su malestar. Le estamos diciendo que es humano sentirse celoso, que es normal que le moleste terminar una situación que tanto le divertía, que es lógico que proteste por separarse de los padres para irse a dormir. Y que nosotros, los adultos, le entendemos y vamos a ayudarlo a manejar esas situaciones, esos conflictos que tendrá toda su vida, de la mejor manera posible.

Criar a un niño requiere poner límites a sus demandas. Educar no consiste en caerle bien a nuestros hijos, ni conseguir que comprendan por qué hacemos las cosas. Esto vendrá como consecuencia de una relación saludable. Los niños necesitan la ley que sus padres o educadores les imponen, y está bien que protesten ante ella. La dieta tiene que ser equilibrada, todos lo sabemos, y puede que protesten ante algunos alimentos, que pidan siempre los mismos, que les cueste aventurarse a nuevos sa-

bores. Pero esa es la función de los padres, acompañarles en la aventura de vivir y aprender, mostrarles que la vida no consiste en obtener inmediatamente aquello que creemos desear, prometerles que si hacen ahora lo que les proponemos (comer verduras y frutas en lugar de bollería industrial cada día por ejemplo), de mayores van a estar mejor. Y es cierto, su organismo será más sano, pero además les habremos dado una herramienta esencial para afrontar sus malestares, sus disgustos futuros. Les estamos ayudando a que sean más seguros, más capaces y más libres.

Si unos padres no son capaces de encarnar esa ley en la crianza de sus hijos y llegan al extremo de dejarlo enfermar por ello, está bien que otra instancia intervenga para protegerlos. Es discutible la sentencia, sí, sin duda sería preferible que los Servicios Sociales dispusieran de más recursos para ayudar a los padres con graves dificultades a criar a sus hijos.

Recuerden, pongan palabras a las inquietudes de los niños, proporciéntenles asideros para resolverlas. No es tan inmediato como un trozo de pan, pero es más eficaz y seguro a largo plazo.

MELLIZOS Y GEMELOS¹³²

¿Van a tener mellizos? Enhorabuena, tener un hijo deseado es algo precioso. Pero ahora saben que son dos, y cuando uno busca tener un hijo no imagina que lleguen dos al tiempo. ¿Podré darle lo que necesita a cada uno? ¿Seré capaz de atender sus necesidades? ¿Qué hago si lloran los dos a la vez? ¿Y si uno destaca más que otro? ¿Y si quiero a uno más que a otro? ¿Y si tiendo a cuidar más a uno que a otro? ¿Es mejor que duerman en la misma cuna y se sientan cerca o que cada uno tenga su lugar? ¿Cómo se puede fomentar que tengan una buena relación entre ellos?

Estas y otras preguntas se hacen los futuros padres, entremezcladas con culpa, fantasías, ilusiones y miedos. Veamos algunas cuestiones que pueden ayudar a pensar sobre estas cosas.

Cuando un bebé llega al mundo necesita sentir que es lo más importante en la vida de su madre, de su padre, sus primeros amores. Su demanda es infinita, siempre prioriza sus deseos y necesidades. No se asusten ante esto, es un momento normal del desarrollo. Más adelante llegará el mo-

¹³² <http://www.elimparcial.es/noticia/60247/opinion/Mellizos-y-gemelos.html>

mento de aprender que también hay que tener en cuenta a los otros. Pero criar, educar a un niño, no supone satisfacer todas sus demandas. Hay que atenderlo, por supuesto, pero mostrarle también que aun siendo amados y deseados, no son el centro del universo de su madre, en un principio, ni de los demás después. Que nunca estamos plenamente satisfechos y eso es, precisamente, lo que nos mueve a desear, buscar, crear, inventar, desarrollarnos.

¿Cómo hacer para que dos bebés nacidos al tiempo puedan recibir ese cariño especial cada uno, sin fomentar en ellos una relación de competitividad o complementariedad? Es fundamental que desde su nacimiento se reconozcan sus diferencias y se les ayude a conocerlas, a saberse únicos. No teman hablarles de forma diferente, tratarles de forma diferente. Subrayen las diferencias, si uno es delicado, activo, sociable, tranquilo, curioso. No duden en decir y decirles cada uno de los matices que vayan percibiendo. Eso les ayuda a desarrollarse como seres autónomos. Cada persona es diferente y, como tal, requiere de una atención distinta.

Si desde su nacimiento favorecemos su independencia y su seguridad en sí mismos, fortaleceremos la relación entre ellos. Ayudaremos a reducir la dependencia mutua, la rivalidad constante. No duden en comprarles ropa distinta, no intercambiarla, que cada uno tenga su propia cuna, sus espacios diferenciados en armarios y estantes y, si fuera posible, su propia habitación. Regálenles, y pidan a su entorno que lo haga también, juguetes distintos desde que son bebés. Que no sean «para los dos» ni «para compartir», sería pedir demasiado pronto a los niños algo que son incapaces de hacer, y que les hace sentir inseguros, en lucha permanente por objetos, espacios y afectos. Si conseguimos esa seguridad básica inicial, más adelante podrán reconocer los espacios y necesidades de los demás.

Llámenles siempre por sus nombres, no les digan «los mellizos, los gemelos», ni permitan que los demás lo hagan. Ellos no son una unidad, no son complementarios, cada uno es diferente, como lo serían dos hermanos nacidos en distintos momentos.

Los educadores conocen bien estas cosas, ya no hay escuela en que no asignen a cada hermano a una clase diferente, para que puedan establecer sus propias relaciones, hacerse cargo plenamente de sus cosas, desarrollarse a su manera. Cualquier medida en esta línea es buena. No tienen que hacer los mismos planes, ni elegir las mismas actividades extraescolares, ni compartir amigos. Ya sé que simplifica la vida de los padres, pero en la medida en que cada uno pueda, es preferible que desa-

rollen sus distintas capacidades. En distintos momentos de la vida. Así también les ayudaremos a no escuchar permanentemente la comparación entre ambos en el mismo terreno. Uno puede disfrutar más de las actividades que implican movimiento, otro de las que requieren concentración y atención. Necesitar más o menos el contacto con los adultos, con otros niños, en cada etapa de la vida. Cada uno vivirá de una forma particular los mismos acontecimientos, y por eso es importante conocerlos, no pretender unificarlos.

Tener hijos nacidos de un parto múltiple implica que los padres tengan que hacer un gran esfuerzo en su crianza, sobre todo los primeros años. Es mucho más fácil comprar dos prendas iguales, dos juguetes iguales, llevarles juntos a la piscina o a las casas de sus amiguitos. Pero no olvidemos que cada persona es diferente y en cada momento de su vida tiene distintas necesidades. Esto, en el caso de niños nacidos al tiempo, es algo mucho más importante. Los padres deben hacer un esfuerzo mayor por atender a cada uno de forma distinta. ¿Por qué pretender que ambos entren en la misma escuela artística o deportiva? Mientras uno está en su clase, pueden disfrutar de estar con el otro, esos ratos a solas con cada hijo son fundamentales para ellos.

No teman, pues, la diferencia, reconózcanla y foméntenla, y les estarán ayudando a conocerse y sostenerse en la vida.

¿Y SI MATAMOS A LA CRISIS, MAMÁ?¹³³

— No lo tengas en cuenta, el tío Manuel está nervioso porque ha perdido el trabajo, hijo.

— ¿Dónde, mamá? ¿Le ayudamos a buscarlo?

— A ver cómo te explico. Es que la crisis está haciendo que...

— Lo de la crisis ya lo sé. Es la que hace que no vayamos de vacaciones como el año pasado. Y que vosotros os enfadéis más. Y que me aguante con la bici aunque sea pequeña. Y que el papá de Ana se haya ido tan lejos. Y que los Reyes traigan pocas cosas porque ya no hay para todos los niños. Ya me sé la crisis, mamá, es como la bruja de los cuentos, como los monstruos. ¿Y si la matamos?

¹³³<http://www.elimparcial.es/noticia/113964/opinion/Y-si-matamos-a-la-crisis-mama?.html>

— ¿Tú no tenías que hacer deberes?

Esta crisis es un monstruo que está cambiando nuestro modo de vida. Que provoca que no nos creamos el «si no cura hoy, curará mañana». Que nos hace sentir inseguros. Que nos angustia. Que ha roto las lógicas previas en las que nos movíamos con algo de certeza. «Si estudias y eres trabajadora, no tendrás problema para ganarte la vida, hija.» Aquellas palabras que calmaban hace unos años han perdido su verdad.

Muchos padres y madres consultan porque están viendo en sus hijos cambios que no entienden ni saben manejar. Algunos están más callados, tienen pesadillas, se ponen más nerviosos, preguntan repetidamente cosas como «Pero esta es nuestra casa, ¿verdad? No nos vamos a ir, este es mi cuarto y están mis cosas y yo no quiero irme. Si yo no quiero no nos vamos a ir de esta casa, ¿verdad, mamá?», sin que los padres les hayan hablado de mudanzas. Están más inquietos, asustados por lo desconocido, pero sobre todo porque sienten la sombra del miedo en sus padres. Y en sus tíos, y sus abuelos. Cuando se juntan siempre hay tensión por algo que se habla, preocupación en la cara de la abuela, más discusiones que antes, más despedidas. Se habla mucho de dinero.

Pero ellos son niños y niñas, y se supone que les corresponde vivir en la fantasía en la que al final todo puede acabar bien. Que los que fracasan son los malos y los buenos consiguen sus sueños.

¿Cómo manejamos esta realidad implacable sin volcar sobre ellos nuestra angustia? ¿Cómo preservamos la risa, la ternura, la fantasía, la curiosidad, la aventura y los sueños de las niñas y niños que están viviendo hoy? ¿Cómo transmitirles seguridad si ni nosotros mismos la sentimos?

Empecemos por lo más importante. Cada uno vamos a hacer lo que podamos, lo mejor posible. Nada más. Vamos a intentar no añadirnos más miedos a los inevitables. Es suficiente para ellos. Nada es perfecto. Recuerden que sus propios padres no pudieron evitar sus sufrimientos vitales, como tampoco los padres de sus padres les protegieron a ellos. Cada generación vive su momento y la anterior no puede educar para lo desconocido.

La seguridad que los padres pueden transmitir a sus hijas e hijos no consiste en proporcionarles estabilidad económica ni material. No se basa en que tengan la consola cuando la piden, ni en que sus vacaciones sean como las de sus compañeros. Ni en que hagan más extraescolares. Ni

siquiera en que aprendan más inglés o chino. Tampoco en que les repitamos que son los más altos, guapos, listos y fuertes.

La seguridad básica se adquiere en los tres primeros años de vida. A través del vínculo con los padres y cuidadores más cercanos. Pero hoy no vamos a hablar de esa primera infancia, sino del impacto de la crisis en los que ya dejaron esa etapa atrás y de cómo facilitar el manejo de esta situación.

Los niños ven el mundo a través de la mirada de sus padres. No intentemos negar la realidad que vivimos porque solo provocaremos que busquen la respuesta en otro lugar. A los que estén pensando en crearles un mundo paralelo como en *La vida es bella*, les recuerdo que ellos no están solos y además seguirán viviendo en esta realidad en permanente transformación.

Partimos entonces de no negar la realidad. Hablémosles de la crisis y de las cosas que están ocurriendo en el mundo en que viven. Pero cuidado, no nos vayamos al otro extremo y olvidemos que necesitan filtros para interpretarlo. Si reciben la información como si fueran adultos el impacto será tan fuerte que moldeará su carácter y el miedo se instaurará en su forma de ser. Y las manías, las preocupaciones podrían quedarse fijadas. ¿Conocen alguna persona mayor que se angustie si no tiene suficiente acopio de alimentos «por si vuelve el hambre»? Toda una generación —si no varias— se ha callado sus posiciones políticas para evitar conflictos, ha forzado a sus hijos a hacer oposiciones «para tener algo seguro», y, como estas, tantas otras cosas derivadas de la dureza de sus vivencias infantiles.

Los adultos han de buscarse sus lugares y amigos para compartir sus angustias, para buscar soluciones o paliativos a sus problemas y proteger a los niños de ellos. Después, traduzcámosles la realidad, expliquémosles lo que está pasando, cada uno desde su perspectiva ideológica, por supuesto, pero sin hacerles sentir que les toca vivir el fin del mundo, por mucha pena que nos dé saber que no podrán tener muchas de las facilidades que sus padres sí tuvieron. No les transmitamos nuestra impotencia porque van a necesitar ser flexibles y creativos para inventarse sus propios recursos en el futuro.

¿Y cómo fomentar esa seguridad flexible y creativa? Lo básico es cómo nos relacionamos con ellos, pero no olvidemos lo concreto. Estimulemos su imaginación frente a las dificultades cotidianas. Ayudémosles a divertirse con planes que no impliquen gastar dinero y —a ser posible— en

los que puedan expresarse. Leer, hacer obras de teatro o conciertos con sus amigos y primos, disfrazarse con telas y ropas antiguas, construir con los *bricks* de leche vacíos o pintar y transformar las cajas de sus galletas les harán sentirse capaces y disfrutar mucho.

Cooperar y compartir. Es el momento de que sientan los beneficios de estos valores. Y de que los padres se despojen de inútiles prejuicios y se muestren —ellos los primeros— flexibles, sociables y creativos para poder educar en la incertidumbre.

¿Por qué no hacer trueques de juegos y juguetes? No será fácil desprenderse voluntariamente de sus cosas, pero a cambio recibirán libros, juegos, películas, disfraces y objetos desconocidos que les abrirán nuevas posibilidades de diversión y aprendizaje. ¿Por qué no turnarse varias madres o padres en el cuidado de sus hijos, cada tarde en casa de uno? Fomentará la socialización y la adaptación a distintos ambientes y estilos de vida. ¿Por qué no juntarlos esas noches que quieren salir sus padres y plantearles un plan divertido «acampando» en casa de sus amigos?

Pongámonos a pensar y debatir las opciones que se nos ocurran para —sin negar las dificultades como Benigni— favorecer un ambiente consciente, pero divertido y feliz para los niños y niñas que siguen teniendo derecho y necesidad de serlo.

CRISIS DE ANSIEDAD Y FOBIAS¹³⁴

— No sé por qué vengo aquí. No sé lo que me pasa. Solo que desde hace un tiempo, de repente me ahogo, siento que me puedo morir, que puede ser un infarto. Me pasó conduciendo en la autopista y tuve que parar el coche en el arcén. Ya no me atrevo a conducir por carretera por si me vuelve a pasar.

Así empezó la primera entrevista con Daniel, al que recomendó consulta psicológica el médico que le atendió en urgencias. Le diagnosticaron crisis de ansiedad, probablemente causada por el estrés.

— Pero, yo no tengo estrés, mi vida es igual que hace un año y esto no me pasaba.

¹³⁴ <http://www.elimparcial.es/noticia/126022/opinion/Crisis-de-ansiedad-y-fobias.html>

Coloquialmente se asocia la palabra «estrés» con trabajos tan exigentes que nos impiden desconectar al salir de ellos. El médico de urgencias, después de descartar causas orgánicas, le explicó que su crisis podría deberse a estrés emocional, que no es otra cosa que no poder vivir con suficiente equilibrio la vida cotidiana. Es algo que la propia persona y su entorno puede no catalogar como «estresante». Lo más probable es que ni la persona que consulta pueda identificar la causa de su malestar en un primer momento, puesto que de ser así no sería necesario ese síntoma. De hecho, la RAE define «somatizar» como transformar problemas psíquicos en síntomas orgánicos de manera involuntaria.

Daniel siente y vive cosas que le afectan más de lo que piensa. Y, por no saberlo, no interviene para solucionarlas o paliar sus efectos. Es posible que esté pasando un mal momento con su pareja, que esté más preocupado de lo que cree con su situación en el trabajo, que sienta miedo de algo a lo que no ha podido aún nombrar.

Cuando no abordamos nuestros problemas conscientemente, nuestro cuerpo muestra síntomas que pueden ser más o menos graves. La angustia se muestra de forma diferente en cada persona, según sea nuestra constitución biológica: problemas gástricos, cardíacos, dermatológicos, contracturas musculares constantes, subidas de tensión, insomnio o exceso de sueño, trastornos alimenticios. Es importante diagnosticar y tratar médicamente cada uno de estos padecimientos físicos, así como hacernos cargo de qué nos está afectando psíquicamente para tratarlo simultáneamente y conseguir estar más a gusto con nuestra propia vida, minimizando el sufrimiento tanto físico como psíquico que la vida conlleva.

La crisis de ansiedad o angustia es una sensación física que nos invade y produce síntomas como fuerte opresión en el pecho, aumento de la frecuencia cardíaca, dificultades para respirar, sudoración, mareos o sensación de pérdida de equilibrio, entre otros, por lo que se vive con mucho sufrimiento, además de permanecer el temor a que vuelva a ocurrir, ya que antes del tratamiento no se conoce qué la desencadenó ni cómo pararla.

— Cuando tenía dieciséis años me pasó, pero ya se me había olvidado, creí que no volvería a sentirlo. Es horrible. Horrible que me pase y estar todo el tiempo asustada por si me pasa otra vez. No me llega el aire, me ahogo, de verdad, no puedo respirar hasta el fondo, y por eso tuve que ir al hospital, ¿te imaginas que me pase en un avión o en una reunión importante?

Elena también ha dejado de hacer cosas por ese miedo. Como le ocurrió en el metro, lo ha asociado con él, y ahora no se atreve a volver a usarlo. Esto perturba mucho su vida diaria, tiene que caminar y pierde tiempo trasladándose por medios alternativos. Es una triquiñuela mental inconsciente para conseguir que no todo sea amenazante: dividir el mundo entre lo peligroso y lo que no lo es, generando la sensación de que podemos evitarlo. Este funcionamiento inconsciente, llamado fobia, está bien para aplacar la angustia en un primer momento, pero no funciona a medio plazo. Entre otras cosas porque, si no se trata, lo más probable es que se extienda progresivamente y del metro se pase a otros transportes colectivos, al coche, a viajar, a alejarse de casa.

Daniel y Elena (nombres y datos alterados hasta ser irreconocibles) comenzaron un tratamiento, pero no dirigido a eliminar esa fobia —necesaria de momento—, sino a saber qué estaba pasando en sus vidas para que la ansiedad les hiciera sufrir así. Al identificar cada uno su problema dejaron de sentir esas crisis de angustia o ansiedad, la fobia remitió, y pudieron entender que necesitaban mirar sus problemas de frente y cambiar. Esta es la parte más dura del tratamiento, porque cuesta afrontar que estamos viviendo de un modo que en el fondo no deseamos, que tenemos que «coger el toro por los cuernos» y hacernos cargo de nuestras vidas sin dejarnos llevar por inercias dañinas. O que aquella decisión que tomamos fue adecuada entonces, pero ahora se ha convertido en una trampa.

Hubiera sido menos doloroso para ambos saber antes lo que les estaba ocurriendo, pero nada es perfecto, la vida es complicada para todos. Haber perpetuado esas situaciones les hubiera hecho sufrir mucho más, puesto que ni siquiera sabrían por qué, con una vida aparentemente correcta, se sentían tan mal. La clave es darse cuenta de que las crisis de ansiedad y las fobias no son el problema, sino una señal de alerta de que hay algo importante que pide ser escuchado y atendido.

CONFERENCIAS

LA ALIMENTACIÓN EN LA PRIMERA INFANCIA¹³⁵

ANTES DE NACER EL NIÑO TIENE UN LUGAR

Está en la fantasía de padres, familiares y entorno, que construyen el espacio que vendrá a ocupar. Físicamente, su habitación, su ropita; y psíquicamente, con fantasías de todo tipo: «será muy listo, hará que nos queramos más, acompañará a su hermanito, me va a cambiar la vida, mi cuerpo no volverá a ser el mismo, ¿y si tiene algún problema físico?...», y dentro de estas fantasías están las de la alimentación. A veces, los abuelos recuerdan a los padres que ellos comían poco o mucho o eran lentos o... Incluso se escucha que «ese niño será la venganza, vas a ver cómo lo pasé yo contigo».

Todo este cuerpo de fantasías, junto con muchas otras, construyen un lugar, inscriben al niño en la familia, en el grupo social. Son necesarias para él o ella, porque indican un deseo por ella o por él. De cómo esté constituido este deseo y cómo se vaya variando más tarde dependerán muchos aspectos de la vida del que nazca. Si se espera que sea un báculo para la vejez, una compañía; que su llegada organice la vida de los padres y dé sentido a la vida de alguno; tranquilice a los abuelos y les dé ocupación para que pierdan esa amargura, esa tristeza. Esas expectativas permitirán al futuro hijo algo diferente que si lo que se sueña es que estudie lo que yo no pude; que gane mucho dinero; que sea más brillante que su primo; que sea el preferido de mis padres; que sea una bailarina reputada; un deportista de éxito; un gran empresario, o que supere las dificultades que creen los padres que mermaron sus propias posibilidades.

NO EXISTEN LOS PADRES IDEALES, NI PERMITIRÍAN LA EXISTENCIA DE UN HIJO

¿Cómo serían estos padres ideales? Para unos serían dulces, pacientes, exentos de agresividad hacia sus hijos; para otros, firmes pero flexibles, o siempre disfrutando de tener a sus hijos con ellos, o capaces de que el cansancio no hiciera mella en ellos, o... ¿qué más?

¹³⁵ Conferencia impartida en el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales el 19 de abril de 2007.

Los humanos somos seres en permanente conflicto. Vivir es así. Lo contrario supone no asumir las propias limitaciones y, en consecuencia, las del niño. Si tenemos que ser padres perfectos, lo mínimo es que nuestros hijos también lo sean, ¿no? Si no debemos sentir agresividad, ¿qué hacemos con las rabietas de la niña, con las negativas a hacer lo que nosotros deseamos?

No existe la media naranja, ni los niños perfectos, ni nada sin faltas o defectos. Por eso seguimos buscando, cambiando, moviéndonos. Pero podemos seguir creyendo que existiría si...; entonces repetimos una y otra vez la misma búsqueda sin avanzar nada, sin asumir la falta que nos es propia por ser seres hablantes.

Por eso, en esta charla, no hay recetas mágicas ni consejos ideales. Cada uno tenemos que buscar nuestras maneras de estar mejor, también de que nuestros hijos lo estén. Pero nunca podremos protegerles de todo, conseguir que sean felices. La búsqueda de su felicidad es su propia tarea. Es cierto que podemos facilitarles las cosas, por eso este debate tiene sentido, porque forma parte de eso que antes hemos llamado búsqueda, movimiento.

Pensar en cómo ayudar a un hijo a que coma mejor, en qué nos está dificultando cada cambio, ir avanzando, no creer que nada está conseguido y ya tenemos las respuestas es lo que nos permite, entre otras cosas, escuchar y ver a los hijos. Enterarnos de qué están queriendo decir cuando vomitan, cuando se niegan a comer, cuando restringen sus posibilidades de placer escogiendo solo un tipo de sabor, cuando ralentizan la hora de comer hasta que los padres se desesperan.

Los niños no hacen las cosas porque sí. Les pasan cosas, como a los adultos, que procesan a su modo y ante las que responden como buenamente pueden. Si una niña de un año ve que sus padres están muy preocupados por lo que come, cuando se sienta mal será probablemente a la hora de comer. Así conseguirá que sus padres se ocupen de ella y la atiendan. Si los padres creen que la niña debe comer siempre una determinada cantidad a una hora fija y de una forma concreta, cuando algo de esto varíe les costará pararse a escucharla, pensar que algo debe estarle pasando e intentar ver qué ocurre. Se empeñarán en que termine su plato y entrarán en un círculo vicioso en el que todos se sentirán mal. Si se paran a preguntarse desde cuándo le pasa, qué ha ocurrido en su vida por esas fechas, qué les está pasando a ellos o qué están pudiendo transmitirle sin darse cuenta, podrán salir de ese enganche viciado. Hablarán, entre ellos y con ella, para facilitar los procesos de cambio y los

periodos de adaptación a las nuevas circunstancias, ya sean estas propias de la alimentación o ajenas, como la llegada de un hermanito, la pérdida de su cuidadora, un viaje de sus padres, la llegada a la escuela, etc.

ESTE NIÑO ES BUENO O ES MALO

Es una frase que se escucha mucho. Suele ir ligada a que el niño obedezca a lo que los padres esperan de él o ella. ¿Es esto realmente bueno? Pensemos. ¿Hemos cumplido nosotros lo que nuestros padres hubieran deseado que fuéramos?, ¿acaso lo deseamos? En parte sí, nos identificamos con algunos rasgos que estos valoran, lo cual nos da una identidad, pero es algo que debe ser cuestionado si de veras queremos ser libres y criar niños capaces de serlo también.

Dejar al niño o niña desarrollar su propio deseo, elegir un camino u otro, no ser un objeto del deseo de los padres supone haber hecho una revisión sobre lo que nuestros padres esperaban de nosotros para poder construir nuestra propia ética, nuestro modo de ver la vida. Una vez nos hayamos legitimado nosotros, será más fácil entender que nuestros hijos tomen decisiones diferentes de las que hubiéramos tomado nosotros. Que vayan eligiendo por sí mismos para configurar su propia vida. Porque cada niño es un sujeto, con vida y deseo propio, que irá ganando grados de libertad en la medida en que vaya creciendo, desarrollando capacidades que faciliten su autonomía y su seguridad.

LACTANCIA MATERNA

Es siempre preferible, tanto biológica como psíquicamente. Pero hay que escuchar caso por caso y ver qué supone para una mujer alimentar de este modo a su bebé. En caso de lactar, hay que tener en cuenta que es el momento de máxima dependencia del bebé hacia la madre. Ella es la única que lo está alimentando.

En cada mujer esto es vivido de un modo distinto. Algunas experimentan un gran placer, se sienten realmente poderosas puesto que no solo han gestado en su cuerpo una vida, sino que esta está creciendo únicamente por ellas. Hay mujeres que disfrutan enormemente de esto y consideran esa etapa como la mejor de la crianza. Otras sienten horror ante tanta responsabilidad y la rechazan. La mayoría se mueve entre lugares menos extremos: a veces se hartan, otras disfrutan, en ocasiones sienten que es lo mejor que podrían hacer en su vida y luego recuerdan todo lo que se están perdiendo por llevar cinco meses dando el pecho a su bebé. Habitualmente, manejan suficientemente bien la situación buscando algunos

tiempos para sí mismas, para hacer vida social y de pareja, utilizando *sacaleches* y congelando o combinando con leche artificial.

Hay otro aspecto que dificulta a muchas mujeres la lactancia y es el cambio de función del pecho materno, que hasta entonces ha sido un objeto erótico y pasa a ser un pecho nutriente. Esto depende en parte de la representación de su propio cuerpo que tenga la mujer antes del embarazo: es un proceso complejo en el que hoy no vamos a extendernos salvo que ustedes lo requieran en el turno de preguntas.

LA FUNCIÓN PATERNA

En el primer momento de forma más clara, vemos cómo el padre llega a su hijo desde la madre. Cuando hablamos de padre y madre lo hacemos pensando en sus funciones, que también pueden ser cumplidas por otras personas o instancias. El padre, en este primer momento, es el que simboliza la *ley*. Cuando hablamos de *ley* nos referimos a algún tipo de corte que separe a la mamá de su bebé. Esto es necesario para que el niño no permanezca en ese lugar de completar a mamá, sino que sea un sujeto, con posibilidades de desarrollar poquito a poco su independencia y su seguridad en sí mismo.

Con respecto a la alimentación, la función paterna supone, por ejemplo, hacer, junto con la madre, que el niño o la niña no sean alimentados a demanda. La alimentación a demanda supone que la bebé coma lo que quiera cuando ella quiera. Puede chupar un poquito de leche del pecho y dormirse, volver a tomar en veinte minutos otro poquito y volver a dejarlo, por ejemplo. Que busque el pecho cada vez que quiera calmarse, puesto que no es nutrirse lo que busca un bebé ya saciado.

La función paterna es la que vehiculiza la *ley* que es necesario que se instaure en el psiquismo del bebé. Se llama *ley* porque regula según un criterio ajeno al capricho del niño o de la madre, que no es otro que el desarrollo psíquico saludable del niño. Los niños no son los que saben lo que es bueno para ellos; son sus padres, adultos, los que les irán mostrando qué deseos pueden satisfacerse y cuáles no, es decir, se ocupan de educarlos. Esto supone poner límites a sus demandas, espaciar las tomas, enseñarles a disfrutar de la variedad de la comida, a abandonar las tetinas y manejarse con los cubiertos cuando están preparados para ellos, a comer la comida que se ha preparado para todos, etc.

¿POR QUÉ SON NECESARIOS LOS LÍMITES?

Porque si todo vale, nada vale. Porque si no enseñamos al niño a espaciar las tomas, no aprenderá a esperar, ni siquiera generaremos el espacio necesario para que desee, imagine, recree y aprenda a manejar la frustración que suponen los abandonos del crecimiento. Porque si sigue con leche cuando podría tomar otras cosas, se está perdiendo la posibilidad de conocer nuevos sabores, de que su placer sea amplio y diverso, de que pueda disfrutar del jamón de jabugo y del gazpacho, de la mermelada y del pescado al horno. Porque si estando capacitado ya para manejar cubiertos le llevamos la cuchara a la boca, estamos ralentizando su desarrollo y fomentando una dependencia, es decir, una sensación en el niño de que no es capaz por sí mismo, una falta de seguridad que se reflejará en otros muchos aspectos de la vida.

No significa que la forma de alimentar al niño esté determinando su personalidad, en absoluto. En realidad, es un aspecto más (aunque fundamental, sí) de todo lo que le estamos mostrando al niño. Es decir, unos padres que tengan dificultades para facilitar la autonomía de su hija o hijo, probablemente le den de comer cuando en la escuela coma solo, pero además sentirán que su hijo depende mucho de ellos a la hora de dormirse, o no pueden dejarlo con una canguro para salir los viernes, o no confían en su cuidadora, o cualesquiera otros rasgos que muestran esa misma dependencia de los padres hacia los hijos que acaba por instalarse y ser mutua.

Las circunstancias de su vida se reflejan en su forma de comer, como en los adultos.

Así, si una niña va a tener un hermanito; si el abuelo con el que pasaba las tardes se vuelve al pueblo, o uno de sus padres entristece por la enfermedad o pérdida de un ser querido, porque se ha quedado sin trabajo o por cualquier otra dificultad vital, ella lo sentirá también. Y lo mostrará en las funciones básicas, puesto que no tiene palabras ni capacidad para expresarlo de otro modo. El sueño puede variar, hacerse más ligero o tener pesadillas. Su alimentación también puede variar, ya sea perdiendo apetito o demandando más alimento, vomitando o teniendo trastornos digestivos. Lo mismo que les ocurre a los adultos. Es importante estar atentos a todos esos aspectos psíquicos y sociales para no tratar como un trastorno exclusivamente físico aquello que sea producto de un malestar psíquico.

Para terminar, algunas recomendaciones básicas que ayudan a aplicar lo que hoy hemos hablado.

Para ir enseñando a los niños a comer, es importante permitirles manipular la comida y su cucharita, aunque esto suponga que se manchen. Que jueguen y disfruten con los alimentos ayudará a que tengan una mejor relación con su alimentación.

Mientras estamos preparando su comida, podemos sentarlos en la trona y dejarles jugar con cuencos, platos y cucharas. Así facilitamos su aprendizaje psicomotor y les ayudamos a hacer la transición al momento de alimentarse.

Fomentemos su autonomía gradual, alegrándonos de sus nuevas capacidades: sujetar el biberón, agarrar la cuchara, dirigirla a la boca, chuparla, comer con cuchara, el tenedor, aprender a pinchar...

Ofrezcámosles alimentos sabrosos y elaborados. La gastronomía es cultura, y educar el paladar de los niños es acercarle a todos los sabores posibles. Evitemos esa creencia de que hay comidas para niños y otras para adultos, empobreciendo su dieta. Así estimularemos su placer, su curiosidad, su apertura a diferentes posibilidades.

LOS BENEFICIOS DEL DEPORTE EN LA INFANCIA¹³⁶

LO BENEFICIOSO DEL DEPORTE ES EL MODO DE VINCULARNOS CON ÉL

Esta charla no pretende transmitir ideología, diciendo «es bueno que sus hijos hagan deporte». Ni mucho menos he venido a adoctrinarles para que dediquen parte de su escaso tiempo libre a llevar y traer a sus hijos de los partidos, ni su presupuesto al equipamiento y viajes requeridos. Lo que yo pretendo es que pensemos juntos.

Es bueno el deporte y también lo es saber informática, hablar varios idiomas, tener amigos y amigas, ser curioso, tener facilidad para aprender y aprobar, ser considerado con los otros y tantas cosas son buenas que sería muy fácil simplificar, hacer un decálogo del hijo ideal y no ir más allá. Pero precisamente lo importante es lo que hay más allá.

Practicar deporte no es beneficioso de cualquier forma, y menos en la infancia. Así que durante esta charla podremos pensar en qué es lo beneficioso, en cómo utilizar la práctica deportiva como una vía para facili-

¹³⁶ Impartida en el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales el 4 de septiembre de 2007.

tar a sus hijos e hijas espacios donde puedan desarrollarse, aprender y, fundamentalmente, disfrutar.

No olvidemos esto, es a partir del disfrute como sus hijos podrán beneficiarse del deporte. No tiene porqué ser un disfrute inmediato, se puede aprender, puede resultar difícil en la primera etapa en que los niños no conocen a los compañeros de los equipos en los que entran ni se manejan con el nivel suficiente como para poder disfrutarlo. Más tarde desarrollaremos este punto, que yo considero esencial de lo que quiero transmitirles, ya que constituye un aprendizaje para la vida que podrá proporcionarles herramientas personales para afrontar muchas otras situaciones en la vida. Ya hablaremos de, por ejemplo, el deporte como prevención de drogadicciones, fracaso escolar y otras dificultades de los chicos y chicas. También hablaremos de si deben entrar en competiciones deportivas y cuándo. Para ello, antes revisaremos cuáles son los deseos de los padres y cuáles los de los hijos, cómo se interrelacionan en la mente de un niño y qué produce eso en cada uno. Después pasaremos a conocer los beneficios que la práctica deportiva proporciona, de una forma general, para entrar más tarde a trabajar sobre la particularidad: qué puede desear y necesitar cada uno de sus hijos en cada momento vital.

Ese es, pues, el objetivo final de este encuentro: que, pensando juntos, ustedes se vayan con pensamientos y preguntas que les permitan escuchar, observar a cada uno de sus hijos, ver qué está ocurriendo en este momento de su vida, en qué aspectos creen que están más bloqueados, qué les está haciendo sufrir, qué podrían aprender para disfrutar más de sí mismos y de su vida, cómo el deporte puede ser un instrumento adecuado para facilitarles el camino y qué papel juegan ustedes en todo esto.

Ya sé que es un objetivo ambicioso, que muchas cosas las apuntaré sin entrar a profundizar en ello; quizá en otras ocasiones podamos desarrollarlas más profundamente. De cualquier forma, tenemos tiempo en el debate posterior para acercarnos a aquellos asuntos que les hayan interesado más.

Recordemos pues: los niños juegan para disfrutar, y solo así pueden aprender.

INFANCIA COMO PERIODO DE APRENDIZAJE. CONSTITUCIÓN DEL APARATO PSÍQUICO.
INTERVENCIÓN DE LOS PADRES. EL NIÑO ES UNA PERSONA DESDE SU NACIMIENTO
Y COMO TAL HEMOS DE RESPETARLO. CADA NIÑO O NIÑA ES DIFERENTE Y ESO ESTÁ BIEN

El aparato psíquico se configura durante los primeros años de vida. Esto significa que es en esos primeros años en los que se va constituyendo la estructura del sujeto, es decir, de aquello que nos permite procesar lo que nos ocurre en la vida, que nos hace ser como somos y no de otra manera. Estamos construyendo los sistemas para relacionarnos, recibir y adquirir conocimientos, defendernos del sufrimiento y superar las dificultades. Esta permeabilidad produce que los cambios sean muy rápidos en los niños, que los padres y educadores tengan muchas posibilidades de ayudarles a salir de los atolladeros en los que se van encontrando.

Hoy no vamos a entrar en cómo se constituye el aparato psíquico, pero sí recordaremos que es fundamental en su constitución la relación con sus padres, con ustedes, porque ellos se reflejan en su mirada, creen ser lo que sus padres dicen que son, conocen el mundo desde sus ojos, temen lo que ellos temen, y lo que más desean es ser queridos por ellos. Por eso hablaremos un poco más adelante de ese hijo ideal que los padres quisieran tener, y de la función de los padres en relación con la actividad deportiva de los niños, que es especial, muy diferente a otras, como la función de los entrenadores y educadores, por ejemplo.

Hablar así puede asustar, por la responsabilidad que supone, o hacerles creer omnipotentes, como si el futuro de su hijo estuviera totalmente en sus manos o incluso algo peor, puede hacernos olvidar que cada niño y niña es un sujeto, una persona que, desde que comienza su existencia, merece el mismo respeto que cualquier otra, que cualquier adulto.

Con esto me refiero a que los niños necesitan ser escuchados, tenidos en cuenta, respetados en su intimidad, en su peculiaridad, en su modo de vivir. ¿Cuál es su función como padres entonces? Extensa y compleja, así que hoy apuntamos esta línea básica: la niña o niño tiene su propia subjetividad, que es diferente de la nuestra, su modo de entender y hacer las cosas, de relacionarse y, por todo esto, tendrá su peculiar modo de vivir, diferente al suyo.

Entonces, los padres, ¿qué papel juegan? Pues un papel crucial, necesario, estructural en sus hijos, del que hoy solamente diremos que supone permitirles desarrollarse como las personas que son. Sé que así dicho les resultará muy abstracto, pero a partir de su actitud frente al ejercicio del

deporte, que es lo que nos reúne hoy, vamos a ir deduciendo algunos criterios en los que esto se traduce.

¿POR QUÉ ES BUENO HACER DEPORTE? ASPECTOS GENERALES. INTERRELACIÓN PERMANENTE «MENTE-CUERPO». COMPETITIVIDAD. SABER GANAR SABER PERDER

Los beneficios físicos los conocen ustedes: ayuda a desarrollar la musculatura y la flexibilidad, con lo que previene lesiones, favorece el sistema cardiovascular y respiratorio, provoca la generación de endorfinas que son hormonas que proporcionan placer, fomenta la coordinación visomotora, el conocimiento y la relación con el propio cuerpo, y muchas otras ventajas que escucharán en las demás conferencias del ciclo.

De todos estos aspectos físicos es importante resaltar el del desarrollo psicomotriz, el disfrute con el propio movimiento, puesto que si nos paramos a pensar en la vida cotidiana de los niños y niñas de hoy, y más en una ciudad como Madrid, nos daremos cuenta de la cantidad de limitaciones que tienen a su autonomía de movimientos.

Cuando acuden a la escuela, se sientan durante horas; por la tarde también tienen el tiempo programado: las tareas, las actividades extraescolares a las que se desplazan en un transporte porque no hay tiempo para que vayan andando o porque los padres tienen miedo. En una ciudad no hay espacios libres, públicos, seguros para ellos. Por estas razones y alguna otra se fomentan las actividades estáticas y casi siempre solitarias de juego virtual con videoconsolas y ordenadores.

Si estos aspectos forman parte de la vida de hoy, busquemos el modo de compensarlos: facilítenles el disfrute de su propio cuerpo, el desarrollo del movimiento, la agilidad, el equilibrio, la fuerza, la elasticidad. En la primera infancia, hasta los seis años, en la práctica del deporte escogido hemos de buscar estos aspectos, a través del juego y el disfrute.

Si sus padres disfrutan de un deporte, es bueno que le aproximen a él en pequeñas dosis. Será como jugar a que hacen deporte mientras ellos sienten que se parecen a papá o a mamá, que les están dedicando tiempo. No deben intentar que adquieran habilidades. No son sus entrenadores, son sus padres, los niños estarán disfrutando de la relación con ellos, que es lo importante en ese momento.

Es especialmente importante en esta primera etapa transmitir a los niños que se practica el deporte para disfrutar, no para ser un campeón, ni para ser mejor que otros, ni para que sus padres estén orgullosos. Más ade-

lante desarrollaremos esto, pero recordemos que en esta etapa se empieza a aprender, en la relación con los otros, la cooperación, el llamado compañerismo, el disfrute de formar parte de un grupo que no es el familiar. Es el momento de poder empezar a mirar el mundo desde fuera de su familia, y un grupo deportivo puede ser un buen inicio para esa transición.

Como ven, ya hemos comenzado a hablar de los beneficios psíquicos del deporte pero de una forma ligada, y es que hablar así, de cuerpo y aparato psíquico, puede llevar a confusión. No hemos de entender por ello que estén disociados. Es decir, hay una interrelación permanente entre lo biológico y lo psíquico, entre lo que llamamos nuestra mente y nuestro cuerpo. No en vano cuando nos deprimimos se deprime nuestro sistema inmunológico y cuando enfermamos físicamente nuestro ánimo decae. Cuando pasamos por momentos difíciles en la vida, se resienten nuestros órganos: estómago, corazón, piel... Hoy nos interesa lo que ocurre en sentido inverso.

Sigamos viendo cómo el ejercicio del deporte puede favorecer el desarrollo psíquico de una niña o niño, repasemos rápidamente qué puede conseguirse para seguir pensando después cómo hacerlo.

Puede ayudarles a sentirse más seguros, más independientes, más capaces, a valorarse más. El aprendizaje conlleva un conocimiento de sí mismos, de lo que pueden hacer y lo que no, de sus habilidades y carencias. Si lo entienden como parte de un proceso, de un trabajo personal acompañado, podrán separarse de esa imagen ideal y disfrutar de sus avances, de sus logros.

Los aprendizajes no son focalizados, así que este les aportará esa seguridad para afrontar otras dificultades creyendo que es posible inventarse soluciones a los problemas, confiando en sus recursos, tomando decisiones, sintiéndose bien consigo mismos y rebajando sus miedos y angustias. Podrá ayudarles a manejar la soledad, a aprender a sostener un proyecto propio. Fomentará su reconocimiento social, aspecto que para determinados casos es fundamental. Podrán aprender a manejar la competitividad.

En este punto vamos a detenernos un poco, puesto que competir forma parte de la vida y a veces se quiere creer que podría existir un mundo sin ella. Pensemos, por ejemplo, que un bebé, un niño que no se oponga, que no se enfade y diga «no» a sus padres no podrá desarrollarse como sujeto. Que los hermanos compiten por el amor y la atención de los pa-

dres. Que para construirnos un lugar en el mundo vamos a competir: notas en el colegio, oposiciones, procesos de selección. Que incluso para seducir a la persona amada competimos con otros. Entendamos entonces que competir es saber poner en juego nuestras capacidades y conocimientos en nuestro beneficio. Entonces, ¿cuáles son los límites, los riesgos a los que debemos atender?

Poder disfrutar de ganar sin necesitar ganar siempre. Disfrutar del reconocimiento, del logro, de la propia superación, del resultado de un entrenamiento costoso, de conseguir un objetivo soñado. Cuando ganar es una necesidad, estamos dejando fuera el placer. El sufrimiento aparece en primer plano porque el niño o niña ha llegado a confundirse con su propio proyecto. Puede pensar: «si no gano es que no valgo», «si no soy el mejor no soy nada», «si no gano no seré querido, ni por los otros (padres, entrenadores, compañeros) ni por mí mismo». Si no gano, no disfruto. Se trata de disfrutar de jugar, de aprender y relacionarse.

Pensemos también en otros aspectos de la competitividad: saber perder y el miedo a triunfar. El temor a suscitar la envidia del otro si uno gana, el rechazo, la rabia, o la admiración. Temor a ponerse en el punto de mira, cómo sostener eso. Miedo a no ganar la siguiente vez y perder ese lugar. Esa necesidad de ser siempre el número uno puede producir una elevada frustración e incluso el abandono del aprendizaje de la disciplina deportiva. Porque saber perder también es importante.

Pensemos en cuántos niños y jóvenes se angustian ante los exámenes. Cuántos abandonan, no se presentan, por pensar que no van a sacar la nota esperada. Esto indica que hay un problema en ese niño o niña, que se va a manifestar en otras áreas de su vida y que hay que abordar cuanto antes. Si no reconoce y asume sus dificultades, sus carencias, la relación consigo mismo y con los demás se deteriorará, y sus recursos para afrontar nuevos retos irán disminuyendo en favor de sus temores e inhibiciones.

Más adelante comentaremos algo más de estas cuestiones, cuando hablemos de los ideales de los padres y los niños.

COOPERAR ES APRENDER A TRABAJAR EN EQUIPO

Poder construir algo entre todos supone reconocer que se tiene más capacidad para algo y menos para otra cosa. Los niños y niñas necesitan poder asumir con naturalidad sus dificultades, mientras trabajan, entrenan para paliarlas y así buscan soluciones. Es decir, mientras se desarro-

llan individualmente, pueden reconocer la diferencia en el otro, valorar sus capacidades, su aportación al grupo y disfrutar todos de lo conseguido por todos. Disfrutar de la vida en sociedad.

Esta socialización también se aprende cuando hay que respetar las reglas que son iguales para todos: nadie está fuera de la ley, los límites forman parte de la vida. Irán aprendiendo que los demás tienen también necesidades y derechos, están regulados por la autoridad y es dentro de ese terreno donde él puede buscar su lugar. Así que también podrán aprender a no ser impulsivos y a no pensar exclusivamente en su propio beneficio. ¿Se imaginan lo que les ayudará, por ejemplo, a constituir una pareja cuando crezcan?

Es cierto que todos estos aprendizajes no se dan simplemente por practicar un deporte. Es necesario buscar un club, un equipo y un entrenador que compartan este modo de vivir el deporte base e ir ayudándoles —como padres— a elaborar las diferentes situaciones que vayan viviendo.

CADA NIÑO ES DIFERENTE, PENSEMOS NIÑO POR NIÑO: ¿QUÉ DESEA?, ¿CÓMO ESTIMULAR ESE DESEO Y SOSTENERLO? ESCUCHAR AL NIÑO O NIÑA. DISFRUTAR DEL DEPORTE.

Volvamos a recordar dos presupuestos fundamentales. El deporte es para que los niños disfruten y cada niña o niño es diferente. Desea y necesita algo diferente en cada momento, así que pensemos niño por niño. Comencemos por lo particular para pasar después a lo más general. El deporte de un niño está muy significado por dónde se practica, cómo y con quién. Estos son aspectos fundamentales que deben tenerse en cuenta. Si en el equipo de balonmano del colegio el ambiente le resulta desagradable porque van determinadas personas con las que no está a gusto, porque no se siente bien tratada por el entrenador, o por cualquier otro motivo, esto ha de ser tenido en cuenta por los padres.

Si a sus preocupaciones responden «no pasa nada», provocarán gran desconcierto en ellos. Si el niño o la niña dicen que pasa, es cierto. Negárselo —probablemente con la buena intención de minimizar el efecto— es decirle al niño que lo que siente no tiene importancia, que su modo de pensar o vivir las cosas está equivocado, que el criterio que vale es el nuestro. Fomentamos así que no se fíe de sí mismo sino de nosotros, es decir, su dependencia de los adultos y por tanto su vulnerabilidad. Esto no significa que el niño tome todas las decisiones, pero sí que pueda expresar su opinión y esta sea respetada. Que puedan hablar con ellos, aunque la autoridad, la decisión final, sea del adulto.

Más adelante veremos algunas de las situaciones en que los padres pueden proponer determinadas actividades deportivas según vean que sus hijos necesitan desarrollar uno u otro aspecto de sí mismo.

LOS IDEALES DE LOS PADRES RECAEN SOBRE LOS HIJOS. LO IMPORTANTE ES QUE DISFRUTE, NO QUE SEA UN CAMPEÓN PARA QUE SE LUZCAN SUS PADRES

Para poder escuchar a sus hijos, primero tienen que despegarse de esa imagen de hijo ideal que todo el mundo tiene. Los deseos que los padres no han satisfecho en su vida pueden transmitírselos, consciente o inconscientemente a sus hijos. En la consulta escucho a personas ya jóvenes o adultas, que reconocen, después de años y años de entrenamientos diarios de una disciplina, que lo hacían para que sus padres se sintieran orgullosos de ellos. O que, cuando dijeron que dejaban de bailar o jugar a determinado deporte, sus padres se decepcionaron e intentaron que cambiara de opinión.

Recordemos que el deporte en sí no es un beneficio, que lo es el modo de vincularnos con él. Si entrenamos a una niña desde chiquitina para que sea tenista como papá, la metemos en competiciones, reducimos su tiempo de juego, la relación con los demás niños y otros aprendizajes vitales, porque ser una campeona va a requerir mucho esfuerzo, estamos haciendo de la niña un objeto del deseo de ese padre, no ayudándola a descubrir el suyo propio, a cuidarlo, a sostenerlo en momentos difíciles, a esforzarse por conseguir sus propios objetivos. Porque lo que más desean los niños es ser queridos por sus padres, y harán todo lo que puedan para conseguirlo.

Esto no significa que los padres no muestren a sus hijos aquellos deportes que les hacen disfrutar, todo lo contrario, recuerden lo dicho hace un rato, ir poquito a poquito, respetando sus miedos, sus dificultades, sin forzar, pero sabiendo que todo lo que es nuevo necesita de un proceso, que no saber o equivocarse es necesario para aprender.

Transmitir esto a los hijos es fundamental para proporcionarles herramientas para afrontar su vida futura. Todo lo que aprenda y sienta será parte de sí. Será algo que quede en su haber, en su historia. Luego veremos cómo este modo de aprender ayuda a los niños a prevenir dificultades posteriores, como adicciones, fracasos escolares, conductas auto-destructivas, etc.

El deporte puede ser también una vía de comunicación, de acercamiento, de vínculo con los hijos. Muchas veces se escucha «hablen con sus

hijos» y esto no resulta tan fácil a los padres, a veces con unos hijos sí y con otros no. En este caso, escoger un deporte que practicar juntos de vez en cuando puede ser un espacio estupendo para que ese niño sienta que es importante para su padre. Reír juntos, esforzarse juntos y habilitar un espacio para que el padre se pueda mostrar como alguien cercano, con dificultades que no le avergüenzan, como alguien accesible que desea compartir parte de su vida con su hijo. Alguien en quien apoyarse cuando tenga una dificultad, dudas importantes. Es muy posible que cuando su hijo tenga un problema, una inquietud importante en su vida, busque ese momento con su padre para planteársela, para sentirse apoyado y querido.

Es muy bueno que se fomenten espacios en los que la madre y el padre puedan estar solos con sus hijos. No es necesario que sea mucho tiempo, sino que el tiempo que sea puedan los padres dedicárselo a ese hijo o hija plenamente. Según vayan creciendo los hijos irá cambiando esa relación, irán variando esos espacios. Es importante estar atento a esas necesidades de los hijos que varían con la edad, poder ir permitiéndose ese distanciamiento, entender que es distinta la madre de un bebé, que la de una niña escolarizada, que la de una adolescente, que la de una joven.

Sé que todo esto es difícil, que hoy no tenemos tiempo para abordarlo con más profundidad, pero no se trata de pensar que existan padres ideales, sino de ser flexibles para hacer un poquito más por escuchar a cada hijo.

LA FUNCIÓN DE LOS PADRES DE LOS DEPORTISTAS, COMPITAN O NO,
ES SER PADRES, NO ENTRENADORES

Solo un apunte por si sus hijos deciden dedicar mucho tiempo al deporte, incluso entrar en competición. Recuerden que ellos ya tienen entrenadores, no cuestionen su trabajo delante de sus hijos. No olviden que los niños y niñas necesitan esa relación con sus padres para asuntos esenciales, como acompañarlos en la vida, apoyarles en momentos difíciles, hacerles sentirse queridos, ayudarles con sus miedos y angustias, transmitirles que creen en sus capacidades, mostrarles los límites en cada etapa de su vida. Para transmitirles los valores con los que ustedes creen que se debe vivir sabiendo que posteriormente él o ella construirán los suyos propios, cuando estén capacitados para ello. No abandonen esta complicada misión porque los entrenadores son sustituibles pero los padres, no.

Y PARA MI NIÑO, ¿QUÉ? PERSPECTIVA TERAPÉUTICA

Ahora vamos a hacer unos apuntes generales sobre algunos aspectos que pueden observar en sus hijos y cómo esto puede ayudarles a decidir sobre el deporte más idóneo para ellos.

Niños con dificultades con la agresividad, que son demasiado violentos o demasiado obedientes y sometidos a los criterios de los otros: podemos elegir deportes de contacto, de lucha con reglas claras, donde puedan ir modulando la expresión de su agresividad. También son adecuados los deportes en el agua. Son preferibles los deportes de equipo, donde sea necesaria la relación con otros.

Niños con dificultades en las relaciones sociales, que tienden al aislamiento, a marginarse del grupo: deportes de equipo que no supongan una exigencia excesiva para el niño o niña. Observemos primero el grado de aislamiento y las habilidades potenciales de los niños, y seamos delicados al proponer ese deporte de equipo, porque no se trata, como decíamos antes, de que los hijos sean ideales (dentro de lo cual estaría que fueran sociables), sino de que no sufran ni se limiten sus ámbitos de desarrollo. Tengamos siempre en cuenta que las cosas se consiguen poco a poco, es decir, no le propongamos entrar en el equipo de fútbol si no es suficientemente hábil (aproximadamente como el resto del equipo), porque favoreceremos un rechazo social y mayor introversión.

Niños que se valoran poco a sí mismos: sería bueno acercarse a conocer deportes minoritarios, donde puedan tener un lugar más destacado, donde se dé por hecho que parten de no saber nada, donde sean reconocidos. Pueden ser deportes individuales.

Niños con dificultades para relacionarse con su cuerpo: deportes de coordinación, donde aprendan a desarrollar respuestas que impliquen varios sistemas perceptivos y musculares. Pueden ser deportes individuales. Si son de equipo o se practican en grupo, debe tenerse en cuenta que este vaya a respetar esas dificultades y que su entrenadora o entrenador sea capaz de manejarlas sin agresividad.

Niños grises, transparentes, camaleónicos, es decir, niños o niñas que no suelen llamar la atención, que son obedientes, se adaptan al entorno y no arriesgan: disciplinas que requieran creatividad. Tanteen y ayúdenles a descubrir esos elementos que puedan provocar su propio deseo, independientemente de las expectativas de su entorno, eso que les interese, les haga moverse, inventar, comprometer su ser creando algo propio.

Es preferible que los padres no estén presentes en todos sus entrenamientos, incluso, si es posible, que acudan por su cuenta en transporte público, de la forma más autónoma posible.

Niños miedosos: deportes en que se permita un ritmo de aprendizaje lento y se respeten sus dificultades. Si no se hace así se multiplicarán sus miedos y su angustia. Generalmente es preferible el deporte individual, aunque se entrene en grupo en ocasiones.

Niños ansiosos que se frustran rápidamente: son aquellos que no toleran ese periodo de aprendizaje en que quedan patentes las propias dificultades y abandonan o picotean un año un deporte y al año siguiente otro, sin llegar a disfrutar de ninguno. En estos casos puede empezarse con un deporte que le resulte fácil —y, por supuesto, en el que se divierta—, pero lo más importante es trabajar en paralelo esa dificultad para sostener una relación, con algo o con alguien.

Niños que necesitan ser los mejores, los números uno: siempre deportes de equipo y que no estén excesivamente jerarquizados, es decir, donde el valor de cada uno de sus miembros sea equivalente.

En todos los casos, si entienden que las dificultades de los niños son excesivas, es importante que pierdan el miedo a consultar con un profesional, puesto que el niño o niña lo necesita, y a los padres les va a ayudar a afrontar la situación.

Niños con graves dificultades: aquí es necesario llevar al extremo ese «cada niño es diferente» que planteábamos antes. No tomar ninguna decisión sin hablar previamente con el equipo que lo trate.

¿POR QUÉ EL DEPORTE PUEDE PREVENIR DROGADICCIONES, FRACASO ESCOLAR Y OTRAS DIFICULTADES VITALES?

Por aspectos más superficiales, como que necesitan el tiempo y estar en buenas condiciones físicas para practicar deporte, y otros que tienen que ver con aspectos más profundos que hemos ido apuntando a lo largo de toda la conferencia.

El deporte permite retardar la consecución del placer, puesto que requiere aprender a esforzarse para conseguir un beneficio; a sostener en el tiempo una actividad, un deseo, más allá de lo que apetezca inmediatamente, de que dé pereza ir a entrenar cuando llueve. Para conseguir pertenecer a un equipo y permanecer en él es necesaria la constancia y

el esfuerzo que permitirán un disfrute más elaborado. En este sentido, es prevención de drogadicciones, porque aprenden que el placer más inmediato —la siesta en el sofá, la videoconsola— les impide desarrollar muchas capacidades que les proporcionarán en el futuro un modo de jugar, trabajar y divertirse en el que disfruten más y del que se sientan satisfechos.

¿SOMOS TAN LIBRES COMO CREEMOS? IMÁGENES DEL DESEO TEJIDO POR EL DISCURSO SOCIAL¹³⁷

¿Se han fijado ustedes en que los síntomas psíquicos, los padeceres mentales, enfermedades o como queramos llamarlos, cambian con los tiempos?

Cuando Sigmund Freud comenzó a trabajar, a finales del siglo XIX, quedó fascinado por las mujeres que sufrían «conversiones histéricas». Se trataba de síntomas en el cuerpo que no respondían a ninguna causa biológica y no eran simulaciones. El síntoma era real. Mostraban por ejemplo cegueras histéricas. Perdían la visión sin razones fisiológicas para ello y la recuperaban tras un tratamiento psíquico. O parálisis de miembros. Dejaban de poder andar porque sus piernas no les respondían, e insisto, no era una escenificación. Consciente, al menos. Una muy curiosa era la parálisis «de guante». Dejaban de sentir el brazo desde el codo hasta los dedos. Ni siquiera se corresponde anatómicamente con lo que una lesión en el sistema nervioso produciría, que sería una parálisis de la mitad de los dedos y el brazo, de forma longitudinal. Insisto en que era real —qué hay más real que el cuerpo— porque quizá algunos de ustedes no estén familiarizados con el tema y piensen que era una simulación voluntaria. En absoluto. El sistema nervioso no reaccionaba ante pinchazos o golpes, como debe hacer para minimizar el impacto de la agresión, que es una de sus funciones.

¿Cuántas veces han escuchado a un familiar, un conocido, esta sintomatología? Quizá hace años, en el medio rural, a alguna mujer mayor. O a esos personajes que ven a la Virgen periódicamente y aglomeran a una comunidad de personas ignorantes a su alrededor. Pero de estos hay que sospechar algo más, algo de lo que hoy no hablaremos.

¹³⁷ Conferencia impartida en la Universidade da Coruña el 31 de mayo de 2011.

En cambio, ¿alguna vez han escuchado decir de alguien de su entorno que tenga trastornos de la alimentación? ¿Que esté obsesionado con el peso y la forma de su cuerpo hasta el punto de generarle un verdadero sufrimiento cotidiano, que se dé atracones y vomite, que ayune, que se purgue con laxantes y diuréticos, que sume el número de calorías que ingiere, que haga excesivo ejercicio, que su imagen corporal esté exageradamente distorsionada?

Estoy segura de que esto sí lo conocen. Como conocerán la depresión, el haber perdido el deseo de vivir, no tener ganas de levantarse por la mañana, de ducharse, de ir a trabajar, de realizar las actividades cotidianas que antes no le costaban tanto esfuerzo. La pérdida de autoestima, los trastornos de las funciones básicas de sueño y alimentación, la agresividad, el aislamiento social.

Se sabe más acerca de estos dos ejemplos porque son dos de los síntomas de nuestro tiempo. Esto no significa que anteriormente no existieran sino que en esta época ha aumentado su prevalencia muy considerablemente. Y de ellos hablan los medios de comunicación generando un movimiento de doble dirección. Hablan de ellos porque existen y, al darles voz pública, nombran un camino para enfermar. Está mejor visto tener rasgos anoréxicos que conversiones histéricas hoy en día. Es más tolerado, «se comprende» más. Porque los medios desempeñan ese papel de vehicular el discurso social. Por supuesto, estamos hablando de «elecciones» inconscientes, puesto que así se forjan los síntomas psíquicos.

A estas alturas, espero que sientan curiosidad por saber algo de cómo el discurso social puede influir en algo tan íntimo de cada uno de nosotros como es nuestro inconsciente.

Empecemos por aclarar el término. ¿A qué me refiero con «discurso social»? Pues a ese tejido inmaterial sobre el que convivimos. Al modo de vincularse las personas en cada momento histórico, que es algo que cambia con los tiempos. Las relaciones sociales actualmente son muy diferentes de las que se daban a mitad del siglo pasado, por ejemplo. Los lazos familiares, las amistades, las relaciones de pareja, los modos de hacer familia han variado con el discurso social que impera en cada momento, que sobredetermina, promueve determinados vínculos y, por tanto, determinado modo de sufrimiento psíquico.

El discurso como una estructura necesaria que excede con mucho a la palabra, siempre más o menos ocasional. [...] Subsiste en ciertas relaciones fundamentales. Estas, literalmente, no pueden man-

tenerse sin el lenguaje. Mediante el instrumento del lenguaje se instaura cierto número de relaciones estables, en las que puede, ciertamente, inscribirse algo mucho más amplio, algo que va mucho más lejos que las enunciaciones efectivas (Lacan, 1999, págs. 10-11).

Con esta reflexión no quiero decir que cualquier tiempo pasado fuera mejor, sino que el discurso social anterior, vigente hasta aproximadamente los años sesenta del pasado siglo, generaba lazo social, favorecía el vínculo entre las personas. Recuerden si no cuántas relaciones tenía un niño español de los años cincuenta. Sabemos que en la posguerra se rompieron muchos de esos lazos por otros motivos, pero hagamos memoria. Los niños se relacionaban con sus madres, a sus padres los veían menos, pero estaban ahí su familia cercana, el vecindario, los comerciantes del barrio, la familia del pueblo, y un permanente entorno de relaciones que, si bien podía ser incómodo por otros motivos, ejercía como una red tejida alrededor de cada uno que impedía que se encontrara solo.

Este asunto de los discursos sociales lo explicó muy bien Jacques Lacan, un psiquiatra y psicoanalista francés que vivió los ochenta primeros años del siglo pasado. Lacan pensó cosas muy interesantes, alguna de las cuales intentaré escoger y traducir para ustedes. Nombró cuatro discursos, y los escribió en forma de algoritmos para explicarlo mejor. En esta charla nos vamos a fijar en el actual, al que llamó «discurso tecnocientífico». Hablaremos del modo en que incide en los vínculos y, por tanto, en el deseo inconsciente que nos hace sujetos.

Volvamos a lo cotidiano para ello. Si ustedes tuvieran que decir de qué sufren los adolescentes actuales, ¿qué malestares nombrarían? La adolescencia en sí ya es dura, por supuesto: cambios físicos, revolución hormonal, fin del mundo infantil en que habitaron tantos años para adentrarse en el desconocido mundo adulto. Desconocen las nuevas reglas de juego. Están mirando al mundo con los ojos bien abiertos y dispuestos a enterarse de cómo «hay que ser» para transformarse inmediatamente en ello. Son los más vulnerables frente a lo que se transmite por los medios de comunicación en forma de valores.

La radicalidad de la adolescencia dicotomiza, no contempla los matices. O algo vale, o no vale. Y lo que no vale ha de ser rápidamente desechado para sustituirlo por lo que sí tenga valor. Y ese valor es social siempre. Un adolescente necesita saber que su grupo de referencia aprueba eso que haga, diga, consuma. Pero su grupo de pares, los demás adolescentes, están tan perdidos como él, aunque mantengan esa apariencia de

seguridad y fuerza. Todos son igual de permeables a lo que se les quiera vender como «adecuado». Y por vender me refiero a los productos de consumo, claro, pero también a ese ideal de «cómo debes ser», que es el vehículo que utiliza la publicidad, por ejemplo. Si eres especial y no te importa mostrarlo, compra determinado refresco gaseoso, decían hace un par de años. Una marca que había perdido su valor social y querían relanzar al mercado. Estas chicas y chicos se sienten tan especiales que consumen lo que les mandan. «Ser especial» es uno de esos mensajes engañosos del discurso y no por casualidad. En un momento social en el que los sujetos son intercambiables, en el que se iguala el trato, «ser especial» es un valor en alza y para un adolescente, aún más.

Porque el discurso social actual, el de la tecnociencia, es muy duro en sus exigencias. Fundamentalmente porque no contempla la subjetividad. Lo particular. Lo individual. Lo especial de cada uno. Trata a las personas como objetos que han de cumplir funciones. No como sujetos que puedan tener su modo particular de hacer las cosas, de ser.

Foucault habló del «Biopoder» y Giorgio Agamben lo recreó como «Biopolítica»: en suma, ambos expresan cómo la modernidad le dice a la gente cómo debe vivir, enmascarando este mandato en una supuesta regulación de los goces. En esto se diferencia el *discurso tecnocientífico* del *discurso del amo*. En esto y en que el saber académico dominante inventa un goce universal y «para todos». Un «para todos» que genera un destino segregado para quien no lo acepte o no cumpla con los requisitos exigidos: No se entra en el paraíso así como así (Appel, 2010¹³⁸).

Hasta tal punto es duro, hasta tal punto niega lo particular, que un adolescente de hoy en día tiene hasta un patrón físico que cumplir. Y si nació con la nariz más larga de lo que dictamina el patrón de la moda, o con las orejas de soplillo, o con el pecho pequeño '«es porque quiere». La tecnociencia pone a su disposición un flamante quirófano del que saldrá transformado en el que «debe ser» para ser aprobado socialmente. Y no importa que sea un patrón imposible —mujeres muy delgadas con pechos grandes—, no se cuestiona, se resignan a ello. En Japón, la primera operación es la de párpados, para agrandarse los ojos como ese ideal imposible manda. Y gracias a que es imposible, tendrá siempre atadas a las personas más vulnerables a sus dictados, pendientes de todo lo que les falta por cumplir.

¹³⁸ Véase «Publicaciones en la red».

Ese tejido del discurso propone que creamos que el deseo puede siempre satisfacerse. Uno solamente tiene que consumir adecuadamente para conseguirlo. El psicoanálisis diferencia entre deseo y demanda. La demanda lo es de algo. Hay un objeto que puede responder a ella y satisfacerla. Se puede tener hambre, satisfacer la demanda de alimento y dejar de tenerla.

El deseo es distinto. Para empezar, es inconsciente, no se puede formular como «quiero tal cosa», eso sería una demanda. El deseo es esa inquietud, insatisfacción, esa vivencia de que algo nos falta. Es lo que nos empuja a movernos en busca de lo que creemos que nos satisfará. Cuando lo conseguimos, notamos que no acaba de encajar, que permanece un resto de insatisfacción, y la rueda del deseo comienza de nuevo. Y por el camino nos vamos construyendo, elegimos nuestra profesión, nuestras relaciones, si seremos o no padres, dónde viviremos, etc. Cada uno a su manera, porque somos sujetos de nuestro deseo inconsciente.

Así lo explicaba Lacan en 1974: «...pero precisamente el deseo, hablando con propiedad, no es ni la necesidad, cuyo orden propio está relevado por la demanda, ni el amor que aliena la necesidad, sino que se forma en su entrecruzamiento».

Pero volvamos a nuestros adolescentes. A ellos no se les muestra el valor de la diferencia. De lo propio, de lo que genera su particular modo de ser y hacer. No se les habla de eso de que el deseo siempre queda insatisfecho, y de que eso es precisamente lo que nos empuja a movernos para seguir buscando. No se les dice que «falta» tenemos todos, que somos imperfectos, que no existe ese mundo ideal, que las parejas no encajan como medias naranjas, que no se trata de que esté siempre atento a lo que se espera de él para cumplirlo. No se les enseña, desde pequeños, a frustrarse. A saber que no pueden tener siempre lo que quieren, a aprender a lidiar con esas sensaciones. Nacieron en una sociedad de consumo, en la que lo que quieren, lo pueden tener. Casi podríamos decir que lo deben tener. Y si aún no les compraron la última consola, no se preocupen, que se les comprará. Los padres temen que sea «el único que no lo tiene», «que se frustre y toda la vida recuerde que no le di lo que quería», porque «las ilusiones de los niños hay que cumplírselas».

Con ese criterio están criando seres frágiles, que no saben cómo reaccionar ante la frustración. Cuando crezcan, les costará mucho renunciar a lo inmediato, a lo que les apetezca en el momento para conseguir algo mejor después. Serán dependientes, mucho más vulnerables a la de-

manda exterior que aquellos que hayan aprendido a manejarse con sus propias grietas, con lo que les falta, con los sinsabores de la vida. Pero estoy segura de que si miran en su entorno social, estos últimos serán minoría, si los encuentran. Así que volvamos a la mayoría, porque es un indicador claro del texto del discurso que estamos aquí analizando.

Para esta mayoría de adolescentes, hasta lo que estudien estará dictado por los mercados. Cupos que hay que cumplir. Nada de soñar con ser algo y partir de ahí para moverse, crear, inventar un futuro. ¿Qué demanda el mercado? ¿Informáticos? Pues aulas de informática y menos horas de lengua, historia, filosofía, cultura, en fin, todo aquello que conlleva o ayuda a configurar el pensamiento crítico. Cuánto más ignorantes sean más fácil será manejarlos. Más dependientes del sistema. ¿Qué mercado primará cuando ellos trabajen?, ¿el chino? Pues a estudiar chino, chaval, que las extraescolares no son para disfrutar. Deja la guitarra que no servirá para nada, aprende cosas para «ser alguien».

El otro día vi un reportaje por televisión de una empresa que proporciona cuidadoras chinas para los bebés y niños pequeños. El criterio para escoger esta nacionalidad no era que fueran más cariñosas o delicadas que otras. El niño aprendía palabras en chino antes de los tres años y acostumbraba el oído a lo que después iba a estudiar. Porque este es otro de los rasgos de este discurso. Hasta el tiempo libre está pautado. Estos chicos no tienen tiempo en sus tardes para aburrirse, pensar, jugar o moverse en busca de amigos. Ni largos veranos en el pueblo. En su lugar acuden a campamentos de inglés, de deporte, estancias en el extranjero, academias varias, extraescolares cada tarde, «deberes» que les ocupan horas, televisión, juegos mecánicos de ordenador o consolas. Cualquier cosa menos dejarles tiempo para pensar, leer, para que sean responsables de sí mismos, de su tiempo, y decidan qué hacer para no aburrirse. Y creen, busquen, inventen, jueguen, se relacionen.

Porque así hemos llegado al siguiente rasgo del discurso actual, que es el aislamiento de los individuos. Todo nos lleva —y lleva a estos adolescentes que hoy utilizamos para pensar— a aislarnos. Los juegos son individuales, las comunicaciones no son presenciales, se hacen a través de una pantalla, utilizando los medios de que la técnica nos provee. Redes sociales para chatear y «ser amigos». Pocos espacios públicos seguros en los que moverse. Fomento de la competencia entre ellos.

Ese excesivo aislamiento está generando sujetos más autistas que antes. Me refiero tanto a rasgos en personas no autistas como a niños diagnosticados como tales. En 1943, que empezó a cuantificarse, se hablaba de

dos a cinco niños autistas por cada diez mil. Hoy estamos en uno de cada ciento diez niños con Trastorno del Espectro Autista (Hospital G. U. Gregorio Marañón, 2010, págs. 5-6). El sábado apareció un artículo en la prensa que apuntaba a tres de cada cien, según el último estudio (Diario *Público*, 28 de mayo de 2011).

Quedémonos con la cifra anterior, con la que hay más acuerdo en la comunidad científica del mundo occidental. Uno de cada ciento diez niños padece un trastorno del espectro autista. La literatura científica afirma desconocer la causa. Obviamente hay que tener en cuenta diversos factores, pero, a mi juicio, este es otro de los padecimientos del momento actual, como los trastornos de la alimentación y la depresión de los que hablábamos al principio.

Las patologías del espectro autista son patologías graves del vínculo. Espectro autista, Asperger, síndrome de Rett, desintegrativo infantil. Esta sintomatología se muestra en los tres primeros años de vida. Son bebés que no mantienen contacto ocular, niños que no llegan a desarrollar el lenguaje o lo hacen de forma extraña, llenos de rituales y obsesiones, que no pueden acceder al juego simbólico. Niñas y niños que no señalan aquello que les interesa para que los otros lo nombren, como los aviones que les sobrevuelan. Otros, con tal angustia ante el contacto o los cambios del entorno, que les resulta intolerable y entran en crisis de grito y movimiento sin objeto y no se calman con el abrazo seguro y cálido del adulto. En fin, síntomas de una grave dificultad en su constitución como sujetos y, en consecuencia, en las relaciones con los demás, padre y madre incluidos, por supuesto.

Sin llegar a ser tan grave, también se muestran muchas más dificultades en niños y adolescentes que conllevan aislamiento social. No acuden a sus centros de estudio por resultarles intolerable la relación con los demás chicos, no son capaces de mantener relaciones de amistad con una calidad suficiente como para cuidarse mínimamente. Su interpretación de lo que en estas relaciones ocurre es tan perjudicial para sí mismos que acaban por ir limitando sus relaciones y los espacios en los que es necesario relacionarse de forma real.

Esta huida encuentra en ocasiones un lugar adecuado en el mundo virtual, en las relaciones a distancia. Niños y adolescentes que se comunican fundamentalmente a través de los medios que la técnica proporciona. Chatean por el teléfono móvil, Messenger, Tuenti, Facebook, juegos en red o cualquier otro sistema que les ayude a defenderse. No están

totalmente expuestos. Se ocultan, se transforman, les resulta algo más fácil poder mostrar esa imagen que querrían tener.

La realidad tiene para ellas y ellos demasiadas variables a controlar. Relaciones en grupo en las que simultáneamente hay que atender a miradas, tonos, gestos, y procesar, consciente e inconscientemente, mucho más que lo que breves textos digitales requieren. Esto ocurre en niños o adolescentes que el sistema llama «normalizados», pero aquellos con mayores dificultades llegan a generar una especie de vida paralela. En la realidad no se relacionan o lo hacen lo mínimo posible, con el mínimo número de personas posible y el mínimo trato necesario. En paralelo, en las relaciones virtuales crean identidades falsas que se creen parcial o totalmente, desde las que se relacionan con otras identidades virtuales, y que les producen una paulatina retirada de la realidad. Otros directamente huyen de cualquier relación y ocupan su tiempo en juegos a distancia, de forma que llega un momento en que no saben nada acerca de lo que desean y, por tanto, de lo que son.

El último rasgo del discurso social actual —de los valores que transmite— de que hablaremos hoy es la «liquidez» (Bauman, 2009). Pasó el tiempo de las grandes verdades. Ahora todo es relativo. Hay que ser tolerante con todas las posiciones, hay que ser equidistante. O lo que es lo mismo, no tomar una posición firme ni clara si no se quiere ser tachado de «radical». Hasta la ciencia actúa así. Cada pequeña verdad que consigue un experimento es sustituida rápidamente por otra pequeña verdad que la desmiente. Cada sistema operativo estupendo es superado inmediatamente. Una televisión no dura actualizada mucho tiempo, puesto que enseguida aparece un nuevo sistema de visión que mejora ligeramente y durará tan poco como el anterior.

¿Han visto qué ligada está actualmente la ciencia con el consumo? Y no estoy mencionando los planes de financiar las universidades con dinero de la empresa privada, máximo ejemplo del discurso actual. A mi juicio, de la perversión del saber.

Es duro, ¿verdad? Sobre todo porque el que no se somete a estos dictámenes es expulsado, marginado. En el caso de nuestros adolescentes, tachado como *friki*, invisibilizado o agredido por el grupo anónimo. La expulsión de lo diferente. ¿Les suena?

Pero este discurso no consigue ser total. Los discursos tienen pretensión universal pero eso no es posible. Siempre hay grietas, por pequeñas que sean, por las que colarse. Actualmente está surgiendo un movimiento

social llamado 15-M o *Spanish Revolution* fuera de nuestras fronteras. Muestra el descontento de miles de individuos que han sido usados como objetos y desechados cuando no eran necesarios. Aún no se sabe cómo se desarrollará, pero en este principio piden que se escuche a los barrios, las pequeñas voces, los pequeños grupos, la subjetividad, la ruptura del pensamiento único.

Independientemente de la evolución de este movimiento concreto, considero que la oposición a este implacable discurso requiere de una vuelta a la subjetividad, al asociacionismo. En el caso de los síntomas psíquicos, también. No es este el espacio para adentrarnos en los aspectos puramente clínicos, solamente les comentaré que es necesario que volvamos a ser responsables de nuestros síntomas. Entendámoslos como parte de nuestra historia, del relato de nuestra vida. Liguémoslos al resto de nuestras vivencias. Dejemos de buscar un «gen de la agresividad» y pensemos en por qué nos estamos poniendo agresivos. Seamos sujetos, y responsables.

DESCRIPCIÓN DE APLICACIONES CONCRETAS

A continuación expondré algunas de las recomendaciones concretas que se derivan de la teoría mostrada en anteriores capítulos. Son una muestra del fruto del trabajo con las educadoras y los padres en las escuelas infantiles. Es obviamente preferible que cada adulto que esté en contacto con los niños conozca la teoría psicoanalítica y de ella deduzca el «cómo hacer» cada aspecto de su trabajo, pero la formación psicoanalítica es larga y costosa así que, en los claustros, junto a la teoría, analizábamos los casos y trabajábamos las aplicaciones directas, tanto para ser implementadas en el aula como para transmitir a los padres en las tutorías. Algunas se refieren a la relación con los niños y niñas y otras a actividades que pudieran fomentar un mejor desarrollo psicosexual de los mismos.

Debido a que la fundamentación teórica ha sido expuesta anteriormente, ahora presentaremos una muestra de la relación de aplicaciones con las que trabajamos. El tono es directo porque se relatan las indicaciones generales que posteriormente habrá que adaptar a las necesidades de cada niño o niña y cada sistema familiar.

AUTONOMÍA

Crece suponer ganar en capacidad de hacer las cosas por sí mismos. Hemos de facilitar la adquisición de grados de autonomía en cada etapa y cada actividad. Si se plantea desde esta perspectiva cada actividad, podrán inferirse los detalles que faciliten esta autonomía. Aprender a ponerse los zapatos o quitárselos es posible si estos tienen velcro y no cordones. Comenzar a comer solos cuando la psicomotricidad fina está aún en desarrollo requiere del uso de platos y cubiertos de plástico (ligeros e irrompibles), así como hacerlo en un espacio de fácil limpieza y utilizando ropa que pueda mancharse o un protector sobre ella.

Hay que adaptar el espacio a su medida. Colocar a mano lo que vayan a necesitar: papel higiénico para limpiarse la nariz, baldas a baja altura para dejar su vaso, orinal a mano, banqueta en el baño para coger agua o lavarse por sí mismos, muebles de su tamaño en la medida de lo posible.

El momento del control de esfínteres ha de prepararse antes. Comenzar un tiempo antes por cambiar al niño de pie y no tumbado, preguntándole previamente si hizo pis o no y mostrarle su pañal (haciéndole ver que pesa cuando tiene pis, por ejemplo), enseñarle a sentarse en un orinal, dejar de utilizar *body*, abrochado con corchetes, para sustituirlo por camiseta interior y pantalón o falda, manipulables por niños de dos años. Estas son algunas de las medidas que le ayudarán a ser consciente de su propio cuerpo.

Considero que la corriente de pensamiento que dice que se está acelerando el desarrollo de los niños, dándoles más responsabilidades de las que les corresponden en cada etapa está equivocada, porque llevar su pañal a la papelera o ponerse el abrigo les proporciona un placer relacionado con su constitución como sujetos.

La autonomía y la sensación de poder sobre el entorno van enseñándole que lo que le vaya ocurriendo en la vida es asunto suyo, que en sus manos está variar tanto situaciones como estrategias de enfrentamiento. Que generalmente no se sufre por efecto de terceros sino por cómo se enfrentan a las situaciones y qué posición se toma frente a ellos. Si el objetivo es que su vida tenga el mínimo sufrimiento innecesario posible, debemos hacerles protagonistas de su vida, enseñarles a discernir las situaciones, qué parte de responsabilidad tuvieron en ellas y cómo lo que ellos hacen provoca una respuesta determinada del entorno.

FOBIAS ALIMENTICIAS

Las fobias alimenticias no deben ser asumidas sin más. A veces, el hecho de que las mismas educadoras tengan fobias o «manías», o restricciones alimenticias por su propia educación y desarrollo personal hace que asuman las de los niños como normales y no presten atención. Es importante que sepamos que las fobias representan algo. Y que escuchemos qué es esto, en la medida en que podamos. Es muy frecuente que los niños de los que los padres dicen «lo único que no come son guisantes», en la escuela no tengan problema en hacerlo. Incluso dicen que «son diferentes». Si el niño o niña persiste y es muy rígido en sus fobias, algo está pasando. De algo se está protegiendo imaginariamente al trasladar su angustia, su miedo, a un objeto del que es más fácil alejarse.

Por ello, no se trata de obligar sin más a comerlo porque que «hay que comer de todo», sino de jugar mientras se escucha, transformar el alimento las primeras veces (aplastando los guisantes con el tenedor, ayudándose de salsas o untándolos en pan, contando cuentos en los que ese alimento aparezca revestido de cualidades positivas, cualquier estrategia que a la profesional se le ocurra para ayudar al niño a no «atrincherarse» en su miedo sino a poder afrontarlo). Como decíamos antes, no es al elemento al que se tiene fobia a lo que temen realmente, por lo que habremos de pensar en ese niño o niña globalmente para entender de dónde parte esa trasposición de la angustia. Escuchar el síntoma no como un problema en sí, sino como una señal de otro, una pista.

SUBJETIVIZARLO TODO

Propiciar el máximo número de elecciones posible en cada situación hace que el niño o niña se vea abocado a cuestionarse lo que quiere. Hacerle elegir el color de su ropa o del plato en el que come es el inicio de un cuestionamiento que irá tomando consistencia en la medida en que va aprendiendo que lo que él desea puede ser diferente de lo que desea el adulto, y eso está bien.

AYUDAR A QUE ENTIENDAN LO QUE SIENTEN

Para saber quiénes son, es importante que perciban lo que sienten en distintas situaciones. Para facilitararlo, se puede preguntar al niño desde muy pequeño. Pasará un tiempo hasta que pueda responder, pero hay que preguntar y esperar un poco para que se genere ese espacio de

curiosidad. Posteriormente, el adulto pondrá las palabras que el niño no tiene, interpretando la situación: «yo creo que te sientes triste porque echas de menos a la abuela» o «parece que estás enfadado porque querías jugar con los bloques y yo te he dicho que no». Pasado un tiempo, podrá discernir por sí mismo si tiene celos, rabia, pena, alegría, mimos y qué se lo está produciendo.

Recordemos siempre que todo lo que se siente está bien. Nunca hay que censurarlos por sentir. Si es necesario educar, será interviniendo sobre lo que hacen con esos sentimientos: «entiendo que te enfades con el bebé porque paso mucho tiempo con él, pero no puedes golpearle por sentirte enfadado». Así comenzarán a comprender la diferencia entre lo que son y lo que hacen y aprenderán a modificar sus acciones sin negar su esencia.

LOS CUERPOS DE LOS NIÑOS NO SON OBJETOS

No deben ser movidos por el adulto si ellos pueden hacerlo por sí mismos. Si el adulto los va a manipular, hay que contarles antes lo que vamos a hacer con ellos desde que son bebés. «Te voy a coger en brazos para llevarte a la cuna», «voy a cambiarte el pañal», «vamos al salón y te sentaré en el suelo para que juegues», y así cada movimiento que vayamos a hacer con ellos.

NO AL *BUENROLLISMO*. NO PRETENDER QUE SIEMPRE ESTÉN CONTENTOS Y SONRIENDO

Los niños no tienen que estar siempre felices por el hecho de ser pequeños. No debemos procurarles un ambiente falso de alegría impostada. Tratar de provocar el bienestar de los niños con canciones e historias «felices» constantemente es fomentar una incongruencia importante. Implica obligarles a falsear sus sentimientos y a negar la tristeza, el miedo, el dolor, la rabia y muchas otras cosas que, si no les ayudamos a expresar y entender, se transformarán en síntomas. Debemos contarles cuentos en los que los protagonistas sientan toda la variedad de emociones que ellos sienten para que las reconozcan como normales y vayan aprendiendo a expresarlas. Acostumbrarse a preguntar «¿cómo estás?» en lugar de «estás bien, ¿verdad?» es un buen comienzo.

NO LLAMES «AMIGOS» A LOS COMPAÑEROS

En el aula hay muchos niños, de entre los cuales quizá escojan a alguno al que llamar amigo. Son ellos y no los adultos los que eligen a quién querer y a quién no. Tenemos que tener cuidado y utilizar las palabras precisas cuando estamos educando porque estamos estableciendo las bases de un aprendizaje fundamental: elegir sus relaciones.

FOMENTAR LA FLEXIBILIDAD DE ROLES

Si un niño repite mucho un estilo de relación, como ser el que ayuda, el que lidera el juego, esperar sentado a que le vengan a buscar, llorar al mínimo contacto o cualquier otra, está mostrando una señal de que necesita que le facilitemos probar otros lugares. Es normal que muestre una tendencia, pero cuantas más opciones tenga, más recursos y flexibilidad desarrollará. Minimizará las creencias del tipo: «yo soy así desde siempre, no tengo otra opción, estoy abocado a esto», y será más creativo al resolver nuevas dificultades con las que se encuentre

Con delicadeza, preguntaremos al que es más callado, aunque el que siempre habla lo quiera hacer el primero. Si tenemos que atribuir lugares para una actividad, no lo hagamos en función de las capacidades que tienen para ello. No pongamos a cantar al que mejor canta, que no es un concurso de talentos, se trata de que todos desarrollen (y encuentren placer en ello) sus capacidades.

AGRESIVIDAD

Está socialmente extendida la idea de que la agresividad es mala porque perjudica al que la siente y a su entorno. La realidad es que es absolutamente necesaria para desarrollarse y constituirse como sujeto. Los primeros años establecen la diferencia entre el «yo» y el «no yo» y no debemos olvidar que para decir a algo «sí» lo habremos de acompañar con un «no» a otras cosas, para lo que necesitamos cierto grado de violencia. El único modo de no someterse a los deseos de otro es utilizar la propia agresividad para diferenciarse, por lo que en estos primeros años hay que ayudarles a reconocerla y a modular su expresión.

Lo habitual en niños menores de tres años es que sentir agresividad hacia otro provoque inmediatamente un acto agresivo hacia él. La intervención del adulto debe ir encaminada a ayudarle a expresar su rabia sin

dañar físicamente al otro y —en la medida de lo posible— buscar reparación. Que lleguen a conseguir decir «estoy enfadado contigo porque has destrozado mi montaña de arena» es el máximo grado al que podemos aspirar en estas edades.

Si un niño está pasando por una etapa más agresiva de lo habitual, habrá que averiguar la causa y ver cómo resolverla, así como permitirle más espacios donde pueda descargarla: actividades en el agua (piscina o bañera), con papeles y revistas que puedan romper, pelotas de gomaespuma o trapo, colchones, cojines y lugares blandos donde pueda golpear sin riesgo de dañarse o dañar a otros.

INTERVENCIÓN EN CONFLICTOS

Cuando veamos una agresión de un niño a otro (aproximadamente de la misma edad), no debemos decir nunca: «no os peguéis, tenéis que ser amigos, daos un besito y os perdonáis». ¿Haríamos esto con dos adultos? Pues el mismo respeto merecen los niños.

Lo primero, tras impedir que continúe la agresión, es preguntar qué ha pasado a cada uno de los dos. Actuaremos primero con quien recibió la agresión ayudándole a decir «no me gusta que me pegues». Es importante que sea él quien lo diga puesto que si el adulto lo resuelve regañando al agresor estará resolviendo un problema puntual, pero puede afianzar al agredido en un papel de víctima dependiente de los adultos. Y al que pegó, ayudarle a que se dé cuenta de lo que provoca con su acto. Que escuche lo que el otro siente para que vaya aprendiendo los límites en las relaciones con los demás. Mostrarle cómo podría haber intentado conseguir lo que quería sin violencia.

«NO PASA NADA»

Es frecuente que, cuando un niño se cae, los adultos intenten minimizar su sufrimiento con un «no pasa nada». Esta respuesta debe descartarse porque niega el sufrimiento del niño para el que sí ha pasado algo, aunque solo sea que se ha asustado. Es preferible preguntarle qué ha pasado, escucharle, empatizar con él: «claro, entiendo que llores, te ha tenido que doler ese golpe», para ayudarles después a reponerse y volver a jugar.

NO PARENTALIZAR A LOS NIÑOS

Hay niños que tienden a cuidar de sus hermanos pequeños o de compañeros de aula con más dificultades. La respuesta espontánea de un adulto sería alabarle su generosidad, pero si esto ocurre repetidamente debemos ayudarle a que deje de hacerlo. Mientras se ocupan de los pequeños, no lo hacen de sí mismos; ¿acaso hay algo que les está preocupando? Ayudémosle a averiguarlo y a invertir su tiempo en lo que les corresponde hacer en cada etapa.

ESPACIO DONDE RECREAR Y MANIPULAR SUS REPRESENTACIONES IMAGINARIAS

Es bueno instalar en su habitación, a su altura, un corcho, pizarra o superficie imantada donde poner fotos de las personas con las que se relacionan, sus familiares y amigos, que los niños puedan manipular y mover de sitio. Así como imágenes (fotografías o dibujos) que representen los escenarios en que ellos se mueven (casa, escuela, casa del pueblo o de los abuelos, etc.). Facilita la recreación imaginaria de los objetos y la relación con los mismos.

CACA COMO REGALO

Con respecto al control de esfínteres, hay que tener en cuenta que, cuando los niños empiezan a tomar conciencia de que hacer caca no es algo que pasa sin querer sino que ellos pueden hacerla, retenerla y controlar sus esfínteres en cierto modo, es en este momento cuando importa ser muy conscientes de que es la primera vez que ellos tienen algo para dar al otro, a los padres.

Hay que dejar de lado todos los comentarios sobre el olor o desagrado y transmitirle al niño la alegría porque pueda hacer caca, y eso significa que su sistema digestivo está funcionando bien.

Otras expresiones como «te voy a cambiar la caca o te voy a cambiar el culo», que se escuchan con cierta frecuencia, también deben ser evitadas y corregidas por «te voy a cambiar el pañal», para no llevar a los niños a confusiones, porque siendo tan pequeñitos necesitan diferenciar su ser del producto que generan.

FOMENTAR LA EXPRESIÓN. SIN JUICIO NI EXPECTATIVA (SIN MÁS NORMAS QUE LAS EstrictAMENTE NECESARIAS)

Se trata de fomentar la creatividad de cada niño al mismo tiempo que les observamos. Cada uno hará las cosas con su propio estilo. No necesitan que el adulto haga de modelo porque lo que importa no es que realicen pulcramente sus tareas. Cada niño necesita hacer (expresar o elaborar) algo distinto cada día, y tiene su propia manera. Lo importante no es el producto final sino el proceso y lo que para el niño represente. Preguntarles por sus dibujos o creaciones. Durante el desarrollo de la actividad es importante observar para poder detectar cuál es la relación de los niños con sus productos. Veremos niños que no saben qué hacer, otros que buscan que les digan lo que tienen que hacer, algunos que creen que lo suyo no está bien, y así podremos detectar qué ocurre con su libertad o seguridad, entre otros aspectos.

EL TIEMPO A SOLAS DE LOS NIÑOS

Resulta esencial para que puedan desarrollar su propia fantasía, elaborar, recrear, representar lo que no está presente o explorar por su cuenta. Debemos dejarles espacios para que puedan jugar solos. No suponen «aislamiento o dificultades relacionales», salvo que sea su único modo de disfrutar.

LOS PROBLEMAS DEL EQUIPO EDUCATIVO LOS SUFREN LOS NIÑOS

En una escuela infantil es especialmente importante atender al grupo educativo. Un ambiente tenso, agresivo o triste se reflejará en un trato con los niños. Los excesivos silencios, amenazas, la falta de ternura, afecto, cariño, valoración de los niños. Si el problema prima, las educadoras mostrarán que los niños molestan, o trabajar molesta, que se busca que los niños no lloren, no den problemas, no hablen en alto. Resolver los problemas en los equipos, tanto entre ellas como con la dirección o la empresa, es fundamental para que puedan trabajar bien con los niños. Si no es así, los niños reaccionarán también con silencio, dificultades para disfrutar, para el juego en grupo etc. O bien «se portarán mal» para despertar de lo depresivo a sus profesoras. Preferirán un regaño a nada.

NO COMPARAR A UNOS NIÑOS CON OTROS

Evitar fomentar la competitividad o transmitir el ideal de niño que cada uno tiene. Cada sujeto es diferente y así es como ha de ser. Los avances de cada uno han de medirse comparándolo con él mismo, a excepción de retrasos notables que se pueden percibir en comparación con el resto de su grupo y que habrán de ser tratados directamente con sus padres.

NO TENER CERTEZA, NO TENER RESPUESTA

Saber aplazar. La educadora ideal no es la que se muestra perfecta ante los padres o el niño y tiene respuesta para todo. Es la que escucha, piensa, consulta y elabora estrategias basadas en hipótesis revisables y de acuerdo con el equipo y los padres.

LAS PAREJAS DE AMIGOS INSEPARABLES QUE PERDURAN EN EL TIEMPO

Hay que estar atentos a esto porque, presumiblemente, cada uno de los dos inhibirá aspectos propios para perpetuar el vínculo. El momento de juego libre es libre, pero hay ocasiones en que se forman parejas de forma más dirigida. Separarlos como haríais con una pareja de mellizos, sin decirlo directamente.

NO HAGAMOS POR ELLOS LO QUE PUEDEN HACER POR SÍ MISMOS

Aunque sean más lentos. Es preferible hacer menos cosas que ir a toda prisa sentándoles cuando ellos pueden poco a poco subirse a la sillita adecuada a su tamaño. Si preguntamos qué quiere el personaje del cuento que estamos leyendo, esperemos a que digan lo que quieran, no respondamos antes por ellos.

FOMENTAR LA RELACIÓN ENTRE LOS NIÑOS

Y no siempre de forma individual con la maestra, como radios de bici, todos bajo las alas de la «educadora-mamá-gallina». Es importante que sientan que entre ellos pueden conseguir las cosas, pueden ayudarse,

pueden descubrirse algo interesante unos a otros. Reducir la dependencia del adulto, dejar de verlo como única fuente de saber y seguridad.

EL MITO DE SOLO COOPERAR Y NUNCA COMPETIR

Es cierto que los juegos cooperativos generan un ambiente en que los niños pueden desarrollar más sus capacidades, rotar en los roles, descubrir aspectos nuevos en el entorno y en sus compañeros. Pero no debemos considerarlos como los únicos beneficiosos. No deben suplantar a juegos de competición sino coexistir con ellos.

Una de las funciones del juego es ir desarrollando las habilidades que la vida va a requerir después. Tienen que irse conociendo, saber que hay otros que corren más rápido y no por eso tienen ellos que dejar de correr, que en cada asignatura algunos compañeros son mejores y otros peores en cuanto a rendimiento académico, que no son los mejores actores, ni los más graciosos. Que no es necesario destacar sobre los demás para disfrutar de lo que se hace. Si resulta que sobresalen en algunas disciplinas, está bien que puedan mostrarlo, pero no fijarles en ello. Es decir, no alabar tanto su aspecto más brillante como para que reduzcan su desarrollo en otros campos. Si tu hijo o tu alumno destaca dibujando, podrá ser el ilustrador del periódico del cole, pero necesitará soporte para los juegos físicos en los que sea uno más o de los peores. Necesitar ganar, necesitar sacar las notas máximas, necesitar ser alabados son problemas que en el futuro generarán otros mayores cuando el refuerzo narcisista no esté o se dependa de este para sentirse bien.

Reírse de sí mismo, asumir las propias carencias como algo natural, y no como un defecto a ocultar o superar, es esencial. Mostrarse o exponerse sin buscar con ello recibir alabanza o cariño; experimentar, interactuar, sentir la pertenencia a un grupo en el que no son líderes. No depender del exterior para la propia valoración. No estar permanentemente sintiendo que se es juzgado.

LA CURIOSIDAD SEXUAL Y LAS EXPLORACIONES ANATÓMICAS

Es importante permitirles que descubran la sexualidad con otros de su misma edad sin adultos presentes. Tienen derecho a la intimidad desde pequeños. Su sexualidad es propia. No les reprendan si les sorprenden, no olviden su propia infancia ni se dejen influir por la perspectiva adulta

que contiene una carga de erotización diferente. Las dificultades del adulto (padres, educadores) con su propio desarrollo sexual, sus carencias, sus traumas no deben ser trasladados a los niños, como en ningún otro terreno. Cuidado con la representación o la carga negativa sobre lo sexual disfrazado de protección hacia los niños.

CREAR SIN PREFORMATOS

Colorear sin dibujos impresos debajo, arcilla sin moldes. Jugar con piezas que puedan unirse creando formas inventadas por los niños, no con Legos cuyos guiones no harán sino fomentar sus rasgos más obsesivos.

QUE APRENDAN A ESPERAR

Esperar a que terminen sus compañeros de comer (o la mayoría, si es que hay alguno con especiales dificultades) para ir a llevar su plato y coger el segundo es bueno. Por múltiples razones, entre las que están que aprendan a hacer algo con la ansiedad, que vayan comprendiendo que la comida también es un momento social, que comenten entre ellos y hagan algo con la espera en lugar de tapar los huecos enseguida, que no sean tan individualistas y vayan teniendo pistas de que el mundo no gira alrededor de sus propios deseos, ni va a su ritmo.

BEBÉS QUE SE GOLPEAN CUANDO SE ENFADAN, CUANDO SE FRUSTRAN O SE ENRABIETAN

El cuidado a sí mismos. La transmisión del adulto del amor por el cuerpo del niño. Mostrar que se sufre al verle dañarse. «No te hagas daño que yo sufro, mi amor. Puedes gritar si necesitas, pero no hasta hacerte daño en la garganta.» Cogerlos, abrazarlos, achucharlos, cuidar su piel, ponerles ropita agradable y limpia, masajes, caricias. Ir libidinizando su cuerpo.

Los cuidados a los niños no pueden ser puramente físicos. No hay que ser eficaces ni obsesivos. Es decir, es importante que se laven las manos antes de comer, que se cepillen los dientes y se bañen cada noche, pero es más importante cómo se transmita esto. La ternura, la alegría porque disfruten del agua, lo bonitas que están las manos limpias para poder coger con ellas la comida, el gusto que se siente al quitar un pañal mojado y cuidar la piel con cremas, etc. Amor por sí mismos.

Eso de forma general, cotidiana, pero al niño que se golpea hay que observarlo de forma particular. Entender qué le pasa, qué le está haciendo sufrir tanto como para que el dolor físico sea congruente con el sufrimiento psíquico. Contenerles primero y poner palabras por ellos a su sufrimiento (como siempre, no importa tanto acertar con la causa como darles una alternativa verbalizada). Si no es esa la causa, ya irán ellos conectando consigo mismos para poder ir sabiendo los efectos que las situaciones les producen. Sabrán que es natural sentir y reaccionar ante diferentes situaciones, que hay que buscar los porqués para, si se puede, solucionarlos directamente, y si no, aliviar con palabras la angustia o dolor. Para poder compartirlos, y recibir consuelo, saber que la compañía alivia aunque no evite el dolor. Resignificar los conflictos. Hacerlos asequibles a través del lenguaje. Si podemos pensar en ellos, entenderlos, manipularlos con las palabras, dejarán de ser una invasión externa imprevisible y generalizada que asusta, que provoca un estado de alerta constante o de sobrerreacción ante estímulos, por no poder discriminar o prever lo que pueden producir.

9.

Conclusiones

La intención de esta tesis ha sido investigar acerca del modo de enfermar psíquicamente en el momento actual. Dado que mi marco teórico es freudo-lacaniano, me aparto de la concepción reduccionista del psiquismo humano como un ente aislado del entorno social que lo rodea. Por el contrario, considero que el discurso social imperante, llamado *tecnocientífico* por Lacan, favorece un tipo de lazo social que objetualiza al otro.

El *discurso tecnocientífico* conforma los vínculos y penetra de tal forma que hasta el *deseo de hijo* se ve contaminado. Este será el que configure los futuros vínculos entre madre, padre e hijo, que serán a su vez quienes modulen la sintomatología psíquica del niño o niña, dado que —como psicoanalista— considero que los síntomas en la primera infancia son producto a su vez de los síntomas inconscientes de sus padres. De algún modo los hijos se sitúan en la fantasmática paterna y materna para compensar o reparar las dificultades que estos tuvieron con su propio deseo.

Entiendo el *deseo de hijo* como ese sutil momento psíquico inconsciente del que puede surgir la concepción de un hijo. El deseo es inconsciente siempre y no tiene objeto. Es decir, no existe correspondencia con nada en la realidad que pueda satisfacerlo. Es más bien el motor que empuja a seguir buscando, a seguir conformándose a través de las elecciones que se hacen a lo largo de la vida. El hecho de que no sea posible satisfacerlo es lo que provoca esa eterna búsqueda que va construyendo nuestra vida.

El único deseo que se aproxima a tener objeto es el *deseo de hijo*, puesto que impulsa al sujeto que desea a transformarse en padre o madre en la realidad, a tener un hijo, a materializar su satisfacción. Por este motivo —entre otros— el *deseo de hijo* es profundamente complejo. En esta investigación analizo la cualidad común del *deseo de hijo* en este momento sociohistórico porque lo considero la clave para poder conocer el tipo de vínculo que las madres y los padres establecen con sus infantes,

CONCLUSIONES

ya que son estos primeros vínculos los que estructuran el psiquismo infantil.

El discurso social está masivamente extendido pero no es universal ni afecta del mismo modo a cada sujeto que vive bajo él. Por ello, las conclusiones obtenidas habrán de ser traducidas por la particularidad de la estructuración psíquica individual. Mi intención ha sido ampliar el conocimiento acerca de los vínculos sociales actuales y la particular forma de padecer psíquico que están generando, conocer algo más sobre los cambios en lo simbólico e imaginario que esta realidad produce.

En un primer momento estudio los trastornos del espectro autista (TEA), puesto que considero que el espectacular aumento de su prevalencia puede ser la muestra más llamativa del efecto que el *discurso tecnocientífico* tiene en el modo de enfermar actual. Muestro así cómo actualmente la incidencia de síntomas relacionados con la dificultad en los vínculos es claramente mayor.

Las personas con autismo presentan una grave dificultad en su constitución como sujetos y, en consecuencia, en las relaciones con los demás, incluidas las de su madre y su padre. Considero por ello que es la patología del vínculo más grave que puede presentarse y por ello es el punto de partida de la investigación que, posteriormente, amplía su objeto de estudio para poder incluir los malestares de la mayoría de la población, cuya consistencia subjetiva se ha debilitado notablemente.

Por ser esta una investigación que parte de la escucha clínica, a lo largo de la misma presento una serie de casos de niños menores de tres años y un amplio grupo de escenas familiares que muestran cómo se genera la sintomatología psíquica derivada de la objetualización del otro. Junto a ellas, selecciono y analizo un conjunto de spots publicitarios televisivos que vehiculizan las directrices del discurso social.

El ejercicio de la maternidad y paternidad es una tarea especialmente compleja, puesto que requiere generar un vínculo muy íntimo en el que una de las dos partes es absolutamente dependiente de la otra, para fomentar progresivamente la disolución del mismo. Se construye un espacio cálido y protector para un bebé que —desde su llegada al mundo— necesita irse desprendiendo de él, ir separándose de sus padres y de las expectativas que estos ponen en él.

Tengamos en cuenta que ese niño que es esperado en el lugar de objeto del deseo materno se vive como *falo* de la madre, es decir, aquello que a

ella la completa, la satisface plenamente. Desde ese punto de partida necesitará irse constituyendo como sujeto, es decir, abandonar ese lugar pasivo de objeto para ser él el deseante.

El grado de éxito de esta operación depende en gran medida de que la madre —y el padre posteriormente— favorezcan o no esa progresiva subjetivación. Para ello es necesario que en el psiquismo de la madre esté instaurada la *ley*, la *metáfora paterna*, que se traduce en los progresivos noes que habrá de decir al niño, con amor pero con la firmeza de la convicción.

De este modo se muestra que en el deseo materno hay un lugar para un tercero. Es la madre la que hace o no un lugar a la palabra del padre. Después, el padre de la realidad o quien ocupe la función paterna podrá ocupar o no ese lugar. Según sean estos movimientos de ambos se posibilitará la constitución subjetiva de ese hijo. No se trata de una diáda, es necesario un *lugar tercero* para la estructuración del sujeto.

Estar atenta a las señales de deseo de autonomía del hijo, fomentar su aparición y alentarlas es lo que indica que esa madre tiene un *lugar tercero* en su cabeza, que está deseando la constitución del sujeto que es su hijo, que no lo buscará como obturador de su falta, como *falo*. Que no lo esperará como respuesta a sus preguntas, responsable de sus sueños no conseguidos, de la merma en su desarrollo profesional, cultural, físico o social, de sus dificultades en la relación de pareja, o de cualquier otro supuesto objeto de deseo no conseguido por esta.

Esas señales se aprecian desde un principio, cuando duerme y la madre no lo deja en su cuna —sistemáticamente—, sino que permanece con él junto al pecho para ser ella la que recibe ese calor, compañía, sensación de potencia. Permanece pegada junto al nuevo sentido de su vida, que es ese bebé que permite acallar sus preguntas, fundamentalmente la del sentido de su proyecto vital.

En esta investigación escuchamos y analizamos los discursos de madres y padres para descubrir ese lugar que el hijo tiene para cada uno de ellos. A través de lo imaginario de su relato fantasmático inferimos la existencia o no de castración simbólica. Es decir, escuchamos si ella traduce o no la *ley*, el «no» del padre, porque de lo que ocurra con esa *metáfora paterna* depende lo que la madre haga con la palabra del padre. Será ella la que permita o no la transformación de diáda a trío (madre, padre, hijo) en el que el padre refleje el *falo* con el que el niño pasará a identificarse.

CONCLUSIONES

A través de la escucha analítica, tanto en consulta, como en las entrevistas con los padres en las escuelas, se ha ido investigando el lugar que cada niño ocupa en el fantasma de cada uno de sus padres, ahondando especialmente en el grado de subjetivación que alcanzan para operar sobre la sintomatología que de esto se deriva.

El descubrimiento de una notable pérdida de subjetividad de los niños y niñas actuales es coherente con el discurso social tecnocientífico que está sobredeterminando el modo de vincularse socialmente. La fórmula que Lacan propuso para este discurso es la siguiente:

$$\frac{S_2}{S_1} \rightarrow \frac{a}{\$}$$

Hemos de tener en cuenta cómo se relacionan los cuatro elementos en él nombrados, es decir, qué lugar ocupan en el algoritmo, teniendo en cuenta que los lugares son los siguientes:

$$\frac{\text{Agente}}{\text{Verdad}} \rightarrow \frac{\text{Otro (o Goce)}}{\text{Producto}}$$

S_1 es el *amo*, que produce siempre repetición; S_2 es el saber, el *goce*; a representa al objeto pulsional u objeto *plus de goce* y $\$$ es el sujeto, siempre barrado, siempre falto en ser.

El lugar del agente es el que comanda el discurso y sobredetermina todo, y el lugar del *otro* es aquello a lo que se refiere el agente. Lo que enfoca, hacia donde comanda.

En este discurso el saber está colocado en el lugar de agente, por lo que se instituye como poder que se va totalizando. El saber es omnímodo desde esa posición y lo que convoca son objetos porque, como podemos ver, en el lugar del *otro* está el objeto. Luego el *otro* es algo útil, porque él tiene todo el saber. Esto nos muestra que el sujeto está siendo objetivado, tratado como un objeto. Por ser considerado objeto es intercambiable y su destino es siempre su caída. Identificarse con un objeto que caerá genera una sintomatología en esta investigación que solo hemos comenzado a investigar.

Este discurso se caracteriza pues por colocar a la Ciencia —junto a su herramienta la Técnica— en el lugar del poder. Es ella la que determina lo que es valioso o descalificable y la sociedad lo asume acríticamente. Por su pretensión universalizadora, por su búsqueda de verdades absolutas aplicables a todos, lo subjetivo no tiene cabida, el sujeto es un error eliminable, impide universalizar, molesta. La psicología que resulta útil para su propósito es la que separa al paciente de su saber y, tras adjudicarle una etiqueta diagnóstica, le aplica un protocolo que de ella se deriva.

El saber que se produce actualmente se muestra como fragmentos triviales de conocimiento, aislados y sustituidos rápidamente por otros que los descalifican, de forma que el individuo queda aturdido por la abundancia de pequeñas dosis disgregadas de saber que impiden un verdadero conocimiento: el saber se hace líquido. En consulta se nos piden recetas que aplaquen rápidamente el sufrimiento, no comprender ni producir su propia respuesta.

Otro de los rasgos de este discurso es que se rompen los vínculos intrapsíquicos. El individuo posmoderno ha perdido su anclaje. No quiere saber sobre su inconsciente ni ligar los síntomas que padece a su propia historia. No saber sobre sí lo debilita y se mueve aturdido entre las pequeñas y rápidas soluciones que busca para parchear sus sufrimientos, para no saber.

Cada vez más recibimos pacientes que producen síntomas sin relato. Malestares en el cuerpo de los que desconocen la causa o con qué pueden estar ligados. Ansiedad o estrés que viven como irrupciones ajenas y solo consultan porque los médicos han descartado toda causa física.

Este frágil sujeto ajeno al saber sobre sí mismo es incapaz de establecer vínculos profundos y estructurantes. Los individuos se aíslan y se rompen los vínculos intersubjetivos. Aumenta el número de relaciones pero estas son superficiales y virtuales en muchos casos. Construyen identidades socialmente aceptables que reflejan muy poco de sí y desde las que solo pueden establecer débiles lazos que lejos de ayudarles a sostenerse están siempre bajo sospecha.

Otro de los rasgos de este discurso es que todo lo califica, lo evalúa, lo acredita. Pretende que todo sea aprehensible, cuantificable y controlable. Aquello o aquel que no obtiene la calificación exigida queda fuera del sistema. Es devaluado o negado. Lo subjetivo se desprecia o anula.

CONCLUSIONES

Los profesionales de distintas áreas se quejan de lo mismo: el registro y la evaluación de sus tareas les requiere tanto tiempo que el ejercicio de estas se reduce al mínimo. Y la ejecución de las mismas ha de seguir un protocolo que evite la singularidad de cada uno. Peones intercambiables en una cadena de producción de la que toda pasión, toda subjetividad, quede excluida.

El *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* (DSM-V), justificado en la apariencia científica que le aporta la técnica estadística, pretende abordar el sufrimiento psíquico catalogándolo en infinidad de etiquetas diagnósticas que se deducen de agrupaciones de síntomas, anulando así la voz del que sufre, el sentido de su síntoma. Si no se le devuelve al sujeto un saber sobre sus síntomas, no podrá hacerse cargo de ellos. Así, el tratamiento puede correr a cargo de los médicos de familia, como está ocurriendo actualmente, que prescriben los antidepresivos, ansiolíticos, según la persona se muestre más o menos triste, inquieta, cuestionada. Acallan así las preguntas con medicación. Fragmentando lo intrasubjetivo y lo intersubjetivo.

Para que este sistema funcione es necesaria la complicidad de los individuos que compensan la fragilidad de su subjetividad con una apariencia de ser. A partir de la segunda mitad del siglo XX se genera una sobrevaloración del Yo, sostenido por la creencia de que el ser humano se gobierna a sí mismo y es capaz de conseguir lo que desea si emplea las herramientas adecuadas. La negación del deseo inconsciente requiere inflamar artificialmente el Yo, al que Lacan llamaba «estúpido». Estúpido por creer que el ideal es posible, y asumir los «tú deberías ser» como mandatos.

Nunca como ahora se habían editado tantos inútiles libros de autoayuda ni se habían «inventado» tantos métodos de reprogramación del yo desadaptado, como el *coaching* o tantos otros simulacros de terapia.

A todo esto le acompaña la promesa de que todo es posible, un sujeto puede ser sin falta y todo deseo puede ser satisfecho. Es aquí donde interviene la publicidad para sugerir con qué producto se satisface cada deseo, provocando así un consumo ilimitado de cada individuo en busca de la perfección.

En el análisis de los anuncios seleccionados podemos ver claramente estos aspectos del discurso social actual.

Aparecen seres sobre los que no opera la castración, como el bebé de Play Station que ni siquiera está sexuado o los usuarios de videoconsolas o tecnologías varias que podrán vivir a través de ellas todo aquello que no consiguen en la vida real. Se puede fantasear con una vida sin faltas ni dificultades puesto que el desarrollo de la tecnología consigue cubrirlas.

La Ciencia y la Técnica son las nuevas diosas, podrán solucionar hasta las dificultades con las que los padres se encuentran para alimentar a sus hijos y determinar qué pañales son «objetivamente» mejores que otros. El «saber científico», asociándose con la industria, señalará determinados productos para aumentar sus ventas a cambio de retribución económica. Se presentan sujetos biónicos para mostrar la íntima imbricación de lo tecnológico en lo humano y así poder ser considerado su consumo como necesidad básica, sin justificar la inversión de vida —en forma de tiempo y dinero— en el juego virtual.

El sujeto al que se dirige la publicidad es por tanto un ignorante de sí mismo que desconoce sus deseos y necesidades y las sustituye por las que le son propuestas, que no son otras que los objetos de consumo asociados a los ideales sociales, como esa madre que compra el cariño de su hijo alimentándolo con pizzas precocinadas o esos jugadores que ni siquiera salen de su casa —o de su barrio— porque creen satisfacerse plenamente en un programa informático diseñado por otros.

Los vínculos interpersonales se rompen desde la más tierna infancia: los padres alimentan a sus hijos sin mirarlos a la cara, sustituyendo su presencia por el vacío de otro programa informático que les refuerza como a los perros en los entrenamientos.

Los jóvenes adultos dejan acumularse los periódicos en la puerta de su casa puesto que han perdido el interés por relacionarse con otros seres humanos o saber qué está ocurriendo fuera de su videoconsola. Son adictos que han vendido su subjetividad para ser objetos de la industria tecnológica.

La tecnología sale de su lugar de medio para ser fin en sí misma, incluso una fuente de placer, como lo es para el adulto-niño del coche con pantalla y luces en las puertas, que ocupa el lugar de la fantasía infantil de descubrimiento del espacio.

Para que todo esto se acepte se necesita un engaño de las mismas proporciones: la sobrevaloración del Yo al que se le atribuyen características de potencia y control sobre el sujeto. Todo se puede si se adquieren los

objetos de consumo adecuados, hasta la libertad y la felicidad mismas están a la venta en una gran superficie. Tú eres libre, tú sabes elegir, tú tienes capacidad de consumo.

Ese Yo estúpido necesita creer que no hay *ley* que rija sobre él. Se olvida de que los límites son los que permiten desear y desarrollarse y devalúa la autoridad paterno-materna hasta límites insospechados: ese tipo de educación con límites lleva a los adolescentes al consumo de drogas, puesto que solo aprendieron a decir que sí a sus padres. Por el contrario, en los años sesenta del pasado siglo, cuando España estaba bajo el influjo del discurso social anterior, la autoridad masculina paterna era tan desproporcionada que disociaba a esos varones de la vida de pareja y familiar. Eran instancias superiores que supervisaban y sancionaban sin límites a sus subordinados (esposa e hijos) pagando el precio de la falta de intimidad en sus vínculos y su propio sometimiento a la jerarquía del espacio laboral al que pertenecieran.

Esta perspectiva publicitaria facilita una visión global de los valores sociales que están siendo vehiculizados a través de estos canales. El efecto de estos valores se plasma en el análisis de una amplia serie de escenas familiares que he nombrado descriptivamente: padres que se angustian con las angustias de sus hijos; niños mellizos a los que sus padres viven como un solo ser; niños «mueble» que no molestan, no lloran, «son buenísimo»; padres que quieren mantener su vida igual que antes de tener hijos; chupetes como tapones: padres que no escuchan a sus hijos, que no hablan con ellos porque no los consideran interlocutores; padres que se angustian con las angustias de sus hijos; «niñocentrismo»: padres que organizan su vida alrededor de sus hijos; padres sin autoridad que niegan el sufrimiento de sus hijos; adultos que niegan la sexualidad en la infancia; el niño como excusa, como falso sentido de una vida aburrida y vacía; parejas que no van de vacaciones sin la abuela o la cuidadora porque no se hacen cargo de la vida cotidiana y el cuidado de sus hijos; niños con dos nombres; padres cuya palabra vacía no funciona como límite; madre que oculta al padre que tiene una hija; mujeres universitarias que eligen a un varón inmigrante de baja extracción sociocultural y económica como pareja o padre de sus hijos; mujeres que programan el parto en el octavo mes para no ensanchar caderas; padres que deciden no viajar porque el niño llora en el coche; «niños pastel»; padres que se van sin despedirse; padres que mienten para no decir verdades que duelen; padres que prefieren seguir siendo hijos; padres que niegan lo que sus hijos sienten para imponerles su propio ideal; valoración de las víctimas por encima del agresor; bebés *reborn*: personas que se relacionan con muñecos hiperrealistas como si fueran de verdad; padres desconfia-

dos de «los de fuera»; niños que llegan descuidados a la escuela; padres que duermen cada día uno con el hijo; padres obsesivos que provocan dificultades con lo anal; familias clásicas «socialmente adecuadas» y, por último, un análisis crítico justificado a las familias que siguen la llamada «crianza natural».

En cada una de estas escenas se muestra una versión de la objetualización de los niños, de la no instauración de la *metáfora paterna*, y se identifican los síntomas psíquicos que esto produce en los niños y niñas que las protagonizan.

A continuación se cierra el foco sobre siete casos de niños menores de tres años. Nos aproximamos a sus síntomas y el *deseo de hijo* que los recibió a través del análisis del discurso de sus padres y madres en entrevistas clínicas, junto con la observación de los niños en jornadas completas de escuela durante meses o años. Esto nos permite mostrar el entramado más sutil del tejido de estos vínculos, el lugar que esos niños y niñas ocupan en la fantasmática de sus padres, que actúan en la crianza los síntomas que no elaboraron en su momento.

Unos casos revisten mayor gravedad que otros, pero en todos podemos ver que la sintomatología psíquica de los niños es causada porque son tratados como objetos y no como sujetos, y que esto, a su vez, sucede por la falta de *metáfora paterna*, que habilitaría un lugar para la *ley*, ese *lugar tercero* que impide el abuso del otro, del niño o niña en estos casos.

Para terminar se propone una posibilidad de trabajar a favor de la subjetivización de la infancia, a través de la divulgación del psicoanálisis y la formación en este de madres, padres y profesionales de áreas que trabajan con la infancia como educación, salud y servicios sociales.

Bibliografía

LIBROS

- ADJEDJ, J. P.; CASTEL, P. H., y otros (1994): *La normalidad como síntoma* (Actas de la Fundación Europea para el Psicoanálisis), Buenos Aires, Kliné.
- ALCOTT, Louisa M. (1991): *Mujercitas*, Buenos Aires, Atlántida.
- ÁLVAREZ, José María; ESTEBAN, Ramón, y SUVAGNAT, François (2004): *Fundamentos de psicopatología psicoanalítica*, Madrid, Síntesis.
- AMERICAN Psychiatric ASSOCIATION (1992): DSM-III-R, Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales, Barcelona, Masson.
- (1995): DSM-IV, Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales, Barcelona, Masson.
- APPEL, F.; Aragón, B.; ESTADA, M. C., y MARTÍNEZ, A. (2001): *Pasiones del ser. Elaboraciones a partir de Freud y Lacan*, Madrid, Psimática.
- BARTHES, Roland (1971): *Elementos de semiología*, Madrid, Alberto Corazón editor.
- (1999): *Mitologías*, Madrid, Siglo XXI.
- BAUDES DE MORESCO, Mercedes (1995): *Real, Simbólico, Imaginario, una introducción*, Buenos Aires, Lugar.
- BAUMAN, Zygmunt (2009): *Modernidad líquida*, Buenos Aires, Paidós.
- BELINCHÓN, Mercedes (2001): *Situación y necesidades de las personas con trastorno del espectro autista en la Comunidad de Madrid*, Madrid, Obra social de Caja de Madrid
- (dir.) (2001): *Situación y necesidades de las personas con trastorno del espectro autista en la Comunidad de Madrid*, Madrid, Ediciones Martín & Márcas.
- HERNÁNDEZ, Juana M.^a, y SOTILLO, María (2008): *Personas con síndrome de Asperger. Funcionamiento, detección y necesidades*, Madrid, Centro de Psicología Aplicada de la Universidad Autónoma de Madrid/Confederación Autismo España/FEDESPAU/Fundación Once.
- BLINDER, Carlos; KNOBEL, Joseph, y SIQUIER, M.^a Luisa (2004): *Clínica psicoanalítica con niños*, Madrid, Síntesis.
- BOWLBY, John (1993): *El vínculo afectivo*, Barcelona, Paidós.

BIBLIOGRAFÍA

- BRAZELTON, T. Berry y CRAMER, Bertrand G. (1993): *La relación más temprana. Padres, bebés y el drama del apego inicial*, Barcelona, Paidós.
- BREUER, Josef y FREUD, Sigmund (1893-1895). " Estudios sobre la histeria", en S. Freud, *Obras completas*, vol. 2, págs. 1-342.
- BRUNER, Jerome (1991): *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*, Madrid, Alianza Editorial.
- BÜRGER, C. y BÜRGER, P. (2001): *La desaparición del sujeto. Una historia de la subjetividad de Montaigne a Blanchot*, Madrid, Akal.
- CADORET, M.; CALLIGARIS, C., y otros (1958-1993): *El abordaje de las psicosis después de Lacan*, Buenos Aires, Kliné.
- CEVEDIO, Laura (2002): *La histeria. Entre amores y semblantes*, Madrid, Síntesis.
- CHEMAMA, Roland (1998): *Diccionario de psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu.
- (2001): *Elementos lacanianos para un psicoanálisis de lo cotidiano*, Barcelona, Ediciones del Serbal.
- (dir.) (1998): *Diccionario del psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu.
- COLE, Michael (2003): *Psicología cultural*, Madrid, Morata.
- COLINA, Fernando (2006): *Deseo sobre deseo*, Madrid, Cuatro.
- CORKILLE BRIGGS, Dorothy (1970/1992): *El niño feliz. Su clave psicológica*, Barcelona, Gedisa.
- COTTET, Serge (1991): *Freud y el deseo del psicoanalista*, Buenos Aires, Manantial.
- COWEN, Tyler (2010): *The Great Stagnation: How America Ate All The Low-Hanging Fruit of Modern History, Got Sick and Will (eventually) Feel Better*, Dutton, Penguin.
- CUCCO GARCÍA, Mirtha (2013): *ProCC: Una propuesta de intervención sobre los malestares de la vida cotidiana. Del desatino social a la precariedad narcisista*, Madrid, Éride.
- DÍEZ CUERVO, Ángel y MARTOS, Juan (1989): *Intervención educativa en autismo infantil*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia.
- DIO BLEICHMAR, Emilce (1985): *El feminismo espontáneo de la histeria. Estudio de los trastornos narcisistas de la feminidad*, Madrid, Adotraf.

- DOLTO, Françoise (1989): *Cuando los padres se separan*, Barcelona, Paidós.
- (1994): *La causa de los niños*, Barcelona, Paidós.
- (1998): *¿Cómo educar a nuestros hijos?*, Barcelona, Paidós.
- (1998): *El niño y la familia*, Barcelona, Paidós.
- (2001): *Sexualidad femenina*, Barcelona, Paidós.
- (2004): *El caso Dominique*, México, Siglo XXI.
- (2004): *En el juego del deseo*, Madrid, Siglo XXI.
- (2004): *Seminario de psicoanálisis de niños 1*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- (2004): *Seminario de psicoanálisis de niños 2*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- (2004): *Seminario de psicoanálisis de niños 3*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- DUMÉZIL, C.; BREMON, B.; GAUGAIN, M.; TAUBER, B.; TRETON, D. y ZIRI, M. (1992): *La marca del caso, el psicoanalista por su rastro*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- ECO, Umberto (1986): *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*, Barcelona, Lumen.
- EIDELSZTEIN, Alfredo (2000): *Índice de definiciones y usos de términos sobre estructuras clínicas en la enseñanza de Lacan*, Buenos Aires, JVE.
- ENGELS, F. (1884/1987): *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Madrid, Fundamentos.
- ESTIVILL, Eduard y BÉJAR, Sylvia de (1996): *Duérmete niño*, Barcelona, Plaza & Janés.
- FERBER, Richard (1985): *Solve Your Child's Sleep Problems*, Nueva York, Simon & Schuster.
- FERRO, Norma (1991): *El instinto maternal o la necesidad de un mito*, Madrid, Siglo XXI.
- FREUD, Anna (2006): *Obras escogidas*, Barcelona, RBA [Biblioteca de psicoanálisis].
- (1965): «Normalidades y patología en la niñez», en *Obras escogidas*, págs. 143-310.

BIBLIOGRAFÍA

- (1948): «Introducción al psicoanálisis para educadores», en *Obras escogidas*, págs. 311-354.
- (1936): «El Yo y los mecanismos de defensa», en *Obras escogidas*, págs. 23-142.
- (1968): «Estudios psicoanalíticos», en *Obras escogidas*, págs. 355-521.

FREUD, Sigmund (2004): *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu.

- (1894): «Obsesiones y fobias. Su mecanismo psíquico y su etiología», en *Obras completas*, vol. 3, págs. 69-84.
- (1896): «La etiología de la histeria», en *Obras completas*, vol. 3, págs. 185-218.
- (1898): «La sexualidad en la etiología de las neurosis», en *Obras completas*, vol. 3, págs. 251-276.
- (1899): «La herencia y la etiología de las neurosis», en *Obras completas*, vol. 3, págs. 139-184.
- (1900-1901): «Psicopatología de la vida cotidiana», en *Obras completas*, vol. 6.
- (1905): «El chiste y su relación con el inconsciente», en *Obras completas*, vol. 8, págs. 1-235.
- (1905): «Tres ensayos de teoría sexual», en *Obras completas*, vol. 7, págs. 109-224.
- (1908): «Carácter y erotismo anal», en *Obras completas*, vol. 9, págs. 149-158.
- (1908): «La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna», en *Obras completas*, vol. 9, págs. 159-182.
- (1908): «La novela familiar de los neuróticos», en *Obras completas*, vol. 9, págs. 213-220.
- (1908): «Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad», en *Obras completas*, vol. 9, págs. 137-148.
- (1908): «Sobre las teorías sexuales infantiles», en *Obras completas*, vol. 9, págs. 183-202.
- (1909): «A propósito de un caso de neurosis obsesiva», en *Obras completas*, vol. 10, págs. 119-262.

- (1909): «Análisis de la fobia de un niño de cinco años», en *Obras completas*, vol. 10, págs. 1-118.
- (1910): «Sobre el psicoanálisis "silvestre"», en *Obras completas*, vol. 11, págs. 217-228.
- (1910): «Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. (Contribuciones a la psicología del amor, I)», en *Obras completas*, vol. 11, págs. 155-168.
- (1911): «El uso de la interpretación de los sueños en el psicoanálisis», en *Obras completas*, vol. 12, págs. 83-92.
- (1912-1913): «Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos», en *Obras completas*, vol. 13, págs. 1-164.
- (1912): «Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico», en *Obras completas*, vol. 12, págs. 107-120.
- (1912): «Nota sobre el concepto de lo inconsciente en psicoanálisis», en *Obras completas*, vol. 12, págs. 265-278.
- (1912): «Sobre la dinámica de la transferencia», en *Obras completas*, vol. 12, págs. 93-108.
- (1912): «Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa. (Contribuciones a la psicología del amor, II)», en *Obras completas*, vol. 11, págs. 169-184.
- (1913): «Dos mentiras infantiles», en *Obras completas*, vol. 12, págs. 319-328.
- (1913): «La predisposición a la neurosis obsesiva. Contribución al problema de la elección de neurosis», en *Obras completas*, vol. 12, págs. 329-346.
- (1914): «Introducción del narcisismo», en *Obras completas*, vol. 14, págs. 65-98.
- (1914): «Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis III)», en *Obras completas*, vol. 12, págs. 159-174.
- (1914): «Recordar, repetir y reelaborar. (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis II)», en *Obras completas*, vol. 12, págs. 145-158.
- (1914): «Trabajos sobre técnica psicoanalítica», en *Obras completas*, vol. 12, págs. 77-82.

BIBLIOGRAFÍA

- (1915-1917): «Conferencias de Introducción al psicoanálisis. (Partes I y II)», en *Obras completas*, vol. 15, págs. 1-219.
- (1915): «Duelo y melancolía», en *Obras completas*, vol. 14, págs. 235-256.
- (1915): «La represión», en *Obras completas*, vol. 14, págs. 135-152
- (1915): «Lo inconsciente», en *Obras completas*, vol. 14, págs. 153-214.
- (1915): «Pulsiones y destinos de pulsión», en *Obras completas*, vol. 14, págs. 105-134.
- (1915): «Trabajos sobre metapsicología», en *Obras completas*, vol. 14, págs. 99-104.
- (1916-1917): «Conferencias de Introducción al Psicoanálisis. (Parte III)», en *Obras completas*, vol. 16, págs. 221-421.
- (1917-1919): «De la historia de una neurosis infantil», en *Obras completas*, vol. 17, págs. 1-112.
- (1917): «El tabú de la virginidad. (Contribuciones a la psicología del amor, III)», en *Obras completas*, vol. 11, págs. 185-204.
- (1917): «Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal», en *Obras completas*, vol. 17, págs. 113-124.
- (1918): «¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad?», en *Obras completas*, vol. 17, págs. 165-172.
- (1918): «Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica», en *Obras completas*, vol. 17, págs. 151-164.
- (1919): «Pegan a un niño. (Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales)», en *Obras completas*, vol. 17, págs. 173-200.
- (1920): «Más allá del principio del placer», en *Obras completas*, vol. 18, págs. 1-62.
- (1921): «Psicología de las masas y análisis del yo», en *Obras completas*, vol. 18, págs. 63-136.
- (1923): «El yo y el ello», en *Obras completas*, vol. 19, págs. 1-66.
- (1923): «La organización genital infantil (una interpolación en la teoría de la sexualidad)», en *Obras completas*, vol. 19, págs. 141-150.
- (1923): «Neurosis y psicosis», en *Obras completas*, vol. 19, págs. 151-160.

- (1924): «El sepultamiento del complejo de Edipo», en *Obras completas*, vol. 19, págs. 177-188.
- (1924): «Las resistencias contra el psicoanálisis», en *Obras completas*, vol. 19, págs. 223-238.
- (1925): «Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos», en *Obras completas*, vol. 19, págs. 259-284.
- (1925): «Inhibición, síntoma y angustia», en *Obras completas*, vol. 20, págs. 71-164.
- (1925): «La negación», en *Obras completas*, vol. 19, págs. 249-258.
- (1926): «¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial», en *Obras completas*, vol. 20, págs. 165-244.
- (1926): «Psicoanálisis», en *Obras completas*, vol. 20, págs. 245-258.
- (1930): «El malestar en la cultura», en *Obras completas*, vol. 21, págs. 57-142.
- (1931): «Sobre la conquista del fuego», en *Obras completas*, vol. 22, págs. 169-178.
- (1931): «Sobre la sexualidad femenina», en *Obras completas*, vol. 21, págs. 223-244.
- (1932): «Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis», en *Obras completas*, vol. 22, págs. 1-168.
- (1934-1938): «Moisés y la religión monoteísta», en *Obras completas*, vol. 23, págs. 1-132.
- (1937): «Análisis terminable e interminable», en *Obras completas*, vol. 23, págs. 211-254.
- (1937): «Construcciones en el análisis», en *Obras completas*, vol. 23, págs. 255-270.
- (1938): «Algunas lecciones elementales sobre psicoanálisis», en *Obras completas*, vol. 23, págs. 279-288.
- (1938): «La escisión del yo en el proceso defensivo», en *Obras completas*, vol. 23, págs. 271-278.
- (1889): «La interpretación de los sueños», en *Obras completas*, vol. 4, págs. 1-343.

BIBLIOGRAFÍA

- (1894): «Las neuropsicosis de defensa. (Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas, y de ciertas psicosis alucinatorias)», en *Obras completas*, vol. 3, págs. 41-68.
- FRYD, Adela, y otros (2001): *Psicoanálisis con niños: sexuación y síntoma*, Buenos Aires, Tres Haches.
- GÁRATE, Ignacio y MARINAS, José Miguel (1996): *Lacan en castellano. Tránsito razonado por algunas voces*, Madrid, Quipú.
- GEISSMANN, Claudine y HOUZEL, Didier (eds.) (2006): *El niño, sus padres y el psicoanalista*, Madrid, Síntesis.
- GERONIMO STILTON© (2011): *Mujercitas. (Grandes historias)*, Barcelona, Planeta.
- GONZÁLEZ, Carlos (2006): *Bésame mucho: cómo criar a tus hijos con amor*, Madrid, Temas de hoy.
- GONZÁLEZ, Nieves, y otros (2003): *¿Qué niños hay para mañana? Clínica de la infancia*, Madrid, Colegio de Psicoanálisis de Madrid.
- GUTMAN, Laura (2006): *Puerperios y otras exploraciones del alma femenina*, Barcelona, RBA.
- (2013): *La familia nace con el primer hijo*, Santiago de Chile, Cuatro Vientos.
- (2015): *La maternidad y el encuentro con la propia sombra*, Madrid, Planeta.
- HEINEMAN PIEPER, Martha y PIEPER, William J. (2002): *Niños felices*, Barcelona, Plaza & Janés.
- HENRION, Jean-Louis (1996): *La causa del deseo. El agalma de Platón a Lacan*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- HOSPITAL GENERAL UNIVERSITARIO GREGORIO MARAÑÓN (2010): Memoria del Programa de atención médica integral de los pacientes TEA, AMI-TEA.
- INDART, J.C.; CHAMORRO, J.; DASSEN, F.; GARCÍA G., y otros (2000): *Las fórmulas del deseo*, Buenos Aires, Tres Haches.
- JELINEK, Elfriede (2004): *La pianista*, Barcelona, Mondadori.
- JOHNSON, Steven (2009): *Si és dolent t'ho recomano. Com la cultura de masses ens fa més intel·ligents*, Barcelona, La Campana.
- KAUFMANN, Pierre (dir.) (1996): *Elementos para una enciclopedia del psicoanálisis. El aporte freudiano*, Buenos Aires, Paidós.

KLEIN, Melanie (2006): *Obras completas*, Barcelona, RBA [Biblioteca de psicoanálisis].

— (1921-1945): «Amor, culpa y reparación», en *Obras completas*, págs. 27-468.

— (1932): «El psicoanálisis de niños», en *Obras completas*, págs. 469-760.

— (1932/2001): *El psicoanálisis de niños*, Buenos Aires, Paidós.

LACAN, J.; COTTET, S., y otros (1967/2000): *Momentos cruciales de la experiencia analítica. Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela. La equivocación del sujeto supuesto al saber*, Buenos Aires, Manantial.

LACAN, Jacques (1966/1998): *Escritos 1*, Madrid, Siglo XXI.

— (1966/1998): *Escritos 2*, Madrid, Siglo XXI.

— (1936): «Más allá del "principio de realidad"», en *Escritos 1*, págs. 67-86.

— (1945): «El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma», en *Escritos 1*, págs. 187-203,

— (1946): «Acerca de la causalidad psíquica», en *Escritos 1*, págs. 142-186.

— (1948): «La agresividad en psicoanálisis», en *Escritos 1*, págs. 94-116.

— (1950): «El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica», en *Escritos 1*, págs. 86-93.

— (1951): «Intervención sobre la transferencia», en *Escritos 1*, págs. 204-218.

— (1955): «La cosa freudiana o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis», en *Escritos 1*, págs. 384-418.

— (1952): «Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis», en *Escritos 1*, págs. 227-311.

— (1957/1998): «El psicoanálisis y su enseñanza», en *Escritos 1*, págs. 419-440.

— (1966): «Del sujeto por fin cuestionado», en *Escritos 1*, págs. 219-228.

— (1966): «El seminario sobre la carta robada», en *Escritos 1*, págs. 5-58.

— (1956): «La dirección de la cura y los principios de su poder», en *Escritos 2*, págs. 565-627.

BIBLIOGRAFÍA

- (1958): «La significación del falo», en *Escritos 2*, págs. 665-674.
- (1960): «Posición del inconsciente», en *Escritos 2*, págs. 808-829.
- (1960): «La subversión del sujeto», en *Escritos 2*, págs. 773-807.
- (1961): «La metáfora del sujeto», en *Escritos 2*, págs. 867-870.
- (1964): «Del *Trieb* de Freud y del deseo del psicoanalista», en *Escritos 2*, págs. 830-833.
- (1966): «La ciencia y la verdad», en *Escritos 2*, págs. 834-858.
- (1969): «Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina», en *Escritos 2*, págs. 704-718.
- (1960): «Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano», en *Escritos 2*, págs. 773-807.
- (1953-1954/2001): *Seminario 1: Los escritos técnicos de Freud*, Buenos Aires, Paidós.
- (1954-1955/2004): *Seminario 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, Buenos Aires, Paidós.
- (1955-1956/1998): *Seminario 3. Las psicosis*, Buenos Aires, Paidós.
- (1956-1957/1998): *Seminario 4. La relación de objeto*, Buenos Aires, Paidós.
- (1957-1958/2003): *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Paidós.
- (1959-1960/1997): *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.
- (1960-1961/2003): *Seminario 8. La transferencia*, Buenos Aires, Paidós.
- (1964/1999): *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.
- (1969-1970/1999): *Seminario 17. El reverso del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.
- (1972-1973/1998): *Seminario 20. Aun*, Buenos Aires, Paidós.
- (1975-1976/2006): *Seminario 23. El sinthome*, Barcelona, Paidós.

- LAPLANCHE, Jean y PONTALIS, Jean-Bertrand (1967/1994): *Diccionario de Psicoanálisis*, Barcelona, Labor.
- LAURENT, Eric (1999): *Hay un fin de análisis para los niños*, Buenos Aires, Colección Diva.
- LEAL RUBIO, José (1997): *Equipos e instituciones de salud (mental), salud (mental) de equipos e instituciones*, Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría.
- LEBOVICI, S; DIATKINE, R., y SOULÉ, M. (1995): *Tratado de psiquiatría del niño y del adolescente*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- LEVY, Robert (1998): *Un deseo contrariado*, Buenos Aires, Kliné.
- (2008): *Lo infantil en psicoanálisis*, Buenos Aires, Letra Viva.
- LIAUDET, Jean-Claude (2002): *Dolto para padres*, Barcelona, Plaza & Janés.
- LIPOVETSKY, Gilles (2010): *La era del vacío*, Barcelona, Anagrama.
- MALALANA UREÑA, Antonio (2004): *Fuentes de información para el análisis de la publicidad. Las bases de datos publicitarias en Internet*, Madrid, Universidad Complutense.
- MANNONI, Maud (1964/1997): *El niño retardado y su madre*, Buenos Aires, Paidós.
- (1965/1996): *La primera entrevista con el psicoanalista*, Barcelona, Gedisa.
- (1983/1992): *El síntoma y el saber*, Barcelona, Gedisa.
- (1985/1998): *Un saber que no se sabe. La experiencia analítica*, Barcelona, Gedisa.
- 1987/2000): *El niño, su «enfermedad» y los otros*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- MANNONI, Octave (1997): *La otra escena. Claves de lo imaginario*, Buenos Aires, Amorrortu.
- MANZANO, Juan (ed.) (2001): *Las relaciones tempranas entre padres e hijos y sus trastornos*, Madrid, Necodisne.
- MARINAS, José Miguel (2010): *La ciudad y la esfinge. Contexto ético del psicoanálisis*, Madrid, Síntesis.

BIBLIOGRAFÍA

- (2004): *La razón biográfica. Ética y política de la identidad*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (2007): *La escucha en la historia oral. Palabra dada*, Madrid, Síntesis.
- (2014): *Ética de lo inconsciente*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (coord.) (2008): *Lo político y el psicoanálisis. El reverso del vínculo*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- MIJOLLA, Alain y MIJOLLA-MELLOR, Sophie (2003): *Fundamentos del psicoanálisis*, Madrid, Síntesis.
- MILLER, Jacques-Alain (2000): *El banquete de los analistas*, Buenos Aires, Paidós.
- (2006): *Recorrido de Lacan. Ocho conferencias*, Buenos Aires, Manantial.
- MIRA, Vicente; RUIZ, Piedad, y GALLANO, Carmen (eds.) (2005): *Conceptos freudianos*, Madrid, Síntesis.
- PÉNINOU, Georges (1976): *Semiótica de la Publicidad*, Barcelona, Gustavo Gili.
- PICHON-RIVIÈRE, Enrique (1985): *Teoría del vínculo*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- PICHOT, Pierre (coord.) (1995): *DSM-IV. Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*, Barcelona, Masson.
- PLATÓN (2001): *El banquete*, Madrid, Alianza Editorial.
- POLO, Cándido (1999): *Crónica del manicomio. Prensa, locura y sociedad*, Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría.
- POMMIER, Gérard (1997): *El amor al revés. Ensayo sobre la transferencia en psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu.
- PUNTA RODULFO, Marisa (2005): *La clínica del niño y su interior. Un estudio en detalle*, Buenos Aires, Paidós.
- ROUDINESCO, Elizabeth y PLON, Michel (1999): *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Paidós.
- SAFOUAN, Moustapha (1997): *El acto analítico*, Rosario (Argentina), Homo Sapiens.
- SÁINZ PEÑA, Rosa M.^a (coord. ed.) (2012): *Aprender con tecnología. Investigación internacional sobre modelos educativos de futuro*, Barcelona/Madrid, Ariel/Fundación Telefónica.

- SALMAN, Silvia (comp.) (2004): *Psicoanálisis con niños. Los fundamentos de la práctica*, Buenos Aires, Grama.
- SARTRE, Jean Paul (1943/2005): *El Ser y la Nada*, Buenos Aires, Losada.
- SPITZ, René A. (1958/1988): *El primer año de vida del niño*, Madrid, Aguilar.
- TAMARYN SAID, Norah (2013): *Y de mi sufrimiento, ¿qué? Un recorrido por la psicopatología infantil*, Madrid, edición de Norah Tamaryn.
- TAYLOR, Charles (2006): *Fuentes del yo: la construcción de la identidad moderna*, Barcelona, Paidós.
- TENDLARZ, Silvia Elena (1996): *¿De qué sufren los niños? La psicosis en la infancia*, Buenos Aires, Lugar.
- TUSTIN, Frances (1972/2005): *Autismo y psicosis infantiles*, Barcelona, Paidós.
- VILLAMARZO, Pedro F. (1997): *Cursos sistemáticos sobre el pensamiento freudiano*, Madrid, Marova.
- VOLNOVICH, Juan Carlos (2000): *Claves de infancia. Ética y género en la clínica psicoanalítica con niños*, Rosario (Argentina), Homo Sapiens.
- WATS, Allan (1960/1987): *Psicoterapia del este, psicoterapia del oeste*, Barcelona, Kairós.
- WINNICOTT, D. W. (1971/1993): *Clínica psicoanalítica infantil*, Buenos Aires, Hormé.
- (1977/1998): *Psicoanálisis de una niña pequeña (The Piggie)*, Barcelona, Gedisa.
- (1970/1999): *Conozca a su niño. Psicología de las primeras relaciones entre el niño y su familia*, Barcelona, Paidós.
- (1957/1999): *Escritos de pediatría y psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.
- (1996/2006): *Acerca de los niños*, Buenos Aires, Paidós.
- ZYZEK, Slavoj (2005): *Bienvenidos al desierto de lo real*, Madrid, Akal.

CAPITULOS DE LIBROS

- APPEL, Fabián (2010): «Algo viejo, algo nuevo, algo prestado», en *El psicoanálisis ante las nuevas formas de enfermar*, Valladolid, Asociación de psicoanálisis freudiano Oskar Pfister.
- BAUZÁ, Juan (2010): «¿Complejo de Edipo o estructura infantil del deseo? Del modelo edípico a la estructura del deseo como operador fundamental del psicoanálisis», en *Trauma. Estudios de clínica psicoanalítica*, vol. 2, Barcelona, Ediciones del Serbal, págs. 31-51.
- BOHMAN, M.; BOHMAN, I.; BJÖRCK, P., y SJÖHOLM, E. (1983): «Childhood psychosis in a northern Swedish county: some preliminary findings from an epidemiological survey», en M. Schmidt y H. Remschmidt (eds.), *Epidemiological Approaches in Child Psychiatry II*, Nueva York, Thieme-Stratton.
- CEVEDIO, Laura (2009): «Algunas jóvenes homosexuales y su deseo de hijo», en *Trauma. Estudios de clínica psicoanalítica*, vol. 1, Barcelona, Ediciones del Serbal, págs. 47-52.
- (2010): «Nuevas respuestas a los malestares de siempre», en *Trauma. Estudios de clínica psicoanalítica*, vol. 2, Barcelona, Ediciones del Serbal, págs. 53-59.
- (2010): «Lágrimas de Eros», en *Trauma. Estudios de clínica psicoanalítica*, vol. 2, Barcelona, Ediciones del Serbal, págs. 195-200.
- COLE, Michael (1999/2012): «Poner la cultura en el centro», en *Psicología Cultural*, Madrid, Morata, págs. 115-137.
- CUCCO GARCÍA, Mirtha (2010): «Malestares en la vida cotidiana. Un nuevo campo de conocimiento en intervención», en *La intervención sobre los malestares en la vida cotidiana*, Madrid, Éride, págs. 31-61.
- EDWARDS, Marcelo (2010): «Nominación y localización del sujeto. El Edipo y la Castración en las sociedades tradicionales», en *Trauma. Estudios de clínica psicoanalítica*, vol. 2, Barcelona, Ediciones del Serbal, págs. 61-76.
- ELÍZAGA VIANA, María (2011): «¿Somos tan libres como creemos? Imágenes del deseo tejido por el discurso social», en F. López Criado (ed.), *Literatura, cine y prensa. Criterios, valores y actitudes*, A Coruña, Andavira, págs. 223-229,.
- ESTÉVEZ LÓPEZ, Estefanía; JIMÉNEZ GUTIÉRREZ, Terebel, y MUSITU OCHOA, Gonzalo (2011): «Empowerment y desarrollo comunitario», en I. Fernández y J. F. Morales (coords.), *Psicología de la intervención comunitaria*, Bilbao, Desclée de Brouwer.

- FERNÁNDEZ, Itziar; PÁEZ, Darío; UBILLOS, Silvia, y ZUBIETA, Elena (2001): «Encuestas y escalas», en *Cuaderno de prácticas de psicología social y cultural*, San Sebastián, Departamento de Psicología Social y Metodología de las Ciencias del Comportamiento, Universidad del País Vasco, UPV/EHU.
- FURMAN, Erna (2006): «Las madres deben estar ahí para ser abandonadas», en C. Geissmann y D. Houzel (eds.): *El niño, sus padres y el psicoanalista*, Madrid, Síntesis.
- GASULLA, Juan Manuel (2010): «El género del padre», en *Trauma. Estudios de clínica psicoanalítica*, vol. 2, Barcelona, Ediciones del Serbal, págs. 77-91.
- LABRADOR, J. (2001): «Las trayectorias de identidad», en *Identidad e inmigración*, Madrid, UPCO.
- LÓPEZ-YARTO ELIZALDE, Luis (2008): «Patologización de la cotidianidad», en M.^a Angustias Roldán Franco (coord.), *Trastornos psicológicos en el siglo XXI*, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, págs. 31-53.
- PALACIOS, Jesús (1999): «El papel de la cultura sobre el desarrollo personal y social», en *Desarrollo Afectivo y Social*, Madrid, Pirámide, págs. 303-318.
- PÉREZ SALES, Pau (2004): «Antropología psiquiátrica aplicada. Aspectos específicos», en *Psicología y psiquiatría transcultural. Bases prácticas para la acción*, Bilbao, Desclée de Brouwer, págs. 147-168.
- ROLDÁN FRANCO, M.^a Angustias (coord.) (2008): *Trastornos psicológicos en el siglo XXI*, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas.
- SCHWARTZ, María Vilma (2010): «Presencia del padre (¿?)», en *Trauma. Estudios de clínica psicoanalítica*, vol. 2, Barcelona, Ediciones del Serbal, págs. 143-153.
- VAPPEREAU, Jean-Michel (2010): «Estructura elemental de la función paterna (en homenaje a Claude Lévi-Strauss)», en *Trauma. Estudios de clínica psicoanalítica*, vol. 2, Barcelona, Ediciones del Serbal, págs. 13-18.

ARTÍCULOS EN REVISTAS Y PERIÓDICOS

- AGUIRRE BAZTÁN, Silvio Ángel (2002): «Demarcación de la psicología cultural», en *Revista mal-estar e subjetividade*, Fortaleza (Brasil), vol. II, núm. 1, págs. 92-117, marzo.
- BOESCH, Ernest E. (1996): «The Seven Flaws of Cross-Cultural Psychology. The Story of a Conversion», en *Mind, Culture, and Activity*, vol. 3, núm. 1, págs. 2-10.

BIBLIOGRAFÍA

- BRINGUÉ SALA, Xabier y VILLENA, Juan de los Ángeles (2000): «La investigación académica sobre publicidad, televisión y niños: antecedentes y estado de la cuestión», en *Comunicación y sociedad*, vol. XIII, núm. 1, págs. 37-70.
- CANTERA, Leonor (2009): «La fotointervención como herramienta docente», en *Revista de Enseñanza de la Psicología: Teoría y Experiencia*, núm. 5 (1), págs. 18-30.
- CUBERO PÉREZ, Mercedes (2005): «Un análisis cultural de los procesos perceptivos», en *Anuario de psicología*, vol. 36, núm. 3, diciembre.
- (2005): «Psicología cultural: una aproximación conceptual e histórica al encuentro entre mente y cultura», en *Avances en Psicología Latinoamericana*, vol. 23, págs. 15-31.
- y SANTAMARÍA SANTIGOSA, Andrés (2005): «Psicología Cultural: Una aproximación cultural e histórica al encuentro entre mente y cultura», en *Avances en Psicología Latinoamericana*, vol. 23, págs. 15-31.
- CUCCO GARCÍA, Mirtha (2012): «La función de ser padres y madres. Vida cotidiana y retos actuales. Entre la prevención y la asistencia, la intervención en el ámbito de los malestares cotidianos», en *Clínica Contemporánea*, vol. 3, núm. 3, págs. 233-243.
- DALLO, Eva (2014): «Un muñeco en lugar de un hijo», en *El Mundo*, 11 de mayo.
- ELÍZAGA VIANA, María (2011): «Autismo en la sociedad de la comunicación: una paradoja del discurso universitario o tecnocientífico», en *Tales*, núm. 4, págs. 327-335. Accesible en https://revistatales.files.wordpress.com/2012/05/327_nro4nro-4.pdf
- FOMBONNE, Eric (1999): «The epidemiology of autism: a review», en *Psychological Medicine*, núm. 29, págs. 769-786.
- (2006): «Autism and newborn encephalopathy», en *Developmental Medicine & Child Neurology*, vol. 48, issue 2. Accesible en onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/dmcn.2006.48.issue-2/issuetoc
- GALLEGO ANDRADA, Elena (2007): «Literatura y realidad. Estudio comparativo. La mirada social sobre los hikikomori y los tumbados», *Bulletin of the Faculty of Foreign Studies*, Sophia University, núm. 42, págs. 79-107.
- GARZÓN PÉREZ, Adela (2012): «Incorporación y adaptación del sistema de creencias postmodernas», en *Psicothema*, vol. 24, núm. 3, págs. 442-448. Accesible en www.psicothema.com
- GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Ángel y MARTÍNEZ-SÁNCHEZ, Eva (2000): «Implicaciones del modelo de Swartz para el estudio del individualismo y el colectivismo. Dis-

- cusión de algunos datos obtenidos en muestras españolas», en *Revista de Psicología General y Aplicada*, 53 (2), págs. 279-301.
- GOUVEIA, V. y ROS, María (2000): «Hofstede and Schwartz's models for classifying individualism at the cultural level: their relation to macro-social and macro-economic variables», en *Psicothema*, vol. 12, suplemento, págs. 25-33.
- GUITART, Moisés Esteban (2008): «Hacia una psicología cultural. Origen, desarrollo y perspectivas», en *Fundamentos en Humanidades*, vol. 18, año IX, núm. II, págs. 7-23. Accesible en <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=18411970001>
- (2011): «Una interpretación de la psicología cultural», en *Suma Psicológica*, vol. 18, núm. 2, págs. 65-88.
- HARRIS, Paul L. (2012): «El niño como antropólogo», en *Infancia y Aprendizaje*, 35 (3), págs. 268-276.
- LABRADOR, Jesús (2009): «Las migraciones internacionales, nuevas identidades, nuevas ciudadanías», en *Ciencias Psicológicas*, vol. 3, núm. 1, Montevideo. Accesible en http://www.scielo.edu.uy/scielo.php?pid=S1688-42212009000100009&script=sci_arttext
- LOTTER, V. (1966): «Epidemiology of autistic conditions in young children», en *Social Psychiatry + Psychiatric Epidemiology*, vol. 1, issue 3.
- ISHII, T. y TAKAHASHI, O. (1983): «The epidemiology of autistic children in Toyota, Japan: Prevalence», en *Japanese Journal of Child and Adolescent Psychiatry*, num. 24.
- MIRALLES, Francesc (2010): «Limitar la "infoxicación"», en *Integral: Vive mejor en un mundo mejor*, núm. 372, págs. 56-59. Accesible en <http://www.larevistaintegral.com/?p=6058>
- MORENO RANGEL, Nestor Eliécer (2007): «Psicología Cultural: El reconocimiento de una frontera antropológica en la explicación en psicología», en *Tesis Psicológica*, núm. 2, noviembre, págs. 81-87. Accesible en <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=139012670009>
- MUÑOZ GUTIÉRREZ, Carlos: «Psicología científica o psicología popular: un modelo narrativo de la mente», en *A Parte Rei*, núm. 24, págs. 1-13. Accesible en <http://aparterei.com>
- PÁEZ, Darío y GONZÁLEZ, José Luis (2000): «Culture and social psychology», en *Psicothema*, vol. 12, suplemento, págs. 6-15.

BIBLIOGRAFÍA

- PÉREZ URDÁNIZ, A., y otros (2001): «Aspectos socioculturales en la génesis de los trastornos de la personalidad», *Actas Españolas de Psiquiatría*, 29 (1), págs. 47-57. Accesible en <https://medes.com/publication/266>
- RODRÍGUEZ-BARRIONUEVO, A. C. y RODRÍGUEZ-VIVES, M. A. (2002): «Diagnóstico clínico del autismo», en *Revista de Neurología*, vol. 34, suplemento 1.
- ROSA RIVERO, Alberto (2000): «Entre la explicación del comportamiento y el esfuerzo por el significado: una mirada al desarrollo de las relaciones entre el comportamiento individual y la cultura», en *Revista de Historia de la Psicología*, vol. 21, núm. 4, págs. 74-114.
- (2000): «¿Qué añade la Psicología al adjetivo “cultural”?», en *Anuario de Psicología*, vol. 31, núm. 4.
- RUGGERONI, Carlos (2004): «A Psychological Cultural approach to VR experiences», en *Psychology Journal*, vol. 2, núm. 3, págs. 331-342.
- RUIZ, M. y PALACÍ, F. J. (2012): «Nuevas tecnologías y psicología del consumo, el boca a boca y el papel de las redes sociales», en *Boletín de Psicología*, núm. 104, marzo, págs. 57-72.
- SANTAMARÍA SANTIGOSA, Andrés (2004): «¿Es posible el diálogo entre la mente y la cultura? Hacia una psicología cultural de la mente», en *Suma Psicológica*, vol. 11, núm. 2, septiembre, págs. 247-266.
- SPADARO, Antonio (2013): «Busquemos ser una Iglesia que encuentra caminos nuevos», entrevista al papa Francisco, en *Razón y Fe*, septiembre. Accesible en www.razonyfe.org/images/stories/Entrevista_al_papa_Francisco.pdf
- TANOUE, Y.; ODA, S.; ASANO, F., y KAWASHIMA, K. (1988): «Epidemiology of infantile autism in the Southern Ibaraki, Japan», en *Journal of Autism and Developmental Disorders*, núm. 18.
- TREFFERT, D. A. (1970): «The Epidemiology of Infantile Autism», en *Archives of General Psychiatry*, núm. 22, págs. 431-438.
- WING, Lorna (1993): «The Definition and Prevalence of Autism: A Review», en *European Child and Adolescent Psychiatry*, vol. 2, issue 2, abril, Hogrefe & Huber Publishers, págs. 61-74.
- YOSEFF BERNAL, Juan José (2005): «El estudio de la infancia desde la psicología cultural: un encuentro de perspectivas», en *Avances en Psicología Latinoamericana*, vol. 23, págs. 63-76.

PUBLICACIONES EN LA RED (REVISTAS, WEBS Y BLOGS)

- ANÓNIMO (2011): «Un "twittero" distraído protagoniza la nueva campaña de Nestea», en *Marketing y Publicidad*, 29 de noviembre. Accesible en <http://www.marketingdirecto.com/actualidad/publicidad/un-twittero-distraido-protagoniza-la-nueva-campana-publicitaria-de-nestea/>
- ALMAGRO GÓMEZ, Andrés (2010): «La imagen del deseo. Análisis psicosocial de las representaciones imaginarias en el spot publicitario», en *Athenea Digital (Tesisteca)*, num.17, marzo, págs. 297-306. Accesible en www.raco.cat/index.php/Athenea/article/download/180714/233244
- APODAKA, Eduardo: «El sujeto individual moderno. De los escenarios de su construcción a los de su desmontaje», en Apodaka & Villarreal, Dpto. Psicología social UPV-EHU. Accesible en http://www.academia.edu/438419/El_Sujeto_Individual_Moderno_De_Los_Escenarios_De_Su_Construcción_a_Los_De_Su_Desmontaje
- APPEL, Fabián: «A modo de presentación», en *Psicoanálisis en el Sur*, núm. 8. Accesible en http://www.psicoanalisisenelsur.org/num8_presentacion.htm
- : «¡Sonría!..., por favor», en *Psicoanálisis en el Sur*, núm. 5. Accesible en http://www.psicoanalisisenelsur.org/num5_presentacion.htm
- (2007): «La pulsión de muerte es una amenaza para la muerte», en *Psicoanálisis en el Sur*, núm. 3. Accesible en <http://psicoanalisisenelsur.org>
- (2008): «Acto a ciegas», en *Psicoanálisis en el Sur*, núm. 4. Accesible en www.psicoanalisisenelsur.org
- (2010): «Consideraciones sobre la violencia actual», en *Psicoanálisis en el Sur*, núm. 7. Accesible en http://psicoanalisisenelsur.org/num7_articulo6.htm
- ARAGÓN, Blanca: «El sujeto irresponsable y triste», en *Psicoanálisis en el Sur*, núm. 8. Accesible en <http://psicoanalisisenelsur.org>
- ARMADA, Alfonso (2011): «Internet hace que disfrutemos de ser superficiales», entrevista a Nicholas Carr en *ABC*, 1 de marzo. Accesible en <http://www.abc.es/20110301/medios-redes/abci-nicholas-carr-201102281759.html>
- AUNIÓN, A. (2009): «El uso de Internet ya se evalúa junto a lengua y matemática», en *La Nación*, febrero. Accesible en <http://www.lanacion.com.ar/1098136-el-uso-de-internet-ya-se-evalua-junto-a-lengua-y-matematica>

BIBLIOGRAFÍA

- BORRACHERO, Aranzazu: *Mujer y memoria*. Accesible en <http://www.mujerymemoria.org>
- «Mujer y memoria. Madres e hijas en la transición española. Un proyecto de historia oral». Accesible en <http://www.mujerymemoria.org/web/crew/>
- BRAUNSTEIN, Néstor A: «El discurso de los mercados. ¿Un "sexto" discurso?», en *Psicoanálisis en el sur*, núm. 5. Accesible en <http://psicoanalisisenelsur.org>
- CAPELLA, Francisco (2010): «Libertad de elección y abundancia de alternativas (crítica a Barry Schwartz, *La paradoja de la elección: por qué más es menos*)», en *Intelib*, 31 de octubre. Accesible en <https://intelib.wordpress.com/tag/eleccion/>
- CELIS, Bárbara (2012): «La "Ciberdiva" nos puede desconectar», en *El País*, 25 de marzo. Accesible en http://cultura.elpais.com/cultura/2012/03/21/actualidad/1332337561_848754.html
- CENTERS FOR DISEASE CONTROL AND PREVENTION (CDC): <http://www.cdc.gov>
- CRUZ TORRES, Karin: «El Otro del Capitalismo», en *Psicoanálisis en el Sur*, núm. 5. Accesible en <http://psicoanalisisenelsur.org>
- EUROPEAN SOCIETY OF HUMAN REPRODUCTION AND EMBRYOLOGY (ESHRE): <http://www.eshre.eu/home/page.aspx/2>
- EUTANASIO (2013): «Crianza natural y lo que nos espera», en *Forocoches.com*. Accesible en <http://www.forocoches.com/foro/showthread.php?t=3248048>
- FANJUL, Sergio (2011): «Atentos a todo y... a nada», en *El País*, 12 de mayo. Accesible en http://sociedad.elpais.com/sociedad/2011/05/12/actualidad/1305151203_850215.html
- FOMBONNE, Eric (2009): «Epidemiology for pervasive develop mental disorders, Pediatric Research». Accesible en <http://www.nature.com/pr/journal/v65/n6/full/pr2009131a.html>
http://journals.lww.com/pedresearch/Fulltext/2009/06000/Epidemiology_of_Pervasive_Developmental_Disorders.1.aspx
- GARCÍA, Beatriz: «La ideología de la evaluación», en *Letras. Revista de Psicoanálisis de la Comunidad de Madrid*, núm. 1. Accesible en http://letraslacanianas.com/index.php?option=com_content&view=article&id=27:la-ideologia-de-la-evaluacion&catid=8&Itemid=11

- GOSÁLVEZ, Patricia y PÉREZ-LANZAC, Carmen (2015): «De profesión, doula», en *El País*, 21 de febrero de 2015. Accesible en http://politica.elpais.com/politica/2015/02/21/actualidad/1424550044_706178.html
- HERNÁNDEZ SANJORGE, Gonzalo: «Reflexiones sobre la construcción del sujeto en la era postcartesiana», en *A Parte rei*, núm. 26. Accesible en <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/sanjorge26.pdf>
- HUNT, Jan: «Diez razones para dormir con nuestros niños en la noche», en *The Natural Child Project*, traducción de Marcela Araiza. Accesible en http://www.naturalchild.org/jan_hunt/familybed_spanish.html
- JOHNSON, Steven: «Si es malo, lo recomiendo. Cómo la cultura de masas nos hace más inteligentes», en blog *Papel en blanco*. Accesible en <http://www.papelenblanco.com/ensayo/si-es-dolent-tho-recomano-de-steven-johnson>
- KAWAMURA, A.; KOSHIDA, S., y TAKADA, S. (2008): «Activator-to-repressor conversion of T-box transcription factors by the Ripply family of Groucho/TLE-associated mediators», en *Molecular and Cellular Biology, American Society for Microbiology*. Accesible en www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC2423164/
- KAWAMURA, Y.; TAKAHASHI, O., y ISHII, T. (2008): «Reevaluating the incidence of pervasive develop mental disorders: impact of elevated rates of detection through implementation of an integrated system of screening in Toyota, Japan», en *Psychiatry Clinic Neuroscience*, núm. 62 (2). Accesible en onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/j.1440-1819.2008.01748.x/full
- LEDESMA LARA, Carlos: «El poder del miedo, el miedo al poder», en *Pisicoanálisis en el Sur*, núm. 8. Accesible en <http://psicoanalisisenelsur.org>
- LLOPIS, María (2015): «Mi mejor amante», en *Pikara. Online magazine*, marzo. Accesible en <https://web.archive.org/web/20150428232736/http://www.pikaramagazine.com/2015/03/mi-mejor-amante/#sthash.N90NBRdB.dpuf>
- LLORENS, Miguel (2011): «El gran estancamiento: ¿Ha cesado la era de innovación tecnológica?», en *Blog de traducción financiera*. Accesible en <http://blog.traductor-financiero.com/2011/06/12/>“el-gran-estancamiento”-¿ha-cesado-la-era-de-innovacion-tecnologica/
- MARTÍN, Luisgé (2012): «Elogio de la pereza», en *El País*, 1 de junio. Accesible en http://elpais.com/elpais/2012/05/29/opinion/1338317588_867296.html

BIBLIOGRAFÍA

- MARTÍNEZ RAVANAL, Víctor: «Estudio séptimo: hacia una reformulación del concepto de comunidad», en *Sobre la Comunidad. Estudio del concepto de comunidad desde la filosofía de Xavier Zubiri*. Accesible en <http://sobrelacomunidad.blogspot.com.es/p/1-estudio-septimo-hacia.html>
- MATEO GIRÓN, Javier (2008): «Zygmunt Bauman: una lectura líquida de la posmodernidad», en *Revista Académica de Relaciones Internacionales*, núm. 9, octubre. Accesible en <http://www.relacionesinternacionales.info>
- MELLADO SANTAMARÍA, José Luis: «Violencia, radicalidad y modernidad. Los ladrones de palabras y los vendedores de soluciones», en *Psicoanálisis en el sur*, núm. 3. Accesible en <http://psicoanalisisenelsur.org>
- MUNRO, Nell (1999): «¿Cuál es la diferencia entre autismo de alto funcionamiento y el Síndrome Asperger?», en *Autism Helpline*, traducción de Wanda Medina. Accesible en <http://espectroautista.info/textos/divulgación/diferencias-autismo-alto-funcionamiento-síndrome-asperger>
- NASSAR, N.; DIXON, G.; BOURKE, J., y otros (2009): «Autism spectrum disorders in Young children: effect of changes in diagnostic practices», en *International Journal of Epidemiology*, núm. 38 (5). Accesible en <http://ije.oxfordjournals.org/content/38/5/1245.full>
- OLEAGA, M.^a Cristina y FRANCO, Yago: «Apego, colecho e incesto: hacia la mami-feridad», en *El Psicoanalítico*. Accesible en <http://www.elp psicoanalitico.com.ar/um/um-franco-oleaga-colecho-incesto.php>
- PUBMED: <http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pubmed/>
- REDACCIÓN DE GERENCIA.COM: «Evaluando el desempeño de los empleados», en *Círculo Capital Humano*. Accesible en <http://www.circulocapitalhumano.com/noticia.cfm?noticiaID=3937>
- RICE, Catherine (2006): «Prevalence of Autism Spectrum Disorders: Autism and Developmental Disabilities Monitoring Network, United States, 2006», en *National Center on Birth Defects and Developmental Disabilities*, CDC. Accesible en <http://www.cdc.gov/mmwr/preview/mmwrhtml/ss5810a1.htm>
- ROCHE CÁRCEL, Juan A. (2012): «Tiempo líquido y cultura de la incertidumbre», en *International Review of Sociology: Revue Internationale de Sociologie*, vol. 22, Issue 1. Accesible en <http://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/03906701.2012.657523>
- ROSA, Alberto: «¿Quién es psique? una reflexión acerca de la psicología y su objeto de estudio». Accesible en

https://www.uam.es/.../Satellite?...filename%3D84779Quien_es_psi-que%5B1%5D...

SHANGAY LILY (2014): «Hazte Oír lanza otra campaña cristofascista de acoso contra mí», en blog *Palabra de Artivista*, *Público.es*. Accesible en <http://blogs.publico.es/shangaylily/2014/10/18/hazte-oir-lanza-otra-campana-cristofascista-de-acoso-contra-mi/>

SORRIBAS, Rosa (2013): «¿Por qué preferimos la mochila Manduca?», en *Crianza Natural*. Accesible en <http://www.crianzanatural.com/art/art201.html>

TIJERAS, Ramón (2011): «La cultura del rebaño digital», en blog *Aviso a navegantes*. Accesible en <http://www.ramontijeras.com/periodismo/la-cultura-del-rebano-digital/>

VARGAS LLOSA, Mario (2011): «Más información, menos conocimiento», en *El País*, 31 de septiembre. Accesible en http://elpais.com/diario/2011/07/31/opinion/1312063211_850215.html

VÁZQUEZ, Karelía (2012): «¿Qué dice su foto de perfil?», en *El País*, 5 de febrero. Accesible en http://elpais.com/diario/2012/02/05/eps/1328426821_850215.html

— (2001): «El retiro digital», en *El País*, 17 de julio. Accesible en http://www.elpais.com/articulo/portada/retiro/digital/elpepusocephs/20110717elpepspor_14/Tes

WING, Lorna: «The Definition and Prevalence of Autism A Review». Accesible en <http://www.mugsy.org/wing.html>

VÍDEOS, PUBLICIDAD Y DOCUMENTALES TV

Documental: Hikimori, jóvenes invisibles (You Tube)
<http://www.youtube.com/watch?v=Xx5K7PBg-jl>

Documentos TV. El Imperio de los SinSexo - La generación de los «Me quiero»
<http://www.rtve.es/alacarta/videos/documentos-tv/documentos-tv-imperio-sinsexo-generacion-quiero/1334407/>

Documental: Por qué más es menos: la tiranía de la abundancia, de Barry Swartz
<http://www.rtve.es/alacarta/videos/redes/redes-porque-mas-menos/667972/>

Documental: *The Tyranny of Choice*, de Barry Swartz
<http://www.swarthmore.edu/SocSci/bschwar1/Sci.Amer.pdf>

BIBLIOGRAFÍA

Anuncio: *El twittero distraído*

<http://www.marketingdirecto.com/actualidad/publicidad/un-twittero-distraido-protagoniza-la-nueva-campana-publicitaria-de-nestea/>

Anuncio: ¿Harás caso a todo lo que se dice?

<http://www.youtube.com/watch?v=ukZiBrcKm8o>

Anuncio: Disconnect to connect

<http://www.youtube.com/watch?v=7ae0tzVo8Fw>

Documental RTVE: *Comprar, tirar, comprar. Obsolescencia programada*

<http://www.rtve.es/television/documentales/comprar-tirar-comprar/>

Documental RTVE: Redes: *Por qué más es menos*

<http://www.rtve.es/alacarta/videos/redes/redes-porque-mas-menos/667972/>

Documental RTVE: Redes: El poder de las redes sociales

<http://www.rtve.es/alacarta/videos/redes/redes-el-poder-de-las-redes-sociales/1063591/>

Vídeo: «Beautiful Commercial From Thailand: Disconnect To Connect», en *Wimp Family Friendly Content*

<http://www.wimp.com/disconnectconnect/>

Documental RTVE: Redes: *El poder de las redes sociales*

<http://www.rtve.es/alacarta/videos/redes/redes-poder-redes-sociales/1063591/>

Serie documental RTVE: Los anuncios de tu vida. «La familia bien, gracias»

<http://www.rtve.es/alacarta/videos/los-anuncios-de-tu-vida/anuncios-tu-vida-familia-bien-gracias/1022878/>

Documental BBC: *The century of the self*, de Adam Curtis

http://asambleademajaras.com/videos/detalle_video.php?idvideo=77

Documental TVE/Canal Historia: *50 Años de... Spots*, de Guillermo Galván

www.youtube.com/watch?v=tbVhqCx2rp4

Documental TVE: *50 Años de... La familia*, de Laura Mañá

<http://www.rtve.es/alacarta/videos/50-anos-de/50-anos-familia/1541845/>

Documental TVE: *50 Años de... La infancia*, de Joan Albert Planell, Marisol Soto y Raquel Lluch

<http://www.rtve.es/alacarta/videos/50-anos-de/50-anos-infancia/1522162/>

PENDIENTES DE PUBLICACIÓN

AZA BLANC, Gonzalo; CAGIGAL DE GREGORIO, Virginia; SERRANO MOLINA, Alberto: *La violencia filio-parental*.